

Protestas, revueltas y resistencias

Las mujeres en los cortes de ruta en Argentina (1996-2001)

Autor:

Andujar, Andrea N.

Tutor:

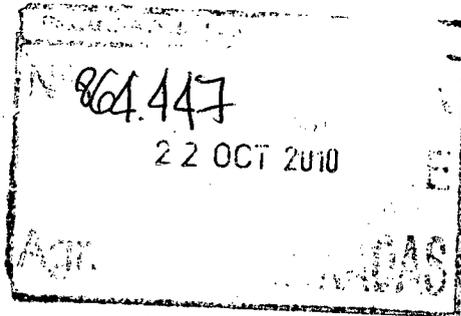
Gordillo, Mónica

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Antropología

Posgrado

Tesis
15.3.6



Tesis 15.3.6

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

TESIS DE DOCTORADO

PROTESTAS, REVUELTAS Y RESISTENCIAS:
LAS MUJERES EN LOS CORTES DE RUTA EN LA ARGENTINA
(1996-2001)

ANDREA ANDÚJAR

DIRECCIÓN
MÓNICA GORDILLO

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

BUENOS AIRES, OCTUBRE DE 2010

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	4
INTRODUCCIÓN	8
1. BORDEANDO LÍMITES: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN	19
1.1. EN TORNO A LOS ORÍGENES	19
1.2. DE MUJERES, PIQUETES Y LIDERAZGOS: LA PARTICIPACIÓN FEMENINA EN LOS MOVIMIENTOS PIQUETEROS	34
2. DE REGRESO A LAS PIQUETERAS: CONTEXTO E HIPÓTESIS DE INVESTIGACIÓN	43
CAPÍTULO 1	
HISTORIA Y GÉNERO: ANUDANDO EXPERIENCIAS, MEMORIAS Y RELATOS	49
1. DE MUJERES, RESISTENCIAS Y LUCHAS EN EL PASADO RECIENTE	52
1.1. LAS MADRES	57
1.2. LAS FEMINISTAS	66
2. DE HISTORIAS Y MEMORIAS: LAS MUJERES PIQUETERAS	79
2.1. APRENDIZAJES Y SABERES O DE CÓMO VOLVERSE PIQUETERA	81
2.2. RELACIONES CONFLICTIVAS: HISTORIA, GÉNERO Y MEMORIA	91
3. ENLAZANDO DESENLACES	101
CAPÍTULO 2	
DE LA “REVOLUCIÓN PRODUCTIVA” A “NOS HA DEJADO EN LA RUINA”: LOS AÑOS DE MENEM	104
1. DEL ASCENSO DEL MENEMISMO A LA CONSOLIDACIÓN DEL NEOLIBERALISMO	110
1.1. LA PRIVATIZACIÓN DE YPF	113
1.2. DE RESISTENCIAS Y OLVIDOS	122
2. LOS ALCANCES DEL “MUNDO YPEFEANO”	132
2.1. RECONSTRUYENDO HISTORIAS: DE PLAZA HUINCUL A CUTRAL CO	134
2.2. RECONSTRUYENDO HISTORIAS: DE TARTAGAL A GENERAL MOSCONI	141
2.3. DE LA COCINA A LA RUTA: MUJERES QUE MODELAN CON MANO PROPIA	148
3. ENTRE EL “ANTES” Y EL “AHORA”	154
CAPÍTULO 3	
DE LA CASA AL PIQUETE: LAS MUJERES EN EL CORTE DE RUTAS DE CUTRAL CO Y PLAZA HUINCUL, JUNIO DE 1996	156
1. “DE LA RUTA NO NOS VAMOS”: MUJERES, PIQUETES Y POLÍTICA	159
1.1. DÍAS Y NOCHES PIQUETERAS: LA CONTRAPROTESTA DE LA PROTESTA	176
2. CRÓNICA DE UN FINAL INCONCLUSO: EL DESENLACE DE LA PUEBLADA	196
2.1. DEL PIQUETE A CASA: PERMANENCIAS Y RUPTURAS	200
3. MUJERES EN LAS RUTAS	206
CAPÍTULO 4	
REAVIVANDO RESISTENCIAS: EL SEGUNDO CORTE DE RUTAS EN NEUQUÉN, ABRIL DE 1997	207
1. LAS MAESTRAS PIQUETERAS: DEL PIZARRÓN AL PUENTE	210
1.1. BARRICADAS, TIZAS Y DELANTALES: EL CORTE DEL 24 DE MARZO DE 1997	219

2. “DONDE HUBO FUEGOS...”: EL SEGUNDO CORTE DE RUTAS EN CUTRAL CO Y PLAZA HUINCUL	231
2.1. DE LAS MAESTRAS A LOS FOGONEROS: LAS TRAMAS DE LA REPRESIÓN	236
2.2. MUJERES Y CONTIENDAS: LA SEGUNDA PUEBLADA	240
3. DEL EPÍLOGO DEL PARO DOCENTE AL LEVANTAMIENTO DEL CORTE DE RUTAS	249
CAPÍTULO 5	
“Y ASÍ LOS PILLAMOS AL COMISARIO Y AL CABO”: MUJERES, LUCHAS Y RESISTENCIAS EN SALTA (1997-2001)	252
1. DÍAS Y NOCHES DE FUEGOS Y PIQUETES: LOS CORTES DE RUTA EN GENERAL MOSCONI Y TARTAGAL	256
1.1. EL CORTE DE MAYO DE 1997	260
1.1.1. LAS AGUAS BAJAN TURBIAS: EL CORTE DE RUTAS EN CORONEL CORNEJO	264
1.1.2. “NOSOTROS NOS QUEDAMOS”: LOS CORTES DEL CORTE DE RUTA	266
1.1.3. LA CONCLUSIÓN DEL CORTE DE RUTAS	272
1.2. DE LOS FUEGOS DE FIN DE AÑO AL DÍA DEL PADRE: LOS OTROS CORTES DE RUTA	276
1.2.1. MADRES, LUCHAS Y RESISTENCIAS: LAS HUELLAS DEL PASADO	284
2. ATRAVESANDO LÍMITES: LAS MUJERES EN LA UTD	288
2.1. DE LA COSTURA AL LADRILLO, DE LA PROTESTA A LA ORGANIZACIÓN: MUJERES QUE SE OCUPAN	292
2.2. LÍDERES, REFERENTES O RESPONSABLES: LAS AMBIGÜEDADES DE LA DIRIGENCIA	299
3. A ROMERO ROGANDO Y CON EL MAZO DANDO	309
CONCLUSIONES	311
ANEXO	315
GLOSARIO DE SIGLAS	317
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	319

AGRADECIMIENTOS

Alguna vez alguien me dijo que la mejor manera de parar a un equipo en la cancha era con un buen enganche y que cuando se jugaba con él, había que levantar la cabeza y buscarlo. Pasaron muchos años desde que mi padre, dueño de ese comentario, me convenciera de que sin un “diez” las cosas se ponían difíciles. Y aunque cada vez que nos sentábamos en las gradas del Monumental o en casa a alentar a River yo deseaba ponerme la camiseta del “Beto” Alonso, no había caso. En la calle o en el potrero de la vuelta, yo perfilaba para delantera o para defensora, según la altura del flequillo de los del otro equipo.

Pero por suerte, en esta tesis hubo muchas personas que se calzaron la número 10, frenaron la pelota cada vez que mi desesperación me llevaba a querer gritar “¡¡cambio, referí!!”, gambetearon la hoja en blanco conmigo y, pacientemente, me ayudaron a dejar el banco para volver a entrar a la cancha, allanándome el camino al otro arco.

Valeria Pita encabeza esta lista de jugadoras de la amistad, la vida y la historia, porque sin sus agudos comentarios, su aliento permanente, su ojo atento a las fuentes y su enorme capacidad de oír y de escuchar, esta investigación jamás hubiera cobrado forma y, menos aún, las páginas que siguen. Nadie imaginará nunca el aliciente que significó su risa sincera, sobre todo cuando me recordaba con una ironía llena de dulzura que, aunque lamentablemente yo había elegido el universo, mi tesis era sobre piqueteras.

Débora D’Antonio, compañera infatigable de andanzas en revistas, libros y jornadas, cafecitos cortados para desayunos intensos de intercambios y palmadas en el hombro y en la hoja, me ha inspirado en incontables oportunidades con sus recovecos luminosos, con esas historias tan difíciles de contar y a las que ella se les atreve con una sensibilidad, una entereza y una inteligencia admirables.

Karin Grammático, amiga de mirada profunda y comprometida, ha compartido conmigo su destreza en todos los planos. Desde los verbos elegidos hasta las frases confusas, las ideas que había que desarrollar más o las contradicciones en algunos párrafos, ella apuntaló con su lápiz y su ternura las oraciones de cada capítulo enriqueciéndolas profundamente.

Cristiana Schettini, siempre dispuesta a leer las páginas que poco a poco iban saliendo, me ha ayudado a encontrar nexos, hilos y recorridos que habrían permanecido invisibles para mí de no haber estado ella allí, con su increíblemente vasto conocimiento de la Historia Social y su aún más vasta generosidad.

Fernanda Gil Lozano ha sido mi hechicera protectora infatigable con sus brebajes de alegría, de paciencia eterna para darme tiempos incluso cuando a ella no le sobraban y de lecturas atentas cuando la introducción de algún capítulo se hacía esquivada.

Silvana Palermo, mi experta amiga lanzadora de preguntas punzantes y de comentarios inmensurablemente sagaces, me ha obligado a repensar incontables cuestiones, mostrándome siempre caminos para mejorar el trabajo.

Carolina González Velazco y Gabriela Gómez, que han leído, acompañado y abrazado siempre.

Mariano Morato, amigo de una solidaridad extrema capaz de dejar a un lado incluso su pasión por la azul-oro y la mía por la banda, para ayudarme con su presencia ante mis ausencias y brindarme sus ideas cuando las mías se empantanaban.

Mónica Gordillo, mi directora, ha sido una presencia invaluable. Su generosidad, su pasión por la Historia, su vigoroso compromiso con esta investigación y la sagacidad de su mirada fueron una guía central para que esta tesis pudiera llegar, por fin, a salir fuera de mi cabeza.

No hay suficientes palabras para honrar la tibieza de Dora Barrancos y Nora Domínguez, que hicieron del IIEGE un espacio para estar y pensar, y que me acogieron cuando mi deseo de volver a Filosofía y Letras era escaso y mi desencanto, profundo. Tenerlas cerca es un privilegio para el corazón y un faro luminoso cuando el puerto parece inhallable.

Marlene Russo, Ana Ferrari e Ivana Otero tienen que ver con mucho del placer que encontré cada vez que subía a la biblioteca del IIEGE para revolver las historias que colaboraron en armar esta historia.

A mis restantes compañeras del grupo de Mujer, Política y Diversidad en los 70, y en especial a Catalina Trebisacce, por su preciosa capacidad para sobrellevar mis cabildeos y compartir el encanto de leer sobre esas memorias que tanto nos aúnan.

A mis amigas rosarinas, Cristina Viano, cuya exquisita habilidad para explorar historias y volverlas inteligibles me acompañan y me enseñan desde hace mucho tiempo; Luciana Seminara, dueña de una calidez increíble; y Gaby Águila, batalladora incansable a la que la sonrisa le sale siempre.

A María Celia Bravo y Alejandra Landaburu, mis bastiones tucumanos dotados de una envidiable sabiduría histórica sólo superada por su formidable capacidad de brindar refugio, consejo y aliento cuando la cuesta se hacía larga y el deseo de seguir en esto tambaleaba.

A Marcelo Turdó, sin cuya profunda humanidad jamás habría logrado aventurarme por caminos que parecían insondables. Entre ellos, los de esta tesis.

A Ivana Brighenti y Marcelo Rodríguez, mis audaces amigos luxemburgueses, amantes de los debates apasionados y de las páginas bien escritas, del compromiso con la vida y con los sueños libertarios, debo agradecerles el poner comas cuando faltaban, puntos donde no los había y, sobre todo, risas y alientos cuando el temporal se me avecinaba.

A todas las luchadoras y los luchadores de Neuquén y Salta que brindaron sus voces y compartieron conmigo sus experiencias, sus historias que son en definitiva el motor, el corazón de este trabajo.

A mi papá, cuya ausencia es sólo comparable a la magnitud de su presencia, una presencia que me enamoró de la Historia a fuerza de discutir acaloradamente sus certezas... y las mías.

A mi mamá, que siempre me pintó alas en el alma y allanó el terreno para que esas discusiones eternas con mi padre me llevaran a Marcelo T. de Alvear, cuando todavía estaba allí la Facultad de Filosofía y Letras y la recorriamos juntas y de la mano porque su presencia me daba el valor para mirar los resultados de los exámenes de ingreso allá por 1983.

A Dany, que hamaca mis sonrisas y mis ideas con su poesía plena de sueños que no reniegan de utopías, y que se hermana en el apellido que portamos juntas y en las almas amigas que construimos porque somos así: hermanamigas.

A Guille, el más chico de nosotros tres, el “Polaco” de ojos azules límpidos, aunque no tan límpidos como su alma que no conoce de dobleces y es sabia en todos los abrazos cuando hacen falta –y cuando no hacen falta abrazos sino cosquillas, también–.

A Martín, mi compañero/novio/amante/winizquierdoexcelente/corazónmío, por todas las veces en las que no protestó porque no abandonaba la computadora y los libros, y por las que sí protestó pero conservó la caricia cerca a sabiendas de que las introducciones se me volvían escurridizas y las “partes unos” de los capítulos, un verdadero laberinto.

A Santi, mi hermoso, hermoso, hermoso y paciente hijo, siempre dispuesto a soltar su mágica risa en el momento en que su mamá hablaba sola recorriendo la casa a ver si la idea cobraba forma. Sin su deslumbrante presencia, yo no habría llegado hasta aquí con tanta esperanza.

Por último, deseo dejar asentado que los goles que no concreté son de mi exclusiva responsabilidad, porque los pases que me dieron las y los enganches de mi equipo siempre fueron certeros. Van para estas personas, estos dieces grandes y resplandecientes, mi amor y mi profundo agradecimiento.

Andrea Norma Andújar

Octubre de 2010

INTRODUCCIÓN

El 20 de junio de 1996 un grupo de mujeres comenzó a recorrer las calles que atravesaban Agua de Fuego, un pequeño punto en el mapa de la Patagonia argentina al que todos conocían como Cutral Co, en tardío homenaje a sus originarios pobladores mapuches. Sabían que cerca de allí, en Plaza de la Loma o Huincul, según el idioma, otras mujeres habían dejado atrás sus casas y se dirigían a su encuentro. Muchas de ellas iban con sus hijas y sus hijos pequeños asidos a sus manos. Los otros, los ya adolescentes o jóvenes, caminaban a su lado. Algunas iban solas; otras, con sus maridos o con sus vecinas y vecinos. Divisaban en su horizonte la torre que indicaba el ingreso a Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), la otrora empresa estatal que había sido medular en sus vidas durante tantas décadas y que había dejado sin empleo a más de 4 mil personas desde que el gobierno la privatizara a comienzos de la década de 1990. Evocaban las esperanzas de antaño de escapar de la miseria con la indemnización invertida en un kiosquito, en un auto remisero o en un taxi. Pero nada de eso daba ya resultado.

En su recorrido avistaron también la estructura edilicia de la empresa gasificadora El Mangrullo, que ya no sería la base para construir una fábrica de fertilizantes. Durante la tarde del día anterior habían escuchado en la radio que el gobernador Felipe Sapag daba por terminadas las negociaciones con la empresa canadiense Agrium-Cominco Co., argumentando que el estado provincial no invertiría los 100 millones de dólares que completarían los 400 millones requeridos, según los canadienses, para levantar la planta fertilizadora. La provincia, señalaba el gobernador, no estaba en condiciones de gastar ese dinero. Y ellas, sabían, ya no estaban en condiciones de tener paciencia. Y como en muchas otras ocasiones en la Historia, como en muchas otras latitudes, decidieron salir a la calle.

Fueron montando barricadas a su paso, alentándose entre sí, intercambiando bromas y miradas alertas. Algunas llegaron a la Ruta Nacional 22; otras, a la Ruta Provincial 17 o a las picadas, esos caminos de tierra alternativos a las rutas que se habían hecho en tiempos de YPF. Y allí se quedaron. Prendieron cubiertas y cuando las cubiertas se acabaron, prendieron troncos. Levantaron carpas y armaron asambleas mientras cocinaban para todos y discutían con todos. Y, finalmente, tomaron una decisión: permanecerían allí hasta que los humos de las improvisadas piras obligaran al gobierno

provincial a cambiar la situación. No dejarían “los piquetes” hasta que el gobernador Felipe Sapag atendiera sus reclamos.

De historias como ésta trata la presente tesis, cuyo objetivo es explorar los vínculos existentes entre la protesta social, la participación de las mujeres y el impacto político de las acciones colectivas promovidas por ellas en la historia argentina reciente. Para ello, aborda el estudio de las formas de resistencia, organización y confrontación que emergieron frente a la profundización de la implementación del modelo neoliberal y el ejercicio de la democracia articulada bajo sus preceptos. En particular, enfoca su mirada en las mujeres que protagonizaron el surgimiento y posterior desarrollo de los movimientos piqueteros durante el período comprendido entre los años 1996 y 2001 en las localidades de Cutral Co y Plaza Huincul, en la provincia de Neuquén, y en las ciudades de General Mosconi y Tartagal, en la provincia de Salta.

Conformados básicamente por personas desocupadas, estos movimientos hicieron del corte de rutas su herramienta preponderante de confrontación. Consistente en ocupar los caminos y bloquear el paso de toda persona, vehículo o mercadería, esta metodología de lucha permitió, por una parte, que quienes habían sido expulsados del aparato productivo hicieran oír sus reclamos –dirigidos en principio hacia el Estado nacional y los gobiernos provinciales– y se tornaran visibles ante el resto de la sociedad y, sobre todo, ante un elenco gubernamental que pretendía desactivar todo intento de oposición y resistencia a las consecuencias del ajuste estructural que estaba implementando. Pero, además, permitió que quienes llevaban adelante los cortes de ruta dieran cauce a formas democráticas de participación y toma de decisiones alternativas a aquellas diseñadas por los sectores dominantes al someter a debate permanente, y por medio de asambleas, cuestiones tales como el rumbo de las protestas, las exigencias que se sumarían a los pliegos de posibles negociaciones con los poderes gubernamentales o quiénes actuarían en representación de las y los manifestantes si llegaba la ocasión de iniciar tales negociaciones. Todo ello condujo, asimismo, a que en varias oportunidades los y las desocupadas llegaran a liderar diversos levantamientos populares galvanizando una amplia gama de reivindicaciones en los espacios regionales y en el período que aborda esta investigación¹.

¹ Así, aun cuando la exigencia de creación de fuentes de trabajo y/o subsidios por desempleo fueron los comunes denominadores de estas protestas, también estuvieron presentes reclamos en torno a la gratuidad de los hospitales públicos, la creación de escuelas y jardines maternales, el otorgamiento de créditos para pequeñas y medianas industrias o la reconexión de los servicios de gas y electricidad en aquellos hogares cuyas familias no habían podido pagar las correspondientes facturas.

La localización territorial y temporal escogida no es anodina. Desde el punto de vista de la geografía de las protestas, el primer motivo que justifica esta elección radica en el común anclaje de las experiencias de lucha que protagonizaron las y los habitantes de las comunidades neuquinas y salteñas. En ambos escenarios, la trama de la conflictividad social y política hundió sus raíces en la destrucción de lo que se conoce como el “mundo ypefeano”, es decir, de una comunidad cuyas relaciones sociales, políticas y económicas fueron modeladas bajo el influjo y presencia de la compañía petrolera estatal YPF (Favaro et al., 1997; Auyero, 2004).

En efecto, desde su descubrimiento, el usufructo del oro negro vertebró la historia de Plaza Huincul y Cutral Co, localidades situadas en el Departamento de Confluencia², distantes a 100 km de Neuquén capital. La primera nació en 1918 debido al inicio oficial de la explotación petrolera en esta provincia patagónica. Una década y media más tarde, la radicación de población expulsada del denominado octógono fiscal que delimitaba y contenía la reserva estatal de este recurso en Plaza Huincul (Gadano, 2006: 113), dio lugar a la creación de un nuevo asentamiento colindante con ella y que en principio recibió el nombre de Barrio Peligroso, designación que daba cuenta de las enormes dificultades que debían sortear quienes allí habitaban. Casas construidas con adobe y placas de cartón, falta de luz eléctrica y agua potable, intensos fríos invernales, y fuertes y constantes vientos no impidieron, sin embargo, que Cutral Co, tal como se llamaría el lugar a partir de 1935, siguiera creciendo (Palacios y París, 1993)³. Allí y en Plaza Huincul, se asentarían trabajadores migrantes chilenos, pequeños criadores de ganado del interior del por ese entonces Territorio Nacional de Neuquén, comerciantes de Zapala y otros lugares aledaños, atraídos por el influjo que ejercía la explotación petrolera.

La expansión de esta producción se combinó, asimismo, con una política de desarrollo urbano y asistencia social donde YPF jugó un rol central en tanto se hizo responsable del trazado de la trama urbanística y habitacional, el tendido de calles, redes cloacales, luz eléctrica, escuelas y hospitales (Favaro et al., 1997).

Por su parte, General Mosconi y Tartagal conforman el conglomerado urbano más importante de la provincia de Salta, luego de la ciudad capital, de la cual distan 360 km aproximadamente. Ambas localidades integran el Departamento de General San Martín,

²Además de estas ciudades, el Departamento de Confluencia está integrado por Neuquén capital, Centenario, Plottier, Vista Alegre y Villa El Chocón. Para referencia geográfica de las localidades de la provincia de Neuquén mencionadas en la presente tesis, consultar Anexo.

³ Este nombre prevaleció salvo durante el período comprendido entre febrero de 1953 y septiembre de 1955, cuando la localidad fue bautizada Eva Perón.

localizado al norte de la provincia y cuyo límite septentrional demarca la frontera entre Bolivia y la Argentina⁴. Sus historias se encuentran entrelazadas no sólo por la escasa distancia de 8 km que geográficamente las separa o porque la misma ruta las franquea, sino porque las dos debieron su crecimiento y prosperidad también a la explotación del oro negro.

Si bien la producción maderera constituyó el motor del incipiente desarrollo de Tartagal, cuyo nacimiento formal fue fijado para 1924⁵, las exploraciones en busca de riquezas hidrocarburíferas, a cargo en principio de la compañía norteamericana Standard Oil, fueron las que impulsaron la expansión de su traza urbana (Mozo, 1950; Solberg, 1986; AAVV, 2003). Entre otras cosas, esa empresa abrió allí centros deportivos, de salud e incluso una escuela para enfermeras. Hacia 1950, la firma norteamericana abandonó el lugar dejando las instalaciones que había erigido en manos del Estado nacional. Parte de ellas fueron cedidas al ejército y parte a YPF.

General Mosconi, también nacida al calor de la producción forestal, recibió originariamente el nombre de El Noventa, porque el asentamiento coincidía con el kilómetro 1.690 de la línea del ferrocarril Belgrano, habilitado en 1926. Sin embargo, su crecimiento se aceleró a partir de la explotación del petróleo, descubierto en la zona hacia 1911. Aun cuando Standard Oil ganó la delantera en la obtención de concesiones de tierras que contaban con este recurso por medio de la influencia de los empresarios de la compañía sobre sucesivos gobernadores provinciales⁶, YPF, de la mano del general Enrique Mosconi, también obtuvo el acceso en 1927 a la extracción petrolera del lugar mediante la transferencia a sus manos del pozo República Argentina⁷, conocido luego como Campamento Vespucio (Mozo, 1950; Solberg, 1986)⁸. Como ocurriera en Plaza Huincul y en Cutral Co, el desarrollo de YPF trajo aparejado el crecimiento poblacional y urbano, lo cual llevó a que la localidad de General Mosconi fuera convertida en

⁴ El Departamento de General San Martín tiene como ciudad cabecera Tartagal y su territorio abarca, además del municipio de General Mosconi, las ciudades de Embarcación, Aguaray, Salvador Mazza y General Ballivián. Para referencia geográfica de las localidades de la provincia de Salta mencionadas en la presente tesis, consultar Anexo.

⁵ Creado el Departamento de General San Martín en 1948, producto del desmembramiento del más antiguo Departamento de Orán, Tartagal fue declarada su capital al año siguiente.

⁶ Por ejemplo, el gobernador conservador salteño Joaquín Corbalán, triunfante en las elecciones de 1925, concedió a la firma norteamericana 55 mil hectáreas circundantes a Tartagal, con lo cual Standard Oil dio comienzo a la explotación de su primer pozo productor en la zona en 1926. Ver Carl Solberg (1986).

⁷ Este pozo era propiedad de Francisco Tobar, un español que había obtenido la cesión de las minas petroleras de parte de Carmelo Santerbó, uno de los descubridores de petróleo en esta región (Mozo, 1950).

⁸ A ello se sumaron, asimismo, 29 concesiones de tierras que este ciudadano español retenía desde 1907. Por otro lado, la lucha entre Standard Oil y la petrolera estatal por el control de la Cuenca del Noroeste tuvo una ardua trayectoria. Un detallado análisis sobre la misma puede verse en el clásico libro de Solberg (1986).

municipio en 1946, quedando comprendidas dentro de su territorio Campamento Vespucio y Coronel Cornejo, un pequeño pueblo ubicado 17 km al sur de General Mosconi.

Aun cuando esta tesis no se aboca a reconstruir la historia de YPF, no puede soslayar el papel preponderante que la misma ocupó en el desarrollo de las comunidades neuquinas y salteñas. Y es justamente este uno de los factores que permite presumir la existencia de similitudes en los entramados sociales y económicos que se forjaron bajo su égida, así como en los acuerdos y disputas entre el gobierno nacional, los gobiernos provinciales y las empresas privadas por el control del rico recurso local. Consecuentemente, tampoco puede dejarse a un lado que el telón de fondo sobre el que se desplegaron las acciones beligerantes ocurridas entre 1996 y 2001 fue la privatización de la petrolera estatal. Ello abona, entonces, a la búsqueda de los nexos y confluencias en las experiencias de lucha y resistencia colectiva que tuvieron lugar en ambos espacios regionales.

Otro motivo que sustenta esta elección temporal y geográfica radica en que la concatenación de formas específicas de confrontación con el neoliberalismo en la Argentina adquirió una particular contundencia a partir de los cortes de rutas ocurridos en Neuquén durante 1996 y 1997 y continuados posteriormente en Salta, tal y como sostienen diversos autores (Klachko, 1999; Barbeta y Lapegna, 2001; Ferrara, 2003; Svampa y Pereyra, 2003). A su vez, desde esas experiencias, los movimientos piqueteros comenzaron a sentar las bases de su propia identidad, canalizando múltiples protestas, trazando alianzas con diversos sectores sociales y gestando alternativas formas de participación y acción (Favaro et al., 1997; Ansaldi, 2005-2006; Favaro, 2005-2006). Así, sus prácticas y modalidades de organización no sólo se fueron fortaleciendo en tanto sus acciones beligerantes se incrementaban, sino que también coadyuvaron a que otros actores pudieran sumarse a la resistencia abierta contra al modelo neoliberal⁹. Ello permitió la profundización de las movilizaciones sociales que confluyeron en la violenta

⁹ Tal como señalan Lobato y Suriano (2003: 115-153), las estadísticas publicadas por diarios y revistas permiten apreciar la magnitud cuantitativa a la que fueron arribando las protestas que utilizaban los cortes de ruta como metodología de lucha. Entre 1997 y 2002, estas sumaron un total de 4.674, distribuidas de la siguiente manera: en 1997, 140 cortes; en 1998, 51; en 1999, 253. El crecimiento más notorio se produjo entre 2000 y 2002, donde los cortes pasaron de 500 a 2.334. En el año 2001, marcado por la caída de Fernando de la Rúa, los cortes de ruta alcanzaron un total de 1.282. Por su parte, Svampa (2004: 1) considera que los movimientos piqueteros “desarrollaron luego una vertiginosa autonomía durante el gobierno de F. de la Rúa, constituyéndose en este período en un verdadero movimiento social organizado (1999-2001)”.

crisis institucional desatada en el año 2001, cuyo momento más álgido fue la renuncia de Fernando de la Rúa a la presidencia de la Argentina.

El año 2001 marca la finalización del estudio que esta tesis se propone. Aunque ese límite no implica la interpretación de tal momento como la clausura de una etapa en el devenir de la conflictividad social, sí parte de considerarlo como una inflexión cuyas marcas son múltiples y, ciertamente, no se agotan en el señalamiento tanto de la crisis gubernamental que fue producto y cauce a un tiempo de las jornadas de protesta de diciembre de 2001, como de las dificultades para la recomposición de la institucionalidad por parte de los sectores dominantes –dificultades que, para algunos autores, persistieron hasta el año 2003 (Svampa, 2004)–. Sin dudas, un vasto análisis de este proceso exige tener en cuenta cómo diversos sujetos sociales, tales como las organizaciones asamblearias barriales, los clubes de trueque o las fábricas recuperadas, se involucraron y fueron delineando los contornos de ese escenario. Estas instancias de participación y organización, entre otras, marcaron determinados derroteros en el desarrollo y las dimensiones de la conflictividad social y también se vieron modificadas por ella. Pero en esa arena compleja y cambiante, donde tanto las demandas hacia el Estado y las repuestas que este daba, como los vínculos con las organizaciones sociales fueron adquiriendo distintos tonos y tensiones, también mutaron los lugares e intervenciones de los movimientos piqueteros en ella, sus arcos de alianzas, los alcances y límites de las solidaridades de otros sectores sociales con sus reivindicaciones y formas de lucha, entre otras cuestiones (Masseti, 2004; Favaro e Iuorno, 2008). Adentrarse en ese recorrido, por tanto, excede las pretensiones de este trabajo, focalizado en explorar los orígenes e inmediato desarrollo de los movimientos piqueteros y, fundamentalmente, el papel desempeñado por las mujeres en tal proceso.

Por otro lado, así como la dimensión geográfica y temporal de este estudio no es elegida azarosamente, tampoco lo es el lugar protagónico que se asigna a las mujeres en él. Si nos detenemos en los relatos de aquellas que protagonizaron las puebladas neuquinas de 1996 y 1997 o en los de las que tornaron a Tartagal y General Mosconi en un territorio central de conflictos en los años subsiguientes, se podría argumentar, para justificar tal decisión, que son las propias mujeres las que suelen ubicarse como las iniciadoras de estas protestas.

Sin embargo, tales narraciones contrarían sustantivamente las provenientes tanto del campo académico como de los estudios vinculados con partidos políticos y organizaciones sociales, donde la participación de las mujeres suele estar ausente de los

análisis. Los escasos trabajos que se detienen en ella, dan cuenta generalmente de la presencia femenina sólo en términos numéricos o testimoniales, concibiendo la identidad del movimiento piquetero como masculina y el involucramiento de las mujeres como un mero acompañamiento de las acciones de los varones (Gómez y Kindgard, 1998; Kalchko, 1999; 2002; Svampa y Pereyra, 2003). Asimismo, tal acompañamiento es percibido como una suerte de irrupción en la escena pública sin lazos de continuidad hacia el pasado en lo que hace a la experiencia política individual y colectiva de estas mujeres. De tal manera y a pesar de que algunos de estos análisis observan que la participación femenina ha sido amplia fundamentalmente en la base de las organizaciones¹⁰, dicha participación no es indexada al proceso de construcción de los movimientos piqueteros. Por el contrario, se postula que la existencia de estos últimos precedió a estas presencias femeninas (Svampa y Pereyra, 2003) y que fue en ellos, además, donde mayoritariamente estas mujeres realizaron sus primeras intervenciones políticas en la vida comunitaria (Auyero, 2004).

Esta tesis se aleja de tales perspectivas al conceder un lugar privilegiado a las narrativas de las mujeres, confrontar sus relatos con otras fuentes, tanto orales como escritas, y ponderar algunos acontecimientos que hasta ahora han pasado generalmente desapercibidos, tales como el hecho de que fuera precisamente una maestra desocupada, madre de tres hijos y divorciada, la que firmara con el gobernador Felipe Sapag el acuerdo que puso fin al primer conflicto de Cutral Co y Plaza Huincul. Pero este distanciamiento no se sustenta tan sólo en presentar evidencias que enuncien las presencias femeninas. En ese sentido, no es objetivo de esta investigación exponer pruebas que posibiliten contabilizar mujeres para hacer visible su agencia en un proceso histórico y añadirlas así a un relato instituido previamente. El sendero propuesto no se circunscribe a ello porque entiende, en primer lugar, que tal visibilización no conduce necesariamente a volver inteligibles a esas mujeres en sus intereses, proyectos y acciones, ni en su incidencia en el devenir histórico (Scott, 1996; Benhabib, 2005). Tornarlas comprensibles significa explorar sus heterogéneas pertenencias sociales, sus vivencias cotidianas, sus prácticas políticas, sus modos de pensar y percibir la realidad y su lugar en ella, en síntesis, sus experiencias y los significados que construyeron sobre ellas. Exige, consecuentemente, poner en escena el género no como una categoría descriptiva sino analítica y relacional, privilegiando que sus nociones componentes encierran

¹⁰ Para el caso de la bibliografía estrictamente académica, se puede citar el estudio de Svampa y Pereyra (2003) y Schaumberg (2004). En un registro político, ver *Travesías* (2002).

variabilidades históricas y que preguntarse por las mujeres no equipara a verlas sino a comprender sus agencias, las relaciones entre ellas y, también, con los varones.

En segundo lugar, en esta propuesta analítica se postula que historizar a las mujeres no es un problema en torno a las evidencias sino sobre las preguntas. Desde la perspectiva de la labor historiográfica, las evidencias nunca son tales de por sí, no constituyen una suerte de “algo dado” y a “ser descubierto” en el escudriñamiento del pasado. Se construyen acorde los interrogantes que se formulen a ese pasado y el relato que se pretenda edificar sobre él (Perrot, 2008). Esto no implica una invención —en el sentido de fingir un hecho falso—, sino el acto de una búsqueda y, con ello, de una reconstrucción que exige siempre la interpelación de quien investiga ese pasado a las fuentes de las que se nutre su indagación. Es en esa intervención donde se produce una operación creativa, ya sea para interpretar y volver así una fuente en evidencia, o para además ocasionarla cuando hay ausencia de ella. En ese sentido, la fuente oral construida mediante una entrevista contiene una porción de creación, una labor de confección allí donde la presencia de un sujeto, de sus acciones y su subjetividad, de su particular devenir en el proceso histórico aún está oculta.

Justamente, esta tesis se vertebra en el abordaje de documentos escritos pero sobre todo en la construcción de fuentes orales, a sabiendas de que ese acto creativo gestado en el intercambio entre investigador/a y entrevistado/a no sólo posibilita bucear en cómo las personas “pensaron, vivieron y construyeron su mundo” (Camarena Ocampo y Necoechea Gracia, 2006: 54), o en cómo expresaron su comprensión de la realidad en sus prácticas y en sus relatos sobre ellas. También devela las inquietudes, perspectivas y paradigmas de quien investiga ese pasado. Esto último está siempre atravesado por una mirada sexuada, que bien puede “olvidar” la marca de género en su propia hechura —y entonces la interpretación de los sujetos y su agencia aparece reconstruida y relatada en una gramática masculina presentada como neutral—, o tenerla presente cuando reflexiona sobre su propia identidad, su vínculo con la persona entrevistada y las ideas que guían su análisis del tiempo pretérito¹¹. En tal caso, se abre la posibilidad de que la indagación y la narrativa historiográfica del pasado descrean de la (supuesta) indistinción de las disparidades que la construcción social de la diferencia sexual inscribe en las

¹¹ El entrecorillado de este verbo tiene el propósito de remarcar que los olvidos, aun cuando definidos de distinta manera y enraizados en diversas cuestiones, no refieren sólo a momentos, procesos, vivencias de la persona entrevistada. También se presentan, aunque su frecuencia y significado ha sido escasamente explorado, en quien investiga. En este caso, el “olvido” de la identidad de género del/la investigador/a puede estar vinculada con una opción teórica consciente o con una pregunta autorreflexiva no realizada, entre otras cuestiones.

experiencias de los sujetos y entonces recalcan en ella para analizarlas. Es justamente en esa dirección donde esta investigación cimienta su apuesta al poner en escena la agencia de las mujeres de los sectores subalternos en las formas de resistencia y confrontación que emergieron frente al modelo neoliberal.

Guiado por tal horizonte, el trabajo de campo que sustenta esta pesquisa incluyó la revisión crítica de dos tipos de fuentes. En primer lugar, la consulta de fuentes escritas, lo cual comprendió, por un lado, diarios de tirada nacional – *Clarín, Página 12* y *La Nación*–, y provincial –*La Mañana del Sur* y *Río Negro*, en el caso de Neuquén, y *El Tribuno*, para Salta¹². A su vez, también ha tenido en cuenta publicaciones político partidarias y/o sindicales abocadas al análisis de la problemática planteada. A ello se sumó el acceso a documentación de las organizaciones sociales que emergieron como consecuencia de los conflictos –como por ejemplo, los documentos de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi, Salta–, y a documentos y archivos personales de las y los protagonistas. Por último, se han consultado también materiales producidos por diversos organismos públicos (tales como relevamientos y estudios estadísticos) e instituciones de representación gubernamental tanto provinciales como nacionales (tales como leyes, decretos y debates parlamentarios).

En segundo lugar, observando criterios de representatividad y saturación¹³, se han realizado entrevistas orales a circa 60 personas que protagonizaron los cortes de rutas en ambos espacios regionales¹⁴. Para el caso de Neuquén, se llevaron a cabo entrevistas a

¹² Es pertinente aclarar que el criterio de selección para el uso de estos diarios ha tenido en cuenta no sólo la contrastación entre la escala regional y nacional de la producción de noticias sino también algunas diferencias relacionadas con las líneas y posicionamientos editoriales. Así, se observará que en los capítulos que abordan las experiencias de lucha de Cutral Co y Plaza Huincul, la recurrencia al diario *Río Negro* ha tenido una preeminencia sustantiva frente a *Clarín, Página 12* o *La Nación*. Ello se debe a que, pese a las diferencias ideológicas que pueden notarse entre estos últimos durante el período abordado en esta tesis, las informaciones sobre los conflictos no guardaban prácticamente divergencias con las producidas por *Río Negro*. Incluso, en algunas de ellas, se aclaraba que la fuente original de la noticia publicada era precisamente el periódico local. En Salta, por el contrario, el lugar reservado a los periódicos de tirada nacional ha sido mayor en la medida en que *El Tribuno*, propiedad de la familia Romero, de indudable encumbramiento político y económico en el destino provincial, pasaba por alto ciertos sucesos o, en algunos casos, los alteraba de manera extrema.

¹³ Respecto del primero de estos criterios, es preciso señalar que la representatividad no refiere a la cantidad de testimonios sino a su diversidad en términos de pertenencia de clase, genérica, étnica, político-ideológica, participación en ámbitos organizativos, entre otras cuestiones. En cuanto al segundo, el de saturación de las entrevistas, remite a la contrastación de distintas trayectorias y experiencias. Ello permitió construir parámetros de repeticiones en la medida en que se avanzaba con las entrevistas, pues es materialmente imposible tomar testimonios a todas las personas que directa o indirectamente se han involucrado en este proceso social.

¹⁴ La realización de estas entrevistas tuvo lugar entre los años 2003 y 2004 y sólo pudo ser posible mediante la valiosa colaboración que prestaron varias personas. En primer lugar, Christian Castillo, quien me contactó con activistas en Neuquén. Otro tanto hizo Gabriela Gressores. En Neuquén, la Negra Estela, Nano, Mario Cambio y Luis Tiscornia. En Salta, Mario Reartes, Rodolfo Pereyra y Heike Schaumberg.

mujeres y varones que participaron en las puebladas de Cutral Co y Plaza Huincul durante los años 1996 y 1997, a ex trabajadoras/es de la empresa YPF, a integrantes de los sindicatos docentes, a miembros de la pastoral de migraciones perteneciente al obispado de esa provincia, a integrantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) del barrio San Lorenzo y de la Corriente Clasista y Combativa (CCC) del barrio Centenario – ambos barrios localizados en la ciudad de Neuquén–, a integrantes de organizaciones feministas, a militantes de diversas organizaciones político-partidarias y a ex funcionarias/os del gobierno provincial durante la gestión de Felipe Sapag, correspondiente al período 1995-1999. En cuanto a la provincia de Salta, se ha entrevistado a activistas de organizaciones de desocupados/as –en particular, la UTD–, a habitantes de General Mosconi, de Coronel Cornejo, de Vespucio y Tartagal, a ex trabajadoras/es de YPF y a integrantes de la Coordinadora de Ex Trabajadores Ypefeanos del Departamento de General San Martín, conformado principalmente por ex ypefeanos/as que residen en las localidades de General Mosconi, Tartagal y Aguaray¹⁵.

En síntesis, estudiar a las mujeres en estos conflictos y bucear en las fuentes con interrogantes formulados en torno a sus prácticas e identidades pretende “generizar” las protestas o, dicho de otro modo, aventurarse en su análisis explorando cómo fueron atravesadas por los significados sociales sobre la diferencia sexual, las subjetividades articuladas en torno a los atributos culturalmente asignados a ser (y actuar como) mujer y varón, y las jerarquías que esos significados sociales entrañan y construyen. Escudriñar tal dimensión permitirá comprender de manera más compleja a los sujetos y sus experiencias de participación, sus alicientes, esperanzas y acciones a la hora de conformar diversos colectivos, las formas y los entramados de la conflictividad social, y el contenido y alcance político de las acciones de resistencia y lucha dinamizadas. También posibilitará renovar la interpretación sobre ciertos aspectos involucrados con el desarrollo de las organizaciones que emergieron de tales protestas¹⁶. En esa dirección, se pondrá especial énfasis en el estudio de la UTD de General Mosconi, pues aun cuando no

Todas/os fueron fundamentales para allanar el camino y ayudarme a comprender las realidades de estas provincias. Por último, agradezco fundamentalmente a las mujeres y varones de las comarcas petroleras neuquinas y salteñas que, pese al esfuerzo emocional que el recuerdo de lo sucedido les provocaba, han compartido conmigo generosamente sus historias y reflexiones.

¹⁵ El conjunto de personas entrevistadas se halla desagregado en el apartado “Fuentes y Bibliografía”.

¹⁶ Las posibilidades analíticas que la categoría de género brinda para el estudio de la Historia puede ser rastreada en varias teóricas e historiadoras feministas europeas y norteamericanas, tales como Kaplan (1990; 2003), Scott (1990; 1996) y Bock (2001). En el caso de la historiografía argentina, una renovación historiográfica nodal para la puesta en escena de la perspectiva de género puede hallarse en la global reconstrucción histórica de la sociedad argentina realizada por Barrancos (2007).

es la única instancia organizativa existente¹⁷, detenerse en ella posibilitará ahondar la indagación en torno a cómo las relaciones de género han imbricado su construcción, la edificación del ejercicio del liderazgo en su interior, su dinámica política en la comunidad y de cara a los poderes gubernamentales, entre otras cuestiones.

Es en esta pretensión analítica, entonces, donde la noción de experiencia cobra un lugar central. Para su uso, esta investigación tributa su significado al desarrollo conceptual elaborado por el historiador británico marxista Edward P. Thompson, puesto que permite analizar a los sujetos sociales ya no como subsumidos en estructuras sino en sus mutuas relaciones, valores morales, códigos de conductas, prácticas individuales y colectivas. Sin embargo, y sin desmerecer la potencia interpretativa del camino abierto por Thompson con la historicidad constitutiva de las categorías analíticas que ha formulado (tanto en lo que respecta al concepto de experiencia como al de clase social), aquí se toma distancia, en cierto punto, al considerar que aun cuando enunció la presencia de las mujeres, este autor no problematizó la implicancia de la diferencia entre los sexos en el proceso de formación de las clases, en las experiencias de los sujetos, en sus prácticas e identidades¹⁸. Esta tesis se adentra por ese sendero intentado escudriñar cómo las experiencias de esas mujeres entraron en escena en las acciones colectivas de protesta y de qué manera las mismas tensionaron imaginarios sociales que les reservaban ciertos roles en su comunidad o fueron puestas al servicio de legitimar su intervención en los cortes de rutas.

Mas debe aclararse que, en esta investigación, las mujeres son entendidas no como un sujeto colectivo homogéneo, que porta identidades o intereses, objetivos y experiencias igualadas en el terreno de su condición sexual. Por el contrario, el universo femenino que conforma el centro de este trabajo se caracteriza por la heterogeneidad o diversidad de sujetos que lo componen, en tanto se encuentra atravesado por las

¹⁷ En efecto, en el Departamento de General San Martín existen otras organizaciones tales como la Coordinadora de Ex Trabajadores Ypefeanos del Departamento de General San Martín o la Coordinadora de Trabajadores Desocupados (CTD) de Tartagal —este último vinculado en sus orígenes al Partido Obrero (PO) y a uno de sus principales dirigentes locales, José Barraza, ex empleado de la empresa de energía y ex militante del Partido Comunista (PC)—.

¹⁸ Este distanciamiento recoge parcialmente las críticas formuladas por Joan W. Scott (1999) sobre la elaboración del concepto de clase y experiencia por parte de E.P. Thompson. Empero, no las asume del todo puesto que considera que el lugar que Scott asigna al lenguaje en tanto “producción discursiva” de los intereses de las personas, termina desempeñando, como sostiene Mónica de Martino Bermúdez (2003), el papel de una nueva instancia de determinación que sustituye a las relaciones de producción pero que, además, se vuelve un sistema *a priori* de los individuos. También se entiende aquí que aunque el género era ajeno a los intereses del historiador británico en un principio (y no se le reclama que fuera de otra manera), tampoco él fue ciego, como desliza Scott en su crítica, a una opción analítica que lo contemplara. Ello queda en evidencia en sus trabajos en torno a “La venta de esposas” o en “La economía moral de la multitud en Inglaterra” reunidos en *Costumbres en común* (Thompson, 1995a; 1995b).

relaciones de opresión devenidas de la construcción sociocultural de la diferencia sexual y las normativas asignadas histórica y socialmente al comportamiento femenino y masculino, así como por las pertenencias de clase y étnicas que, en profundo vínculo con lo anterior, determinan y condicionan ese universo. De tal suerte, estas mujeres, pertenecientes a los sectores subalternos y en algunos casos de origen indígena, han sido o lo son aún hoy trabajadoras de reparticiones estatales, docentes, ex empleadas de empresas estatales privatizadas, cuentapropistas o desocupadas. Es justamente en el entrecruzamiento de las pertenencias de clase, el origen étnico y los constructos sociales relativos al género donde pueden hallarse las claves que permiten dar cuenta de la singularidad de las y los protagonistas de los casos históricos aquí analizados y, particularmente, de las mujeres que los impulsaron.

1. BORDEANDO LÍMITES: UN ESTADO DE LA CUESTIÓN

Esta investigación, inscripta en la historia social con perspectiva de género, dialoga con diversos estudios y enfoques abocados a analizar los orígenes y posterior desarrollo de los movimientos piqueteros, y de las identidades que sus protagonistas fueron gestando al calor de las confrontaciones desatadas. En particular, lo hace con aquellos trabajos que interpretan este devenir en vista de los acontecimientos que tuvieron lugar en las comarcas petroleras neuquinas y salteñas en la segunda mitad de la década de 1990.

El siguiente estado de la cuestión está subdividido en dos apartados. El primero de ellos se detiene en aquellas investigaciones enfocadas en la gestación e inmediato desarrollo de los movimientos piqueteros. El segundo se interna en cómo se ha estudiado el lugar de las mujeres en ellos y en la cristalización de las organizaciones políticas y sociales que emergieron a la luz de los conflictos analizados en esta tesis.

1.1. EN TORNO A LOS ORÍGENES

La mayoría de la literatura que examina los derroteros de las acciones colectivas de protesta durante la década de 1990 asigna un lugar cardinal a las jornadas beligerantes que protagonizaron las comunidades neuquinas de Cutral Co y Plaza Huincul durante los años 1996 y 1997. Tal centralidad se nutre de un conjunto de argumentos que, pese a ciertos matices en su formulación y las divergencias de perspectivas analítico-teóricas, comulgan ubicando estos conflictos como experiencias inaugurales de enfrentamiento

social ante la masiva expulsión del aparato productivo, la condena a la miseria de miles de personas y la puesta en práctica de operaciones desubjetivantes¹⁹, provocadas por la profundización del modelo neoliberal cuyo hito fundamental fue, en este escenario regional, la privatización de YPF (Favaro et al., 1997; Auyero, 2002a; 2002b; 2004; Ferrara, 2003; Svampa y Pereyra, 2003).

En esta dirección, las explicaciones sobre la originalidad de tales protestas, devenidas en puebladas en ambas ocasiones²⁰, se anudan básicamente en torno a tres cuestiones. La primera es la utilización del corte de rutas como metodología de lucha, herramienta cuya novedad no está significada en términos de nacimiento sino más bien de exceso en la medida en que su implementación permitió hostigar una de las necesidades centrales del capital, la circulación, cuando el peso de la desocupación tornaba ineficaz o dificultosa la posibilidad de resistir en la esfera de la producción. Sin embargo, el exceso contenido en esta metodología de lucha no fue sólo de cara al terreno del enfrentamiento puntual, sino también respecto de cómo y qué sujeto colectivo se gestó con y en ella (Barbetta y Lapegna, 2001; Ferrara, 2003; Zibechi, 2003). Es allí donde se anexan los dos motivos restantes que dan cuenta de la innovación en el repertorio de resistencias abierto con los sucesos de las comarcas neuquinas.

Respecto del cómo, existe coincidencia en señalar que en los cortes de ruta se dispusieron formas de participación y deliberación, las asambleas, que garantizaron que la dinámica y control del rumbo de estas protestas quedaran en manos de sus protagonistas, lo cual favoreció la horizontalidad y el compromiso colectivo en la toma de decisiones (Klachko, 1999; Svampa y Pereyra, 2003). En cuanto al quién, también se consigna que fue en estos cortes donde surgió un novel sujeto político, los movimientos piqueteros, cuya agencia fue gestando una subjetividad beligerante basada, para algunos autores, en la búsqueda de la dignidad y el reconocimiento (Auyero, 2002b; 2004; Ferrara, 2003). Ese “ser en la ruta” –recuperando la metáfora de Javier Auyero (2002b)– permitió fundar nuevas identidades que trocaron el ser desocupado en estar desocupado y

¹⁹ Esto es, la implementación de dispositivos simbólicos afines a anular la condición humana y, con ello, impedir las rebeliones a la par de legitimar el sometimiento a las condiciones de dominación y explotación que se pretenden imponer (Agamben 1998; Ferrara, 2003: 22).

²⁰ Se entiende aquí como puebladas a aquellas rebeliones policlasistas, de alcance generalmente ciudadano, en apariencia espontáneas, con reivindicaciones que sólo impugnan de manera parcial –supuestamente– el orden social vigente, y carentes de una dirigencia y de una dirección políticas claramente identificables. Involucrando a la mayoría de los y las pobladoras de una comunidad, las puebladas también marcan un profundo agotamiento de los canales de participación expresados mediante los partidos políticos y el sistema institucional, tal como se retomará luego en este estado de la cuestión. Cabe aclarar, asimismo, que esta definición ha sido parcialmente tomada de un trabajo de Pablo Pozzi sobre la protesta ocurrida en el año 1972, conocida como el Rocazo, realizado en 1985 y cedido gentilmente por su autor (Pozzi, s/f).

ser piquetero (Masseo, 2004) y, con ello, en una actitud desafiante ante un destino de exclusión que aparecía inevitable y, por tanto, inmutable. En este sentido, si el concepto de ser desocupado supone no sólo la condición de estar fuera de las relaciones de producción sino también el no ser nada fuera de ellas, el de piquetero reenviaría al reconocimiento de que por fuera de ellas se puede luchar porque se sigue siendo. Ello permitió tornar la resignación, la angustia o la desesperación individual en capacidad colectiva de abierta resistencia²¹.

Por todo lo anterior, entonces, las jornadas de Cutral Co y Plaza Huincul se volvieron casos emblemáticos en los estudios sobre las formas que asumió la conflictividad social bajo el menemismo, y marcaron la apertura de una etapa de ascenso de la misma donde las modalidades y herramientas de enfrentamiento popular retomaron las utilizadas en el caso neuquino de 1996, tal y como sucedió en 1997 en la propia Neuquén, en Salta, en Jujuy y en el Gran Buenos Aires en los años siguientes.

Pese a estos lineamientos generales, tanto la literatura académica como política presenta ciertas discrepancias y gamas a la hora de interpretar el contenido y trayectorias de tales protestas, sus objetivos específicos y los antecedentes históricos en los que hundieron sus raíces –desde el punto de vista del formato que asumieron así como de los sujetos que las dinamizaron y sus experiencias pretéritas–. Conviene, entonces, detenerse en aquellos estudios que hacen posible desentrañar más detalladamente cómo, hasta ahora, fue abordado el entramado social y político que atravesó estos conflictos.

Uno de los primeros trabajos de corte histórico que indagó lo sucedido en Cutral Co y Plaza Huincul en los años 1996 y 1997 fue el de Orietta Favaro, Mario Arias Bucciarelli y Graciela Iuorno (1997). Publicado muy cercanamente al momento de finalización de la segunda pueblada²², estos historiadores visualizaron ambos conflictos como las derivas de la privatización de YPF en las comunidades neuquinas en términos de desocupación, desarticulación de la sociabilidad territorial y de la “contención” social que había traído aparejadas la presencia de la petrolera estatal. Asimismo, si esta fue la razón

²¹ La mayoría de los estudios sobre estos acontecimientos ha estado emparentada con las teorías de la acción colectiva y de los nuevos movimientos sociales en sus diversas vertientes, que tiende a enfatizar o bien los factores racionales que conducen a la acción (Tarrow, 1997; Tilly, 2000) o bien los factores identitarios (Touraine, 1987; Melucci, 1994; 1999). Esta investigación no descarta sus aportes al entender que han teorizado sobre ciertos aspectos escasamente tenidos en cuenta desde la historiografía. Sin embargo, no deja de tomarlos con recaudo, pues también considera que en tales análisis se acostumbra desdibujar la pertenencia de clase de los sujetos que impulsan estas acciones, a los cuales se los suele presentar como “actores”.

²² Esta tendió a resolverse hacia el 18 de abril de 1997 y el trabajo mencionado fue publicado en el número 148 de la revista *Realidad Económica*, correspondiente a los meses de mayo y junio de ese año.

de fondo, los autores marcan dos detonantes centrales para cada una de las protestas y la emergencia de dos sujetos diferenciales a partir de ellas. En los acontecimientos de junio de 1996, la causa inmediata fue el anuncio gubernamental de la finalización de las negociaciones con una empresa canadiense que se disponía a abrir una fábrica de fertilizantes en la zona. La abrupta desaparición de las esperanzas de volver a obtener un trabajo estable provocó, consecuentemente, que las y los pobladores llevaran adelante una protesta “sin precedentes en Neuquén” (Favaro et al., 1997: 18).

El segundo conflicto estuvo relacionado con la huelga docente iniciada en marzo de 1997 por el gremio de educadores neuquinos, la Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén (ATEN), aunque la protesta en las comarcas petroleras se masificó a partir del asesinato de Teresa Rodríguez, perpetrado por un policía neuquino el 12 de abril, tres días después de iniciado el segundo corte de rutas²³. A su vez, los autores señalan que si de la primera protesta el sujeto que emergió fueron los “piqueteros”, en la segunda se trató de los “fogoneros”, encarnados por un grupo de jóvenes que comenzaron con el corte de rutas y que se autoidentificaron de esa manera para diferenciarse de los principales líderes del conflicto anterior, a los que sindicaban como traidores²⁴. Pero, conceptualizados en su conjunto, este trabajo ubica ambas acciones confrontativas como expresión de un movimiento de protesta policlasista, no interpretable en clave política, que canalizaba la impugnación de las consecuencias del ajuste neoliberal. En este sentido, tales luchas se desarrollaron de forma no institucionalizada –por fuera de estructuras sindicales y/o político-partidarias– y expresaron las fragmentaciones sociales que la globalización impuso, pero no como una ofensiva contra el sistema social vigente sino como la búsqueda de la inclusión en él.

Sin desconocer la importancia fundacional del trabajo de Favaro, Arias Bucciarelli e Iuorno, es dable señalar que en ese contexto deja algunas cuestiones sin resolver. Particularmente, y a los fines de esta tesis, interesa resaltar aquella que se desprende de la definición que los autores poseen sobre la política cuando explicitan que estos conflictos no pueden ser entendidos en esa clave. Sin embargo, es justamente tal clave la que

²³ Un análisis detallado sobre el conflicto docente y sus repercusiones en Cutral Co y Plaza Huincul es el de Ariel Petrucelli, quien también comenzó a esbozar su trabajo en el período inmediatamente posterior a la finalización de la segunda pueblada, aunque terminó de escribirlo y lo publicó años más tarde (Petrucelli, 2005). Asimismo, ambas confrontaciones formaron parte del estudio de la tesis doctoral de José Bonifacio (2009), enfocada en las protestas y formas de organización que dinamizaron los trabajadores desocupados en esta provincia.

²⁴ Tal acusación persistiría aún muchos años después. De hecho, cuando se realizaron las entrevistas para esta tesis, muchas/os testimoniantes sostenían que los “piqueteros” del año 1996 “habían vendido” la organización y los logros, de por sí escasos, al gobierno provincial a cambio de prebendas personales.

impregna su lectura cuando afirman que estas luchas y sus protagonistas fueron incapaces de generar “una propuesta alternativa que cuestione la estructura global de poder y de la economía” aunque sí tensionaron “la trama de relaciones sociales y la dinámica del sistema político” (Favaro et al., 1997: 25). Por tanto, el problema no reside en la viabilidad del uso de la clave interpretativa sino en confinar la política al agenciamiento de sujetos cuyas prácticas, intereses y objetivos planteen una alternativa al sistema capitalista. Ausente tal planteo en estos conflictos, los autores terminan por “desinscribir” de la política la irrupción de estos movimientos en el escenario público.

Algo similar sucede cuando proponen descifrar estos movimientos de lucha y resistencia en cuanto que “prácticas sociales centradas sobre la construcción de nuevas identidades colectivas y de reconocimiento de espacios de relaciones sociales” (Favaro et al., 1997: 27). Si bien subrayan que uno de los rasgos de esas nuevas identidades, cuyo análisis se focaliza en los “fogoneros”, es el descreimiento en funcionarios políticos, partidos y sindicatos, suman como características la carencia de planteo ideológico y un marcado desinterés por el poder (Favaro et al., 1997: 21). Pero, en realidad, ¿se trató de un desinterés por el poder o por la toma del poder? Los fogoneros, ¿carecieron de planteo ideológico o de adhesión a un planteo ideológico político-partidario? Si se toma en cuenta que los autores examinan estas experiencias contrastándolas también con las de los movimientos sociales de la década de 1960 y 1970, donde el debate sobre la toma del poder y la formulación de proyectos políticos enmarcados en determinados lineamientos ideológicos y estructuras partidarias formaban parte de la agenda de varios colectivos militantes, es factible suponer que la respuesta a estos interrogantes transite por la segunda de las opciones que cada uno contiene. Pero si es así, es aquí donde se configura el nudo del problema. Las comparaciones de las acciones colectivas de resistencia y lucha en diversos períodos históricos son valiosas para comprender continuidades y rupturas en ellas, en los marcos y condiciones de emergencia de conflictos sociales y políticos, en la edificación de prácticas y subjetividades colectivas e individuales, entre otras muchas instancias que se puedan escoger. Sin embargo, sus beneficios pueden escabullirse de las manos de quien se propone historizar un proceso cuando los recorridos de los sujetos pretéritos se vuelven un modelo o una suerte de deber ser a seguir. Tornados en un “patrón”, pueden empañar la interpretación al conducir a la negación de la existencia de un planteo ideológico en organizaciones que, en un contexto marcadamente diferente al de los sesenta y setenta, no se identifican dentro de un encuadre revolucionario o político partidario, ni formulan acabada y claramente la intención de “tomar el cielo por asalto”.

La mirada que porta esta tesis toma distancia de esa lógica, puesto que pretende comprender a los sujetos y sus acciones en su contexto, es decir, dilucidar su especificidad tentado la búsqueda de, como expresa Mónica Gordillo (1999), “lo que es propio de una determinada configuración histórica”. Tal configuración no es un mero telón de fondo en el que se imprimen los enfrentamientos sociales, sino justamente el escenario que delinea sus contornos y características y cuyos alcances, orientaciones y dinámicas son puestas en tensión, sometidos a debate o desafiados por los sectores sociales que protagonizan las pugnas. Las sendas de esos desafíos no son siempre las mismas, no se dirimen en los mismos terrenos ni son encarnadas por el mismo tipo de organizaciones. En esa dirección, la profundización del neoliberalismo durante los noventa condujo a respuestas de los sectores subalternos que excedieron el repertorio de herramientas de lucha articuladas por sindicatos y partidos políticos, ámbitos organizativos más clásicos en la intermediación entre diversos sectores sociales y el Estado (Badiou, 2000). Mas ello no significa que estuvieran desprovistas ni de esas herramientas ni de interpretaciones, orientaciones y metas políticas. En todo caso, son los sentidos de esa politicidad aquello que es preciso examinar, explorando las formas de participación implementadas en los cortes de ruta, las propuestas y demandas articuladas a los poderes públicos, de qué manera “piqueteros” y “fogoneros” se percibieron a sí mismos y a los sectores sociales antagónicos, y en qué inscripciones asentaron las identidades que fueron conformando colectivamente en esos procesos de lucha y resistencia (Merklen, 2005; Nardacchione, 2005).

En un trabajo posterior al de Favaro, Bucciarelli e Iuorno, Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo (1998) analizan estos conflictos como parte de las formas asumidas por la protesta social dentro del capitalismo desarrollado. Así, contabilizan la producción de los cortes de ruta entre el “Santiagazo” –diciembre de 1993– y agosto de 1997, tomando como fuente primordial el diario *Clarín*. Allí, los autores advierten la distribución temporal y geográfica de estas acciones, por un lado, y la inserción ocupacional de sus participantes, por el otro. En cuanto a la primera cuestión, aseveran que de los 156 hechos de esta naturaleza, el 69,2% tuvo lugar en el año 1997 mayoritariamente en las provincias de Neuquén y Jujuy. Respecto de la segunda, sostienen que, en general, fueron protagonizados por sectores asalariados ocupados y, en menor grado, por fracciones de sectores pequeño-burgueses y “trabajadores desocupados” (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1998: 145). Concluyen que el objetivo de estos cortes de ruta fue, en principio, la obtención de reivindicaciones inmediatas; en segundo

lugar, el intento de modificar la política económica nacional y provincial; y, finalmente, diversas demandas articuladas en el marco de huelgas generales. Por tanto, y siguiendo a Antonio Gramsci para determinar el significado de estas acciones beligerantes, las asimilan a dos momentos: el momento del grupo profesional y el momento del grupo social, sin llegar al momento estrictamente político. Aunque, por distintos señalamientos, coinciden así con la mirada de Favaro, Arias Buccarelli e Iuorno al rotular estos conflictos por fuera de lo estrictamente político, si bien tampoco definen qué entienden por política.

Por otro lado, esta explicación, basada en hallar especialmente la matriz de clase de los sectores que se movilizan, aun cuando necesaria, no es suficiente para comprender por qué un específico colectivo social, liderado por personas desocupadas en muchas de las acciones de 1996 y 1997, decidió llevar adelante una protesta asentada en el corte de rutas. Para ello no basta con explorar las pertenencias de clase como un dato dado en una estructura social y de cuyo descubrimiento depende la posibilidad de lograr una comprensión compleja de este proceso histórico. Por tal motivo, esta tesis hace hincapié en las relaciones sociales que ese colectivo social (compuesto por mujeres y varones que experimentan de manera diferente su pertenencia de clase y que también vivencian de manera distinta el estar fuera del aparato productivo) construyó previamente y en las que estuvo inserto; y en los lazos comunitarios existentes que llevaron a decidir por esta herramienta de expresión del conflicto y no otra, y que, además, la tornó masiva involucrando a toda la comunidad con tal vigor que la duración promedio de los cortes que se estudian en esta investigación fue de una semana²⁵.

Desde el campo sociológico, un enfoque con matices diferentes puede hallarse en el trabajo de Paula Klachko (1999), donde la autora confecciona el desarrollo fáctico de los cortes de rutas ocurridos en Cutral Co y Plaza Huincul en junio de 1996 también a partir de la información periodística, aunque la misma proviene de uno de los diarios neuquinos, *La Mañana del Sur*. La hipótesis central que guía este análisis es que en tales acontecimientos se produjo una “acumulación de experiencia de lucha y organización en

²⁵ En trabajos posteriores, tanto Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo como varios de las y los integrantes del programa de investigación que ambos dirigen, continuaron explorando las formas que asumió la protesta social en la Argentina de los noventa. Así lo atestiguan los numerosos artículos publicados por el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA). En ellos, el período tomado para el estudio de las protestas se fue ampliando, así como los periódicos utilizados en tanto fuentes documentales para contabilizar estos episodios. Empero, la matriz teórico-interpretativa no presenta grandes variaciones respecto del artículo que fue escogido para analizar en este estado de la cuestión. Ver, entre otros, Iñigo Carrera y Cotarelo (2000; 2003), PIMSA (2007) y Klachko (2007).

el proceso de formación de una fuerza social” (Klachko, 1999: 153), cuya centralidad debe buscarse, por un lado, en las formas de participación y decisión popular –las asambleas– desarrolladas dentro de una inaugural metodología de lucha – los cortes de rutas–, y, por el otro, en la personificación del piquetero como protagonista de las mismas.

En un trabajo posterior, Paula Klachko (2002) profundiza este estudio a la par que lo amplía tomando también el corte de rutas acaecido en la misma provincia durante el año siguiente. Para ella, ambas confrontaciones, aunque defensivas, profundizaron las contradicciones capitalistas, que obstaculizaron la gobernabilidad necesaria para la acumulación de capital. Propone interpretarlas, por tanto, como un proceso de avance hacia formas de lucha más sistemáticas que expresarían luego mayores destellos de conciencia, aunque la espontaneidad continuaría siendo un factor preponderante del movimiento piquetero.

Aun cuando no queda claro qué significa espontaneidad en este contexto analítico, ni cómo, cuándo y a partir de qué elementos estos conflictos pueden catalogarse como espontáneos, es interesante remarcar el contenido asignado a las acciones piqueteras en cuanto que políticas, ya que las intervenciones de este colectivo disputaron en la arena pública el sentido y la orientación de sus prácticas, exigiendo la reversión de la situación de exclusión provocada por el ajuste estructural. Finalmente, Klachko considera que el carácter político de estas acciones se encontraría reforzado por el hecho de que las mismas llegaron a obstaculizar la gobernabilidad menemista.

Sin desmerecer esta evaluación ni desestimar la validez de las interpretaciones sobre las consecuencias de estas acciones en la esfera gubernamental, esta tesis entiende que la política se construye y se halla en el terreno de las demandas, las formas en que los sujetos las articulan, los espacios donde pugnan por su formulación y su satisfacción, independientemente del “puerto” al que arriben sus luchas o de los efectos de las mismas en el sistema de dominación. Mas para descubrir tales efectos, el sentido de esa política e, incluso, los alcances del contenido de espontaneidad que les son atribuidas, esta investigación retoma la propuesta analítica de James Scott al considerar, salvando las distancias entre los sujetos estudiados, que estas confrontaciones, ya en su propia existencia, perturbaron “una superficie de silencio y aceptación aparentemente tranquila [teniendo la fuerza] de una simbólica declaración de guerra” (Scott, 2000: 31). Resulta interesante también destacar el señalamiento realizado por este historiador respecto de la espontaneidad. Refiriéndola en el terreno de lo que él llama las declaraciones abiertas de

un discurso oculto –es decir, aquel que representa una crítica al poder efectuada a espaldas del dominador (Scott, 2000: 21)–, Scott sugiere que la espontaneidad puede remitir más a la ocasión y la vehemencia que adquiere el enfrenamiento que a su contenido y, por tanto, a la elaboración en que se asientan las reacciones y estrategias de resistencia.

En este sentido, es relevante la mirada que guía el trabajo de Barbeta y Lapegna (2001), centrado en los cortes de ruta acontecidos en Tartagal y General Mosconi en mayo de 1997. Los autores sostienen que no fueron protestas espontáneas ya que emergieron en un escenario social donde el descontento “se encuentra latente” (Barbeta y Lapegna, 2001: 204), y proponen que en tales acontecimientos se gestaron subjetividades confrontativas – las portadas por el movimiento de desocupados regional– cuyo sentido de la política fue radicalmente distinto a la institucionalizada, ya que “lleva implícita el rechazo a los canales típicos para la solución del conflicto [...] y propone la idea de una política en tanto capacidad de transformación de las relaciones sociales” (Barbeta y Lapegna, 2001: 252). Estas consideraciones, a las que se suman definiciones en torno a la construcción de las subjetividades como proceso relacional, permanentemente actualizado y, por tanto, no estático, son sumamente útiles para esta tesis puesto que abonan la complejización de la interpretación sobre el sentido de la política y las subjetividades que se fueron configurando a lo largo de estos conflictos, así como los canales múltiples por los cuales se vehiculizó la resistencia social.

Ahora bien, los abordajes hasta aquí reseñados han sido básicamente parciales, circunscribiendo sus objetos de estudio a un particular conflicto, geografía o limitada cantidad de cortes de ruta. Fue en el año 2003 cuando apareció el primer análisis integral de los cortes de ruta acontecidos durante la década del noventa y los primeros años de comienzos del siglo XXI, realizado por Maristella Svampa y Sebastián Pereyra. Allí, los autores trazan una genealogía de los movimientos piqueteros señalando la existencia de dos afluentes para su conformación: uno fabril y otro territorial-barrial. El primero comprende aquellos piquetes que se originaron como consecuencia del proceso de privatizaciones, cierres y despidos de la empresa YPF en la década del noventa. El epicentro de este afluente está ubicado, entonces, en las provincias de Neuquén y Salta.

En cuanto al segundo, localizado en el conurbano bonaerense, los autores datan sus orígenes en las transformaciones operadas en el “mundo popular” por el proceso de desindustrialización comenzado a mediados de la década del setenta. Su desarrollo se

produjo en el espacio territorial-barrial a partir de reivindicaciones relacionadas con la satisfacción de las necesidades básicas.

Asimismo, ese trabajo sostiene que en la conformación del movimiento piquetero y la adopción del corte de rutas como herramienta de confrontación confluyeron diversos factores, tales como la elevada experiencia organizativa histórica de la clase obrera y, con ello, la reutilización de un repertorio de herramientas de lucha gestadas con anterioridad – el piquete, justamente–; la desafección a la identidad peronista por parte de los sectores populares y la clase obrera debido a las alianzas realizadas por la facción peronista encabeza por Carlos Saúl Menem; la intervención de partidos políticos –básicamente de izquierda– ; y, finalmente, el resquebrajamiento de tradicionales formas de lucha – como las huelgas– a partir de la destrucción del aparato productivo industrial, el crecimiento de la tasa de desempleo y la desestructuración del Estado de Bienestar.

Aun cuando sería necesario historizar, y con ello también regionalizar aún más, los impactos y el ritmo de las políticas de ajuste implementadas por el menemismo a fin de lograr una comprensión más cabal de las confrontaciones emergidas en su contra²⁶, la mirada integral de Svampa y Pereyra permitió comenzar a vislumbrar la pluralidad de factores, territorialidades y experiencias que se conjugaron en la aparición de los movimientos piqueteros, así como de la multiplicidad de sujetos que formaron y forman parte de los mismos. Sin embargo, cuando analizan la primera vertiente para su constitución, los autores ponen en escena ciertos elementos que no someten a debate ni comprobación. Uno de ellos es la homogeneidad que le asignan al “mundo ypefeano”, tanto en su construcción como en su devenir y en el impacto que tuvo el proceso de privatización dentro de las comarcas neuquinas y salteñas. Si bien la presencia de YPF generó relaciones sociales y económicas similares en ambos espacios, su devenir no fue exactamente igual, puesto que justamente los territorios en los que se afincó guardaban ciertas diferencias que enmarcaron luego entramados distintos. El peso del componente étnico entre los pobladores de ambas regiones, por ejemplo, o la configuración de los elencos gubernamentales provinciales, los partidos políticos dirigentes y sus vínculos con el gobierno nacional en diferentes etapas, marcaron una impronta disímil en cada caso.

²⁶ Mónica Gordillo señala que los ajustes estructurales fueron demorados en las provincias implementándose en fases distintas a las pretendidas y llevadas a cabo por el gobierno nacional. Centrando su análisis en el caso de la provincia de Córdoba, la historiadora encuentra, asimismo, una gran abanico de acciones colectivas de protesta dinamizadas por los sindicatos (particularmente, los que agremian a los trabajadores estatales) incluso bien entrada la década del noventa (Gordillo, 2005-2006). Una lectura integral, por tanto, de los conflictos de esos años debería rastrear más afinadamente las acciones de matriz sindical –como las huelgas– y no sólo en sentido de experiencia pretérita.

También lo fueron las realidades socioeconómicas de estas comunidades previas al momento de la privatización de YPF. Tal y como sostiene Benclowicz (2005; 2010), la bonanza de los obreros y empleados del sector petrolero contrastaba fuertemente con los niveles de vida del resto de la población en General Mosconi, por ejemplo; municipio donde las necesidades básicas insatisfechas (NBI) para el año 1991 alcanzaban al 32,6% de su población (INDEC, 1991)²⁷.

Este contraste era bastante menor en Cutral Co, donde para ese mismo año la población con algún tipo de NBI, según la información del INDEC (1999), trepaba al 15,72%. Por tanto, ese “mundo ypefeano” no era en absoluto homogéneo ni tampoco era idéntico su desarrollo en cada lugar en que se estableció la petrolera estatal.

Cabe preguntarse si tal homogeneidad no responde, en parte, a una mirada idealizada sobre ese pasado que recoge, en buena medida, la percepción que los propios pobladores neuquinos y salteños construyeron en torno al mismo. Justamente, esta tesis indaga, mediante el estudio de la memoria y el uso de la historia oral como metodología de investigación, esa edificación, y examina cuánto intervino en ella, en la construcción del recuerdo sobre el pasado, la contrastación con un “presente” y un “futuro” tan aciago como el que abrió la privatización de la empresa petrolera.

De todas formas, ello no significa que los autores obvien todas las especificidades y diferencias del proceso en Neuquén y Salta. De hecho, a fin de englobarlas, estipulan una distinción que los lleva a hablar de “modelo neuquino” y el “modelo Mosconi”. Sin embargo, estas especificidades son ancladas básicamente en los detonantes y en el devenir de las protestas en sí mismas, en sus consecuencias e impactos en la vida comunitaria y en las organizaciones políticas que emergieron, o no, de ello. Así, un aspecto en el que se detienen es en la cristalización de organizaciones piqueteras surgidas de estos conflictos. Específicamente, se adentran en las razones por las cuales en el caso salteño se gestó la UTD y porqué en las comarcas neuquinas no apareció ninguna organización de este tipo.

A los efectos de esta tesis, cobra preeminencia la caracterización que Svampa y Pereyra realizan de la UTD, a la que definen como un “poder ejecutivo paralelo” dentro del municipio de General Mosconi (Svampa y Pereyra, 2003: 142), cuyo lineamiento de intervención política social se entronca exclusivamente en el modelo sindical (Svampa y

²⁷ En su tesis doctoral, gentilmente cedida por José Benclowicz para esta investigación, este historiador ha ahondado su estudio sobre los orígenes del movimiento piquetero en Tartagal y General Mosconi presentado mayores evidencias aún sobre los dispares alcances comunitarios de la bonanza de la presencia de la compañía estatal (Benclowicz, 2009b).

Pereyra, 2003: 136). Si bien los enfoques sobre el desarrollo de la UTD se retomarán más adelante, es relevante aquí detenerse someramente en estos dos aspectos señalados. En cuanto al primero, esto es, la calificación de esta organización como poder paralelo, pareciera replicarse cierto grado de idealización en la mirada de los autores. En efecto, aun cuando la UTD ha sido y es muy activa en lo que refiere a liderar conflictos incorporando los reclamos de diversos y heterogéneos sectores sociales en sus demandas, demostrar una alta capacidad de confrontación, administrar incluso una vasta cantidad de planes sociales en determinados momentos²⁸, dista de ser un “gobierno paralelo” en tanto no accede de manera alguna a ninguno de los recursos económicos, ideológicos y políticos que poseen las instituciones estatales y con los cuales articulan y reproducen la dominación y hegemonía burguesas.

En cuanto a su composición, ciertamente, fue importante la presencia de ex trabajadores petroleros, los cuales le dieron una impronta gremial a la dinámica de sus acciones, fruto de la propia experiencia de muchos de ellos. Sin embargo, tal presencia no ha sido en absoluto única y, como en esta tesis se señala, tanto la participación de ex trabajadoras de YPF como de otros sectores –desocupadas, propietarias de pequeños comercios, entre otras– también dejó un sello importante puesto en escena en los estilos de construcción de liderazgo en el interior de la UTD, así como en las formas y articulación del trabajo político de esta organización dentro de la comunidad.

Además de estas investigaciones producidas desde el ámbito académico, existe otro conjunto de enfoques elaborados por activistas de partidos políticos o por organizaciones sociales que han comenzado a reflexionar sobre sus propias experiencias. Este último es el caso del libro de autoría colectiva del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano y el Colectivo Situaciones (2000), que aun cuando no remita a las protestas tratadas en esta tesis, constituye un importante aporte para explorar temas tales como la violencia y el ejercicio del poder en la coyuntura histórica argentina reciente, los conceptos de exclusión/inclusión social, la relación entre el intelectual como investigador formado en el ámbito académico y los movimientos sociales y políticos, entre otras problemáticas²⁹.

²⁸ Para el año 2003, por ejemplo, la cantidad de planes de los que disponía la UTD como organización arribaba a 2 mil aproximadamente (Schaumberg, 2004).

²⁹ Este grupo también ha provisto insumos para la elaboración de escritos teóricos sobre la construcción de las subjetividades de los movimientos piqueteros que son de relevancia para esta investigación, tales como los propuestos en el trabajo de Francisco Ferrara (2003).

En cuanto a los activistas de partidos políticos, valiosos estudios son los que pueden hallarse en los trabajos de Pilar Sánchez (1997), referido al “Cutralcazo” de 1996, y en los de Raúl Zibechi (2003) y de Luis Oviedo (2004), centrados en el itinerario de las protestas de los años noventa y sus confluencias en las movilizaciones del 19 y 20 de diciembre de 2001. Otro tanto puede decirse del trabajo colectivo realizado por integrantes de la Universidad Popular de Madres de Plaza de Mayo, que analiza las protestas de General Mosconi y Tartagal entre 1997 y 2001, y el surgimiento y desarrollo de la UTD (AAVV, 2003).

Por último, importa resaltar un trabajo de Astor Massetti (2004) donde se realiza una interesante objeción a muchos de estos enfoques. Este autor señala que varias de las producciones académicas, así como las político-partidarias y las interpretaciones aparecidas en algunos medios de comunicación masiva, abonan a la construcción de un “mito de origen”, un “piquete original”, ubicado en los sucesos de Cutral Co y Plaza Huinul de 1996. Este estatus de “toma de la Bastilla” asignado a tales acontecimientos, convertiría al movimiento piquetero, tanto en su aparición como en su posterior devenir, en un actor político homogéneo en su identidad, en su práctica política y en sus objetivos, cuestión que, según Massetti, impide una interpretación más ajustada y compleja sobre este movimiento. Para el autor, estos análisis remitirían a una mirada esencialista, lineal y ciega, por tanto, a la comprensión de las múltiples y contradictorias trayectorias y subjetividades, dinámicas, territorialidades y referencias que portan los sujetos englobados bajo el “piqueterismo”, siguiendo sus propias palabras.

Ciertamente, el corte de rutas como herramienta de confrontación no nació en Cutral Co y Plaza Huinul. Como señalan algunos de los estudios ya tratados aquí, su uso en acciones colectivas de protesta puede rastrearse en momentos anteriores. Incluso, ni siquiera fue el recurso exclusivo de organizaciones de personas desocupadas, como puede observarse en una protesta que tuvo lugar en Cruz del Eje, provincia de Córdoba, en 1994.

Una investigación realizada por Mónica Gordillo y Ana Natalucci (2005) demuestra cómo esta ciudad, núcleo dinamizador del desarrollo de la región del noroeste cordobés y cuyo crecimiento estuvo ligado en buena medida a la actividad ferroviaria (tanto en lo que respecta al tráfico como al desarrollo industrial vinculado a la producción de material para los ferrocarriles), se vio conmovida por una pueblada que tuvo lugar el 20 de septiembre de 1994. La misma se inició con una asamblea y un bloqueo de la Ruta Nacional 38, medidas impulsadas por un amplio abanico de sectores sociales que abarcó

desde desocupados/as y trabajadores agrupados en distintos sindicatos hasta pequeños y medianos productores enrolados en la Federación Agraria y la Cámara Avícola, y comerciantes.

Por otro lado, las autoras señalan que si bien esta lucha sirvió para colocar en escena a nuevas organizaciones como la Coordinadora de Desocupados, creada en marzo de 1994, “no llama la atención que en la memoria de estos actores la pueblada de 1994 pase algo desapercibida y registren, en cambio, como un hito clave en esta historia el ‘corte’ de mayo de 1997” (Gordillo y Natalucci, 2005: 124). La razón para ello es que, en el episodio de 1997, el protagonismo de los desocupados fue más evidente, entre otras cosas, “porque las acciones llevadas en el nivel nacional permitían ahora nombrarlos como los nuevos actores de la protesta, enmarcar sus definiciones dentro de un sentido público que les permitía el autorreconocimiento de nuevas identidades colectivas” (Gordillo y Natalucci, 2005: 124-125). Tales acciones nacionales estuvieron intrínsecamente relacionadas con lo sucedido en Cutral Co y Plaza Huincul durante los años 1996 y 1997.

El señalamiento que surge del trabajo de Gordillo y Natalucci es útil para una de las consideraciones que atraviesa esta tesis respecto del rol desempeñado por las puebladas neuquinas en la dinámica de la conflictividad social de la segunda mitad de los noventa. En efecto, no se entiende aquí que las mismas hayan sido un punto de partida en los enfrentamientos contra las consecuencias del modelo neoliberal sino, más bien, un punto de inflexión en el que diversos recursos beligerantes, formas de organización y prácticas políticas fueron dinamizadas por un colectivo social heterogéneo donde las organizaciones de desocupados fueron delineando sus identidades colectivas y su propio papel en estas protestas de manera cada vez más visible. En tal sentido, puede decirse que el conflicto desatado en Plaza Huincul y Cutral Co en 1996 se volvió una suerte de fuente de aprendizaje y experimentación para ensayar diversas acciones de resistencia abierta. Ello no implica, retomando las consideraciones sobre el estudio de Massetti, convertir a las puebladas neuquinas (o incluso salteñas) en un modelo, un corsé que debía (o deba) calzarse toda comunidad predispuesta a cortar rutas. Tampoco conduce a suponer que todos los cortes de ruta adquieran el mismo significado o que los sujetos que los llevan adelante puedan ser remitidos a experiencias e identidades unívocas y estáticas. Al menos no es esa la perspectiva que guía esta tesis que, como ya se dijo en la presentación de este

plan, sí considera que a partir de los sucesos de Cutral Co y Plaza Huincul de 1996 se abrió una etapa de ascenso en la conflictividad social³⁰.

Por otro lado, para su indagación sobre las cuantiosas trayectorias y las construcciones de las subjetividades englobadas bajo el “piqueterismo”, Massetti no se detiene en las presencias de las mujeres de los sectores sociales que constituyen y dan carnadura a los movimientos piqueteros. Esto es más llamativo aún si se tiene en cuenta que las fotografías, numerosas por cierto en el trabajo y asumidas como fuente de interpretación, dan cuenta de una considerable participación femenina en estos eventos. Y es en esta ausencia donde el autor coincide con la mayoría de los trabajos que son objeto de su discrepancia.

En efecto, y como se sostuvo anteriormente, pese a que algunos de estos estudios observan que las mujeres constituyen un porcentaje elevado de los movimientos piqueteros, su agencia suele aparecer como un aditamento de las acciones de los varones, y sus prácticas y experiencias se evidencian o bien dispersas o bien encapsuladas en categorías que no concitan ni definiciones rigurosas ni mayores explicaciones. Tal es el caso, por ejemplo y como se verá luego, de quienes registran estas presencias femeninas bajo los rótulo de “amas de casa”, “esposas de” o “madres de”, si bien, en ocasiones, para esto último se han ensayado interpretaciones más vastas –quizá debido a una mayor permeabilidad analítica ante la ya cuantiosa bibliografía existente en nuestro país sobre los significados políticos de la maternidad y las relaciones intergeneracionales familiares–.

Empero, estas diversas perspectivas interpretativas no obstaculizan el diálogo sino que lo tornan más fecundo, amén de que no se pueden ignorar sus aportes para la comprensión de los problemas que esta tesis aborda. Por tanto, y pese a tener diferencias con ellas, esta investigación se nutre de tales producciones e intenta no recalar en lecturas que homogeneícen estos conflictos, adhiriendo a las sugerencias explícitas que se insinúan en algunos de tales enfoques. Pero al abordar una multiplicidad de fuentes, entre las cuales es nodal la confección de testimonios de mujeres y de varones, y al tener en cuenta los aportes de los estudios sobre la memoria, este trabajo indaga en las

³⁰ En un trabajo de investigación colectiva dirigido por Federico Schuster se señala –a partir de contabilizar protestas sociales y desagregarlas por sectores que las impulsaron, objetivos, demandas, formatos y herramientas de lucha– que si se compara la cantidad de protestas del “cuarto trimestre de 1996 con la cantidad alcanzada en el segundo trimestre de 1997 (el punto más alto del ciclo) se observa que, en seis meses, la cantidad de protestas crece un 328%” (Schuster et al., 2006: 30). También se sostiene que, luego, las mismas descendieron, y tuvieron su punto más bajo en 1999, si bien ello no implicó que su impacto en el escenario político fuera necesariamente menor. De todos modos, los autores consignan que fue a partir del cuarto trimestre de 1996 cuando el corte de rutas se consolidó como formato importante de las acciones contenciosas (Schuster et al., 2006: 36).

heterogeneidades de los sujetos generizando su construcción y su agencia. Con ello pretende interpretar más acabadamente las múltiples tramas y relaciones sobre las que ha transitado el enfrentamiento social y político contra la implementación del modelo neoliberal. Ello exige volver la mirada, entonces, a las formas de intervención que han tenido las mujeres en estos enfrentamientos o, mejor dicho, a cómo estas intervenciones han sido analizadas por los estudios aparecidos hasta ahora.

1.2. DE MUJERES, PIQUETES Y LIDERAZGOS: LA PARTICIPACIÓN FEMENINA EN LOS MOVIMIENTOS PIQUETEROS

Aun cuando escasos, algunos estudios dan cuenta de la presencia de las mujeres en estos noveles colectivos sociales y políticos, si bien tanto el lugar que tal presencia ocupa como las claves interpretativas en las que estas narrativas anclan su desciframiento, manifiestan la pluralidad analítica de tales enfoques.

Svampa y Pereyra, en el trabajo ya referido, consideran que la intervención femenina está signada por una ambivalencia permanente entre acciones de carácter asistencialista (ilustrada por la experiencia de las “manzaneras” y la naturalización del rol femenino de “cuidar de los otros”) y aquellas orientadas a politizar el rol de “madres” y la problemática del hambre. A fin de argumentar esta caracterización, enfocan su análisis en las mujeres de los sectores populares del conurbano bonaerense señalando que, ya fuera por cuestiones vinculadas con la gestión de tareas comunitarias o con luchas reivindicativas por la tierra y la vivienda, “el trabajo en los barrios precedió la salida a las rutas” (Svampa y Pereyra, 2003: 161). Señalan también que estas experiencias previas ligadas al trabajo barrial fueron compartidas por muy pocas de ellas, y enfatizan que en su mayoría carecían de trayectorias de involucramiento en la vida pública. Así, indican que, en general, las mujeres hicieron sus primeras prácticas colectivas en los movimientos piqueteros y que centraron su agencia y sus reclamos en torno al ejercicio de la maternidad.

Este involucramiento fue motivado, asimismo, por un cambio en las relaciones de género dentro de la estructura familiar determinado por los elevados niveles de desocupación. En efecto, la pérdida del trabajo afectó “fuertemente los contornos tradicionales del mundo masculino” al desestructurar el rol de proveedores ocupado por los varones y conducirlos a un lugar de pasividad, reclusión, vergüenza y autoculpabilización extraño para las mujeres, que se vieron a su vez obligadas a salir a

buscar el sustento de sus hijos e hijas (Svampa y Pereyra, 2003: 162). Desde allí, Svampa y Pereyra datan la presencia femenina en los cortes de ruta y la legitimidad que ganó el reclamo por el alimento en la interpelación dirigida al Estado.

La fuerza explicativa/justificadora que posee el discurso armado en torno a la figura de la madre como instigadora de las acciones colectivas de las mujeres es recurrente en la historia. Si se hace una rápida revisión del siglo XX en la Argentina, este discurso puede ser rastreado tanto en las demandas de las obreras y trabajadoras urbanas de comienzos de siglo (Nari, 2004), como en quienes desempeñaron un papel central en las huelgas ferroviarias durante la segunda mitad de la década de 1910 (Palermo, 2007) o impulsaron la sanción del voto para las mujeres hacia fines de la década del cuarenta (Palermo, 1998). Incluso, y tal como lo resaltan Svampa y Pereyra (2003: 162) entre otros, la politización de la maternidad ha sido un elemento central en la lucha de las Madres de Plaza de Mayo contra el terrorismo estatal desde la segunda mitad de la década del setenta (Filc, 1997; Schmuckler y Di Marco, 1997; Domínguez, 2004; D'Antonio, 2007; Galante, 2007). En ese sentido, la maternidad fue utilizada políticamente en varias ocasiones para romper los lazos de la domesticidad y apropiarse de los espacios públicos, vigorizando las capacidades de lucha y resistencia de los sectores subalternos.

Pero es preciso señalar que la relación mujer-hogar o madre-hijo/a, si bien ha operado como una herramienta de promoción y emancipación de las propias mujeres, también ha servido como estrategia de control y disciplinamiento ejercido sobre ellas, naturalizando la división sexual del trabajo y proporcionando sustento a uno de los constructos socioculturales en que se amparan la opresión y subordinación femeninas. Y es justamente en esta tensión existente entre ambos usos y en los espacios concretos en que cobran forma donde Svampa y Pereyra no reparan. Esto les dificulta explicar, en primer lugar, una cuestión que ellos mismos observan: que esta activa y masiva participación femenina en las bases de las organizaciones piqueteras no se homologa en la ocupación de roles de liderazgo dentro de ellas. De hecho, en la casi totalidad de los casos, las jefaturas de estos movimientos recaen en los varones.

Pero, a su vez, tampoco logran desnaturalizar del todo los pilares de una construcción social que asimila mujer a madre y varón a proveedor, ni el tipo de socialización enmarcada en los espacios en los que se consuman tales roles. Así, se enuncia como una obviedad que los varones hayan sentido vergüenza por la desocupación o que las mujeres hayan pasado sin más de estar en sus casas, tratando de

ver cómo alimentaban a sus hijos, a ir a la ruta y permanecer allí, en ocasiones, durante varios días.

La presente tesis, si bien se interna por esos senderos –sinuosos por cierto–, pretende complejizarlos justamente porque entiende que el hecho de ser madre en condiciones de profundas dificultades económicas no conduce necesariamente a poner el cuerpo bloqueando una ruta. Comprender cómo llegaron hasta allí vuelve preciso explicar de qué manera las mujeres quebrantaron una domesticidad cargada también de significados adversos a esas salidas. Para ello es necesario no sólo dilucidar los significados históricamente variables del denominado espacio doméstico, sino también explorar qué relaciones construyeron con otras mujeres y qué instancias de comunicación fluyeron entre ellas a partir de experiencias signadas por ese ámbito. Asimismo, requiere descubrir los sentidos que ese lugar adquiere también para los varones, más aún si se toma en cuenta que debieron permanecer en él durante un lapso cotidiano mucho más extenso cuando quedaron fuera del aparato productivo. A tal fin, este trabajo parte de considerar que la definición de un lugar no remite exclusivamente a una localización física basada en un conjunto de coordenadas situadas en un mapa que fijan un territorio preciso y limitado. Como sostiene Linda McDowell (2000: 16), “los lugares se definen por las relaciones socio-espaciales que se entrecruzan en ellos y les proporcionan su carácter distintivo”. Lo que distingue una casa de una fábrica no son sus dimensiones, su arquitectura o su emplazamiento, sino lo que existe dentro. Y esto está estipulado por las prácticas sociales que allí se llevan a cabo, las relaciones de poder que son artífices y productos a la vez de esas prácticas, y las marcas de inclusión/exclusión que determinan quién pertenece a un lugar y quién queda fuera, quién tiene legitimidad para actuar en él y quién no. De tal suerte, los espacios son fluidos y conflictivos justamente porque, pese a que en su apariencia son estancos, poseen diversos significados –incluso contradictorios a un mismo tiempo– según las personas y las relaciones involucradas en ellos. Así, para una mujer con hijos/as pequeños/as, esposa de un trabajador asalariado, la casa puede adquirir connotaciones de refugio y seguridad, lugar de placer y acopio de recuerdos y, sobre todo, de trabajo. Para un varón, en cambio, es un lugar de descanso donde se apropia y beneficia del trabajo ajeno – el de la mujer–, si bien también puede ser un espacio de tensiones en el cual deba renegociar constantemente este “pacto” de apropiación unívoca³¹. Pero no es un lugar legítimo de estancia continua al estar cargado

³¹ Dentro de la historiografía feminista, existe una cuantiosa producción para dar cuenta de los significados y relaciones que se construyen en estos ámbitos y que cuestiona, asimismo, la naturalización de su división.

de una impronta devaluada por femenina. Por ende, el sentimiento de inutilidad y vergüenza no sólo pudo haberse nutrido de la evicción de la función de proveedores, sino también y de forma conexas, de haber tenido que permanecer en un espacio desvalorizado para ello en su traza.

Por otra parte, el desarrollo de la matriz interpretativa centrada en la maternidad como experiencia fundamental clausura otras indagaciones cuando el contrapunto para la búsqueda de explicaciones en torno a la gestación de los movimientos piqueteros se ubica, tal como hacen los autores en buena medida, en la participación pasada de los varones en organizaciones sindicales o políticas. Más allá de que verificar estas ausencias en las experiencias de las mujeres demande profundizar la investigación en el conurbano bonaerense o en las geografías que aborda esta tesis, la dificultad inmediata de tal explicación es su conclusión. En efecto, si la mayoría de las mujeres no había participado con anterioridad en las acciones barriales enmarcadas por los autores y tampoco tenía experiencia sindical, entonces su intervención en los movimientos piqueteros no puede ser vista de otra manera que no sea como la integración a una organización preexistente, postulando a su vez que es allí donde ellas realizan sus primeras acciones público-políticas.

En tal sentido, el recorte realizado y los conceptos vertidos por estos autores acotan la posibilidad de comprender la participación de las mujeres en los acontecimientos de las comarcas petroleras al reenviar tan unívocamente la conformación de los movimientos piqueteros a las experiencias sindicales previas, incluso cuando, como muestra esta tesis, tales experiencias no estuvieron exclusivamente ligadas ni a la explotación petrolera ni al “mundo masculino”. Este acotamiento se estrecha también porque los lazos y las confianzas personales y colectivas tejidos en el territorio barrial o comunitario sólo son leídos bajo el prisma de la presencia histórica de YPF. Quizá sea por ello que en el acápite donde se analiza la participación de las mujeres, que por otro lado remite exclusivamente a las dimensiones subjetivas de los movimientos piqueteros, el “mundo ypefeano” finalmente queda ausente de la interpretación de Svampa y Pereyra.

Otra perspectiva para el estudio de las presencias femeninas en estas organizaciones es la que puede hallarse en el trabajo ya mencionado de Raúl Zibechi (2003). Focalizado en la historia del MTD en el Gran Buenos Aires, este autor subraya el

Para este trabajo han sido particularmente inspiradores, además del citado texto de Linda McDowell, los estudios de Cecilia Lipszig (1996), Carol Pateman (1996), Nancy Fraser (1993; 1997) y Heidi Hartmann (1987; 2000).

cambio en las “relaciones entre los géneros” como uno de los elementos distintivos de la organización del movimiento piquetero respecto de movimientos sociales y sindicales que lo precedieron (Zibechi, 2003: 166). Este cambio se expresaría en que la organización del movimiento piquetero es mayoritariamente femenina, así como también es mayoritaria la participación de las mujeres en los cortes de ruta.

Entre otras causas que permiten explicar dicha mutación, Zibechi remite a la desestructuración de las relaciones jerárquicas masculinas en el hogar nuclear obrero tradicional, al desempleo como cuestión que afecta más a los varones que a las mujeres, y a la horizontalidad presente en la organización y la toma de decisiones dentro del movimiento piquetero. Aun cuando algunos de estos elementos requerirían de evidencias más sólidas, su análisis es alentador en tanto incorpora de forma más profusa la perspectiva de género en la construcción de toda su interpretación. Sin embargo, cuando define la identidad del movimiento piquetero, el autor sostiene que “puede decirse que son movimientos con características ‘femeninas’”, y aclara seguidamente que esa femineidad emana de ciertas particularidades tales como que estos movimientos no se interesan por la “conquista” del poder, no dedican el grueso de sus esfuerzos a la esfera pública, ni promueven relaciones de competencia y de poder en su interior, rasgos que asocia con lo “masculino” (Zibechi, 2003: 169). Esta afirmación contiene ciertos equívocos. En primer lugar, en lo que refiere a la esfera pública/esfera doméstica, por un lado, y al poder, por el otro.

Aun cuando el autor no desarrolla definiciones sobre ambas, enunciar que el movimiento piquetero no dedica el grueso de sus esfuerzos a lo público es contradictorio con el hecho de que los espacios de organización y confrontación (la calle, la ruta) y el sujeto al que interpela este movimiento en sus acciones (el Estado), se juegan en la arena pública. A su vez, considerar que el movimiento piquetero no está interesado en conquistar el poder porque está constituido mayoritariamente por mujeres, es más bien un prejuicio de género que obstaculiza otras indagaciones, tales como que ese supuesto desinterés sea producto de una evaluación política sobre el contexto en que estas organizaciones impulsan las confrontaciones. Por otro parte, y tal como señala Hernán López Echagüe en un relato ensayístico, las definiciones de poder que algunos movimientos piqueteros poseen distan mucho de su asignación a la expresión concreta del aparato de Estado (López Echagüe, 2002).

Esta tesis se adentra justamente en la indagación de esas definiciones en cuanto que asume, en primer lugar, que el concepto de poder no comprende exclusivamente al

aparato estatal. En segundo término, porque entiende que efectivamente las relaciones de poder están en juego en el interior del movimiento piquetero, puesto que de no ser así no puede explicarse que, pese a una constitución mayoritariamente femenina, el liderazgo de estas organizaciones sea casi exclusivamente masculino, tal como indican el propio Zibechi y los autores antes reseñados. Por tanto, develar esta incógnita requiere distinguir no sólo qué significados construyen sobre el poder varones y mujeres, sino también de qué manera le dan sentido a sus prácticas, y cómo configuran la significación de la política y de su intervención en ella, entre las muchas aristas que esta problemática envuelve.

Tres estudios abonan a ahondar el trazado de este itinerario en la presente tesis. El primero corresponde a Javier Auyero (2004); el segundo y el tercero lo constituyen las investigaciones de Florencia Partenio (2006) y de Heike Schaumberg (2004), respectivamente.

Auyero recorre la trama de las luchas populares que tuvieron lugar en Neuquén durante el mes de junio de 1996 y en Santiago del Estero en diciembre de 1993, a través de la vida de dos mujeres: Laura, para el caso de Cutral Co y Plaza Huinul, y Nana, para el del “Santiagoñazo”. Analiza ambos hechos entrecruzando las biografías de sus protagonistas con el desarrollo de las protestas a fin de dar cuenta de las formas en que los sujetos viven, sienten y recuerdan estos episodios de lucha colectiva. Auyero señala que uno de los elementos que dinamizó tales conflictos fue la búsqueda de reconocimiento, orgullo y dignidad por parte de la población manifestante (Auyero, 2004). Al internarse en una variada gama de experiencias que las protagonistas de su relato fueron vivenciando, el autor desarticula o complejiza la ecuación que contiene como enunciado “desocupación sumado a pobreza resulta en protesta”.

Por otro lado, si bien el texto gira en torno a la vida de Laura y de Nana, va enlazando las historias de muchas otras mujeres y varones que participaron en esos conflictos, reconstruyéndolas a partir de un amplio abanico de fuentes, tales como cartas, diarios personales, relatos periodísticos y entrevistas en profundidad. En este sentido, el trabajo contiene ricos aportes. Deteniéndonos en lo que refiere al conflicto en las ciudades neuquinas, una de esas contribuciones es la agudeza para recalcar en esos actos pequeños, cotidianos, hechos de susurros –más que de discursos encendidos en las barricadas o acciones de arrojo en los momentos más álgidos de los enfrentamientos–, y en esas tramas casi imperceptibles de las historias individuales que confluyeron ese 20 de junio de 1996 en las rutas provinciales y nacionales para bloquear el ingreso y la salida de

Cutral Co y Plaza Huincul. Ello condujo a Auyero, en segundo lugar, a asignarle entidad analítica a un hecho que había pasado prácticamente desapercibido para muchos de los enfoques que se abocaron a estudiar estas acciones: que fue una mujer la que firmó el pacto con el gobernador Felipe Sapag que puso fin al conflicto.

Sin embargo, el autor concluye que “ni el Santiagueñazo ni la pueblada [de Cutral Co y Plaza Huincul] fueron protestas en las que las mujeres como actor colectivo hayan tenido una participación importante, del tipo de las que hemos visto en los movimientos por los derechos humanos en la Argentina o en Chile. Tampoco el género fue un factor decisivo como fuente o catalisis de la beligerancia” (Auyero, 2004: 277-278). Estas afirmaciones obvian algunas cuestiones sumamente trascendentes. En primer lugar, las organizaciones y movimientos de derechos humanos en América Latina conforman una de las variadas instancias en las que las mujeres han participado colectivamente, pero no la única. Por tanto, no pueden tornarse un modelo histórico desde el cual medir la participación femenina en general o convertirlas en el paradigma que permita determinar cuándo la participación de las mujeres las torna “actores colectivos” importantes.

En segundo lugar, el género no constituye ni la fuente ni la catalisis de ninguna acción colectiva. En sí es una categoría analítica que permite complejizar la comprensión de las relaciones entre los seres humanos, las asimetrías en las relaciones de poder, así como desentrañar algunas motivaciones posibles presentes en las acciones sociales beligerantes. En este sentido, de lo que se trata es de develar cuáles fueron los intereses que impulsaron a las mujeres a salir a la ruta, en qué medida esto y las acciones que allí desarrollaron cuestionaron –o no– sus roles de género y de qué manera incidieron estas confrontaciones en sus propias vidas como mujeres que, asimismo, pertenecen a los sectores subalternos. Esos enfrentamientos sociales pueden enlazarse, aunque no únicamente, o bien con la exigencia del goce de derechos que resulta de las obligaciones de dar y preservar la vida, o bien con la impugnación de la división del trabajo por sexos, la desigual distribución de poder y, potencialmente, todas las formas que asume la opresión social – entrecruzando en ello las derivas de la opresión de género y de clase³².

³² Si bien estas distinciones provienen de las definiciones que Temma Kaplan (1990) elaboró para lo que denomina “conciencia femenina” y “conciencia feminista”, también se complementan con las de “intereses estratégicos” y “prácticos” de género construidas por Maxine Molyneux (1985). Esta autora puntualiza que los primeros se derivan del análisis de la subordinación femenina y de sus causas, estableciendo que la formulación de objetivos de lucha de los movimientos de mujeres serán estratégicos en la medida en que sus intereses se centren en la abolición de la división sexual del trabajo, la remoción de formas institucionalizadas de discriminación, la obtención de la igualdad política, libertad sexual y reproductiva, entre otras cosas. Entre tanto, los “intereses prácticos” surgen de las condiciones concretas del

De tal manera, la actividad y la importancia de la participación femenina no pueden subsumirse a que las mujeres en sus consignas y motivaciones pongan de manifiesto un nivel de “conciencia feminista”, es decir, de un cuestionamiento del sistema de género. De hecho, Auyero registra claramente las contradicciones que Laura Padilla debió salvar para mantenerse en la ruta durante la pueblada neuquina de 1996. Incluso afirma que “el hecho que precipita en ella su conversión en piquetera [...] es la afrenta de género” (Auyero, 2004: 102). Pero no las “extrema” analíticamente en este caso, más allá de una biografía individual cifrada en su condición de maestra desocupada, divorciada, madre de tres hijos y carente, en apariencias, de experiencia política previa.

Esta tesis pone en entredichos tales nociones al procurar comprender, por ejemplo, cómo esta mujer construyó su propio reconocimiento por parte de su comunidad, con qué recursos y experiencias contaba o puso en práctica para transformarse en una de las caras más visibles de la pueblada de 1996, por qué, en síntesis, fue la delegada de la negociación final con el gobernador Sapag. Pero también se indexa a la específica experiencia de Laura Padilla el intento por desentrañar cómo los intereses signados por lo femenino o lo feminista –utilizando las caracterizaciones de Kaplan (1990) y Molyneux (1985)– se entrelazan en las acciones colectivas de las mujeres que participaron en estas acciones colectivas.

Un estudio que se orienta en esa dirección es el que lleva adelante Florencia Partenio (2006). Su trabajo se centra en la conformación del “espacio de mujeres del Frente Popular Darío Santillán”, en el conurbano bonaerense durante los primeros años del siglo XXI. Aun cuando la geografía, el sujeto específico y el período escogido por esta autora son distintos a los de la presente tesis, la perspectiva analítica de Partenio y las instancias que retoma para deconstruir la participación femenina resultan iluminadoras. La primera de ellas es su caracterización de este “espacio de mujeres” como un colectivo atravesado por la *autonomía/legitimidad* (Partenio, 2006: 29; énfasis en el original) en tanto se construye para y desde las mujeres, y legitima su acción como espacio que prioriza una política del movimiento “cuyo soporte fueron las *prácticas de encuentro, de articulación y de formación*” (Partenio, 2006: 29; énfasis en el original). Las nociones de autonomía y legitimidad son nodales para comprender las prácticas político-públicas de las mujeres específicamente, ya que sus acciones se enmarcan y configuran en relaciones de sujeción genérica. Poner en escena la forma en que ellas construyen su autonomía,

posicionamiento social dentro de la división genérica del trabajo, y las demandas de las mujeres se dirigen a la exigencia de la provisión de necesidades básicas o en defensa de la vida de sus familias, por ejemplo.

esto es, su capacidad de agenciamiento y de articulación de redes, estrategias y escenarios de participación política, es uno de los pilares en que se asienta la indagación formulada en esta tesis.

Asimismo, entre las prácticas de encuentro que Partenio señala, se hallan presentes los ámbitos que permeabilizan que las mujeres puedan hacer visibles sus problemas e intereses y ser capaces de “tomar la palabra”. En tal sentido, rastrear esas prácticas, esos ámbitos colectivos, se vuelve central justamente para explicar, entre otras cuestiones, cómo las mujeres lograron abandonar la mudez y plantear sus propias ideas mientras transcurrían las asambleas y los piquetes –que las llevaron a ser las voceras de las confrontaciones, tal como en el caso de Laura Padilla–, o incidir fuertemente en el desarrollo de las propias organizaciones piqueteras, como en el caso de la UTD.

Justamente, el trabajo de Heike Schaumberg (2004), aunque adolece de perspectiva de género, desentraña con importante densidad analítica la construcción de la UTD, estudiando las relaciones que se tejen en su interior, las prácticas políticas que lleva adelante y, en tal sentido, los proyectos comunitarios que desarrolla³³. Asimismo, aunque no cuestiona la exclusividad que trabajos como el de Svampa y Pereyra (2003) asignan a la previa participación sindical y a la experiencia como obreros y pefeanos para interpretar la construcción de esta organización y de sus liderazgos, complejiza esta mirada al poner en escena el lugar que mujeres adultas y adolescentes varones y mujeres ocupan en los diversos proyectos que esta organización encara, así como en la recuperación de sus experiencias de lucha pretéritas. De esa manera, amplía la interpretación sobre la UTD a otras coordenadas que, aunque vinculadas, no se subsumen del todo a las relaciones estructuradas bajo el paraguas del “mundo ypefeano”.

Esta tesis dialoga con todos esos trabajos, si bien no pierde de vista las limitaciones que algunos de ellos portan para complejizar la historia de los conflictos neuquinos y salteños al ausentar a las mujeres del análisis o al no abordar cabalmente la categoría de género y sus nociones derivadas. En este sentido, procura comprender cómo mujeres y varones intervinieron en las formas de resistencia que se desarrollaron durante los noventa en Cutral Co y Plaza Huincul y en General Mosconi y Tartagal, qué relaciones y entramados previos concitaron la aparición de las mismas y de qué manera unas y otros asignaron significados a sus propias prácticas políticas.

³³ Ciertamente no es el único, pues otros trabajos que se centran en la UTD o que también refieren a ella son los de Barbetta y Lapegna (2001), Benclowicz (2005) y Wahren (2009). Empero, el trabajo de Schaumberg se vuelve central por la pormenorizada reconstrucción que realiza y la variedad de fuentes que utiliza a tal fin.

2. DE REGRESO A LAS PIQUETERAS: CONTEXTO E HIPÓTESIS DE INVESTIGACIÓN

El marco temporal y problemático de esta tesis abarca un complejo período en el cual, tras el discurso fetichizado de la “interdependencia equilibrada y voluntaria” de las sociedades contemporáneas (Amin, 2001), alcanzó su plenitud la vigencia de la doctrina neoliberal que sustentó el proceso de globalización. En efecto, fue durante los gobiernos menemistas (1989-1999) cuando los sectores dominantes asentaron definitivamente las bases de este modelo cuyos pilares fueron la desregulación y liberalización de la economía acompañada por una amplia apertura comercial y financiera, la reforma laboral —centrada en la flexibilización de las condiciones y relaciones de trabajo—, y la reestructuración del Estado mediante una reforma sustentada en la reducción del peso del sector público en el empleo y en la producción de bienes y en los servicios, así como en la capacidad del Estado de intervenir y regular la economía (Novaro, 1994; Gambina y Campione, 2002; Rapoport, 2003).

De tal suerte, se privatizaron las empresas públicas a la par que el Estado se retiraba de las funciones de protección y seguridad social, descentralizándolas simultáneamente. Todo ello, delineado en planes anteriores pero articulado acabadamente en el “plan de Convertibilidad” puesto en funcionamiento por Domingo Cavallo cuando asumió la jefatura del Ministerio de Economía en 1991, condujo, por un lado, al colapso del ya crítico aparato productivo industrial y al desmantelamiento de los escasos resabios existentes del Estado de Bienestar. Por el otro, provocó que los niveles de desempleo, pauperización y vulnerabilidad social se elevaran a dimensiones históricamente desconocidas en la Argentina. Así, el desempleo y subempleo, por ejemplo, treparon a nivel nacional hasta alcanzar al 20% de la población económica activa.

La aplicación de este conjunto de reformas fue respaldada, asimismo, por un proceso democrático que formuló acabadamente un discurso legitimador, ciñendo la actividad política y la participación democrática de la sociedad a la elección regular de representantes para el gobierno. Paralelamente, los sectores dominantes pretendieron circunscribir la pertenencia de la acción política legítima a un sector de elite que se presentó a sí mismo en calidad de gerenciador de los recursos y asuntos públicos, y como incuestionable delineador de un programa económico, político y social que prometía sacar a la Argentina del subdesarrollo. Consecuentemente, se intentaron desactivar tanto las protestas de los sectores sociales perjudicados por la política neoliberal como las organizaciones que tradicionalmente los habían representado —la Confederación General

del Trabajo (CGT) o las asociaciones sindicales de primer grado, por ejemplo-, publicitando, a su vez, a unas y otros como vestigios de un tipo de sociedad que había caducado. De tal modo, los sectores dominantes procuraron la construcción de la política desde la negación de lo político en tanto acto social fundacional y conflictivo, y expresión de los sujetos y sectores que forman parte de la sociedad y de los múltiples intereses que los atraviesan. Así, se mercantizaron vastas áreas de la vida social, dispersando y atomizando las potenciales y/o concretas formas de protesta y resistencia de los sectores subalternos ante la avasalladora destrucción de los resabios del Estado benefactor.

Sin embargo, los sectores sociales más perjudicados por esta política desafiaron su continuidad articulando noveles formas de organización y de lucha. Es allí donde se enfocan las hipótesis que guían esta investigación.

La primera de ellas es que las mujeres que participaron en la gestación e inmediato desarrollo de los movimientos piqueteros en el quinquenio comprendido entre los años 1996 y 2001 en Neuquén y Salta expresaron con sus acciones una tendencia explícitamente crítica y transformadora, dispuesta a desarticular los pilares de la exclusión social y a socavar la “irremediabilidad” de los destinos colectivos proclamada por los arquitectos del modelo neoliberal en la Argentina como el irreparable fin de todas las cosas: la historia, las utopías, el Estado nacional, la actividad política, la lucha de clases.

La segunda es que al involucrarse en la construcción de estos movimientos, ellas impulsaron el hostigamiento de las leyes y normativas demarcatorias de la ocupación de los espacios públicos en la Argentina³⁴, impugnando también tanto las fronteras de lo político como la circulación del poder. En ese sentido, coadyuvaron al desarrollo y puesta en práctica de un concepto de democracia que contrarió al propuesto por los grupos dominantes del cual descreían.

La tercera hipótesis, vinculada con la anterior, sostiene que la agencia de estas mujeres también confrontó con aquella proveniente de la experiencia sindical de muchos de los varones que integraron la formación de los movimientos piqueteros. En efecto, en tanto ellas estuvieron generalmente relegadas en los ámbitos organizativos obreros, sus prácticas posibilitaron dotar a las acciones colectivas de un fuerte rechazo al verticalismo

³⁴ Entre ellas, puede citarse el artículo 194 del Código Penal argentino que estipula que “el que, sin crear una situación de peligro común, impidiere, estorbare o entorpeciere el normal funcionamiento de los transportes por tierra, agua o aire o los servicios públicos de comunicación, de provisión de agua, de electricidad o de sustancias energéticas, será reprimido con prisión de tres meses a dos años”.

y al ejercicio del poder representativo, cuestiones que formaban parte del acervo de muchos de los ex trabajadores que se involucraron en dichos movimientos.

La cuarta es que la presencia de las mujeres en estas organizaciones, con sus intervenciones en los cortes de ruta, en las asambleas y movilizaciones, implicó además reposicionamientos en la esfera de la domesticidad, cuestionando los roles de género instituidos socialmente y desnudando con ello la doble naturaleza social de la opresión, entendida como factor intrínseco de las relaciones de producción en tanto capitalistas y patriarcales. De tal manera, la agencia de estas mujeres integrantes de los sectores sociales subalternos y, como tales, garantes de la recolección y distribución de los recursos de la comunidad de la que forman parte, les permitió trascender su actuación desde el espacio doméstico hacia el público, desplazando también los límites impuestos a su "feminidad". Lograron con ello autolegitimarse politizando, publicitando, en un principio, las (sin)razones de una domesticidad cuyas certezas desmoronaban.

Por último, la forma en que las mujeres intervinieron en estos conflictos albergó una extensa trama de antecedentes que les permitieron cruzar la brecha existente entre la posibilidad de estar y la de ser vistas, experiencias luego volcadas y puestas en juego en los cortes de ruta y en las organizaciones piqueteras.

Orientada por estas hipótesis, la presente tesis se aventura en la reconstrucción de la trama histórica de las confrontaciones que tuvieron lugar en las comarcas petroleras neuquinas y salteñas. La lectora o el lector que se interne en ella, no hallará un colectivo de mujeres que acompañe las acciones de varones obreros, trabajadores o desocupados. O, al menos, esa compañía no será el producto de una adhesión sino el de un encuentro en la propia génesis de los movimientos piqueteros, una concurrencia donde las mujeres participaron con voces autónomas y fortalezas organizativas notables y propias. Tampoco encontrará un universo femenino homogéneo sino diverso, atravesado por disímiles pertenencias de clase y diferentes experiencias políticas. Y menos aún tropezará con esos sujetos femeninos dialogando consigo mismos, dispuestos en una narrativa que se conforme con tornarlos visibles. Al contrario, los observará siempre en relación, en una urdimbre analítica ocupada en demostrar que la historización de la agencia de las mujeres en la constitución de los movimientos piqueteros y las relaciones que entre ellas y los varones se delinearon en su interior, posibilita complejizar la naturaleza, dimensión y alcance político de las formas de organización y lucha que surgieron contra el neoliberalismo en la Argentina.

El primer capítulo de esta investigación expone una reflexión teórico-metodológica centrada en el vínculo existente entre género, memoria e Historia, y respaldada en la pertinencia del uso de la historia oral para la edificación de este trabajo.

Con tal propósito, entonces, este capítulo se divide en dos partes. La primera se orienta a develar los pilares que permiten establecer tal nexo construyendo una genealogía de movilización y participación de las mujeres en el pasado reciente de la Argentina. A tal fin, se pondrá especial énfasis en la historia de organizaciones específicas con marcado carácter femenino bajo el terrorismo estatal y el período postdictatorial, planteando algunas cuestiones relativas a la relación entre fuente oral e Historia, por un lado, y a los condicionamientos que atraviesan a quien rememora y testimonia sobre el pasado pero también a quien interroga sobre él, por el otro. La segunda parte escudriña, por un lado, las intervenciones público-políticas de las mujeres neuquinas y salteñas durante el período previo al segundo gobierno menemista, y centra su interés en algunas consideraciones que posibilitan comprender las particularidades de su agencia. Por otra parte, indaga cómo esas mujeres y varones han construido sus memorias sobre sus experiencias pretéritas colocando el foco en la manera en que unas y otros se percibieron a sí mismos y entre sí respecto de su protagonismo en los cortes de ruta ocurridos entre 1996 y 2001.

El segundo capítulo, que vuelca su mirada en el contexto histórico que enmarcó los orígenes de los movimientos piqueteros en las comunidades neuquinas y salteñas, se divide también en dos partes. La primera aborda la descripción y análisis del contexto histórico, político, social y económico de la Argentina de la postdictadura, ubicando el acento en el período menemista y en el impacto que la política neoliberal ha tenido para los sectores subalternos y, en especial, para las mujeres que forman parte de ellos. En esta parte se pondrá particular énfasis en el proceso de privatización definitiva de las empresas públicas, haciendo hincapié en la venta de YPF. La segunda parte se concentra en la reconstrucción histórica de las comunidades de Cutral Co y Plaza Huincul, por un lado, y de Tartagal y General Mosconi, por el otro. El objetivo de este análisis es desentrañar el papel jugado por YPF en ambos espacios regionales, los lazos comunitarios desarrollados durante su existencia y la configuración de los escenarios políticos y sociales al momento de su privatización. Para ello, enunciará las diferenciales experiencias de las mujeres y los varones vinculadas con el desarrollo de YPF y el significado también diverso que la privatización y sus consecuencias trajeron aparejadas para unas y otros.

El capítulo tercero se enfoca en el estudio del primer conflicto que tuvo lugar en las localidades de Cutral Co y Plaza Huincul en junio de 1996. A tal fin, se divide en dos partes. La primera analiza de qué manera mujeres y varones intervinieron en la decisión y puesta en acto del comienzo del bloqueo de las rutas, retomando a su vez sus experiencias pretéritas de participación público-políticas para develar cómo las mismas entraron en escena para garantizar la pervivencia, masividad y autonomía de la acción colectiva durante los cortes. Asimismo, indaga cuáles fueron los reclamos y objetivos de esa confrontación y de qué manera llegó a su término. La segunda parte desarrolla el análisis del proceso vivido por esas comunidades luego de la finalización del conflicto, cuáles fueron sus consecuencias, qué significados atribuyeron mujeres y varones al mismo así como a su propia participación en él.

El capítulo cuarto examina el segundo conflicto ocurrido en Cutral Co y Plaza Huincul en abril de 1997 y, a su vez, se divide en dos partes. La primera detalla las condiciones y factores que condujeron al inicio de este segundo corte de rutas. En esta exploración cobra especial relevancia el devenir de la huelga docente iniciada a comienzos del ciclo lectivo de ese año, intentando desentrañar cómo y por qué los y las maestras agremiadas en ATEN reeditaron el corte de rutas como metodología de protesta a la par que fueron autorreferenciándose como “maestras piqueteras”. La segunda parte se inicia con la repercusión de este conflicto concretamente en las comarcas petroleras y de qué manera el corte iniciado allí el 9 de abril se masificó provocando un nuevo levantamiento de ambas comunidades. Se analiza también quiénes fueron los y las protagonistas de esta segunda acción de protesta, el epílogo de la misma y sus impactos en los niveles de organización de los sectores y sujetos que la habían dinamizado. Cierra esta parte, y el capítulo, el examen de las trazas que tanto el conflicto de 1996 como el de 1997 dejaron en la intervención política de las mujeres en los años subsiguientes, concluyendo en los acontecimientos de diciembre de 2001.

El capítulo quinto se aboca a estudiar los cortes de rutas producidos en las ciudades salteñas de Tartagal y General Mosconi entre los años 1997 y 2001. A tal fin se divide en dos partes. La primera de ellas expone cada uno de los conflictos allí acaecidos, el rol de las mujeres y de los varones en ellos y las mutaciones en la territorialidad y en los sectores sociales que los protagonizaron. Se aboca también a dar cuenta del escenario político local así como de las fuerzas que entraron en pugna y los reclamos que en cada caso se articularon, explorando la confluencia de estas protestas con el evento denominado por algunos estudiosos como el “Argentinazo”. La segunda parte se detiene

en la indagación de los orígenes y desarrollo de la UTD, principal organización piquetera surgida en General Mosconi durante el año 1996. Allí se explora su composición, tanto en términos de clase como de género, cuál fue el impacto de esta organización en el devenir de la comunidad, cuáles han sido sus acciones y de qué manera y a partir de qué criterios se han construido dentro de ella los espacios de liderazgo.

En la conclusión, finalmente, se retoman los principales supuestos analíticos y también se sugieren preguntas que puedan guiar futuras investigaciones.

CAPÍTULO 1

HISTORIA Y GÉNERO: ANUDANDO EXPERIENCIAS, MEMORIAS Y RELATOS

Eran aproximadamente las cinco de una tarde de junio de 2004. Las calles de General Mosconi empezaban a despertarse del letargo de la siesta obligada después del almuerzo. Mientras caminaba hacia la sede de la UTD, acortando la distancia que la separaba del frondoso patio que me había resguardado del calor del mediodía y que me resultaba intenso a pesar de la época del año, iba imaginando la entrevista con Mónica, una mujer cuarentona y simpática que tenía un almacén justo enfrente del local en el que se reunían los y las desocupadas. Días antes había mantenido charlas informales con ella en las cuales, entre mate y tortas fritas, nos despuntábamos algunas partes de nuestras vidas. Pero cuando llegué no la encontré sola sino con un grupito de mujeres.

Sentadas en círculo alrededor de una silla que hacía de mesita, estaban anotando algo. A algunas las conocía. Entre ellas, a Liliana, quien desde 1984 vivía en General Mosconi, ciudad a la que se había mudado desde su Orán natal en busca de trabajo. “Madre soltera”, como se definió cuando la entrevisté, Liliana había mantenido casi siempre sola a sus cinco hijos e hijas con un sueldo de empleada de maestranza y cocinera en una empresa local. Su vida nunca fue sencilla, sobre todo desde diciembre de 1997 cuando pasó a integrar la larga lista de personas desocupadas de la zona. Pero, pese a ello, la sonrisa le salía fácil y fue con ese gesto con el que me recibió al tiempo que me decía sin preámbulos: “¡Hola Flaca! Estamos escribiendo unas cosas para hacer una filial de las Madres de Plaza de Mayo acá en Mosconi. ¿Nos podés ayudar?”. La pregunta me tomó por sorpresa. ¿Por qué una filial de las Madres de Plaza de Mayo? ¿Habría entre ellas alguna con su hijo o hija desaparecida durante la dictadura?

Pasé una mirada rápida por sus rostros suponiendo que si lograba adivinar cuántos años tenían, hallaría alguna pista que me sacara de la duda. Pero tal conjetura no tardó en desmoronarse al recordar que no podía confiar demasiado en mi percepción de las edades de esas mujeres. En más de una ocasión, las arrugas de la lucha cotidiana por sobrevivir se me habían confundido con otras, haciéndome creer que una señora de 40 años tenía 60. En otras, ocurría al revés y la que se me antojaba veinteañera había cumplido 15 años poco tiempo atrás. Así que no atiné a más que formular una pregunta: “¿Y cómo les puedo dar una mano?”. Intuía que quizá una respuesta llevaría a un nuevo interrogante y que el diálogo iría permitiéndome comprender de qué se trataba el asunto.

Poco a poco, comenzaron a explicarme que en General Mosconi había muchos problemas de violencia contra las mujeres, mucho maltrato, demasiado insulto, y que ellas querían organizarse para cambiar esa situación. Reconozco que cuanto más avanzaba la conversación más perpleja me sentía, pero también más fascinada. Confieso incluso que el deseo de encender el grabador y guardar cada una de esas palabras en un casete se hacía cada vez más imperativo. Sin embargo, presentía que si cedía a él, la magia del momento inevitablemente se resquebrajaría. Por lo tanto, silencié el devaneo que atisbaba en mi interior diciéndome que luego, seguramente, podría anotar bastante de lo que habíamos hablado y que en ese instante yo no era para ellas la “profesora porteña de historia que pregunta”, frase con la que acompañaban mi nombre cuando me presentaban a alguien potencialmente entrevistable. Esa vez yo era sólo la porteña interrogada para colaborar en algo con un saber supuesto.

Conversamos un buen rato, desenhebrando las ganas, los intereses y los medios para llevar a cabo el proyecto. Entendí, entonces, cómo y dónde esa historia de las Madres se entrecruzaba con la de ellas. No había entre esas mujeres ninguna que tuviera un hijo o una hija desaparecida. Y descubrí también que me había equivocado cuando presumí en algún momento del diálogo que ellas desconocían la historia de las Madres de Plaza de Mayo. Pese a las distancias existentes entre los recorridos y las experiencias de unas y otras, esas mujeres piqueteras sabían el devenir de aquellas que envolvían sus cabellos con pañuelos blancos. Pero, además, las sentían cercanas pues habían compartido con algunas la ruta. Fue ese momento y esa acción los que se volvieron un punto de inflexión que condensó pasados, presentes y futuros. Así, con profundo orgullo, no dejaron de detallar cómo había sido el día en que Hebe de Bonafini llegó a General Mosconi y junto con ellas hizo frente a un cuerpo de gendarmería dispuesto a entrar una vez más en el pueblo luego de haber reprimido a las personas que estaban cortando la Ruta Nacional 34 el 17 de junio de 2001.

Mas tal encuentro, que podría ser pensado como un punto de arranque hacia ese presente que las reunía para dar vida a una filial de las Madres de Plaza de Mayo en la localidad salteña, fue también –como finalmente comprendí– un puente hacia atrás. Se trataba de un puente que unía y resignificaba trayectorias y experiencias de las mujeres que exigían “juicio y castigo a los culpables” con las de las que salían a cortar las rutas decididas a revertir las consecuencias del ajuste estructural. Madres de desaparecidos, madres de ypefeanos, de jóvenes sin posibilidades de obtener un trabajo, madres sin ollas con comida, fundieron su encuentro y sus reclamos en un escenario conocido: la plaza.

Ya no se trató de la que estaba situada en el corazón del poder político nacional, sino de la de General Mosconi; no era la de la ronda de todos los jueves sino la del “Aguante”, tal como la denominaron las mujeres y los varones que durante cinco meses montaron carpas y se establecieron allí exigiendo el cese de la persecución política y la libertad de todas las personas detenidas durante la jornada de protesta del 17 de junio de 2001.

Como vislumbré en la charla con Mónica y Liliana, fue ese acto el que re-instaló visible y contundentemente la presencia de las Madres de Plaza de Mayo en su memoria. Uso deliberadamente el verbo reinstalar porque entiendo que la memoria sobre esas Madres comenzó a tejerse mucho antes, desde el momento en que ellas inscribieron su lucha en el espacio público politizando distintivamente su maternidad para desafiar una de las manifestaciones más ferozmente inhumanas del poder del Estado. Fue esa particular politización de la maternidad la que trascendió a las propias Madres para volverse un reservorio de lucha de otros colectivos de mujeres. Fue esa politización la que se integró a una tradición subterránea que, resignificada en un nuevo contexto, potenció la agencia de las mujeres que se tornaron piqueteras. Fue ese pasado sumado al presente del encuentro concreto donde las Madres y el re-conocimiento de la lucha por sus hijos e hijas fueron el puente para un colectivo de mujeres dispuestas a enfrentar la violencia que desde el ámbito público o dentro del hogar se descargaba sobre ellas.

Comprender entonces cómo las experiencias y tradiciones de lucha se transmiten entre diversos sectores sociales, historias colectivas e individuales y distantes geografías, y qué anclajes eslabonan la edificación de la memoria, es el objetivo de este capítulo. Refiero el término edificación porque asumo aquí que la memoria sobre las acciones y acontecimientos vividos en el pasado no es una reproducción fija y exacta de la realidad tal y como sucedió. Por el contrario, se trata de un proceso creador de significados, de una forma de armar la trama de la experiencia vital individual y colectiva donde aquello que se recuerda –o que se olvida– involucra no sólo el impacto provocado por esa época en la vida de una persona sino también sus espacios sociales de pertenencia y su situación presente. Así, si en el acto de recordar se ponen en juego diversas dimensiones que envuelven no sólo a quien comunica sus remembranzas sino también a quien las escucha en un momento y lugar determinados, la relevancia de este análisis estará puesta en someter a debate de qué manera las relaciones de género intervienen en la construcción de la memoria y también en la interpretación de quien investiga históricamente el pasado. A tal fin, se postula que el vínculo entre género, memoria e Historia es estructurante y

que toda memoria está atravesada por la construcción sociocultural de la diferencia sexual y las relaciones de poder articuladas en torno a ella.

Llevar a cabo el propósito de este capítulo y el debate que lo enmarca conduce a comenzar por develar las experiencias de movilización y de luchas que, en el contexto nacional y en el pasado reciente, fueron dinamizadoras de la agencia política de las mujeres piqueteras, partiendo de los trazos que ellas mismas han ido estableciendo en las entrevistas. En esa clave se exploran también algunas trayectorias de estas mujeres deteniéndose en sus vidas cotidianas y en las acciones colectivas de protesta en las que participaron en etapas anteriores a los conflictos desatados en las comarcas petroleras entre los años 1996 y 2001. Asimismo, y como se justifica más acabadamente luego, el despliegue de este análisis, que se nutre de los encuentros y actos en los cuales quien entrevista y quien ha sido entrevistada/o conjugaron sus voluntades, anima también las premisas sobre las cuales se examina el concepto de memoria.

Expositivamente, el capítulo se divide en dos partes. La primera construye una genealogía de movilización y participación política de las mujeres en la historia argentina reciente, anudando experiencias de organización y acciones confrontativas impulsadas bajo el terrorismo estatal y los primeros gobiernos emergidos durante el período postdictatorial. Particularmente, enfoca su mirada en las Madres de Plaza de Mayo y en las organizaciones feministas nacidas al calor de la denominada “segunda ola”.

La segunda parte escudriña, por un lado, las intervenciones público-políticas de las mujeres neuquinas y salteñas durante el período previo al segundo gobierno menemista, centrando su interés en algunas consideraciones que posibilitan comprender las particularidades de su agencia. Por otro parte, indaga cómo esas mujeres y varones han construido sus memorias sobre sus experiencias pretéritas colocando el foco en la manera en que unas y otros se percibieron a sí mismos y entre sí respecto de su protagonismo en los cortes de ruta ocurridos entre 1996 y 2001.

1. DE MUJERES, RESISTENCIAS Y LUCHAS EN EL PASADO RECIENTE

María Luisa Bemberg nació en 1922 en el seno de una familia burguesa. Casada a los 23 años y divorciada algunos años más tarde, con cuatro hijos en su haber, logró concretar su sueño de volverse guionista y directora de cine, profesión en la que se mantuvo hasta poco antes de fallecer debido a los embates de una enfermedad el 7 de mayo de 1995. Su vida poco tuvo en común con la de Azucena Villaflor, hija de un joven obrero y de una

adolescente alemana que no quiso reconocerla cuando la dio a luz en 1924. Trabajadora de SIAM, casada con un obrero metalúrgico, madre de cuatro hijos, fue secuestrada a escasas cuadras de su casa el 10 de diciembre de 1977 y asesinada pocos días más tarde.

En la evocación de sus biografías es difícil, sin embargo, desasir sus nombres de los itinerarios de las agrupaciones feministas y de las Madres de Plaza de Mayo, espacios políticos que ayudaron a modelar durante la década de 1970. A pesar de las distintas improntas políticas, históricas y sociales que marcaron sus orígenes y sin soslayar el trágico destino que tuvieron algunas de sus integrantes, estas organizaciones, conformadas exclusivamente por mujeres, comulgaron en desafiar aquello que se esperaba de su sexo. Asimismo, en sus experiencias se anudaron las tradiciones de lucha y de resistencia en las que, además de otros colectivos, abrevaron las mujeres piqueteras. Es tal razón la que justifica el ingreso de las feministas y de las Madres en este relato.

Pero antes de adentrarse en él, conviene precisar que la genealogía que aquí se propone no escapa de las coordenadas que hacen a la labor historiográfica en su pretensión de dotar de sentido y secuencia al pasado y, para ello, enlazar sujetos y acontecimientos que a primera vista podrían resultar inconexos. Tal tarea implica siempre una intervención sobre ese pasado regida por preceptos que se ajustan a corrientes historiográficas circundantes en cada época, a diversos marcos teóricos y a los sentidos y finalidades que asigna a su emprendimiento quien estudia ese pasado, entre otras determinaciones. De tal modo, en esta sección, los antecedentes en torno a la agencia de las mujeres piqueteras componen una de muchas otras tramas posibles. De hecho, la participación de las mujeres en organizaciones sindicales, barriales o en partidos políticos, su presencia en las puebladas de fines de los sesenta y comienzos de los setenta o en los conflictos que maduraron en varias localidades del Gran Buenos Aires hacia fines de la última dictadura militar, podrían haber conformado, entre otros hitos, también una saga preliminar. Por lo tanto, la selección de las trayectorias de las agrupaciones feministas y de las Madres no ha sido producto de la intención de agotar en estas organizaciones toda traza previa. Pero sí ha estado estrechamente vinculada con el uso de la historia oral, la cual, como se señaló en las páginas que preludian esta tesis, constituye el principal basamento heurístico de esta investigación.

Trascurrieron ya muchos años desde que Ronald Fraser sintetizara una definición de la historia oral como un “intento de revelar el ambiente intangible de los acontecimientos, de descubrir el punto de vista y las motivaciones de los participantes, voluntarios o involuntarios” de un proceso histórico, destacando no sólo que ese ambiente

conformaba “lo que siente la gente”, sino también que ese sentir “constituye la base de sus actos” (Fraser, 1979: 25-26)³⁵. En su explícita pretensión de escribir una historia no de la Guerra Civil Española sino de cómo esta había sido vivida por la gente, este historiador también apostaba a pensar la historia oral como una vía de expresión para las experiencias de aquellas personas que, de otro modo, no dispondrían de ella.

Aunque la entidad epistemológica que la misma ha ido cobrando dentro del quehacer historiográfico condujo a complejizar ciertos aspectos y a matizar algunos de sus alcances³⁶, las reflexiones de Fraser sobre lo que la distingue, ya sea como campo transcripciones disciplinar o como herramienta cognitiva, no han perdido su vigencia. En efecto, la historia oral ha permitido ingresar en el estudio de las subjetividades de los grupos sociales subalternos y proporcionar información sobre sus tradiciones, su cosmovisión, el sentido que asignan a sus prácticas, lo que han hecho y, más aún, lo que piensan que han hecho. En cuanto que la materia prima de su trabajo está constituida por la memoria, ha abierto también perspectivas y evidencias nuevas porque, como sostiene Paul Thompson (1978), “hay trozos esenciales del pasado escondidos en la memoria de las gentes”³⁷.

³⁵ Este no equivale a sostener que fuera Ronald Fraser el primero en reflexionar sobre la historia oral ni en utilizarla, puesto que ello significaría desconocer el trabajo pionero de otros estudiosos como Paul Thompson, que comenzaron a internarse en ella a mediados de 1960.

³⁶ Diversos estudios han contribuido a abrir brechas en la idea de la historia oral como la voz de los que no tienen voz, tal y como había sido popularizada originalmente esta concepción. Si bien la oralidad es una potente herramienta de la historia social ocupada en dar cuenta de las percepciones, ideas, valores, miradas, explicaciones y palabras de los sectores subalternos, cuyo devenir ha dejado cuantitativamente muchos menos registros que el de los sectores dominantes, tales voces que transmite la historia oral no son reproducciones exactas de los dichos de la persona hablante. Como ha señalado agudamente Alessandro Portelli (1991), ya en el momento de la transcripción de una entrevista, por ejemplo, el testimonio sufre un reacomodo textual en la puntuación, en la gramaticalidad de la oración, en las variaciones de tiempos verbales utilizados, que responden a reglas del lenguaje escrito compartidas por el historiador y su sector social y profesional de pertenencia y, no necesariamente, por la persona entrevistada. Por su parte, los sectores subalternos sí disponen de otras vías de comunicación de sus ideas, sueños, objetivos, horizontes, resistencias y desacuerdos, aun cuando el estudio de las canciones, los cuentos y otras narrativas transmitidas oralmente sigan conservando una enorme riqueza para acceder a ellos. Al menos en el caso de la historia de las mujeres, algunas de cuyas estudiosas también las han pretendido como las que menos voz tienen entre quienes no tienen voz (Lerner, 1990) o simplemente como enmudecidas (Jelín, 2001), me atrevo a proponer que el problema no ha sido la carencia de habla sino que se ha tratado más bien de un habla ocultada (Thompson, 2003-2004) y, retomando la dicotomía planteada por Annette Wieviorka (1998), de una incapacidad de ser escuchadas. Y es en las grietas de esos silenciamientos y en la insistencia de la escucha donde, a mi juicio, reside la radicalidad analítica que porta el uso de la historia oral.

³⁷ Por otro lado, y tal como ha señalado Denyse Baillargeon (1993) entre otras/os investigadoras/es, la fuente oral también proporciona datos y hechos que pueden no haber sido registrados en otro tipo de narrativas o bien que hacen a la vida de la persona entrevistada y que, por ejemplo, se relacionan con cómo era o es su familia, a qué edad comenzó a trabajar, cómo es la casa en la que vive y su barrio, elementos todos que se vuelven trascendentales para comprender la cotidianidad de los sujetos que forman parte del proceso que se pretende analizar.

No pretendo detenerme ahora en las conceptualizaciones que hacen a las particularidades de esta fuente heurística, puesto que serán abordadas en la segunda sección de este capítulo. Me interesa sí recalcar en algunas consideraciones vinculadas con las maneras en que se accede al relato de los recuerdos y rememoraciones, y las singularidades que tales formas encierran para la práctica historiográfica, pues ello compromete de forma distintiva a quien investiga (Bertaux, 1993b).

Para quien hace historia oral, la puerta de ingreso a la memoria de una persona es fundamentalmente la entrevista, proceso y momento en el cual aquella se convierte en testimoniante. Así, una de las peculiaridades que comprenden el uso de esta herramienta es que el/la investigador/a construye sus propias fuentes, puesto que ni la memoria, ni el relato y ni siquiera el potencial entrevistado están allí, a la espera de la pregunta. Por el contrario, todo ello se asienta en un encuentro y en un acto que condensa la voluntad de conjugarse entre sujeto que estudia y sujeto estudiado (Viano, 2008). Allí reside una de las diferencias cualitativas con el abordaje del documento escrito pues, como señala acertadamente Cristina Viano, la entrevista comporta una dimensión personal, subjetiva e incluso afectiva en cuyo marco se produce un intercambio constante entre los sujetos involucrados que en ocasiones reviste, incluso, una mudanza momentánea de roles (Viano, 2008).

Asimismo, este encuentro está siempre mediatizado por diferencias entre las posiciones de los sujetos, diferencias que remiten a pertenencias de clase, de género, de saberes profesionales, de lugar donde se habita. Y es la forma en que esas diferencias se tramiten y la empatía que en el proceso de la entrevista se logre entre una y otra persona, las que suelen determinar la calidad de la misma. En el caso específico de esta investigación, el que yo fuera mujer facilitó el contacto con las mujeres a las que quería entrevistar y abrevió ciertas explicaciones como, por ejemplo, las referidas a por qué yo estaba interesada en entrevistar mujeres. De alguna manera, se volvía “lógica” mi pretensión aunque ello no obstara a que muchas de esas mujeres también pronunciaran una frase ya famosa para las y los historiadores orales: “yo no he sido importante” o “yo no tengo mucho para contarte”³⁸. Para los varones, mi intención operaba de otra manera en su disposición al relato. Así, por ejemplo, cuando interrogaba acerca de sus percepciones sobre las mujeres y lo que ellas habían hecho durante los cortes de ruta o

³⁸ Esta desvalorización de la historia propia aparece de modo común como carta de presentación en las entrevistas que tienen por interlocutoras a personas pertenecientes a los sectores subalternos. Sus causas y su devenir han sido extensamente advertidos en la basal obra de Joutard (1986).

sus aportes en las organizaciones de desocupados/as, mi interés causaba ante todo sorpresa. Es justamente este entramado subjetivo, este intercambio personal, lo que ha conducido a que en este capítulo mi intervención aparezca en primera persona. Pero también en la inclusión de esa primera persona se evidencia un aspecto que imbrica la construcción de las trayectorias que seguidamente se analizan.

En efecto, una de las dimensiones que proyecta la oralidad da cuenta de la posibilidad de pluralizar distintas instancias de la vida social, disolver homogeneidades y generalizaciones, contrastar hipótesis y abrir sendas analíticas a medida que las entrevistas avanzan. En este caso, la elección de las feministas y de las Madres como antecedentes de las experiencias de lucha y resistencia de las mujeres piqueteras está enlazada con aspectos acentuados por estas últimas en sus propios relatos. Es por ello que, en las páginas que siguen, el mapa de las trayectorias de las feministas y de las Madres de Plaza de Mayo se compondrá a partir de las secuencias que me permiten reconstruir ciertas tramas de los lazos que las mujeres piqueteras realizaron.

Mas el “movimiento hacia atrás” que implica esta reconstrucción no coincide siempre y de manera transparente con el encuentro entre unas y otras, aunque sí lo fundamenta. Esto es así porque, a pesar de las diferencias en sus sendas, en sus perspectivas políticas, en las orientaciones de sus acciones colectivas, en sus geografías, en su pertenencia de clase, en los contextos en que principiaron el desarrollo de sus prácticas público-políticas, tanto las Madres como las feministas enfrentaron al Estado, ocuparon para ello diversos espacios públicos, confrontaron los ideales de mujer desmoronando domesticidades y subordinaciones variadas, generaron prácticas políticas singulares que potenciaron a otros colectivos y que dieron cauce a resistencias abiertas y a inscripciones en la escena política de una amplia gama de demandas y, finalmente, incidieron en desnudar la naturaleza de género del ejercicio del poder. Entiendo que estas trazas no fueron tomadas por las piqueteras de modo unívoco y que no las calcaron en su propia práctica ya que ninguna experiencia puede replicar, aunque incluso lo desee, aquellas que la han precedido. Empero, y como abordaré a lo largo de esta tesis, las mujeres que salieron a cortar las rutas en los noventa re-significaron de forma particular las huellas abiertas por las Madres y las feministas al momento de nutrir la edificación de su propia agencia histórica.

1.1. LAS MADRES

Es doloroso decir que el desprendimiento de la vida doméstica y privada y el salto a la vida pública se llevó a cabo porque tu hijo/a está desaparecido/a. Pero ya no se vuelve atrás.

Nora Morales de Cortiñas
Madre de Plaza de Mayo³⁹

El 30 de abril de 1977 un grupo de mujeres se congregó en la Plaza de Mayo. La idea de citarse allí había ido cobrando forma desde que una de ellas, Azucena Villaflor, propusiera aunar esfuerzos para averiguar la suerte corrida por sus familiares. Algunos habían desaparecido de sus casas. Otros, en la calle, rumbo al trabajo, a la facultad o a una reunión. No habían vuelto a saber nada de ellos, salvo cuando el periódico publicaba que alguno “había sido abatido” en un “enfrentamiento” con las fuerzas de seguridad. Pero, en ese caso, no siempre el cuerpo de la persona muerta aparecía.

De tanto verse en los pasillos de las dependencias policiales, de las oficinas del Ministerio del Interior o de la vicaría de la Armada intentando obtener alguna información, trabaron relaciones entre ellas. Fue en este último lugar, al que solían acudir porque se rumoreaba que Emilio Teodoro Graselli – capellán de esa fuerza y secretario del vicario castrense Adolfo Tortolo– podía proporcionarles alguna noticia, donde Azucena realizó la convocatoria para reunirse en la Plaza de Mayo⁴⁰.

Además de ella, esa tarde otoñal asistieron a la Plaza otras trece mujeres. Pero presentarse allí no fue una decisión sencilla ya que el estado de sitio imperante desde que la Junta Militar había asumido el poder el 24 de marzo de 1976 prohibía toda reunión pública. Por tanto, el riesgo de ser detenidas no era menor. Sin embargo, el deseo de saber el paradero de sus seres queridos pudo más que el temor, y la estrategia de intentar averiguarlo juntas se volvió más alentadora que la de seguir recorriendo por separado oficinas gubernamentales o continuar presentando individualmente hábeas corpus⁴¹. El

³⁹ Esta reflexión, como otras de diversas mujeres que integran o han integrado esta organización y que se citan a lo largo de esta parte del capítulo, proviene de entrevistas realizadas y/o publicadas originalmente por otras/os investigadoras/es. Estas palabras específicamente, han sido extractadas de un estudio de Mabel Bellucci (2000).

⁴⁰ Así fue relatado posteriormente este hecho como fundante de la organización por muchas de esas mujeres y otras que luego formarían parte de Madres de Plaza de Mayo. Ver testimonios recogidos por Jelin (1985), Bellucci (2000) y Galante (2007). Para otros estudios que profundizan las trayectorias de las Madres, ver también Arrosagaray (1997) y Gorini (2006).

⁴¹ De todos modos, según las entrevistas realizadas por Miguel Galante (2007), esta metodología nunca fue abandonada por muchas de las Madres.

predio, a su vez, contaba con una ventaja: su cercanía respecto de los lugares donde se concentraban las instituciones gubernamentales nacionales y religiosas más importantes y frecuentadas por otros familiares.

En las semanas siguientes a esa primera reunión, decidieron seguir yendo a la Plaza de Mayo hasta que algún funcionario del Ministerio del Interior les proporcionara una respuesta al documento que habían presentado. Para mitigar su vulnerabilidad, también resolvieron encontrarse a las 15:30 hs, puesto que ese horario coincidía con la salida de las y los empleados de las oficinas circundantes. Aventuraban que la mayor concurrencia de personas les garantizaría más visibilidad y quizá, ante tanta gente, la policía no se atrevería a apresarlas, más aún, si en lugar de permanecer paradas, caminaban y evitaban con ello desafiar abiertamente el estado de sitio. Finalmente, fijaron encontrarse los jueves.

Mas la ocupación de ese espacio tuvo una implicancia prolífera en su estrategia, pues proporcionó a esa visibilidad pretendida un giro impensado originalmente y que trascendió la intención de garantizar cierto resguardo. Como señala Débora D'Antonio (2007), situarse en la Plaza de Mayo cobró un significado nodal en su lucha porque se trataba no sólo de un sitio desde el cual enfrentaban al régimen militar literalmente desde la senda contraria sino también porque retomaban para esa acción el escenario de disputa más contundente de la historia argentina entre diversos sectores sociales y el Estado⁴². En ese sentido, fueron esas mujeres quienes restituyeron la Plaza como espacio de confrontación con el poder de una dictadura que hizo del ejercicio del terror no sólo instrumento circunstancial para reforzar una coacción pública y legal tradicional (Galante: 2007: 59-60), sino el medio para domesticar implacablemente a buena parte de una sociedad que había desarrollado un elevado nivel de cuestionamiento al orden imperante.

Ciertamente, no fueron sus voces las únicas que intentaron hacerse oír y organizar formas de resistencia colectiva ante el genocidio que se estaba perpetrando. Algunas provenían de integrantes de organizaciones que se habían fortalecido en el período previo al golpe de Estado, tales como sindicatos y comisiones internas de fábrica que se declararon en huelga el mismo 24 de marzo o, posteriormente, ante la desaparición de trabajadores y trabajadoras (Pozzi, 1988). Otras voces surgieron de otros familiares de las

⁴² La trascendencia histórica de la Plaza de Mayo, con sus plurales representaciones en cuanto que escenario político simbólico nodal, y la pátina dejada por la acción de las Madres en ella, ha sido explorada también profundamente por Silvia Sigal, quien ha propuesto justamente que “el *ser en la Plaza* de las Madres fue determinante en su emergencia como entidad” (Sigal, 2006: 322; énfasis en el original).

víctimas, quienes también contribuyeron a tornar visible lo invisible al exigir la aparición con vida de los y las detenidas/desaparecidas⁴³. Pero la singularidad del enfrentamiento de esas mujeres que comenzaron a reunirse en la Plaza de Mayo y que en poco tiempo se reconocieron y fueron reconocidas como las Madres de Plaza de Mayo o las “locas de la plaza”, según los voceros del Estado terrorista, devino de articular una práctica política y un discurso que colapsó las fronteras del parentesco mediante la extensión de su maternidad a todas las víctimas de la represión, pues en el despliegue de sus acciones de resistencia colectiva fueron mudando la lucha por el hijo de una a la lucha por los hijos de todas. En ese recorrido, ellas se apropiaron de ciertas figuras y representaciones del modelo tradicional de familia enarbolado por la dictadura, contradiciéndolo y agrietándolo a un tiempo. Allí radicó, en buena medida, el éxito de su estrategia.

Como ha demostrado Filc (1997), la familia ocupaba un lugar central en el discurso de la dictadura. Su existencia en cuanto que institución no era propuesta como producto de relaciones sociales e históricas sino de la naturaleza, puesto que la familia era definida como una célula que componía, además, un organismo mayor: la sociedad. Por lo tanto, la noción que sostenía el régimen militar en torno a aquella la consagraba como el sitio del amor “natural” donde el afecto no dependía de una experiencia compartida sino y exclusivamente de los lazos de sangre. Tales lazos conllevaban, a su vez, la obligación moral de inculcar en los y las hijas los valores cristianos, constitutivos de la esencia de la Nación y cuya vigencia garantizaría la contención de la penetración de las ideas “extranjeras” y “disolventes” del “ser nacional”⁴⁴. Así, la responsabilidad de cumplir con esta obligación recaía, en principio, en el padre, quien ejercía la autoridad máxima dentro del hogar; y, en segundo término, en la madre, que, sumisa y obediente a la figura masculina, cumplía el rol de nutriente y guardiana de la tradición cristiana (Filc, 1997: 47).

Apelar a estas representaciones sobre la familia y las jerarquías entre los géneros y las generaciones en su interior no era en absoluto fortuito, pues las mismas habían sido

⁴³ Me refiero a la agrupación de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, surgida en 1976, y a Abuelas de Plaza de Mayo, nacida en 1977, colectivos que también conformaron los organismos de Derechos Humanos junto con los preexistentes al autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN) como la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH), creada en 1937, la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) y el Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos (MEDH), fundados ambos en la primera mitad de la década de 1970.

⁴⁴ La esencialidad asignada por la dictadura a estos valores morales y su nexos con el pretendido ser nacional pueden observarse en el acta que fijaba el propósito y objetivos del PRN del 24 de marzo de 1976, donde se expresaba que uno de sus fines era garantizar “la vigencia de los valores de la moral cristiana, de la tradición moral y de la dignidad del ser argentino” (*La Nación*, 25 de marzo de 1976).

acicateadas desde diversos ámbitos y prácticas durante la década de 1960 y la primera mitad de 1970, justamente, aunque no de modo exclusivo, por los y las jóvenes de los sectores medios. La irrupción de las jóvenes en la vida universitaria en una dimensión sin precedentes en el pasado, o en el mercado de trabajo en las llamadas profesiones de cuello blanco (Barrancos, 2007), por ejemplo, contribuyó a contrariar los ideales de domesticidad fortalecidos cuando promediaba el siglo XX (Cosse, 2007), al ampliar las expectativas vitales hacia horizontes alternativos a la concreción del matrimonio. Por otro lado, la emergencia de organizaciones feministas⁴⁵, aun cuando pequeñas en cantidad de militantes, fue cincelandando con nuevas energías los ideales de emancipación femenina al someter a debate cuestiones tales como el significado social de ser mujer o varón, o publicitar situaciones generalmente percibidas como patrimonio de la vida privada, como ser, la estructura patriarcal del poder, la violencia contra las mujeres, la doble jornada laboral femenina, el derecho al aborto o la responsabilidad compartida entre ambos progenitores en el cuidado de los hijos. Estos tópicos fueron conformando una agenda de discusión que traspasaron a los propios colectivos feministas que la nutrían para diseminarse entre segmentos de la población no necesariamente involucrada en algún tipo de militancia y entre agrupaciones políticas que difícilmente adscribieran a los paradigmas propios del feminismo.

También en esos años prorrumpieron nuevos estilos de relaciones de pareja que, bajo la denominación de “uniones libres”, profesaron un carácter distintivo al del vínculo matrimonial afincado en la desigualdad jerárquica entre el marido y la esposa, y en la realización personal enfocada en la crianza de los hijos bajo el modelo de la familia “tipo”. La prédica del amor libre, el ejercicio de la sexualidad desatado de una relación afectiva duradera y abonado en su libertad por la invención y difusión de la píldora anticonceptiva (Felitti, 2000), la expansión de una suerte de cultura divorcista que minaba el ideal del casamiento para toda la vida, fueron erosionando la pretendida universalidad del modelo conyugal de la domesticidad (Cosse, 2008) a la par que vigorizaron la concepción de que la familia occidental y cristiana era una construcción histórica, impuesta como cualquier otra y, por tanto, modificable.

La pretensión de revertir estas noveles expresiones y silenciar sus cuestionamientos, que tampoco habían pasado desapercibidos para el tercer gobierno

⁴⁵ Entre ellas, pueden citarse la Unión Feminista Argentina (UFA), creada en el año 1970, el Movimiento de Liberación Femenina (MLF), creado en 1972, y la Asociación para la Liberación de la Mujer Argentina (ALMA), fundada en 1974.

peronista⁴⁶, fue un dispositivo ideológico y simbólico central del gobierno de facto para obtener consenso a la virulenta reorganización social que estaba llevando a cabo. A tal fin se dispuso el apuntalamiento de la institución matrimonial, de las jerarquías patriarcales y generacionales y, con ello, de los lazos parentales tradicionales, exponiendo a las perspectivas alternativas como parte de una ideología hostil –la materialista– cuyo objetivo era la disgregación moral y social de la Nación.

Consecuentemente, la representación de la familia como célula de la sociedad fue sumamente útil, porque al remitirla al orden biológico-natural se reavivaba la concepción de que sus roles y jerarquías, así como los valores que portaba, poseían un carácter incuestionable e inmutable. Pero, a su vez, si la familia-célula era el pilar de la sociedad y, por tanto, la Nación era una gran familia, la estructura jerárquica de una se homologaba a la de la otra. De este modo, la autoridad de la Junta Militar y la legitimidad de su ejercicio del poder se presentaban tan indiscutibles como las del padre.

Las mujeres que buscaban a sus hijos/as desaparecidos/as se guarecieron tras ese discurso, sacando provecho del carácter sacralizado que las representaciones tradicionales de género asignaban a la maternidad. Pero también soliviantaron muchos de sus pilares al desplegar una estrategia que confrontó el parentesco biológico y la capacidad de cuidar de los otros dentro del aislamiento del hogar con una maternidad colectiva nacida de una práctica asociativa en la cual, al volverse las madres de todas las personas detenidas-desaparecidas, inscribieron el reclamo dentro del escenario público (Schmuckler y Di Marco, 1997:24). Así, desarrollaron una modalidad de lucha política que, al desplazar el lazo de sangre hacia un vínculo simbólico, transformó la singularidad en la pluralidad tanto de los hijos como de las madres (Domínguez, 2004: 176). Ello les permitió interpelar al Estado terrorista devolviendo la pregunta con la que se las estigmatizaba. En efecto, “¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?”, frase usada usualmente por la dictadura, era un interrogante que encerraba una acusación, ya que se adjudicaba a las madres la responsabilidad de impedir que los hijos se transformaran en “subversivos”. Pero ellas, exigiendo la aparición con vida, imputaron al Estado principiando una certidumbre: que eran las fuerzas armadas quienes sabían dónde estaban, porque ellas se los habían llevado⁴⁷.

⁴⁶ Ejemplo de ello fue el Decreto presidencial 659 de marzo de 1974 que había limitado la comercialización de productos medicinales anticonceptivos alegando que su uso atentaba contra el aumento de la tasa de natalidad en la Argentina.

⁴⁷ Vale recordar aquí las expresiones de Nora Morales de Cortiñas: “la consigna ‘aparición con vida’ no es sólo una consigna, sino un deseo y al mismo tiempo una acusación” (citado en Jelin, 1985: 33).

Diversas investigaciones han acentuado el carácter original que esta politización de la maternidad introdujo en el repertorio de las luchas contra el Estado terrorista, exaltable aún más a partir de la profunda devastación de los espacios para la actividad política que este ocasionó (Sondéreguer, 1985; Filc, 1997; Galante, 2007; D'Antonio, 2007). Como emblema de tal particularidad, también ha cobrado un lugar relevante la reflexión de Hebe de Bonafini en torno a que “nuestros hijos nos parieron a esta lucha porque ellos desaparecen e, inmediatamente, nosotras nacemos” (citada por Bauducco, 1997: 160). En tanto alteró la genealogía, la invención o renovación simbólica contenida en esta afirmación ha sido definida certeramente también como parte de una acción política que operó en el terreno de las filiaciones, atacadas tan salvajemente por el terror del Estado (Domínguez, 2004: 156). De tal modo, fijar en los hijos la acción de ser paridas y, asimismo, connotar el nacimiento de sí mismas como momento de transformación del dolor – y luego del duelo– individual y privado en un acto de denuncia pública y osada oposición al Estado terrorista, reverberó poderosamente en varias dimensiones.

En primer lugar, esa innovada traza simbólica fue el marco que posibilitó labrar una identidad colectiva que cohesionó a estas mujeres al subsumir diferencias que podían devenir de su pertenencia de clase, sus convicciones religiosas, la adscripción política propia o la trayectoria militante de sus hijos e hijas. Además, la instalación de estos/as como el sujeto colectivo que las dio a luz para la acción política fortaleció la indocilidad de las Madres en su exigencia al Estado y cuestionó las identidades masculinas del mismo, ya que si bien ese alumbramiento estuvo enraizado causalmente en el secuestro y desaparición perpetrados por este, no era el Estado quien conformaba el linaje de esas mujeres. Al destituirlo del lugar del progenitor, las Madres acometieron contra el rol paternal que el propio Estado se autorreservaba discursivamente, para situarlo como sujeto inculpaado y, de allí, enfrentado.

Por otra parte, la reinversión simbólica de la maternidad contribuyó a la construcción de un imaginario social sobre las Madres que les permitió obtener paulatinamente reconocimiento, legitimidad y apoyo activo en el proceso de búsqueda de verdad y justicia. El énfasis puesto por ellas en su falta de militancia previa al secuestro de sus hijos e incluso, en muchos casos, en su ignorancia respecto de la actividad política de estos últimos, les facilitó ir concitando una adhesión popular cada vez mayor para interpelar al Estado, contrarrestando la propaganda del “por algo será” con el que este pretendía desautorizar el reclamo por el paradero de las personas detenidas-

desaparecidas. Ciertamente, y como demuestran recientes investigaciones que han comenzado a ponderar recorridos diferentes, no todas carecieron de experiencias políticas previas⁴⁸. Mas apartarse de un discurso que pudiera referenciarlas con una pertenencia político partidaria o con una labor encuadrable como tal, cifró los intentos de atemperar acometidas represivas. En tal dirección, es preciso evitar confundir toda una estrategia política con las significaciones culturales corrientes de la maternidad. El sentido que las Madres impartieron al ejercicio de su maternidad durante el enfrentamiento con el Estado fue estrictamente político. Y allí reside la riqueza y la razón de que su práctica haya podido trascender su propia agencia. Fue de esa manera como lo que ellas hicieron se volvió un acervo en el que otras mujeres, como las de General Mosconi, abrevaron cuando lo que estaba en juego era la vida de sus propios hijos y de sus propias comunidades. Dicho de otro modo: el largo andar de las Madres se tornó un reservorio de lucha que conformó parte de una tradición subterránea (Thompson, 1989: 11), de los trazos de la “lucha sorda que los grupos subordinados libran cotidianamente” y que se encuentran más allá de lo visible (Scott, 2000: 217).

Para las mujeres de General Mosconi esos trazos no fueron desconocidos. Nancy, una joven nacida en General Mosconi, ex estudiante de Ciencias Económicas de la Universidad de Tucumán, trabajadora administrativa de la UTD, subrayaba en su relato no sólo las lecturas que de adolescente había hecho sobre el Informe de la CONADEP (Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas) y que le generaron “pesadillas” durante varias noches, sino también cómo entendía a las Madres.

Resumía su mirada en pocas palabras anudando los horrores de la dictadura con la potencia de la lucha de esas mujeres:

Son mujeres con las bolas bien puestas para luchar. El haber perdido a sus hijos les da esa fuerza y esas ganas de poder encontrar la verdad escondida. Con la edad que tienen y que sigan en la lucha, no se cansan. Son admirables (Entrevista de la autora a Nancy, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

⁴⁸ Ejemplos de tales trayectorias distintivas pueden hallarse en tres de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo. Azucena Villaflor, integrante de una familia politizada, era peronista y había sido delegada sindical de SIAM, la empresa en la que trabajaba. Mary Ponce había militado en las comunidades eclesíásticas de base, ligadas a la teología de la liberación. Esther Ballestrino de Careaga, una mujer de nacionalidad uruguaya, criada en Paraguay, había integrado las filas del movimiento febrerista contra la dictadura de Alfredo Stroessner (Gorini, 2006; D’Antonio, 2007; Galante, 2007). Otro tanto puede decirse de Herminia Severini, una mujer actualmente octogenaria y nacida en la provincia de Santa Fe, que se unió a las filas del Partido Comunista (PC) en 1959 y que luego de la desaparición de su hija Adriana, en enero de 1997, se incorporó al movimiento de derechos humanos en Rosario. Su historia de vida ha sido pormenorizadamente reconstruida por la historiadora Cristina Viano (2008) mediante prolongadas entrevistas.

Cuando Nancy pondera la búsqueda de la verdad escondida y la persistencia incansable en la lucha, cuando remarca la valentía de esas mujeres remitiendo a la referencia tan usual de las “bolas bien puestas”, está haciendo una lectura política de esas trayectorias pasadas, que es la que desencadena su admiración. Más aún, ese sentimiento y esa lectura política se imbrican constituyendo parte de una trama habilitante de la agencia propia. En esa clave puede comprenderse el relato de Cristina, otra salteña de 56 años, nacida en General Mosconi, activista de la UTD y madre de 4 hijos.

A diferencia de Nancy, el recuerdo de Cristina en torno a la “época del gobierno de facto”, como ella señaló, adquiriría otra dimensión, fruto de una experiencia que la había involucrado más cercanamente. Ella contaba:

Yo lo viví a ese tiempo porque vos sabés que en la esquina de mi casa había un grupo de chicos montoneros. La base de ellos era en la esquina de mi casa. En ese tiempo nosotros teníamos la casita de madera que se escuchaba todo. Lo que nos dividía a nosotros era un cerco de madera. Y se escuchaba todo. Y venían así de noche, los venían a mirar. Pero cuando ya entró el gobierno de facto, ¡cómo los sacaban a ellos! (Entrevista de la autora a Cristina, General Mosconi, 22 de junio de 2004)⁴⁹.

Fue en el relato del secuestro donde Cristina engarzó la historia de las Madres señalando que “les guardo una gran admiración porque gracias a ellas aparecieron muchísimos chicos que estaban desaparecidos, ¿no?”⁵⁰.

En un primer momento, luego de escuchar su reflexión, tuve el impulso de contradecirla y decirle que no habían aparecido. Pero justo a tiempo me di cuenta que en el fondo Cristina tenía razón, aunque en un sentido distinto al que yo estaba acostumbrada. Efectivamente, las Madres habían des-ocultado a sus hijos e hijas, los habían hecho re-aparecer en la escena de la disputa histórica gracias a esa lucha que, para Cristina, al igual que para Nancy, era fuente de admiración y de un aprendizaje político de experiencias pasadas. Fueron tales experiencias las que también se pusieron en escena cuando veinte años después, Liliana, la mujer con la que comencé las páginas de este capítulo, recordaba que “salimos a pelear de la desesperación por querer mantener a nuestros hijos”⁵¹. Quizá jugara el azar, tal vez no. Pero no pude evitar fundir las imágenes

⁴⁹ Vale señalar, asimismo, que en Tartagal y General Mosconi tanto la izquierda como el peronismo radicalizado tuvieron un importante desarrollo entre los años sesenta y la primera mitad de la década de 1970. Una interesante aproximación a este devenir es la que realiza José Benclowicz (2009a).

⁵⁰ Entrevista de la autora a Cristina, General Mosconi, 22 de junio de 2004.

⁵¹ Entrevista de la autora a Liliana, General Mosconi, 15 de junio de 2004.

de esas mujeres que ocuparon la Plaza de Mayo en abril de 1977 luego de conocerse deambulando de una dependencia oficial a otra con la de Liliana cuando narró el origen de su propia decisión de dar esa pelea:

Éramos un grupo de amigas, de mujeres que conversábamos de nuestra situación, que nos encontrábamos en el municipio así reunidas, pidiendo trabajo y ahí nos íbamos conociendo. Ahí empezamos y formamos un grupo grande para ver los problemas que teníamos y entonces salimos a la ruta, cortamos la ruta, hicimos la protesta (Entrevista a Liliana, General Mosconi, 15 de junio de 2004).

Cuando Mónica, Liliana y las mujeres que me esperaban esa tarde de junio de 2004 en la sede de la UTD decidieron amparar su proyecto organizativo en la construcción de una filial de las Madres de Plaza de Mayo, no lo hicieron porque sí. Verlas allí, paradas frente a las vías del ferrocarril desafiando con su pañuelo blanco a las fuerzas de seguridad en junio de 2001, alentó sus propios deseos y animó sus propios proyectos, pues tal presencia daba cuenta de la fortaleza construida por ese grupo de mujeres que había politizado su maternidad para hacer frente al Estado terrorista, que había logrado amplificar y dar continuidad a su reclamo de una manera tal que se tornó ineludible para los gobiernos que siguieron a la dictadura, y que había encarnado su resistencia y lucha en su condición femenina. Fue la estampa de las Madres ese día de junio de 2001 la que permitió condensar pasados y presentes fundiendo trayectorias a simple vista tan distantes. Pero también abriendo futuros, pues fue esa presencia de las Madres la que estimuló a esas mujeres piqueteras a reunirse entre sí abrevando en la singularidad de una agencia política desde la cual pensarse a sí mismas en tanto mujeres. Mujeres que también habían visto morir a sus hijos, compañeros y amigos a manos del Estado⁵². Mujeres que, por su condición de tales, también sufrían y se hallaban expuestas a la violencia de clase y de género en que se resguarda el orden social vigente.

Para las Madres de Plaza de Mayo, estar allí, en General Mosconi, tampoco fue porque sí. En ese largo andar que habían iniciado en abril de 1977, que no omitió luego disputar la edificación de una memoria que pretendía circunscribir la responsabilidad del terrorismo de Estado exclusivamente a las fuerzas armadas, que emplazó analíticamente

⁵² Es preciso puntualizar que, en Salta, el Estado argentino ha sido responsable de los asesinatos de cinco manifestantes, ocurridos durante los cortes de los años 2000 y 2001 en General Mosconi.

la perpetración del genocidio con la implementación del modelo neoliberal⁵³, fueron desplazando su discurso “desde el originario hijo-desaparecido [...] a la recuperación posterior del hijo-militante revolucionario-desaparecido” (Viano, 2008: 72). Pero ese desplazamiento discursivo se sustentó en una práctica política que, dispuesta a “unir los combates de sus hijos con las luchas de hoy” (D’Antonio, 2007: 293), las condujo a sumar su presencia y amparar los reclamos de las organizaciones que batallaban contra las diversas formas de violencia institucional ejercida bajo los gobiernos democráticos, contra el desempleo o la miseria. Fue desde ese presente –en el que ellas también re-significaron su pasado–, donde tendieron los puentes que las llevaron a amanecer en la “Plaza del Aguante”.

1.2. LAS FEMINISTAS

*Los Encuentros son fantásticos, a mí me abrieron
la cabeza... Realmente es algo tan lindo
encontrarte con tantas mujeres con las
problemáticas que tiene cada localidad...*

Sara, ex trabajadora ypefeana
Plaza Huincul⁵⁴

Sara es una mujer bajita, de edad adulta, que reside en Cutral Co. Su hablar pausado y de pocas palabras denota cierta timidez que va cediendo, sin embargo, mientras la entrevista avanza y el grabador encendido sobre la mesa de su cocina casi parece dejar de existir. Su voz se vuelve más nítida y el ritmo de sus frases se aviva cuando, al internarse en su pasado, relata que en el año 1971 ingresó a trabajar en YPF, que en ese entonces tenía apenas 17 años y que se enfrentó al jefe de su sección porque “la empresa no dejaba usar pantalones largos”. Es que por esos tiempos las trabajadoras administrativas tenían prohibido vestir ropas tan “varoniles”. Pero Sara, que no aceptaba la norma, de tanto insistir y aunar tras su terquedad a otras compañeras, ganó la pulseada. Pudo abandonar la pollera cuando así lo deseó y se quedó 22 años más desempeñándose como empleada de la sección contaduría, hasta que en 1993 debió acogerse al retiro voluntario.

⁵³ Entre otros documentos, esta reflexión puede observarse en una solicitada aparecida el 1 de junio de 2006, firmada por Madres de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, Abuelas de Plaza de Mayo y Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, en la que se expresa que “compartimos los conceptos de que la finalidad del terrorismo de Estado fue imponer un sistema económico neoliberal para lo cual era imprescindible ahogar en sangre toda disidencia”.

Ver <www.madresfundadoras.org.ar/pagina/nuncamsunprlogoendebate/58>.

⁵⁴ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

Ella conoce bien a las mujeres de su comunidad porque además de vivir allí “desde hace mucho”, como señala, atiende una forrajería que abrió con una parte del dinero que le dieron por abandonar YPF. Y aunque no logra precisarlo con detalle, probablemente fueron los comentarios de alguna clienta o de alguna vecina los que la enteraron de la existencia de los Encuentros Nacionales de Mujeres. Sara recuerda que luego de meditarlo un tiempo y de sacar cuentas para ver si le era posible solventar el costo de los pasajes y la estadía, decidió asistir a uno, el que se realizó en la ciudad de La Plata en el año 2001. Desde entonces continúa yendo siempre que puede, porque allí conoce a otras mujeres de distintos lugares del país e intercambia experiencias con ellas. Sus motivos no son singulares. Son numerosas las mujeres que aducen las mismas causas para participar de este evento que desde 1986 se realiza anualmente en distintas provincias.

Tampoco es excepcional que, aun cuando el surgimiento de los Encuentros ha estado íntimamente ligado a las acciones políticas que las feministas y sus agrupaciones impulsaron durante la primera mitad de la década del ochenta, Sara rehúse identificarse como tal. Según sus propias palabras, la razón de este rechazo se encuentra en que aquellas “tienen una posición muy a ultranza, quieren el rol protagónico y [...] el tema está en [que mujeres y varones caminen] a la par, no uno arriba del otro”⁵⁵. La percepción de que el feminismo es una suerte de contracara del machismo y que, consecuentemente, postula el intercambio de roles entre opresor/oprimida, se reitera una y otra vez entre quienes desde Cutral Co, o desde otros lugares del país, asisten y dan vida a los Encuentros. Empero, esa apreciación no ocluye la posibilidad de asumir algunas de las concepciones y demandas que vertebran a este movimiento político. De tal manera, por ejemplo, tanto Sara como Arcelia, una amiga con la que habitualmente concurre a los Encuentros y que es esposa de un ex ypefeano, coinciden en reivindicar la legalización del aborto y señalan que tal demanda es legítima pues se afirma en que “las mujeres tengan libertad de elegir, sean ricas, pobres, gordas, flacas, qué quieren hacer. Es su vida y su cuerpo, es libertad de conciencia”⁵⁶.

La apropiación de tales ideas por estas mujeres así como su asistencia a los Encuentros Nacionales de Mujeres, ideas y espacios nutridos por cierto en las prácticas políticas que históricamente ha promovido el feminismo, invitan a examinar los complejos vínculos tejidos entre las feministas y otros agrupamientos de mujeres. Un

⁵⁵ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

⁵⁶ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.

segundo elemento que conduce a esta indagación radica en la consideración de que la participación en estas periódicas reuniones, caracterizadas por su horizontalidad, la libertad para nominar y explorar las incomodidades, malestares y sinsabores de las mujeres de manera autónoma a la injerencia masculina, ha fomentado las capacidades de edificar colectivos de “mujeres en movimiento”, al decir de Sheila Rowbotham (1992), de involucrarse en la arena pública, tomar la palabra y hacerse oír en las organizaciones que integran, y de actuar conjuntamente en pos de demandas y objetivos comunes en sus propias comunidades. Justamente, han sido estas las potencias que las mujeres piqueteras pusieron en juego cuando decidieron levantar barricadas y participar en las asambleas que se gestaban en torno al fuego de los piquetes. Es en tales prácticas, entonces, donde las relaciones entre las feministas y otros colectivos de mujeres, atravesadas por tensiones, conflictos y desacuerdos –como permiten observar las reflexiones de Sara– se han anudado.

Con el propósito de hallar algunas claves para comprender los andariveles de tal enlace, esta sección se adentrará en la historia del feminismo local, abocándose centralmente a analizar sus derroteros bajo la administración radical de Raúl Alfonsín (1983-1989) y durante la profundización del modelo neoliberal bajo los gobiernos menemistas.

Con el ocaso de la dictadura militar y el comienzo de la denominada transición democrática, los aires del feminismo argentino, que fragmentado y debilitado había logrado sin embargo sobrevivir desde las catacumbas al ejercicio del terror estatal, se fueron renovando mientras algunos desafíos se actualizaban y se delineaban otros⁵⁷. Pero también, con la concreción de ciertas demandas de antigua data, se irían modelando nuevas y diversas polémicas entre las agrupaciones feministas⁵⁸.

Algunos estudios afirman que tanto desde el punto de vista legislativo como en la esfera del organigrama institucional estatal, bajo el mandato de Raúl Alfonsín se cristalizaron significativas medidas en el terreno del reconocimiento de los derechos de

⁵⁷ Para la reconstrucción del feminismo argentino en su emergencia y desarrollo durante la primera mitad de la década de 1970 y de su devenir bajo el PRN, ver Nari (1996), Grammatico (2005), Vassallo (2005), Gil Lozano (2006), Barrancos (2007), Seminara y Viano (2009), Trebisacce (2009), entre otros estudios. En un registro testimonial, ver Calvera (1990).

⁵⁸ En realidad, las polémicas dentro del feminismo argentino de la denominada segunda ola fueron una constante que modeló en buena medida la debilidad de su desarrollo durante la primera mitad de los setenta. Así, las discrepancias que se suscitaron en torno al ejercicio del liderazgo, a la consolidación de estructuras organizativas, a la “doble militancia” o a las concepciones sobre el cambio social y el modo de llegar a él, ocasionaron constantes diásporas en su seno que conspiraron contra la posibilidad de que el feminismo incrementara su presencia entre las mujeres en general y dificultaron que muchas de las que comulgaban con sus principios y objetivos se identificaran plenamente con este colectivo político.

las mujeres (Brown, 2003; Barrancos, 2007). La sanción por parte del Parlamento nacional de la ley de patria potestad compartida en 1985 o de divorcio vincular a pedido de una de las partes en 1987 –pese a la oposición tenaz de la iglesia católica–, así como la derogación ese mismo año del Decreto 659/74 que prohibía la comercialización de anticonceptivos farmacológicos, constituían señales de importantes avances⁵⁹. También era un signo alentador la creación de la Subsecretaría de la Mujer, en 1987, dependiente del Ministerio de Salud y Acción Social⁶⁰.

Esta mayor permeabilidad evidenciada por los poderes gubernamentales hacia la “cuestión de la mujer” estuvo relacionada, en principio, con la presión desplegada por diversas agrupaciones feministas. Entre ellas ocupó un lugar particular Lugar de Mujer, organización que, autofinanciada en sus inicios, se propuso como ámbito de encuentro y reflexión y desde cuyo seno un grupo de abogadas elaboró y presentó uno de los primeros proyectos de reforma de ley en el reabierto Congreso Nacional (Pita, 2002)⁶¹.

Otra experiencia de capital importancia fue la articulada en torno a la Multisectorial de la Mujer, espacio transversal conformado hacia fines de 1983 por mujeres de agrupaciones feministas, de partidos políticos y de algunas representaciones de sindicatos (Bellotti, 1989). Para las feministas que allí participaron, la constitución de la Multisectorial fue un salto de calidad en su experiencia de construcción política, pues recién en esos momentos, luego de transcurridos más de setenta años de una pionera experiencia en tal dirección, lograban fortalecer lazos con otros colectivos políticos, que amalgamaron en pos de la consecución de derechos para las mujeres a organizaciones de diversos intereses y extracciones sociales. De hecho, las distintas fricciones que surgieron dentro de la Multisectorial pudieron ser subsumidas a tal punto que sus integrantes consiguieron consensuar un programa de siete puntos que fue presentado con una multitudinaria marcha en la Plaza de los Dos Congresos el 8 de marzo de 1984. Entre ellos se encontraban, justamente, la modificación del régimen de patria potestad y la creación de la Secretaría de Estado de la Mujer⁶².

⁵⁹ Es necesario aclarar, de todos modos, que el gobierno radical no derogó el Decreto 3938/77 del gobierno dictatorial, que refrendaba la prohibición contenida en el Decreto 659/74. Por lo tanto, la misma siguió vigente hasta el año 1992, cuando el Decreto 1033/92 finalmente invalidó la norma de 1977.

⁶⁰ Este ámbito institucional estuvo precedido por el Programa de Promoción de la Mujer y la Familia articulado a fines de 1983 dentro del mismo Ministerio. Su dirección fue ocupada por Zita Montes de Oca, quien ya había sido coordinadora del Programa.

⁶¹ El proyecto se presentó el 12 de diciembre de 1983 y fue nombrado como “Ley de cuidado de los hijos”. Fue finalmente debatido en la Cámara de Diputados dos años más tarde.

⁶² Los restantes eran la ratificación de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), la igualdad de los hijos ante la ley, el cumplimiento de la ley de igual salario por igual trabajo, la reglamentación de la ley de guarderías infantiles, y la modificación de la

Por otro lado, tampoco fue ajena a las decisiones parlamentarias y del Poder Ejecutivo Nacional la mayor aceptación social en torno a que “la diferencia jerárquica entre los sexos formaba parte de los cimientos autoritarios que había que remover” (Barrancos, 2007: 278). En ese sentido, además de experiencias tales como la Multisectorial de la Mujer, fueron los Encuentros Nacionales de Mujeres los que contribuyeron a incrementar la presencia de las reivindicaciones de las mujeres en el imaginario social y a comenzar a desnaturalizar algunos axiomas de la desigualdad entre los sexos.

Convocados inicialmente por un grupo entre las que primaban las feministas, y con el propósito de “crear un frente de lucha prescindente de nuestras ideologías y de nuestro compromiso en la coyuntura nacional” (citado en Pita, 2002), el primer Encuentro tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires en el año 1986 y contó con la asistencia de aproximadamente 800 mujeres⁶³. Temas generales como la deuda externa y la situación económica y social del país, y específicos como el aborto, la violencia y la discriminación contra las mujeres en distintos ámbitos, fueron sus principales tópicos. A partir de ese momento, estas reuniones se han reiterado año tras año en distintas provincias del país, llegando a convocar, en ciertas ocasiones, a más de 20 mil mujeres, tal como sucedió en el año 2005 en Mar del Plata donde el número de participantes ascendió a 25 mil (Masson, 2007). Las razones que explican este cuantioso incremento y la perdurabilidad en el tiempo de este evento se vinculan tanto con la forma que asume su convocatoria como con las relaciones gestadas entre las asistentes y las modalidades de participación en las actividades que jalonan su desarrollo.

Al postularse desde sus inicios como un ámbito “democrático, pluralista, multipartidario y multisectorial, respetuoso de todos los credos y todas las razas humanas” (citado en Masson, 2007: 180), la convocatoria a participar de los Encuentros propugnó siempre la amplitud con el propósito de llegar a la mayor cantidad de mujeres posible. Las comisiones organizadoras, encargadas de garantizar la difusión y el funcionamiento del Encuentro y renovadas cada año en tanto se integran en cada sede específica, han logrado, no sin dificultades, mantenerse autónomas de fundaciones,

ley de jubilación para el ama de casa. Algunos de estos puntos, además de los ya mencionados, serían también refrendados por el Congreso Nacional, tales como la suscripción de la Convención de la CEDAW y la igualdad ante la ley de los hijos nacidos dentro y fuera del matrimonio.

⁶³ La idea y el compromiso de llevar a cabo estos Encuentros surgió, originariamente, entre las feministas participantes de la III Conferencia Mundial sobre la década de la Mujer organizada por Naciones Unidas en Nairobi, Kenia, en 1985. Según el relato de las argentinas, sólo en nuestro país han sido realizados ininterrumpidamente desde entonces hasta la actualidad.

instancias gubernamentales y colectivos políticos organizados. Ello ha permitido evitar condicionamientos, asegurando la horizontalidad y la heterogeneidad de su llamado así como la amplificación y pervivencia de un concepto nodal de este espacio: que el Encuentro “no tiene dueño porque nos pertenece a todas” (citado en Masson, 2007: 180).

Por su parte, la dinámica de participación de las mujeres tiene su lugar basal en los talleres temáticos, concebidos como grupos de discusión de carácter autogestivo, donde se debaten temas específicos que surgen de las participantes y sus experiencias de vida y cuya modalidad de desarrollo retoma la de los grupos de concienciación propios de las agrupaciones feministas nacidas a comienzos de la década de 1970. Las conclusiones a las que se arriba, siempre por medio del consenso, son vertidas a la coordinación general para ser leídas en el cierre del evento, que dura tres días, cuya finalización se corona con una marcha multitudinaria por las principales calles de la ciudad que actúa como sede.

Debido a varios motivos, los Encuentros se tornaron centrales para el fortalecimiento de la acción política femenina. En primer lugar, porque tal espacio favoreció a que un número cada vez mayor de mujeres se involucrara en el debate y en la reflexión sobre su situación social, política y económica, así como en trazar líneas de acción tendientes a modificar sus destinos. En segundo lugar, porque el aumento del número de participantes y la periodicidad de su realización han facilitado que problemáticas como la violencia doméstica e institucional, la desigualdad en el campo laboral, la autonomía para disponer del cuerpo y de la sexualidad, se tornaran más visibles y audibles para el resto de la sociedad. A su vez, este espacio también coadyuvó a dar forma y contenido a las demandas que los colectivos de mujeres formulaban a los poderes públicos y a las posiciones que los movimientos feministas y de mujeres locales impulsaban en las reuniones internacionales –tales como los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe⁶⁴, o las Conferencias convocadas por Naciones Unidas–. Más aún, fueron estos Encuentros los que favorecieron el contacto entre mujeres de muy distantes geografías, experiencias y pertenencias sociales, y estimularon el intercambio de saberes e ideas y lineamientos para la acción política colectiva. También fueron la arena propicia para que ciertas herramientas teóricas vinculadas a la desbiologización de la

⁶⁴ Estos Encuentros se celebran cada dos años aproximadamente y rotan sus sedes entre las distintas capitales de los países de América Latina y del Caribe. El primero tuvo lugar en Bogotá en julio de 1981, y en él surgió la propuesta de establecer el 25 de noviembre como el Día de la No Violencia Contra la Mujer, puesto que esa fecha conmemora el asesinato de las hermanas Mirabal, perpetrado en el año 1960 en la República Dominicana por personeros del régimen de Rafael Leónidas Trujillo.

diferencia entre varones y mujeres y la desnaturalización de la desigualdad entre ambos, comenzaron a circular con mayor masividad, que amalgamaron y fortalecieron prácticas políticas que contrariaran la opresión femenina.

La posibilidad de disponer de esos insumos analíticos estuvo vinculada con los avances de la producción de estudios teóricos e históricos elaborados por algunas feministas que se habían nucleado en centros de investigación privados, tales como el Centro de Estudios de la Mujer (CEM), organización conformada en 1979 por un grupo de mujeres profesionales como resultado de unas Jornadas Interdisciplinarias desarrolladas en el Instituto Goethe, o el Centro de Estudios Económicos y Sociales (CEDES). Estos trabajos, que afinarían el conocimiento sobre la historia y la situación presente de las mujeres en la Argentina, abonarían a la construcción posterior de centros y programas de investigación dedicados a los estudios de las mujeres y de género dentro de las universidades nacionales (Pita, 2002)⁶⁵.

Vista en su conjunto, entonces, la experiencia del feminismo argentino había trazado una huella prometedora durante la década de 1980. La consecución de reformas legales y de ámbitos para la acción política institucional, los lazos tendidos con otras organizaciones políticas, el desarrollo de diversas instancias de organización y participación, y el progreso de trabajos de investigación que complejizaban la comprensión sobre la dinámica social a partir de la incorporación analítica de las mujeres, daban cuenta del creciente ascendente que el feminismo ocupaba en la escena política argentina. Sin embargo, en esa huella no faltaron dilemas, contradicciones y polémicas que afloraron con mayor vehemencia durante la década siguiente, cuando la profundización del modelo neoliberal puso a prueba en otra dimensión la capacidad de presión y de negociación de los colectivos feministas. Es en este proceso donde parcialmente pueden hallarse las claves de las dificultades que conspiraron para que mujeres como Sara o Arcelia, por ejemplo, pudieran identificarse con estas agrupaciones políticas.

Durante sus inicios, la gestión peronista que ocupó la conducción del Poder Ejecutivo Nacional en 1989 prohiaba señales aparentemente equívocas respecto de la

⁶⁵ Fue a comienzos de la década de 1990 cuando se abrieron estos espacios en las universidades nacionales, tomando la delantera la Universidad de Buenos Aires (UBA) en dos de sus facultades –Ciencias Sociales y Filosofía y Letras–, la Universidad Nacional de Luján, de Rosario, de Santa Fe, de La Pampa y de Tucumán (Nari, 1994; Pita, 2002). María Luisa Femenías (2002) destaca, empero, que estos nuevos espacios de formación y debate feminista, a diferencia de lo acontecido en Europa y Estados Unidos, no emergieron como resultado de una praxis por parte de los movimientos feministas sino por influencia de la investigación teórica.

“cuestión de la mujer”. Así, aunque el presidente Carlos Menem clausuró la existencia de la Subsecretaría de la Mujer al poco tiempo de haber asumido, terminó cediendo a la insistencia de algunas agrupaciones feministas para la apertura de una nueva institución gubernamental, el Consejo Nacional de la Mujer, creado por el Decreto 1426 en el año 1992⁶⁶.

A su vez, en la esfera parlamentaria prosperaban algunas reformas. Una de las más largamente festejada fue la sanción en 1991 de la Ley 24012, conocida como Ley de Cupo Femenino, en virtud de la cual se modificaba la legislación electoral y obligaba a que los partidos políticos reservaran el 30% de sus candidaturas a cargos legislativos para las mujeres⁶⁷. Empero, el incremento de estas en el espacio parlamentario no significó necesariamente un aumento de representantes comprometidas con la defensa de las banderas del feminismo o del movimiento de mujeres, puesto que el vínculo entre las candidatas parlamentarias y el movimiento feminista y de mujeres, aunque fue motivo de debate, no logró quedar claramente trazado en la agenda política de aquellas o consagrado más allá de palabras e intenciones. De allí que los partidos políticos pudieran hacer prevalecer rápidamente una lógica ligada al nepotismo o al favoritismo personal, colocando en las candidaturas a mujeres que eran las hijas, esposas o familiares “de” y que no encarnaban en sí mismas una amenaza a las prerrogativas androcéntricas. Con ello se cercenaron los alcances de la ley o, mejor dicho, de las aspiraciones de aquellas feministas que habían visto en ella la posibilidad de alcanzar una mayor democratización de género en el escenario institucional⁶⁸.

Ante algunas demandas, la ambigüedad de la política gubernamental se despejaba, y no precisamente de manera favorable al movimiento feminista. De hecho, en lo concerniente a derechos sexuales y a los reproductivos, el gobierno se ubicaba exactamente en la senda opuesta. Ello quedó evidenciado durante los debates de la Convención Nacional Constituyente, reunida en 1994 con el objetivo de reformar la Carta

⁶⁶ En realidad, la clausura contó con un paso previo, que fue la transformación de la Subsecretaría en Secretaría en 1990. Pero esta duró escasos meses. Dos años más tarde, como ya se señaló, se creó el Consejo de la Mujer. Su primera presidenta fue Virginia Franganillo, una reconocida socióloga y militante peronista afín al feminismo.

⁶⁷ La batalla de las feministas por la sanción de una ley en este sentido se remonta a los inicios de la reapertura democrática. Impulsados al principio por la Multisectorial de la Mujer, a lo largo de la década de 1980, se presentaron varios proyectos, aunque sólo el de Margarita Malharro de Torres, senadora radical por la provincia de Mendoza, logró media sanción en la Cámara de Senadores en 1990. Luego de intensas presiones de los colectivos feministas sobre los propios diputados y de movilizaciones a la Plaza de los Dos Congresos, una sesión especial de la Cámara de Diputados el 6 de noviembre de 1991, convocada con el visto bueno del presidente Menem, lo convirtió en ley. Para una historia acerca de este proceso, pueden consultarse, entre otros trabajos, los de Gómez, Patricia (1995) y Barrancos (2007).

⁶⁸ Sobre las esperanzas cifradas en esta ley y su significado, ver Nené Reynoso (1992) y Jutta Marx (1992).

Magna, ocasión en la que el presidente de la Nación y su ministro de Justicia, Rodolfo Barra, ejercieron una gigantesca presión para incluir una cláusula en la Constitución Nacional que expresara la defensa de la vida desde la concepción. Algo similar ocurrió con motivo de la Conferencia de Población y Desarrollo de El Cairo en el año 1994, y de la IV Conferencia de la Mujer en Beijing en 1995, pues en ambas reuniones internacionales, la delegación oficial argentina mantuvo posiciones contrarias a la planificación familiar –centralmente en materia de legalización y despenalización del aborto– e intentó incorporar en los textos resolutivos el concepto del “respeto por la vida desde el momento de la concepción”⁶⁹. En este terreno, el presidente Menem incluso fue más allá, tratando de imponer en el calendario oficial nacional una conmemoración insólita: el Día del Niño por Nacer.

Estas posturas despertaron fuertes reacciones en el movimiento feminista. Así, ante las aspiraciones del Poder Ejecutivo en la Convención Nacional Constituyente, Autoconvocadas para decidir en libertad, una coalición gestada en ese momento y que agrupó a más de 80 organizaciones del movimiento feminista y de mujeres, llevó a cabo un conjunto de acciones de resistencia pública cuya efectividad fue tal que se obtuvo el retiro de la cláusula antiabortista⁷⁰. Aunque con magros resultados, tampoco faltaron las objeciones a la actitud gubernamental ante las Conferencias internacionales, calificándola de “autoritaria, antidemocrática e hipócrita”, según constaba, por ejemplo, en una nota publicada en noviembre de 1995 por el Instituto de Estudios Jurídico Sociales de la Mujer (INDESOS) y de autoría de una de sus integrantes, Noemí Chiarotti⁷¹. Empero, la acusación trascendía el conservadurismo demostrado en lo concerniente a los derechos sexuales y a los reproductivos, para avanzar sobre cuestiones más amplias. Así, Chiarotti agregaba en

⁶⁹ Estas Conferencias, convocadas por Naciones Unidas, se llevaron a cabo entre el 5 y el 13 de septiembre de 1994 y entre el 4 y el 15 de septiembre de 1995, respectivamente. La realizada en El Cairo, que contó con la presencia de delegaciones de 180 países, tuvo como marco temático el crecimiento económico sostenido y el desarrollo sustentable. Aun cuando las discusiones versaron sobre problemáticas tales como la pobreza, la degradación ambiental y el crecimiento poblacional, las polémicas más acaloradas se desataron en torno a los temas de salud reproductiva, aborto, planificación familiar y fecundidad (Novick, 1999). Por su parte, la de Beijing, centrada en los derechos de las mujeres, además de la pobreza, abordó problemas relativos a la educación y capacitación, salud, violencia, economía, adopción de decisiones, derechos humanos y medios de difusión. Pero es interesante señalar la persistencia de las posiciones oficiales bajo las administraciones peronistas en estas Conferencias, pues como señala el pormenorizado estudio de una historiadora, el gobierno de María Estela Martínez de Perón también impulsó posturas pronatalistas y conservadoras en materia de la autonomía femenina durante la Conferencia Mundial de la Mujer convocada por Naciones Unidas en la ciudad de México en 1975 (Grammatico, 2004; 2006).

⁷⁰ Este nucleamiento, si bien continuó su labor un tiempo, no logró sobrevivir mucho más allá de esos momentos (Pita, 2002).

⁷¹ Asimismo, en esa nota se afirmaba que aproximadamente 300 ONG habían suscripto un petitorio repudiando la actitud de la delegación oficial argentina ante la IV Conferencia de la Mujer. Ver Chiarotti (1995).

su texto que “tras una fachada de modernidad respecto de la igualdad de oportunidades, [el gobierno de Menem] implementa políticas de ajuste que de facto refuerzan la desigualdad entre los géneros, profundizando la desocupación general al 18,9% y la de las mujeres al 23%” (Chiarotti, 1995).

Las feministas –o un grupo importante de ellas– daban cuenta en sus análisis del profundo cambio que a nivel socioeconómico y político se había comenzado a producir en la Argentina “desde mediados de la década del setenta”, y entre cuyas principales características destacaban “la crisis del Estado de Bienestar, la caída del socialismo real, el triunfo global del capitalismo en su versión neoliberal y sus efectos de concentración del capital, exclusión social, desempleo [...] desmovilización” (Fontenla y Bellotti, 1999: 29). En ese sentido, organizaciones como ATEM 25 de noviembre (Asociación de Estudio y Trabaja de la Mujer), a la que pertenecen las autoras del documento citado, no fueron ciegas a la ofensiva que la profundización del modelo económico neoliberal bajo el menemismo, con su ola de privatizaciones, ajustes y liberalización económica, traía aparejada para la mayoría de la población. Menos aún cuando algunos estudios empezaban a demostrar que las principales afectadas por la desocupación, la subocupación y la precarización laboral eran las mujeres (Barrancos, 2007: 276). A su vez, vislumbraban que si la embestida neoliberal se perpetraba en los “cuerpos de mujeres gastados por el sobretrabajo” (Bellotti y Fontenla, 1997), la posibilidad de conquistar mayores derechos, al menos en el futuro inmediato, se tornaba sombría.

Pero enfrentar esta situación no dependía sólo de elaborar un diagnóstico certero que diera cuenta de los pilares, objetivos y resultados de este modelo, sino también y principalmente, de las perspectivas, propuestas y líneas de acción colectiva que se plantearan en la arena política. Fue justamente en ese terreno donde se suscitaron profundas polémicas enmarcadas, en buena medida, en la creciente cooptación de una porción numerosa del movimiento feminista por medio de su institucionalización.

Este proceso significó, por un lado, que ciertos grupos feministas o las ONG fundadas por ellos estrecharan lazos con el Estado y con los organismos internacionales. Pero, por el otro, también contuvo una devaluación de la importancia que en momentos anteriores tales grupos habían asignado al trabajo político con el colectivo de mujeres. Ambas instancias estuvieron intrínsecamente vinculadas, puesto que las promotoras de esta perspectiva política concebían que, dado el duro revés sufrido por las movilizaciones populares para torcer la voluntad gubernamental, sólo podían sobrevivir si se integraban

en espacios institucionales o de gestión de recursos mediante la creación de programas contra la discriminación, el acoso sexual o la violencia, entre otras temáticas.

Para otro sector, el enfoque centrado en el acceso al poder político institucional contenía el peligro de abandonar la lucha por la emancipación de las mujeres, pues “la lógica del poder y los mecanismos de disciplinamiento interno de las instituciones, generalmente, se sobreponen a las mejores intenciones feministas” (Bellotti, y Fontenla, 1997). A su vez, este grupo también censuraba el proceso de “oenegización” en que muchas organizaciones habían incurrido para obtener los recursos que los organismos de cooperación institucional estaban dispuestos a proveer, cuestionando, por un lado, el vínculo de mediación jerárquica que estas ONG desarrollaban entre las agencias de financiamiento y los movimientos de mujeres, así como el lugar también de poder que ocupaban las propias ONG respecto de las mujeres de tales movimientos (Fontenla y Bellotti, 1999: 37). Por el otro, sostenían que en cuanto que esas ONG dependían del dinero de organismos multilaterales y de las agencias de financiamiento internacional, sus agendas de trabajo y sus lineamientos políticos no se fijaban acorde con las necesidades del colectivo de mujeres sino siguiendo las directivas de quienes “imponen el ajuste estructural y la política de hambre en América Latina y el Caribe” (Fontenla y Bellotti, 1999: 31).

Las controversias dentro del movimiento feminista entre las autónomas y las institucionalistas –según fueron denominados estos sectores– no habían comenzado a delinearse en la década del noventa⁷², pues se encontraban también presentes a mediados de los ochenta⁷³. Sin embargo, estallaron con fuerza en los últimos diez años del siglo XX, conduciendo a reconfiguraciones que desembocaron en fragmentaciones, desencantos y pérdida de militantes en las organizaciones.

Pero en esta situación, además de la institucionalización y “oenegización” de algunos colectivos feministas, concurrieron otros factores. Entre ellos no fue de escasa importancia el rumbo asumido por el proceso de academización en las universidades nacionales, donde la producción de estudios y trabajos teóricos quedó desvinculada del movimiento de mujeres (Nari, 1994; Pita, 2002). Tampoco desempeñó un papel menor la recepción acrítica por parte de varias agrupaciones feministas de nuevas corrientes de

⁷² Tampoco fueron exclusivas de la realidad argentina, pues atravesaron a los colectivos feministas de América Latina, tal como evidenciaban los debates que tenían lugar en los Encuentros Feministas de América Latina y el Caribe. Un análisis de este fenómeno puede verse en D’Atri (2005).

⁷³ De todos modos, en los ochenta, los conceptos de “autónomas” e “institucionalistas” parecían encarnar una reminiscencia del debate a propósito de la “doble militancia” (Grammático, 2005), pues las referencias a unas y otras se centraban en su pertenencia o no a los partidos políticos (Masson, 2007).

pensamiento, tales como las teorías posestructuralistas y posmodernas que condujeron a vacilaciones sobre el sentido de la organización y la práctica política, y al ensalzamiento de esta última enfocada desde la perspectiva de la defensa de la ciudadanía, el desarrollo sustentable y la negociación en un marco de gobernabilidad. Aun cuando vistos desde cierta perspectiva estos conceptos, ciertamente remozados y tras los cuales mucha tinta se ha vertido para explicar sus “noveles” contenidos, podían implicar y contener las críticas a un sistema democrático que se había vuelto meramente formal, no dejaron tampoco de ser parte de un disciplinamiento tendiente a la aceptación y/o resignación ante el estado de cosas vigente.

De todos modos, ni las feministas que se mantuvieron al margen de los ámbitos de poder institucional ni aquellas que pretendieron engarzarse con ellos, lograron evitar que el feminismo, al menos en su faz político-organizativa, se debilitara y perdiera el rumbo (Pita, 2002). En tal sentido, ni unas ni otras consiguieron mantener un vínculo dinámico con el movimiento de mujeres en general ni impedir la merma de militantes al interior de cada agrupación. Empero, sí hubo al menos una arista en la que las feministas lograron provocar un vuelco dentro del movimiento de mujeres. La misma refiere tanto a cómo las mujeres se perciben a sí mismas y al lugar que ocupan en las relaciones sociales, como a la forma en que enarbolan muchas banderas que durante años el feminismo portó más bien en soledad.

Ciertamente, ni las piqueteras, ni las mujeres que conformaron el Movimiento de Mujeres Agrarias en Lucha hacia la segunda mitad de los noventa, ni las que hacia fines de esa década encararon la toma de fábricas o de tierras, sólo para mencionar algunos de los conflictos impulsados por mujeres u organizaciones lideradas por ellas, se dicen en general feministas. Su negativa a identificarse con esta perspectiva política no tiene una única explicación. Desde cuestiones particulares –como la crisis en la que este movimiento se subsumió durante los noventa– hasta más generales –como la incapacidad del propio feminismo de revertir la propaganda de que constituye el rostro anverso del machismo–, se interceptan a la hora de fortalecer este rechazo. Pero también es llamativo que mujeres como Sara o Arcelia no escatimen palabras ni acciones para reivindicar el derecho a decidir libremente sobre su cuerpo, desnaturalicen la subordinación femenina, le coloquen nombre público a la violencia contra las mujeres, se suscite en el ámbito y en las relaciones en que se produzca, y escabullan un andar que las ubique detrás de los

varones porque como Sara dijo, “el tema está en caminar a la par”⁷⁴. Y ha sido en esos actos cotidianos, a veces a solas y a veces mutados en acciones colectivas, donde el feminismo asentó su huella proporcionando herramientas teóricas y políticas que fueron útiles a esas “mujeres piqueteras en movimiento” para pensarse como sujetos colectivos, para desnaturalizar subordinaciones u opresiones, y para ir perdiendo la mudez en los conflictos sociales que dinamizaron durante la década del noventa y en las organizaciones colectivas que integraron y modelaron. En ese sentido, el lugar ocupado por los Encuentros Nacionales de Mujeres fue nodal, porque en ellos mujeres como Sara o Arcelia hallaron los insumos que favorecerían el diseño de sus propios proyectos. Así, la preocupación de Sara sobre la posibilidad de armar cooperativas de producción que mitigaran la falta de trabajo y fortalecieran otros medios para la subsistencia familiar cotidiana, la llevó a participar casi de forma constante en los talleres que se abocaban a esta problemática. Para Arcelia, el interés por la salud de su marido y otros ex ypefeanos de su comunidad, abatidos ante todo por los efectos de la pérdida del trabajo pero también por las enfermedades consecuentes de las tareas de exploración y perforación que durante años muchos de ellos habían desarrollado dentro de YPF en Plaza Huincul, la terminaron vinculando con los talleres dedicados a debatir cuestiones relativas a la salud de las propias mujeres y, por tanto, con las discusiones sobre el aborto, tema que hasta ese entonces no había formado parte de sus inquietudes⁷⁵. Para Laura Padilla, una de las caras más visibles de la pueblada de Cutral Co de 1996, fue la situación de violencia familiar que había sufrido durante su matrimonio y el contacto que para salir de esa circunstancia hizo con grupos de mujeres golpeadas en Cutral Co, aquello que la animó a participar de los Encuentros desde 1994, y encontró en las charlas con otras mujeres las herramientas reflexivas ligadas a los dispositivos genéricos de las relaciones sociales, a la naturaleza de la opresión femenina y a las improntas que las mujeres podían imprimir a las acciones colectivas cuando se disponían a abandonar sus silencios⁷⁶. Ella misma pondría en juego estos aprendizajes en distintos momentos pero, fundamentalmente, cuando los humos de las improvisadas piras tornaran a Cutral Co y Plaza Huincul el centro de la atención nacional.

⁷⁴ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

⁷⁵ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.

⁷⁶ Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

2. DE HISTORIAS Y MEMORIAS: LAS MUJERES PIQUETERAS

Durante el mediodía del 20 de junio de 1996, Bety León y su marido se encontraban en la escuela a la que concurría su pequeña hija. Como todos los años, en esa fecha se realizaba el acto conmemorativo de la creación de la bandera, motivo por el cual el salón principal del colegio desbordaba de madres, padres y otros familiares que compartían el festejo con estudiantes y maestras/os. Pero en esa oportunidad, el tradicional homenaje despertaba en Bety emociones encontradas y diferentes a las vividas en ocasiones similares en el pasado. Su niña, que tenía casi 11 años, había sido elegida abanderada de la primaria y, como tal, le tocaba protagonizar la jura de la bandera. La alegría y el orgullo que sentía ante ello, sin embargo, no conseguían sobreponerse a la tensión generada por otras imágenes que se arremolinaban en su mente. Intuía que en pocas horas muchas cosas podrían suceder con su comunidad y con ella misma, aunque no lograba prever los alcances de lo que se avecinaba.

Desde hacía ya varios días el clima social estaba convulsionado en Plaza Huincul, ciudad en la que Bety se había instalado desde 1984 al casarse con un joven nacido allí. Las casuales charlas que entablaba con sus vecinas cuando iba al mercado a hacer las compras o los llamados de los/as oyentes a la emisora de la radio local "FM La Victoria", que solía acompañarla mientras se ocupaba de los quehaceres domésticos, la advertían del creciente malestar. Entre los comentarios primaban las quejas por la falta de trabajo y las penurias económicas que no habían dejado de aumentar desde que YPF, principal fuente de empleos de la zona, fuera privatizada.

Bety comprendía de qué se trataba todo eso. Su vida también había cambiado decisivamente luego de que su esposo, que trabajaba en el área de mecánica y producción de YPF, aceptara el retiro voluntario y montara, junto con otros ex trabajadores, una pequeña empresa para proveer servicios a la ex petrolera estatal. La iniciativa no había funcionado, motivo por el cual él decidió probar suerte abriendo un taller de reparación de autos en su casa. Entre tanto, ella, que "antes tenía una señora que ayudaba con las cosas de la casa", según me contaba, tuvo que salir a buscar empleo, consiguiendo algunas horas como trabajadora doméstica a la par que completaba sus magros ingresos con un subsidio de \$ 150⁷⁷.

⁷⁷ Este subsidio equivalía en esos momentos a US\$ 150 y era entregado por el gobierno provincial neuquino a partir de la sanción de la Ley 2128 del año 1995, que estipulaba la creación del Fondo Complementario de Asistencia Ocupacional para los y las desempleadas de Neuquén.

Pero durante las primeras semanas de junio de 1996 el panorama se había ensombrecido aún más en Plaza Huincul y Cutral Co, pues se rumoreaba que una esperada fábrica de fertilizantes derivados del petróleo no abriría sus puertas en la zona. Finalmente, el 19 de junio de 1996, los medios de comunicación locales confirmaron la sospecha al difundir que el gobernador Felipe Sapag había puesto fin a las negociaciones iniciadas tres años antes con la compañía que planeaba instalar la empresa, la firma canadiense Agrium-Cominco. Si el proyecto se hubiera concretado, la demanda de mano de obra no habría superado los 1.500 puestos de trabajo durante la fase de construcción de la planta y los 150 para la etapa de producción (Favaro et al., 1997). Pero a pesar de que estas cifras distaban de incidir certeramente en el descenso de los niveles de desocupación y pobreza, era difícil sustraerse a la esperanza de tener nuevamente un trabajo estable, de estar entre esos/as 150 operarios/as que quedaran dentro. La finalización de las negociaciones no sólo frustraba por completo esta ilusión. También conducía a una contrastación ineludible: la imposibilidad de recuperar la bonanza del pasado, ligada a un perfil productivo que, privatizada YPF, no volvería a surgir.

A Bety no la sorprendió el repiqueteo insistente del teléfono esa mañana del 20 de junio. Aventuraba que los ánimos estaban caldeados y no era raro que la llamaran a ella ya que era una mujer conocida en Plaza Huincul porque formaba parte de la cooperadora del colegio y porque las puertas de su casa siempre estaban abiertas para cualquier vecina/o que precisara de su ayuda. Ella relataba:

Me llaman por teléfono unos amigos de Cutral Co y me dicen “basta, Flaca, tenemos que hacer algo. ¿Qué te parece cortar la ruta? [...] Reunite a la gente de Plaza [Huincul]” (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

No era fácil asumir una medida semejante. Pero tampoco lo era seguir tolerando pasivamente la situación. ¿Qué debía hacer, entonces?

Finalmente, cuando ese mediodía en el colegio terminaron de servir el tradicional chocolate caliente con que concluían las festividades, tomó una decisión. Reviviendo con una mezcla de entusiasmo y congoja la escena, Bety comentaba:

Después que se le dio chocolate a los chicos, me paro muy fresca delante de todos los papás y las mamás y les digo: “Mujeres, ¿qué les parece si tomamos el toro por las astas? ¿Qué les parece si cortamos la ruta a las tres de la tarde?” (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

Luego de debatirlo un buen rato, un grupo de mujeres decidió aceptar la propuesta. Fue así como 22 de ellas, según recordara Bety, se reunieron ese día y a esa hora en la puerta de su casa. Juntas emprendieron la marcha hacia la Ruta Nacional 22, localizada a pocas cuadras, con el propósito de bloquearla a la altura del aeropuerto local.

Pasaron casi ocho años entre los acontecimientos que Bety protagonizó el 20 de junio de 1996 y la entrevista en la que ella me relató los periplos que vivió durante esa jornada. Situar el presente de su narración abre las puertas al nudo analítico al que se aboca esta parte del capítulo, centrada en explorar las trayectorias de las mujeres piqueteras a partir de las memorias que ellas han construido sobre sus propias experiencias de participación público-política.

Esas experiencias no se iniciaron en las contiendas sociales que catapultaron al centro del escenario político nacional a las localidades neuquinas y salteñas durante los años 1996 y 1997. Por el contrario, se nutrieron de otras acciones colectivas previas enmarcadas en la trama de las relaciones sociales que las mujeres construyeron entre sí y con el resto de sus comunidades. Adentrarse en ellas posibilitará, asimismo, examinar el vínculo existente entre Historia, género y memoria con el cual concluyen estas páginas.

2.1. APRENDIZAJES Y SABERES O DE CÓMO VOLVERSE PIQUETERA

No fue casual que ese mediodía, en la escuela, la interpelación de Bety estuviera dirigida a otras mujeres. Ante todo eran ellas las que, acompañando a sus hijos/as, estaban presentes en ese tipo de eventos. A su vez, con algunas ya tenía un lazo de confianza gestado alrededor de las actividades de la cooperadora escolar. Con otras, ese vínculo había surgido de los contactos casuales que se producían en alguna esquina del barrio a la hora de ir a buscar a los chicos/as al colegio o ir de compras al mercado. Bety me contaba que muchas veces, mientras baldeaba la vereda de su casa, sus vecinas se habían detenido a conversar con ella y que siempre surgían las quejas porque “no tengo un vaso de leche, ni un kilo de pan, y me fui a Acción Social⁷⁸ y ni una respuesta me han dado”⁷⁹.

En pocas ocasiones estos espacios de encuentro han sido retomados para escudriñar de qué manera se construyen lazos sociales, se intercambian informaciones,

⁷⁸ La testimoniante se refiere aquí a la sede de la Secretaría de Bienestar Social de la municipalidad de Plaza Huinul.

⁷⁹ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinul, 8 de mayo de 2004.

novedades e ideas sobre la vida cotidiana, y se crean o descubren preocupaciones comunes entre sus participantes. El escaso interés por ellos ha tenido relación, parcialmente, con que ni sus contornos ni las interacciones que se producen en su interior adquieren una apariencia tan nítida para la observadora o el observador como aquella que refleja la sede de un sindicato, de un comité político, de una sociedad de fomento o de un club barrial. Estos lugares, con mayor o menor precisión, contienen ya en su mera formulación los enunciados que delimitan el abanico de sus propósitos, las características de los miembros de los grupos sociales que asisten a ellos e, incluso, ciertas fronteras temáticas de las deliberaciones que allí tienen lugar.

Sin embargo, para examinar la agencia femenina, el mercado, la oficina de la cooperadora escolar, la vereda del frente de la casa o la salida de una iglesia, son ámbitos públicos que cobran una relevancia singular, pues es allí donde ellas, ausentadas en los otros sitios o silenciadas cuando concurren, se animan a expresarse sin tapujos e intercambiar sus pareceres sobre las cosas que suceden a su alrededor, sobre lo que deberían hacer o lo que esperan que ocurra⁸⁰. A través de esos diálogos, usualmente catalogados como chismorreos, las mujeres –sobre todo las pertenecientes a los sectores subalternos al ser ellas las que llevan a los hijos al colegio, limpian las veredas o salen a hacer las compras– encuentran una oportunidad de reflexionar en voz alta, de hallar respaldo a sus pensamientos⁸¹ y, en consecuencia, de construir o reconocer intereses, necesidades e identidades compartidas. El conocimiento de las venturas y desventuras de sus vecinas así como la posibilidad de percibir los probables efectos que una iniciativa como la de cortar la ruta podría causar, se había ido trazando de esa forma en las conversaciones mantenidas en esos ámbitos contrapúblicos (Fraser, R., 1993), allanando el camino para que Bety se atreviera a consultar a viva voz en el salón de actos lo que venía preguntándose a sí misma desde la mañana del 20 de junio de 1996.

⁸⁰ Existe una cuantiosa y rica discusión sobre las conceptualizaciones respecto del espacio público, sus límites y contenidos, así como su potencialidad para explicar la agencia colectiva. En esta investigación es de particular interés el desarrollo argumentativo de Nancy Fraser, quien retoma y critica las nociones elaboradas por Jürgen Habermas sobre esta cuestión. En esa dirección, la teórica feminista demuestra la existencia de una multiplicidad de escenarios públicos y de variadas vías para acceder a la vida pública. Los define como escenarios contrapúblicos subalternos al señalar que se trata de espacios discursivos paralelos donde los sectores sociales subordinados crean y circulan contradiscursos para formular interpretaciones opositivas de sus identidades, intereses y necesidades (Fraser, N., 1993).

⁸¹ La trascendencia para el análisis de la formulación de las lecturas políticas que estos intercambios discursivos permiten a las mujeres, ha sido original e iluminadoramente planteada por Temma Kaplan en su investigación de la historia social de Barcelona entre fines del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX (Kaplan, 2003).

Por otro lado, las acciones que ese grupo de mujeres llevó a cabo en esas jornadas de protesta estuvieron precedidas por otras en las que ellas fueron tallando una lectura política de la realidad circundante, fortaleciendo vínculos entre sí y con el resto de la comunidad, y disponiendo prácticas organizativas y de resistencia colectiva que les permitieron, asimismo, politizar demandas e intereses generalmente experimentados como parte de la vida privada. Pero develar esas experiencias y comprender tal proceso de politización requiere no sólo tener en cuenta las relaciones que se tejen en esos espacios públicos sino también el rol social que estas mujeres encarnan en las comunidades de las que forman parte.

La historiadora Temma Kaplan (1990) sugiere que, debido a su condición de clase y a la organización sexual del trabajo, estas mujeres se constituyen en garantes de la recolección y distribución de los recursos comunitarios, garantía devenida de la responsabilidad socialmente asignada de dar y conservar la vida. Aceptar ese papel, ejercido en principio en el escenario familiar, conlleva un conjunto de obligaciones referidas al cuidado de las/os otras/os. Pero también comprende derechos relacionados, por ejemplo, con el acceso a recursos que viabilicen ese cuidado. Cuando se ponen en riesgo esos derechos y, por tanto, la supervivencia de su familia o de la propia comunidad, ellas pueden activar sus redes para enfrentar de forma colectiva a quien obstaculiza el ejercicio del cuidado para el que están preparadas. Es también en ese proceso donde politizan las relaciones de la vida cotidiana al someter a debate público desde las razones de la situación vivida, hasta a quién dirigir el reclamo, con qué herramientas hacerlo, con quién confrontar o con quién aliarse en las acciones colectivas que planifican y llevan adelante.

Estas particulares sendas de agenciamiento político suelen intensificarse en momentos de agravamiento de crisis sociales, tales como el desatado por la profundización de la política neoliberal⁸². En ese sentido, a partir de los relatos de las mujeres neuquinas y salteñas es posible advertir cómo, durante la primera mitad de la década de 1990, ellas ensayaron variadas formas de organización y resistencia colectiva afines a salvaguardar la existencia de sus comunidades y en las que, interpelando fundamentalmente a los gobiernos municipales y provinciales, fueron obteniendo saberes y desplegando otros que luego volcarían en las agudas confrontaciones que tuvieron lugar

⁸² Otros estudios correspondientes al período centrado en el pasado reciente dan cuenta también de la vigorización que las organizaciones y movilizaciones con fuerte presencia femenina adquirieron en el contexto crítico de la década de 1990. Para un análisis de caso, aunque con perspectivas distintas, puede consultarse Felitti (1999) y Giarraca y Teubal (2001), entre otros.

en los años posteriores a 1996. Tal fue el caso de Ica, una mujer de mediana edad nacida en Coronel Cornejo –provincia de Salta– y principal referente de la UTD en esa localidad.

Ica relataba que a comienzos del otoño de 1991 impulsó un bloqueo de la Ruta Nacional 34 para exigir al gobierno municipal el tendido de la red de agua potable para las 2.700 personas que habitaban su pueblo. En la narración de este acontecimiento, detallaba el problema que la carencia de tal recurso ocasionaba, ya que “a veces los camiones cisterna nos llevaban agua desde Mosconi, y a veces nos dejaban 2 tachos, que son 400 litros, o sea que era un caos total porque no alcanzaba para todos”⁸³. Cansada de esa situación, una mañana de marzo de ese año se propuso cambiarla y para ello “salimos 3 mujeres a cortar la ruta [...] Fuimos dos vecinas y yo. De la rabia, la impotencia que teníamos de levantarnos y no tener agua”⁸⁴. Según siguió contando, la medida, que no había surgido como resultado de un acuerdo “pensado u organizado [sino que] ha sido algo espontáneo”, concitó rápidamente la adhesión del resto de la comunidad, ya que “cuando la gente vio que estábamos reclamando por el agua, vino todo el pueblo”⁸⁵.

El rol protagónico de las mujeres en el inicio de esta protesta puede comprenderse si se toma en consideración que son ellas quienes más requieren del uso de agua cotidianamente ya que son ellas las encargadas de llevar a cabo las labores familiares: hacer la comida, mantener la higiene de la casa y de sus hijos/as o lavar la ropa. De tal modo, la carencia de este bien les impone utilizar mucho de su tiempo diario en su búsqueda, cuestión que resta esfuerzo y atención para otras tareas⁸⁶. También las obliga a tomar recaudos extra en términos de salud o a lidiar con una mayor cantidad de enfermedades relacionadas con la falta de agua potable y, consecuentemente, de redes de saneamiento. Si ambas cuestiones se conjugaron entonces en la decisión de Ica y sus vecinas para dinamizar el corte de la ruta, el valor social del bien exigido, en cuanto que recurso vital para la subsistencia de la comunidad, así como la presencia de las mujeres, que como madres impulsaban el reclamo al poder público, dotaron a esta acción de una legitimidad que habría propiciado el involucramiento de “todo el pueblo”. Esta masividad no hizo posible, sin embargo, lograr el cometido procurado con la medida. La

⁸³ Entrevista de la autora a Ica, General Mosconi, 14 de junio de 2004.

⁸⁴ *Ibidem*. Debo señalar, asimismo, que este corte no fue registrado ni por la prensa escrita local ni por los periódicos de tirada nacional. Sí fue referido por otras entrevistadas que vivían en Coronel Cornejo. Esto permite vislumbrar la utilidad de la historia oral para dar cuenta o visibilizar acciones y acontecimientos de los que no se ocupan otras fuentes.

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ Me refiero al tiempo que ocupan en esperar, por ejemplo, el turno en las filas que se arman frente a los camiones cisterna, en llegar al alba para no quedarse sin el reparto de agua y, luego, en las caminatas, que a veces son extensas, para trasladar los baldes a sus casas.

oportunidad de volver a intentarlo se presentaría seis años más tarde cuando, aprovechando el comienzo de un conflicto en Tartagal y General Mosconi en mayo de 1997, Ica y un grupo de vecinas y vecinos reinstalaron un piquete en la entrada de Coronel Cornejo⁸⁷.

A más de 2.000 km al sur de Coronel Cornejo y casi tres años más tarde, otra mujer impulsaría también una acción colectiva, preocupada por una situación que, en principio, parecía inofensiva: la falta de árboles en las veredas de su vecindario. Hacía poco tiempo que ella, Laura Padilla, se había mudado con sus tres hijos pequeños al barrio conocido como “176 Viviendas” en Cutral Co. Para llegar hasta allí debió sortear distintos obstáculos, comenzando por la conclusión de un difícil matrimonio en el que habían primado múltiples situaciones de violencia. Laura relataba que durante muchos años había tolerado esa situación, hasta que un día decidió seguir el consejo de un médico que la atendió en el hospital local luego de una paliza propinada por su esposo. Así se contactó con un grupo de mujeres golpeadas que funcionaba en una parroquia de Cutral Co. Laura burlaba la vigilancia de su marido para asistir a las reuniones, pues aprovechaba que este “me dejaba ir a dar catequismo [...] Yo los miércoles de 2 a 4 tenía grupo de catequesis, así que ahí no había ningún drama. En realidad, yo iba a los grupos de mujeres”⁸⁸. Según me explicaba, su participación en ese espacio le permitió recuperar la autoestima y también darse cuenta de la fortaleza que se podía conseguir cuando los problemas, las penas y los deseos formaban parte de intercambios y reflexiones grupales. En esas charlas comenzó a madurar la idea de separarse y de cómo hacerlo, propósito que logró llevar a cabo finalmente en julio de 1993. Y también fue en ellas donde escuchó por primera vez noticias sobre los Encuentros Nacionales de Mujeres, lo que la llevaría a participar en el que tuvo lugar en la provincia de Corrientes en el año 1994. La interacción con otras mujeres la siguió animando a hablar y a proponer posibles acciones ante diversas situaciones.

⁸⁷ Ica volvería a estar al frente de esta nueva protesta, cuyo devenir será tratado con más detalle en el Capítulo 5. No quiero dejar de señalar, asimismo, el contraste que puede observarse entre las referencias de Bety León y de Ica respecto de cómo percibieron su propio proceso para llegar a la decisión asumida. Mientras que para la primera la determinación de convocar al bloqueo fue resultado de una reflexión meditada durante varias horas, la segunda resaltaba la espontaneidad de su iniciativa. Ha sido reiterada la frecuencia con la que las mujeres entrevistadas catalogaron su participación en estas acciones confrontativas y a las protestas en sí mismas como espontáneas. Incluso, ellas apelaron a este vocablo para distinguir y valorar las raíces, dinámica y los propósitos de las puebladas acontecidas a partir de 1996 y 1997 en ambas regiones. Ello invita a explorar detenidamente su significado, variante por cierto, y las posibles razones que pueden explicar su uso, indagación que se desarrollará en el Capítulo 3.

⁸⁸ Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

Por lo tanto, cuando ya instalada en el barrio de las “176 Viviendas” algunas vecinas le comentaron que el municipio estaba incumpliendo la promesa de plantar árboles, no dudó en tomar cartas en el asunto. Decidió escribir “unos papelitos” y le pidió a Miguel, un joven que vivía cerca de su casa y con el que había charlado en varias oportunidades, que los repartiera “a todos los vecinos del barrio y vamos a juntarnos, porque en el barrio nos entregaron las casas y no nos pusieron los arbolitos”⁸⁹. Ella recuerda que una vez reunidas/os en la casa de Miguel esa tarde primaveral del año 1994 comenzaron a surgir distintas demandas, pues muchas de las personas allí presentes carecían de electricidad, de gas o de agua y lo que era más acuciante aún, podían ser desalojadas/os de las viviendas en cualquier momento puesto que varios las habían ocupado ya que “estaban deshabitadas y hacía falta un techo”⁹⁰. Resolvieron finalmente conformar una comisión vecinal que se encargara de cursar estos reclamos ante el municipio y de intentar hallar soluciones. Laura fue elegida su presidenta y luego de varias gestiones realizadas ante el intendente Adolfo Grittini, perteneciente al Movimiento Popular Neuquino (MPN), la comisión vecinal logró que se efectivizaran todos los títulos de propiedad y que los servicios fueran conectados para la casi totalidad del vecindario.

Sin pasar por alto su singularidad, las experiencias de Ica y de Laura no fueron excepcionales. En Campamento Vespucio, distante unos pocos kilómetros de General Mosconi, Dolores, o Nené, como la llaman su esposo, sus familiares y las amigas de su barrio con las que juega al fútbol dos veces por semana, evocaba en referencia al año 1996, sobre el puente de la ruta de acceso a la localidad:

Hicimos un corte [...] porque estas casas [en las que vivíamos] eran del yacimiento, y el que quería la compraba. Entonces, te daban en cuotas el pago de la vivienda. Y bueno, mucha gente [...] pagó hasta donde pudo. Y quedó en deuda. A principios del 96 comenzaron a llegarles cartas documento a la gente de que en 48 horas te quitaban la vivienda. Entonces funcionaba el centro vecinal [...] y la gente comenzó a reunirse y a hacer notas [...] de ahí, “qué vamos a hacer, nadie nos escucha, cortemos el puente”. Y nos fuimos y cortamos el puente de entrada (Entrevista de la autora a Nené, Campamento Vespucio, 23 de junio de 2004).

Desde su instalación en la zona en 1927, el “yacimiento”, como Nené alude a YPF, se había responsabilizado de construir estructuras donde los y las trabajadoras pudieran

⁸⁹ *Ibidem.*

⁹⁰ *Ibidem.*

vivir. Precarios en un principio, poco a poco estos lugares se convirtieron en complejos habitacionales más confortables y lujosos, cuyos moradores eran principalmente los miembros del personal jerárquico de la empresa y sus familias. Mediante créditos baratos y a largo plazo, la petrolera proporcionaba la posibilidad de la compra de estas casas. Pero, luego de su privatización y de los consecuentes despidos, fue muy difícil pagar las cuotas. Con esta medida de protesta, las y los deudores ciertamente lograron hacerse escuchar, pues no sólo se frenaron los desalojos sino que “nunca más llegaron cartas documento”, recordaba sonriendo Nené.

Esta intención de hacerse escuchar, que luego se tornaría recurrente para explicar la elección del corte de rutas como herramienta preponderante de lucha, también motivó otra acción de protesta en General Mosconi. La misma consistió en la ocupación de la sede del Concejo Deliberante local durante 23 días por mujeres que reclamaban alimentos para sus hijos. Inés, que ronda los cincuenta años, tiene 7 hijos, está desocupada “desde hace mucho”, al igual que su esposo, fue una de las protagonistas de esta medida. Ella contaba que en 1996, un año antes de que se produjera el primer corte de rutas masivo en Tartagal y General Mosconi, sucedió lo siguiente:

Tomamos el Concejo Deliberante de Mosconi [...]. La mayoría éramos mujeres y [habíamos] decidido [...] tomar[lo] porque del gobierno nadie nos quería escuchar. De esa forma empezamos; teníamos el Concejo Deliberante tomado y ahí cocinábamos [...]. Lo más importante que necesitábamos, por las criaturas. No había nada, había muchos chicos desnutridos. [...] Estábamos con los chicos ahí. ¿Para qué los íbamos a llevar a casa si no teníamos nada que darles? (Entrevista de la autora a Inés Torres, General Mosconi, 11 de junio de 2004).

Inés refería también que las provisiones para hacer la comida durante esas jornadas habían sido suministradas tanto por “gente de Buenos Aires que nosotros no sabemos quiénes eran” como por “el cuartel de bomberos que nos traían el horno, así que hacíamos pan”⁹¹. En tal sentido, movilizadas como madres que defendían la sobrevivencia de sus hijos/as, estas mujeres no sólo lograron llevar a cabo una acción colectiva de la envergadura contenida en la toma de un espacio institucional estatal sino

⁹¹ Entrevista de la autora a Inés Torres, General Mosconi, 11 de junio de 2004. El rol solidario desempeñado por el cuartel de bomberos de General Mosconi ha sido remarcado en varias oportunidades por diversos/as testimoniantes. Como se verá en el Capítulo 5 de esta tesis, su acción durante los distintos bloqueos fue nodal, pues eran ellos los que avisaban de la llegada de las fuerzas represivas para desalojar los piquetes, cuestión que solía suceder en la madrugada para sorprender a los y las piqueteras. De hecho, en ocasiones, las fuerzas policiales tomaron primero el cuartel de bomberos antes de comenzar a reprimir en las rutas.

también atraer la solidaridad de otros sectores y grupos, impidiendo con ello el desalojo violento por parte de las fuerzas de seguridad⁹².

Los cortes de ruta, de puentes, la formación de comisiones vecinales o la toma de sedes gubernamentales muestran los variados recursos y repertorios de protesta que las mujeres pusieron en escena para garantizar la supervivencia de sus comunidades. También denotan cómo las formas de lucha y resistencia que impulsaron fueron madurando en espacios de encuentros por los que ellas solían transitar y en los que cincelaron ideas, percepciones y lecturas políticas que, atravesadas por su clase y su género, luego potenciaron su participación en los conflictos acontecidos entre 1996 y 2001. Y lo que es más importante aún: adentrarse en sus relatos y en sus recuerdos permite ponerlas en escena a ellas y sus trayectorias para acceder así a comprender cómo esas mujeres se edificaron en tanto sujetos colectivos y, particularmente, como piqueteras.

A estas trayectorias, asimismo, pueden sumarse otras desplegadas en ámbitos tradicionalmente percibidos como de dominio mayoritario de la actuación colectiva de los varones, tales como aquellos que remiten a las experiencias de participación sindical y de militancia político-partidaria. Mas tal percepción no se condice con la historia de Susana García, una mujer que nació en Rosario en 1944 y cuya vida estuvo vigorosamente marcada por ambos espacios.

Susana recuerda que la política era parte de las charlas cotidianas que escuchaba desde muy pequeña en su casa, ya que su padre “era luchador metalúrgico, muy comprometido [...] Fue militante del Partido Comunista y lo digo con orgullo porque de él aprendimos”⁹³. A su vez, su madre, una mujer entrerriana “con mucha memoria” – según me aclaraba–, era activista de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA), organización creada por el PC en 1947. Cuando comenzó la escuela secundaria fue casi natural, entonces, involucrarse en ese partido político y con el centro de estudiantes en “la lucha por la laica o la libre, con una chica que también era militante del PC”, y llegaron en varias ocasiones a ocupar el colegio donde “pasamos noches con banderas y cantando el himno”. Luego de recibirse de perito mercantil, siguió estudiando en la escuela de enfermería. Con ese título en la mano, halló trabajo “en el Rosendo García, un sanatorio

⁹² No está demás señalar que la mayoría de los estudios que se detienen en las trayectorias de lucha de General Mosconi y de Tartagal sindicaron la realización de esta medida a la UTD y, particularmente, a los varones que la componen. Las palabras de Inés, que también pertenece a esta agrupación, abren brechas en estas miradas y conducen a examinar, como lo haré más adelante, las razones que podrían explicar las discrepancias en estos relatos.

⁹³ Entrevista de la autora a Susana García, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

metalúrgico, en el que trabajé durante muchos años”, donde también, ya entrada la década de 1970, ganó las elecciones como delegada gremial en su sector, representado a “la Lista Marrón, de Piccinini, de Villa Constitución, donde por esos años tuvimos muchas reyertas y peleas con la UOM [Unión Obrera Metalúrgica]”⁹⁴. Fue en esas épocas además cuando luego de un fugaz paso por el Partido del Trabajo y del Pueblo (PTP) –una escisión del PC– Susana recaló en la Unión Cívica Radical (UCR) dentro de la agrupación Renovación y Cambio que, liderada por Raúl Alfonsín, había comenzado a conformarse hacia 1970.

Aunque pudo evitar ser encarcelada o secuestrada, Susana fue despedida del sanatorio cuando se produjo el golpe militar del 24 de marzo de 1976. Luego de trabajar precariamente en distintas clínicas, en abril de 1978 consiguió ingresar al hospital de YPF en Cutral Co, contratada como enfermera de una unidad coronaria en terapia intensiva. Pocos meses más tarde, logró traer desde Rosario a su esposo –quien también obtuvo un puesto administrativo dentro de la petrolera estatal– y a sus cinco hijos. Y aunque le había prometido a uno de sus niños que “no me iba a meter en el gremio”, al poco tiempo “me enganché luchando para lograr esta democracia, traje acá Renovación y Cambio, porque no existía [...] y empecé a militar en el SUPE [Sindicato Unidos Petroleros de Estado]”⁹⁵. Susana contaba que en esa militancia sindical “armamos la Lista Azul, todos compañeros socialistas, comunistas, para hacerle la contra a la Celeste y Blanca”. Hasta el año 1993, cuando tuvo que irse de YPF, ella siguió militando sindicalmente. Incluso, orgullosa, recordaba:

Por el ochenta y pico, ya cuando se sentía que iban a privatizar, paré el tren, me acuerdo, que venía de Buenos Aires. Lo paramos con un grupo de compañeros que fuimos con pancartas e hicimos tumulto para que nos escucharan que no queríamos privatizaciones (Entrevista de la autora a Susana García, Cutral Co, 7 de mayo de 2004).

El empeño puesto por Susana en crear espacios de militancia contrarios a la “burocracia sindical” –como ella definió tanto a las conducciones de la UOM y del SUPE con las que se enfrentó durante los setenta o en los ochenta y noventa, respectivamente– y de oponerse a

⁹⁴ La Lista Marrón era una lista antiburocrática y combativa que ganó la dirección del gremio metalúrgico de Villa Constitución a fines de 1974 y que sufrió una dura represión por parte del gobierno de María Estela Martínez de Perón, con la complicidad de la conducción de la UOM, el 20 de marzo de 1975 (Andújar, 1994; Santella y Andújar, 2007).

⁹⁵ Entrevista de la autora a Susana García, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

las políticas gubernamentales que preanunciaban la privatización de YPF⁹⁶, no fue excepcional, tal como surge de la historia de Estela.

Esta mujer de mediana edad, casada, con tres hijas, que trabaja en el área de salud pública de la municipalidad de Cutral Co, es delegada de base de las y los trabajadores de su sector desde finales de la década de 1980. Asimismo, desde 1984 pertenece a la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y, como tal, fue parte de la promoción de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA) en la provincia de Neuquén, pues “como asociación de trabajadores del Estado empezamos a crecer hasta el 92 [...], seguimos como un congreso de trabajadores y terminamos como una central obrera”⁹⁷. Su vida siempre fue agitada, tuvo que dividir sus tiempos entre cuidar a sus hijas, ir a trabajar y militar en el sindicato. Ella bromeaba con su orden de prioridades, pues sostenía que “me casé primero con mi trabajo, después me casé con el gremio y ahí tenía una doble vida con la familia”. De hecho, no fueron pocas las veces, según me contaba, que por asistir a marchas y movilizaciones, debió enfrentar las objeciones fundamentalmente de sus hijas. Sin embargo, afirmaba que “esa es la vida que a mí me gusta y yo trato de que ellas, que ya son grandes, entiendan que hay que luchar por lo que una cree y en contra de lo que es injusto”. Y fue esa convicción y esa experiencia labrada en su trabajo y en su sindicato la que la llevó también a ir con sus hijas y su esposo a cortar las rutas el 20 de junio de 1996.

Estas diversas trayectorias revelan de qué manera las mujeres han construido redes y, con ello, identificado intereses comunes que impulsaron su agencia política, transitando espacios muy escasamente atendidos en los análisis sobre las experiencias previas de quienes cortaron las rutas en la segunda mitad de la década del noventa. Pero también denotan cómo en aquellos ámbitos predominantemente ocupados por los varones, ellas potenciaron aprendizajes y prácticas que luego volcarían en esas confrontaciones.

Mas develar las agencias de mujeres como Bety, Ica, Laura, Nené, Inés, Susana o Estela no es aquí un mero ejercicio historiográfico que se agota en la exposición de lo que ellas hicieron o las causas, las formas y los objetivos que impulsaron sus acciones colectivas. Ciertamente, ese ha sido el primer peldaño del propósito de esta sección, teniendo en cuenta la escasa atención —cuando no el absoluto silencio— que esas experiencias pretéritas han merecido. Sin embargo, esta tesis funda su interpretación en

⁹⁶ Y que, por su parte, habían comenzado a pergeñarse bajo el gobierno de Alfonsín, líder de la agrupación que ella había impulsado en Cutral Co.

⁹⁷ Entrevista de la autora a Estela, Plaza Huinul, 20 de diciembre de 2003.

una mirada sexuada de las memorias de quienes protagonizaron los conflictos en las comarcas petroleras neuquinas y salteñas. Es justamente ahí donde reside la clave del debate que pretendo llevar a cabo en las páginas que concluyen este capítulo, pues considero que la exigua trascendencia brindada a las trayectorias de las mujeres se vincula con operaciones historiográficas que desatienden cómo las relaciones de género permean la construcción de esas memorias. Se asume así que las voces de los varones, sus recuerdos y narrativas, conforman la totalidad de las voces, los recuerdos y las narrativas. Pero al hacer audibles los relatos femeninos, ese horizonte totalizador queda desbordado por otras experiencias cuyo estudio permite comprender más complejamente las confrontaciones sociales y políticas dinamizadas por los sectores subalternos.

Detenerse en ellos exige un oído atento, dispuesto a someter a discusión no sólo cómo se edifica la memoria sino también los anclajes en los que se asienta la interpretación histórica sobre ella. Indagaré entonces el nexo existente entre Historia, género y memoria situándolo en los relatos de las mujeres y varones que participaron en los conflictos ocurridos entre 1996 y 2001, ya que es en torno a esos acontecimientos donde puede observarse más cabalmente cómo unas y otros anudaron sus trayectorias público-políticas y articularon las memorias sobre sus experiencias de lucha.

2.2. RELACIONES CONFLICTIVAS: HISTORIA, GÉNERO Y MEMORIA

Cuando llegué a General Mosconi, una de las primeras personas a las que entrevisté fue a Inés, a quien hice referencia en el apartado anterior a propósito de la ocupación del Concejo Deliberante de esa localidad. Interesada en saber si había intervenido en el corte de rutas de mayo de 1997 y, en tal caso, por qué y de qué manera lo había hecho, le pedí que me relatara cómo había comenzado esta protesta. Inés me contó:

Fuimos a Tartagal, hicimos una asamblea grande. De ahí se decide hacer el corte definitivo. Nos veníamos de Tartagal a Mosconi caminando. La mayoría de la participación eran mujeres. Más que nada nosotras hicimos hincapié para poderlos llevar a los varones. Mi marido es muy tímido, por ejemplo. Entonces, “si van las mujeres, tenemos que estar nosotros”. Nosotras tenemos que salir a luchar para conseguir algo ¿Qué les damos mañana [a los chicos]? (Entrevista de la autora a Inés Torres, General Mosconi, 11 de junio de 2004).

No era la primera vez que escuchaba a una mujer atribuirse a sí misma y a otras un rol protagónico en los cortes de ruta y destacar, también, la mayoritaria presencia femenina en este tipo de luchas. Algunos meses antes y a más de 2.000 km de distancia, Arcelia, con un hablar entusiasta y sin rodeos, me había referido de manera similar que durante la primera pueblada de Cutral Co, “cuando se levantó el pueblo, nosotras [...] fuimos las primeras porque estábamos viendo lo que estaba pasando con nuestros hijos. Entonces nos levantamos primero y arrastramos a los hombres”⁹⁸.

No es mi intención detenerme ahora en desarrollar las razones que pueden explicar la elevada participación femenina en estas confrontaciones, pues ello será objeto de los capítulos subsiguientes. En realidad, lo que deseo destacar es el contraste entre estos relatos y la mayoría de las narrativas académicas y políticas, las cuales asignan a las mujeres un rol marginal o diluido frente a la presencia masculina. Mi objetivo es entonces examinar estas discrepancias y rastrear las posibles claves de su formulación repasando, en principio, algunas cuestiones que tienen que ver con el vínculo entre Historia –cuya escritura en mayúscula la alude en cuanto que saber disciplinar– y memoria, puesto que ambas construyen y/o condensan una narración del pasado.

Hace ya más de una década, Françoise Collin sostiene que “la ausencia de las mujeres en la historia significa más su evicción del poder que su falta de actividad: lo que ellas producen y realizan, en el marco general de la dominación, no les reporta reconocimiento alguno” (Collin, 1995: 158). La pretensión de esta reflexión no era colocar a las mujeres en el lugar de las “víctimas” de la dominación patriarcal y desdibujar así las múltiples resistencias encarnadas por ellas contra su subordinación. Por el contrario, su objetivo era postular compases analíticos que no redujeran las “huellas” dejadas en la historia a las “marcas” recuperadas por el saber histórico y que, discurriendo en los nexos entre la Historia de las mujeres, la Historia en general y la memoria, fructificaran en la edificación de una Historia realmente universal y no masculinamente universalizada. Para ella, esas huellas podían ser indagadas en aquellas obras, gestos, relatos que “pueden dar forma a la memoria inconfesable que pasa a través de la malla del conocer” (Collin, 1995: 169).

La preocupación de la filósofa francesa remite al campo de conflictos y tensiones que atraviesa el vínculo entre Historia y memoria y que, a pesar de las variadas

⁹⁸ Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

elaboraciones abocadas a él, no ha dejado de reactualizar debates de manera casi constante, principalmente en las últimas décadas⁹⁹.

Los tópicos de tales discusiones abrevan, en general, en precisar los límites y contenidos que distinguen a la constitución del saber disciplinar y aquellos que hacen a la construcción social del recuerdo. En tal ecuación, suele afirmarse que la Historia da cuenta de procesos y acontecimientos que la memoria no necesariamente retiene, que está sometida a una necesidad de prueba y verificación de la que la memoria carece, que está también sujeta a un deber o fondo de verdad – sin desconocer por ello los límites y las recaudos que tal concepto despierta–, que la memoria no está obligada a seguir –más preocupada por una reconstrucción verosímil que real de lo sucedido– y que la memoria es más proclive a ser manipulada por los grupos en situación de poder que la Historia (Le Goff, 1988).

Cuando la memoria remite a la fuente oral, a los testimonios de quienes formaron o forman parte del proceso histórico que se pretende investigar, las relaciones parecieran tensarse aún más puesto que la práctica del acto de recordar (Portelli, 1991; Baillargeon, 1993), práctica que también incluye el acto de olvidar (Todorov, 2000), puede ser percibida como escasamente fiable, acechada siempre por el presente de quien recuerda, por el paso del tiempo entre el suceso y su rememoración, por su sujeción al inconsciente y, por tanto, a la pérdida del recuerdo, a su deformación –voluntaria o involuntaria–, al silencio o al ocultamiento.

Ciertamente, la memoria y la Historia no son asimilables entre sí. Mas en la práctica, la relación entre una y otra escapa a una dicotomía tan rígida o tan escasamente permeable a laxitudes y dialécticas¹⁰⁰. De hecho, y sin desconocer por ello las distancias

⁹⁹ Es preciso aclarar que tanto la memoria como su relación con la Historia ha sido también un problema histórico en el sentido de que no se ha planteado siempre, sino fundamentalmente y en la historiografía occidental –sobre todo en la europea–, desde comienzos de la década de 1970. Vigorizado con las investigaciones en torno a los reiterados genocidios que tuvieron y tienen lugar en distintos puntos del planeta, en el caso de la historiografía argentina así como de otras sociedades latinoamericanas, las implicancias de este vínculo y sus clivajes han estado enmarcados en el interés por investigar el pasado reciente, interés manifiesto durante la denominada transición democrática y que cobró mayor vigor durante la década de 1990.

¹⁰⁰ Son muchos los y las historiadoras que encuadran esta relación, de todas formas, en términos de antagonismo. Ello no ha sido ajeno a la obra de Pierre Nora (1984-1992) quien ha definido a la memoria como instrumentalización del pasado en el presente, que centra su atención en los usos políticos de la misma. En ese sentido, y según este autor, a diferencia de la Historia que es una narración distanciada y crítica del pasado, que pretende elaborar conocimiento sobre él, la memoria es una narración mítica vinculada al poder y a la identidad que se quiere imponer en una sociedad. En la historiografía argentina no han faltado razonamientos similares, tendientes a enfatizar que la memoria es un acto voluntario, que exalta lo que la Historia matiza, dedicada a juzgar, condenar y exculpar cuando la Historia interpreta, y que esquematiza cuando la Historia comprende. Para un análisis crítico de esta postura, ver Andújar et al. (2009).

entre ambas, es factible señalar que si la memoria es selectiva y propensa a la manipulación, el estudio del pasado por parte del historiador o la historiadora no es autónomo de sus intereses y de las estructuras sociales, ideológicas y políticas en las que vive y trabaja (Le Goff, 1988). Ello implica una selección que también se encuentra terciada por el presente, ya que quien investiga el pasado escoge, labra y organiza los vestigios de este a partir de interrogantes y de perspectivas de su tiempo actual (Fahmy-Eid, 1997). Pero, además, el saber disciplinar imprime su huella en la memoria, que reconfigura sentidos y acontecimientos según diversas interpretaciones, fortalece o ignora hechos, grupos y sectores sociales, mediatiza inevitablemente el diálogo entre la memoria del tiempo pretérito y la memoria del presente (Fahmy-Eid, 1997: 22). En esa dirección puede señalarse que tanto la Historia como la memoria son terrenos de disputa, puesto que así como no existe una única manera de recordar el pasado tampoco existe una única manera de interpretarlo. Y esas disputas se influyen entre sí, tal como evidencia la Historia de las mujeres¹⁰¹. En efecto, si los paradigmas androcéntricos en los que se sustentó el saber histórico ocluyeron las agencias femeninas al considerar que, confinadas a la denominada esfera privada, su impacto en el devenir social era insignificante, la contienda contra ellos lanzada por los movimientos feministas exigió rastrear otras memorias, no ausentes sino ausentadas, para despojar a las mujeres esta vez del olvido de la Historia. No fue casual en eso, como lo han señalado diversas historiadoras feministas, la contemporaneidad existente entre desarrollo de la Historia de las mujeres y de la historia oral (Fahmy-Eid, 1997; Baillargeon, 1993), pues esta convirtió a los recuerdos y dichos de las “gentes ordinarias” en fuente para el quehacer disciplinar. Y entre las memorias de esas gentes, la Historia de las mujeres pudo hallar un anclaje disruptivo al evidenciar que la Historia es sexuada y que las fuentes en las que se nutre, tales como la memoria en sus diversas tipificaciones¹⁰², también lo son, puesto que una y otras son edificadas, transmitidas y experimentadas por sujetos sexuados.

Empero, esta evidencia no se explica a sí misma en su mero enunciado, razón por la cual me interesa detenerme justamente en explorar cómo la memoria se encuentra

¹⁰¹ Aunque no sólo en ella, pues análogas observaciones pueden realizarse para la historia de los sectores subalternos en distintos momentos. Ver Thompson Paul (1978), Bertaux-Wiame (1985), Joutard (1986), Passerini (1991), Portelli (1991), Baillargeon (1993), Bertaux (1993a; 1993b), Ferrarotti (1993), Fahmy-Eid (1997), Camarena y Neçoechea Gracia (2006) y Viano (2008).

¹⁰² Me refiero a los tipos de memoria clasificables según quién recuerda y los distintos registros en que se inscribe la práctica del recuerdo —tales como las memorias individuales, comunes, colectivas, institucionales, de clase, etcétera—.

atravesada de manera estructurante por la construcción social de la diferencia sexual y las relaciones de poder articuladas en torno a ella.

Como sostuve en las páginas iniciales de este capítulo, asumo que la memoria, lejos de constituirse como una reproducción exacta y fija de la realidad social pasada, es un proceso activo de construcción social de identidades colectivas e individuales (Portelli, 1991), que implica una mediación simbólica y una elaboración de sentido sobre las acciones y acontecimientos vividos en el pasado (Joutard: 1986). De tal manera, la memoria es un “agente” creador de significados, una forma de generar sentido y de armar la trama de la experiencia vital. Pero, además, lo que en ella queda registrado es un producto tanto individual como social, en la medida en que una persona interactúa permanentemente y se construye como sujeto en relación con otros/as. Es entonces el entramado social en el cual surge y se desarrolla determinada subjetividad lo que imprime su sello en los recuerdos. Así, si la memoria sobre el pasado nunca es el pasado, sino la traza erigida del pasado en el presente, su construcción involucra tanto el “marco social” en el cual todo sujeto se encuentra inserto (Halbwachs, 1994) como el presente de quien recuerda. Dicho de otro modo: el cómo y el qué se recuerda de una época no depende solamente de la etapa recordada o del impacto que la misma tuvo en la vida de una persona. No es la impresión “pura” de las cosas tal y como sucedieron la que permanece impresa en la memoria. Por un lado, los recuerdos de la realidad pasada se encuentran mediados por los espacios de pertenencia política, social, etc., en los que las personas viven, espacios que se encuentran sujetos a contradicciones, disputas y cambios. Por el otro, la legitimación de la vida presente es esencial a la memoria, ya que el individuo o grupo social reconstruye al mismo tiempo su pasado como justificación y explicación de su agencia en la actualidad. Así, la memoria es la resultante de un proceso intersubjetivo anclado en relaciones sociales conflictivas determinadas por un contexto histórico y social. Pasado y presente se restituyen mutuamente asignando significados a las experiencias vividas, significados atravesados por el entramado social en el cual surgen, se alimentan y desenvuelven las subjetividades en juego.

Este proceso, asimismo, implica al olvido, acto atravesado también por la selectividad –consciente e/o inconsciente– en cuanto que es imposible recordar todo en todo momento. El olvido, entonces, consiste en la destrucción de ciertos elementos pretéritos que puede originarse tanto en la carencia de interés o significación para el grupo social de pertenencia o la persona que recuerda sobre determinados hechos pasados, como en la ausencia de la transmisión de la generación poseedora del pasado –o

de la voluntad de hacerlo, como señala Yerushalmi (2006) para el caso del olvido colectivo—, la negativa de la Historia a elaborar interrogantes sobre algunos temas o problemáticas o, de acuerdo con Luisa Passerini, la autocensura colectiva generada por las cicatrices dejadas por la experiencia pretérita. Por ello, y haciendo referencia al período fascista en Italia, esta autora introduce el concepto de “silencio” colectivo, el cual es provocado por los efectos que ejercen los cambios de la cultura social y política sobre las personas (Passerini, 1991).

De tal manera, el olvido no es una falla de la memoria sino, más bien, un proceso activo que puede nutrirse de varias fuentes y que debe ser sometido al análisis histórico de igual modo que el recuerdo. Pero, además, no es fijo, estático o inmutable. En efecto, los alcances o límites de qué es lo que se olvida son difíciles de establecer, ya que, por ejemplo, la inducción al recuerdo de un/a testigo realizada por quien investiga un proceso histórico, puede provocar la irrupción de rememoraciones de acontecimientos que se creían perdidos o que no habían sido evocados hasta ese momento. Asimismo, la necesidad sentida por un grupo social de volcar la experiencia vivida frente a una situación dada, también puede actuar como instigador de recuerdos cuya existencia se “desconocía”¹⁰³.

En síntesis, aquello que se evoca o se silencia, lo que se recuerda y se olvida, los significados que se atribuyen al pasado, se hallan limitados por un marco social presente, por las posiciones diferenciadas que los sujetos ocupan en la organización social de que se trate, y por los conceptos, nociones y juicios de valor que, no sin pugna, se imponen en cada época histórica.

Es aquí donde se vuelve posible reflexionar sobre las intersecciones entre género y memoria, pues en la medida en que mujeres y varones experimentan su vida a partir de una matriz simbólica, normativa, institucional e identitaria que prescribe ámbitos sociales de pertenencia, actuación e incumbencia distintivas con base en la construcción social de la diferencia sexual, sus recuerdos y olvidos se edifican atravesados por ella¹⁰⁴. Así, por

¹⁰³ En alusión a ello, es interesante la noción de Paul Ricoeur sobre el olvido de conservación en reserva, que es más bien un recuerdo latente, para distinguirlo de aquel en el que se borra todo rastro de lo vivido (Ricoeur, 2003). Por su parte, es necesario también establecer la distinción entre olvido y equivocación, y entre olvido y ocultamiento. Para el primer caso, basta recordar el célebre trabajo de Alessandro Portelli (1989) sobre la fecha en que los obreros italianos asignaron a la muerte de Luigi Trastulli. La confusión (en sentido de equivocación) sobre esa fecha tuvo mucho que decir sobre ese proceso de recuerdo. Respecto del segundo punto, Luisa Passerini (1991) ha sido también iluminadora al sostener que en el ocultamiento existe la voluntad de esconder la comunicación de una experiencia que no ha sido olvidada.

¹⁰⁴ Algunas consideraciones similares han sido planteadas por Birulés (1995) y Passerini et al. (1996), y retomadas por Jelin (2001) y Viano (2008), entre otras/os.

ejemplo, cuando las mujeres rememoraban cómo se habían involucrado en la pueblada de Cutral Co y Plaza Huinul de junio de 1996, la datación de ese acontecimiento se vinculaba con otros hitos estrictamente situados en su vida familiar. Sara, la ex ypefeana de Plaza Huinul, por ejemplo, recordaba la fecha en que la gendarmería había llegado a las comarcas petroleras en 1996 para obligar a la población a levantar el corte de rutas, porque ese día había nacido su nieto. Arcelia, la esposa de un ex ypefeano, comenzaba su relato sobre la represión que provocó la muerte de Teresa Rodríguez durante el corte de rutas en la misma zona en 1997 con la enfermedad de su marido. En cambio, para Rodolfo Peralta, un ex ypefeano integrante de una organización piquetera salteña, el recuerdo sobre los orígenes de su participación en el corte de ruta de mayo de 1997 se asentaba mucho más en una secuencia fáctica ligada al devenir público-político: la rememoración y valoración del Cutralcazo de 1996 como una forma de enfrentamiento exitosa en el pasado inmediato, su participación personal en una asamblea en Tartagal pocos días antes de que se iniciara el corte de ruta en mayo de 1997 y su experiencia como delegado de un sector de YPF, entre otros factores¹⁰⁵.

La organización del relato de lo registrado también es importante para estas consideraciones, ya que el acceso a la memoria de toda persona está siempre tamizado por la comunicación de la experiencia. En esa dirección, la forma en que mujeres y varones configuran la narrativa del pasado está también genéricamente mediada¹⁰⁶. Por ejemplo, Stella Maris, empleada doméstica cutralquense, que participó en la pueblada de 1996, sostenía:

Yo fui a ver... Yo siempre digo que me daba cuenta de que la situación ya no daba para más. La gente estaba desesperada por estar implorando un remedio o estar pidiendo fiado y que nadie te fie nada. Entonces digo, bueno voy a ir a ver qué pasó, qué pasa, a ver quiénes son los que están. Y así empecé [...] Y allí no hubo ni religión, ni nada, porque estaban todos juntos, estábamos todos iguales (Entrevista de la autora a Stella Maris, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003).

Su exposición se enmarcaba, entonces, anudando los sucesos políticos, la historia general con su propia biografía, anclando las referencias en preocupaciones que hacen a la vida cotidiana de las mujeres y, desde allí, enlazando su historia personal con la de la comunidad. Como señalan Baillargeon (1993) y Ramos Flores (1995), entre otras, ello no

¹⁰⁵ Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004.

¹⁰⁶ Respecto de este tema, ver Jelin (2001).

quiere decir que las mujeres encadenen siempre sus recuerdos y sus relatos a la cotidianidad devenida de su lugar de guardianas de la reproducción de la comunidad y que los varones obvien esas referencias. De hecho, como sostiene Bertaux-Wiame (1985), una afirmación tan taxativa exigiría realizar entrevistas a unas y otros basadas en cuestionarios similares y centradas exclusivamente sobre lo cotidiano-familiar. Mas en el relato espontáneo, y al menos en lo que hace a estos conflictos, en los varones eran muchos menos usuales las referencias a sus sentimientos y sus acciones en este aspecto de sus vidas. Por ejemplo, sólo luego de formular la pregunta varias veces en distintas oportunidades de la entrevista, Raúl González, un ex trabajador ypefeano, nacido en General Mosconi, comenzó a deslizar que en su vida personal, amén de haberse quedado sin trabajo y la pérdida de bienes materiales que ello implicó, terminó separándose de su mujer¹⁰⁷. Para las mujeres, como en el caso de Estela o Sara, detenerse en las referencias a las separaciones, divorcios, violencias familiares o en detallar los sentimientos de frustración y tristeza que les provocaba lo sucedido a partir de la desocupación masiva provocada por la privatización de YPF, era mucho más “natural”.

De lo anterior se desprende una segunda instancia en que se vertebra la edificación de la memoria y que se vincula con que la misma es relacional, puesto que, al construirse en la interacción de los sujetos cotidianamente, los recuerdos y olvidos de mujeres y varones se encuentran mutuamente influidos. Sin embargo, esa relación encierra asimetría ya que se asienta en un desigual acceso al poder, en una asignación de jerarquías valorativas sobre lo que unos y otras realizan, sobre los espacios sociales en los que desarrollan sus vidas y sobre la importancia concedida a la incidencia de sus actos en el devenir histórico. Un ejemplo de esto puede encontrarse retomando los recuerdos de Inés y de Arcelia con los que comencé esta sección y contrastarlos con los de Pedro, un ex ypefeano de Cutral Co para quien “las mujeres estaban en el piquete y gracias a ellas comíamos. Se encargaban de cocinar, de hacer algo calentito porque el frío que hacía era terrible”¹⁰⁸. Para él, entonces, las mujeres hacían en la ruta lo que usualmente hacían en sus casas. Pero no recordaba, por ejemplo, que fue justamente una mujer, Laura Padilla, quien firmó el acta acuerdo en representación de las comunidades neuquinas con el gobernador Sapag, lo que puso fin al primer conflicto. Para Laura, en cambio, el recuerdo de su propio protagonismo estaba pleno de detalles que la involucraban a ella y a los varones, no en términos de convivencia servicial sino de tensiones que llegaban incluso a

¹⁰⁷ Entrevista de la autora a Raúl González, General Mosconi, 19 de junio de 2004.

¹⁰⁸ Entrevista de la autora a Pedro, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

la confrontación abierta. Así, rememorando su presencia en esas jornadas de lucha, Laura relataba que quienes estaban con ella en el piquete, le habían propuesto representarlos/as en las asambleas que se realizaban en la torre de YPF, epicentro de la pueblada neuquina. Suponían que, siendo maestra, sería más hábil en el ejercicio de la palabra. En una de las primeras reuniones ella debía informar que su piquete se mantendría pese a cualquier obstáculo. Pero al llegar a la asamblea, se encontró con que “había 5 mil personas y vi tipos adinerados ahí [...]. Estos tenían discursos así escritos [...] Cuando yo veo semejante historia me volví a mi piquete”¹⁰⁹. A su regreso, un muchacho cuestionó su actitud diciendo que “las mujeres sólo gritan en la cocina y que había sido una equivocación enviar a una mina a que los represente”, según relataba Laura. Ofuscada, decidió demostrarle que las mujeres no sólo gritaban en la cocina. Recorrió todos los piquetes armando una reunión con todos/as los/as representantes para el día siguiente. Fue, por tanto, una acusación en la que se subrayaba su “condición de mujer” la que la animó a abandonar la mudez y a poner en práctica sus ideas organizativas, cobrando visibilidad y la paulatina confianza y respeto de quienes estaban en la protesta.

Sin embargo, la apreciación de Pedro sobre el rol de las mujeres no era “irreal”, puesto que ellas también pusieron en escena durante los cortes de ruta las experiencias fundadas en la asignación de roles de cuidadoras de la comunidad: cocinaron para todos, acercaron abrigos o dieron palabras de aliento. Y justamente esas experiencias permitieron evitar conflictos internos y cohesionar al grupo. Laura, por ejemplo, en su piquete dinamizó la formación de subpiquetes entre los que se contaban el de los jóvenes y el de los borrachos. A uno y otro les acercaba comida o bebida, según las necesidades, a cambio de la garantía del cuidado y la permanencia de esa barricada. Ella comentaba que “si ustedes me dicen cuál fue mi función [...], cuando la gente se ponía violenta, era esto de ir a abrazarlos, a acariciarlos, a darles un beso, a tranquilizarlos, eso era lo que yo hacía”¹¹⁰. De esta forma, este desplazamiento de los lazos afectivos hacia la acción política fortalecía tal acción, solidificando la continuidad de los piquetes.

Por otro lado, es preciso considerar que si la construcción de la memoria siempre está situada en relación a cómo varones y mujeres vivencian la relación genérica y las normativas que se formulan respecto a lo masculino y lo femenino, estas normativas son históricamente cambiantes, y ello depende, en buena medida, de la aceptación y/o el rechazo que los sujetos tengan de las mismas y las “formas” en que las experimentan. Un

¹⁰⁹ Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

¹¹⁰ *Ibidem*.

ejemplo de esto puede hallarse en las particularidades que el significado que para las mujeres y los varones de General Mosconi tuvo la llegada de las Madres de Plaza de Mayo a esa localidad en junio de 2001 y con la que enmarqué el comienzo de este capítulo. Los relatos de unas y otros coincidían en señalar que la presencia de las Madres de Plaza de Mayo “delante de las vías del tren, agarrándose entre ellas y con nosotros del brazo”¹¹¹, significó el retiro automático de la gendarmería. Víctor, un joven salteño desocupado, relataba que “cuando las vieron, no se les animaron y ahí, en cuanto supimos que ellas estaban, salimos de abajo de la cama de una vecina que nos tenía escondidos y nos fuimos otra vez a la ruta”¹¹². Así, la presencia de las Madres de Plaza de Mayo en ese acontecimiento las instituyó en la memoria de quienes lo vivieron y fortaleció, asimismo, su capacidad de resistencia ante la represión que se cernía sobre ellas/os. Pero para las mujeres tuvo un plus vinculado a la generación de debates respecto de su rol familiar, social y político, de las propias prácticas políticas y las de los varones dentro de la UTD y de la manera en que ellas valoraban sus experiencias vitales. A partir de ese momento, ellas comenzaron a pensar en organizarse como grupo de mujeres autónomo para tratar, por ejemplo, los problemas de la violencia familiar a la que mayoritariamente están expuestas.

Pero, a su vez, se debe considerar que mujeres y varones no constituyen sujetos homogéneos. Las diferencias de clase y étnicas, las trayectorias individuales, entre otras diversidades, también deben ser puestas en escena al momento de analizar las fuentes que atraviesan la construcción del recuerdo y su relato al interior de cada género. (Piscitelli, 1993; Ramos Flores, 1995). Laura Padilla concluía lo siguiente:

La pueblada en mi vida de mujer es como un reconocimiento [...] a una vida de mucho sufrimiento que se animó a hacer algo [...] porque si vos me decís, ¿cuáles son tus grandes orgullos?, uno es esto de ser piquetera y el otro es lo que me he animado a hacer en la pueblada (Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003).

Laura sintetizaba en “esto de ser una piquetera” su situación en cuanto desocupada, madre de tres hijos y jefa de hogar, asignando también a ello una valoración positiva en tanto pudo trocar allí la aceptación/resignación ante las desigualdades y opresiones existentes en enfrentamiento y rebeldía.

¹¹¹ Con otras palabras, esta idea fue transmitida por diversas personas como Mónica, Liliana, Mario Reartes y Rodolfo Pereyra, estos dos últimos ex ypefeanos.

¹¹² Entrevista de la autora a Víctor, General Mosconi, 19 de junio de 2004.

La reflexión sobre cómo se entrecruzan Historia y memoria guiada por asumir a la segunda como fuente de la construcción disciplinar, no debería omitir la importancia concedida al reconocimiento de su propia voz y de su propia agencia por parte de mujeres como Bety León, Laura Padilla, Arcelia, Sara, Estela, Stella Maris, Ica, Inés, Nené o Susana. Menos aún cuando se pretende trazar las huellas de estos procesos de lucha y resistencia colectiva y de cómo los mismos han impactado en quienes los protagonizaron. Tampoco puede ser excluida si se desea tornar inteligible las múltiples cotidaneidades que se entrecruzan en un determinado momento histórico y que revelan los puntos de fuga o las fisuras en las cuales los individuos dejan de ser tales para convertirse en colectivos sociales dispuestos a resistir y a enfrentar las condiciones del orden vigente. En ese sentido, lo que postulo aquí es que la memoria no es una entelequia sin género en cuanto que ningún recuerdo tiene existencia por fuera de las relaciones sociales en las que se construye y emerge. Por el contrario, ningún pasado o rememoración, se trate de varones o de mujeres, obreros/as, desocupados/as, etc., queda excluido de las desigualdades trazadas por las relaciones de género. Asimismo, considero que tales desigualdades se edifican y corporizan en cada momento histórico de forma específica, a la par que inciden en la memoria del pasado y en la valoración que los y las protagonistas de ese pasado realizan de sus propias acciones. Pero también inciden en cómo desde el relato disciplinar se reconstruyen los acontecimientos pretéritos, puesto que “si la ciencia o el conocimiento académico opera desde el masculino, selecciona y deshecha, valora y desprecia en consonancia con su propia generificación” (Trebisacce, 2009: 6).

3. ENLAZANDO DESENLACES

A lo largo de este capítulo he puesto de relieve los vínculos estructurantes entre Historia, memoria y género para revelar, por un lado, una genealogía de experiencias que precedieron a la emergencia de las mujeres piqueteras como colectivo político, que procura hallar, a partir de las evocaciones de estas últimas, los insumos que de esas trayectorias pretéritas potenciaron su inscripción colectiva en el escenario público-político.

En ese sentido, las historias de las Madres de Plaza de Mayo y de las feministas fueron puestas en escena por mi relato para recuperar las huellas –más que las marcas– sobre las que las mujeres neuquinas y salteñas asentaron sus pasos que intentaron poner límite a las virulentas consecuencias de modelo neoliberal. Así, el enfrentamiento con el

Estado retomando en ello la politización de la maternidad que las Madres habían instrumentado, fue un recurso vital que potenció la capacidad de dar batalla en esas mujeres que, en su rol de garantes de la supervivencia de sus hijos y, con ello, de su comunidad, ocuparon las rutas, y recuperaron singularmente un hacerse oír que las “locas de la Plaza” habían enarbolado con fuerza esa tarde de abril de 1977. Fue el cruce y la resignificación de esa experiencia la que no sólo las hizo receptivas a la llegada de las Madres en junio de 2001 sino la que también condujo a esas Madres hasta allí. De ese modo provocaron un encuentro que, aunque inesperado, reverberó en nuevas prácticas y noveles horizontes para esas mujeres salteñas, tales como los implicados en intentar armar una organización femenina autónoma para enfrentar las desigualdades en las que se veían subsumidas.

Pero si esas desigualdades cobraron nombre y entidad, y en ello se hicieron visiblemente in-naturales, fue porque el movimiento feminista, fragmentado y débil casi siempre, pero insosegable, también casi siempre, para cuestionar la opresión femenina, colocó a la mujer como una “cuestión”, pugnando contra los imaginarios sociales y políticos que engarzaban sus incomodidades, malestares y tensiones a problemas personales y, con ello, supuestamente apolíticos.

Por otro lado, en ese nexo estructurante que postulo, colocar mi voz interpretativa en primera persona portó *ex profeso* la intención de señalar cómo, haciendo uso de la historia oral pero ponderando las construcciones de género que atraviesan no sólo a quien protagoniza un proceso histórico sino también a quien intenta interpretarlo desde el saber disciplinar, se abren nuevas puertas para observar la relación entre los sujetos, sus aspiraciones, sus intencionalidades, las motivaciones que los llevan a actuar en ocasiones y, también, a no hacerlo en otras.

Las mujeres piqueteras no estuvieron ausentes de los conflictos de las comarcas petroleras. Sin embargo, tampoco estuvieron presentes irrumpiendo desde una suerte de nada pasada. Por el contrario, en la cooperativa escolar, en los mercados, en la vereda o en las filas para procurar agua, ellas tejieron sus redes, tallaron lecturas políticas de la realidad que las circundaba, se quejaron e intentaron hallar soluciones. Pero también aprendieron. Aprendieron a ocupar rutas y sedes gubernamentales, a negociar con los poderes locales y a organizarse para ello. Aprendieron a ganar espacios sindicales, tan reactivos en ocasiones a sus presencias, y a portar pancartas para frenar el paso del tren en señal de protesta o armar listas antiburocráticas que ayudaran a mejorar la condición de trabajadoras. Ellas no olvidaron esos saberes para echar a andar las movilizaciones

sociales que se volverían pobladas. Yo tampoco quise olvidarlos a la hora de involucrarme en esta narrativa que hace de la memoria su fuente y del género su pregunta y que continuará desplegando las innovaciones de los encuentros entre las distintas trayectorias aquí planteadas en los capítulos que siguen.

CAPÍTULO 2

DE LA “REVOLUCIÓN PRODUCTIVA” A “NOS HA DEJADO EN LA RUINA”:

LOS AÑOS DE MENEM

Marina nació en Catamarca en 1924. Su infancia y su adolescencia, compartidas con seis hermanos, transcurrieron en el “campo”, pues su madre y su padre, que “nunca tuvo un trabajo nacional”, poseían una pequeña chacra en la que alternaban la “cosecha de papa y maíz” con la cría de animales¹¹³.

Para ella, “trabajo nacional” tenía un significado unívoco: haberse desempeñado en YPF. Tal equivalencia no era fortuita, pues desde muy joven su destino se había enlazado con la empresa petrolera. Había llegado en 1949 a General Mosconi, que por esos tiempos “era todo monte, los caminitos así de chiquitos, nada de la ciudad que es ahora”, según evocaba encimando las palmas de sus manos para graficar la estrechez de las calles que atravesaban la localidad salteña y de los senderos que la unían con las vecinas Tartagal y Campamento Vespucio. Tenía 25 años de edad, un esposo, una hija pequeña, un hijo recién nacido y la experiencia de haber pasado un año “cosechando la caña en el Ingenio Ledesma”, en la provincia de Jujuy.

Las duras condiciones de trabajo y el escaso salario que ambos ganaban allí fueron las razones que llevaron a Marina y a su esposo a probar suerte en Salta no bien supieron que el hermano de este, que “trabajaba en el hospital de YPF” en Campamento Vespucio, había hablado con uno de los supervisores de la empresa “y le consiguió un trabajo para mi marido”. Luego de unos meses fue efectivizado en el sector de administración de YPF como “ordenanza, servía café. Iba con traje. Trabajaba en la oficina y servía a los jefes y tenía que ir pituco”¹¹⁴. Ella recuerda que aunque el salario “era modesto, pudimos empezar a ahorrar algo”. En pocos años consiguieron comprar un terreno cercano al centro de General Mosconi y levantar una casa amplia en la que criaron a tres hijas y cuatro hijos sin demasiados sobresaltos. Marina, por ejemplo, no debió preocuparse por la educación formal de ellas/os, pues pudo mandarlas/os a todas/os a la escuela pública local en la que concluyeron el ciclo primario y el secundario. Tampoco la inquietaba la atención de la salud de su familia porque “usted tenía asistencia [...] y si se enfermaba alguno, venía el médico de YPF. Daba la receta y retirábamos los

¹¹³ Entrevista de la autora a Marina, General Mosconi, 12 de junio de 2004.

¹¹⁴ *Ibidem*.

remedios, ni un centavo pagábamos”¹¹⁵. Menos aún fue un problema qué hacer durante las vacaciones: a pesar de que eran muchos, cada diciembre Marina podía armar las valijas, cerrar la puerta de su casa y viajar con todos/as a visitar a sus padres a Catamarca, dado que YPF les proveía los pasajes de ómnibus y de tren que precisaban¹¹⁶. Ya crecidos, además, tres de sus hijos también ingresaron a trabajar en la petrolera estatal –salvo “uno que estudió para maestro”, comentaba orgullosa– en tanto que dos de sus hijas se casaron con ypefeanos.

Las referencias a ese pasado tan vertebrado en torno a la existencia de YPF demostraban una mezcla de congoja y de enojo cuando aludía a su vida y a la de su comunidad en la actualidad:

Ahora hay que tener plata, tiene que morirse uno si no tiene plata... Por eso le tengo bronca a ese viejo Menem, ese que nos ha dejado en la ruina. El vendió todo. Ahora estamos llenos de yanquis, ellos son los dueños de las tierras. ¡Antes había todo en abundancia! (Entrevista de la autora a Marina, General Mosconi, 12 de junio de 2004).

El “ahora” de Marina cobraba un sentido colmado de pérdidas ubicables en distintos planos de esa vida individual y colectiva, pero enlazados en sus causas. Uno, más cercano y asible, era remitido a una existencia cotidiana donde la muerte por falta de alimentos o de asistencia médica se había vuelto un destino casi obligado. El otro refería a la desnacionalización de las tierras y, con ello, de los recursos hidrocarburíferos que esas tierras poseían. Había sido su venta y quien la efectuó, “ese viejo Menem”, lo que los había llevado a la ruina. Por eso, la actualidad del “ahora” de Marina excedía la inmediatez del tiempo presente en que transcurría su narración para situarse en los noventa, en la era de las privatizaciones. Este capítulo desentraña ese momento de ruptura significado por Marina, es decir, el proceso de privatización de YPF. Pero también ubica la mirada más atrás para comprender los alcances de ese pasado de “abundancia” que atravesó la vida de los y las trabajadoras de la petrolera estatal y de sus comunidades. Así, al indagar las aristas del contraste entre ese “ahora” y ese “antes” referidos por Marina, es posible explorar en qué medida y de qué manera, durante la segunda mitad del

¹¹⁵ *Ibidem*.

¹¹⁶ Marina comentaba que las vacaciones siempre las tomaban en esas fechas para poder pasar las fiestas navideñas y de fin de año en casa de sus padres. Por otro lado, aún cuando los obreros ypefeanos contaban con derechos sociales más amplios desde tiempos anteriores al ascenso del primer gobierno peronista, fue durante este período cuando las vacaciones pagas se volvieron una realidad extendida (James, 1990; Doyon, 2006).

siglo XX, las relaciones sociales que se gestaron al calor de la presencia de la petrolera estatal incidieron en la masiva participación de las mujeres en los conflictos abordados en esta tesis¹¹⁷.

La forma en que esa privatización impactó en el devenir de las comunidades neuquinas y salteñas fue desigual. Tal desigualdad no estuvo emparentada solamente con los divergentes alcances que en cada espacio regional tuvo la edificación del “mundo ypefeano” y, en consecuencia, con los niveles de desestructuración social que trajo aparejada su desaparición¹¹⁸. También guardó diferencias relacionadas con los modos en que la presencia de la petrolera estatal permeó las tramas de las experiencias vitales de mujeres y varones, y particularmente con los significados que unas y otros asignaron a esa presencia.

Con este propósito analítico, la primera parte de este capítulo se enfoca en la consolidación del modelo neoliberal bajo los dos presidencias consecutivas de Carlos Saúl Menem (1989-1995 y 1995-1999). Centra su atención en el proceso de reforma del Estado encarado a partir de las semanas iniciales de su primer mandato y cuya herramienta jurídica, la Ley 23696, proporcionó al Poder Ejecutivo Nacional (PEN) el marco legal para efectuar el traspaso de las empresas de bienes y servicios estatales a manos privadas. El énfasis estará puesto en la venta de YPF, que subraya la importancia que la política privatista adquirió en la consolidación del dominio de los sectores del capital local y extranjero altamente concentrado¹¹⁹.

¹¹⁷ El motivo de esta elección temporal, que introduce una modificación al período que abarca esta tesis, radica en su concordancia con el lapso vital de las mujeres y los varones entrevistados, pues se trata de personas cuya juventud y/o etapa adulta se han desarrollado desde 1950 en adelante.

¹¹⁸ Algunos enfoques han sobredimensionado el rol de la empresa estatal en el desarrollo de las comunidades petroleras salteñas, y postularon que conformó un Estado dentro del Estado (Svampa y Pereyra, 2003) o que generó una suerte de Estado de Bienestar en esas localidades (Barbetta y Lapegna, 2001; Schaumberg, 2004). Comparto las críticas que en su tesis doctoral el historiador José Benclowicz realiza a estas miradas y algunas de sus puntualizaciones sobre los límites de los beneficios que proporcionaba esa empresa para la totalidad de la población local (Benclowicz, 2009b). Ciertamente, su influjo fue profundo, si se toman en cuenta, por ejemplo, ciertos datos como los vertidos en el Informe de la Secretaría de Empleo del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social y citados por Barbetta y Lapegna (2001), los cuales consignan que de cada trabajo directo en la actividad petrolera se generaban 13 puestos indirectos. Más ello no alcanza para encuadrar el devenir de las comunidades salteñas como el producto de un Estado benefactor –cuestión que, asimismo, Benclowicz (2009b) me atribuye erróneamente en su estudio sobre los avances historiográficos dedicados a esta problemática–. Tampoco induce a desechar, de todos modos, la particularidad del desarrollo social que se articuló en torno a YPF y, por lo tanto, las especificidades de ese “mundo ypefeano” que, como desarrollaré en este capítulo, tuvo significados dispares para las mujeres y los varones de los sectores subalternos que formaron parte de él.

¹¹⁹ Ello no significa desconocer, por otra parte, que esta consolidación se asentó sobre un vasto conjunto de medidas inspiradas en las recetas de los ideólogos del Consenso de Washington, destinadas a la reducción a su mínima expresión de la intervención estatal en la economía, la liberalización de las inversiones extranjeras, la apertura comercial mediante la supresión de barreras arancelarias, la desprotección de la producción local, entre otras. Mas asume que, una vez sancionada la Ley de Reforma del Estado el 17 de

Ello conduce a revisar, asimismo, las abiertas resistencias organizadas por las clases trabajadoras frente a la imposición de este dominio que, paradójicamente, se amparó en una elevada cuota de legitimidad en las urnas. Dichas resistencias, que objetaron no solamente las iniciativas gubernamentales sino que incluso se dinamizaron a pesar y en contra de los sindicatos y centrales gremiales que adhirieron a ellas, se expresaron de diversas maneras y encarnaron en conflictos en los que no faltaron las huelgas contra las privatizaciones. Nuevamente, el foco estará puesto en las confrontaciones que emergieron en algunas regiones a mediados de septiembre de 1991 ante la inminencia del traspaso final de YPF, adentrándose también en cómo las mujeres – específicamente aquellas que habitan en las localidades salteñas donde el conflicto alcanzó una importante magnitud¹²⁰ – participaron en ellas y evaluaron su presencia.

A partir de la trama histórica articulada en esta sección, se despliega la segunda parte del capítulo, ocupada en internarse en ese “antes” en donde la abundancia, retornando al relato de Marina, teñía la rememoración de ese pasado.

Si bien se las entrecruza con otro tipo de documentos, las memorias y las narrativas femeninas constituyen la materia prima de esta parte, pues es a través de ellas como puede accederse a los rastros de una cotidianeidad marcada por la existencia de la empresa petrolera estatal. Esta existencia imprimió una estampa singular en las condiciones materiales de vida, en las relaciones sociales atravesadas por las diferencias de clase y en aquellas construidas dentro y fuera de las puertas del hogar por las mujeres y los varones de las clases trabajadoras. En ese sentido, cobra importancia aquí adentrarse en las percepciones y los sentidos sociales de un “mundo” que, hasta el momento de la privatización de YPF, las mujeres entrevistadas –no sólo salteñas sino también neuquinas

agosto de 1989 y sellada su imposición, los hacedores de la política de “ramal que para, ramal que cierra” pudieron avanzar certeramente en violentar varios derechos conquistados en materia laboral. De hecho, fue en el año 1991, con la sanción de la Ley 24013, conocida como Ley de Empleo, cuando se incorporaron modalidades “flexibles” de contratación laboral, que estipularon un plazo determinado y sin indemnización o protección en oportunidad de la extinción de dichos contratos. A ello se fueron sumando otras medidas legislativas dispuestas en el mismo sentido, tales como la incorporación de un período de prueba de tres a seis meses en los contratos a plazo indeterminado o la creación de una modalidad de contratación laboral sin protección de ningún tipo llamada “contrato de aprendizaje” (Ley 24465, sancionada en 1995), la implementación de un nuevo régimen de concursos y quiebras que incluyó a los trabajadores en la puja de acreedores en un proceso de este tipo, que los obligaba así a participar de las pérdidas de los acreedores del empleador (Ley 24522, sancionada también en 1995) o la exclusión de las enfermedades profesionales del régimen tradicional de reparación, y delegaba en el Poder Ejecutivo la creación de un listado de las únicas admitidas como tales (Ley 24557, también del año 1995). Un análisis exhaustivo de esta legislación puede consultarse en Murillo (1997; 2000), Novick (2000; 2001) y Mansueti (s/f), entre otros.

¹²⁰ La contienda acaecida en estas localidades fue largamente analizada por Benclowicz (2009b), quien, pese a la cuantiosa variedad de fuentes que utiliza en su investigación, prácticamente no da cuenta de la participación femenina en ella.

vinculadas directamente con la empresa estatal en calidad de ypefeanas o esposas de ypefeanos o ligadas de manera indirecta con ella— caracterizaron de manera similar a la aludida por Marina.

Los alcances de esa prosperidad, empero, han comenzado a ser relativizados por algunas investigaciones recientes enfocadas en la genealogía del movimiento piquetero en General Mosconi y Tartagal. Especialmente, y a partir de un rastreo de fuentes de diversa factura, la investigación doctoral de Benclowicz (2009b) ha confrontado aquellas miradas que atribuyen a YPF el desarrollo de una suerte de Estado benefactor en esas localidades, y enfatizan que, si se toma en cuenta la persistencia de los niveles de pobreza y superexplotación laboral entre los trabajadores vinculados con la producción azucarera y forestal o ajenos al circuito del empleo público y mayoritariamente de origen indígena, las ventajas atribuidas a la presencia de la petrolera habrían distado de afectar al conjunto de la población local. Ello no significa desconocer, y tampoco lo hace ese estudio, que la situación empeoró de todos modos a partir de la privatización de YPF. Para familias como las de Marina, por ejemplo, que hasta ese entonces contaban con los beneficios de una obra social, un trabajo estable, un buen salario, vacaciones o de una importante capacidad de consumo, el desmembramiento de la empresa estatal tuvo consecuencias arrasadoras. Y no sólo para las familias ypefeanas.

Es eso lo que justamente enfoques como el de Benclowicz, tan centrados en datos censales laborales o de niveles de ingreso salarial, pierden de vista. Ciertamente, el “mundo ypefeano” salteño no fue una suerte de Estado benefactor. Pero, no por ello, el impacto de su presencia fue menor. El patrocinio de escuelas de especialización técnica ligada a la explotación de hidrocarburos, de hospitales que incluso estaban equipados con recursos de alta complejidad, como el que YPF había montado en Campamento Vespucio, de clubes donde practicar deportes y de un cine al que asistir a la proyección de películas nacionales y extranjeras, fueron espacios de cuidado, socialización y diversión que también tuvieron un profundo impacto en la vida de la comunidad y que obviamente desaparecieron a partir de la privatización de la empresa estatal. Mas tales ámbitos no se miden generalmente en los censos oficiales o en los estudios estadísticos de las empresas a las que la investigación aludida remite, entre otras fuentes. O mejor dicho, estos no dan cuenta ni de tales rubros ni de su significado para la comunidad. Menos aún puede deducirse de ellos cómo la existencia de tales espacios facilitaba las tareas femeninas devenidas de la división sexual del trabajo a la par que cobijaba la satisfacción de sus preocupaciones en su rol de garantes de la reproducción de la comunidad. Esta sección se

detiene justamente en esos espacios, pues permiten develar las diversas trazas de ese “mundo ypefeano” explorando una cotidianeidad social que, además, portó improntas particulares para la vida de las mujeres que lo integraban.

A su vez, internarse en ese entramado social posibilita vislumbrar la heterogeneidad social de esas mujeres. Entre ellas había maestras, enfermeras, propietarias de pequeños comercios, ypefeanas, esposas de ypefeanos, empleadas domésticas de estas últimas; en fin, un mapa social rico y diverso, imperceptible ocasionalmente en los horizontes de los abordajes estadísticos. Por ejemplo, el casi nulo registro de las empleadas domésticas las ha vuelto invisibles en los recuentos censales, motivo por el cual su peso a la hora de medir el impacto de la presencia de la petrolera estatal ha resultado infravalorado. Es justamente en sus relatos en donde puede hallárselas y es también contrastando esas narrativas con las de las otras mujeres, las que contaban con recursos para contratarlas, lo que vuelve factible comenzar a examinar las complejas relaciones sociales y disímiles experiencias que cobraron carnadura en ese “mundo ypefeano”.

Por todo ello, esta sección se propone reconstruir la historia de las comunidades de Plaza Huincul y Cutral Co, por un lado, y de General Mosconi y Tartagal, por el otro, explorando cómo la presencia de la petrolera estatal atravesó diferencialmente las experiencias de las mujeres y los varones que allí habitaban. Pero adentrarse en esa historia es aquí reconstruir también una cotidianeidad en la cual las diferencias de clase en esas mujeres y en esos varones, y las tensiones y conflictos que emergieron en el interior de tal “mundo”, tienen un lugar.

Por último, porta la intención de indagar cómo el divergente impacto de YPF en la vida de las mujeres y los varones dinamizó el protagonismo de aquellas en las luchas que tuvieron lugar en esas comunidades durante la segunda mitad de la década de 1990. Ello no supone soslayar que el influjo de los beneficios de la existencia de esa compañía para la población fue menor en las comarcas salteñas que en las neuquinas. Pero sí implica dimensionarlos a la luz de las similitudes en los significados que las mujeres de una y otra región atribuyeron a las relaciones gestadas al calor de la petrolera estatal, de las prácticas que ellas desplegaron en sus vidas cotidianas y de los diferenciales efectos que, en términos de género y de clase, provocó la privatización de YPF. Así, esas prácticas cotidianas y esos sentidos se enlazarán con las genealogías y trayectorias público-políticas individuales y colectivas trazadas en el capítulo anterior a fin de dar una

inteligibilidad mayor a la agencia histórica de las mujeres en las confrontaciones suscitadas contra la profundización del modelo neoliberal.

1. DEL ASCENSO DEL MENEMISMO A LA CONSOLIDACIÓN DEL NEOLIBERALISMO

El 8 de julio de 1989, Carlos Saúl Menem inauguraba las sesiones ordinarias del Congreso de la Nación. En su discurso, cargado de figuras religiosas y tonos proféticos en los que no faltaron citas remozadas de pasajes bíblicos, ruegos al “Altísimo”, alusiones a “falsos apóstoles”, presagios del “nacimiento de un nuevo tiempo” que permitiría dejar atrás al país “quebrado, desbastado, destruido, arrasado”, el nuevo jefe del PEN fue delineando las ideas que lo guiarían para sacar a la Argentina de “la más terrible de todas las crisis de la que tengamos memoria”¹²¹.

No fue necesario, para esa ocasión, abundar en demasiados datos que justificaran tal aseveración, pues aunque no toda la población supiera a ciencia cierta las razones que habían desatado la crisis¹²², el incremento de los precios en los últimos meses era de por sí elocuente de su gravedad. Para junio de ese año, la inflación había sido del 132%, la cual trepó al 209% en julio. Contabilizada desde enero de 1988, el alza de los precios había sido del 934%, mientras que el dólar había trepado un 2.426% (Novaro, 2009). Asimismo, para mayo de 1989, la desocupación y subocupación alcanzaban, respectivamente, al 8,1% y 8,8% de la población económicamente activa (Pozzi y Schneider, 1994). Los índices de pobreza tampoco se habían quedado atrás. Aunque para ese entonces no se contaba con mediciones oficiales estrictas para el total del país, algunos estudios calculan que en regiones como la del Gran Buenos Aires y el Gran Rosario, por ejemplo, alrededor del 44% de sus habitantes se encontraba viviendo en situación de pobreza (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1997).

Los saqueos a los supermercados que se iniciaron principalmente en Córdoba, Rosario y el Gran Buenos Aires el 10 de mayo de ese año y que continuaron durante dos meses enfrentando el estado de sitio decretado por el presidente Alfonsín, la represión policial y el clamor del periodista Mariano Grondona a favor de sacar los tanques a la

¹²¹ *La Nación*, 9 de julio de 1989. Entre las referencias bíblicas, una de las primeras y más notoria de su exposición fue su proclama de “Argentina, levántate y anda”, utilizada también como parte del cierre. La alusión daba lugar a una interpretación que no por obvia, dejaba de ser llamativa: el país, muerto en manos del gobierno radical, sería resucitado por el nuevo gobierno justicialista.

¹²² Entre ellas, las referidas a sabotajes y golpes de Estado financieros, como el denunciado por Jesús Rodríguez quien acusó a 30 empresas exportadoras de haber forzado la devaluación a mediados de 1988 mediante la retención de millones de dólares en el mercado cambiario. Ver Pozzi y Schneider (1994) y Novaro (2009).

calle eran una significativa reacción de los sectores sociales perjudicados por esta debacle económica. También demostraban cuán lejos habían quedado las promesas de que con la democracia era posible comer, curarse y educarse, realizadas tantas veces por Raúl Alfonsín durante su campaña electoral y en los albores de su presidencia.

En ese denso contexto, el triunfo en las adelantadas elecciones del 14 de mayo de 1989 de la fórmula Menem-Duhalde no sorprendió demasiado ni a propios ni a ajenos. Para los sectores subalternos, un “morocho como nosotros”, que recorría cada pueblo, cada ciudad y cada provincia subido a su “menemóvil”, estrechando manos y besando a todos, anunciando revolución productiva y salarizado, era una luz de esperanza: el retorno del peronismo al gobierno y, con él, de la justicia social al Ministerio de Economía. Para otros, que nunca habían dejado de pensar al peronismo como el “fenómeno maldito de la Argentina”, abría un interrogante. ¿Sería posible que Menem, que en sus discursos de campaña había bordeado asiduamente esa “demagogia” tan temida y criticada, fuera sincero cuando afirmaba ese 8 de julio ante los diputados y senadores, haber “asumido la firme convicción de convocar a hombres del más variado pensamiento nacional” para integrar su gobierno? Para esos otros, integrantes de un *establishment* que haría del Consenso de Washington su panacea y de un Estado retirado de toda intervención económica y protección social la consolidación de un fabuloso negocio, era esperanzador también que el nuevo presidente reconociera que “como justicialistas, no tendríamos perdón si continuásemos confundiendo a la República con el idioma de nuestros viejos errores”¹²³. Y aunque en principio dudaron en abrazar la “causa peronista”, intuyeron que si un gobierno justicialista, que había triunfado con el apoyo del 47% del electorado, estaba dispuesto a llevar adelante un “ajuste severo”, que comenzaría con “la reestructuración del Estado” a fin de nutrir “a esta democracia de eficacia”, entonces bien valía la pena mantener las expectativas¹²⁴. De hecho, nuevo mandatario ya había dado una señal importante en esa dirección al anunciar que su ministro de Economía sería Miguel Angel Roig, un hombre perteneciente a una de las empresas transnacionales argentinas más encumbradas, Bunge y Borg. No se equivocaban, pues en poco tiempo y en nombre de la eficacia o la eficiencia, argumento intensamente utilizado por el presidente Menem y su equipo y difundido con tenacidad por los medios de

¹²³ *La Nación*, 9 de julio de 1989.

¹²⁴ Las frases entrecomilladas pertenecen también al discurso pronunciado por el presidente Menem el 8 de julio de 1989 en la sesión inaugural del Congreso de la Nación (*La Nación*, 9 de julio de 1989).

comunicación masiva¹²⁵, se pondría en marcha una medida angular en el proceso de profundización del modelo neoliberal: la privatización de las empresas públicas.

Ciertamente, no era la menemista la primera gestión que fijaba esa meta entre sus horizontes. La disminución de la presencia estatal en la producción de bienes y servicios públicos había sido emprendida por la última dictadura militar (1976-1983) y continuada por el gobierno constitucional surgido en las elecciones de octubre de 1983. Ejemplo de esa continuidad fue la instrumentación del Plan Houston en 1985, cuyo propósito era ampliar la intervención de los capitales privados en la explotación de petróleo, suponiendo que ello permitiría, a su vez, aumentar las reservas¹²⁶. En similar sentido se orientaron los intentos del ministro de Obras y Servicios Públicos Rodolfo Terragno desde que asumió esa función en septiembre de 1987.

Además de impulsar el denominado Petroplan, que preveía la conformación de Uniones Transitorias de Empresas (UTE) entre YPF y productores privados locales para la explotación de áreas marginales, la asociación con grandes empresas para la explotación de áreas centrales y la desregulación de la industria (Gadano, 2000: 180-182)¹²⁷, el ministro buscó convertir las empresas públicas Aerolíneas Argentinas, Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTEL) y Empresas Líneas Marítimas Argentinas (ELMA) en sociedades anónimas y, de esa forma, vender a inversores privados parte de sus acciones (Novaro, 2009). Pero, tales objetivos se vieron frustrados por la resistencia de los y las trabajadoras de esas empresas así como por la oposición del Partido Justicialista (PJ), que hizo naufragar una a una estas propuestas cuando se dispuso su debate en el Poder Legislativo a fines de 1988.

¹²⁵ Dentro del equipo del Presidente, uno de los más fervientes defensores de los beneficios de las privatizaciones fue su ministro de Obras y Servicios Públicos, Roberto Dromi, quien declaraba que las mismas no significaban “desligar al Estado de sus responsabilidades ni ponerle bandera de remate al país” sino promover inversiones productivas, reducir el déficit fiscal y lograr servicios eficientes (citado en Jaitte, 2008). Los medios de comunicación popularizaron rápidamente la idea de que las empresas del Estado eran “elefantes blancos” imposibles de conducir correctamente.

¹²⁶ Este plan, impulsado por medio del Decreto 1443/85 que reglamentaba los artículos 2, 11 y 95 de la Ley 17319, facultaba a YPF a “convocar a concurso público internacional y celebrar contratos destinados a la exploración y posterior explotación de hidrocarburos” (artículo 1). Se ofertaron 165 áreas para exploración y explotación. Sin embargo, sólo se concretaron 61 contratos. Tampoco se logró revertir la disminución de las reservas. El Plan Houston fue dado por finalizado mediante el Plan Argentina, emergido de la Resolución del PEN 38/91, que estableció nuevas pautas para la libre disponibilidad de crudo. Entre ellas, figuraba que YPF no podría cobrarles a las operadoras privadas ningún tipo de canon ni pretender asociarse con ellas.

¹²⁷ El Petroplan, conocido como Plan Olivos II, fue precedido por el Plan Huelgo (Decreto 1758/87), que buscaba aumentar la producción de petróleo entre las empresas privadas, el Plan Comodoro Rivadavia y el Plan Olivos I (Decreto 1812/87), que fijaba para los contratistas de YPF una remuneración equivalente al 80% del precio internacional si incrementaban la producción.

Sin embargo, una vez en el gobierno, la actuación de este partido fue diametralmente opuesta. Ni los representantes parlamentarios del nuevo oficialismo ni los de la UCR, sumisos a la promesa de no trabar ninguna iniciativa que enviara el PEN¹²⁸, pusieron escollos a los planes del flamante Presidente. De tal modo, el tratamiento del proyecto sobre la reforma del Estado y el correspondiente a la Emergencia Económica, dos propuestas legislativas cardinales para la reestructuración neoliberal, no hallaron serios inconvenientes para su aprobación parlamentaria.

1.1. LA PRIVATIZACIÓN DE YPF

El 17 de agosto de 1989 el Congreso Nacional sancionó la Ley 23696. Conocida como Ley de Reforma del Estado, la norma contenía los prolegómenos del ambicioso programa de privatizaciones del nuevo gobierno. Compuesta por 70 artículos distribuidos en 10 capítulos, su texto comenzaba por declarar “en estado de emergencia la prestación de los servicios públicos, la ejecución de los contratos a cargo del sector público y la situación de la Administración Pública Nacional centralizada y descentralizada, las entidades autárquicas, las empresas del Estado” y demás organismos dependientes del mismo.

El estado de emergencia –que podría esgrimirse por un año pero también ser prorrogado un año más¹²⁹– facultaba al PEN a tomar medidas sin someterlas a deliberación del Poder Legislativo. Una de ellas era la de intervenir por un plazo de 180 días “todós los entes, empresas y sociedades [...] de propiedad exclusiva del Estado nacional” a excepción de las universidades nacionales (artículo 2)¹³⁰. Además se le otorgaba el permiso de transformar la tipicidad jurídica de las mismas (artículo 6) y crear

¹²⁸ Raúl Alfonsín y Carlos Saúl Menem llegaron a este acuerdo como parte de las negociaciones para el adelanto del traspaso de la banda presidencial. El primero se comprometió a que las bancadas radicales no obstruirían en el Congreso nacional ninguna medida proveniente del PEN hasta tanto no se concretara la renovación parlamentaria que proveyera al PJ la mayoría propia, cuestión que tendría lugar el 10 de diciembre de 1989 (Novaro, 2009: 307). Varias veces fue referido este pacto durante las reuniones de la Cámara de Diputados en las que se debatió el proyecto de Ley de Reforma del Estado, los días 16 y 17 de agosto de 1989. De hecho, en una de esas ocasiones, el diputado radical por Entre Ríos César Jaroslavsky sostuvo que “como se sabe, hemos suscrito mediante un acta, un acuerdo que es público, en el que nos comprometimos a facilitar la sanción de las leyes” (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, 17ª Reunión –continuación de la 5ª Sesión Ordinaria–, 16 y 17 de agosto de 1989, pág. 2457).

¹²⁹ El plazo fue efectivamente prorrogado mediante el Decreto 1605/90.

¹³⁰ Vale aclarar que entre las funciones asignadas al interventor se contaba la facultad de despedir o dar de baja al personal que ocupara cargos de responsabilidad o de conducción ejecutiva del organismo intervenido, cuestión que determinaba el pago del monto indemnizatorio previsto en los artículos 232, 245 y concordantes de la Ley 20744 de Contrato de Trabajo. Esta determinación seguiría vigente sólo por poco tiempo más, cuando el Congreso de la Nación votara también la modificación de esta ley estableciendo topes indemnizatorios.

nuevas empresas sobre la base de la “escisión, fusión, extinción o transformación de las existentes” (artículo 7). Quedaba habilitada así la privatización de las empresas públicas de bienes y servicios, aunque se establecía que previamente debían ser declaradas “sujetas a privatización” (artículo 8), cuestión que podría abarcar la privatización completa o parcial, la concesión total o parcial, o la liquidación de empresas, sociedades y establecimientos. Tal declaración era prerrogativa del PEN, si bien se reservaba al Congreso de la Nación el derecho de refrendarla.

Para volver más tentadora la oferta de las empresas estatales al capital privado, la Ley 23696 establecía que el PEN podía determinar la exclusión de todos los “privilegios” o “cláusulas monopólicas” a fin de desregular el servicio respectivo (artículo 10) y, al mismo tiempo, “acordar a la empresa que se privatice beneficios tributarios” del tipo de los contenidos en “los regímenes de promoción industrial, regional o sectorial” (inciso 8, artículo 15), disponiendo también la asunción del pasivo total o parcial de la empresa a privatizar por parte del Estado (inciso 12, artículo 15).

Por otro lado, se creaba el Programa de Propiedad Participada (PPP) que estipulaba que los “sujetos adquirentes” podían comprar el capital accionario, total o parcialmente, de las empresas a privatizarse en cualquiera de sus modalidades (artículo 21). Como sujetos adquirentes se contemplaban a los empleados que estuvieran en cualquier jerarquía pero en relación de dependencia –con lo cual se excluía al personal eventual o contratado, y a los funcionarios y asesores designados en representación del gobierno–, los usuarios titulares de servicios prestados por el ente y los productores de materias primas “cuya industrialización o elaboración constituye la actividad del ente a privatizar” (artículo 22). Mas para que esto tuviera lugar, se explicitaba que el ente a privatizar debía estar organizado bajo la forma de sociedad anónima (artículo 23)¹³¹.

En el Anexo A de la ley, por último, se enumeraban los servicios y empresas plausibles de ingresar en el proceso de privatización y/o concesión. Entre ellas estaba YPF, para la cual se estipulaba la modalidad de concesión, asociación y/o contratos de locación en áreas de exploración y explotación. Fue esta herramienta legal, entonces, la que abrió las puertas a la liquidación de la petrolera estatal¹³².

¹³¹ La conversión en sociedad anónima era sumamente importante porque el paquete accionario de las sociedades del Estado no se podía vender ni transferir puesto que era en su totalidad estatal. Como tales, además, las sociedades del Estado contaban con autarquía financiera y estaban sometidas a las mismas regulaciones que poseía el resto de la administración pública (Jaitte, 2008).

¹³² La Cámara de Diputados sancionó este proyecto de ley bajo la insistencia de las modificaciones hechas como cámara revisora al texto original que provenía del Senado (Expediente 52-S-89). Como el debate se centró en insistir o no con las modificaciones propuestas por la Cámara Baja y que el Senado no había

La sanción de la Ley 23697 el 1 de septiembre de 1989, conocida como Ley de Emergencia Económica, fortalecía tanto estas disposiciones como la delegación de poderes en el Presidente de la República¹³³. Conformada por 94 artículos, la norma determinaba la suspensión por un plazo de 180 días de los subsidios y subvenciones del Estado, y de los regímenes de promoción industrial y minera (artículos 2, 4 y 8), y establecía la modificación de la Carta Orgánica del Banco Central a fin de otorgarle independencia funcional, entre otras cuestiones (inciso a, artículo 3). Por otro parte, esta ley ampliaba las ventajas otorgadas a los capitales internacionales, dado que disponía la derogación de “aquellas normas de la Ley 21382 [...] y sus complementarias por las que se requiere aprobación previa del Poder Ejecutivo Nacional o de la Autoridad de Aplicación para las inversiones de capitales extranjeros en el país”, a la par que garantizaba “la igualdad de tratamiento para el capital nacional y extranjero que se invierta con destino a actividades productivas en el país” (artículo 15). Además, se dejaba bajo exclusivo arbitrio del PEN el dictado de “las normas reglamentarias que sean necesarias con el fin de facilitar la remisión de utilidades de inversiones extranjeras” (párrafo 2, artículo 16), y la capacidad de “suscribir convenios, protocolos o notas reversales con gobiernos de países que tuvieren instrumentados sistemas de seguros a la exportación de capitales, de modo de hacer efectivos esos regímenes para el caso de radicación de capitales de residentes de esos países en la República Argentina, incluso con organismos financieros internacionales a los cuales la República Argentina no hubiese adherido” (artículo 19).

El destino de los y las trabajadoras de la administración pública y de las empresas y sociedades estatales también quedaba sujeto a esta libertad irrestricta de acción obtenida por el PEN, ya que este podía disponer la reubicación del “personal de los entes mencionados en el primer párrafo, a fin de obtener una mejor racionalización de los

aceptado, los diputados que originariamente se habían pronunciado en contra de la ley, tanto en lo general como en lo particular, terminaron votando a favor de sostener las modificaciones de la cámara revisora (tal es el caso, por ejemplo, del diputado del Partido Socialista Estévez Boero). El resultado fue, entonces, 139 votos a favor de la ley con las modificaciones planteadas por la Cámara de Diputados y 19 votos a favor de lo determinado por el Senado. En consecuencia, la ley fue sancionada con el aval de casi todos y todas las diputadas presentes (148 votos) y dos abstenciones. Ver Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, 17^o Reunión –continuación de la 5^o Sesión Ordinaria–, 16 y 17 de agosto de 1989.

¹³³ En efecto, tanto la Ley 23696 como la Ley 23697 delegaba facultades legislativas al PEN, pues era este el que decidiría, por ejemplo, qué lista de empresas conformaría el paquete de las “sujetas a privatización”, como determinaba el articulado detallado anteriormente para la primera norma. Asimismo, ambas leyes legitimaban que el Presidente gobernara mediante decretos de necesidad y urgencia. Carlos Menem hizo un uso más que frecuente de este recurso: para fines de 1993, había dictado 319 decretos de necesidad y urgencia, “diez veces más que en toda la historia previa” (Ferreira Rubio y Gorreti citados en Novaro, 2009: 342).

recursos humanos existentes, dentro de la zona geográfica de su residencia y escalafón en que reviste” (párrafo 4, artículo 42). Y más aún: podía dar de baja al “personal vinculado a aquella por una relación de función o empleo público, designado sin concurso, que gozare de estabilidad y revistiere en una de las dos máximas categorías del respectivo escalafón, estatuto u ordenamiento vigente” (artículo 46). Ambos artículos, entonces, avanzaban en un nuevo régimen de empleo público violatorio de los derechos laborales adquiridos, pues no sólo ponían en marcha la aplicación de la prescindibilidad sino que prefiguraban la polivalencia funcional al determinar la plausibilidad de la movilización de los empleados públicos dentro de un mismo espacio geográfico y para asumir funciones distintas –aún cuando se debiera respetar el escalafón–. Estas medidas serían luego ampliadas al conjunto de los y las trabajadoras mediante las sucesivas modificaciones a la Ley 20744 de Contrato de Trabajo.

Así, el gobierno justicialista inauguraba su mandato poniendo de manifiesto que “combatiendo al capital” era realmente, y en todas las esferas, una consigna del pasado, al igual que la defensa de la “soberanía económica de la Nación” y de las promesas más cercanas en el tiempo sobre el “salario” y la “revolución productiva”. Justamente, la privatización de YPF fue una importante evidencia del entierro de las tradicionales banderas agitadas por el peronismo.

Estructurado en un plan con varias etapas, el desguace definitivo de la compañía petrolera estatal fue precedido por varios decretos presidenciales. Los primeros, firmados en el año 1989, tendieron a desregular la actividad¹³⁴. Pero fue el Decreto 2778 de 1990 el que convirtió a YPF Sociedad del Estado, ya intervenida por el Ministerio de Economía por medio de la Subsecretaría de Empresas Públicas, en YPF Sociedad Anónima, y por tanto, de capital abierto, transformación que regiría a partir del 1 de enero de 1991. Según su texto, el objetivo de tal decisión era “la regularización de la grave situación económica y financiera de la empresa” para “alcanzar una gestión eficiente y transformarla en una empresa competitiva dentro de un mercado desregulado y desmonopolizado” (Considerandos del Decreto 2778/90). A tal fin, el PEN dispuso la elaboración de un estudio que determinara cuál debía ser el modelo empresarial rector de la nueva sociedad anónima. La responsabilidad de su realización recayó en José Estenssoro, un empresario

¹³⁴ Los mismos fueron el Decreto 1055/89, firmado el 10 de octubre; el Decreto 1212/89, firmado el 8 de noviembre; y el Decreto 1589/89, firmado el 27 de diciembre. La premura por establecer nuevas reglas que privilegiasen “la existencia de una franca y leal competencia en igualdad de condiciones para todas las empresas que actúen en el sector” (artículo 2, Decreto 1212/89) era el norte de la acción y del discurso gubernamental, centrado en que el libre juego de la oferta y la demanda fomentaría la participación de los capitales privados y, con ello, la salida de la Argentina de la situación crítica.

de vasta trayectoria en el sector petrolero privado, nombrado interventor de YPF en agosto de 1990¹³⁵. Su propuesta, conocida como “Plan de Transformación Global”, se dirigía a lograr el “saneamiento de la empresa”, lo cual equivalía a la “racionalización” no sólo de sus recursos físicos sino también de los y las trabajadoras, de modo tal de “transformar a YPF en una empresa petrolera integrada, equilibrada, rentable y competitiva a nivel internacional” (Estenssoro citado en Orlansky y Makón, 2002). Ello exigía aumentar la productividad, disminuir sus costos y “eliminar los bolsones y lógicas burocráticas que atentaban con el alcance de estos objetivos” (Estenssoro citado Orlansky y Makón, 2002). Para arribar a esas metas, el plan contemplaba dos instancias básicas. La primera consistía en anular toda intervención política y sindical en las decisiones de la empresa, tales como aquellas emanadas del Convenio Colectivo N° 23, que desde 1975 regía las relaciones laborales del sector y que comprendía a todo el personal cualquiera fuera su jerarquía y función. Dicho convenio otorgaba a la organización gremial amplias facultades en lo referido, por ejemplo, al ingreso y aseguramiento de la carrera del trabajador petrolero, a la fijación de la jornada de trabajo –que no podía exceder las 7 horas diarias y 35 semanales–, y a la composición del salario especificando que en ningún caso se podía aplicar un sistema de remuneración basado en mayor rendimiento. La revocación de estas atribuciones era fundamental para asegurar el desarrollo de la segunda instancia del plan, consistente en implementar una reestructuración que comprendía tanto al personal como a la gerencia y que implicaba, asimismo, constituir nuevas “unidades estratégicas de negocios y un nuevo sistema operativo” (citado en Orlansky y Makón, 2002).

Una vez aceptados sus lineamientos por el Ministerio de Economía, la puesta en marcha del “Plan de Transformación Global” se efectivizó mediante nuevos ordenamientos jurídicos surgidos tanto del PEN como de decisiones parlamentarias. Entre las herramientas emanadas de la esfera presidencial, puede mencionarse el Decreto 1727/91, firmado el 29 de agosto, que adjudicó por 25 años cuatro áreas centrales a las empresas Astra y Repsol (que se quedaron con el área Vizcacheras, provincia de Mendoza), Occidental y Pérez Companc (que se quedaron con Puesto Hernández,

¹³⁵ Egresado del Rensselaer Polytechnic en Troy, Nueva York, con el título de ingeniero industrial, Estenssoro comenzó a trabajar en la industria petrolera en Bolivia con Tennessee Gas Transmisión Company. Durante 25 años fue ejecutivo de Hughes Tool Company, empresa cuya presidencia ejerció en 1987. También fue presidente y accionista de Sol Petróleo SA y formó EPP SA, una compañía dedicada a la exploración y producción del oro negro. Una vez nombrado interventor de YPF, vendió sus intereses en tales empresas. Asimismo, en 1991 fue elegido presidente y director ejecutivo de la nueva YPF SA, cargo que ocupó también en 1993 en la empresa ya privatizada.

provincias de Neuquén y Mendoza), Tecpetrol (que se quedó con El Tordillo, provincia de Chubut) y Total Austral (que se quedó con el Huemul-Koluel Kalke, provincia de Santa Cruz). Estas concesiones se vieron ampliadas por el Decreto 2408/91 del 12 de noviembre, que incorporó nuevas áreas para su privatización (como las centrales de las cuencas Austral y Noroeste), oleoductos (como Puerto Rosales-La Plata), refinerías (como las de Dock Sud y San Lorenzo) y conjuntos de equipos de perforación (Anexo 1, Decreto 2408/91)¹³⁶.

Por otra parte, la sanción de la Ley 24145, el 24 de septiembre de 1992, determinó, en primer lugar, la transferencia de los yacimientos de hidrocarburos del Estado nacional a las provincias en cuyos “territorios se encuentren, incluyendo los situados en el mar adyacente a sus costas hasta una distancia de doce millas marinas” (artículo 1). Asimismo, ratificó la transformación de YPF en Sociedad Anónima (artículo 3), distinguiendo las acciones que representaban su capital social en cuatro clases: “A”, pertenecientes al Estado Nacional; “B”, pertenecientes a las provincias que tuvieran recursos hidrocarburíferos o a las que no fueran productoras –hasta un 39%–; “C”, las pertenecientes al personal de la empresa bajo el régimen de PPP –hasta un 10% –; y “D”, las acciones que el Estado nacional y los provinciales vendieran al capital privado (artículo 5). En tercer lugar, aprobó la privatización de activos y acciones de YPF SA declarándola “sujeto a privatización” (párrafo 1, artículo 9). Pero, además, estipuló que el “Estado Nacional asumirá todos los créditos y deudas originadas en causa, título o compensación existentes al 31 de diciembre [de 1991]” (párrafo 2, artículo 9). Esto sumaba una nueva garantía de elevada rentabilidad para quienes se quedarán finalmente con YPF, puesto que, además de alzarse con el capital físico y social, con importantes reservas comprobadas y en exploración, adquirirían una empresa “saneada financieramente” a costa de la estatización de sus pasivos.

Luego, el Decreto 1106 del 31 de mayo de 1993 modificó el estatuto de YPF SA de modo tal que el directorio de la compañía pasó a estar controlado por los tenedores privados de acciones (acciones clase “D”), ya que de los doce directores, los tenedores de estas acciones designaban ocho¹³⁷. La privatización se completó con la venta de las

¹³⁶ Hasta ese momento, las decisiones tomadas con respecto a YPF habían dejado el magro saldo de 1.800 millones de dólares, destinados además a cubrir el rojo de la deuda pública (Rofman, 1999; Jaitte, 2008).

¹³⁷ Entre estas medidas que dejaban los recursos hidrocarburíferos de la Argentina a merced de los capitales internacionales, fueron centrales aquellas abocadas a proporcionar variadas facilidades para estas inversiones. A las contenidas en las leyes analizadas se sumó el Decreto 1853/93 del 2 de septiembre, reglamentario de la Ley 21382, que puso en vigencia un nuevo ordenamiento de la ley de inversiones extranjeras, disponiendo que “los inversores extranjeros podrán efectuar inversiones en el país sin

acciones de la empresa en el mercado internacional en octubre de 1993, momento en que la empresa pasó a integrar completamente el sector privado¹³⁸.

Otro aspecto nodal de este proceso fue la drástica reducción del plantel de obreros y empleados de la compañía petrolera, que pasó de contar con una dotación de 50 mil trabajadores/as en 1991 a menos de 7 mil para febrero de 1994 (Estenssoro y Nells León citados en Orlansky y Makón, 2002). Ello conduce a introducir en este relato el análisis del comportamiento de un sujeto central para la rapidez y efectividad que tuvo el proceso de privatización de YPF: la Federación del Sindicato Unidos Petroleros de Estado (SUPE), institución que desde septiembre de 1946 nucleaba a todos los sindicatos de trabajadores y empleados de YPF¹³⁹.

Las reformas neoliberales tuvieron consecuencias altamente destructivas para una dirigencia encumbrada en un modelo sindical desarrollado al calor de la industrialización sustitutiva, el pleno empleo, el monopolio de la representación de las y los trabajadores en materia de negociación capital-trabajo y en la fiscalización de los convenios por actividad, cuyo fortalecimiento había estado amparado por la existencia de una importante normativa social convencional así como jurídica (Novick, 2001). Pasado el desconcierto inicial ante un gobierno justicialista, que era el que justamente estaba propiciando el ajuste estructural, las opciones para los líderes de este modelo que había logrado sobrevivir al terrorismo estatal, recomponerse e incluso resistir ciertos intentos de

necesidad de aprobación previa, en iguales condiciones que los inversores domiciliados en el país” (artículo 2, Decreto 1853/93). Asimismo, se otorgaba a los inversores extranjeros “el derecho [...] de repatriar su inversión y enviar al exterior las utilidades líquidas y realizadas [...] en cualquier momento” (artículo 5, Decreto 1853/93).

¹³⁸ Por esta última transacción, que comprendió la venta del 45% de las acciones, el Estado percibió un monto de 3.040 millones de dólares. Algunos estudios calculan que el valor de las mismas estuvo subvaluado en un 60% respecto de su valor real (Rofman, 1999). Por otro lado, las normativas posteriores a 1993 fueron aprovechadas por la compañía española Repsol que fue monopolizando el control de YPF. Para el año 1995, la Ley 24474 permitió que el Estado se desprendiera de la totalidad de sus acciones a excepción de la denominada “acción de otro”, que le permitía mantener el poder de veto dentro del Directorio –mas el alcance cierto de esta famosa acción sigue siendo discutido hasta la actualidad–. Por su parte, en 1996, Repsol adquirió la empresa Astra y, dos años más tarde, el 5,01% de las acciones de YPF SA al Estado nacional. El año 1999 fue sumamente fructífero para la compañía de capitales españoles, que también había sido privatizada y cuyo crecimiento a escala internacional estaba absolutamente emparentado con las “expansiones” que pudiera lograr en la Argentina. En enero de ese año, compró otro 14,99% de las llamadas acciones de clase “A” y en junio, el 55% de las acciones que cotizaban en Bolsa, el 10% de la “propiedad participada” de los trabajadores y el 11% en poder de las provincias. Con esa operación, hacia fines de 1999, Repsol se había apoderado enteramente de YPF. De tal modo, el Grupo Repsol (que incluía YPF, Astra y Pluspetrol) en el año 2000 extraía el 47,3% del total del crudo argentino, mientras que en 2002 era ya el responsable del 58,5% de la elaboración de crudo y sus subproductos en el país, superando sobremedida a los demás grupos empresariales (Jaitte, 2008).

¹³⁹ Un estudio sobre el desarrollo histórico de SUPE Federación puede consultarse en Muñiz Terra (2006).

limitar su poder por parte de la administración de Raúl Alfonsín¹⁴⁰, no eran muchas. O bien se colocaban en la resistencia, o bien se sumaban a la política menemista asumiéndola como inevitable y adecuando sus estructuras y metas en provecho del escenario abierto con la reforma del Estado (Novick, 2001; Duhalde, 2009).

Esta fue la alternativa seguida por SUPE Federación¹⁴¹. Importante bastión del apoyo brindado por la CGTRA a la campaña electoral de Carlos Saúl Menem, esta organización acompañó el desmantelamiento de la empresa petrolera estatal, que compensó el impacto negativo de este proceso sobre su propia estructura de poder mediante diversos acuerdos con el gobierno. Estos contemplaron cuestiones tales como la obtención de subsidios para comprar parte de la empresa vendida a propietarios privados y para mantener la Obra Social Petrolera (OSPE), o el reconocimiento de su monopolio en la representación sindical frente a la existencia de la Federación Argentina Sindical del Petróleo y Gas Privados (FASPYGP), otro sindicato que representaba a los trabajadores del sector (Rofman, 1999; Orlansky y Makón, 2002; Muñiz Terra, 2006). Dos prebendas más coronaron los beneficios que el gobierno garantizó a la conducción nacional del sindicato petrolero. La primera fue dejar bajo su órbita la organización de pequeñas y medianas

¹⁴⁰ Tal como lo prueban las 13 huelgas generales encabezadas por la CGT, la frustración del proyecto conocido como Ley Mucci, o los avales del Ministerio de Trabajo para el sostenimiento de conducciones afines a la burocracia pese al severo cuestionamiento de las bases –tal como se registró en sindicatos como la Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina (ATSA)–. Ver Pozzi y Schneider (1994) y Duhalde (2009), entre otros.

¹⁴¹ Por cierto, no fue el único sindicato que optó por esa vía de acción. Por el contrario, los principales dirigentes de los sindicatos de servicios, tales como los ferroviarios, también se plegaron a la política menemista. Incluso, se sumaron a ésta dirigentes que habían tenido una tradición combativa nacida en las décadas de 1960 y 1970, como Julio Guillán, líder del sindicato telefónico y pieza clave para la privatización de la empresa estatal ENTEL. En muchos casos, las bases rebasaron a sus líderes protagonizando conflictos variados por aumento salarial, contra los despidos y cesantías y en oposición a las privatizaciones. Las extensas huelgas que protagonizaron los trabajadores telefónicos de Capital Federal y los ferroviarios a nivel nacional a comienzos de los noventa fueron ejemplificativas en ese sentido. El panorama en la cúpula sindical no dejaba de ser conflictivo, aun cuando las disidencias entre los principales dirigentes parecían tener que ver en principio más con el grado de subordinación a la política neoliberal que con su impugnación. De todos modos, las diferencias en el seno de la CGT estallaron abiertamente en octubre de 1989, ocasionando su división. Los sectores más abyectos al menemismo conformaron la CGT San Martín, liderada por el dirigente mercantil Guerino Andreoni, mientras que el sector que se presentaba como opositor constituyó la CGT Azopardo, liderada por el cervecero Saúl Ubaldini. En abril de 1991, la Asociación Trabajadores del Estado (ATE), dirigida por Víctor De Gennaro, rompió con este último y junto con la Conferderación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina (CTERA), la Unión Tranviarios Automotor (UTA), obreros navales, entre otros, formó, hacia diciembre de ese año, la CTA, un nucleamiento más crítico frente al menemismo. Por su parte, la renuncia de Ubaldini a la conducción de la CGT Azopardo coadyuvó a la reunificación de la CGT, si bien para 1994 diversos sectores encabezados por el sindicato camionero darían nacimiento al Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA), un agrupamiento que sin desmembrarse de la CGT, reivindicaba una línea más combativa. Para un estudio detallado de este proceso, ver Pozzi y Schneider (1994), Torre (1999), Senén González y Bosoer (1999) y Fernández (2002), entre otros.

empresas constituidas por los/as ex ypefeanos/as. La segunda, garantizar la participación del SUPE en el paquete accionario de YPF SA.

Respecto del primer punto es preciso señalar, ante todo, que la importante reducción del volumen de personal encarada por el directorio de la empresa, contemporáneamente con su transformación en sociedad anónima, asumió dos modalidades. Por un lado, la implementación de retiros voluntarios y jubilaciones anticipadas –cuya puesta en práctica, asimismo, contó con un alto grado de presión ejercido por el personal jerárquico de la empresa sobre los y las trabajadoras–. Por el otro, el despido directo como consecuencia de la tercerización de servicios o del achicamiento de áreas dentro de la empresa. En ambas situaciones, las y los trabajadores desvinculados de la petrolera recibieron indemnizaciones que, en algunos casos, invirtieron en emprendimientos relacionados con YPF. La organización de estas pequeñas empresas, cuyo número ascendió a 215 y que absorbieron a una exigua cantidad de ex ypefeanos/as (alrededor de 7.194 trabajadores/as) quedó en manos del SUPE (Murillo, 1997; Rofman, 1999). Según evaluó uno de los integrantes del sindicato, esta medida llevó a que “dejaron de ser sindicalistas para transformarse en asesores de empresas” (Wade citado en Rofman, 1999: 117). Pero, asimismo, el aliento de esta experiencia –condenada de antemano al fracaso, como advierten diversos estudios¹⁴²– tuvo como telón de fondo otra razón: morigerar los conflictos laborales previsibles ante la magnitud de la contracción de los puestos de trabajo (Murillo, 1997; Rofman, 1999). Con igual propósito, la Federación se empeñó en obtener que la empresa desarrollara, en pleno proceso de privatización, programas de reconversión consistentes en que los trabajadores pasibles de ser despedidos recibieran capacitación durante un año manteniendo el cobro de sus haberes. El éxito alcanzado por esta política, puede observarse si se tiene en cuenta que el promedio de huelgas anuales encabezadas por el SUPE se redujo de 4,6 en el período

¹⁴² Rofman es uno de los autores que señalan esto puntualizando que la infructuosidad de estos emprendimientos radicaba en cuatro factores. El primero era la carencia de capital propio y de equipamiento adecuado para hacer frente a los requerimientos de la empresa, lo que obligó a aceptar el capital físico que les entregó la empresa y que, en general, era obsoleto. El segundo se vinculaba con la escasa duración de los contratos: a lo sumo, eran por dos años y restringían, por tanto, la capacidad de obtener créditos; además, los conducía a tener que, pasado ese período, competir con oferentes de servicios organizados por empresas transnacionales. Asimismo, los valores de los contratos eran reducidos constantemente por la nueva YPF, lo cual afectaba el nivel de ganancia obligando a reducir los salarios tanto de los socios de las pequeñas empresas como del personal contratado por ellos (Rofman, 1999). Finalmente, el escaso nivel de experiencia en términos de gestión empresarial y de organización de la estructura de funcionamiento por parte de quienes fueron designados para conducir estas empresas también fue un elemento adverso para su subsistencia.

1984-1988 –ante los planes privatizadores del gobierno radical– a 1,4 entre 1990 y 1994 (Murillo, 2000).

Por otro lado, la Federación también formó parte de la asignación accionaria de la empresa a través del PPP dispuesto por la Ley 23696. El coeficiente de participación de cada empleado se estipulaba acorde con la antigüedad, las cargas de familia y el nivel jerárquico o categoría (Orlansky y Makón, 2002). Para YPF SA, se estableció que el personal de la empresa, dentro del cual quedó comprendido el sindicato, pudiera adquirir hasta el 10% del capital social (acciones clase “C”), lo cual lo facultaba, según el estatuto, a nombrar a un representante en el directorio. Por tanto, la Federación, responsable máxima de los microemprendimientos, subsidiada por el Estado, única representante de los trabajadores reconocida por este, asociada a YPF SA, estaba en inmejorables condiciones para ocupar una silla en la conducción de la empresa. Reconvertida en sindicato de negocios, ¿qué interés podría tener la dirigencia sindical en impulsar acciones de oposición al desmantelamiento de la empresa estatal? Prácticamente ninguno¹⁴³. Y cuando lo hizo, el resultado dejó un extenso manto de sospecha sobre sus verdaderos propósitos.

1.2. DE RESISTENCIAS Y OLVIDOS

Aun cuando la política de cooptación del gobierno menemista sobre la dirigencia nacional del SUPE estaba rindiendo sus frutos, no todas las regionales estaban dispuestas a convalidar la adhesión de la Federación a la privatización de YPF. Presionadas por los trabajadores/as, algunas filiales, como la de Ensenada, se vieron obligadas a realizar movilizaciones, avalar el montaje de “carpas de resistencia” o inicios de huelgas de hambre durante el año 1991 para desafiarla (Muñiz Terra, 2006). También se llevaron a

¹⁴³ Tampoco estuvo preocupada por acotar la vertiginosa pérdida de derechos laborales que la empresa fue imponiendo progresivamente en los convenios colectivos de trabajo suscriptos a partir de 1990, tales como el Convenio 30 de ese año (que restringió la posibilidad de que la organización gremial interviniera en situaciones que afectaran el vínculo contractual del trabajador, limitó la libertad de acción de los delegados gremiales, aumentó la jornada laboral a 8 horas y dejó fuera de convenio al personal de jefatura y de seguridad con capacidad de mando); el Convenio 90 del año 1993 (que cercenaba la representación gremial al disminuir la cantidad de delegados gremiales de 1 cada 20 trabajadores a 1 cada 71, reducía las licencias gremiales, violentaba el descanso anual remunerado fraccionando las vacaciones acorde con las necesidades de la empresa y establecía remuneraciones adicionales como premio por productividad); y el Convenio 144 de 1995 (que reducía la carga horaria que los delegados gremiales podían utilizar para sus actividades gremiales con goce de sueldo a 16 horas, restringía aún más al personal que quedaba dentro del convenio e incluía explícitamente la implementación de la polivalencia y flexibilidad funcional). Análisis detallados de estos convenios y los que se firmaron hasta el año 2001, pueden verse en Orlansky y Makón (2002) y Muñiz Terra (2006).

cabo diversas medidas de fuerza en Comodoro Rivadavia, Neuquén y Salta (Orlansky y Makón, 2002; Benclowicz, 2010). En esta última provincia, durante los primeros meses de 1991, las y los trabajadores nucleados en la filial del SUPE Vespucio dinamizaron marchas y asambleas en las que confrontaron, además, con la dirigencia sindical local, subordinada a las disposiciones de la conducción nacional¹⁴⁴. Incluso en el mes de abril conformaron la Agrupación de Trabajadores Ypefeanos contra la Privatización (ATYP) con el objetivo no sólo de difundir las medidas privatistas del PEN y denunciar la “claudicación del SUPE”, sino también de hallar herramientas efectivas para enfrentar “lo que se venía”¹⁴⁵. Entre otras iniciativas, la ATYP propició la articulación de un plan de lucha a nivel regional y la convocatoria a un congreso nacional de trabajadores petroleros, exigiendo simultáneamente la renuncia del máximo dirigente del SUPE, Diego Ibáñez (Benclowicz, 2010). Para septiembre de 1991, con la concreción de la concesión del área Puesto Guardián y los anuncios de la privatización de todo el Yacimiento Norte, incluida la importante destilería de Campo Durán, las medidas de lucha se intensificaron. Así, durante una asamblea convocada el 11 de ese mes por la ATYP junto con el PO y los intendentes locales en el Complejo Municipal de General Mosconi, se logró forzar la renuncia tanto de la Comisión Directiva como del secretario general de la filial SUPE Vespucio. También se tomó la resolución de cortar la Ruta Nacional 34 a la altura de la destilería de Campo Durán, acción que se implementó al día siguiente acompañada por un paro de actividades de una parte importante de los y las trabajadoras de YPF Vespucio (Benclowicz, 2010). Entre tanto, la Federación del SUPE pugnaba por el levantamiento de esa medida a la par que llamaba a un paro nacional por 24 hs para el 13 de septiembre. Intimidada por el despliegue represivo a su alrededor, mas contradiciendo una decisión asamblearia, la ATYP decidió suspender el bloqueo de la ruta y plegarse a la huelga.

Cumplido de forma casi total en Vespucio, con menor acatamiento en filiales como Ensenada o Capital Federal y muy parcial en el sur del país y en Mendoza, el paro fue declarado ilegal por el gobierno, motivo por el cual el directorio de YPF pudo disponer la cesantía de alrededor de 2.300 trabajadores en todo el país. Aun cuando la

¹⁴⁴ Benclowicz (2010) señala la trayectoria de lucha de estos trabajadores rastreando las acciones de protesta puestas en marcha contra las medidas privatizadoras del gobierno de Raúl Alfonsín. Entre ellas, menciona la que tuvo lugar en junio de 1988 cuando cientos de petroleros/as ocuparon el aeropuerto de General Mosconi y la pista de aterrizaje, impidiendo que los funcionarios que venían a inspeccionar las instalaciones de las áreas comprometidas en el Petroplan pudieran descender.

¹⁴⁵ Entrevista de la autora a Rodolfo “Chiqui” Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004.

misma no alcanzó a los y las trabajadoras de la región salteña¹⁴⁶, este desenlace hizo suponer a quienes participaron de la medida de fuerza que el verdadero objetivo del sindicato nacional no había sido otro que el de provocar el despido de las y los trabajadores más combativos y “cortar de raíz” la resistencia a la privatización. Así lo expresaba Pedro, un trabajador ypefeano de Cutral Co que se había sumado al paro:

El paro acá en Neuquén no fue muy importante porque acá la gente tenía miedo de quedarse sin trabajo. Yo y otros nos prendimos. Y bueno, al día siguiente estábamos en la calle. El sindicato nos mandó al frente a propósito. No querían parar la privatización sino a nosotros, cortarnos de raíz a los que no aceptábamos la privatización (Entrevista de la autora a Pedro, Cutral Co, 7 de mayo de 2004).

Además de su evaluación sobre la intención del sindicato nacional, Pedro apuntaba también la escasa adhesión que la huelga del 13 de septiembre de 1991 había concitado entre los y las ypefeanas de las comunidades neuquinas. El temor a la pérdida de la fuente laboral había sido, para él, el impedimento principal para una participación masiva en esa lucha. Pero llamativamente, y a diferencia de los testimonios recogidos para esta tesis en General Mosconi y Tartagal, las personas entrevistadas en Cutral Co y Plaza Huincul prácticamente no hicieron referencias a este evento específico. Cuando las preguntas giraban expresamente en torno a la huelga o indagaban si habían emergido formas de organización y de resistencia colectiva local ante la privatización de YPF, las respuestas eran negativas o se enfocaban en la traición del SUPE. Así, por ejemplo, Bety León señalaba que “el SUPE fueron unos vendidos [...] y siempre hizo negocios sucios”¹⁴⁷. En el mismo sentido, Sara reflexionaba: “yo vi a mis mismos compañeros ser sindicalistas para llenarse el bolsillo nada más. No porque quisieran defender al obrero. Y nos entregaron en la privatización”¹⁴⁸. Alejandro Lillo, un dirigente sindical del SUPE Neuquén, resaltaba la inacción del gremio local arguyendo que la misma había sido también el resultado de que “los dirigentes gremiales como Ibáñez se llenaron de mucha plata. Al SUPE les repartían los sobres con plata”¹⁴⁹.

¹⁴⁶ Esto surge de las declaraciones del titular de la empresa José Estenssoro a los medios periodísticos. Ver *Página 12*, 17 de septiembre de 1991.

¹⁴⁷ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

¹⁴⁸ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

¹⁴⁹ Entrevista de la autora a Alejandro Lillo, Neuquén capital, 4 de mayo de 2004.

A partir de estas narrativas es posible interpretar que la huelga quedó o bien olvidada para esas personas o bien silenciada en su relato¹⁵⁰. Es sencillo deducir por qué para Pedro no fue así: su involucramiento fue castigado con el despido¹⁵¹. Pero, en los restantes testimonios, el acontecimiento careció de entidad propia, pues fue diluido en la certeza compartida de la traición del sindicato nacional y local. Nutridas en esa lógica, Estela, la dirigente de ATE mencionada en el capítulo anterior, agregaba que “no teníamos respaldo ya de una sociedad que no pudo defenderse por una gran traición de dirigentes gremiales agremiados en la CGT y en el SUPE”¹⁵². Así, el miedo a quedar sin trabajo, aludido por Pedro, sumado a la deslealtad del sindicato y al escaso apoyo social que podía lograr una postura contraria a la privatización de YPF, habrían vuelto un sinsentido participar de una acción colectiva de protesta. La enunciación de estos motivos permite reconocer el escaso entusiasmo que la medida de lucha despertó entre los y las trabajadoras petroleras de la región. Empero, este reconocimiento no aclara del todo porqué la única huelga convocada nacionalmente por el SUPE fue sumida en el olvido o mereció un reiterado silencio entre las y los entrevistados.

Una explicación asentada en una ecuación simple daría el siguiente resultado: no se participó, entonces no se recuerda. Mas es posible conjeturar que ese olvido se nutrió de tensiones nacidas de otros motivos sobre los cuales, posteriormente, pesó una valoración negativa. Entre ellos, podría hallarse uno que habría connotado la traición del sindicato en un plano distinto al del intercambio de su adhesión por diversas compensaciones o, mejor dicho, que involucró más íntimamente a los y las trabajadoras en cuanto que comprometió la confianza brindada en un espacio mucho más cercano: el de sus expectativas cotidianas. En esa dirección, lo que se habría vuelto difícil de enunciar abiertamente en una entrevista, más que de recordar, es justamente el éxito que el predicamento de la cúpula sindical, pero también de la empresarial, obtuvo entre los y las trabajadoras en torno al futuro promisorio que los/as aguardaba si, privatización mediante, aceptaban conformar las empresas prestadoras de servicios para YPF. Esto no implica desconocer que los y las trabajadoras fueron objeto de varias presiones y chantajes de la dirigencia sindical y empresarial para que asintieran “retirarse

¹⁵⁰ Esta distinción no implica desconocer que el olvido puede ser resultado de un abonado proceso de silencios voluntarios sustentados por muchas razones. Iluminadores para este trabajo han resultado las propuestas en ese sentido de Pollak (1989) y Passerini (1991).

¹⁵¹ Acorde con las informaciones periodísticas, el directorio de YPF habría enviado 450 telegramas de cesantía a los trabajadores de Plaza Huincul, lo cual implicaría que alrededor de un 10% del personal se había sumado a la huelga en esa localidad. Ver *El Tribuno*, 17 de septiembre de 1991.

¹⁵² Entrevista de la autora a Estela, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

voluntariamente”. Pero sí pondera que en esa decisión no sólo operó una coacción más o menos transparente ejercida “desde arriba”. Justamente, algunas referencias vinculadas a este orden aparecieron también en las entrevistas. Bety León contaba que “el jefe de [su marido] no quería que se retirara”; pero él había estado “charlando con los muchachos” y había concluido: “queremos formar nuestra propia empresa”. Consultada por él, ella apoyó la decisión de su esposo, quien terminó solicitando el retiro voluntario en 1992. Bety detallaba:

Ahí armó más o menos con cinco compañeros una empresita de producción para dar servicios a YPF en aparato y bombeo. [Pero] la sociedad no fue muy bien. Económicamente se empezaron a venir abajo y desapareció. Y fue el error de mi marido, fue el furor, la poca experiencia de formar una empresa. Que vos decís formo mi propia empresa, hago mi laburo... y bueno, pensaron todos lo mismo y se vino a pique (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

El marido de Bety y sus compañeros no fueron los únicos que cifraron sus esperanzas en armar una “empresita” para sobrevivir sin la YPF estatal, tal como lo evidencian los 26 emprendimientos que los exypfeanos pusieron en marcha en esos momentos (Costallat, 1997). Incluso, sus responsables llegaron a constituir la Cámara Empresarial, Industrial y Petrolera de Cutral Co y Plaza Huincul (CEIPA) con el propósito de presionar a YPF para la obtención de contratos más favorables y de mayor duración; esfuerzo que denotaba, por otro lado, la voluntad de hallar estrategias para solventar el desarrollo de esas pequeñas empresas. Se calcula que las mismas, que representaron una inversión de \$ 16.367.998, habrían estado en condiciones de proporcionar empleo a 1.986 personas en forma directa y a un 30% más de manera indirecta de haber funcionado al pleno de sus potencialidades (Costallat, 1997). Si se toma en cuenta que el total de trabajadores despedidos de YPF entre 1991 y 1993 alcanzó la cuantía de 4.200 personas aproximadamente, puede entenderse que la expectativa depositada en esas empresas no fuera menor. Por lo tanto, la posibilidad de invertir el dinero de las indemnizaciones en ellas operó atenuando la capacidad de los y las trabajadoras de resistir colectivamente la privatización, ya fuera por temor a quedar mal sindicados/as ante una petrolera con la que habría que negociar luego la prestación de servicios o porque el futuro sin la empresa estatal no aparecía infausto.

Esto abre un conjunto de interrogantes atinentes a cómo pensar, entonces, la confianza depositada en tales emprendimientos. ¿Se trataba de una simple ingenuidad?

¿Esas personas no entendían o ignoraban la complejidad del escenario en el que se movían, aspirando además a convertirse en empresarios? Y en ese caso, ¿tal pretensión constituía una traición a su condición de clase? Suponer que su confianza fue fruto de la candidez, de la incomprensión o la ignorancia, o de un acelerado proceso de aburguesamiento, es desconocer cuestiones que hacen a la experiencia, los anhelos y los sueños de esos y esas trabajadoras que viven y actúan en determinadas relaciones sociales y en un específico contexto. Develar esas incógnitas exige un recorrido analítico dispuesto a reflexionar sobre esas experiencias y prácticas, sobre las percepciones del mundo y las expectativas de vida por fuera de términos esenciales que deshistorizan las relaciones de clase tornándolas estructuras que en su inmanencia las definen. Expresado de otro modo, se trata de pensar a esos trabajadores y trabajadoras como sujetos de un proceso que tiene lugar de hecho en las relaciones humanas, como parte de una relación encarnada en gente real y en un contexto real (Thompson, 1989), donde las prácticas sociales y las asignaciones de sentido al mundo circundante forman parte de aquello que debe ser indagado y no de un atributo inherente sabido de antemano. Si se asume que las experiencias históricas de las y los trabajadores no devienen transparentes por el mero enunciado de su lugar respecto de la propiedad de los medios de producción, entonces es posible detenerse y otorgar relevancia a otras dimensiones que constituyen el ser obrero u obrera. Una de esas dimensiones puede situarse justamente en el significado del propio proceso del trabajo petrolero, algo que Alejandro Lillo conoce profundamente debido a que, como expresaba, “soy muy curioso”, y el largo lapso que trabajó para YPF le permitió satisfacer esa parte de su personalidad.

Durante muchos años y desde que había sido contratado por la petrolera el 1 de mayo de 1956, estuvo recorriendo pueblos de la provincia de Neuquén como parte de los equipos de exploración que hacían “los estudios sísmicos en los campos para ver si había petróleo”¹⁵³. Y aunque sostenía que cuando se descubría petróleo y se instalaba el yacimiento, “YPF iba formando pueblos, era un avance civilizador”. También advertía:

El hombre que perfora el pozo, es el hombre que arriesga parte de su vida... aunque no se muera, tiene un accidente y puede quedar inválido [...]. Con 25 años de campo y 50 años de edad ya no se da más, porque nosotros nos dábamos cuenta que a los 40 o 45 años se empezaba a bajar físicamente. Si bien es cierto que mentalmente podía andar, era un deterioro físico muy alto, por la temperatura, por ejemplo. Usted no tiene idea que nosotros

¹⁵³ Entrevista de la autora a Alejandro Lillo, Neuquén capital, 4 de mayo de 2004.

teníamos sesenta grados en el trabajo en los campos, en el pozo, que sufríamos insolaciones y, a veces, fríos tremendos (Entrevista de la autora a Alejandro Lillo, Neuquén capital, 4 de mayo de 2004).

Ante esta apreciación tan contundente sobre la dureza del trabajo en los campos de exploración y de perforación, que día a día conducía obligatoriamente al obrero a arriesgar su vida y su salud, ¿por qué suponer que necesariamente el anhelo central de ese obrero era ser parte de tal engranaje durante la mayor parte de su existencia? ¿Por qué asignarlo como el único destino deseable? Ciertamente, la YPF estatal otorgaba muy buenos salarios, comparados con los que ganaban trabajadores de otro tipo de empresas, proveía una importante cobertura social y garantizaba en varios sentidos una existencia digna para los y las trabajadoras y sus familias. Esas condiciones, y otras que se abordarán luego, generaban un sentimiento de orgullo y de identificación con la empresa que incluso se condensaba en una manera específica de autodenominarse ser un/a ypefeano/a. Pero esos sentimientos y esas identidades no permanecen iguales a sí mismas en todo momento y en todo contexto. Sus significados mutan acorde con las prácticas en las que se sustentan, con las situaciones que los atraviesan. Por tanto, estimar que esas condiciones favorables eran capaces de obtener sueños de emancipación es dejar a un lado del análisis el esfuerzo y el desgaste que encerraba ser un/a trabajador/a ypefeano/a, aun cuando no se estuviera en las fauces de un pozo de perforación. En ese sentido, liberarse del poder del patrón, por más “benévolo” que este fuera, podía formar parte de un horizonte no sólo deseable sino también realizable mediante el montaje de una empresa propia. Visto con posterioridad y a la luz de las terribles consecuencias que la privatización provocó en esas comunidades, ese horizonte ambicionado se volvió una pesadilla y la abdicación del SUPE, una traición mucho más concreta e íntima. Por lo tanto, ¿cómo y por qué volver esto decible o recordable en una entrevista con una investigadora que nunca vivió en esa comunidad, que no era parte de esa experiencia de clase, que no encarnaba nada relacionado con los límites y los alcances de ese mundo ypefeano? Demasiadas ajenidades o cicatrices, diría Luisa Passerini, como para no guardar silencio. Demasiada autoinculpación, podría expresar Alessandro Portelli, como para admitir abiertamente un sueño que, de alguna manera, había acunado una pasividad¹⁵⁴.

¹⁵⁴ Passerini (1991) postula esta idea del silenciamiento respecto de la experiencia de lucha, o de inmovilismo mejor dicho, del movimiento obrero italiano en la época del fascismo. En cuanto a Portelli, se

Pero, asimismo, esos silencios o esos olvidos también pueden ser repensados a la luz de la magnitud a la que arribó la pueblada de junio de 1996. Plenos de detalles, de remembranzas que incluían conversaciones sostenidas en esos momentos, de disposiciones gestuales y físicas en las que la persona entrevistada parecía revivir cada instante de esos días y noches que pasó cortando la ruta, los relatos sobre este acontecimiento cobraron una intensa vitalidad en todas las entrevistas. La profunda huella que esa acción de protesta masiva había dejado en cada una de esas mujeres y varones bien puede percibirse en las palabras de Bety León cuando con las manos sobre la mesa y el cuerpo inclinado hacia adelante, como queriendo pararse, afirmaba:

Te puedo decir con orgullo que como la primer[a] pueblada no va a existir nunca. En el país pueden hacer piquete y cortar ruta, pero como la primer[a] pueblada del 20 de junio del 96, es histórica. ¿Por qué motivo? Porque éramos todos una gran familia. Éramos 55 mil habitantes (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinul, 8 de mayo de 2004).

Ese recuerdo de 55 mil habitantes protestando en una pueblada que para Bety cobró el sentido de la marca de un nacimiento, bien pudo haber contribuido a eclipsar otro recuerdo, el de la huelga de 1991, actuando a su vez como contrapeso y demostración de las vastas potencialidades de lucha que esa comunidad, vuelta una “gran familia”, era capaz de poner en escena y hacerla, así, “histórica”, digna de ser recordada.

En cuanto a lo sucedido en las comunidades salteñas durante la huelga de 1991, las entrevistas realizadas revelan un aspecto escasamente explorado hasta ahora, pues remite a la percepción que las mujeres tuvieron de su participación en esa ocasión. En este caso, donde las medidas de protesta de septiembre de ese año llegaron a tener el tenor de una pueblada, según la interpretación de Benclowicz (2010), y donde la huelga tuvo una repercusión mucho más extendida en términos participativos que en Cutral Co y Plaza Huinul, las mujeres entrevistadas tampoco hicieron detalladas referencias a esas luchas. Y cuando se detuvieron en ellas durante las entrevistas, el sentido que asignaron a su participación se apegó mucho más al acompañamiento de la agencia masculina que al protagonismo autónomo con el que ellas definieron sus propias acciones durante el corte de ruta de 1997 o en la toma del Consejo Deliberante de General Mosconi y en el corte del puente del camino que une General Mosconi con Campamento Vespucio durante el

retoma aquí lo planteado por este investigador en su bellissimo análisis sobre la muerte de Luigi Trastulli (Portelli, 1980).

año 1996. Nené, que había tenido una trascendente presencia en ese último evento, señalaba:

Cuando comenzaron las luchas por que no se privatice YPF [...] en el 91 [...] éramos muchas mujeres que seguíamos la marcha, escuchábamos lo que decían, apoyábamos a los que estaban en la cabeza en ese entonces. Estaba Mario y otros que peleaban contra el SUPE (Entrevista de la autora a Nené, Campamento Vespucio, 23 de junio de 2004).

Al igual que otras mujeres entrevistadas, ella subrayaba la importante presencia femenina en la lucha contra la privatización de YPF, contemplando en ello a su vez la disputa con la filial local del SUPE; mas remitía esa presencia a un apoyo de las acciones emprendidas por los varones. Incluso sostuvo que ellas estaban allí suplantando a sus maridos ya que estos tenían “miedo de que los de la empresa los vieran en el corte y luego los echaran”¹⁵⁵. Muy diferente fue su explicación en torno a su participación en el corte del puente de Campamento Vespucio de 1996, medida cuyo objetivo era frenar los desalojos de las familias que no habían podido pagar los créditos para adquirir de manera definitiva las viviendas construidas antiguamente por YPF. Aunque ella sí había logrado hacerlo, fue parte de “los que nos fuimos y cortamos el puente de entrada [...]. Nosotras lo hicimos para que condonen las deudas”¹⁵⁶. También distaba de su visión sobre el rol desempeñado por las mujeres en el corte de mayo de 1997. En ese caso, sus reflexiones se asemejaban a las de Inés, una mujer desocupada que vive en General Mosconi, cuando sostenía, a propósito del inicio del corte de rutas de mayo de 1997, que “más que nada nosotras, hicimos hincapié para poderlos llevar a los varones. Mi marido es muy tímido, por ejemplo. Entonces ‘Si van las mujeres, tenemos que estar nosotros’”¹⁵⁷. Para Inés, la decisión de cortar las rutas había estado primero en manos de las mujeres. Pero, a su vez, al ejercicio de esa iniciativa se había indexado una evaluación política de la creencia social respecto de la “debilidad” femenina, pues Inés, consciente de ella, la había tornado en una táctica para incentivar la participación de su propio marido.

Es posible develar la naturaleza de esta diferencial forma en que esas mujeres percibieron su protagonismo en los acontecimientos de 1991 y en los de 1996 y 1997 sumar en el análisis tanto algunas aristas del contexto de estos hechos como de los colectivos que los dinamizaron. No fue casual que ellas se atribuyeran un rol de

¹⁵⁵ Entrevista de la autora a Nené, Campamento Vespucio, 23 de junio de 2004.

¹⁵⁶ *Ibidem*.

¹⁵⁷ Entrevista de la autora a Inés, General Mosconi, 11 de Junio de 2004.

acompañamiento en las luchas de 1991, ya que las mismas se enlazaron con una práctica sindical desplegada por un gremio cuya composición mayoritaria era masculina, reflejo del mayor peso cuantitativo de trabajadores en el proceso productivo petrolero. Diversas protestas ubicables a lo largo del siglo XX, tales como la gran huelga ferroviaria de 1917, la larga huelga de la construcción entre fines de 1935 y comienzos de 1936, o las metalúrgicas de Villa Constitución en 1974 y 1975¹⁵⁸, encabezadas por sindicatos que agrupan básicamente a trabajadores, cuyas identidades de clase por tanto se encuentran atravesadas por atributos culturales asimilables a lo que se considera parte de la masculinidad, dan cuenta de una tendencia de las mujeres a plegarse en esos conflictos como sostenes y protectoras de las acciones de los varones, sean estos sus maridos, hijos, hermanos, padres o vecinos. Esto no implica que ellas carezcan de motivaciones propias o que, una vez desatada la acción colectiva de protesta, sean incapaces de desarrollar actividades guiadas por su propia iniciativa. Pero sí denota que en un entorno que se les aparece ajeno, dominado por los varones, masculinizado, su agencia se difumina más en el acompañamiento que, como en el caso de la lucha contra la privatización de YPF durante el mes septiembre de 1991, asume su formato en la defensa de la fuente de trabajo o de las reivindicaciones planteadas por el otro sexo, aunque ello no obste a que en el discurso masculino la defensa del hogar también cobre un lugar relevante para legitimar la protesta. En sentido contrario, cuando la situación de crisis social se expande a tal punto que esas estructuras sindicales quedan soterradas en su capacidad de poner coto a la embestida de los sectores dominantes o la posibilidad de la supervivencia de la comunidad se pone en juego por la dimensión a la que arriba la desestructuración social, situación que no era claramente perceptible aún en 1991 pero sí en la segunda mitad de la década del noventa, las mujeres actúan con una independencia mucho mayor respecto de los criterios y voluntades masculinos. Fue así como ellas “irrumplieron” en la escena

¹⁵⁸ El estudio de Silvana Palermo sobre el papel desempeñado por las mujeres en el conflicto nacional ferroviario de 1917 es sumamente revelador respecto de cómo las identidades de género marcaron una protesta en la que las mujeres se movilizaron en defensa de los derechos del trabajador ferroviario, derechos que los varones también habían asimilado a la manutención de la dignidad del “hogar obrero”. La militancia femenina facilitó, entre otras cosas, ampliar la propaganda de la huelga y obtener un mayor nivel de adhesión a la medida de fuerza entre los trabajadores (Palermo, 2007). En cuanto a la huelga de los trabajadores de la construcción ocurrida a mediados de la década de 1930, la historiadora Débora D’Antonio demuestra cómo la lucha pudo extenderse en el tiempo gracias a la intervención femenina por medio de distintas instancias, como el desarrollo de comedores populares, centros de asistencia médica u organizaciones de amas de casa en apoyo a la huelga (D’Antonio, 2000). Aunque abordada más tangencialmente, estas presencias femeninas también pueden observarse para el caso de Villa Constitución (Andújar, 1994). Sobre este tópico, ver también el brillante estudio de Marcela Nari (2004) y la referencias a las acciones colectivas de las mujeres en huelgas de sindicatos masculinos realizadas por Mirta Lobato (2007).

social dinamizando los conflictos que tuvieron lugar en 1996 y 1997 y en los que percibieron su protagonismo como central, legitimadas en la defensa de sus hijos –que en muchas ocasiones se vieron obligadas a encarar solas debido al abandono de sus esposos o cónyuges– y, por extensión, de la comunidad en la que vivían¹⁵⁹.

No obstante, develar la agencia de las mujeres que se tornaron piqueteras requiere no sólo analizar el proceso de privatización de YPF, las resistencias, derrotas y olvidos que acontecieron ante él y los efectos que en el “ahora” ubicado por Marina tuvo la venta de la compañía estatal. Exige volver la mirada a ese “antes” situado también en sus palabras, a fin de reconstruir los recorridos de esas mujeres cuando el “mundo ypefeano” aún existía, escudriñar las particularidades de sus experiencias dentro de él, explorar las heterogeneidades y tensiones sociales que también lo atravesaron y desentrañar las formas en que su desestructuración afectó sus vidas. De ese retorno hacia atrás tratan, entonces, las páginas que siguen.

2. LOS ALCANCES DEL “MUNDO YPEFEANO”

En 1972 Cecilia partió de la provincia de Buenos Aires junto con su familia. Tenía en ese entonces 7 años y jamás había escuchado con anterioridad el nombre del lugar al que iría. Se trataba de Zapala, ciudad a la que su padre, empleado del ferrocarril, había sido trasladado “por x tiempo”. No recuerda muy bien por qué, pero una vez instalados allí las relaciones entre su papá y su mamá, que era “ama de casa y modista”, comenzaron a deteriorarse. La pareja terminó separándose en 1974. “Mi papá se quedó en Zapala y nosotros nos trasladamos a Cutral Co”, ya que “una hermana de mi mamá le dijo que, como ella era conocida del intendente, le iba a tratar de conseguir una casa”¹⁶⁰.

Obtener un techo, cuestión que finalmente logró, era la preocupación fundamental de su madre, ya que bajo su tutela habían quedado además de Cecilia, sus cinco hermanos más pequeños, “y en esas épocas, mi mamá sabía que en primer lugar estaba la casa y

¹⁵⁹ Es preciso señalar que, pese a su singularidad, este tipo de participación no fue excepcional si se observan diversas experiencias de organización y lucha que, contemporáneas al fortalecimiento de las reformas estructurales a partir de la asunción de Domingo Cavallo a la jefatura del Ministerio de Economía en 1991, estuvieron profundamente marcadas por el protagonismo femenino. Algunas tuvieron que ver con las trabajadoras docentes y el rechazo al proceso de reforma educativa abierto con la sanción de la Ley 24049 en diciembre de 1991 (Migliavacca, 2005). Otras adquirieron dinamismo cuando el ajuste puso en juego también la subsistencia de la comunidad. Tal fue el caso de las mujeres que, lideradas por Lucy Abraham de Cornelis, esposa de un chacarero pampeano, constituyeron el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha en 1995 (Felitti, 1999; Giarracca y Teubal, 2001).

¹⁶⁰ Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003.

después, el trabajo ya venía solo”. Es que en esas épocas, como ella señalaba, el desempleo era algo prácticamente desconocido. Para el año 1974 y a nivel nacional, alcanzaba tan sólo al 3,4% de la población económicamente activa, descendiendo al 2,3% durante el año siguiente (Pozzi, 1988)¹⁶¹. Quizá, para una mujer con 6 hijos pequeños, conseguir un trabajo formal fuera tan dificultoso como en otros momentos pasados. Pero una relativa bonanza colectiva también permitía algunas alternativas. Fue por ello que en poco tiempo la mamá de Cecilia logró hallar el sustento para la familia alternando labores de costura con la limpieza de las casas de “los de Gas del Estado y de las señoras de los de YPF”. Y aunque no vivían holgadamente, Cecilia subrayaba que “nunca nos faltó comida, porque cuando estaba YPF [...] nadie corría desesperado por una caja de víveres, por un subsidio”¹⁶². Ella y sus hermanos tampoco carecieron de cuidados debido a que, aun cuando su madre trabajaba muchas horas fuera de la casa, la responsabilidad de garantizar la atención de sus hijas e hijos no descansaba exclusivamente en ella. Por el contrario, Cutral Co contaba con instituciones como escuelas y clubes a los que los niños y niñas podían asistir y en los que Cecilia, por ejemplo, “hacía deporte... vóley, atletismo, carrera pedestre”.

Estos espacios y otros que constituyen importantes bienes socioculturales, por ejemplo, la existencia de un cine y de una asistencia médica brindada por “un hospital de primera” –tal como calificaba Arcelia, esposa de un exypefeano, al hospital de Plaza Huincul– habían surgido al calor de la actividad petrolera y, en especial, como parte del perfil social asumido por YPF. Como se sostuvo en las páginas iniciales de este capítulo y según se desprende además del testimonio de Cecilia, los mismos entrañaban beneficios que excedían a quienes estaban vinculados directamente con la compañía petrolera para abarcar al conjunto de la comunidad. Así, dejaban su estela en la vida cotidiana de familias que no eran ypefeanas y en las que tampoco había un varón que ocupara el rol de proveedor, y contribuyeron incluso a facilitar las tareas de protección y cuidado familiar que generalmente recaen en las mujeres.

¹⁶¹ Según informaciones del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), no hay datos disponibles para evaluar el desarrollo de la tasa de empleo y desocupación para el aglomerado urbano de Neuquén-Plottier correspondiente a los años 1974 y 1975, puesto que este aglomerado se incorporó a las mediciones de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) recién en 1976. Para octubre de ese año, la EPH arrojaba una desocupación local del 4,6%, mientras que a nivel nacional había llegado al 4,5%. Justamente, en algunas actividades, ese índice comenzó a aumentar a partir del golpe de Estado. Así, Pozzi (1988) asegura que en la actividad petrolera más de 15 mil trabajadores experimentados fueron dejados cesantes. Por lo tanto, y aunque no es posible afirmar certeramente a cuántas personas alcanzaba el desempleo en las comarcas petroleras neuquinas, se puede presumir que para 1974 los índices de desocupación rondaran el porcentaje arrojado a nivel nacional. Ver INDEC (2010), <www.indec.mecon.ar>.

¹⁶² Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003.

Este apartado, entonces, se ocupa de reconstruir la traza histórica de las zonas petroleras neuquinas y salteñas y pretende develar los significados que el “mundo ypefeano” adquirió particularmente para las mujeres que habitaban en él. De ese modo, busca comprender en qué medida las relaciones sociales, políticas y económicas modeladas bajo el influjo de YPF dieron cauce a la participación femenina en los conflictos desatados en ambos espacios regionales durante la segunda mitad de la década de 1990.

2.1. RECONSTRUYENDO HISTORIAS: DE PLAZA HUINCUL A CUTRAL CO

Desde su descubrimiento, el usufructo del oro negro vertebró la historia de Plaza Huincul y Cutral Co, dos localidades situadas a 110 km al oeste de la ciudad de Neuquén y que forman, junto con esta, Confluencia, el departamento más populoso de la provincia patagónica. La primera surgió en 1918 debido al inicio oficial de la explotación petrolera a cargo de “Patria”, un equipo explorador que había llegado a la zona tres años antes. Cuando en 1917 las perforaciones de este grupo, liderado por el ingeniero Luis Cánepa, dieron con las primeras emanaciones de gas, se confirmó la sospecha que desde hacía tiempo tenía el gobierno nacional sobre la existencia del rico recurso.

El estatus de Territorio Nacional que para ese entonces y hasta 1955 conservaría Neuquén, le permitió al Ejecutivo nacional garantizar su irrestricto acceso a la explotación de petróleo¹⁶³, para lo cual marcó la reserva de un octógono de 5 km de radio en torno a lo que se denominó como el Pozo N° 1. Allí comenzaron a asentarse trabajadores y técnicos dependientes de lo que luego, a partir de 1922, se convertiría en YPF. A su vez, esta empresa posibilitó también que Plaza Huincul se volviera un núcleo urbano destinando parte de sus tierras a tal efecto¹⁶⁴. El emplazamiento del pueblo se estructuró dividiendo el territorio en dos partes. La primera, localizada en el norte, fue destinada a la instalación de la sede administrativa de la empresa, la construcción de viviendas para los obreros, empleados jerárquicos y técnicos, las oficinas

¹⁶³ Acorde con el Código de Minería de 1886, el Estado nacional sólo detentaba la propiedad de los recursos mineros en los territorios sometidos a su estricta jurisdicción. Si estos recursos se hallaban en suelos de estados provinciales, la propiedad de esos recursos recaía en estos últimos. Por este motivo, los gobiernos provinciales poseían el derecho de otorgar concesiones para la exploración y explotación de la riqueza del subsuelo. Como se verá luego, ello había permitido a los distintos gobiernos salteños entregar numerosos permisos en zonas donde se había detectado petróleo tales como en la Quebrada de la Garza y en la Quebrada de Iquira, al sur y al norte de Tartagal (Solberg, 1986; Favaro, 1998; Benclowicz, 2009a).

¹⁶⁴ Recién en 1967 YPF permitiría que este espacio conformara el municipio de Plaza Huincul, separado así de los “campamentos” donde vivían los empleados de la empresa (Costallat, 1997).

correspondientes a reparticiones públicas y el hospital. La segunda, al sur, albergó la apertura de varios comercios que, operando con el permiso de la administración fiscal, proveían de mercaderías básicas a quienes laboraban para la petrolera (Favaro y Arias Bucciarelli, 1999).

Ahora bien, la aparente pretensión de disponer del espacio de manera planificada colisionaba con una situación también resultante del descubrimiento del yacimiento hidrocarburífero: la llegada de familias que, atraídas por la posibilidad de conseguir trabajo en la actividad petrolera, se asentaban como podían dentro del octógono fiscal y en las cercanías de las escasas fuentes naturales de agua. Así, poco a poco, migrantes chilenos, criadores de ganado del interior del Territorio, trabajadores agrícolas, fueron construyendo precarias viviendas, esperanzados/as con que su situación variaría gracias a YPF. Pero el incendio de dos tanques de petróleo en 1932 dispuso a la empresa a ejercer presión sobre el gobernador territorial, Teniente Coronel Carlos H. Rodríguez, para el desalojo de los/as moradores/as de estos asentamientos (Palacios y Paris, 1993). La exigencia surtió efecto y varias familias fueron cargadas en camiones y dejadas en medio de los médanos, abandonadas a su suerte. De todos modos, la mayoría de esas personas no estaba dispuesta a irse de la zona y fue así como, en 1933, en esos terrenos distantes unos pocos kilómetros del octógono fiscal, dieron origen al Barrio Peligroso, nombre que daba cuenta de las serias adversidades que debían sortear para establecerse y permanecer allí.

La carencia de luz eléctrica y agua potable, los intensos fríos invernales y los fuertes y constantes vientos no impidieron que Cutral Co, tal como se denominó oficialmente el lugar a partir de 1935¹⁶⁵, siguiera creciendo. A ello contribuyó también la llegada de comerciantes que, afectados por la crítica situación de los treinta, veían en el naciente poblado la posibilidad de recuperarse vendiendo mercaderías a los obreros ypefeanos (Palacios y Paris, 1993). Entre ellos se encontraba la familia Sapag, que desde esa zona iría sentado las bases de la preeminencia política que luego alcanzaría en toda la provincia. De hecho, cuando el incremento poblacional permitió que la nueva localidad

¹⁶⁵ Antes de portar este nombre, Cutral Co fue conocido también como Pueblo Nuevo, denominación aparentemente escogida a instancias del director del Hospital de YPF en Plaza Huincul, el doctor Víctor Zani, quien junto con el Juez de Paz de Plaza Huincul, Miguel Benassar, y el Jefe de Estudios y Proyectos de YPF, el agrimensor Luis Baka, había comenzado las tareas de trazado del pueblo y, luego, el reparto de lotes entre los y las pobladoras. Durante febrero de 1953 y septiembre de 1955, la localidad cambió nuevamente de nombre y pasó a llamarse Eva Perón. A comienzos de ese mes volvió a denominarse tal y como se la conoce en la actualidad.

constituyera su primera Comisión de Fomento en 1936, Elías Sapag y su hermano Felipe fueron electos presidente y tesorero de la misma, respectivamente.

A diferencia de Plaza Huinul, donde YPF se encargaba de proveer los servicios urbanos necesarios (luz eléctrica o asfaltado de las calles), además de las viviendas, el hospital y la construcción de escuelas y proveedurías para los y las trabajadoras, Cutral Co tuvo en un principio un desarrollo menos afincado en la intervención directa de la compañía. Para 1950, año en que se convirtió en municipio, y aun cuando superaba ampliamente a su vecina en cantidad de habitantes (Costallat, 1997), las quejas y reclamos de las y los pobladores eran los mismos que había enarbolado la Comisión de Fomento cuatro años antes: viviendas sin agua, falta de gas y escasez de luz eléctrica. Las autoridades del flamante municipio de Cutral Co consideraban que era la compañía petrolera quien debía encargarse de la solución de estos problemas. Así se lo hicieron saber al gobernador del Territorio en 1952, por medio de una nota en la que argumentaban que “es YPF la autoridad que debe solucionar en forma definitiva los problemas de agua y luz en este pueblo, de este pueblo que labra con su esfuerzo tesorero, en medio de un clima inhóspito, la grandeza económica de la nación” (Consejo Municipal de Cutral Co, Expediente N° 708 “C” de 1952, citado en Palacios y Paris, 1993: 329). El Concejo remarcaba la importancia central de la actividad petrolera para la “grandeza de la nación”; pero ponderaba que esa actividad se nutría de la labor de un pueblo cuyo esfuerzo franqueaba los difíciles obstáculos que la geografía presentaba. Consecuentemente, si YPF encarnaba el símbolo de esa grandeza, era ella la que debía responsabilizarse de facilitar las condiciones de vida de quienes, en definitiva, hacían esta última posible.

Para reforzar su pedido, el Concejo sumó otra iniciativa: enviar una carta al ministro del Interior, Ángel Borlenghi. Fechada el 30 de junio de 1952 y firmada por Felipe Sapag, presidente del cuerpo municipal, la misiva subrayaba que la situación de los trabajadores de YPF que residían fuera del octógono contrastaba abiertamente “con los propósitos del General Perón, con sus postulados básicos de Justicia Social y con los elementales de dar a cada uno lo que por lógica le corresponde” (citada en Palacios y Paris, 1993: 329). Esta invocación a los principios en los que, según el gobierno nacional, se sustentaba su acción, demostraba la habilidad política de los integrantes del Concejo al ubicar la obligación de YPF no sólo en consonancia con su lugar dinámico para el esplendor económico de la nación sino dentro del proyecto que sobre el devenir de esa nación había diseñado el peronismo. En apariencias, esa apelación tuvo un eco favorable,

pues dos años más tarde el directorio de las Empresas Nacionales de Energía (ENDE)¹⁶⁶ emitió la Resolución 99/54 disponiendo que YPF proveyera los elementos necesarios para solucionar uno de los problemas más acuciantes, la falta de agua.

En ese marco, la empresa llevó a cabo la perforación de ocho pozos, construyó una central de bombeo y se comprometió a suministrar 4.300 m³ de agua a partir de la terminación del acueducto (Díaz et al., 2006). La colaboración de YPF con el municipio cutralquense contempló, además, la donación de dinero para, por ejemplo, la construcción de las instalaciones sanitarias de la Escuela N° 119 en 1959 o la venta a bajo precio de una carroza fúnebre para que las autoridades municipales pudieran realizar el servicio a las personas carentes de recursos (Palacios y Paris, 1993; Díaz et al., 2006).

Otras acciones demostraban hasta qué punto la empresa intervenía en el entramado social de la zona. Al patrocinio directo de las escuelas en Plaza Huincul, de transportes escolares cuyo circuito incluía el recorrido de ambas ciudades para cada turno y nivel escolar, y del hospital de Plaza Huincul que en un primer momento era para los y las ypefeanas y paulatinamente se fue abriendo hacia toda la comunidad, se sumaba el auspicio de otros espacios culturales y recreativos tales como la biblioteca de Plaza Huincul, un cine-teatro —el Ruca Lihuen—, y el Club YPF, donde se realizaban diversas actividades deportivas (Costallat, 1997). Este cuadro se completaba con el lugar primordial que la petrolera ocupaba en la generación de empleo donde, además, otorgaba algunas condiciones más ventajosas para las y los trabajadores en comparación con otras compañías.

Los salarios más elevados que YPF pagaba, la garantía de estabilidad laboral no sólo para el trabajador sino también para su descendencia, debido a que los hijos comenzaban a trabajar en la empresa introducidos por sus padres, la existencia de una buena obra social, la provisión de pasajes de tren y luego aéreos casi gratuitos para los trabajadores/as que salían de vacaciones, la edificación de hoteles vacacionales en distintos puntos del país sustentada por la compañía y el sindicato, eran parte de esas condiciones más favorables. A esto se añadía el acceso a la vivienda y al uso gratuito de los servicios de luz, agua y gas que YPF posibilitaba a las y los trabajadores que habitaban en el Campamento 1, es decir, en el octógono de Plaza Huincul. Pedro, que vivía en Cutral Co, advertía esta última situación como un privilegio que abría una brecha, pues

¹⁶⁶ El ENDE fue un ente estatal creado en agosto de 1950 para agrupar a las cinco empresas energéticas más importantes: Gas del Estado, YPF, Combustibles Sólidos Minerales, Combustibles Vegetales y Derivados, y Agua y Energía Eléctrica.

“en Plaza vivían sobre todo los técnicos y el personal jerárquico, aunque también había obreros. Para ellos las cosas eran más fáciles porque tenían todo de arriba”¹⁶⁷. La percepción de esta divergencia no ocluía, sin embargo, que él se considerara un “ypefeano” o alguien que formaba parte de la “familia ypefeana”.

Esta particular denominación daba cuenta, por un lado, de un hondo sentido de pertenencia y de identificación con la empresa que diluía los diferentes rangos entre trabajadores, técnicos y personal jerárquico u otras como las marcadas por Pedro. Por el otro, también condensaba una suerte de sentimiento de superioridad frente a las y los trabajadores de otras ramas productivas. De cierto modo, ese sentimiento se nutría en el mayor poder adquisitivo de los y las ypefeanas que, como sostenía Arcelia, “daba algunas ínfulas: vos nunca ibas a ver a un ypefeano con otras zapatillas o un pantalón que no fueran de marca”¹⁶⁸. Arcelia no podía evitar reírse de su propio comentario; ella y su marido, que había ingresado como aprendiz en 1960 y escalado posiciones hasta llegar a ser un “técnico jerárquico”, también habían sido parte de ese tipo de consumo.

Mas no era sólo en el acceso a esa clase de bienes donde se evidenciaba la mayor capacidad de gasto que, por otro lado, generaba un importante dinamismo en el circuito comercial¹⁶⁹. Magdalena, una mujer que ronda los ochenta años, recordaba: “vos trabajabas en YPF y vos me decías vení, haceme un planchado, vos me pagabas. Yo vivía de lo tuyo y el otro del otro. [A] nadie le faltaba”¹⁷⁰. Ella, como la mamá de Cecilia, debió hacerse cargo sola de la manutención de sus siete hijos debido al temprano fallecimiento de su marido, empleándose como planchadora y trabajadora doméstica para diversas familias ypefeanas.

Para las esposas de los obreros y empleados de YPF contratar a una mujer que colaborara en las tareas del hogar no era algo inusual. Tampoco lo era para las trabajadoras ypefeanas con hijos pequeños, ya que la empresa, al carecer de guardería en el edificio administrativo, “nos pagaba un plus para tener empleada por los chicos menores de cuatro años o para llevarlos a una guardería”, acorde con el relato de Sara¹⁷¹.

¹⁶⁷ Entrevista de la autora a Pedro, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

¹⁶⁸ Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincol, 20 de diciembre de 2003.

¹⁶⁹ Un estudio permite estimar la trascendencia de su impacto al calcular que los despidos masivos provocados por la privatización de la empresa generaron una merma anual de 1 millón de pesos en la actividad comercial local (Costallat, 1997).

¹⁷⁰ Entrevista de la autora a Magdalena, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

¹⁷¹ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincol, 20 de diciembre de 2003. Cabe remarcar que la reivindicación de las mujeres trabajadoras respecto de la existencia de guarderías en los lugares de trabajo es de antigua data. Ya en el año 1933 la Argentina había ratificado por Ley 11726 el Convenio N° 3 de la Organización Internacional del Trabajo sobre esta materia y otras atinentes a la “protección de la

En ese sentido, si para los trabajadores de YPF la identificación con una empresa que no sólo les garantizaba un empleo estable – en el que incluso podían escalar posiciones– y el acceso a buenos servicios sociales, sino también ejercer con holgura su rol de proveedores del hogar, los llevaba a que “en el lugar del corazón tenía un sello de YPF”, tomando una frase utilizada por Arcelia para referirse a su marido, para las mujeres –y en especial para aquellas que tenían hijas/os–, la presencia de la empresa petrolera estatal también dejaba un “sello” particular en sus vidas. Fueran ypefeanas o esposas de ypefeanos, era esta empresa la que aseguraba la provisión de aquellos bienes y servicios que resultaban fundamentales a sus intereses constituidos a partir de la división sexual del trabajo y los atributos de género que de ella derivan (Molyneux, 1985). Al patrocinar centros deportivos, escuelas, hospitales, bibliotecas y cines, o pagar un plus para guarderías o cuidadoras de los hijos e hijas pequeñas, las tareas de cuidado y educación familiar se encontraban ampliamente facilitadas. A su vez, la presencia de YPF también provocaba un impacto importante en las vidas de esas mujeres que trabajaban para las ypefeanas pues, además de que era el buen pasar de las segundas los que posibilitaba la subsistencia de las primeras, los hijos e hijas de estas últimas accedían también a esos bienes y servicios sociales y culturales auspiciados por la existencia de la compañía petrolera.

Esto no significa suponer que los vínculos sociales desarrollados en ese “mundo ypefeano” fueran armónicos, insensibles a diferencias y desigualdades, y menos aún, que estas se restringieran al interior de los y las trabajadoras de YPF, tal como podría desprenderse de las palabras de Pedro en torno a las divergencias existentes entre quienes vivían en Campamento 1 y quienes lo hacían en Cutral Co. El ser ypefeano/a entrañaba una jerarquía social que se volvía perceptible también en las relaciones entre las niñeras o las empleadas domésticas y las esposas de los trabajadores de YPF o las propias ypefeanas. Al menos, la forma en que algunas de esas mujeres que trabajaban en las casas apreciaban a las otras, contenía un encono devenido justamente de los “aires de superioridad” que envolvían a las segundas. Los categóricos juicios de Cecilia manifestaban esa animadversión ante una actitud que, para ella, se extendía también a los ypefeanos y los/as distinguía de otros/as trabajadores/as estatales:

maternidad”. Sin embargo, fue recién con la sanción de la Ley de Contrato de Trabajo en 1974 cuando finalmente se regularon estos derechos. Aunque el ítem de guarderías aún espera una reglamentación por parte del Poder Ejecutivo, de hecho, se suplanta con la obligación del empleador de pagar un plus a la trabajadora para este fin.

Las señoras de los ypefeanos [...] eran unas personas muy engreídas que marcaban bien la situación: “vos sos pobre y sos mi empleada”. Era una gente muy injusta. Los ypefeanos todos te miraban sobre el hombro. Nunca fue así con los de Gas del Estado (Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003).

Ese mirar “sobre el hombro” que Cecilia resentía en ellos/as, implicaba ciertamente un sentimiento de supremacía, el cual era abonado no sólo por la bonanza económica de los y las ypefeanas sino también por los significados que estos/as últimos/as habían forjado sobre YPF y sobre su propio rol dentro de ella. En ese sentido, el/la ypefeano/a se sentía parte de una empresa estratégica para el desarrollo de la economía argentina, a la par que amparo del discurso de la soberanía nacional y del bienestar de la comunidad. Parte de ese discurso era sustentado, por ejemplo, por los poderes políticos locales, como puede observarse en las expresiones vertidas por el cuerpo municipal ya referidas. Pero también emergía de la valoración que los propios trabajadores asignaban a la compañía y a su propia experiencia. Alejandro Lillo, quien como se recordará explicaba la dureza que contenía el trabajo en la perforación de los pozos, señalaba:

Los avances de YPF iban formando pueblos, era un avance civilizador. Primero llegaban los campamentos, luego se instalaba la empresa y los pueblos crecían alrededor de eso [...] Nosotros salíamos, digamos, a explorar el desierto (Entrevista de la autora a Alejandro Lillo, Neuquén capital, 4 de mayo de 2004).

En este “avance civilizador sobre el desierto”, resonarían los ecos de una tradición que engarzaba una mirada mítica de la denominada “campaña al desierto” con una labor exploratoria cuya acometida la protagonizaban los equipos de trabajadores. Eran ellos los que abrían el camino para la instalación de YPF y, con ella, de los pueblos que crecían bajo su actividad. Esto ahondaba el sentimiento de orgullo y superioridad referido anteriormente y, también, fortalecía la identificación con una empresa que se volvía el baluarte del discurso de la soberanía nacional.

Muchas de estas consideraciones sobre el “mundo ypefeano”, sus alcances y contradicciones se reiteraban en las entrevistas realizadas sobre el devenir de las comunidades de General Mosconi y Tartagal.

2.2. RECONSTRUYENDO HISTORIAS: DE TARTAGAL A GENERAL MOSCONI

María, o la “tía Mari”, como muchos la llaman cariñosamente en General Mosconi, nació hace casi 65 años en Bolivia. Dueña de una risa contagiosa que entremezcla con el relato de su vida, plena de anécdotas y contradicciones políticas que no se molesta en ocultar, esta mujer proviene de una familia de propietarios finqueros vinculados con la explotación petrolera en su natal Santa Cruz de la Sierra. Durante su juventud, llegó a cursar tres años de la carrera de abogacía, alternando los estudios con una activa militancia universitaria que, según narraba entre carcajadas, realizaba en la “falange socialista de derecha” de Sucre. Pero a los 22 años se aventuró por otros senderos, dejando a un lado el futuro económico promisorio que seguramente la aguardaba, allanado además por los importantes contactos que su familia mantenía con un sector de la clase dirigente boliviana. Fue así como cruzó la frontera con la Argentina. “Yo vine de paseo a Mosconi y me quedé”, afirmaba enfatizando cada una de las palabras. Una vez en el lugar, hizo “buenas amistades” y con una de ellas, Doña Mafalda, ganó una licitación para atender una peluquería que pertenecía a YPF. Trabajó allí durante tres años y cuando terminó el contrato, abrió su propia peluquería, “una peluquería de barrio más sencillita”, explicaba¹⁷². Durante varios años, María vivió cómodamente atendiendo a muchas mujeres. Entre sus clientas, estaban las que vivían en Campamento Vespucio, a quienes María aludía como las “damas de los ypefeanos” o como “gente que se creían de alta alcurnia”. Nené, esposa de un ex empleado jerárquico de YPF, que residía junto con su familia en ese sitio, era consciente de estos calificativos y de los resquemores que contenían, pues contaba que “para ellas, nosotras éramos las cremitas chantilly. Siempre decían que nunca íbamos a estar en una lucha por nada, que éramos las narices paradas porque teníamos las cosas resueltas”¹⁷³. La denominación “cremitas chantilly” apuntaba al color de la piel que, supuestamente, tendía a ser más clara en las mujeres de Vespucio en consonancia con una presunta ascendencia porteña y, por tanto, de origen inmigratorio europeo, frente al color más oscuro de las mujeres de General Mosconi, ligadas a un linaje indígena¹⁷⁴. Y aun cuando las inflexiones de su voz carecían de un tono peyorativo, las “ellas” a las que Nené hacía referencia eran justamente las esposas de los obreros

¹⁷² Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004.

¹⁷³ Entrevista de la autora a Nené, Campamento Vespucio, 23 de junio de 2004.

¹⁷⁴ En varias entrevistas, las mujeres y varones de General Mosconi sostuvieron que los técnicos y empleados jerárquicos eran oriundos de Buenos Aires o que parecían “gringos”.

ypefeanos residentes en General Mosconi, las trabajadoras por cuenta propia o las empleadas domésticas contratadas por las ypefeanas de Campamento Vespucio.

Los términos empleados por María para aludir a las esposas de los ypefeanos de Campamento Vespucio no distaban mucho de los calificativos de “engreídas” o “gente muy injusta” vertidos por Cecilia respecto de las y los ypefeanos de las ciudades petroleras neuquinas. Ello denota que la percepción de jerarquías y las distancias que las mismas imponían dentro de ese mundo ypefeano guardaba una singular semejanza entre las mujeres que habitaban en General Mosconi y aquellas que vivían en Cutral Co, aun cuando existían interesantes diferencias entre ambos espacios regionales devenidas del desigual impacto que en su desarrollo tuvo la presencia de YPF.

Una de esas diferencias fue señalada en las páginas introductorias de esta tesis con el objetivo de matizar ciertos enfoques que, bajo la suposición de la existencia de un “Estado de bienestar”, tendían a igualar los efectos de esa presencia en una y otra zona. En tal dirección se citaban algunos datos censales que precisaban la persistencia de los índices de NBI entre la población de las localidades salteñas en un grado mucho mayor al registrado entre los y las pobladoras neuquinas¹⁷⁵. Una breve reseña del devenir de las primeras permitirá examinar con más profundidad los alcances de esas diferencias y, también, de ciertas similitudes.

Localizadas en el Departamento de General San Martín, ubicado al norte de la provincia de Salta y cuyo límite septentrional demarca la frontera entre Bolivia y la Argentina, General Mosconi y Tartagal conforman el conglomerado urbano más importante de la provincia, luego de la ciudad capital de la cual distan 360 km aproximadamente. Sus historias se encuentran entrelazadas no sólo por la escasa distancia de 8 km que geográficamente las separa o porque la misma ruta las franquea, sino porque las dos debieron su crecimiento y prosperidad también a la explotación del oro negro.

Si bien la producción maderera constituyó el motor del incipiente desarrollo de Tartagal, ciudad a la que el Poder Ejecutivo provincial concedió rango municipal en 1924, las exploraciones en busca de riquezas hidrocarburíferas fueron las que impulsaron la expansión de su traza urbana (Mozo, 1950; Solberg, 1986; AAVV, 2003)¹⁷⁶. Esas

¹⁷⁵ En esa ocasión, se señalaba que para el año 1991 el municipio de General Mosconi registraba un índice de NBI que trepaba al 32,6% de su población, en tanto que, para esa misma época, en Cutral Co rondaba el 15,72%.

¹⁷⁶ Originariamente, y hasta el año 1884 cuando el gobierno de Julio A. Roca inició la conquista final del Chaco, la zona en que se encontraba emplazada Tartagal, es decir, el Chacho central, estaba controlada por los pueblos originarios pertenecientes a las comunidades mataco-mataguayo, guaykurú, tupí-guaraní y arawak, que ocupaban el territorio desde antes del período colonial (Benclowicz, 2009b).

exploraciones estuvieron a cargo primeramente de la compañía norteamericana Jersey Standard Oil, que desde comienzos de la década de 1910 había logrado obtener numerosas concesiones de tierras por parte del gobierno provincial para buscar y explotar el rico recurso. Pese a haber sido denunciada por el general Enrique Mosconi, cuando este se hizo cargo de la dirección de YPF por las irregularidades en las que la compañía había incurrido para conseguir tales permisos, Standard Oil continuó disfrutando del favor del gobierno local para avanzar con las exploraciones en Tartagal. Así, en 1926, cuando las perspectivas de extraer petróleo en grandes cantidades comenzaron a volverse una realidad, la empresa estadounidense pudo establecer definitivamente sus oficinas administrativas en esta ciudad, edificando también centros deportivos, de salud e incluso una escuela para enfermeras¹⁷⁷. Sus vínculos con el *establishment* salteño eran tan estrechos que las posibilidades de que YPF lograra hacer pie en la zona parecían lejanas, incluso y a pesar de la fuerza que iba cobrando en la Cámara de Diputados de la Nación la idea de establecer el monopolio estatal nacional sobre los recursos hidrocarburíferos. Empero la oportunidad se presentó en 1927 cuando un español, Francisco Tobar, aceptó transferir a manos de YPF el yacimiento República Argentina y otras concesiones que desde 1907 poseía en los alrededores de Tartagal, a cambio de su acceso garantizado a las regalías futuras. Este yacimiento se encontraba localizado en las cercanías de otro poblado de reciente formación, General Mosconi.

Esta localidad, nacida también al calor de la producción forestal, recibió originariamente el nombre de El 90, porque el asentamiento coincidía con el kilómetro 1.690 de la línea del ferrocarril Belgrano, habilitado en 1926. Su desarrollo se aceleró a partir de la explotación del petróleo y, sobre todo, con el desembarco de YPF en República Argentina, lugar que en poco tiempo sería conocido como Campamento Vespucio (Mozo, 1950; Solberg, 1986). La compañía estatal fue progresando allí rápida y fructíferamente; para 1930 YPF ya poseía varios pozos en actividad y una refinería (Solberg, 1986: 230). Contemporáneamente con ese avance, YPF fue disponiendo la trama urbana de Campamento Vespucio, lugar en el que instaló su administración central, con una concepción similar a la que venía implementando en las comarcas neuquinas. Así, comenzó a construir pabellones en los que se alojaban separadamente los y las trabajadoras y que reemplazaban las precarias viviendas emplazadas en su origen. Posteriormente, edificó complejos de casas más confortables donde las familias que las

¹⁷⁷ Hacia comienzos de la década de 1930, Standard Oil inauguró también un hospital en Tartagal abierto a la comunidad (Benclowicz, 1999b).

habitaban contaban con la exención del pago de tasas municipales y de servicios públicos. A su vez, erigió espacios para la residencia de enfermeras y maestras solteras que acudían contratadas por la petrolera estatal. Poco a poco, entonces, Campamento Vespucio llegó a conformar una pequeña ciudad cuyos moradores formaban parte del personal jerárquico de la empresa y que contaba con vastas comodidades auspiciadas por ella, tales como instalaciones deportivas y sociales, un mercado, una proveeduría, una escuela técnica y de manualidades, una biblioteca y un hospital de alta complejidad que concentraba la atención de todas las especialidades médicas, inaugurado en la segunda mitad de la década de 1940.

Ubicada a 5 km al sureste de Campamento Vespucio, la localidad de General Mosconi también iba creciendo debido a la llegada de personas atraídas por la influencia de la actividad petrolera. La instalación de pequeñas empresas y de locales comerciales para abastecer a los y las empleadas de YPF, y el arribo de trabajadores/as que cifraban sus esperanzas en hallar un empleo estable en la petrolera o que habían conseguido un puesto en ella gracias a la mediación de algún pariente, como había sucedido con el esposo de Marina, fueron cambiando la fisonomía de este poblado que en el año 1946 fue convertido en municipio, abarcando dentro de su jurisdicción a Campamento Vespucio y a Coronel Cornejo, un pequeño pueblo ubicado 17 km al sur de General Mosconi. Dos años más tarde, el nuevo municipio fue integrado a un flamante departamento, el de General San Martín, cuya cabecera recayó en la ciudad de Tartagal, separada así del antiguo Departamento de Orán.

Entre tanto, la empresa Standard Oil comenzaba su retiro de Tartagal, cuestión que se concretó en 1950 y que determinó que parte de sus instalaciones pasaran a manos del ejército y parte, a YPF. Con ello, la compañía estatal fortaleció su presencia en la región llevando a cabo además, nuevas exploraciones con resultados beneficiosos, como por ejemplo, el hallazgo de una importante reserva de recursos en Campo Durán, al norte de Tartagal (Benclowicz, 2009b). El ritmo de su actividad siguió expandiéndose en los años subsiguientes, a punto tal que las inversiones de YPF en la provincia terminaron por sobrepasar a las de cualquier otra compañía (Benclowicz, 2009b). Incluso, en la década del setenta, la explotación se amplió a un área nueva, Martínez del Tineo, al sur de General Mosconi.

Fue en esas épocas cuando Yolanda, una mujer nacida en Tartagal en 1949, comenzó a trabajar para la petrolera estatal. Ella recordaba:

Primero ingresé como cuidadora en la pileta de natación, y después pasé a un sector que llamaban “refrigerio” y yo estaba como moza. Y justo había un concurso de categorías y yo me presenté. Así que en el año 71 pasé al área administrativa, como secretaria. Y estuve ahí en esa área, en la administrativa (Entrevista de la autora a Yolanda, General Mosconi, 22 de junio de 2004).

Yolanda siguió escalando posiciones hasta que finalmente accedió a un puesto de mayor jerarquía en el “departamento minero, de explotación”. En el ínterin, conoció a un hombre con el que se juntó, tuvo dos hijos y una hija, y de quien se separó en 1981. Y aunque nunca “me pasó alimentos”, recordaba, su elevado salario le permitió mantener confortablemente a su familia. De hecho, “me pude comprar un auto 0 km y cuando llegaban las vacaciones yo me iba con mis hijos y disfrutaba de toda la plata”¹⁷⁸. Así fue recorriendo distintos lugares del país como “Bariloche, Mar del Plata y Mendoza. Y paraba en los hoteles de YPF y los pasajes me los daba YPF”. Pero para ella, lo más importante que YPF le había proporcionado fue la posibilidad de salvar la vida de su hija menor que, cuando tenía seis años, enfermó de leucemia. La empresa no sólo pagó el traslado de la niña y de Yolanda en avión a Buenos Aires. También se hizo cargo de los costos del tratamiento y continuó abonándole el salario íntegro durante los 4 años que permaneció en la Capital Federal.

De manera similar a lo ocurrido en Cutral Co y Plaza Huincul, la existencia de YPF no sólo generaba puestos de trabajo bien pagos o la posibilidad de acceder a bienes materiales como autos o viviendas –los cuales no estaban necesariamente al alcance de trabajadores de otras empresas–, garantizar vacaciones en distintos lugares o que, por ejemplo, una trabajadora pudiera solventar sola a su familia. También posibilitaba que situaciones tan complejas como las que Yolanda debió atravesar con su pequeña tuvieran una cobertura social.

Ciertamente, y como refiere el estudio de José Benclowicz (2009b), los beneficios de ese mundo ypefeano no alcanzaban a toda la población local. Buena parte de esa comunidad estaba conformada por integrantes de pueblos indígenas expoliados y sometidos a un proceso de trabajo en los rubros agroindustriales o forestales, donde la superexplotación primaba y cuya vida en nada se parecía a la de Yolanda o Mario, un ex empleado de YPF que vivía en General Mosconi y que varias veces remarcó en la

¹⁷⁸ Entrevista de la autora a Yolanda, General Mosconi, 22 de junio de 2004.

entrevista que “entrar a trabajar en YPF era lo mejor que te podía pasar”¹⁷⁹. Menos aún se asemejaba a la de los empleados de YPF que habitaban en Campamento Vespucio y que tenían, incluso, un cine. También es real que entre los propios ypefeanos había importantes diferencias acorde el puesto que ocuparan dentro de la empresa y, consecuentemente, el lugar en el que vivían, puesto que no era lo mismo residir en las confortables casas de Campamento Vespucio, con gas natural y agua corriente, sin tener que pagar tasas e impuestos, que hacerlo en General Mosconi donde el tendido de la red de gas era escaso, por ejemplo, y la mayoría de sus pobladores estaban supeditados a comprar garrafas “que antes y ahora son bastante caras”, según relataba Mario. Tampoco era igual trabajar para YPF que para las ypefeanas o las esposas de los ypefeanos. A este respecto, sostenía Cristina, una mujer desocupada y activista de la UTD:

En ese tiempo [en referencia a los tiempos en que estaba YPF] por ejemplo en una parte del Campamento Vespucio había mucho trabajo para las mujeres. Porque la mayoría de los ingenieros, técnicos, digamos la gente de estudio, tomaban a personal, mujeres más que nada, para los quehaceres domésticos. Entonces como digo, estuvo la empresa esta pero no nos faltaba [nada]” (Entrevista de la autora a Cristina, General Mosconi, 22 de junio de 2004).

Y lo que no faltaba para mujeres como Cristina o la tía Mari, dueña de su peluquería, no era sólo la posibilidad de sobrevivir con un trabajo sino también la de acceder a los centros de atención de salud, a las escuelas, a los clubes deportivos. Estos ámbitos de cuidado, socialización y diversión facilitaban las tareas de crianza y resguardo familiar para esas mujeres que no necesariamente eran ypefeanas o que si lo eran, vivían, como Marina, la mujer cuya trayectoria fue narrada brevemente al comienzo de este capítulo, en General Mosconi en condiciones mucho más modestas que las familias ypefeanas residentes en Campamento Vespucio.

En General Mosconi y Tartagal, pero también en Cutral Co y Plaza Huinul, ese mundo ypefeano fue idealizado por quienes lo integraban a punto tal que sus contradicciones y tensiones internas quedaron desdibujadas en un “antes” en el que “había de todo en abundancia”, retomando las palabras de Marina. A lo sumo, las diferencias existentes encarnaban en los relatos de las y los testimoniantes como recelos ante los y las ypefeanas y, entre ellos/as, frente a quienes vivían en Campamento

¹⁷⁹ Entrevista de la autora a Mario, General Mosconi, 18 de junio de 2004.

Vespucio o en Campamento 1, dentro de plaza Huincul. Pero, en general, no alcanzaban a colocar a YPF en la mira. Por el contrario, en las narraciones espontáneas no aparecían antagonismos con la empresa en el pasado ni explicaciones que la involucraran, de alguna forma, con las distancias sociales habidas entre el personal jerárquico y los/as restantes trabajadores/as. Incluso, la mención de María respecto de que las “damas de los ypefeanos” eran incapaces de “estar en una lucha por nada”, no hacía referencia a conflicto alguno con YPF sino a los que iban a desarrollarse para resistir la privatización o en contra de la aquiescencia del SUPE frente a esto¹⁸⁰.

Sólo luego de regresar al tema en distintas etapas de las entrevistas, comenzaban a aflorar algunas “grietas” en los relatos concernientes a la relación con YPF. Fue así como Sara, la ypefeana neuquina, rememoró que a comienzos de la década de 1970, cuando había ingresado a trabajar en la empresa, dinamizó un conflicto reclamando el derecho a que las mujeres usaran pantalones largos. Algo similar ocurrió con Alejandro Lillo, quien luego de señalar en varias oportunidades los peligros que encerraba el trabajo en los pozos, terminó comentando:

[Ese tema] es una cosa que discutíamos en el gremio muy fuerte y que no le podíamos hacer entender a muchos dirigentes sindicales y menos a los dirigentes de la empresa. Después de muchos años conseguimos con Isabel [en referencia a la presidenta María Estela Martínez de Perón] sacar una jubilación de privilegio, con 25 años de campo y 50 años de edad, porque nosotros nos dábamos cuenta que a los 40 o 45 años era un deterioro físico muy alto (Entrevista de la autora a Alejandro Lillo, Neuquén capital, 4 de mayo de 2004).

Estos tramos de su testimonio ponen en escena no sólo la dureza del trabajo petrolero sino también la existencia de conflictos que, además, se producían en varios frentes –la dirección del sindicato y la dirección de la empresa–. Pero si se atiende a ello, a su vez, puede considerarse desde otra dimensión el rol de YPF y el de los/as propios/as trabajadores/as. YPF “formaba pueblos”, como el propio Lillo había señalado, y proporcionaba los beneficios descriptos anteriormente. Pero tales beneficios no fueron necesariamente el producto de una vocación caritativa y dadivosa de la dirigencia de la

¹⁸⁰ Es interesante remarcar la persistencia del juicio de María sobre el comportamiento de las esposas del personal jerárquico de YPF, una persistencia que resistió a los acontecimientos, pues mujeres como Nené, por ejemplo, sí habían participado en la lucha contra la privatización ocurrida en septiembre de 1991. Empero, para María, cuyas palabras fueron recogidas en una entrevista realizada el 13 de junio de 2004, esa participación permanecía invisible, ocultada por diferencias previas pero, además, desmoronadas como consecuencia del propio proceso de privatización.

petrolera estatal. O, al menos, pueden interpretarse también como el resultado de conquistas obtenidas mediante distintas tácticas de lucha, tal como demuestran los relatos de Sara y Alejandro Lillo. En ese sentido, allí los y las trabajadoras se reubican como sujetos activos, forjando la mejora de sus condiciones de trabajo y de vida.

¿Por qué esto sólo aparece tangencialmente en las entrevistas? Posiblemente no exista una única respuesta a este interrogante. Pero, en parte, la clave interpretativa puede ser rastreada justamente en las consecuencias que la privatización de YPF provocó. La desestructuración social que se abrió con este proceso fue tan feroz que cualquier contradicción o lucha del pasado se habría vuelto invisible, carente de consistencia frente a ese presente. A su vez, es posible también presumir que en la recreación de una existencia pasada excedida en su armonía y articulada en torno a la presencia de la petrolera estatal, se edificaba un refugio y un resorte para la resistencia, para desafiar el destino funesto que se imponía. Todo esto no supone que los y las testimoniantes “inventaran” las ventajas que YPF proveía. De hecho, y como ya fue señalado, YPF había dinamizado un importante nivel de prosperidad. Pero del recuerdo idealizado de esa presencia se podía nutrir, también, la búsqueda de las formas para combatir las consecuencias precipitadas por su ausencia (Andújar, 2008)¹⁸¹.

De todos modos, la decisión colectiva de salir a las rutas que las mujeres neuquinas y salteñas asumieron manifiestamente en 1996 y 1997 no sólo se forjó en el recuerdo de ese pasado pujante. Justamente, a través de sus relatos se torna posible escudriñar otros motivos que estuvieron estrechamente imbricados con las formas en que la presencia de YPF modeló sus vidas cotidianas y en cómo su desmantelamiento impactó en ellas, en los varones y en los vínculos entre ambos.

2.3. DE LA COCINA A LA RUTA: MUJERES QUE MODELAN CON MANO PROPIA

El “mundo ypefeano” conformó un entramado social complejo cuyas trazas guardaron diferencias constatables en el desarrollo de las comunidades petroleras neuquinas y salteñas. También en el interior de cada una de estas comarcas, tuvieron lugar heterogeneidades que abarcaban una vastedad mucho mayor que la de ser ypefeano/a o no serlo/a. Al menos, este enfoque que posa su mirada en la vida cotidiana de las mujeres

¹⁸¹ A esta idealización del pasado habrían contribuido también las reconstrucciones plasmadas en cierta literatura académica y política, así como en los relatos que, sobre los conflictos piqueteros, construían los medios de comunicación masiva. Ello puede detectarse en las ediciones de los diarios *La Mañana del Sur* y *Río Negro*, correspondientes a las últimas semanas de junio y las primeras de julio de 1996.

que eran parte de él y que procura comprender quiénes eran y cómo vivían, no pasa por alto que esas mujeres no eran iguales entre sí y que sus relaciones, en ocasiones, entrañaban jerarquías vinculadas con su posición de clase y, también, atravesadas por ciertos o supuestos orígenes étnicos. Como se sostuvo, las había ypefeanas y esposas de ypefeanos. También ypefeanas y empleadas domésticas de las ypefeanas. Las había maestras, enfermeras y trabajadoras por cuenta propia. Incluso, y como se vio en el capítulo anterior, las había con diversas trayectorias público-políticas individuales y colectivas, con mayor o menor experiencia de participación en movilizaciones o acciones de protesta colectiva. Algunas de ellas habían estado en las luchas contra la privatización de YPF en 1991. Otras ni siquiera la “recordaban” o, en todo caso, no deseaban hacerlo. Algunas de esas mujeres estaban casadas, permanecían dentro de ese vínculo y tenían hijos e hijas. Otras no y habían criado solas a su prole. Casi todas coincidían en señalar que esa tarea había estado profundamente atravesada y facilitada por la presencia de YPF y que las consecuencias del derrumbe de ese mundo, que las igualó en las condiciones de desocupación y pobreza, las había impulsado a asumir un lugar protagónico en las confrontaciones donde el piquete y el acampe en la ruta se volvieron las formas preponderantes de protesta. Más aún: no sólo se asignaron ese rol disruptivo sosteniendo que fueron ellas las que habían iniciado esos cortes de ruta, sino que además aseveraron que para llevar a cabo esa acción colectiva de protesta debieron sortear la negativa de sus compañeros o, como en el caso de Arcelia, la esposa del ypefeano que habita en Plaza Huin cul, que tuvieron que “arrastrarlos” al conflicto. ¿Cómo explicar, entonces, esas narrativas que resisten al paso del tiempo entre los hechos acontecidos y el momento en que los testimonios fueron tomados? Y más aún, ¿cómo interpretar una persistencia que se impone contrariando la circulación de relatos académicos, político-partidarios e incluso periodísticos que no han reparado en esas presencias femeninas? Las claves para responder estas preguntas pueden comenzar a develarse mediante la profunda impronta que en su memoria individual y colectiva dejaron sus experiencias y las relaciones sociales en las que estuvieron insertas durante la existencia del “mundo ypefeano”, así como las implicancias distintivas que tuvo su desestructuración en sus vidas.

En sus reflexiones sobre lo que había comenzado a ocurrir en Cutral Co y Plaza Huin cul desde la privatización de YPF, Estela, militante de ATE, sorteaba cómodamente los límites demarcatorios de la vida pública y la doméstica, colocando un especial énfasis en la manera en que la desaparición de la empresa petrolera estatal conmovió la vida de los varones y los lazos familiares. Según ella comentó:

Veníamos de un Estado de bienestar y nos encontramos con la desocupación, el hambre, la miseria. Yo como empleada de salud, veía cómo se suicidaron alrededor de 100 petroleros; otros ciento y monedas, [...] en situaciones graves de alcohol. ¿Por qué? Porque estaba el abismo. Porque en el Estado [...] teníamos todo [...] Se destruyeron los hogares, los que pudieron quedarse se quedaron. Otros emigraron [...] Se rompió el núcleo familiar. El tejido social se desmembró de esta manera (Entrevista de la autora a Estela, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

Muchas de las mujeres entrevistadas coincidieron con ella al sostener que sus maridos se deprimieron, murieron, abandonaron a sus familias o se volvieron un estorbo dentro del hogar. Entre tanto, ellas, según Arcelia, “se tuvieron que volver más fuertes [...], debieron salir a ganarse el pan para ellas y para sus hijos, porque quedaron ellas como jefas de hogar, mientras los maridos estaban en la casa”¹⁸². En ese sentido, la desestructuración del “mundo ypefeano” afectó tanto las condiciones materiales de existencia como las subjetividades. Pero ambas cuestiones fueron vividas de manera desigual por mujeres y varones, puesto que las formas en que unas y otros experimentan tales condiciones están relacionadas no sólo con su posición respecto de los medios de producción sino también con los roles de género que les son culturalmente asignados. Así, para los ex obreros ypefeanos, la expulsión del aparato productivo alteró rotundamente no sólo su situación económica sino también su posición en cuanto que “proveedores” de la subsistencia y reproducción familiar. Por su parte, la imposibilidad de obtener un trabajo los obligó a permanecer mucho más tiempo dentro de las paredes del hogar, un espacio que, con base en las connotaciones sociales que lo atraviesan, se torna singularmente complejo para la estancia prolongada de un varón. La comprensión de esta afirmación exige tener en cuenta que, tal como se sostuvo en el capítulo introductorio, las definiciones sobre un lugar no remiten exclusivamente a su localización física, a sus coordenadas en un mapa. Por el contrario, implican también las relaciones sociales que se entrecruzan en ellos y que les proporcionan su carácter distintivo (McDowell, 2000). Dicho de otro modo, lo que distingue un espacio físico de otro está estipulado no sólo por su arquitectura, su emplazamiento o su propósito, sino por las prácticas sociales que allí se llevan a cabo, las relaciones de poder que son artífices y productos a la vez de esas prácticas, y las marcas de inclusión/exclusión que establecen quién pertenece a un lugar y quién queda fuera, quién tiene legitimidad para actuar en él y

¹⁸² Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

quién no. En ese sentido, los espacios no son fijos o estancos sino fluidos y, también, conflictivos, pues poseen diversos significados –que incluso pueden ser contradictorios a un mismo tiempo– según las personas involucradas en ellos y las relaciones que entre esas personas se establecen. De tal manera, el hogar, para una mujer con hijos/as pequeños/as, esposa de un trabajador asalariado, puede adquirir connotaciones de refugio y seguridad, lugar de placer y acopio de recuerdos, pero también es el espacio al que sólo ella está convocada a limpiar y embellecer en una afanosa rutina diaria sostenida por un trabajo invisibilizado, que la aísla y que, incluso, estigmatiza su circulación en otros lugares (la calle, la ruta), plenos de otros significados.

Para un varón, en cambio, la casa no es un espacio de trabajo sino de descanso y en el cual se apropia y beneficia del trabajo ajeno – el de la mujer–. Ello no implica que tal espacio esté exento de tensiones devenidas, entre otras cuestiones, de una renegociación constante de este “pacto” de apropiación unívoca. Mas esas tensiones adquieren un alcance y un sentido absolutamente distinto cuando ese espacio deja de ser, para los varones, un ámbito de reposo entre jornadas laborales. Cuando la falta de trabajo es la que los obliga a permanecer casi de forma constante en ese lugar cargado de una impronta devaluada por femenina, el sentimiento que puede embargarlos es el de inutilidad y vergüenza. Esto es lo que habría sucedido en el caso de aquellos que fueron despedidos de YPF y se vieron imposibilitados de hallar un nuevo empleo. Por tanto, esta situación habría dado pie, como sostienen las mujeres entrevistadas, a que los varones se enfermaran, se suicidaran o abandonaran a sus familias mediando en ello, también, importantes procesos de violencia.

Para las mujeres, si bien traumática, esta situación no conllevaba las mismas opciones. En primer lugar, el condicionamiento generado por el significado del ejercicio de la maternidad les impidió mayoritariamente abandonar a sus hijos e hijas. Pero, además, cuando se puso en jaque la supervivencia y el cuidado de los hijos e hijas –y con ellos, de la comunidad– las mujeres tuvieron que salir a resolver el abastecimiento de la vida familiar. Así y en tanto el género ha naturalizado el rol de garantes de la reproducción de la comunidad como interés unívoco de la existencia femenina, las demandas sociales y políticas engarzadas con el cumplimiento efectivo de ese rol en este contexto de desarticulación social, se volvieron confrontaciones donde la presencia femenina adquirió un protagonismo disruptivo y conmovedor del orden social vigente. Esas confrontaciones no se pusieron en escena en cualquier lugar. Fue justamente en las rutas, un espacio prohibitivo ante todo para la estancia femenina por su negativo

significado social, donde ellas hicieron su irrupción desmoronando una domesticidad que poco tenía para ofrecerles con la politización de una maternidad que, a la hora de enfrentar al Estado, había resultado efectiva en otras trayectorias.

Pero, a su vez, para tomar esa decisión, ellas contaban con una importante autonomía frente a la voluntad masculina en el espacio doméstico. En algunos casos, esa “autonomía” devenía de la inexistencia de la presencia concreta de un varón dentro de ese hogar, pues, como se señaló, muchas de esas mujeres criaban solas a sus hijos. En otros, era un resultado que se había ido generando y acentuando a partir de las características y la dinámica particular del proceso productivo petrolero. En efecto, este último hacía que el ypefeano debiera permanecer fuera de su casa de 15 a 20 días trabajando en los campos de perforación y extracción, para retornar a su hogar por un escaso período de tiempo. Esto forjó un tipo de vínculo marcado más bien por la ausencia en su ámbito doméstico y las personas que lo constituían. Ello fue parte de la experiencia de Estela, una mujer que llegó a General Mosconi siendo una niña, a comienzos de la década de 1960, cuando su familia decidió dejar la Capital Federal e instalarse en la localidad salteña. Su padre había conseguido un puesto de obrero en YPF integrando los equipos de perforación de Campo Durán. Era escaso, entonces, el tiempo que compartía con ella, su hermano pequeño y su madre, ya que sus tareas laborales lo obligaban a permanecer varios días fuera de su casa. Cuando Estela rememoraba su niñez y su adolescencia, relataba que era su madre quien ocupaba el centro de la escena, administraba la economía hogareña, suministraba cuidados y atenciones, y supervisaba todo aquello que tuviera que ver con las actividades y la educación de Estela y de su hermano. Incluso, contaba que su madre vivía la presencia del esposo durante los dos o tres días de descanso que le correspondían como una interferencia incómoda en el devenir cotidiano. Estela recordaba:

Mi papá se iba 15 días y volvía 3, se iba más días y así. Y a veces ya es molesto. Como él tenía el ruido del pozo en los tímpanos, cuando volvía quería silencio y dormía y dormía, y no quería que nadie de la familia esté ahí y nos cambiaba el ritmo de vida. Y los primeros días cuando llegaba era insoportable. Mi mamá terminaba quejándose y nosotros no veíamos la hora de que se vaya (Entrevista de la autora a Estela, General Mosconi, 14 de junio de 2004).

En similares términos reflexionaba María Victoria, una tucumana radicada en General Mosconi y casada tempranamente con un obrero petrolero, al recordar que cuando él estaba “te altera el sistema porque vos te ponés los horarios, sabés que estás sola,

organizás tu vida, y cuando ellos llegan se interponen con los tiempos. Yo sentía que me ataba”¹⁸³.

En Plaza Huinul, la geografía y ciertamente las personas no eran las mismas. Pero en algunas instancias, las experiencias de las esposas de los ypefeanos poseían una estrecha similitud con las narradas por Estela y María Victoria. Bety León contaba que su marido “sabía estar veinte o veintidós días afuera [en los campos de exploración], y a lo mejor traía cuatro días de descanso”¹⁸⁴. El se lamentaba porque “no disfrutó a sus hijos cuando eran chiquitos [...] y porque cuando el papá venía, el primer día lo miraban como un extraño”. Y esa situación le exigió a ella hacer “el rol de mamá y papá, mantenía mi casa”, situación que para ella era general:

Éramos todas las mujeres, la mayoría, de la comunidad, de hacer ese rol [...] Yo pagaba mis cuentas, si tenía que comprar algo compraba, yo tenía que ir a la proveeduría, el negocio de todos los ypefeanos, que teníamos una libreta, abonos (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinul, 8 de mayo de 2004).

La forma y el ritmo de trabajo impuesto a los ypefeanos generaban esta relación particular con sus propias familias y ello incidía también en la manera en que las mujeres desempeñaban su tarea de “cuidadoras” del hogar. En primer lugar, las convertían en administradoras únicas de los recursos económicos con los que contaba la familia. Además, facilitaba una mayor independencia en las decisiones referidas a todas aquellas cuestiones que afectarían la vida doméstica y el cuidado de sus hijos/as. De tal manera, estas prolongadas ausencias masculinas permitían a las mujeres una creciente autonomía del control y la voluntad masculina al otorgarles un importante grado de decisión en el manejo de sus propias vidas y las de sus hijos e hijas, un mayor margen de maniobra para determinar el uso de sus tiempos, del dinero y de la forma de relacionarse con el “afuera” de las paredes de su hogar.

En suma, fueron estas particulares relaciones ancladas en experiencias de clase y de género diferenciadas y estas singulares mixturas o entrecruzamientos que en ese mundo ypefeano se produjeron entre la vida familiar y la de la comunidad, las que vigorizaron la presencia de esas mujeres bloqueando las rutas, y las que, además, dejaron una estela en su memoria colectiva resistente al transcurrir del tiempo y la persistencia de

¹⁸³ Entrevista de la autora a María Victoria, General Mosconi, 14 de junio de 2004.

¹⁸⁴ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinul, 8 de mayo de 2004.

relatos y rememoraciones que las ausentan de aquello que ellas modelaron con mano propia.

3. ENTRE EL “ANTES” Y EL “AHORA”

Durante muchos años la vida de Marina estuvo organizada en torno a la existencia de YPF. La traza de esa presencia abrigó tal intensidad que, para ella, tener un trabajo nacional había cobrado un único significado: desempeñarse en la petrolera estatal. Mas el acto casi sinonímico que contenía el relato de su historia personal, excedía el estricto ámbito laboral para extenderse a un recuerdo venturoso de una vida sin sobresaltos, sin apremios, durante un “antes” gestado al calor del mundo ypefeano, un antes que también rebasaba esa historia individual fundiéndose en la de su comunidad.

Tanto en las localidades salteñas como en las neuquinas, ese “antes” halló el ocaso en un “ahora” signado por la desaparición de ese mundo al ritmo de las reformas estructurales, una desaparición que entrañó resistencias, derrotas, dolores, olvidos y algunos silencios. Pero, también, idealizaciones donde el presente tan funesto que la política neoliberal abrió, eclipsó tensiones, conflictos y ciertas desigualdades sociales que cobraron una densidad específica bajo la égida de la petrolera estatal en ambas geografías regionales.

Sin embargo, como se ha puesto de relieve en este capítulo, ese mundo ypefeano no fue una sociedad homogénea sino que estuvo atravesado por diversas tensiones y desigualdades. Abordarlas y también poner en escena los disímiles recorridos y experiencias de ciertas mujeres que forjaron sus vidas y sus vínculos sociales y familiares en el devenir del “mundo ypefeano”, ha permitido develar cómo ellas se involucraron en las confrontaciones que se sucedieron en Cutral Co y Plaza Huincul y en General Mosconi y Tartagal en la segunda mitad de la década del noventa. En efecto, parte de esas experiencias divergentes estuvieron vinculadas con el dispar alcance de los beneficios del mundo ypefeano. Como se dijo, no entrañó lo mismo ser una ypefeana que la esposa de un ypefeano, ser parte de una familia de empleados jerárquicos que ser parte de una familia de obreros de boca de pozo, ser la trabajadora doméstica o la dueña de la peluquería. Mas, para todas esas mujeres, la existencia de la petrolera estatal facilitó las tareas resultantes de la división sexual del trabajo social a la par que proveyó algunas autonomías relativas a la voluntad y al poder masculino dentro del hogar. Ninguna de estas cuestiones emerge de datos censales pero no por ello carecen de importancia

analítica, pues también dan cuenta de los significados que la petrolera estatal tenía en la vida de esas comunidades. Esa importancia analítica se acrecienta y requiere de una apuesta interpretativa más compleja para desentrañar cómo los cuerpos y las voces de esas mujeres aparecieron en las rutas dinamizando las puebladas que surcaron a esas comunidades en los años 1996 y 1997, dispuestas a revertir el presente de miseria que “ese viejo Menem” había delineado. En esas confrontaciones, su presencia fue masiva. Aventurarse en la comprensión de cómo esas mujeres levantaron barricadas, qué hicieron en los piquetes, qué sentidos asignaron a sus propias prácticas beligerantes y de qué manera volvieron a sus casas, es lo que ocupará la atención de los capítulos que siguen.

CAPÍTULO 3

DE LA CASA AL PIQUETE: LAS MUJERES EN EL CORTE DE RUTAS DE CUTRAL CO Y PLAZA HUINCUL, JUNIO DE 1996

En la mañana del 25 de junio de 1996, Magdalena, una mujer que rondaba los 65 años, estaba parada sobre la Ruta Nacional 22, envuelta en “una bandera argentina tiznada de negro”. El humo de las gomas y los troncos que ardían en los piquetes poco a poco había ido ocultando los colores celeste y blanco del lienzo. Pero tal vez, pensaba, no tanto como para hacerlos indistinguibles si alguno de los gendarmes que llegarían de un momento a otro posaba su mirada en ella. Y si lograban verla de esa manera, recubierta por el símbolo inconfundible de la Nación, quizá desistieran de llevar a cabo la misión que el ministro del Interior de esa misma Nación les había encomendado: despejar las barricadas que las y los pobladores de Cutral Co y Plaza Huincul habían montado desde hacía ya cinco días sobre las rutas para impedir el paso de toda persona, vehículo o mercadería.

Magdalena se había instalado allí desde el primer momento, durante la tarde del 20 de junio. No había llegado sola sino acompañada por dos de sus amigas más queridas, Sara y Arcelia, quienes la habían pasado a buscar luego de la hora del almuerzo para acudir a las inmediaciones de la torre de YPF. En ese lugar, ubicado en el acceso a la refinería de Plaza Huincul, se estaban concentrando centenares de personas exigiendo que el gobernador Felipe Sapag fuera a explicarles porqué “si nosotros tenemos el gas y el petróleo, nos estamos muriendo de hambre”¹⁸⁵.

Muchas cosas habían pasado desde esa inicial jornada. Lo que había comenzado como un conjunto de improvisadas vallas dispuestas para bloquear las rutas en dos ciudades neuquinas, se había convertido en un conflicto cuya envergadura había ido ganando el centro de la escena política nacional. La protesta, cuyos orígenes pretendieron asignarse a una disputa interna entre dos facciones del Movimiento Popular Neuquino (MPN), partido político neoperonista que desde 1963 retenía casi ininterrumpidamente en sus manos el poder político de la provincia, había cobrado una autonomía difícilmente controlable para el gobierno local. Pero aún así, el gobernador Sapag seguía sin concurrir a la zona. En su lugar, el ministro Carlos Corach había decidido enviar un cuerpo de gendarmería compuesto por más de 300 integrantes para actuar bajo las órdenes de la jueza subrogante Margarita Gudiño de Argüelles. Por tanto, esa mañana del 25 de junio,

¹⁸⁵ Entrevista de la autora a Magdalena, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

Magdalena, enfundada en su bandera, estaba entre los miles de habitantes que reunidos en las asambleas discutían qué debían hacer. La decisión fue unánime. No abandonarían los piquetes.

Seguramente, la jornada que se avecinaba no se asemejaría en nada a las anteriores en las que Magdalena y su hermana “[iban] a cocinar, a hacer el pan, las tortas fritas, el café..., todo lo que diera para comer”¹⁸⁶ y colaborar así con la alimentación de la gente que permanecía día y noche en la ruta. Pero si en algún lado podía encontrar el temple necesario para hacer frente a la llegada de las fuerzas represivas era justamente allí, acompañada por Sara y Arcelia, por Estela, Bety, Laura, Cecilia y tantas otras mujeres y varones a los que conocía y a otros que no, pero con quienes había ido estrechando lazos a lo largo de esos cinco ventosos y fríos días de junio.

Desentrañar los significados de esos vínculos y las diversas prácticas sociales sobre las que se configuraron, forma parte del objetivo de este capítulo enfocado en analizar las acciones que las mujeres llevaron a cabo durante el conflicto ocurrido en las comarcas petroleras neuquinas entre el 20 y el 26 de junio de 1996. Tal análisis se funda, asimismo, en el propósito de otorgar inteligibilidad a los términos en que esas mujeres definieron sus propias acciones y, con ello, a los sentidos que atribuyeron a sus prácticas.

Como se indicó en las páginas introductorias de esta tesis, la mayoría de la literatura académica ha pensado esta experiencia de confrontación de distintas maneras, según las perspectivas teóricas y los aspectos puestos de relieve para su lectura. Algunos análisis han privilegiado el carácter policlasista de los y las manifestantes y la falta de institucionalización en su organización apuntando que, a pesar de que sus protagonistas objetaron las consecuencias del ajuste neoliberal, sus acciones no podían ser interpretadas en clave política, pues tal objeción no conformó una ofensiva contra el sistema vigente sino la búsqueda de su inclusión en él (Favaro et al., 1997). Para otros, en cambio, aun cuando portaban un carácter defensivo y contaban con una importante dosis de espontaneidad, estas luchas debían ser inscriptas en la arena de la disputa política no sólo porque habían dado nacimiento a un nuevo sujeto que no desestimaba sus demandas en ese terreno —el piquetero— sino porque habían logrado obstaculizar la gobernabilidad necesaria para la acumulación de capital (Klachko, 1999; 2002). También se las concibió como un caso paradigmático de beligerancia popular en cuanto que contenían innovaciones importantes en las formas y en los sentidos de la acción colectiva (Auyero,

¹⁸⁶ *Ibidem*.

2002a). Al profundizar posteriormente mediante el estudio de la biografía de una de sus protagonistas, el autor de este análisis señaló que además de impugnar el ajuste estructural en su faz económica, estas protestas, motivadas asimismo por la búsqueda del reconocimiento, el respeto y la dignidad, estuvieron atravesadas por un cuestionamiento político basado en la repulsa del sistema de representación política local y de la corrupción de su dirigencia (Auyero, 2004). Finalmente, fueron entendidas como una experiencia unificadora de diversos sectores sociales que, ante el proceso de desarraigo social gestado por la privatización de YPF y por el retiro del Estado, inscribieron sus reclamos con un contenido de reparación histórica (Svampa y Pereyra, 2003).

En general, estas investigaciones eluden en su exploración la participación femenina en estas jornadas de lucha, y cuando no lo hacen, encapsulan algunas dimensiones de su significado en una definición de género acotada y deshistorizada. Este capítulo debate con estos trabajos no sólo en lo que refiere a la evicción de la presencia de las mujeres o a la forma en que la misma ha sido considerada, sino también en lo que hace a determinados postulados con los que fueron abordadas las reconstrucciones de las protestas de Cutral Co y Plaza Huincul en 1996. Así, la puesta en escena de los relatos de las mujeres que protagonizaron este conflicto posibilita problematizar particularmente ciertas nociones en las que se han respaldado algunas de esas miradas, tales como aquellas que remiten al sentido de la política y de la espontaneidad.

En esas narrativas femeninas no faltaron alusiones al carácter espontáneo y a la ausencia de motivación política en sus acciones. Sus palabras, por lo tanto, pueden ser tomadas como una evidencia que confirmaría las valoraciones conclusivas de algunos de los enfoques citados. También pueden ser sometidas a un análisis que entrecruce esos enunciados con los axiomas y juicios de valor que contenían en el imaginario social en esos momentos. Así, puede interrogárselos a fin de explorar si esa retórica sobre la espontaneidad y la supuesta ausencia de política no formaba parte también de una contienda simbólica que tales sujetos libraban contra quienes los habían condenado a la miseria (Thompson, 1995c). En ese sentido, es posible examinar esos términos a la luz de cómo las personas que los utilizaron construyeron un “nosotros”, aunando heterogéneas pertenencias de clase e intereses frente a un “adversario” que, por cierto, producía enunciaciones que legitimaban y/o deslegitimaban el marco de las confrontaciones, sus acciones y, dentro de ellas, lo que estaba dispuesto a tolerar. La tarea concomitante que se propone este capítulo es, consecuentemente, comprender los sentidos asignados a esas palabras inscribiéndolas en las experiencias de los sujetos que las emitieron y dejando a

un lado un significado unívoco para volverlas tan variantes y polisémicas como esas experiencias lo permitan.

Por otra parte, en sus páginas se procura vislumbrar el impacto o las huellas que su protagonismo dejó en las mujeres que participaron de esas jornadas de lucha. Ello conduce a detenerse no sólo en cómo estas llegaron a su fin, en sus logros y límites respecto de la satisfacción de las demandas colectivas expresadas ante los poderes institucionales, sino también indagar si la irrupción de esas mujeres en tal escenario de conflictividad provocó transformaciones en su vida, en la percepción sobre sí mismas y sobre el rol que ellas ocupaban dentro de la comunidad.

1. “DE LA RUTA NO NOS VAMOS”: MUJERES, PIQUETES Y POLÍTICA

*Lo que rebasó el vaso fue cuando nos enteramos
que la planta de FERTINEU,
que era la esperanza nuestra,
no se hacía acá.*

Bety León, esposa de un ex obrero ypefeano
Plaza Huincul¹⁸⁷

El 20 de junio de 1996, una noticia publicada por diversos medios de comunicación sacudió a las comunidades de Cutral Co y Plaza Huincul. Debajo de un titular en el que se afirmaba que “Sapag rompió las negociaciones con Agrium”, uno de los principales periódicos informaba que el gobernador había enviado el día anterior una carta documento a la empresa canadiense Agrium-Cominco expresándole que daba por terminadas las tratativas para abrir una planta de fertilizantes derivados del petróleo en aquellas localidades¹⁸⁸. No era la primera vez que un proyecto de esta naturaleza se frustraba. Los intentos de diversificar la estructura productiva de la zona databan, al menos, de mediados de la década del sesenta, cuando técnicos de YPF y del Consejo de Planificación y Acción para el Desarrollo (COPADEV)¹⁸⁹, propusieron al gobierno provincial y al nacional aprovechar el gas venteado por los pozos del yacimiento Plaza Huincul y orientar su producción a la industria petroquímica. La caída del presidente Arturo Illia (1963-1966) se llevó consigo también el proyecto, aunque iniciativas similares fueron

¹⁸⁷ Entrevista de la autora A Rosa León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

¹⁸⁸ *Río Negro*, 20 de junio de 1996.

¹⁸⁹ El COPADE es un organismo creado en 1964 para asesorar al Poder Ejecutivo provincial sobre la realización de obras públicas y de desarrollo económico-social (Costallat, 1997). El proyecto referido había surgido en 1966.

reflotadas durante el tercer gobierno peronista (1973-1976) y en los inicios de la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989). Justamente, este último había reavivado las esperanzas de su concreción cuando, durante una visita motivada por los festejos del octogésimo aniversario de la ciudad de Neuquén, en septiembre de 1984, intercaló en su discurso: “¡Ahora, FERTINEU!”, reproduciendo las palabras de un cartel que portaban quienes habían concurrido desde Cutral Co y Plaza Huin cul (Sapag, 1994). Se supuso entonces que el PEN estaba comprometiendo su asistencia a la edificación de FERTINEU o Fertilizantes Neuquén, fábrica de fertilizantes nitrogenados que, desde 1983, venía siendo ideada por el gobierno provincial e YPF. Pero la asunción de Juan Vital Sourrouille al ministerio de Economía en febrero de 1985 determinó el retiro del apoyo del Estado nacional, y se alentó en su lugar la realización de un concurso en procura de inversores privados. El escaso entusiasmo de estos últimos ante la propuesta coadyuvó a que el proyecto quedara sepultado hasta inicios de la década siguiente, cuando el gobernador neuquino Jorge Sobisch (1991-1995), fervoroso adherente a la política neoliberal, decidió iniciar gestiones con la firma canadiense.

Las transacciones con Cominco Fertilizers Ltd. comenzaron en 1992 cuando la empresa, interesada en satisfacer la creciente demanda de fertilizantes dentro de los confines del MERCOSUR, dio a conocer su propósito de radicarse en la provincia patagónica. El fervor del gobierno local por tornar ese objetivo en una realidad se concretó con la firma de diversos acuerdos que, a su vez, fueron avalados por las leyes 2007, 2069 y 2134, sancionadas por la legislatura provincial en los años 1993, 1994 y 1995, respectivamente. Entre otras cuestiones, en ellas se estipulaba que Agrium-Cominco invertiría aproximadamente US\$ 350 millones para la construcción de la planta y que la misma se radicaría en Cutral Co-Plaza Huin cul. Como contrapartida, el gobierno provincial se comprometía a entregarle el yacimiento gasífero El Mangrullo por 24 años – incluyendo todas las reservas probadas y posibles¹⁹⁰– a asociarse en la iniciativa empresaria con la inversión de US\$ 100 millones, a garantizar el 100% del proyecto y a ceder los terrenos para la construcción de la planta en el Parque Industrial de Cutral Co, responsabilizándose también de la provisión de agua y energía eléctrica¹⁹¹.

¹⁹⁰ El Mangrullo era uno de los nueve yacimientos no explotados cuya transferencia de manos del gobierno nacional consiguió la provincia cuando se puso en marcha la privatización de YPF. Las reservas de gas comprobadas de este yacimiento eran sumamente importantes: casi 6 mil millones de m³ con un valor de aproximadamente US\$ 120 millones.

¹⁹¹ El gobernador Sobisch se comprometió, a su vez, a que en caso de rescisión del contrato con Agrium-Cominco, Neuquén debería reembolsar a esta empresa todo lo invertido para poder recobrar el yacimiento gasífero (Costallat, 1997).

Empero, hacia fines de 1995, estos acuerdos no se habían materializado siquiera en la colocación de los cimientos para la futura planta. Tampoco durante los primeros meses de 1996. Lo que sí cobraba una entidad cada vez mayor eran los rumores de que la empresa podría establecerse en otras zonas. Y no eran los únicos. De hecho, la ruptura definitiva de las negociaciones entre el gobierno provincial y la empresa, publicitada por los medios de comunicación el 20 de junio de 1996, estuvo precedida por varias presunciones a las que se agregaron acusaciones cruzadas entre las líneas “blanca” y “amarilla” que habían surgido dentro del partido gobernante, el MPN, a fines de la década de 1980. Quienes integraban la primera, conducida por Jorge Sobisch, culpaban a la gestión de Felipe Sapag –líder histórico del MPN que había vuelto a ocupar el sillón del Poder Ejecutivo provincial en diciembre de 1995–, cuyos seguidores constituían la línea “amarilla”, de “trabar” las negociaciones e incurrir en “la falta de cumplimiento de los compromisos asumidos por la provincia”, alegando a su vez que ello provocaba que “los inversores pierdan confianza”. La nota periodística que contenía estas imputaciones, escrita por Alfredo Estévez, secretario de Energía de Neuquén bajo el gobierno de Sobisch, expresaba también que Agrium-Cominco había cambiado de parecer y estaba decidiendo instalar la planta en Bahía Blanca. Y terminaba advirtiendo que “las comunidades de Cutral Co y Plaza Huincul en particular [...] sabrán evaluar quiénes son los responsables de esta nueva frustración”¹⁹².

Entre tanto, los funcionarios del gobernador Sapag repetían una y otra vez que su antecesor, Jorge Sobisch, había dejado la provincia “quebrada”, motivo por el cual se había enviado una propuesta a Agrium que contemplaba “la cesión total del yacimiento El Mangrullo, a cambio de evitar una inversión estatal en la planta”¹⁹³. Según el gobernador, la empresa nunca había contestado la propuesta; pero, además, sostuvo que “el contrato que los canadienses intentaban convalidar, mereció gravísimas impugnaciones y objeciones legales en distintos procedimientos judiciales”¹⁹⁴. Una de esas gravísimas impugnaciones, en apariencias, refería a los “100 millones de dólares que debía aportar la provincia en condiciones muy inferiores a lo que cuesta el dinero en

¹⁹² *Río Negro*, 3 de junio de 1996.

¹⁹³ Ver *Río Negro*, 12 de junio de 1996. Por otro lado, algunas de las aristas de las idas y vueltas de las tratativas entre el gobierno provincial y la empresa Agrium-Cominco pueden consultarse en Costallat (1997).

¹⁹⁴ *Río Negro*, 20 de junio de 1996.

plaza”, cuestión que condujo al “lamentable final a que se ha arribado por vuestra conducta”¹⁹⁵. El “lamentable final” no era otro que la ruptura de las negociaciones.

Cuando las comunidades de Cutral Co y Plaza Huincul se enteraron de la “sorpresiva decisión de Sapag”, según calificaba uno de los diarios la actitud del gobernador¹⁹⁶, el recuerdo fundió la experiencia de FERTINEU con Agrium-Cominco, provocando que la frustración aflorara con fuerza. Y también, la protesta colectiva. Según el relato de Estela, enfermera del hospital de Plaza Huincul y activista de la filial local de ATE:

Un sector decía “se nos va el FERTINEU”, más desocupación, ¿viste?, porque veníamos del desmantelamiento del Estado. Entonces la gente salió a defender eso. Había actores políticos y de los medios que alentaban que había que ir a petionar de alguna manera. Salió lo que ocurrió, que no era solamente dos o tres, sino que era el pueblo (Entrevista de la autora a Estela, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

Para ella, al igual que para Bety León, el anuncio gubernamental había sido la gota que “rebasó el vaso”, un vaso que había empezado a colmarse desde el “desmantelamiento del Estado”, es decir, desde la privatización de YPF.

Como se expuso en el capítulo anterior, el desmembramiento de la compañía estatal tuvo consecuencias devastadoras para la zona. Más de 5 mil personas quedaron sin trabajo y sin alternativas de reinsertarse en el mercado laboral. La inversión de las indemnizaciones en microemprendimientos, en pequeños comercios, en la compra de taxis o remises, fue absolutamente infructuosa. Nada logró evitar que desde 1991 la tasa de desempleo ascendiera exponencialmente hasta afectar al 35,7% de la población económicamente activa en ambas ciudades¹⁹⁷ y que, entre los años 1991 y 1997, la mitad de los 55 mil habitantes de Cutral Co y Plaza Huincul pasara a vivir por debajo de la línea oficial de pobreza (Favaro et al., 1997). Según algunos cálculos, la oferta de puestos de trabajo durante la etapa de construcción de la planta de fertilizantes no iba a superar los 2

¹⁹⁵ *Ibidem*.

¹⁹⁶ *Ibidem*.

¹⁹⁷ Ver INDEC, Encuesta Permanente de Hogares, octubre de 1996. Para diciembre de 1992, la población de ambas localidades alcanzaba un total de 44.142, de los cuales 13.352 formaban parte de la población económicamente activa —esto es, el 30,7%—. De esos 13.552, los desocupados, con el inicio de la privatización de YPF, ya alcanzaba la cifra de 2.702 personas, es decir, el 17,6% (INDEC, Encuesta Permanente de Hogares, diciembre de 1992). Puede obtenerse una mayor claridad del impacto de la privatización tomando también el Censo Nacional de 1991, que registra que sobre una población económicamente activa sensiblemente mayor (16.305 personas), desocupación alcanzaba ya al 9,37% (Censo Nacional de 1991, tomado de INDEC (1999)).

mil empleos, descendiendo a 150 una vez que se pusiera en funcionamiento (Favaro et al., 1997). Eran las esperanzas cifradas en quedar dentro de esos 150 operarios permanentes, de volver a tener un trabajo estable, aquello que se escapaba con el “se nos va FERTINEU” que Estela subrayaba. Y era la contrastación de la pérdida de un pasado productivo que ya no volvería lo que había provocado la decisión de salir a cortar las rutas. Esa resolución, además, no había sido asumida por “dos o tres” sino por el “pueblo”, aseveración con la que Estela buscaba poner en entredichos las afirmaciones en torno a que el origen del conflicto había sido azuzado por “los actores políticos y [...] los medios que alentaban”. Los “actores políticos” a los que ella refería no eran otros que los integrantes de la línea “blanca” del MPN.

Las acusaciones mutuas entre las dos facciones de este partido provincial habían comenzado casi contemporáneamente con la protesta. Los “blancos” –representados por Adolfo Grittini, ex intendente de Cutral Co (1991-1995) y ex candidato a vicegobernador de Jorge Sobisch en las elecciones internas de junio de 1995– sostenían que el estallido del conflicto era el resultado de “la miopía política de los gobernantes actuales” y que la interrupción unilateral de las negociaciones con la empresa canadiense demostraba que “no hay capacidad de negociación para llevar adelante el desarrollo y crecimiento de esta provincia”¹⁹⁸. Entre tanto, los “amarillos”, mediante los intendentes de Cutral Co y Plaza Huincul, Daniel Martinasso y Alberto César Pérez respectivamente, si bien reconocían que la pueblada carecía de “cabezas visibles”, afirmaban que había sido organizada por los “blancos” por medio de “su” emisora radial local –FM La Victoria, desde cuyos micrófonos se había incentivado a la población a manifestarse– con el objetivo de desestabilizar al actual gobierno¹⁹⁹. La versión en torno de la “manipulación” del conflicto persistió incluso varios días. Hasta el intendente de Villa La Angostura, Hugo Panessi, aludía a ello en declaraciones realizadas el 25 de junio en las que sostenía que, aunque enraizada en la desocupación, la protesta se había originado porque los “dirigentes políticos [...] están jugando con la necesidad y la desesperación de la gente”²⁰⁰. Por cierto, sus aseveraciones no eran inocentes. De profesión médica y de pertenencia peronista, este funcionario, opuesto al menemismo, era uno de los pocos

¹⁹⁸ *Río Negro*, 21 de junio de 1996.

¹⁹⁹ *Río Negro*, 22 de junio de 1996.

²⁰⁰ *La Mañana del Sur*, 26 de junio de 1996. Por otra parte, algunos enfoques académicos también sostienen que el descontento social provocado por la ruptura de las negociaciones con Agrium-Cominco “en un principio es aprovechado por la oposición interna del partido gobernante y se impulsa la idea de la movilización y el corte de rutas”, argumentando para ello la vinculación entre Grittini y FM La Victoria (Costallat, 1997).

integrantes del PJ que ocupaba un cargo de relevancia dentro del territorio provincial. Por tanto, enfatizar la manipulación del conflicto era también una manera de sumarse con voz propia en ese escenario, ahondando las críticas contra el partido que desde hacía más de 40 años controlaba el destino general de la provincia. En efecto, el intendente Panessi no establecía distinciones entre las facciones del MPN en su acusación de “jugar” con las necesidades de la gente. Pero tampoco se distinguía de ellos a la hora de negar la capacidad de acción independiente de las y los pobladores de Plaza Huincul y Cutral Co.

Para las ex trabajadoras de YPF o esposas de exyepfeanos, maestras, empleadas domésticas, propietarias de pequeños comercios, desocupadas o jubiladas que –como Estela, Magdalena, Sara, Arcelia y Bety– acudieron esa tarde a las rutas, estas versiones generaban reacciones adversas. Era más que conocido que las dos facciones del MPN no escatimaban recursos a la hora de medir fuerzas en la disputa por el dominio del partido y del aparato estatal²⁰¹. Justamente, los debates que precedieron a la sanción de una ley que podía afectar distintivamente a los y las desocupadas y la forma en que su letra se puso en funcionamiento, dejaba pocas dudas respecto de los ribetes a los que podía arribar la pelea entre “blancos” y “amarillos”.

Durante los meses de julio y agosto del año anterior, la legislatura provincial había estado ocupada en el tratamiento de un proyecto de ley para crear un fondo local de asistencia a las y los desocupados similar a los que ya se venían ejecutando con fondos del gobierno nacional. La iniciativa había surgido del legislador menemista Aldo Duzdevich ante el alarmante índice de desocupación que afectaba a la provincia (16,7% para abril de 1995), las presiones ejercidas por las centrales sindicales (CGT, CTA y MTA) y, también, por las Comisiones y Coordinadoras de Desocupados que entre fines de 1994 y comienzos de 1995 habían comenzado a constituirse en distintas ciudades²⁰². El eje de la discusión parlamentaria era cómo se financiaría ese fondo que proponía asignar \$ 300 a cada desocupado/a mientras durara la gestión del gobernador Sobisch. Para el diputado menemista, el dinero debía provenir de las regalías que Nación había pagado a la provincia con las “joyas de la abuela”, es decir, con la privatización de YPF. La oficialista línea “blanca” proponía obtenerlo del descuento de un porcentaje del salario de los

²⁰¹ El estrecho vínculo entre el MPN y el control de aparato desde la constitución del primero y su acceso casi continuo al manejo del segundo, ha sido retomado en varias oportunidades por diversos estudios, razón por la cual es innecesario desarrollar sus derivas aquí. Entre otros, pueden verse los distintos trabajos de Favaro y Arias Buccarelli citados en la sección bibliográfica de esta tesis, de Costallat (1997), de Díaz et al. (2006) y Bonifacio (2009).

²⁰² Sobre estas Comisiones, entre las que hubo participantes de Cutral Co, puede consultarse el texto de Oviedo (2004). Un estudio en profundidad sobre el debate que atravesó este proyecto de ley y su sanción puede verse en la investigación doctoral de José Luis Bonifacio (2009).

empleados estatales aduciendo que el Estado provincial carecía de otros recursos con los que sostener las proyectadas asignaciones por desempleo. Los “amarillos” se opusieron tajantemente a esto último, haciéndose eco del profundo malestar que la idea de los “blancos” había generado entre los gremios estatales y exigiéndoles, a su vez, que rindieran cuentas de los gastos efectuados para la campaña interna y para las obras encaradas con los fondos adeudados de la Nación. El 8 de agosto de 1995, finalmente, fue sancionada la Ley 2128, que creaba el Fondo Complementario Ocupacional. En su articulado se determinaba que el monto asignado a cada desocupado/a sería de \$ 200, que la asignación perduraría por el tiempo establecido en la reglamentación y que los fondos provendrían de reestructuraciones presupuestarias, aportes voluntarios del 5% en las remuneraciones de los funcionarios del Poder Ejecutivo y Legislativo provinciales, y contribuciones estatales o privadas (Bonifacio, 2009). Como la ley se sancionó durante la campaña electoral y, en apariencias, Sobisch intuía el triunfo de Sapag, los “blancos” habrían aceptado el texto para dejarle al posterior gobernador un gasto corriente que le provocaría serios problemas en el futuro inmediato. Por su parte, y también con motivo de la campaña, los “amarillos” no podían oponerse a él. Pocos meses más tarde, las expectativas de los blancos se cumplieron: el gobernador Sapag se agenció diversos conflictos con las centrales sindicales pues, para financiar el fondo, redujo entre un 20% y un 40% el salario de los empleados públicos.

Las y los pobladores de Plaza Huincul y Cutral Co, que habían asistido a estas y otras “batallas” entre las facciones del MPN por medio de los diarios y de su propia experiencia, no descartaban la posibilidad de que sus comunidades pudieran convertirse en uno de los bastiones dilectos para ellas. Pero había una distancia importante entre suponer ese horizonte y sentirse objeto de manipulación en la protesta que ellas/os estaban dinamizando. Stella Maris, quien trabaja como empleada doméstica y vive en Cutral Co, cuando supo lo que estaba ocurriendo en la ruta, decidió:

Fui a ver. Yo me daba cuenta que la situación ya no daba para más. Estaba desesperada la gente por estar implorando un remedio o pidiendo fiado y que nadie te fie nada. Entonces fui a ver qué pasó. Cuando llegué a la ruta, había mucha gente. Me subí con mi hijo a una camioneta y nos fuimos a la [Ruta Provincial] 17. Nos quedamos en un piquete ahí. Éramos poquitos [...] pero teníamos que seguir adelante para conseguir por lo menos que Sapag viniera y viera lo que estaba sucediendo (Entrevista de la autora a Stella Maris, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003).

Para ella, el conflicto no se había originado en luchas facciosas sino en razones que eran evidentes y que se resumían en la “desesperación”, el “estar implorando y pidiendo” y no lograr nada. Fue a la ruta para observar por sí misma lo que sucedía. Y cuando llegó, tomó la decisión de quedarse con su pequeño hijo a pesar de la escasa cantidad de gente que había en el piquete donde se estableció, a la espera de que viniera Sapag, “por lo menos”. Ese “por lo menos” dejaba entrever que ella no se contentaba con la presencia del gobernador sino que exigía al poder institucional mucho más: terminar con la situación de desesperación de su comunidad. Era ese anhelo lo que la había llevado hasta allí. Y no era ella la única que esgrimía motivos de esta naturaleza.

Para junio de 1996, Cecilia, que se había mudado a Cutral Co a comienzos de la década de 1970 cuando su mamá se separó de su padre, tenía en su haber un divorcio, un segundo matrimonio y 6 hijas/os pequeñas/os. Ella relataba que las noticias sobre el corte de rutas las había traído su hermano la tarde del 20 de junio, cuando pasó por su casa a ver a sus sobrinos y “tomar mate”. Al enterarse, decidió ir con él y uno de sus hijos más pequeños a la torre de YPF. La razón había sido que, aun cuando ella no estaba mal económicamente en esos momentos porque su marido trabajaba como camionero y ella atendía un pequeño local comercial que habían abierto entre ambos en Cutral Co, “la gente necesita que la apoyemos, está sin trabajo”²⁰³. Cecilia relataba:

[Poco importaba] el frío que te calaba los huesos. ¡¡Si nos hubieses visto!!! Hacíamos fueguito, teníamos el pelo todo parado. Y yo iba todas las noches. ¡¡Mirá que íbamos a hacer eso porque nos decían los del MPN!! [...] Estábamos ahí para que viniera [Sapag] y diera la cara y que dijera él que iba a dar una solución [...] porque el MPN fue uno de los que dijo que querían que se vendiera YPF, siendo que era el pilar mayor que sostenía Cutral Co y Plaza Huincul... porque esto era una comarca petrolera. Los del MPN fueron los responsables (Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003).

Cecilia salió a la ruta enterada de lo que ocurría no por FM La Victoria sino por su hermano, y convocada por su sentimiento de solidaridad. Fue ese sentimiento el que se había impuesto a la rudeza del clima de las comarcas petroleras en esa época del año. Más aún, soportar los rigores del frío y los vientos que azotan ese territorio durante esos momentos, eran pruebas suficientes para ella de que al menos, en su caso, ir y permanecer en la ruta había sido una elección autónoma. Ciertamente, el MPN había

²⁰³ Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003.

tenido que ver con ello. Pero ¿en qué términos? Si el conflicto había sido provocado, la raíz de tal provocación, para Cecilia, debía buscársela mucho antes, cuando ese partido había apoyado la privatización de YPF. De hecho, el gobernador Jorge Sobisch había comprometido y evidenciado su respaldo a tal medida acompañando con su firma un texto que los gobernantes de las provincias productoras de petróleo enviaron al Ministerio del Interior de la Nación. En él, expresaban que habían solicitado a los “diputados nacionales de nuestros distritos” votar favorablemente el texto de la ley que tenía media sanción del Senado y que ahondaba el proceso privatizador con la federalización de los hidrocarburos²⁰⁴. El jefe del Estado provincial neuquino también había puesto de manifiesto su beneplácito ante las medidas del gobierno nacional, declarando públicamente que “ahora tenemos las joyas de la abuela en casa”, en referencia a los 721 millones de pesos que en acciones de YPF y BOCON, recibiría como resultado del pago de las deudas de la Nación en regalías hidrocarburíferas e hidroeléctricas²⁰⁵. Por lo tanto, para Cecilia, ninguna línea interna del MPN tenía legitimidad para interpellarla a fin de que saliera a protestar, puesto que este partido, independientemente de sus facciones, era el que había conducido a la ruina de las comunidades de Cutral Co y Plaza Huinul.

Magdalena es muy distinta a Cecilia y no sólo porque le lleva casi 30 años de edad o porque había nacido en la provincia de Neuquén mientras que Cecilia era oriunda de Buenos Aires. También porque para Magdalena, con su carácter más reservado y su hablar más lento, la figura de Felipe Sapag despertaba recuerdos y sentimientos encontrados. Ella relataba que a mediados de la década del cuarenta, cuando su familia, procedente de Picún Leufú, a 70 km de Cutral Co, se instaló en esta última localidad, el futuro gobernador, que en ese entonces era “el carnicero más importante de Cutral Co”, le había comprado a su padre una jardinera “pagándole con carne por tres o cuatro meses”. Más tarde y ya convertido en “Don Felipe”, la contrató como niñera de uno de sus hijos, visitó a su padre enfermo y le dio el dinero para arreglar la casa de adobe en la que habitaba junto con su madre, su papá y su hermana más pequeña, y que el tendido del asfalto había resquebrajado. Fue a partir de este trato personal que Magdalena se hizo del MPN, partido al que, por otra parte, nunca perteneció Cecilia. Empero, sus lealtades hacia Sapag no le impidieron salir a la ruta el 20 de junio, pues para ella:

²⁰⁴ *Río Negro*, 23 de septiembre de 1992.

²⁰⁵ *Río Negro*, 26 de septiembre de 1992.

Si no nos defendemos nosotros, ¿quién nos defiende? Porque nadie nos defiende. Porque... ¿por qué pasó esto? Pasó esto porque nosotros nunca le dimos bolilla al gobierno provincial en Cutral Co y Plaza Huinul, porque teníamos a YPF [...] Pensábamos que estaba todo bien (Entrevista de la autora a Magdalena, Cutral Co, 7 de mayo de 2004).

En su relato, Magdalena enlazaba distintos argumentos para explicar su propia agencia. Uno de ellos remitía a la causa que la había conducido a involucrarse en el corte de rutas. En ese sentido, la defensa de la comunidad cobraba un lugar nodal que, a su vez, adquiría una dimensión particular centrada en que la misma sólo podía hacerse efectiva si la desplegaba la propia comunidad. Era ese despliegue el elemento crucial que atravesaba la acción colectiva de protesta. Pero, también, envolvía un acto de aprendizaje, dado que, y hacia allí se encaminaba otro de sus argumentos, esa comunidad no lo había hecho antes, es decir, no había defendido su propia existencia cuando esta se libraba bajo la égida de YPF. Para Magdalena, la ausencia de ese amparo propio se evidenciaba en que “nunca le dimos bolilla al gobierno provincial”, pues, según siguió aclarando, “no hicimos lo necesario para que se abriera FERTINEU”. “Darle bolilla” no era por lo tanto apoyar u obedecer al gobierno provincial sino, más bien, presionarlo ya que, como comentó Arcelia al intervenir en la narrativa de Magdalena, “eso [en referencia al proyecto de 1983] era una mentira más grande que hace más de 20 años la vienen diciendo”²⁰⁶. Justamente, el corte de rutas era un acto sustentado en la presión y en el reclamo que Magdalena estaba poniendo en escena, que desdeñaba sus propias adhesiones político-partidarias al pretender que “Don Felipe” explicara “por qué si tenemos el gas y el petróleo, nos estamos muriendo de hambre”, retomando sus palabras citadas en el preludio de este capítulo.

Si se tienen en cuenta los relatos de Estela, Stella Maris, Cecilia o Magdalena, puede observarse que pese a la disparidad de sus experiencias, de sus pertenencias de clase o de sus preferencias políticas, ninguna de ellas reconoce que su decisión de salir a las rutas fue el producto de la manipulación de sus deseos e intereses por parte de algún sector político-partidario. Por el contrario, en la base de sus actos, operaron percepciones sobre la realidad circundante, evaluaciones sobre los factores que habían conducido a esas comunidades a la pobreza y a la desesperación – y más aún, sobre quiénes habían

²⁰⁶ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 7 de mayo de 2004. Arcelia intervino en esa entrevista ya que me había acompañando a la casa de Magdalena porque yo desconocía su dirección. La primera entrevista que le había hecho a Magdalena había sido en la casa de Sara, lugar que gentilmente nos cedió mientras ella atendía su pequeño comercio.

sido los responsables de ese destino— e ideas acerca de lo que debían hacer para revertir esa situación que no eran externas a su propia experiencia individual y colectiva y a sus específicas trayectorias. Por lo tanto, los resortes que las impulsaron a actuar no fueron el fruto de los designios de una suerte de titiritero omnisciente que, entre bambalinas, movía los hilos de la voluntad colectiva. Ello no implica desconocer que, en ese complejo escenario, el anuncio del gobernador Sapag fue provechoso para que el sector adverso del MPN dispusiera sus cartas. La difusión de esas noticias por parte de FM La Victoria, cuyo dueño, Mario Fernández, era aparentemente socio del ex intendente Adolfo Grittini²⁰⁷, la puesta en el aire de los llamados telefónicos de las y los vecinos que se quejaban por el frustrado resultado de la operación con la firma canadiense, los alientos a protestar ante la situación que podían escucharse desde sus micrófonos, según comentaban también varias personas entrevistadas, fueron algunos de los recursos a los que el sector “blanco” echó mano para montar su tablero. Otro fue la temprana presencia de algunos de sus integrantes en las barricadas en respaldo de la medida de fuerza. De hecho, la diputada provincial Leticia García, perteneciente a la línea “blanca”, estaba en uno de los piquetes y declaraba que la decisión de cortar las rutas era “lo más acertado que ha podido hacer la gente de Cutral Co y Plaza Huincul, dado que nosotros [los legisladores] en otras oportunidades hemos estado al frente de las movilizaciones y no hemos tenido el éxito que habríamos querido”²⁰⁸. Aún cuando el periodista no le preguntó a qué manifestaciones pasadas se refería ni si consideraba que estaba al frente de la actual protesta, la diputada no dudó en identificarse como parte de las y los manifestantes y su reclamo, y destacó, además, que “aunque sabemos que es anticonstitucional [en referencia a la medida de protesta], [...] que venga un juez a decirnos que nos vayamos”²⁰⁹. Mas esa alusión a la “inconstitucionalidad” de la herramienta de lucha escogida daba cuenta de las distancias entre las perspectivas de esa funcionaria y las de las mujeres y los varones que estaban protagonizando el conflicto, pues para estos últimos el derecho de cortar las rutas no encastraba su formulación en esos términos. Y no era sólo eso lo que marcaba las diferencias entre una y otras/os. La presencia tanto de representantes del poder legislativo como de integrantes de otros ámbitos gubernamentales provinciales y locales fue parte de un terreno de disputas constante durante los primeros días del conflicto, lo cual condujo a que, como se verá más adelante,

²⁰⁷ Esta asociación entre los “blancos” y el propietario de la emisora fue comentada por varias de las mujeres entrevistadas. También fue recogida por la investigación de Javier Auyero (2004), entre otros.

²⁰⁸ *Río Negro*, 22 de junio de 1996.

²⁰⁹ *Río Negro*, 22 de junio de 1996.

las y los pobladoras de Cutral Co y Plaza Huincul se vieran obligados a acudir a variadas tácticas para mantener el control de la protesta en sus manos.

En síntesis, el inicio de la confrontación estuvo rodeado de un debate que involucró, al menos, dos posiciones. De un lado, la de las mujeres entrevistadas que, como Estela o Cecilia, rechazaron la idea de la cooptación, o que, como Stella Maris, Magdalena o Arcelia, enraizaron su acción en la autodefensa de sus comunidades y en el ejercicio de la presión sobre el gobierno provincial. Del otro, la postura de los integrantes del partido gobernante que, a partir de su desencuentro interno, ubicaron la protesta o bien como parte de una jugada facciosa o bien como una oportunidad para minar la autoridad del sector que ocupaba el gobierno. Pero esta tensión que, puesta en términos sencillos, podría resumirse entre autonomía y manipulación, se ha diluido tanto en la cobertura periodística como en los análisis de ciertos partidos políticos y en algunos enfoques académicos. En su lugar, ha prevalecido la idea de la cooptación para explicar la irrupción de la protesta.

La lógica que sustenta esa mirada forma parte de la imagen recurrente que las nociones sobre el clientelismo político ha proporcionado para examinar las prácticas políticas de los sectores subalternos, especialmente cuando se trata de indagar aquellas que desarrollan las personas desocupadas. Esas nociones subrayan la externalidad del impulso inicial de las movilizaciones y conflictos en los que se involucran en particular estos últimos, ya que los presupone frágiles en su identidad, en su capacidad organizativa, en la gestación de solidaridades horizontales y, con ello, en su potencialidad para movilizarse si no es bajo el impulso de un instigador, se trate del Estado, de un partido político, de una facción dentro de un partido, de “punteros” barriales o de quien detente alguna posición de poder²¹⁰. El esquema corresponde al de una pirámide donde la capacidad de provocar y articular la acción colectiva se ubica en la cima, compuesta por individuos, grupos o sectores que, en pos de beneficios mezquinos, usan y abusan de las genuinas necesidades de quienes se hallan en la base. Esa capacidad se funda en la promesa o la entrega de favores, bienes o servicios que sirven como incentivo material para que estos últimos, cual sujetos pavlovianos, al decir de Javier Auyero (2003), se movilizan.

²¹⁰ Una crítica profunda a esta clase de enfoques puede verse en Auyero (2003). Asimismo, la deconstrucción del vínculo entre política clientelar y protesta “dirigida” es singularmente planteada en el estudio de la movilización conocida como el “Santiagazo” por Marina Farinetti (1998).

Empero, este esquema y la lógica en que se sostiene, tan usual para explicar generalmente las expresiones masivas de descontento popular y también su aplacamiento, se quebranta si el foco del interés y la escucha se dirigen hacia quien encarna o manifiesta el descontento. Cuando se presta atención a los relatos de mujeres como Bety León, que durante la mañana del 20 de junio de 1996 estuvo en el acto escolar de su pequeña hija pensando qué debía hacer ante la ruptura de las negociaciones con la empresa canadiense, que interpeló directamente a las mujeres que se encontraban en ese acto, que decidió con ellas reunirse en la puerta de su casa a las 15 hs para ir juntas a la ruta, que pudo hacer eso porque articuló solidaridades, identidades y lecturas políticas sobre la realidad circundante en los intercambios dialógicos sostenidos con sus vecinas en el mercado, en la cooperadora escolar o mientras baldeaba la vereda de su casa, se torna difícil asignarle carencia de autonomía a sus reflexiones, incapacidad organizativa, fragilidad en la construcción de sus intereses o una disposición a la confrontación digitada externamente. En esa misma dirección, cuando los testimonios de esas mujeres permiten develar la relevancia de espacios de organización horizontal que, por tanto, no se definen ni se plasman en una estructura vertical que delimita con cierta nitidez pertenencias y exclusiones –tales como las que emergen de instancias político-partidarias o sindicales–, entonces, es posible comprender que los formatos organizativos son variados y que esa variación está en consonancia con las experiencias, las culturas políticas y las trayectorias siempre diversas de los sujetos que crean y participan de esos espacios. Por otro lado, también se vuelve factible entender que esa cultura política en plural forma parte de una comprensión del mundo y de una asignación de sentidos compleja y conflictiva que, en este caso, tiñó de manera específica no sólo la decisión de esas mujeres de acudir a la ruta sino también el examen posterior que ellas realizaron sobre su propia práctica.

Una lectura desprevenida o incauta de sus dichos podría conducir a concluir, sin embargo, que efectivamente ellas carecían de motivaciones políticas y que su presencia en los piquetes había sido enteramente espontánea. Sara enlazaba ambas cuestiones cuando relataba:

La participación [de las mujeres] fue espontánea. Algo así que surgió espontáneamente. Unas para cocinar, las mujeres del centro de jubilados se juntaron para hacer las ollas grandes, para que todos pudieran comer [...] Fue algo autoconvocado, nadie dijo, hacemos una reunión y vamos. No. Surgieron espontáneamente. Eso fue en la primera pueblada. Ya en la segunda, fue más..., digamos, de otra forma, más politizada (Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

El comienzo de esta narración marca una disparidad entre la experiencia de Sara y la de Bety, pues aquella no había participado en ninguna reunión previa donde se discutiera la medida de protesta. En realidad, Sara se había enterado de lo que estaba sucediendo por un llamado de Arcelia y fue durante la conversación telefónica cuando ambas decidieron consultar con Magdalena qué hacer. Así, llegaron las tres a la torre de YPF luego de la hora del almuerzo. La resolución de intervenir en el conflicto fue para Sara, entonces, espontánea, porque devino de una “autoconvocatoria” que no reconocía ni planes trazados de antemano ni sujetos convocantes.

Este sentido que ella asignaba a la palabra espontaneidad se completaba con el punto de contraste que establecía entre la primera y la segunda pueblada, es decir, con el nivel de politización. Pero ¿qué significaba que la segunda contienda, ocurrida en abril de 1997, había estado “más politizada”? Para Sara, se vinculaba con la presencia de partidos y dirigentes políticos, pues; como siguió aclarando, en la primera pueblada “casi todos eran, digamos, del pueblo, no eran dirigentes ni nada políticos”²¹¹.

La dualidad planteada entre pueblo y dirigentes no formaba parte de una mera observación descriptiva sino de una concepción donde los términos de ese par encerraban una oposición, una distinción casi antagónica devenida de una profunda desconfianza en torno a la actividad política. Salvo para Arcelia, que sostenía: “yo siempre me metí en la política, digo, porque si no estamos, alguien viene [...] me metí en lo que a mí me parecía el mejor y siempre estuve en contra del MPN”²¹², o para Magdalena, que había adherido al MPN desde muy joven, la mayoría de las mujeres entrevistadas percibían el ejercicio de la política como una actividad alejada de los intereses cotidianos de las personas y también, como un espacio de “suciedad” y “corrupción”. En una extensa reflexión, Cecilia iba más allá al sostener:

La democracia es lo que los políticos no entienden. Siempre digo, es vivir libre, tener libertad de opinión, que se nos escuche, que se nos respete como personas y seres libres. Para mí no existe la democracia en este momento. Los políticos son todos unos corruptos. Hacen las leyes a beneficio de ellos y de los muchachitos de ellos, que son los delincuentes, porque la mayoría de los jueces y comisarios y políticos están todos entreverados con los malvivientes. Te piden que los votes y se sientan a rascarse, a calentar la silla. Es pura joda (Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003).

²¹¹ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

²¹² Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

Sus palabras encadenaban ideas que, a simple vista, parecerían no portar demasiadas novedades. En efecto, ni en los noventa ni en la actualidad, ha sido inusual escuchar que la política es una actividad poco transparente, que quienes la practican lo hacen con el objetivo de defender intereses particulares, que a tal fin articulan redes en actos ocultos donde mutuamente se protegen, que los políticos aparecen en escena para pedir el voto y que desaparecen junto con sus promesas para ir a “rascarse” y a “calentar sillas”. Es más, también a simple vista lo que Cecilia espera de la democracia y la manera en que la define responde con bastante exactitud a las conceptualizaciones más liberales sobre esta forma de gobierno. Pero esa vista simple desaparece cuando se toma en cuenta que quien lo dice es ella: una mujer integrante de los sectores trabajadores que salió a las rutas para exigir que se los respetara como personas, que se los escuchara, que no se coartara su posibilidad de vivir libremente, pues se los había atado a la miseria. ¿Sus exigencias eran radicales desde un punto de vista revolucionario? No. ¿Contenía su formulación de la democracia y de la política algún atisbo que cuestionara las bases de funcionamiento del sistema capitalista y propusiera su superación? Tampoco. Pero su mirada de la democracia y de la política no era por ello menos subversiva, porque lo que exigía era que los sectores dominantes se tomaran en serio la parte que a ellos les correspondía del “contrato social”. Era esa la amenaza y el desafío que mujeres como Cecilia condensaban con el corte de rutas. Y para eso usaban sus propias palabras o les asignaban los sentidos que su propia experiencia les había provisto. No hacían “política” porque la “política” se había convertido en un acto formal, el ejercicio del voto, que sólo favorecía los intereses de las personas que llegaban a instancias gubernamentales y nunca, los de aquellos, el “pueblo”, al que decían representar y que prometían defender. Pero, tal vez, tampoco la hacían porque negando la palabra no sólo objetaban la práctica de los sectores dirigentes sino también se escudaban preventivamente ante acusaciones que pudieran deslegitimar la protesta que estaban protagonizando.

Las ocasiones en las que ciertas operaciones discursivas de los integrantes del Poder Ejecutivo provincial pretendieron restar apoyo social a diversas confrontaciones que involucraron a las y los desocupados, no eran lejanas al tiempo en que ocurrió el corte de las rutas en las comarcas petroleras ni al recuerdo de sus protagonistas. Arcelia relataba que aunque “las primeras piqueteras fuimos nosotras, la gente de Senillosa fueron [...] los primeros que cortaron la ruta”²¹³. Más allá de esta distinción –sobre la que

²¹³ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

se volverá luego –, la alusión a este conflicto que se desató a mediados de noviembre de 1994 permite ejemplificar las respuestas que el gobierno de Jorge Sobisch articulaba ante este tipo de medidas y que no eran desconocidas para los y las pobladoras de Cutral Co y Plaza Huinul. En esa oportunidad, entre 1.000 y 3.000 personas de Senillosa, localidad ubicada casi a 40 km de la ciudad de Neuquén y formada al calor de la actividad de la construcción de grandes obras públicas, fue escenario de un bloqueo de la Ruta Nacional 22 durante tres días²¹⁴. Si bien la desocupación era un factor trascendente en el origen de la protesta, su detonante fue la decisión del intendente que había reemplazado al anterior jefe comunal del MPN – cuya renuncia devino de la acusación de malversación de fondos– de reducir salarios, despedir a personal estatal y suspender los subsidios nacionales por desempleo con el objetivo de pagar deudas a los proveedores. El gobernador Jorge Sobisch no sólo le asignó al inicio del bloqueo el carácter de “levantamiento injustificado”. También interpeló a la población neuquina en general a la espera de que su “madurez” le permitiera observar que quienes hacían el corte “están soliviantando los ánimos, echando leña al fuego [...] *Son agitadores que aprovechan las circunstancias existentes en Senillosa para enfrentar a un gobierno democrático y pluralista que nunca utiliza la represión para dirimir las controversias*” (Aizicson, 2007; énfasis en el original). Asimismo, un año más tarde, en octubre de 1995, cuando la Coordinadora de Desocupados de Neuquén, dirigida en principio por ex trabajadores de la construcción ligados a distintas organizaciones trotskistas, tomó la sede de la Casa de Gobierno en reclamo del pago sin discriminaciones de los subsidios por desempleo y el aumento del monto individual a \$ 500, la reacción gubernamental fue el lanzamiento de una salvaje represión y el encarcelamiento y procesamiento de los principales dirigentes de la Coordinadora, Alcides Christiansen y Horacio Panario. Según la investigación de José Bonifacio, el gobierno recibió manifestaciones de solidaridad no sólo de los candidatos de los partidos políticos tradicionales sino también de la CGT y la CTA, quienes manifestaron su resuelto apoyo a la “defensa de la democracia” (Bonifacio, 2009: 118-125).

Estas acciones dejaban en claro que el “gobierno democrático y pluralista” bien podía acceder al uso de la fuerza para acabar con una movilización y que, además, podía concitar el apoyo de la dirigencia del movimiento obrero organizado si los/las

²¹⁴ Este conflicto ha sido investigado por Fernando Aizicson (2007), quien realiza una interesante interpretación en torno a las prácticas desplegadas por los desocupados y los lazos entre ellos y la organización sindical de ATE, que se puso a la cabeza del mismo, examinando las percepciones de esta última sobre las protestas protagonizadas por aquellos.

desocupados/as llevaban a cabo acciones de protesta que este último no controlaba. En consecuencia, si así se dirimían los términos de las confrontaciones, ¿por qué para Cecilia, Sara e incluso Arcelia, ponderar sus acciones como políticas y organizadas adquiriría un valor positivo? Es más, ¿por qué restarle un carácter espontáneo a su acción cuando la organización justamente significaba la presencia de un partido político o una línea interna que buscaba su propia tajada en la contienda? ¿Por qué asumirla como tal si una de esas experiencias organizativas había sido la sindical, o más específicamente, la encarnada por el SUPE, el sindicato que los había traicionado defendiendo la privatización de YPF? En resumen, cuando las mujeres asignaron a sus acciones el valor de espontaneidad y la ausencia de política, connotaron con ello el rechazo explícito al particular ejercicio de la política de los sectores con los que ellas confrontaban, sospechando también de todo discurso o práctica que pudiera emanar de partidos políticos y de organizaciones sindicales.

Esto no significa negar que la irrupción de la pueblada contuviera una alta dosis de espontaneidad. Pero sí implica situar esa espontaneidad en otro espacio analítico que no subestima ni desconoce prácticas organizativas previas ni edificaciones de lazos horizontales y políticos. En todo caso, se trata de ubicarla en un espacio donde la espontaneidad remite más a la ocasión y la vehemencia que adquiere el enfrenamiento y no a su contenido y, consecuentemente, a la elaboración en que se asientan las reacciones y estrategias de resistencia (Scott, 2000).

Finalmente, proporcionar entidad analítica a la agencia de esas mujeres, a los ámbitos en los que delinearon su organización colectiva o donde construyeron la identidad de sus intereses, y proponerse volver inteligibles los términos en los que desplegaron sus prácticas, no soslaya la presencia de otros sujetos cuya agencia se orientó a dejar también su rúbrica en el conflicto. Tal como sostiene Javier Auyero, “la movilización de recursos y el proceso de enmarcado [realizado por el sector “blanco” del MPN] realmente tuvo lugar” (Auyero, 2004: 65). Empero, para él, estas dos instancias fueron el prerrequisito de las protestas y no operaron en “un vacío sino bajo condiciones contextuales que están maduras para la protesta en gran escala” (Auyero, 2004: 65). En ese sentido, este autor advierte la tensión entre quienes podían estar, según sus propias palabras, “detrás de los hechos” – es decir, los “blancos”– y quienes los protagonizaban, aunque la resuelve ubicándola entre un sujeto (los integrantes del sector “blanco” del MPN) y un contexto (las condiciones sociales imperantes en las comarcas petroleras). La interpretación que persigue esta tesis se asienta en la tensión producida entre sujetos con

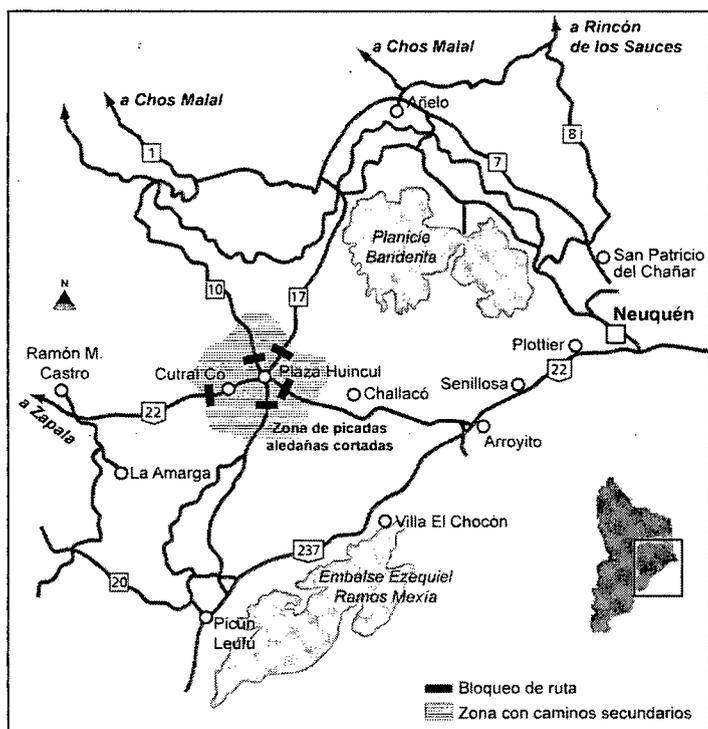
trayectorias diversas y en los conflictos y disputas que estallaron entre ellos y que imprimieron trazas singulares a la pueblada.

Las páginas que siguen darán cuenta del devenir de esta última, examinando justamente las estrategias políticas que las mujeres desplegaron y que les permitieron evitar que cualquier facción del MPN controlara la protesta, coadyuvar al sostenimiento de la misma e incluso, tornarse sus caras más visibles en algunos casos.

1.1. DÍAS Y NOCHES PIQUETERAS: LA CONTRAPROTESTA DE LA PROTESTA

Mientras transcurría la tarde del 20 de junio, la presencia de la gente en la ruta se fue incrementando. Como resultado de ello, hacia la noche ya estaban organizados varios piquetes. El principal se localizó frente a la torre de YPF –que marcaba el ingreso a la refinería de Plaza Huincul– sobre la Ruta Nacional 22. Cuatro barricadas más se montaron en la zona del Aeropuerto, en Añelo, en la salida hacia Picún Leufú –sobre la Ruta Provincial 17– y en el Barrio Parque Este y Oeste (hacia el noroeste). A estos cinco bloqueos se sumaron casi dos decenas de cortes establecidos en las picadas o caminos de tierra alternativos a las rutas, construidos en tiempos de YPF.

MAPA 1
PROVINCIA DE NEUQUÉN. PRINCIPALES CORTES DE RUTAS EN
CUTRAL CO Y PLAZA HUINCUL



La torre, donde se concentraba la mayoría de los y las pobladoras, se constituyó en el epicentro de la pueblada, esto es, el lugar donde mediante asambleas multitudinarias se tomaban las decisiones. La más importante de ellas fue que nadie, a excepción de “ambulancias y móviles policiales”, entraría o saldría de Cutral Co y Plaza Huincul hasta que Felipe Sapag no se hiciera presente y ofreciera soluciones concretas a la situación de desempleo y pobreza que imperaba en la zona²¹⁵. Específicamente, los y las pobladoras exigían que esa solución viniera de la mano de la reactivación del proyecto de la construcción de la planta de fertilizantes²¹⁶.

Sapag no demoró su respuesta: de ninguna manera viajaría a “un lugar donde hay insubordinación”²¹⁷. En todo caso, según expresaba el gobernador en una carta enviada en la noche del viernes 21 de junio a los intendentes de las dos localidades, Daniel Martinasso y Alberto César Pérez, se avendría a reunirse el día lunes en la sede gubernamental de la capital con ellos y con “las fuerzas vivas [...] siempre y cuando se levanten las medidas de fuerza”²¹⁸. Mas el panorama político y social también estaba convulsionado en la propia ciudad de Neuquén. Ese mismo viernes, el Jefe del Ejecutivo se hallaba frente a las puertas de un conflicto impulsado por la Coordinadora Provincial de Trabajadores Desocupados y la CTA, quienes habían convocado a una marcha hacia la Casa de Gobierno en demanda del cese de la persecución a los dirigentes obreros, el aumento del subsidio por desempleo a \$ 500, un plan de obras públicas, la colonización y entrega de tierras, y la exención del pago de impuestos²¹⁹. Según lo relevado por las noticias periodísticas, los manifestantes no se habían pronunciado sobre lo que estaba sucediendo en Cutral Co y Plaza Huincul. Pero la protesta sumaba más desvelos para el gobernador.

Por otra parte, donde sí comenzaba a resonar fuertemente el conflicto de las comarcas petroleras era dentro de la legislatura provincial. Allí, el bloque justicialista impulsaba la iniciativa de interpelar a Felipe Sapag para que explicara de qué manera pensaba solucionar la crisis desatada en Cutral Co y Plaza Huincul. Aun cuando los y las diputadas del MPN –sin distinción de facciones– lograron impedir que el intento se concretara, los integrantes de los bloques opositores dejaron en claro cuán delicada era la situación del gobierno provincial. Así, mientras los diputados del Frente País Solidario

²¹⁵ *Río Negro*, 22 de junio de 1996.

²¹⁶ *Ibíd.*

²¹⁷ *Ibíd.*

²¹⁸ *Ibíd.*

²¹⁹ *Ibíd.*

(FREPASO), Oscar Massei, Raúl Radonich y Alicia Gilloni, reclamaban públicamente “una definitiva y seria respuesta”, Amílcar Sánchez, presidente del bloque justicialista, manifestaba que hacía responsable “al Ejecutivo y la vicegovernador Corradi por no tomar las acciones necesarias si llegara a ocurrir algo” ante la “tremenda pueblada” a la que el gobernador parecía “restarle importancia”²²⁰. Más que quitarle trascendencia, posiblemente lo que ocurría era que Sapag ubicaba la importancia del evento en otro aspecto vinculado no con la magnitud de la protesta sino con quien él suponía que estaba detrás de ella. Al menos, la primera plana del diario *Río Negro* alimentaba la sospecha de que todo lo había orquestado la línea “blanca” en su contra, pues la foto central mostraba el rostro preocupado del ex intendente Adolfo Grittini en el piquete de la torre de YPF, contestando entrevistas periodísticas y rodeado por centenares de personas²²¹.

Como se sostuvo en las páginas anteriores, para las pobladoras y los pobladores de Plaza Huincul y Cutral Co, la idea de ser la punta de lanza de una disputa facciosa no era ajena. Según afirmó Laura Padilla, maestra que vivió en Cutral Co hasta diciembre de 1996, “[los blancos] llevaron comida, leche, pañales, leña..., llevaron todo a la ruta porque querían que el viejo [en alusión a Sapag] renunciara”²²². Para ella, como para muchas de las mujeres entrevistadas, los adversarios del gobernador apostaban a la protesta como medio para socavar el poder de este último y era por tal motivo que acompañaban y proveían con diversos bienes a quienes estaban en los piquetes. Como el peligro de ser objeto de manipulación política, por tanto, no pasaba inadvertido, una de las preocupaciones principales de las mujeres fue la de contrarrestar ese riesgo. Para ello acudieron a ciertas tácticas, una de las cuales Arcelia recordaba sin poder dejar de reírse:

Ellos [los integrantes de los partidos políticos] se quisieron hacer dueños de esto y uno de ellos se subió al escenario que se había improvisado sobre uno de esos camiones playos. Y empezó a hablar, arengar al pueblo, qué sé yo. Una mujer lo agarró del fundillo del traste y lo bajó y lo repateó. Era una mujer mayor [...] con otras dos mujeres. Y lo agarraron a Baum y lo bajaron mientras le decían “vos qué venís a hablar si ni nos entregaste las chapas para la casa” (Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 7 de mayo de 2004).

El político en cuestión era Daniel Baum, senador provincial perteneciente al PJ. Los diarios registraron su presencia el 21 de junio en el piquete ubicado en la torre de la

²²⁰ *Ibidem*.

²²¹ *Ibidem*.

²²² Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

destilería, aunque no el episodio relatado por Arcelia. De todos modos, la noticia sí consignó que el funcionario, al igual que otros “diputados provinciales, estuvieron en la valla montada en el acceso de Plaza Huincul repitiendo el bajo perfil que los políticos decidieron mantener ante la protesta”²²³. El relato de Arcelia permite suponer que esa resolución de mantener un bajo perfil no fue ajena a la reacción que tuvieron las mujeres ante la arenga del senador justicialista. Pero también fue el resultado de una exigencia de las y los manifestantes. Bety León señaló:

Nosotros el primer punto que dijimos cuando nos juntamos en la ruta, cuando eran las siete de la tarde del 20 de junio, acá no mezclamos política, acá no hay ningún político que exista [...]. Yo no conocía ni un senador, ni un diputado... Ellos se filtraban entre nosotros y muchos compañeros me decían: “ese es concejal, aquel es diputado”, porque yo no los conocía. Pero como políticos no podían estar (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

La alusión a “filtrarse” volvía a marcar la distancia y la tensión que la presencia de un funcionario podía despertar en mujeres como Bety que, más allá de desconocer sus caras, desconfiaban de las intenciones de los “políticos” que se presentaban en la zona del conflicto. A su vez, sus palabras evidenciaban nuevamente el rechazo a la política pues tal concepto encerraba no sólo una práctica vinculada a la persecución de intereses poco claros o alejados de los anhelos y pretensiones de las comunidades sino también la posibilidad de que la protesta terminara subordinada a las decisiones que verticalmente tomaran los “políticos”. Estos temores y presunciones condujeron a que se aceptara la presencia de los funcionarios pero bajo la explícita condición de que estuvieran como “simples ciudadanos”, como marcaron varias entrevistadas, o que los cargos públicos que ocupaban fueran puestos al servicio de las decisiones tomadas colectivamente por las asambleas de los piquetes. Fue justamente con este objetivo como las mujeres pusieron en escena su capacidad de presión, esta vez dirigida hacia los intendentes Daniel Martinasso y Alberto César Pérez. Según el diario *Río Negro*, ambos habían salido a la ruta para observar de cerca lo que estaba ocurriendo. Pero “luego de zafar de dos mujeres que les formularon severas advertencias” y en medio de una catarata de insultos y amenazas lanzadas por los y las pobladoras reunidos/as en las cercanías de la sede municipal de Cutral Co, se vieron obligados a “adherir” a la protesta enviando víveres,

²²³ *Río Negro*, 22 de junio de 1996.

gomas para avivar el fuego en las barricadas y vehículos municipales para trasladar a la gente de piquete en piquete²²⁴.

Estas acciones, que tendían a garantizar que el conflicto y su conducción quedaran en manos de las y los habitantes de Cutral Co y Plaza Huincul, fueron acompañadas por la puesta en práctica de formas de organización y participación que afianzaban la intervención colectiva en el devenir del conflicto. En ese sentido, las decisiones sobre aquello que debía hacerse para fortalecer la protesta e intentar fijar su rumbo fueron el fruto del ejercicio de la democracia directa, mediante la participación en las asambleas realizadas en cada uno de los piquetes. Luego de un debate colectivo donde las posiciones se consensuaban por aplauso, las mismas eran llevadas por quien había sido nombrado “vocero” de cada barricada a la asamblea general, que funcionaba en la torre de YPF, donde volvían a ser discutidas para ser aprobadas o desechadas. Justamente, elegir “voceros” evidenciaba también de qué manera se concebía tanto esa participación colectiva como el ejercicio del poder. Según explicaba Sara:

No fueron líderes sino voceros porque ellos fueron elegidos para que llevaran lo que decíamos, lo que pensábamos, que más o menos todos queríamos lo mismo. Y ellos fueron elegidos para que nos representaran. Pero no se los consideraba la autoridad (Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

La distinción entre un líder y un vocero comprometía no sólo el rol que uno y otro cumplían, sino también el concepto de autoridad y el origen de la misma. De tal modo, si el vocero era electo para “llevar” lo que “decíamos”, la autoridad, esto es, el poder de decisión, radicaba en la asamblea. La representación, por tanto, se afincaba en la delegación que la asamblea realizaba en esta persona de la facultad de transmitir o poner en conocimiento de los restantes integrantes de los diversos piquetes opiniones, resoluciones o demandas y necesidades acordadas colectivamente. Por su parte, la palabra “líder” remitía justamente a prácticas políticas valoradas negativamente en cuanto que reenviaban directamente al tipo de liderazgo de los sectores dirigentes. Si, tal como se expuso anteriormente, para Cecilia, Arcelia o Sara, el *establishment* político se caracterizaba por el ejercicio de una actividad plena de corrupción, por el incumplimiento de las promesas públicas realizadas en las campañas electorales, por la implementación

²²⁴ *Río Negro*, 22 de junio de 1996. Una de esas mujeres era Bety León, retratada también por el diario cuando estaba increpando a Alberto César Pérez.

de medidas que condujeron a la ruina de sus comunidades, oponerse a esas prácticas o guardarse de ellas, implicaba construir también una manera de tomar decisiones que contuviera y avalara justamente lo opuesto, es decir, la transparencia en la acción, el respecto a la voluntad colectiva, la garantía de la participación y del compromiso masivo en lo que se resolviera y, también, el control conjunto del rumbo de las resoluciones consensuadas. En síntesis, el concepto de “vocero” se sumaba a una práctica política que rechazaba la verticalidad en la toma de decisiones y ponderaba la inexistencia de una autoridad por sobre la de la asamblea²²⁵. Como aclaró Laura Padilla, que fue nombrada vocera de su piquete:

Yo nunca fui líder en Cutral Co, yo fui vocera del grupo de piqueteros, que es muy diferente. Porque es como que se cree que [en] cualquier movimiento [...] alguien tiene que liderar. No, el pueblo tomó todas las decisiones de todo lo que se realizó en la ruta. Había gente que representaba a ese grupo, porque no podían estar todos, y yo lo único que era, era vocera de ese grupo de piqueteros. Y si eso tuvo tanto éxito, fue porque cada uno de los habitantes de Cutral Co y Plaza Huincul cumplió un rol. A uno le tocaba llevar comida a la ruta, a otro le tocó cuidar que no entrara y no saliera nada [...] Cada uno cumplió un rol (Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003).

Sin embargo, hacer efectiva esta forma de funcionamiento fue todo un aprendizaje. Más aún para las mujeres que participaron del conflicto.

En el relato sobre su transformación en piquetera, Laura Padilla recordaba que al día siguiente de su llegada al piquete localizado sobre la Ruta Provincial 17, en dirección a Añelo, le propusieron ser vocera y asistir a las asambleas que tenían lugar en la torre de YPF. Como había sido maestra, consideraban que ella era quien mejor podía hablar y representarlos. El estreno de su nueva función se produjo durante la segunda jornada de lucha, cuando le fue encomendada la tarea de asistir a una reunión general en el ingreso a la destilería y transmitir la consigna de que en su piquete “estamos mal pero que por acá no entra ni sale nadie”. Cuando Laura llegó a la asamblea, observó:

Había 5 mil personas porque todo el mundo se movilizaba a la torre, al piquete principal [...]. Yo tenía alumnos que me pagaban muy bien, que eran de gente muy adinerada. Cuando yo vi a esos

²²⁵ Se volverá sobre este punto en el Capítulo 5, cuando se trate especialmente la construcción del liderazgo dentro de la UTD. En esa experiencia, las mujeres tampoco hablaban de líderes sino, directamente, de representantes, connotando también esta palabra de una manera distinta a la que usualmente se le asigna cuando se define la noción de gobierno democrático y representativo, por ejemplo.

tipos ahí, dije “esto está bravo”. Aparte, yo había ido a decir “estamos mal” y estos tenían discursos así escritos. Estaba Grittini [...]. La cosa es que cuando yo veo semejante historia [...] me volví a mi piquete (Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003).

En el primer capítulo se refirió parcialmente este relato a propósito de develar cómo las mujeres habían edificado sus memorias respecto de sus acciones pretéritas en estas contiendas. Se mencionaba que, en el recuerdo de Laura, fue el cuestionamiento a su silencio durante esa asamblea general lo que la llevó a abandonar la mudez y a poner en práctica acciones que colaboraron para convertirla en una de las caras más visibles de la protesta. Se citaba entonces un fragmento de su testimonio en el cual comentaba que se había ofuscado cuando, de regreso en su piquete sin haber dicho en la asamblea de la torre de YPF lo que se le había encomendado, un muchacho la increpó diciendo que “las mujeres sólo gritan en la cocina y que había sido una equivocación enviar a una mina a que los represente”. El hecho de que él siguiera gritándole y acusándola a pesar de sus explicaciones de que “esto está todo armado, esto está ya todo digitado [...], ni nos llamaron, ni quisieron saber quiénes éramos, ni nos consultaron”²²⁶, la impulsaron a desafiarlo. Justamente, y eso es lo que interesa remarcar aquí, ese desafío catapultó una acción inesperada, pues ella lo obligó a acompañarla piquete por piquete para demostrarle que su opinión sobre lo ocurrido en la asamblea y sobre cómo la protesta estaba atravesada por las luchas entre las facciones del MPN era compartida por el resto de los voceros. En la improvisada ronda, Laura no sólo conquistó la confianza de ese joven sino que terminó organizando una reunión con los voceros de los demás piquetes para el día siguiente a fin de elaborar un listado que contuviera las demandas para el gobierno provincial. Asimismo, enterada de que el obispo de Neuquén, Agustín Radrizzani, arribaría a la zona el 23 de junio, les propuso solicitarle una entrevista con el objetivo de requerirle su mediación en el conflicto.

Juntar a las personas, escuchar sus demandas y unificar sus pedidos, era parte de un saber político que ella había adquirido con anterioridad cuando, por el reclamo de la forestación prometida a las y los vecinos del barrio de las “176 Viviendas”, se puso al frente de las negociaciones con la municipalidad de Cutral Co y, en particular, con el intendente de ese entonces, Adolfo Grittini. Fue esta experiencia, también señalada en las páginas del primer capítulo, la que ella puso en escena durante esa recorrida inesperada,

²²⁶ Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

coadyuvando de esa manera a que la comunidad se “adueñara” de su protesta o, como lo definió Laura, “armar la contrapueblada de la pueblada”²²⁷. En efecto, esa acción condujo a que las relaciones entre los voceros de cada piquete se estrecharan, cuestión que posibilitó comenzar a recoger las “opiniones del pueblo que estaba allí y no de los políticos”, en palabras de ella, y a delinear con mayor autonomía de qué forma seguir con el conflicto.

Por otro lado, Laura puso en práctica otras ideas organizativas que cohesionaron a su propio grupo. Así, en su piquete, por ejemplo, dinamizó la formación de subpiquetes entre los que se contaban el de los jóvenes y el de los borrachos. A uno y otro les acercaba comida o bebida, según las necesidades, pero bajo un estricto esquema de horarios, pues, según ella recordaba, “teníamos un horario como en casa: no se comía ni se bebía a cualquier hora... había desayuno, almuerzo, merienda y cena”, de la cual se encargaban “una chica llamada Roxana con otro grupo de mujeres y un chico que tenía un jeep y ayudaba en el reparto”²²⁸. A cambio de ello, los jóvenes y los “borrachos” debían garantizar el cuidado y la permanencia de la barricada en la que estaban. Estas acciones no solamente evitaron conflictos internos o que los piquetes se desarmaran. También permitieron que Laura se tornara visible y fuera depositaria de la confianza y el respeto que la convirtieron en una de las referentes de la pueblada. Mas no fue ella la única mujer que se tornó visible, pues, como sostuvo Arcelia, “las mujeres llevaron la voz cantante [...] Y no te olvides que este era un pueblo de machistas... entonces, que tuviera dos mujeres representantes fue mucho”²²⁹. La segunda mujer era Bety León quien, junto con Laura Padilla y Ernesto “Jote” Figueroa, un obrero de la construcción que había trabajado en Piedra del Águila y que contaba con una vasta experiencia gremial en la Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina (UOCRA), comenzaría a ser sindicada por los medios de comunicación como una de las tres “líderes” de la protesta²³⁰.

Una de las acciones en las que Bety participó y que recordaba con mucha pasión, estuvo vinculada con un viaje a la capital neuquina de un grupo de personas que, en nombre de las y los manifestantes, iría a reunirse con el gobernador Sapag. Como ya se dijo, el gobernador se había negado a ir a Cutral Co y Plaza Huincul proponiendo, en su

²²⁷ *Ibidem*.

²²⁸ *Ibidem*.

²²⁹ Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

²³⁰ *Clarín*, 23 de junio de 1996. De todas formas, este diario diría luego que no había “cabezas visibles” en la pueblada. Ver *Clarín*, 24 de junio de 1996.

lugar, recibir en la casa de gobierno a los intendentes y a los representantes de las “fuerzas vivas” de ambas localidades. Habían pasado ya dos días desde el inicio del conflicto y, lejos de menguar, la adhesión a la protesta por parte de la comunidad se fortalecía. Los comerciantes, según recordaban las personas entrevistadas, habían cerrado sus puertas pero donaban alimentos y otras cosas útiles para aquellas/os que estaban en los piquetes. Los conductores de taxis habían puesto a disposición los autos para llevar gratuitamente a quien lo precisara hasta su casa, de regreso a la barricada o de piquete en piquete. El Centro de Jubilados de Cutral Co y Plaza Huincul estaba colmado de mujeres que, como Magdalena y su hermana, preparaban los alimentos para acercar a quienes se quedaban en la ruta. Los talleres de autos y camiones, según recordaban Sara y Arcelia, aportaban gomas para mantener las fogatas. Cecilia, como muchas otras, iba de un lado a otro proporcionando frazadas o, junto con su cuñado y con una pareja amiga, llevando la guitarra para entonar canciones como “‘Para el pueblo lo que es del pueblo’, porque nosotros teníamos que alegrar a la gente que estaba aguantando en la ruta”, contaba mientras tarareaba la melodía de Piero²³¹. Entre tanto, las asambleas obligaban a los políticos a mantener un “perfil bajo” y los voceros llevaban las propuestas para discutir las en los mitines frente a la antigua torre de la compañía petrolera.

Sin embargo, y sin que casi nadie lo supiera, en la sede de la Cruz Roja de Plaza Huincul un grupo de personas se había reunido para programar la reunión con el gobernador en la ciudad de Neuquén. Ernesto “Jote” Figueroa recordaba:

Era “Tucho” Pérez [en alusión al intendente de Plaza Huincul, Alberto César Pérez] el que encabezaba todo. Él mismo se decía que era representante para hablar con Sapag. Quería que fuéramos en un colectivo 60 personas, que nombráramos uno de cada piquete, y que fueran a hablar con Sapag. Yo fui a una sola reunión y no fui más (Entrevista de la autora a Ernesto “Jote” Figueroa, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003).

Bety también se había enterado de esa reunión y había tratado de incorporarse en ella para ver qué era lo que sucedía. Pero, de acuerdo con su relato, “cuando llegué a la Cruz Roja no me dejaron entrar a esa reunión”. Como se estaba haciendo a espaldas de la gente, según siguió relatando, y sabían que “yo no estaba con ninguno de esos”, le dijeron que “no, esa mujer no entra acá”. Y fue así como “los mandé a la mierda y hablé con este

²³¹ Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003.

muchacho amigo para que hiciera la zanja”²³². “Hacer la zanja” significaba, según aclaró, avisarle a todo el mundo que se estaba pergeñando la idea de ir a ver a Sapag. Por lo tanto, la comisión que se había formado nunca logró llegar a destino, porque bajo la consigna de que “aquí no entra ni sale nadie, que venga Sapag”, los y las pobladoras frustraron su salida. De esta manera, toda posibilidad de negociación sin el acuerdo de la comunidad quedaba clausurada.

Acciones y reflexiones como las de Laura, Bety, Magdalena, Stella Maris, Cecilia, Sara, Estela o Arcelia, permiten comprender algunas de las características de la participación masiva de las mujeres en la poblada. Generalmente, se presume que cuando ellas actúan en el espacio público en el marco de esta clase de conflictos, lo hacen desinteresadamente, sin ambiciones particulares, en favor exclusivamente de los demás. Como parte de tales observaciones se da por supuesto, entonces, que su acción carece de una entidad distinta a la expresión de su rol doméstico amplificada a escala colectiva. En otras palabras: ellas cocinan, abrigan, contienen y acompañan a los varones que están en la lucha. Así, la presencia de las mujeres como actor diferenciado suele engrosar el casillero correspondiente a “amas de casa”, invisibilizándose otras experiencias y otras lecturas de la realidad que no provengan de las tareas de supervivencia familiar. De tal modo, incluso en los movimientos sociales que son caracterizados como horizontales en la participación y como carentes de una “racionalidad política” tradicional, la acción femenina suele aparecer como apéndice de una voluntad política colectiva (masculina) mucho más “esclarecida” y exenta de las limitadas perspectivas analíticas de la “vida hogareña”. Empero, si bien es cierto que la amenaza de esa “vida hogareña” gestada y afianzada durante la existencia de YPF como empresa estatal impulsó la actuación de las mujeres fuera de las puertas de su casa, no lo es menos que en sus actos ellas pusieron en juego una lectura política totalizadora y contrahegemónica de la realidad, en la que alteraron las reglas de juego e impugnaron, con su propia práctica, el ejercicio de la política moldeado por los grupos dominantes.

Esos actos condujeron a la desinstitucionalización del conflicto al impedir que cualquier sector político pudiera comandar o capitalizar la protesta. Pero, también, dejaron al gobierno sin interlocutor con quien negociar. En consecuencia, Felipe Sapag tenía frente a sí escasas opciones: o accedía a la exigencia de las y los pobladores y viajaba a la zona, o los/as obligaba a levantar los cortes mediante el uso de la represión.

²³² Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

Por otro lado, el corte de rutas comenzaba a afectar la provisión de combustible en toda la provincia e, incluso, se rumoreaba que si continuaba, “la refinería de Plaza Huincul podría quedar fuera de servicio [...] ya que la capacidad de almacenaje está prácticamente agotada”²³³. Ante el rumbo que tomaba el enfrentamiento, el obispo Agustín Radrizzani se hizo presente en la pueblada el 23 de junio, accediendo a la solicitud de la multitudinaria asamblea realizada el día anterior en la torre²³⁴.

No era inusual que la iglesia neuquina interviniera en esta clase de situaciones. Jorge Muñoz, un reconocido integrante de la Pastoral de Migraciones del obispado neuquino, activista chileno exiliado luego de la caída de Salvador Allende, que llegó a Neuquén hacia 1975 escapando de la represión en Buenos Aires gracias a la ayuda de Jaime De Nevares –en ese entonces obispo de la provincia patagónica–, relataba:

Acá hay una impronta importante que dejó Jaime [el obispo De Nevares] y que se mantiene [...]. Nos decía que los cristianos tenemos que insertarnos en la organización natural que hay para cada ámbito de acción y allí hacer nuestro aporte. Y ahí, bueno, Jaime nos mandó a los sindicatos que nos correspondiera, a los partidos políticos. Y lo cierto es que con Jaime nos mal acostumbramos y cada vez que hay un conflicto social, vienen los propios sindicatos, los propios legisladores a vernos al obispado, vienen las propias juntas vecinales [...]. La iglesia de Neuquén no es mediadora en los conflictos y en eso hubo una continuidad desde De Nevares hasta Radrizzani o Melani²³⁵. [...] Nosotros tomamos partido, no nos mantenemos neutrales (Entrevista de la autora a Jorge Muñoz, Neuquén capital, 16 de diciembre 2003).

En efecto, desde su creación en 1961 y por casi tres décadas, la diócesis de Neuquén estuvo bajo el manto del obispo Jaime De Nevares, un sacerdote perteneciente a la orden de los salesianos e identificado con los aires de transformación que había comenzado a experimentar la iglesia católica en esos años y que desembocaron en el Concilio Vaticano II, las Conferencias de Puebla y Medellín, y la formación del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. La “opción por los pobres” de Jaime De Nevares tuvo su bautismo de fuego, al decir de Aizicson (2009), durante el *Choconazo*, entre diciembre de 1969 y marzo de 1970, cuando la iglesia se puso del lado de los obreros; luego, persistió con su

²³³ *Río Negro*, 22 de junio de 1996.

²³⁴ *Río Negro*, 23 de junio de 1996.

²³⁵ Marcelo Melani reemplazó en el año 2001 a Agustín Radrizzani, quien se había desempeñado al frente de la diócesis de Neuquén desde 1991, supliendo a Jaime De Nevares. El nuevo destino de Radrizzani fue Lomas de Zamora, en el Gran Buenos Aires, hasta el año 2007, momento en el cual fue puesto a cargo de la diócesis de Mercedes-Luján.

aporte a la fundación del Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos (MEDH), el refugio brindado a las personas perseguidas por el terrorismo de Estado y la pública denuncia contra la dictadura militar, el apoyo a otras huelgas en Neuquén desde la reapertura democrática, entre otros acontecimientos²³⁶. El peso político del obispado neuquino también se había puesto de manifiesto en la convocatoria del gobierno de Sobisch para integrar la Comisión Ejecutiva Provincial para la Desocupación, creada en agosto de 1995 con motivo de la implementación de la Ley 2128 (Bonifacio, 2009).

La llegada de Radrizzani a las comarcas petroleras había despertado, por lo tanto, importantes expectativas entre los y las manifestantes, pues esperaban que se pronunciara abiertamente a favor de la protesta y que transmitiera al gobernador Sapag, en calidad de mediador, las demandas que estaban resumidas en “el papelito chiquito, escrito por mí, que le entregamos y que le pregunta a toda la gente que estaba escuchando la misa si estaba de acuerdo”, acorde relataba Laura Padilla²³⁷. Aunque el obispo estaba un poco nervioso porque “para él fue su debut en estos conflictos [...] tan grossos”, según explicaba Jorge Muñoz – que lo había acompañado–, recorrió todos los piquetes y finalmente, luego de charlar con las y los piqueteros y “entrar en confianza cuando le ofrecían un mate y una torta frita”, se animó a dar la misa subiéndose a las improvisadas gradas de la torre de YPF²³⁸. Según las noticias periodísticas, durante su homilía de las 11 de la mañana de ese 23 de junio, Radrizzani había sido muy contundente en sus críticas a las “deshonestidades en la clase política”, calificando como “muy grave la interna de los partidos²³⁹. Asimismo, Jorge Muñoz, que actuaba como su informante ante los medios, declaró, en discrepancia con la versión oficial sobre la manipulación del conflicto, que “recorrimos todos los piquetes y pudimos observar que no es Grittini el que está alentando la movilización”, y subrayó también que “todos responden a todos y nadie responde a nadie”²⁴⁰. Además, durante la misa, el obispo aceptó la posibilidad de actuar

²³⁶ Incluso, en 1981, el obispado creó su propia revista mensual, *Comunidad*, que durante la denominada transición democrática, según Arias Bucciarrelli (2009), avanzaba en una perspectiva que recreaba una serie de conceptos tales como dependencia, imperialismo, explotación, lucha por la liberación del pueblo y Latinoamérica, y que asumía la democracia como una herramienta para lograr una profunda transformación de la sociedad suprimiendo las injusticias y garantizando la libertad efectiva para todos.

²³⁷ Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

²³⁸ Este relato forma parte del testimonio de Jorge Muñoz, quien comentaba, asimismo, que en un principio el obispo quería dar la misa en un lugar cerrado para prevenir situaciones de hostilidad o de “violenta” manifestación de descontento. Entrevista de la autora a Jorge Muñoz, Neuquén capital, 16 de diciembre 2003.

²³⁹ *Río Negro*, 24 de junio de 1996.

²⁴⁰ *La Mañana del Sur*, 25 de junio de 1996.

como mediador e instó “a las partes a confraternizar”²⁴¹. Sin embargo, la manera como Radrizzani pretendía llegar a la confraternización no fue demasiado feliz para las y los piqueteros, según relata Ernesto “Jote” Figueroa a partir de una conversación del obispo con ellos en privado:

Él quería convencernos de que vayamos nosotros. Y la posición mayoritaria era que bajaran de Neuquén ellos..., era hacerlo venir a Sapag [...]. Nos decía que había que ceder de ambas partes, “ahora él quiere recibirlos y ustedes no quieren ir”. No: que venga acá ahora. Un quilombo ahí nosotros con ellos, porque de última estaba operando para Sapag (Entrevista de la autora a Ernesto “Jote” Figueroa, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003).

La visión de que el obispo estaba “operando para Sapag” era compartida por personas como Laura que, de hecho, sospechaba que Radrizzani no había “hecho nada con el papelito que le entregamos”²⁴² y, por tanto, había “traicionado” a las y los pobladores de ambas localidades. En realidad, el obispo sí le había acercado al gobernador el “papelito”, mas no había logrado convencer a ninguna de las dos partes de sentarse en la mesa de las negociaciones²⁴³. Quienes protagonizaban la pueblada se mantenían inflexibles en su negativa a viajar a Neuquén capital para entrevistarse con el gobernador y, a juzgar por las expresiones de Felipe Sapag en las que acusaba a los manifestantes de maltratar su investidura y de cometer un delito²⁴⁴, tampoco había disposición gubernamental al diálogo con las y los pobladores de Plaza Huinul y Cutral Co en los términos planteados por estas/os. A su vez, la decisión del mandatario provincial de mantener el viaje programado a Santa Rosa, La Pampa, con el propósito de asistir a una cumbre de gobernadores patagónicos el martes 25 de junio, alejaba aún más cualquier posibilidad de solución²⁴⁵.

Asimismo, el bloqueo de las rutas ya amenazaba con obligar a Repsol-YPF a poner fuera de funcionamiento la destilería en vistas de que la producción almacenada no podía

²⁴¹ *Río Negro*, 24 de junio de 1996.

²⁴² Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

²⁴³ Así lo informaban, al menos, los diarios *Río Negro* y *La Mañana del Sur* en sus ediciones del 25 de junio de 1996. Este último periódico afirmaba que Agustín Radrizzani había entregado al gobernador Felipe Sapag la “nota de los pobladores de Cutral Co y Plaza Huinul, manifestando la imperiosa necesidad de su presencia en las localidades mencionadas”.

²⁴⁴ *Río Negro*, 24 de junio de 1996. El delito, obviamente, era cortar las rutas, cuestión que está penada por el artículo 194 del Código Penal de la Nación con prisión de tres meses a dos años.

²⁴⁵ *Ibidem*. Simultáneamente, el diario *Río Negro* anunciaba que las compañías Total Austral y Petrolera Santa Fe estaban interesadas en construir la planta de fertilizantes en Plaza Huinul y que el gobierno lanzaría en 30 días una nueva licitación incluyendo las mismas ventajas ofrecidas en su momento a la empresa Agrium-Cominco.

salir de allí, lo cual provocaría importantes pérdidas económicas para la empresa. Por su parte, se informaba que en diversas localidades, como Chos Malal y Andocollo, la falta de combustible “era evidente” y que su venta estaba siendo racionalizada²⁴⁶. Empero, para las y los pobladores de Cutral Co y Plaza Huincul la noticia más preocupante fue la del lunes 24 de junio, cuando se supo que la decisión de enviar a las fuerzas represivas a despejar las rutas era inminente. En efecto, ese día al mediodía, 300 efectivos de gendarmería enviados por el ministro del Interior Juan Carlos Corach y al mando del comandante mayor Santiago Damián Fernández, habían arribado al aeropuerto Juan Domingo Perón de Neuquén a bordo de tres aviones Hércules trayendo consigo “un camión hidrante y pertrechos antidisturbios”²⁴⁷. A ellos se sumaba “un número de efectivos no determinado de esa fuerza” que había llegado por vía terrestre desde la provincia de La Pampa y un “numeroso grupo de la Policía neuquina identificado como la Unidad Especial de Policía (UESPO)”²⁴⁸. Estas fuerzas deberían acompañar a la jueza subrogante Margarita Gudiño de Argüelles “al primer piquete que hay en el acceso a Plaza Huincul por la Ruta 22” para obligar a su despeje²⁴⁹. Asimismo, el hospital Aldo V. Maulú de Cutral Co era declarado en estado de alerta por el Ministerio de Salud y Acción Social de la provincia²⁵⁰. Finalmente, las organizaciones gremiales también parecían comenzar a preocuparse por las derivas del conflicto. En una reunión convocada por la CTA en la sede del Sindicato de Empleados Judiciales de la ciudad de Neuquén y a la que habían asistido “gremialistas, representantes de fuerzas políticas, de organismos de derechos humanos y de la Pastoral Social”, se había tomado la resolución de rechazar cualquier represión sobre las y los pobladores de Cutral Co y Plaza Huincul e instar a la realización de un “corte simbólico” sobre la Ruta 22 a la altura de la capital neuquina en solidaridad con las comarcas petroleras²⁵¹.

Entre tanto, en Cutral Co y Plaza Huincul, la noticia de la llegada de las fuerzas represivas brindó una nueva oportunidad para que el intendente Alberto César Pérez reeditara el intento de enviar a una comisión de “piqueteros”, palabra que ya resonaba en los medios periodísticos locales y de tirada nacional, a dialogar con el gobernador en la ciudad capital, aun cuando este se encontraba en la ciudad de Santa Rosa. Pero Pérez, en

²⁴⁶ *La Mañana del Sur*, 25 de junio de 1996.

²⁴⁷ *Ibidem*. El diario *Río Negro* (25 de junio de 1996) informaba también que los gendarmes pertenecían al cuerpo antimotines y que estaban pertrechados incluso con armas de guerra.

²⁴⁸ *Ibidem*.

²⁴⁹ *Ibidem*.

²⁵⁰ *Ibidem*.

²⁵¹ *Río Negro*, 25 de junio de 1996.

una comunicación telefónica con el ministro de Gobierno Carlos Silva, había logrado, aparentemente, que se efectivizara tal encuentro o, al menos, una mujer le había sacado el teléfono celular de las manos y le “arrancó [a Silva] el compromiso” de gestionarlo²⁵². La reunión donde esto había sucedido había tenido lugar nuevamente en la sede de la Cruz Roja de Plaza Huinul. Pero como ocurrió en la primera oportunidad, cuando “disidentes que no participaron de la asamblea, plantearon su disconformidad”, la pretensión de Pérez concluyó en el fracaso de la salida de esa comisión²⁵³. Empero, y acorde con el relato de Bety, esa asamblea no tenía legitimidad como tal, puesto que “se estaba haciendo cerrada. Y la única asamblea con poder de decisión es la de la torre. Así que no se pudieron rajar”²⁵⁴. Por tanto, el impedimento no provenía de un grupo de “disidentes” que no había participado de la asamblea sino que una asamblea hecha a puertas cerradas carecía de potestad de resolución. Y fue eso lo que Bety y el resto de la población objetaba. Consecuentemente, durante toda la tarde del 24 de junio se llevaron a cabo diversas asambleas en la torre a fin de decidir qué hacer al día siguiente. Finalmente, la posición que se impuso al término de esas jornadas mantuvo lo dispuesto al comienzo de la pueblada: no se levantarían los cortes de rutas hasta tanto Sapag se aviniera a trasladarse a Cutral Co y Plaza Huinul.

El amanecer del 25 de junio fue ajetreado para Bety. El teléfono de su casa había sonado a las cinco de la mañana. Una voz conocida, “alguien de Neuquén amigo mío”, la había llamado para avisarle que “salió Gendarmería y me dijo: tengan cuidado que va Gendarmería con la jueza”. Se vistió rápidamente y fue hasta la sede de los bomberos para pedirles que se organizaran “junto con los de las ambulancias y pasaran con la sirena por todos los barrios, despertando a todo el mundo [...] Al rato estaba todo el mundo en la torre, los 55 mil monos”²⁵⁵.

Desde temprano, entonces, una multitudinaria asamblea volvió al debate en la torre de YPF. En esa ocasión se plantearon dos posiciones: la primera era nombrar a una comisión que fuera a la ciudad capital a dialogar con Sapag y la segunda, mantener el corte de rutas y hablar con la jueza a su llegada. La mayoría de las personas presentes apoyó esta última moción, motivo por el cual, a medida que la mañana iba avanzando y pese al temor de la posible represión en ciernes, la gente se fue congregando en los piquetes. La jueza llegó al lugar hacia el mediodía, acompañada por los gendarmes. Lo

²⁵² *Ibidem*.

²⁵³ *Ibidem*.

²⁵⁴ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinul, 8 de mayo de 2004

²⁵⁵ *Ibidem*.

que vio fue algo totalmente inesperado. Según sus propias declaraciones, “yo planteaba una solución a un problema de cuanto mucho 1.300 personas, pero no 20 mil”²⁵⁶. En efecto, esa cantidad de personas la estaba aguardando en la ruta con la decisión de no acatar su orden de levantar el corte. Incluso, estaban dispuestas a enfrentarse con las fuerzas represivas si llegaba el momento. Así, Stella Maris contó:

Estábamos todos ahí a punto de agarrarnos. Los gendarmes se salvaron de milagro, tuvieron un dios aparte. [...] El que disparaba, iba a quedar por ahí nomás. [...] Entonces, ver a la gente que se unió tanto te daba fuerza, te ayudaba a decir, bueno estoy en la ruta, estoy haciendo lo correcto, no estoy haciendo nada malo y ahí, bueno, cuando reventó todo, salimos por todos lados (Entrevista de la autora a Stella Maris, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003).

Para Stella Maris, la diferencia entre hacer lo “correcto” y hacer algo “malo” cobraba la fisonomía de una encrucijada sustentada en la contraposición valorativa de dos tipos de derechos. Uno de ellos era el que propugnaban ella misma y su comunidad, canalizado en un reclamo que se enunciaba por medio del corte de rutas: el derecho a trabajar y a vivir en condiciones dignas. En ese sentido, lo justo en cuanto valor que atravesaba a la demanda, se extendía también a la herramienta utilizada para su expresión. El otro remitía al corporizado en la jueza secundada por los gendarmes, pues su presencia representaba la respuesta sancionatoria a la “afrenta” que el corte de rutas implicaba a un derecho, el de la libre circulación. Ciertamente, ambos derechos tienen estatus jurídico. El punto era cuál de los dos era más legítimo y a qué preocupaciones y sujetos respondía tal legitimidad. Evidentemente, para Stella Maris la legitimidad estaba del lado de su propia acción y la de su comunidad. No era así para quienes representaban al Estado. Por tanto, la colisión entre ambos derechos no podía zanjarse en otro campo que no fuera en el de la correlación de fuerzas. Y en ese terreno, la definición de lo que era “correcto” se completaba con la cuantiosa presencia de las y los pobladores en el corte.

Esta masividad que fortalecía el temple para un probable enfrentamiento con las fuerzas represivas, no cancelaba, sin embargo, el temor que, independientemente de la clara desventaja numérica, despertaban las figuras uniformadas, con sus armas, su carro hidrante y su voz de mando. Según relató Bety León, cuando los vio llegar:

²⁵⁶ *Río Negro*, 27 de junio de 1996.

Se me cayó el cuerpo [...]. Teníamos que poner el pecho todos juntos. Ahí viene una abuela y me dice “tomá hija” y me dió la bandera. Y les dije: ¿saben qué vamos a hacer compañeros? Hagamos un asentamiento en la ruta con la bandera argentina. Era nuestra arma que teníamos, no teníamos otra cosa. Y en el fondo sentí miedo, no por mis hijos que estaban con mi marido en casa. Pero sentí miedo que había muchas familias completas. Yo les decía a las mujeres “llévense a los chiquitos” y ellas me decían “no Bety, acá nadie se va a ir. Empezamos todos juntos esta lucha, y la terminamos todos juntos... si nos matan, si nos pegan, a todos juntos” (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

Enarbolar la bandera podía actuar como un conjuro para evitar que esos hombres enfundados en sus trajes militares lanzaran el ataque contra la población, tal como suponían Bety y la señora que se la había acercado, así como Magdalena que la mantuvo sobre sus hombros durante la tensa jornada. Sentarse en las rutas, como un acto de resistencia pacífica, también podía resguardar a las y los piqueteros preocupados, además, de que no hubiera niños y niñas en la zona donde podía tener lugar el choque. Sin embargo, no eran esas las únicas “armas” de las que disponía la población. También contaban con su propia imaginación y con alguna experiencia surgida en otros enfrentamientos.

Esos conocimientos fueron puestos en práctica desde la madrugada del 25 de junio, con ciertos preparativos que tenían por finalidad impedir el paso de los gendarmes o, al menos, dificultarlo. Las tácticas fueron varias porque “había boleadoras y hondas, pero eso no alcanzaba porque ellos tenían armas... Y nosotros teníamos... ¡¡¡gomas!!!”²⁵⁷. Según relató Ernesto “Jote” Figueroa, cuando aún no había comenzado a clarear, un grupo de personas se acercó a las vías del ferrocarril para bloquearlas al igual que las rutas, “metiéndoles cubiertas por todos lados”²⁵⁸. Suponían que si se enviaban refuerzos a los gendarmes, por ese medio no podrían llegar. Además, otras personas entrevistadas comentaron que “volamos los cables de alta tensión con boleadoras, y así dejamos a toda la zona sin luz y si se instalaban temprano en algún lado, no iban a poder ver nada”. Luego, como sabían que llegarían con un carro hidrante por la Ruta Nacional 22, “le pusimos las cubiertas, gasoil y nafta a lo largo de la ruta”. Cuando vieron que los gendarmes se acercaban “las prendimos y fue una explosión impresionante”; de esa manera, “entre los alambres que quedaban de las gomas quemadas y los de púa que pusimos en la ruta, cuando atropella el carro hidrante, se le engancha en los ejes y se les

²⁵⁷ Entrevista de la autora a Ernesto “Jote” Figueroa, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.

²⁵⁸ *Ibidem*.

paralizó el carro”, contaba divertido Ernesto “Jote” Figueroa²⁵⁹. Julio, un docente de enseñanza secundaria que participó de la pueblada, contaba que, a su vez, para evitar que los perros de los gendarmes se colaran entre las y los piqueteros y comenzaran a atacarlos, “nosotros lo que hacemos es [...] abrimos en la ruta para hacer nuestro frente más grande y hacerlo frontal para que no se metieran los perros”²⁶⁰. Pero la maniobra no concluyó ahí: “la gente se empezó a abrir por los alambrados, salir de los alambrados para afuera y hacerles la tijera, encerrarlos”²⁶¹. De ese modo, los gendarmes y la jueza quedaron cercados por las y los piqueteros. Ante esa situación, Margarita Gudiño de Argüelles consideró que había llegado el momento de intentar arribar a un acuerdo de modo pacífico.

La negociación comenzó con el diálogo entre la jueza y algunas de las y los piqueteros que estaban más cerca. Unos y otros explicaban las razones por las que se encontraban allí. Bety no pudo resistir la tentación de aproximarse a Ernesto “Jote” Figueroa y sumarse al grupo que rodeaba a la jueza Margarita Gudiño de Argüelles. Sus primeras palabras ante esa mujer que le resultaba arrogante con su investidura fueron una contundente amenaza. Bety comentó:

La jueza [...] vino toda agrandada y dijo a un grupo de chicos en el otro piquete, en la curva, “yo vengo porque a mí me dio orden el gobernador de que hay que despejar la ruta”. “Bárbaro, señora”, le dijo el “Jote” [...]. “A la señora no le va a pasar nada, no queremos que hagan nada”. Igual vinieron como tres gendarmes con ella [...]. La subimos a un auto para llevarla a la asamblea en la torre y que hablara con la gente [...]. Las piernas le temblaban y yo no me pude contener. Entonces le dije: “vos das la orden de reprimirnos y nosotros te hacemos cagar a vos” [...]. ¡¡Mirá hasta dónde nos arriesgamos!! (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

Con el cerco su alrededor, la jueza decidió aceptar la propuesta de Ernesto “Jote” Figueroa y de otras personas que estaban con él: ir hasta la torre y hablar con la gente. El auto en que la llevaron acompañada por tres gendarmes, entre los que se hallaba el mayor Santiago Damián Fernández, era en realidad una camioneta Traffic que avanzó por la ruta rodeada por la multitud. Durante el trayecto no faltaron cruces verbales entre los piqueteros que iban con la jueza y los gendarmes, donde unos y otros medían fuerzas.

²⁵⁹ *Ibidem*.

²⁶⁰ Entrevista de la autora a Julio, Cutral Co, 21 de diciembre de 2003.

²⁶¹ Entrevista de la autora a Ernesto “Jote” Figueroa, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.

Así, cuando Fernández se dirigió a Ernesto para preguntarle: “usted ¿por qué no habla?”, este le contestó con otra pregunta: “y usted ¿por qué esta acá?”. Ante el gesto de sorpresa del gendarme, Ernesto le hizo las aclaraciones pertinentes, espetándole que “usted está acá porque lo mandó alguien... Bueno, a mí me mandó mi pueblo y yo tengo que hablar delante de mi pueblo, no delante suyo”²⁶². La tensión iba creciendo; pero a Bety, la visión de esa cuantiosa cantidad de mujeres y varones que durante tantos días y tantas noches había sostenido los piquetes y el recuerdo de esa “abuela” que le había entregado la bandera, la envalentonó lo suficiente como para lanzar la advertencia a la jueza.

Cuando finalmente Argüelles llegó a las cercanías de la torre “rodeada por un canto casi religioso de la multitud: el Himno Nacional”, tomó el micrófono y confesó el miedo que la escena le había producido. Seguidamente, anunció que ella se declaraba incompetente para actuar, pues el “delito” que se estaba cometiendo, en su opinión, no era el que había ido a reprimir sino uno mucho más grave sobre el cual carecía de jurisdicción: el de sedición²⁶³. Por tanto, ni ella ni los gendarmes, según afirmó, tenían alguna misión que cumplir allí y, consecuentemente, se retiraban. Escuchar esas palabras provocó el estallido de los aplausos, mientras la sensación de victoria obtenida en esa jornada, que quedó en el recuerdo como “el día glorioso”, se expandía en todos los piquetes²⁶⁴.

Entre tanto, a partir de las 11 de la mañana, los gremios estatales nucleados en la CTA, diversos partidos políticos, organismos de Derechos Humanos y la Coordinadora de Desocupados, quienes “conforman la multisectorial de Neuquén”, encabezaron una movilización en la ciudad capital para protestar por la represión contra las comunidades de las ciudades petroleras. Esta medida, resuelta en una asamblea en el local sindical de los trabajadores judiciales, fue acompañada con la convocatoria a un paro provincial de 24 hs²⁶⁵.

²⁶² *Ibidem*.

²⁶³ *La Mañana del Sur*, 26 de junio de 1996. Ese mismo medio publicaría también ese día que la jueza había declarado que su decisión de no reprimir había estado vinculada con que “eso iba a ser una cosa terrible; la decisión debía ser razonada y por eso paré la represión del delito”. De todos modos, se consignaba que había habido algunas escaramuzas entre los gendarmes y algunos piqueteros que condujo a que uno de ellos fuera detenido. Empero, la propia gente lo liberó al instante, subiéndose al camión de la gendarmería.

²⁶⁴ Este calificativo fue utilizado por Bety León quien, pese a los años transcurridos entre ese evento y la entrevista en que lo comentó, no lograba desembarazarse de la emoción que le provocaba la remembranza (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinca, 8 de mayo de 2004).

²⁶⁵ *La Mañana del Sur*, 26 de junio de 1996. Según las informaciones periodísticas, por otro lado, la movilización y el corte de ruta en la ciudad capital se prolongó durante 4 hs, en tanto el acatamiento del paro se hizo notar fundamentalmente en las escuelas por la mañana. La inactividad fue absoluta en toda la

Ante este conflictivo escenario, Sapag se vio obligado a regresar por la tarde de ese día a la capital neuquina, de donde había partido en la mañana para asistir a la cumbre de gobernadores patagónicos en la provincia de La Pampa. También decidió aceptar la exigencia que aunaba a los y las piqueteras desde el comienzo de la protesta. Fue así como antes de la noche arribó a Cutral Co y Plaza Huincul acompañado por parte de su gabinete. Junto a Carlos Silva –ministro de Gobierno–, Simón Jalil –ministro de Salud y Acción Social–, Silvia Sapag –secretaria general de Gobierno– y los diputados Alberto Fernández y Marcelo Berenguer, el gobernador se estableció en la sede municipal de Cutral Co, disponiéndose a permanecer en la ciudad “por una semana en un intento por superar la crisis”²⁶⁶.

Pero aquietar los ánimos y retomar la iniciativa para desactivar la pueblada no iba a ser una tarea sencilla. En ese sentido, construir una escena que demostrara su nueva disposición al diálogo y que revirtiera su propia situación de debilidad ante una población que había logrado desbaratar el intento represivo ese mediodía, requeriría una buena dosis de esa habilidad política que lo había llevado a mantenerse como el conductor del MPN y del destino político de la provincia desde hacía más de tres décadas.

Una de las primeras ocasiones para poner en juego su experiencia en ese terreno fue la conferencia de prensa que ofreció en el Salón de Acuerdos del municipio de Cutral Co a las 19 hs de ese día. En ella, Sapag enmarcó la pueblada con calificativos muy distintos a los que él mismo había sostenido durante las jornadas pasadas, marcando incluso una cardinal distancia con la valoración de la jueza Argüelles. Así, sostuvo que “la protesta popular no fue una sedición, sino que Cutral Co se ha puesto de pie después de seis años en que se produjo el vaciamiento de YPF”²⁶⁷. De tal suerte, a la par que subrayaba el carácter de protesta y no de sedición de la pueblada, remitía el origen del conflicto a la privatización de YPF cargando las tintas, por tanto, aún cuando de manera tácita, contra el gobierno nacional y la administración de Jorge Sobisch que lo había secundado en esa política²⁶⁸. En esta reciente “reelaboración”, quienes días antes estaban

provincia durante la tarde, ya que el Consejo Provincial de Educación declaró asueto (*Río Negro*, 27 de junio de 1996).

²⁶⁶ *La Mañana del Sur*, 26 de junio de 1996.

²⁶⁷ *Ibidem*.

²⁶⁸ En los días siguientes, las alusiones al gobierno nacional irían cobrando una formulación mucho más explícita, sobre todo en lo que hacía a la remisión de fondos y al intento de desvincularse de las órdenes de enviar a la gendarmería a despejar las rutas. Así, el ministro de Gobierno Carlos Silva declaraba que “en ningún momento el gobernador Sapag ni ninguno de sus ministros solicitó el auxilio de esa fuerza” y que Felipe Sapag había hablado con el ministro de la Nación Carlos Corach cuando el conflicto aún no estaba resuelto para pedirle el “inmediato retiro de las fuerzas” de la provincia (*Río Negro*, 27 de junio de 1996).

cometiendo un delito y agravando su investidura impulsados por la facción “blanca” de su partido, como había expresado en varias oportunidades, ahora pasaban a ser los que se habían “puesto de pie” para luchar por sus derechos y, en consecuencia, merecían sus “felicitaciones”, puesto que “la pueblada era una forma de hacerse notar a nivel nacional” y dejar en evidencia la crítica situación abierta con la venta de la empresa petrolera estatal²⁶⁹.

La segunda instancia en la que debía dar cuenta de su habilidad era en la torre de YPF. Allí se presentó luego de la conferencia y ante “una multitudinaria asamblea popular admitió haberse equivocado en el procedimiento por el que canceló el contrato para construir una planta de fertilizantes”²⁷⁰. Pero ni esas palabras ni las verdades anteriormente frente a los periodistas fueron suficientes para acallar el reproche generalizado de las personas que lo estaban escuchando. Tampoco lograron que los cortes se levantaran instantáneamente.

2. CRÓNICA DE UN FINAL INCONCLUSO: EL DESENLACE DE LA PUEBLADA

La reacción de la comunidad ante su llegada y el discurso brindado en el improvisado escenario de la torre de YPF dejó una huella imborrable en el recuerdo del gobernador. Aun cuando entre ese suceso y el momento de la entrevista realizada en su casa de Neuquén habían pasado varios años, la firmeza de su tono de voz no lograba sobreimprimirse a la mezcla de consternación y desconcierto que traslucía su relato en la evocación de lo ocurrido. Algo de esa vivencia había quedado incomprendido y quizás por ello, para ubicarse y ubicar su narración sobre ese día, la explicación de su encuentro con la multitud que lo aguardaba se iniciaba en un tiempo muy anterior:

Yo fui uno de los primeros pobladores de Cutral Co. Con 16 años acompañé a mi hermano un día, que había conseguido un lote, en el año 1932. Se estaba formando un pueblo nuevo. El construyó las instalaciones. Y en [1933], tenía yo 16 años, como digo, y nos instalamos con una carnicería y después con un negocio de ramos generales. Bueno, ahí yo trato de vivir 30 años, participé activamente. Estuve en la reunión con 20 mil personas ese día. Subí al estrado. Era imponente, imponente, ver 20 mil personas reunidas insultándolo a uno. Usted no sabe lo que es llegar al

Mientras, el propio gobernador afirmaba que el ministro Corach le había prometido enviar 2 millones de pesos para paliar la situación pero “no los recibimos” (*Río Negro*, 30 de junio de 1996).

²⁶⁹ *Ibidem*.

²⁷⁰ *Ibidem*.

pueblo de uno y que 20 mil personas lo insulten. A mí me apedrearon. Una piedra así como una taza me pegó en el pecho (Entrevista de la autora a Felipe Sapag, Neuquén capital, 10 de mayo de 2004).

Justamente, lo que el gobernador parecía no terminar de comprender era cómo los habitantes de ese pueblo que, en su opinión, había crecido de su mano, le profesaban un desprecio cuya expresión abarcaba desde el insulto hasta la apedreada. En la comunicación de su experiencia, lo inquietante para él era hallar un espacio donde incluir, dentro de esa saga creativa que involucraba a su hermano, la carnicería, el almacén de ramos generales o el impulso a la formación del municipio, el manifiesto encono de esa comunidad.

Bety también recordaba detalladamente el momento en que Felipe Sapag finalmente estuvo ante ellas/os, quizá porque en su saga sobre esos días quedó como marca indeleble que fuera la gendarmería la que precediera el arribo del gobernador:

Ese día, después de lo de gendarmería, nos llevaron a un tráiler de un camión [...] y al rato vino un tipo y mandó decir que el señor gobernador [...] iba a estar con nosotros (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinca, 8 de mayo de 2004).

Ante la noticia, ella y otras personas hicieron correr la voz en los piquetes proponiendo:

Cuando llegue el gobernador vamos a empezar a cantar el Himno Nacional. Ni le aplaudan. Lo vamos a discriminar como él nos abandonó a nosotros. Te puedo asegurar que al viejo también le temblaban las piernas cuando se subió arriba del camión, como a la jueza. Se sacó la gorra y empezó a cantar el Himno Nacional como nosotros. Cuando se terminó de cantar el Himno, nadie aplaudió, la bandera bien en alto y empezó a decir que no era bueno la planta de fertilizantes... Y ahí empezó todo el revuelo porque se empezó a insultar al gobernador. Y en ese momento me dio asco y le grité: "¿A usted le parece que, siendo usted el gobernador de la provincia, [...] nos tenga muertos de hambre, que hay chiquitos que no tienen un vaso de leche para tomar?". Má' sí, lo mandé a la puta madre que lo parió (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinca, 8 de mayo de 2004).

En general, el acto del insulto hecho públicamente hacia quien detenta el poder constituye una de las herramientas de humillación y repudio con la que cuentan los sectores sociales

que lo padecen²⁷¹. En esa dirección, el empleo de un vocabulario obsceno para hostigar a un funcionario que estaba ejerciendo un mal gobierno era una manera de devolver – aunque desplazada hacia un nivel simbólico– la violencia desatada por aquel. Esta fue ostensible y enteramente palpable en el acto contenido en la intervención del poder judicial. Pero también tuvo una expresión más sutil en la persistente negativa que durante tantos días Sapag mantuvo ante la exigencia comunitaria. Marcar la hostilidad hacia su figura, por tanto, contemplaba un aditamento vinculado con que ese funcionario no había transgredido los lazos de convivencia con cualquier comunidad sino con aquella de que la que se decía su “mentor”, con aquella conformada por mujeres como Magdalena, que había cuidado de su hijo y a la que había ayudado a arreglar su casa resquebrajada por el asfalto. Por eso, el hostigamiento no se contentó con el agravio verbal ni se inició con él, pues la acometida tuvo un peldaño previo: el canto del Himno Nacional. En ese escenario, a diferencia del que se había desplegado con la llegada de la jueza y que tenía por objetivo convencerla de no desatar la represión, entonar la tradicional composición patriótica a modo de recepción, adquiriría el sentido de una marca de exclusión, de una frontera que determinaba la calidad de “extranjero” del gobernador a quien Bety increpó politizando nuevamente la tarea genéricamente asignada (y generizando, también, la elección del insulto).

A pesar de la piedra recibida (que por cierto, implicó una violencia menos simbólica), el cruce entre el gobernador y las y los manifestantes no pasó a mayores, motivo por el cual Sapag pudo retirarse de lugar sin inconvenientes y pasar la noche junto con su esposa en la casa de su hermano José²⁷². A la mañana siguiente, las posibilidades de llegar a un acuerdo irían cobrando forma.

En los últimos días del conflicto se había formado una comisión de piqueteros que congregaba a los voceros de cada piquete. Durante la mañana del 26 de junio el gobernador recibió en el salón de la municipalidad de Cutral Co a “un grupo que se reunía conmigo de unas 20 o 30 personas”²⁷³. Entre ellos se encontraba Laura Padilla, quien ya era conocida por redactar el petitorio de demandas que llegó a las manos del obispo Radrizzani, y por las distintas medidas que había impulsado para mantener la

²⁷¹ Esta idea también es tributaria del estudio de James Scott sobre esas particulares instancias y momentos en que el discurso resistente de los dominados abandona su lugar oculto para volverse expreso y contundente, si bien el autor lo plantea en circunstancias donde, a diferencia del caso que aquí se analiza, tal mutación no está mediada por la potencialidad otorgada por una asamblea masiva donde justamente la acción colectiva permite des-ocultar el discurso resguardando (ocultando) la identidad individual del emisor (Scott, 2000).

²⁷² *Río Negro*, 27 de junio de 1996..

²⁷³ Entrevista de la autora a Felipe Sapag, Neuquén capital, 10 de mayo de 2004.

organización de su piquete y para evitar la manipulación del conflicto. Luego de arduas negociaciones, acordaron la redacción de un convenio entre las partes, que contenía los siguientes puntos:

1. En el término de 48 hs se iniciará la reconexión de gas a todos los usuarios que se le ha cortado el servicio y se le entregará por los municipios el doble de bonos gasíferos de lo que se entrega hasta ahora.
2. Se entregará mañana 650 cajas de alimentos [...].
3. Por intermedio de COPELCO [Cooperativa de Previsión de Servicios Públicos, Crédito y Vivienda de Cutral Co Ltda.] se reconectará la energía eléctrica a aquellos usuarios que tengan cortado.
4. A través de área social de los municipios será atendida con intervención de los representantes de la comunidad para coordinar la entrega de los alimentos necesarios [...].
5. Se habilitará en los próximos días el hospital de Plaza Huincul con la incorporación de dotación completa.
6. Serán declaradas las comunidades de Cutral Co y Plaza Huincul en emergencia ocupacional y social por decreto del Poder Ejecutivo.
7. Para dar trabajo:
 - Están en trámite el contrato para la instalación de un nuevo hospital en Cutral Co, llave en mano.
 - La instalación de la empresa La Oxígena y Ferrostal; empresa Coserpet; el desarrollo del yacimiento El Mangrullo; obra de asfalto en Cutral Co y Plaza Huincul, el Jardín de Infantes N° 5 de Cutral Co, ampliación del CPENSI de Cutral Co; Jardín 3 de Plaza Huincul.
 - Se construirá una planta de tratamiento de residuos sólidos.
 - Puesta en marcha del control del medioambiente y regalías (Policía hidrocarburos).

Todas estas obras a corto plazo crearán puestos de trabajo.

8. El gobernador da seguridad y garantía de que no se tomarán represalias de ningún tipo [...].
9. En todas las mañanas a la hora 10 hs a partir de hoy y mientras el Sr. Gobernador permanezca en estas localidades, volveremos a reunir con los representantes de

los piquetes para considerar estas medidas, nuevas propuestas y llegar a soluciones concretas.

10. Que en la medida de las posibilidades económicas del Banco Provincia va a poner todos los esfuerzos para atender las necesidades de créditos para comerciantes e industriales de Cutral Co y Plaza Huinul.
11. Se ha logrado un programa de emprendimientos productivos otorgado por la Secretaría de Bienestar Social de la Nación.
12. Se llamará a una compulsa nacional e internacional para la Planta de Fertilizantes en el mes de julio de 1996²⁷⁴.

Luego de debatir su contenido en cada uno de los piquetes y refrendarlo colectivamente en la asamblea general²⁷⁵, el pacto fue firmado por Felipe Sapag y Laura Padilla. Posteriormente, una nueva asamblea compuesta por “un millar de personas avaló a las cuatro y media de la tarde el levantamiento del corte de rutas Nacional 22, Provincial 17 y las picadas que tuvo incomunicadas a las localidades”²⁷⁶.

2. 1. DEL PIQUETE A CASA: PERMANENCIAS Y RUPTURAS

Cuando el acuerdo firmado por Laura Padilla y Felipe Sapag fue refrendado en las asambleas de cada uno de los piquetes y la comunidad decidió levantar los cortes de rutas, la sensación de victoria embargó a los y las habitantes de Cutral Co y Plaza Huinul. Según narró Padilla, la alegría se manifestó en improvisadas fiestas en las que se compartió la comida y la bebida que aún quedaban de lo recolectado durante la pueblada.

Los motivos de tanta euforia no eran menores. La comunidad se había enfrentado e impuesto al gobierno provincial y a las fuerzas represivas. Y lo que era más importante aún: a partir de los lazos solidarios reconstruidos y los niveles de confianza alcanzados

²⁷⁴ Se transcribo según fotocopia del acta acuerdo firmada por Felipe Sapag y Laura Padilla, archivo de la autora. Los puntos acordados fueron 12 aunque, erróneamente, el diario *Río Negro* en la tapa de su edición del 27 de junio de 1996 señala que los puntos pactados habían sido 13.

²⁷⁵ Vale señalar que también fue una mujer quien dio lectura del acta ante las y los piqueteros reunidos en la asamblea general (*Río Negro*, 27 de junio de 1996).

²⁷⁶ *Río Negro*, 27 de junio de 1996. Ese mismo día, por otro lado, los representantes de la empresa Agrium hacían público en una solicitada de dicho periódico que la compañía se reservaba el derecho de iniciar acciones judiciales contra el gobierno de Felipe Sapag por la ruptura de las negociaciones. Esta advertencia fue respondida por el gobernador mediante otra solicitada en la que acusó a la firma de incitar a la rebelión a las poblaciones de Cutral Co y Plaza Huinul, publicada por el diario *Río Negro* el 2 de julio de 1996.

durante la jornada de protesta, habían logrado dejar de ser individuos librados a su suerte para tornarse en un colectivo social dispuesto a luchar unido para cambiar su destino.

Mas el final del conflicto abría otra etapa. De acuerdo al relato de Bety León, “cuando termina la pueblada habíamos formado una comisión de veedores para seguir los pasos del gobernador”²⁷⁷. Como se señaló, durante una semana, Felipe Sapag permaneció con su gabinete en la zona con el propósito de profundizar las negociaciones y avanzar en la implementación de los puntos acordados²⁷⁸. Entre tanto, los pobladores de ambas localidades constituyeron diversas comisiones que tenían ante sí variadas tareas. Algunas debían encargarse del control de la reconexión de los servicios de luz y electricidad, intermediando a tal fin con las empresas prestadoras. Otras tenían bajo su responsabilidad delinear proyectos productivos, controlar la entrega de bolsas de alimentos o las asignaciones y cobros de subsidios de desempleo.

Pero a pesar del entusiasmo y del compromiso inicial, “todo eso duró poco”²⁷⁹, pues las comisiones tuvieron una vida efímera. La inexperiencia comunitaria en el manejo de este tipo de asuntos, por un lado, y la cooptación por parte del poder político provincial y municipal de algunas de las personas que habían emergido como referentes sociales y políticos durante la pueblada, impidieron que surgiera una organización que potenciara y encausara la movilización social puesta de manifiesto entre el 20 y el 26 de junio. Para Arcelia, justamente, lo que ocurrió fue lo siguiente:

[Los líderes] fueron comprados todos. Era más fácil comprar a 20 que a todo un pueblo. No les interesaba perder un millón de dólares. Digamos: los que más se destacaron fueron los primeros que compraron y los que no compraron, desaparecieron (Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 7 de mayo de 2004).

La mayoría de las mujeres y de los varones entrevistados coincidieron con esta apreciación, si bien algunos engarzaban la traición como una acción en la que también intervino la falta de experiencia general. Así, Ernesto “Jote” Figueroa sostenía:

Éramos inexpertos en negociaciones. Nosotros gobernamos casi un mes el pueblo. Pero no teníamos capacidad de nada: no teníamos política gremial... y [...] entonces, teníamos compañeros que empezaron a darse vuelta, a negociar (Entrevista

²⁷⁷ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

²⁷⁸ *Río Negro*, 30 de junio de 1996; 2 de julio de 1996.

²⁷⁹ *Ibidem*.

de la autora a Ernesto “Jote” Figueroa, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003).

Los matices que contenían las palabras de Arcelia y de Ernesto revelaban ciertas diferencias conceptuales en torno a la práctica política y a cómo la misma desembocó en la apostasía de las y los voceros. Para ella, la traición se vinculaba con el quebranto de una ética atravesada por la defensa de los intereses colectivos en pos de la consecución de un beneficio enteramente individual. Para él, situado en su experiencia gremial como trabajador de la construcción y firmemente convencido de que efectivamente los y las piqueteras habían logrado gobernar el pueblo, fue el desconocimiento en el manejo de los asuntos de ese gobierno y la incapacidad de mantener la cohesión y el control del grupo, lo que facilitó la pérdida de la iniciativa política y la defección, por tanto, de esos “compañeros”.

A estos motivos que coadyuvaron a desestructurar la incipiente organización se sumaron las amenazas y atentados con bombas molotov que sufrieron varias de las personas involucradas en la protesta (Auyero, 2004). Para las mujeres, todo esto redundó en que el gobierno provincial pudiera finalmente evadir el cumplimiento del acuerdo. Entonces, el saldo que la pueblada dejaba en ellas era negativo, pues “desarticularon todo, nos descabezaron y no cumplieron nada”, sentenciaba Arcelia entre triste y furiosa²⁸⁰. En esta evaluación carecía de valor, por ejemplo, la obtención de las reconexiones de los servicios eléctricos exigidas. Tampoco asignaban relevancia a otras cuestiones tales como que el Banco Hipotecario Nacional anunciara la suspensión por dos meses de todas las acciones administrativas y judiciales contra las personas de Plaza Huin cul y Cutral Co que estuvieran en mora en el pago de los préstamos “financiados por esta institución”²⁸¹, o que el gobernador y sus ministros de Economía, de Gobierno y de Salud y Acción Social –Silvio Ferracioli, Carlos Silva y Simón Jalil, respectivamente– firmaran el 27 de junio el Decreto 1762 por el cual se declaraba la emergencia ocupacional en ambas localidades²⁸². Menos aún constituía un triunfo el anuncio de la ampliación de la cobertura de los subsidios por desempleo²⁸³, puesto que el reclamo del que ellas habían formado parte apuntaba a la reapertura de fuentes de trabajo “genuino” y

²⁸⁰ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

²⁸¹ *Río Negro*, 27 de junio de 1996.

²⁸² *Río Negro*, 28 de junio de 1996.

²⁸³ El diario *Río Negro* en su edición del 29 de junio de 1996, informaba que el gobierno provincial instrumentaría un subsidio para 500 desocupados por tres meses similar al otorgado mediante la Ley 2128. De ese total, 150 se destinarían a Plaza Huin cul y el resto, a Cutral Co.

no a la entrega de “Planes Trabajar”. Para Arcelia, dueña de esas reflexiones, la diferencia entre una cosa y otra era clara ya que “no fueron a pedir los planes, [...] querían la dignidad del trabajo, porque hasta eso le arrebató tanto el gobierno provincial como el gobierno nacional: la dignidad del obrero”²⁸⁴. Pero además de la “dignidad”, lo que entraba en escena era nuevamente el tema de la factibilidad de la manipulación de la voluntad de las personas. Según aclaró Estela, empleada pública en el área de salud y activista de ATE:

Con planes sociales o bolsas de víveres, en esto terminaron... Se desvía así, porque trabajo, ninguno, ninguno, hasta el día de hoy. Y así, los políticos se quedan con el pueblo domesticado para que cuando vaya a pedir, pierda el objetivo (Entrevista de la autora a Estela, Plaza Huinul, 20 de diciembre de 2003).

En ese sentido, para ellas, la distribución de estos planes era un recurso al que el gobierno echaba mano no sólo para atemperar los “ánimos” de la comunidad sino también para impedir futuras acciones colectivas de protesta en su contra.

Tal conjunto de resultados, que para el gobernador constituían un “montón de pedidos que fueron cumplidos todos”²⁸⁵, no fue percibido ni como un avance ni como un triunfo, pues una vez calmadas las “turbulencias” desatadas con la movilización popular, distaba mucho de satisfacer las expectativas y los esfuerzos de quienes habían dado vida al conflicto. Pero, para las personas entrevistadas, la verdadera derrota no se encontraba allí. O, mejor dicho, los magros beneficios obtenidos devenían de otra cuestión. En efecto, si “la primera pueblada fue algo fabuloso, un despertar de la conciencia”, tal como afirmó Sara, era la traición de los y las improvisadas líderes de la protesta, esas “voluntades que fueron compradas” –acusación que incluía a Laura Padilla²⁸⁶–, lo que finalmente sellaba la victoria del gobierno de Sapag²⁸⁷.

Sin embargo, la negativa evaluación del resultado de la pueblada varió sustancialmente cuando las mujeres se adentraron en las reflexiones sobre el significado

²⁸⁴ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003. El debate en torno a los significados asignados a los planes y su distancia con el trabajo “genuino” será retomado en el Capítulo 5 de esta tesis.

²⁸⁵ Entrevista de la autora a Felipe Sapag, Neuquén capital, 10 de mayo de 2004.

²⁸⁶ Las presunciones en torno a la traición de Laura Padilla, que iban desde acusarla de “haberse vendido” a cambio de una casa en General Roca hasta la entrega de dinero, circularon extensamente. Ella ha negado tales dichos y en la entrevista realizada a Felipe Sapag para esta investigación, el testificante sostuvo que nunca la había visto antes del momento de la firma del acta-acuerdo. Asimismo, las acusaciones en su contra han intentado ser refutadas por Javier Auyero (2004). Por su parte, esta investigación tampoco ha podido comprobar la veracidad de las mismas.

²⁸⁷ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huinul, 20 de diciembre de 2003.

que este conflicto tuvo en sus vidas cotidianas y en los vínculos establecidos dentro y fuera de las puertas de su hogar. La propia Arcelia sostuvo que “ahora las mujeres están más fuertes”²⁸⁸, afirmación retomada por Sara, para quien “hay una fortaleza increíble. Vos fijate: yo estoy sola y tengo que seguir luchando para mantener a mis hijos, y sigo haciendo un montón de cosas”²⁸⁹. De hecho, en la vida de ambas, la participación en las protestas marcó también la disposición a asistir asiduamente a los Encuentros Nacionales de Mujeres y, en particular, a los talleres sobre cooperativismo que en tal evento funcionan. Asimismo, Estela señalaba:

[A partir de este conflicto, las mujeres] pasamos a ser la columna vertebral de cada hogar y de cada lugar de trabajo [...], con [mujeres] líderes de barrios que están haciendo unos 200 pan dulces para los de menos recursos (Entrevista de la autora a Estela, Plaza Huinul, 20 de diciembre de 2003).

En ese sentido, tanto para Arcelia como para Sara y Estela, la experiencia obtenida en la pueblada reverberaba en nuevos horizontes de participación e involucramiento público-políticos, en el deseo de conocer nuevos espacios de activismo y desplegar otras prácticas políticas, en el desarrollo de redes de solidaridad social en las que nuevamente, además, ellas denotaban los flexibles (o borrosos) límites entre aquellas actividades asignadas tradicionalmente a lo público y a lo privado.

Por su parte, para Bety León también existió un antes y un después del conflicto:

Yo descubrí varias cosas. Aprendí a conocer a los políticos, el rol del gobernador, los diputados, los senadores, a nivel nacional, nuestros concejales. [...] Porque la pueblada a vos te cambió la mentalidad. Ahora tengo más armas porque ahora me sé la Constitución, los artículos, el derecho como ciudadana (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huinul, 8 de mayo de 2004).

El conocimiento adquirido en torno a los mecanismos institucionales del funcionamiento gubernamental y a la distribución de la gestión administrativa del aparato estatal o a los derechos que competen al ejercicio de la ciudadanía, alcanza un valor superlativo para las mujeres de los sectores subalternos, puesto que en sus manos se transforma en una herramienta de presión y demanda a los poderes públicos que también opera fortaleciendo la capacidad organizativa y de acción colectiva femenina. Es un saber que

²⁸⁸ Entrevista de la autora a Arcelia, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.

²⁸⁹ Entrevista de la autora a Sara, Plaza Huinul, 20 de diciembre de 2003.

permite elaborar determinadas reivindicaciones o activar peticiones para exigir el cumplimiento de obligaciones y compromisos asumidos por quienes ocupan cargos gubernamentales. En el caso de Bety, que luego de la pueblada siguió “armando cosas con las mujeres en el barrio mío”, ese conocimiento le permitió “saber dónde solucionamos si necesitan una silla de rueda, por ejemplo”. De esa forma, “cada vez que un político me dice que algo no se puede, vamos como simple comisión de amas de casas y les digo ‘ustedes tiene la obligación’”²⁹⁰.

De tal modo, las mujeres reivindicaron lo que ellas hicieron y cómo lo hicieron. Tanto el corte de rutas como la denominación de piqueteras han constituido para ellas una experiencia legítima de lucha y una identificación positiva. Incluso, la asignación de un valor positivo a la condición de ser piquetera trascendió las acusaciones cruzadas en torno a traiciones o defecciones. Así, y como se transcribió en el primer capítulo, Laura Padilla expresaba que uno de sus mayores orgullos era “esto de ser piquetera”²⁹¹, en tanto Arcelia, por ejemplo, establecía una diferencia entre el significado del corte de rutas en Senillosa en 1994 y el que ellas habían dinamizado explicando que “las primeras piqueteras fuimos nosotras porque luego de eso, se cerró el país”²⁹². Posiblemente, esta formulación no fuera ajena al lugar central que parte de la literatura académica, política o estrictamente periodística asignó a la pueblada de Cutral Co y Plaza Huincul de 1996 como punto de inflexión en la lucha contra las consecuencias del modelo neoliberal, valoración a la que esta investigación, por su parte, también suscribe. Mas lo interesante es que a pesar justamente de su evaluación negativa de los resultados de la pueblada, ella se afirmara en esa acción beligerante y en el sujeto político que se había gestado en su devenir.

De todas maneras, las distancias existentes entre cómo las mujeres apreciaron los resultados de esta acción colectiva de protesta en general y cómo estimaron el impacto de la misma en sus propias vidas, condicionarían la forma en la que ellas actuarían colectivamente menos de un año después, cuando un nuevo enfrentamiento con el gobierno volviera a estremecer los destinos de las comarcas petroleras.

²⁹⁰ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

²⁹¹ Entrevista de la autora a Laura Padilla, General Roca, 17 de diciembre de 2003.

²⁹² Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

3. MUJERES EN LAS RUTAS

Durante las jornadas de movilización y protesta, las mujeres de Cutral Co y Plaza Huinca realizaron múltiples actividades que permitieron la subsistencia de la misma: juntaron alimentos y cocinaron para todas las personas que estaban en cada una de las barricadas; recolectaron abrigos y los distribuyeron en cada piquete para que el frío de la noche se sintiera menos; participaron en las asambleas, logrando incluso “contener a jóvenes y borrachos” para evitar que los piquetes se desarticularan; algunas se convirtieron en voceras de sus propios piquetes; otras, mantuvieron a raya a cualquier “político” que pretendiera agenciarse la dirección de la protesta o, siquiera, sugerir cómo encausarla.

En esas acciones, en las que pusieron en escena experiencias adquiridas anteriormente, no sólo enfrentaron las consecuencias del ajuste neoliberal estimulando novedosas formas de acción y de organización sino que, también, disputaron los sentidos y los límites de la política. Definida como una herramienta de manipulación de la voluntad popular y como un espacio ajeno a sus propios intereses, no fue en esos términos donde ellas anclaron la valoración de su práctica. Pero fue en ese terreno donde actuaron para defender la subsistencia de su comunidad y para mantener el rumbo de la protesta en sus manos. Fue en la política realizada en la ruta donde ellas coadyuvaron a la gestación de un nuevo sujeto cuya nominación, aún cuando cuestionada luego por protagonistas de otros conflictos, terminó por amparar enfrentamientos futuros en esa y otras latitudes.

CAPÍTULO 4

REAVIVANDO RESISTENCIAS:

EL SEGUNDO CORTE DE RUTAS EN NEUQUÉN, ABRIL DE 1997

Teresa Rodríguez tenía 24 años. Vivía con su familia en Otaño, un barrio humilde localizado en Plaza Huincul. Creció junto con tres hermanas y dos hermanos; ella, la menor de las mujeres, había logrado estudiar hasta séptimo grado. Con su sueldo de empleada doméstica sostenía a Alejandra, su hija mayor, y a Oscar y Jonathan, sus dos hijos más pequeños.

El 12 de abril, a mitad de la mañana, Teresa salió de su casa para averiguar qué había sucedido con el hermano de Juan Poblete, su novio, quien aparentemente había sido herido en uno de los piquetes²⁹³. Cuando caminaba por la Ruta Provincial 17, a 50 metros de la intersección con la Ruta Nacional 22, cayó al piso, herida en el cuello por un disparo. Allí fue atendida por una médica que intentó salvarla. Pero Teresa murió camino al hospital. La bala que la mató fue una de las muchas que la policía provincial disparó durante toda esa mañana cuando, plegándose a la represión de la gendarmería nacional, intentaba acabar con la protesta iniciada casi 72 horas antes en Cutral Co y Plaza Huincul.

En efecto, el 9 de abril de 1997, las comarcas petroleras fueron nuevamente escenario de un corte de rutas que pocos días más tarde ocupó los principales encabezados de la prensa escrita, televisiva y radial local y nacional. Por segunda ocasión, la torre de YPF, en el ingreso a Plaza Huincul, se convirtió en el epicentro del conflicto en Neuquén, cuando las maestras y los maestros, junto con padres, madres y estudiantes, iniciaron la interrupción del tránsito sobre la Ruta Nacional 22.

Decidido a partir de una asamblea realizada en las puertas del museo Carmen Funes en Plaza Huincul, este corte se inscribía en la saga de la protesta que ATEN, el gremio docente neuquino, había dispuesto en la inauguración del ciclo lectivo de 1997 contra diversas medidas asumidas por el gobierno provincial. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en junio de 1996, el bloqueo de las rutas en Cutral Co y Plaza Huincul no contó en un principio con la concurrencia masiva de la población. Tampoco fueron las mismas mujeres las que intervinieron en una y otra acción colectiva de protesta. Aún

²⁹³ Esta explicación, que contrasta con otras versiones que sostenían que Teresa había salido rumbo a su trabajo o a hacer compras, fue dada por integrantes de la familia Rodríguez en una entrevista con la autora realizada el 8 de mayo de 2004 en Plaza Huincul.

cuando su protagonismo fue nodal en los orígenes del conflicto de abril de 1997, la traza de esta participación femenina guardó ciertas diferencias con la del año anterior, derivadas no sólo de la naturaleza del reclamo sino también de la pertenencia social de estas mujeres y del tipo de organización que las aglutinaba. Así, su integración dentro del gremio docente determinó tanto el entramado del conflicto como los límites del involucramiento femenino en él. Por otro lado, la reacción de los poderes del Estado también contuvo una ferocidad que ni el gobernador ni los integrantes del aparato represivo se habían animado a desencadenar en la pueblada de junio.

Si bien las jornadas de lucha de abril de 1997 han merecido menor atención que los sucesos acontecidos en 1996 en esas localidades, los estudios que se han detenido en ellas coinciden en reseñar la existencia de un doble afluente en su emergencia. El primero reconoce un origen inmediato que involucra la huelga docente comenzada en marzo de 1997 y cuya contundencia y envergadura política excedió los alcances de las protestas impulsadas por ATEN en el pasado (Petruccelli, 2005). El segundo remite al descontento y la frustración que los resultados de la pueblada de 1996 habían dejado en las comunidades de Cutral Co y Plaza Huinca. Entonces, a las demandas promovidas por el sindicato se sumaron otras relativas a la generación de fuentes de empleo o al aumento de los subsidios, entre los diversos puntos considerados incumplidos del acuerdo firmado entre Felipe Sapag y Laura Padilla el 26 de junio de 1996. Mas tal indexación abrió una fuerte tensión al interior del conflicto, pues los sujetos que enarbolaban estos reclamos en un comienzo, un grupo de jóvenes desocupados que calificaban a los y las líderes de aquella lucha como traidores y que posteriormente se autoidentificaron como “fogoneros”, sobrepasaban los límites del control que pretendían establecer los sectores organizados alrededor de las y los docentes (Bonifacio, 2009). De tal suerte, su presencia y sus acciones, enfrentadas con el ala “moderada” del conflicto, habrían contribuido a la radicalización y al amplio desborde de los carriles institucionales de la protesta (Klachko, 2002).

Esta investigación coincide en parte con estos enfoques ya que considera que la comprensión del segundo conflicto desatado en las comarcas petroleras requiere examinar los orígenes y desarrollo de la confrontación entre ATEN y el gobierno de Felipe Sapag. Pero se aleja de ellos en la medida en que pondera la presencia mayoritaria femenina dentro de ese gremio como una singularidad que atravesó el despliegue de las prácticas organizativas y confrontativas, los significados asignados a las mismas por quienes las dinamizaron y las maneras en que los medios de comunicación y los

funcionarios gubernamentales presentaron y definieron tanto el conflicto y sus implicancias como a los sujetos participantes. En ese sentido, entiende que dentro de tales definiciones, la presencia de estas mujeres fue modelada sustanciando estereotipos que, en algunas ocasiones, fueron puestos en escena para desacreditar la protesta de ese colectivo y desactivarla. Así, la huelga fue presentada como parte de un acto “antinatural” justamente por que quienes la llevaban a cabo contradecían con su acción el incondicional cuidado de los otros condensado en el arquetipo mujer-madre que, fuera de las paredes del hogar, se extendía y representaba como mujer-maestra. Empero, esa construcción social invirtió su valoración negativa cuando ingresaron los jóvenes fogoneros en la arena del conflicto. La imagen edificada y difundida sobre esos jóvenes no sólo puntualizó las diferencias de clase entre ellos y las mujeres-maestras sino también aquellas asentadas en atributos de género mediante los cuales se contrastaba una feminidad mostrada, a partir de ese momento, como virtuosa y respetable, con una masculinidad potencialmente peligrosa. Dicho de otro modo, la figura de la mujer-maestra de clase media, sensata y proba, fue contrapuesta con la proyección del fogonero como un joven varón ajeno a todo ámbito de socialización “aceptable” y carente de racionalidad en sus acciones²⁹⁴.

Este capítulo debate con aquellos estudios y dispone su interpretación en torno a la forma en que las identidades de género y de clase atravesaron el proceso de organización y movilización colectiva que contuvo esta confrontación. También pretende develar con ello las continuidades y rupturas que se produjeron en la participación comunitaria en ambas contiendas y, particularmente, en los sujetos femeninos que las protagonizaron. Procura, finalmente, comprender de qué manera el epílogo de ese complejo y denso proceso de lucha impactó en el devenir político posterior de Cutral Co y Plaza Huinul.

Para examinar este conflicto, entonces, esta narrativa bifurca su travesía en dos secciones. La primera revisa el devenir de la huelga docente durante el comienzo del

²⁹⁴ Incluso, enfoques académicos ocupados y comprometidos con una reconstrucción histórica favorable a las acciones de lucha y resistencia de los sectores subalternos, han llegado a desestimar las experiencias y lecturas políticas de estos jóvenes varones al sostener que su “disposición a resistir se fundamentaba más en un estado emocional que en algún cálculo táctico o estratégico (Petruccelli, 2005: 111). Esta opinión es compartida por José Bonifacio, quien encuentra en ella, asimismo, la fundamentación para proponer a estos jóvenes como un grupo disponible para la manipulación de los punteros del MPN de Cutral Co. Más aún, las críticas que los fogoneros desataron contra el gremio docente cuando este defeccionó de la huelga, como luego se verá, han sido tomadas por este autor como la evidencia del ascenso que sobre ellos poseían ciertos funcionarios políticos y de la funcionalidad de estos jóvenes a la estrategia divisionista del gobernador Sapag (Bonifacio, 2009: 180-182). Así, se termina postulando que este sujeto carecía de análisis políticos propios o de la capacidad de formularlos.

período escolar de 1997, intentando desentrañar cómo y por qué los y las maestras agremiadas en ATEN reeditaron el corte de rutas como metodología de protesta a la par que fueron autorreferenciándose como “maestras piqueteras”.

La segunda se enfoca en la repercusión de esta contienda en Cutral Co y Plaza Huinca a fin de escudriñar cómo el corte iniciado allí el 9 de abril se masificó y provocó un nuevo levantamiento de ambas comunidades. En tal dirección, cobra particular relevancia el estudio de los heterogéneos sujetos que protagonizaron esta segunda acción de protesta, el desenlace de la misma y sus repercusiones en los niveles de organización de los sectores que la habían dinamizado.

1. LAS MAESTRAS PIQUETERAS: DEL PIZARRÓN AL PUENTE

La huelga del 97. Creo que somos las primeras maestras piqueteras. No creo que exista en el país ninguna huelga que haya cortado puentes con gente con salario estable.

Liliana Obregón, ex secretaria general de ATEN, seccional capital²⁹⁵

El 10 de marzo de 1997, cuando debía comenzar el ciclo de enseñanza en las escuelas primarias y secundarias en la provincia, el sindicato docente neuquino emprendió un plan de lucha que contemplaba la declaración de una huelga por quince días. Los propósitos que perseguía la medida de fuerza decidida por el plenario de secretarios generales de ATEN el miércoles 5 de ese mes²⁹⁶ giraban centralmente en torno a dos asuntos. El primero apuntaba a la derogación tanto de las resoluciones 075/97 y 290/97 del Consejo Provincial de Educación como del Decreto 595/97 del Poder Ejecutivo neuquino, cuya puesta en práctica implicaba el despido de un millar de trabajadores/as de la educación. En efecto, estas medidas, dictaminadas en enero y febrero de ese año, conducían a un recorte de 9 mil horas cátedra aproximadamente, al disponer el cierre de salas de 3 y 4 años de los jardines de infantes, la fusión de grados, la eliminación de talleres de informática y jefaturas de departamentos en las escuelas de enseñanza media, la supresión de cargos de educación física, música, plástica y educación especial así como la cesantía de un importante número de personal auxiliar (especialmente, porteros).

²⁹⁵ Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004.

²⁹⁶ *Río Negro*, 6 de marzo de 1997.

El segundo tema refería básicamente al salario, el cual había sufrido un importante recorte desde el comienzo de la gestión de Felipe Sapag en diciembre de 1995.

Como se aludió en el capítulo anterior, ante la deteriorada situación financiera de las arcas provinciales dejada por el gobernador Sobisch, Sapag tomó la decisión de ajustar el presupuesto mediante la reducción de los salarios de los empleados públicos. Para las y los docentes ello implicó una rebaja del suplemento mensual por zona desfavorable del 40% al 20%, determinada mediante el Decreto 214/95. Con similar objetivo, decretos inmediatamente posteriores estipularon la disminución de los porcentajes de bonificación para establecimientos ubicados en zonas muy desfavorables, el congelamiento de los adicionales, las bonificaciones o compensaciones en función de la antigüedad y la anulación de los pagos complementarios al personal de portería.

Los meses de enero y febrero del año 1996 encontraron al gremio docente enfrentando esta política con movilizaciones callejeras, a las que sumaron paros escalonados desde el inicio del período lectivo de ese año. Tales acciones de protesta terminaron por obligar al gobierno a sentarse a la mesa de negociaciones a fines de marzo; mas el acuerdo suscripto entre este y ATEN el 12 de abril de 1996 para concluir el conflicto dejó un sabor amargo en las bases y en las y los activistas de varias seccionales, pues entre las concesiones realizadas por la Comisión Directiva del sindicato, se encontraba la que remitía a la composición salarial (Petruccelli, 2005)²⁹⁷. Justamente, este era el punto sobre el que el gobernador Sapag había vuelto a fines del año 1996 al pretender convalidar el Decreto 214/95 mediante una ley que, según los deseos del Poder Ejecutivo, debía ser sancionada a la brevedad por la Legislatura neuquina²⁹⁸.

Por otro lado, las citadas normativas de 1995 se sustanciaban con el intento de poner en práctica en la provincia la Ley Federal de Educación, aprobada por el Congreso nacional en 1993 como Ley 24195. Esta norma profundizaba la reforma educativa del Estado nacional que, encuadrada dentro de los preceptos neoliberales, había comenzado con la descentralización del sistema educativo mediante el traspaso total de las escuelas primarias, secundarias y los institutos terciarios a la Capital Federal y a las provincias²⁹⁹.

²⁹⁷ ATEN había obtenido la recategorización de las zonas, la modificación de suma fija según antigüedad y la disposición de la cobertura de suplencias a los 5 días y no a los 10 como había determinado el gobierno. Pero a cambio, terminó por aceptar la reducción al 20% del pago por zona desfavorable, cuestión altamente criticada, fundamentalmente, por la seccional capital del sindicato.

²⁹⁸ El "Proyecto de Ley de Remuneraciones", que contenía tal reducción de los salarios, había sido enviado por el Poder Ejecutivo provincial a la Legislatura en diciembre de ese año.

²⁹⁹ Esta transferencia fue dispuesta por la Ley 24049 de 1991. Empero, este proceso no era del todo novedoso. Contaba con antecedentes previos ubicables, en primer lugar, en 1968, bajo la dictadura de Juan Carlos Onganía, aunque el traspaso jurisdiccional de la Nación a las provincias en materia educativa sólo

En esa dirección, determinaba, entre otras cuestiones, cambios cardinales en la estructura de este sistema y en los contenidos curriculares³⁰⁰, en la evaluación de los aprendizajes de los/as alumnos/as y en la organización de redes de capacitación docente. Al igual que otras agremiaciones docentes, ATEN estimaba que esta ley destruía el carácter público y de derecho social que había portado tradicionalmente la educación en la Argentina y que, en tal sentido, respondía a la pretensión de ciertos sectores de privatizarla y mercantilizarla. Pero, a diferencia de la organización a la que ATEN estaba integrada, la CTERA, que a pesar de objetarla en sus consideraciones no había impulsado ninguna acción colectiva frontal en su contra³⁰¹, el gremio neuquino estaba decidido a impedir la implementación de la Ley Federal de Educación en el territorio provincial.

Así, al iniciar la huelga del 10 de marzo de 1997, asoció su decisión de enfrentar la avanzada del gobierno en materia salarial y de reducción de puestos laborales con la defensa de la educación pública en cuanto que bien social amenazado por la connivencia de objetivos entre el gobernador Sapag y el gobierno nacional. Esta lectura política del significado general de las pretensiones del Ejecutivo provincial le permitió fortalecer la legitimidad del reclamo al demostrar que no se trataba de un problema sectorial sino de la confiscación de un derecho —el del acceso universal a la educación— que afectaba a la comunidad en su conjunto. De ese modo, logró potenciar la salida del conflicto del reducto de las aulas, para lo cual fue angular, por otro lado, que la huelga fuera parte de un esquema de confrontación que contemplaba desde asambleas con madres y padres hasta movilizaciones callejeras. El éxito de esta táctica se evidenció en la elevada adhesión social que ganó rápidamente la protesta docente, puesta de manifiesto tanto en el nivel de ausentismo en los establecimientos escolares como en la masiva participación

afectó a escasos establecimientos. Seguidamente, la dictadura militar encabezada por Jorge Rafael Videla ahondó esta política con la transferencia de las escuelas primarias a la gestión provincial durante el año 1978. A comienzos de 1992, el proceso se completó con la implementación de la Ley 24049 que implicó, asimismo, que las relaciones laborales docentes y el presupuesto educativo quedaran bajo gestión de los ámbitos político-administrativos locales (Perazza y Legarralde, 2007).

³⁰⁰ Entre estas modificaciones sustantivas, pueden mencionarse la ampliación de la educación primaria a 9 años subdivididos en tres ciclos, bajo el título de Enseñanza General Básica (EGB), la virtual desaparición de la escuela secundaria mediante el reemplazo por el Polimodal (un ciclo de tres años de estudio orientado), y la reducción de las asignaturas estético-expresivas a su mínima expresión.

³⁰¹ En la “Declaración Final” del Primer Congreso Educativo de CTERA de 1997, una de las exigencias manifiestas fue ciertamente la derogación de la Ley Federal de Educación, cuestión reiterada dos años más tarde durante el Segundo Encuentro Educativo por el secretario general de la entidad gremial en ese entonces, Hugo Yasky. En esa ocasión, Yasky sostuvo que tal ley “fue la madre de este agravamiento de la crisis que hoy padecemos con la educación pública” y que el objetivo de sus inspiradores fue “lograr que en el mediano plazo [...] la educación se convierta en una mercancía” (extractado de Suárez, 2005). Pero, como se dijo, durante los primeros años posteriores a la puesta en vigencia de la norma, CTERA eludió enfrentar abiertamente al gobierno con acciones de protesta a nivel nacional (Petruccelli, 2005).

popular en las movilizaciones convocadas por el sindicato durante los primeros días del conflicto³⁰².

Otra herramienta de presión tempranamente tenida en cuenta por la dirección sindical fue la de aunar esfuerzos con la Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro (UNTER), que el 10 de marzo había iniciado también un paro, aunque por tiempo indeterminado, por motivos similares a los de su par neuquina: los recortes salariales y de horas cátedra, y la pretensión de imponer la Ley Federal de Educación en esa provincia. Así, ambos sindicatos confluyeron en una movilización en Cipolletti el 13 de marzo, que interrumpió momentáneamente el tránsito en el puente que une a esa localidad con Neuquén capital³⁰³. Por tanto, esta alianza complicaba el panorama de los gobiernos de ambas provincias, ya que el conflicto amenazaba con regionalizarse.

Sin embargo, desde el principio en el caso neuquino, tanto Felipe Sapag como el resto de los funcionarios del Poder Ejecutivo se negaron a dialogar con ATEN. Es más: el gobernador calificó en varias oportunidades la huelga como una “especie de extorsión” de los docentes sobre “los padres y el gobierno”, mientras advertía: “día no trabajado, día descontado”³⁰⁴. La posición inflexible del gobierno quedaba expuesta, asimismo, en la única propuesta que ofrecía para solucionar el conflicto: que “los docentes vayan a trabajar”³⁰⁵. Estas expresiones aspiraban a quebrantar la decisión de los maestros y maestras –avanzando más aún sobre el salario– y, concomitantemente, el apoyo que la sociedad brindaba a la huelga docente. Pero los acontecimientos no se encadenaron acorde con los anhelos del Poder Ejecutivo provincial que, por otra parte, afrontaba un delicado escenario y no sólo debido al conflicto docente.

En efecto, en lo que iba de su gestión, la autoridad de Felipe Sapag no había logrado imponerse en la lucha interna entre las facciones del MPN. Así, la probabilidad de disciplinar a su propio partido para garantizar un control estable del devenir político de la

³⁰² Según la información periodística, el acatamiento logrado durante el primer día de paro había alcanzado entre un 70% y un 90%, en tanto que la movilización convocada para esa misma jornada aglutinó a 3.500 personas entre docentes, estudiantes, madres y padres (*Río Negro*, 11 de marzo de 1997). Para el segundo día de la huelga, ATEN consignaba que el ausentismo en las aulas rondaba entre un 85% y un 95%, si bien el gobierno registraba un 74% –cifra significativa, de todos modos– (*Río Negro*, 12 de marzo de 1997). Por otra parte, las marchas posteriores convocadas por el sindicato, como la llamada “Marcha de las Antorchas” el 14 de marzo, sumaron a más de 5.000 manifestantes (*Río Negro*, 15 de marzo de 1997).

³⁰³ *Río Negro*, 14 de marzo de 1997. Llamo la atención sobre la actitud de interrumpir el tránsito, puesto que las y los manifestantes circulaban por allí y no levantaron barricadas, lo cual habría implicado sí un corte. La decisión en esa dirección se tomaría más tarde, en coincidencia con la conmemoración del golpe de Estado que derrocó a María Estela Martínez de Perón.

³⁰⁴ Estas expresiones fueron vertidas por primera vez antes de que el conflicto comenzara, para luego ser reiteradas en varias oportunidades. Ver *Río Negro*, 7 de marzo de 1997.

³⁰⁵ *Río Negro*, 13 de marzo de 1997.

provincia se volvía cada vez más remota. Empero, la situación más compleja para su gestión la había desatado la pueblada de Cutral Co y Plaza Huinul, cuya sombra, lejos de esfumarse, se proyectaba potentemente sobre las espaldas del gobernador. De hecho, las posibilidades de nuevos estallidos habían atravesado todo el segundo semestre del año 1996³⁰⁶. Y muchos de sus eventuales protagonistas, como los colectivos de desocupados/as, hallaban en las recientes experiencias de las comunidades petroleras una referencia importante para vigorizar sus demandas³⁰⁷. Consecuentemente, en ese complejo y tenso contexto, la huelga docente podía abrir imprevistos frentes de contienda que terminaran por jaquear la gobernabilidad de la provincia patagónica.

Asimismo, el escenario planteado por el conflicto docente portaba otra singularidad para el gobernador. El sindicato, tanto a nivel provincial como en su seccional capital, que era la de mayor peso dentro de ATEN pues reunía al 40% de las y los afiliados, se hallaba dirigido por dos mujeres: María Eugenia Figueroa, quien estaba al frente de la conducción general provincial, y Liliana Obregón, que ejercía la dirección de ATEN-Capital³⁰⁸. Así y en menos de un año, Sapag volvía a ser interpelado e increpado por maestras. La primera vez había tenido lugar en junio de 1996, cuando obligado por la pueblada, debió firmar un acuerdo con Laura Padilla, maestra de Cutral Co, para levantar el corte de rutas. Ahora, Figueroa y Obregón, aunque distintas en sus estilos de

³⁰⁶ Una vez levantados los cortes de ruta en esas localidades, el horizonte de nuevas acciones colectivas de protesta iba abriéndose paso en las localidades de Chos Malal y Rincón de los Sauces. Un periódico local afirmaba, respecto de la primera, que “temen que se llegue a lo mismo que en Cutral Co por la grave desocupación” (*Río Negro*, 29 de junio de 1996). Mientras, en Rincón de los Sauces, se avizoraba una situación también conflictiva puesto que, según declaraciones del presidente de la cámara de Comercio, Raúl Torrecilla, la localidad no tenía “ni cloacas, ni asfalto, no hay quirófanos en el hospital” (*Río Negro*, 30 de junio de 1996). También se advertía de un posible estallido en Piedra del Águila, que contaba con uno de los índices de desocupación más elevado de la provincia (*Río Negro*, 11 de julio de 1996). Otro tanto sucedía en Senillosa, que se encontraba en una situación de “crisis casi terminal” (*Río Negro*, 11 de julio de 1996), al igual que en diversos barrios de la capital provincial. Las movilizaciones y protestas, aun cuando atemperadas en su tono, habían vuelto a producirse en la propia Cutral Co donde la CTA local organizaba marchas “contra el hambre” (*Río Negro*, 13 de julio de 1996), situación a la que se sumaron huelgas en la empresa ceramista Stefani durante el mes de agosto por despidos de operarios (*Río Negro*, 7 de agosto de 1996). A su vez, el paro nacional del 8 de agosto de ese año, dispuesto por la CGT y ratificado el 31 de julio, contó con una elevada adhesión en la provincia, sobre todo en la ciudad de Neuquén donde se produjo, además, una movilización que reunió a 4 mil personas (*Río Negro*, 9 de agosto de 1996). Este nivel de conflictividad prosiguió durante todo el año 1996.

³⁰⁷ Ejemplo de ello podía observarse, justamente, en las “explosivas situaciones” de las localidades de Chos Malal, Rincón de los Sauces o Senillosa aludidas en la nota anterior, de acuerdo a lo consignado en las noticias periodísticas (*Río Negro*, 29 de junio de 1996).

³⁰⁸ María Eugenia Figueroa, anteriormente secretaria general de la seccional Centenario, había ganado la conducción general del sindicato en 1997 encabezando la Lista Azul-Celeste, un desprendimiento de la Celeste, liderada históricamente por Marta Maffei –principal dirigente a nivel nacional de CTERA–, con quien Figueroa había roto acusándola de autoritaria, verticalista y burócrata (Petruccelli, 2005). De todos modos, su preponderancia dentro del sindicato estaba limitado por la poderosa seccional capital. Esta había vuelto a quedar en manos de Liliana Obregón, líder de la Lista Rosa, un frente de izquierda que desde 1994 la había catapultado al liderazgo de la seccional.

conducción, en su capacidad oratoria ante las bases y la comunidad, y en sus convicciones políticas³⁰⁹, corporizaban un nuevo embate contra el gobernador que prometía ser de largo alcance. Por otro lado, quienes secundaban a esas dos mujeres constituían un sujeto colectivo cuya presencia delineaba también las particularidades de ese gremio así como las tonalidades y las tramas por donde se estaba desarrollando la disputa con el gobierno.

De igual modo que otros gremios que agrupan a las y los docentes, ATEN, fundado en el ocaso de la última dictadura militar, en el mes de agosto de 1982³¹⁰, era –y continúa siendo– una organización eminentemente femenina. Si bien son muchas las razones que permiten develar la presencia dominante de las mujeres en la labor educativa, una de las más importantes es aquella que remite a la pervivencia de la concepción de la tarea de “educar al ciudadano” como una extensión “natural” de las responsabilidades maternas en la crianza de niños y niñas, y de las nociones compartidas histórica y socialmente sobre las ventajas portadas por las mujeres para asumir la realización de este trabajo (Yannoulas, 1993; Morgade, 1997)³¹¹.

Aunque en la Argentina la construcción de estos arquetipos hunde sus raíces en los cimientos de la Nación y el Estado modernos (Bellucci, 1997; Yannoulas, 1997), su

³⁰⁹ Según Ariel Petruccelli (2005), María Eugenia Figueroa, una mendocina que se radicó en Neuquén a comienzos de la década de 1980, ex militante del Peronismo Revolucionario, era una mujer reflexiva y de firmes convicciones, con una gran capacidad organizativa que contrastaba con su escasa habilidad oratoria. Su fallecimiento en el año 2002, producto de un aneurisma, canceló la oportunidad, obviamente, de conocerla y realizar una entrevista, puesto que yo llegué a la provincia un año más tarde. No fue esta la situación con Liliana Obregón, ex militante del PC, con grandes dotes tanto para organizar como para arengar a las bases de su seccional, y a quien entrevisté para esta investigación en su casa de Neuquén capital en mayo de 2004. Referencias más detalladas sobre su historia y personalidad se harán en las próximas páginas.

³¹⁰ Vale señalar que ATEN integra la CTERA y también adhiere a la CTA. Actualmente, su estructura interna está compuesta por una Comisión Directiva Provincial y 18 seccionales, y posee 9 mil afiliados. Ver “Historia de ATEN” en <www.atencapital.org.ar>. Para 1997, contaba con 20 seccionales y 8 mil afiliados. En esos momentos, luego de la ciudad capital, las seccionales más importantes eran las de Zapala y Cutral Co, con 936 y 864 afiliados respectivamente (Petruccelli, 2005). Por otro lado, ATEN constituía un sindicato único, pues a excepción de los docentes universitarios, agremiados en la Confederación Nacional de Docentes Universitarios (CONADU), agrupaba a docentes de nivel inicial, primario, medio y terciario, y a las y los empleados administrativos y auxiliares de servicio. Sólo en los últimos años, con la aparición local del Sindicato Argentino de Docentes Privados (SADOP), comenzaron a desprenderse de ATEN trabajadores de la enseñanza privada –aunque ello no tuvo un impacto significativo por el escaso peso cuantitativo de la educación privada en esa provincia–.

³¹¹ Entre tales nociones se encuentran particularmente aquellas que hacen a los atributos de género construidos socialmente, vinculados con dulzura, paciencia, nociones éticas elevadas, capacidad de entrega y sacrificio que supuestamente poseen las mujeres (Molyneux, 1985). La pervivencia de estas concepciones se completa, por otra parte, con el devaluado costo de la mano de obra femenina para el ejercicio de esta tarea (Morgade, 1997: 68-69), cuestión aún aceptada debido a la extendida creencia de que los salarios de las mujeres constituyen un “complemento” de los ingresos de sus maridos. Esa noción es infundada no sólo porque muchas maestras no revisten tal estado civil, sino también porque otras son jefas de hogar (Fischman, 2007).

persistencia en la actualidad queda puesta de manifiesto en la tenaz equiparación dentro del imaginario social, entre el hogar y la escuela como lugares de similar significado para la estancia de niños y niñas, por un lado, y en la similitud de cualidades y significados contenidos en los conceptos de madre y maestra, por el otro. La subsistencia de esta creencia se ha retroalimentado y a su vez resignificado debido, además, a la escasa alteración que a lo largo de todo el siglo XX ha denotado la feminización del magisterio. Como señala Graciela Morgade (1997), si para la década de 1920 las mujeres representaban el 85% del cuerpo docente, para finales de la centuria y comienzos del siglo XXI, la situación mostraba tan sólo tenues mudanzas. En el caso de la escuela primaria, por ejemplo, la modificación incluso fue en términos ascendentes. Así, para 1994, las mujeres constituían el 88,63% de las maestras primarias, mientras que para 2004, ese porcentaje había aumentado al 93,2%³¹². En el caso de la enseñanza media, aún cuando el porcentaje de profesoras era menor que el de maestras, seguía superando al de profesores. Acorde con los censos docentes, en el año 1994 la cantidad de profesoras equivalía al 63,89% del total, en tanto que en el año 2004 se había elevado al 71,7%³¹³.

Por otra parte, durante mucho tiempo, la representación social hegemónica sobre la labor docente estuvo asociada más a un oficio vocacional que a un trabajo, ocluyéndose el devenir de experiencias colectivas que contradecían este supuesto. Entre ellas, una de angular trascendencia refiere al proceso de sindicalización que tempranamente acompañó la demanda de diversas reivindicaciones laborales de este sector. Aunque heterogéneo en su geografía y en los ritmos que marcaron su desarrollo, tal proceso reconoce hitos iniciales que se remontan a fines del siglo XIX con las primeras acciones huelguísticas protagonizadas por maestras de la provincia de San Luis en 1881 o la creación de la primera entidad sindical, la Liga de Maestros, que tuvo lugar en la provincia de San Juan en 1892, y a la que posteriormente se fueron incorporando otras asociaciones provinciales. Asimismo, la primera mitad del siglo XX estuvo signada también por la aparición de organizaciones de profesores/as secundarios/as, variados intentos por constituir federaciones nacionales de maestros/as y articulaciones sindicales de distintos niveles que acompañaban luchas reivindicativas en torno a mejoras salariales o a cuestiones tales como la regulación del trabajo docente³¹⁴.

³¹² El total de la población docente era de 591.806 para 1994 y 825.250 para 2004. Ver DINICIE, Censo Nacional Docente de 1994 y 2004.

³¹³ Ver DINICIE, Censo Nacional Docente de 1994 y 2004.

³¹⁴ Para una historia del sindicalismo docente en Argentina y de algunas de sus luchas más importantes, ver Crespi (1997), Cucuzza (1997), Vázquez y Balduzzi (2000), Suárez (2005) y Donnaire (2009), entre otros.

Este último reclamo se concretó en 1954, durante la segunda presidencia de Juan Domingo Perón y un año más tarde de la creación de la sindicalista Unión Docente Argentina (UDA), con la sanción de un estatuto que abarcaba a quienes se desempeñaban en establecimientos públicos nacionales. Intervenida la UDA con el golpe de Estado de 1955 y derogado el reglamento, la lucha por su reimplantación puso al descubierto tensiones que aludían a la representación social sobre el significado de la labor de enseñar, pero entre las y los propios educadores. En ese sentido, mientras un sector propugnaba darse una organización profesional enfatizando los aspectos técnicos del desempeño laboral y, por tanto, bregando por la conformación de una entidad similar a la de los colegios de las profesiones liberales, el otro se volcaba hacia la organización sindical, privilegiando así una concepción ligada a la de un “profesional-trabajador”³¹⁵. Fue este criterio el que paulatinamente se impuso durante las últimas tres décadas del siglo XX, aunque eso no implicó la anulación del conflicto de identidades y significaciones asignadas a la tarea docente dentro del propio sector. De todos modos, debe destacarse que tal período estuvo marcado por la proliferación de agrupaciones gremiales locales y nacionales, entre las cuales se hallaba la reaparición de la UDA, el surgimiento del Acuerdo de Nucleamientos Docentes (AND) en 1970, la Central Unificadora de Trabajadores de la Educación (CUTE) en 1972, y finalmente, la más representativa de ellas, la CTERA, conformada en septiembre de 1973³¹⁶.

Por su parte, las huelgas nacionales docentes que se produjeron en la primera mitad de la década de 1970, fortalecieron la visibilidad social de las y los docentes en cuanto que trabajadoras/es (Vázquez y Balduzzi, 2000). Y a pesar de que este sector laboral no escapó del encarnizamiento del terrorismo estatal, dinamizó acciones de resistencia que posibilitaron la supervivencia de sus organizaciones (Rodríguez, 2009). La CTERA, por ejemplo, no sólo logró rearticularse sino también desarrollar una intensa actividad durante el gobierno de Raúl Alfonsín (Fischman, 2007; Perazza y Legarralde, 2007). Justamente, los diversos paros que protagonizó durante esta etapa, de los cuales el más resonante fue la prolongada huelga de 1988 –que se extendió por más de cuarenta días y que culminó en la masiva “Marcha Blanca”–, permitieron agrietar la representación social dominante en torno a esta labor como un quehacer casi apostólico al evidenciar prácticas e identidades que hacían de las y los docentes, trabajadoras/es.

³¹⁵ Un detallado análisis de este debate puede verse en Vázquez y Balduzzi (2000).

³¹⁶ La fundación de CTERA se produjo luego del Congreso de Huerta Grande, Córdoba, realizado en agosto de 1973, que reunió a 95 organizaciones que representaban a 127 mil afiliados, aproximadamente (Vázquez y Balduzzi, 2000).

En algunas de sus trazas, este devenir, que estuvo surcado por contradicciones, marchas y contramarchas, no fue ajeno a la historia educativa neuquina, si bien el estatus de Territorio Nacional (1884-1955) le imprimió compases distintos y particularidades resultantes de la mixtura entre la débil presencia del Estado nacional en la política educativa – sobre todo en las primeras décadas de la institucionalización del Territorio– y la condición “fronteriza” de la región (Teobaldo y García, 2000). En ese sentido, si la escuela fue promovida por aquel como una herramienta de “argentinización” para una población particularmente heterogénea conformada por indígenas sometidos, colonos europeos, campesinos de origen chileno o provenientes de diversas provincias y esparcidos en una extensa geografía, la capacidad del poder central de instalar establecimientos educativos fue muy por detrás de su propia meta, motivo por el cual parte de la demanda educativa fue cubierta en un principio por la congregación salesiana (Nicoletti, s/f)³¹⁷. Según algunos estudios, ello explicaría parcialmente que, al menos en el espacio neuquino, el ejercicio del magisterio permaneciera durante varias décadas en manos de varones y que la creciente incorporación femenina comenzara recién hacia fines de la década de 1920, más tardíamente que en las provincias pero, precisamente, a partir de una mayor promoción e intervención del Estado en la política educativa de la zona (Teobaldo y García, 2000)³¹⁸. De todos modos, la convocatoria a las mujeres no distaba mucho del “canon” general de la época, pues se basaba en la “natural aptitud” que la maternidad les proporcionaba para ejercer esta tarea³¹⁹.

Tampoco fue extraño al desarrollo histórico de la docencia en Neuquén, la formación de asociaciones, aunque no todas tuvieron un carácter sindical en sus orígenes. Así, para 1933 se conformó la Asociación de Maestros, si bien su actividad estuvo vinculada más con el perfeccionamiento docente y el mutualismo (Masés et al., 1998), y en 1941, el Centro de Magisterio de Neuquén. Años más tarde, en junio de 1957, fue fundada la Asociación Neuquina de Docentes (AND) y en agosto de 1970, la Unión de Docentes de la Provincia de Neuquén (UDPRON), agrupación impulsada por docentes de la

³¹⁷ Rolando Bel (2005) señala, asimismo, que luego de la institucionalización como Territorio Nacional hasta 1911, había en Neuquén 46 primarias, atendidas por 76 maestros normales nacionales y en un descuidado estado edilicio. Sólo en 1943, comenzó a funcionar el primer establecimiento de nivel medio, la Escuela Técnica de Artes y Oficios de la Nación con Anexo Comercial Mixto y Profesional de Mujeres.

³¹⁸ La experiencia fue algo distinta en otros territorios nacionales, tales como el de La Pampa, estudiado por María José Billorou (1995; 2008), donde el protagonismo de las mujeres de la elite y de los sectores medios en el despliegue de la esfera educativa comenzó una década antes, por lo menos.

³¹⁹ Ejemplo de ello puede observarse en revistas de maestros como *Escuela y Municipio*, que se editó en Zapala entre 1926 y 1927, donde las mujeres eran descriptas como seres absolutamente pertinentes para la docencia, pues “la psicología, la fisiología, en fin la ciencia afirma que toda mujer tiene el instinto de madre muy conveniente para la educación” (citado en Teobaldo y García, 2000: 224).

capital provincial. Aún cuando existieron otras organizaciones gremiales locales, estas últimas adquirieron mayor ascendiente y fueron sus representantes quienes participaron también en el congreso que antecedió al nacimiento de la CTERA³²⁰. La ATEN, por tanto, no surgió en un espacio yermo en trayectorias organizativas sindicales del magisterio.

Empero, no fue en ese reconocimiento sino en la asociación entre mujer-madre-maestra donde el gobernador Sapag ancló su reiterada calificación de la huelga desatada en marzo de 1997 como un hecho extorsivo, tal como se señaló anteriormente, proponiendo una alianza entre padres y gobierno cuales víctimas de una acción femenina cuyo propósito era “antinatural”. En su discurso, el acto de chantaje radicaba en la exigencia de derechos para el ejercicio de una tarea que de por sí no debía ser pensada como trabajo, en cuanto que agencia de las innatas cualidades y obligaciones de las mujeres. Ellas, a su vez, cometían un nuevo atentado contra su “naturaleza” al perjudicar, con la medida de fuerza, a aquellos que inexorablemente debían estar bajo su confiable tutela, los y las estudiantes.

La apelación a tales representaciones para domesticar a estas mujeres trabajadoras no tuvo los efectos esperados. Prueba de ello era la asistencia masiva a las marchas convocadas por ATEN y la importante presencia de las mujeres en ellas. Esto indicaba, por otra parte, un fluido contacto entre las mujeres-madres y las mujeres-maestras, nacido en la convivencia de unas con otras a partir de la distribución genérica de roles. Una vez más, el compartir las tareas de su género era la plataforma sobre la cual las mujeres intercambiaban experiencias y fortalecían sus acciones. Si bien, entonces, el “ser mujer” no convertía a madres y maestras en un sujeto homogéneo, en ciertos momentos esa condición era la que se imponía sobre otras diferencias, permitiendo la convergencia de intereses y acciones públicas-políticas. En otras ocasiones, como luego se verá, no fue así.

1.1. BARRICADAS, TIZAS Y DELANTALES: EL CORTE DEL 24 DE MARZO DE 1997

A medida que los días transcurrían, la relación entre el gobierno y el gremio docente iba tensándose cada vez más. El 20 de marzo, cuando la protesta ya llevaba más de una semana, el gobernador insistía en que sólo dialogaría con las y los maestros si levantaban la huelga³²¹. A su intransigencia comenzaban a sumarse también las voces del PEN que, a

³²⁰ Ver <www.atencapital.org.ar>.

³²¹ *Río Negro*, 21 de marzo de 1997.

través de la ministra de Educación, Susana Decibe, calificaba como “salvaje” el conflicto y “mezquina” la actitud de las y los huelguistas³²². El acento condenatorio de estas declaraciones demostraba la preocupación que el conflicto estaba despertando en la Casa Rosada, pues, entre otros motivos, no era fácil prever hasta dónde podía llegar la impugnación de la Ley Federal de Educación dinamizada por las y los docentes. El encuentro entre UNTER y ATEN en el puente de Cipolletti el 13 de marzo constituía una “alerta” en ese sentido, ya que evidenciaba la rapidez con la que la protesta lograba desbordar los límites de los territorios locales.

Mas ATEN no estaba dispuesta a ceder en sus posiciones. Por el contrario, ante el importante apoyo brindado por la comunidad y el amplio acatamiento que tenía la huelga, decidió profundizar el plan de lucha. En un plenario sindical realizado el 21 de marzo en la ciudad capital, se tomaron dos resoluciones. La primera de ellas fue extender el paro por tiempo indeterminado. La segunda, más inusitada aún, acorde con las experiencias de lucha pasadas de este sindicato, fue cortar las rutas. La fecha escogida para levantar las barricadas fue el día de la conmemoración del golpe de Estado de 1976, el 24 de marzo.

Durante la mañana de ese día, una multitudinaria manifestación de docentes, madres, padres y estudiantes avanzaron por la avenida Olascoaga, una de las principales de la ciudad, en dirección a la Ruta Nacional 22. En poco tiempo, llegaron al mismo puente en el que ya habían estado días atrás. El grupo más nutrido se instaló en él mientras otro, menor, se encaminó a montar piquetes sobre la Ruta Provincial 7.

Luego de escuchar emotivos discursos y de entonar cánticos contra el gobierno³²³, quienes estaban en el puente comenzaron a formularse una pregunta cuya respuesta era difícil aventurar: ¿Cuánto tiempo permanecerían allí? Un maestro delegado de escuela pensaba que el corte no se extendería demasiado ya que las personas que lo estaban llevando a cabo pertenecían a “un gremio de clase media, la mayoría mujeres con hijos”³²⁴. Muchos coincidían con esa opinión y se suponía, por tanto, que cuando cayera la noche, el bloqueo sería levantado. Pero los acontecimientos contradijeron tales especulaciones. Esas “mujeres con hijos” se quedaron ocupando el puente y la ruta hasta el 27 de marzo, lideradas y alentadas por otras como Liliana Obregón, que también estaba allí acompañada por su hija.

³²² *Ibidem*.

³²³ *Río Negro*, 25 de marzo de 1997.

³²⁴ Reflexiones de Silvio, citadas en Petruccelli (2005: 63).

Liliana es una persona de hablar confiado y sin rodeos. Nacida en Rosario en 1951, hija de una mujer oriunda de la provincia de Chubut, vivió buena parte de su infancia y su adolescencia cambiando de residencia y de provincia debido a que su padre, un suboficial de las Fuerzas Armadas, era asignado a distintos lugares³²⁵. Así conoció Las Lajas, en la provincia de Neuquén, lugar en el que se quedó hasta los diez años y en el que cursó parte de la escuela primaria. Luego se mudó con su familia a Mendoza, más tarde a Córdoba y, finalmente, se estableció de manera definitiva en Neuquén. Allí Liliana completó los estudios secundarios y se recibió de maestra normal nacional. Al año siguiente, según comentaba, “comencé la carrera de literatura en lo que era la Universidad del Neuquén” y también se involucró en la militancia política, pues “estamos hablando del 70 y estaba politizada la universidad a pleno y la sociedad”³²⁶. Al poco tiempo de haber ingresado a la Universidad fue electa representante estudiantil por “[la facultad de] Humanidades para la comisión tripartita de estudiantes” y como tal, “hice mi primera experiencia dirigiendo una huelga” con el propósito de que “la Universidad del Neuquén se transformara en nacional”³²⁷. Pero Liliana, que tenía en ese entonces 19 años y una filiación político-ideológica cercana al PC, combinaba sus estudios universitarios con el ejercicio del magisterio, ya que había conseguido trabajo en algunos establecimientos educativos cubriendo suplencias. Rápidamente descubrió que la militancia sindical la atraía tanto como la estudiantil, motivo por el cual se incorporó a las filas de AND, uno de los sindicatos docentes de la provincia. Durante esos años y hasta la caída de María Estela Martínez de Perón, continuó trabajando, estudiando y militando en ambos espacios. En 1976 fue declarada prescindible por el gobierno militar, condición en la que permaneció “durante 5 años”³²⁸. Pero ni la dictadura ni la falta de trabajo lograron alejarla del todo de su pasión por la política y fue así como, a comienzos de los ochenta, participó tanto de la rearticulación de CTERA, de la cual fue elegida secretaria de Cultura en 1982, como de la fundación de ATEN, donde ocupó el cargo de secretaria de Prensa también en ese año. Para esas alturas había logrado concluir sus estudios de grado en la Universidad, recibéndose “de profesora de literatura mientras estaba embarazada de mi tercer hijo”. Bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, se volcó plenamente al activismo gremial, dispuesta a “trabajar con las bases, hacer las huelgas desde abajo, porque

³²⁵ Esta breve biografía fue construida a partir de una entrevista realizada por la autora a Liliana Obregón en Neuquén capital el 11 de mayo de 2004.

³²⁶ *Ibidem*.

³²⁷ *Ibidem*.

³²⁸ *Ibidem*.

estábamos opuestos a Marta Maffei y eso era difícil: por diez años no ganamos los espacios de conducción”³²⁹. Su capacidad organizativa y su oratoria combativa la llevaron a ganar la conducción de ATEN-Capital en 1994 encabezando la Lista Granate, una alianza constituida por el PC, el Movimiento de los Trabajadores por el Socialismo y el PO, entre otras organizaciones de izquierda. Para esa mujer que el 24 de marzo de 1997 se encontraba arengando desde un improvisado escenario a las miles de maestras, madres, padres y estudiantes que estaban cortando el puente, la excepcionalidad de la protesta iniciada el 10 de marzo estaba condensada justamente en ese corte de rutas y en sus principales protagonistas. De tal modo, señalaba:

La huelga del 97. Creo que somos las primeras maestras piqueteras. No creo que exista en el país ninguna huelga que haya cortado puentes, con gente con salario estable, [...] sobre todo mujeres, en un 80% mujeres, algunas con un ingreso medio que no eran los maestros más pobres del país. Es más, [...] haber aguantado tres días en el puente, ser reprimidos y enfrentar a Menem y recibir amenazas de punteros, amenazas de Corach y de otros sectores, realmente fue importantísimo (Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004).

La capacidad de sostener un corte de rutas durante tres días, entre el 24 y el 27 de marzo, luego de 14 días de huelga, demostraba tanto la potente cohesión interna de esas maestras como el apoyo que la huelga había recibido por parte de la sociedad neuquina. Esto cobraba una dimensión mayor aún teniendo en cuenta que, como lo expresó Obregón, el salario docente neuquino, al igual que en el resto de la región austral de la Argentina, era más elevado comparativamente que el salario promedio de las y los docentes a nivel nacional. En ese sentido, el conflicto demostraba, nuevamente y como en muchas otras oportunidades en la historia argentina contemporánea, que la relación entre salario y capacidad de confrontación ha encerrado una lógica dispar en la cual no necesariamente sueldos magros se condicen con mejores posibilidades de lucha. De hecho, y según informaran los diarios, ningún gremio en Neuquén había declarado una huelga de tal magnitud al menos desde 1994³³⁰.

Empero, una de las diferencias sustantivas con esas ocasiones pretéritas se hallaba en la titulación de “maestras piqueteras” que Liliana Obregón asignaba a sus compañeras de barricada y a sí misma. Si se tiene presente que esta entrevista fue realizada siete años

³²⁹ *Ibidem*.

³³⁰ *Río Negro*, 26 de marzo de 1997.

después de los acontecimientos que aquí se estudian y que quien escogió esta nominación contaba en su haber con una extensa trayectoria sindical y política, puede aventurarse que la adopción del adjetivo “piquetera”, lejos de ser azarosa, contenía una marca identitaria en la que la entrevistada anudaba heterogéneas experiencias y prácticas de lucha con diversos sujetos y nuevos y contrapuestos significados. En efecto, si el “piquetero”, por medio de variados actos escriturales y políticos, remitía a una figura predominantemente masculina, Obregón confrontaba esa construcción poniendo en escena a la “piquetera” que, a diferencia de su par varón, no sólo era maestra sino que también accedía a un elevado salario. De tal suerte, la “maestra piquetera” aludía en su definición a una mujer cuya condición no era la de la desocupación y cuyo motivo de lucha no se relacionaba, en consecuencia, ni con la obtención de un “trabajo genuino” –tal como irían delineándose los reclamos en las protestas posteriores– ni de un subsidio, como los medios de comunicación irían encapsulando las motivaciones que impulsaron e impulsan las movilizaciones piqueteras.

A este diferencial sustrato de género y de clase que marcaba la dirigente sindical, se sumaba otra cuestión que no era extraña a esa identidad y que se vertebraba precisamente con el tipo de herramienta de protesta escogida por el gremio docente para profundizar el plan de lucha: el corte de rutas. Esta modalidad confrontativa, que se ha indexado como una connotación peculiar del “ser piquetero”, estaba poco extendida en esos momentos entre quienes integraban organizaciones sindicales³³¹. Por tanto, la acción que esas maestras emprendieron el 24 de marzo de 1997 sobre las rutas que atravesaban la ciudad de Neuquén era inusual no sólo para ese gremio sino también para el movimiento obrero organizado en general. Así, ese formato de protesta marcaba un punto de inflexión en la experiencia de esas mujeres sindicalizadas situado ciertamente en la novedad pues acudían a él por primera vez. Pero no habían llegado hasta allí solas y de la nada. Por un lado, esas mujeres con hijos, acostumbradas a tizas, delantales y pizarrones aunque conocedoras de marchas y paros, estaban en las rutas como resultado de saberes individuales y de trayectorias sindicales colectivas previas que, como en el caso de Liliana Obregón, fueron atravesadas por su condición de clase y sus atributos de género,

³³¹ Aun cuando el estudio de Iñigo Carrera y Cotarelo (1998) consigna que la mayoría de los bloqueos producidos entre diciembre de 1993 y el año 1997 fueron protagonizados por personas asalariadas ocupadas, también establece que el 69,2% de esos cortes se produjeron en ese último año. Asimismo, otro análisis revela que si para 1992 se producía un corte cada siete paros, para 1998 esta proporción se había invertido y el corte de rutas pasó a integrar también el formato de protesta de gremios que, incluso, no eran los que tradicionalmente se habían opuesto a la política menemista (Schuster et al., 2006).

pero no imantadas a ellas como una cualidad esencial, tal como apreciaba el maestro antes citado.

Por el otro, esas mujeres retomaban con su acción la modalidad de lucha que otras habían utilizado contra ese mismo gobernador menos de un año antes, lo cual cambiaba cualitativamente el “territorio” y los significados del enfrentamiento. Ya no se trataba tan sólo de una huelga que, aún cuando contundente en su dureza y trasladada fuera de las aulas, guardaba ciertos rasgos de previsibilidad basados en el mutuo reconocimiento de los contrincantes y de las reglas de juego, con sus tires y aflojes o negociaciones e intransigencias. Por el contrario, al situarse en el puente y en la ruta, la iniciativa beligerante de ATEN volvía a desinstitucionalizar los marcos del conflicto social en la provincia. Con ello, por segunda ocasión y en poco tiempo, la autoridad política de Sapag nuevamente era puesta en duda. También por segunda vez, además, un sector desligado del proceso productivo se revelaba capaz de interrumpir la esfera de la circulación del capital afectando, de esa manera, la situación económica local. El principal periódico de la región advertía este panorama informando que tan sólo luego de 24 horas de corte “la ciudad comenzó a sentir seriamente los primeros síntomas de desabastecimiento”³³². A su vez, daba a conocer que los empresarios ligados al empaque y la exportación de frutas habían enviado una nota al ministro Corach en la que solicitaban su intervención en el conflicto ya que este amenazaba con perturbar “severamente a la economía regional”³³³. Ante tal escenario y aun cuando los sujetos y los contextos específicos de ambos cortes eran diferentes, el gobernador Sapag decidió ensayar una respuesta similar a la utilizada el 25 de junio de 1996 en las comarcas petroleras: despejar las barricadas mediante la intervención de las fuerzas represivas³³⁴.

La noticia de que la jueza Margarita Gudiño de Argüelles podía llegar de un momento a otro liderando a un cuerpo de gendarmes enviados nuevamente desde la Capital Federal, se esparció rápidamente en el puente el 26 marzo. Los ánimos estaban sumamente tensos, pues nadie podía prever qué sucedería llegado el momento de verse frente a frente con ellos. Entre tanto, la dirigencia sindical intentaba organizar a las y los manifestantes e imaginar alguna fórmula que hiciera desistir a la funcionaria judicial de

³³² *Río Negro*, 26 de marzo de 1997.

³³³ *Ibidem*.

³³⁴ Es preciso aclarar que algunos diputados oficialistas y funcionarios del Poder Ejecutivo mantuvieron reuniones con las y los dirigentes de ATEN durante el 24 y el 25 de marzo para intentar lograr algún punto de acercamiento. Incluso, en la noche del 25, María Eugenia Figueroa y un dirigente ATE y CTA se juntaron con el gobernador, el vicegobernador Corradi y el ministro Silva. Pero la propuesta de Sapag para abrir negociaciones se mantenía en la total intransigencia: sólo aceptaría discutir las demandas docentes siempre y cuando ATEN levantara la medida de fuerza (*Río Negro*, 26 de marzo de 1997).

ordenar la represión. Según relataba Liliana Obregón, en las asambleas que se convocaron a tal fin en el puente:

Una de las cuestiones [...] que se discutió [era] si íbamos a hacer resistencia activa o resistencia pasiva. Yo saqué el tema porque me habían agredido algunos compañeros, no físicamente. Me habían dicho que teníamos que enfrentar a la gendarmería, que era una actitud cobarde. [...] Entonces fuimos a una asamblea de 600 personas y yo saqué el tema. [...] Porque la gente no la quería enfrentar y mucho menos a piedras. Los docentes no querían. Se discutió y se votó una resistencia pasiva que significaba que se llegaba hasta ahí, pero que si había ataque de la gendarmería con balas y gases y demás, se abrían dos columnas: una que salía para la escuela Santa Teresa, que está hacia el lado oeste del puente, y otra columna salía para el otro lado (Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004).

Según este relato, algunas de las personas presentes en la asamblea estaban en desacuerdo con ceder el control del puente sin enfrentar abiertamente a la gendarmería. Más aún porque la resistencia pasiva, que implicaba retirarse ordenadamente en cuanto las fuerzas represivas comenzaran a poner en acto el desalojo, contemplaba una acción previa: permanecer sentadas/os sobre el asfalto. Un docente universitario integrante de la CONADU que estaba en el corte, comentó:

Hubo momentos muy patéticos. Una cosa era la discusión política si el gremio debía o no debía enfrentar. Pero al margen que eso podría haber sido razonable, estuvieron muy pasados [...]. Me acuerdo el momento cuando la gendarmería estaba a mil metros, los tipos hacen encolumnar a toda la gente por escuelas o por distritos [...] y sentarse en toda la ruta. Y entonces al que se paraba le decían “sentate” [...]. Y la situación esa de que te hagan sentar a la espera de los milicos fue casi histérica. Te sentías un corderito (Entrevista de la autora a Luis Tiscornia, Neuquén capital, 15 de diciembre de 2003).

Mientras transcurrían los minutos en la madrugada del 27 de marzo, el sentimiento de estar a merced de las fuerzas de seguridad iba profundizándose a tal punto que las y los maestros “estaban todos sentados en la ruta y los queríamos hacer cantar y no querían cantar”³³⁵. También se acrecentaba el control de las y los dirigentes de ATEN sobre la organización de las columnas y sobre la actitud de las y los manifestantes. Acorde con el docente universitario citado, la vigilancia era tan férrea que llegaba a generar la imagen

³³⁵ Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004.

de que “te controlaban más los del gremio docente que la policía”³³⁶. Pero si las resoluciones de no pararse y no enfrentar abiertamente a la gendarmería pudieron mantenerse fue porque contaban con un fuerte respaldo de las bases. Ese respaldo, en buena medida, tenía mucho que ver con el temor y la novedad de la situación ya que, según explicó Obregón, las y los maestros “estaban muy asustados..., era su primera experiencia de enfrentamiento con la policía y con la gendarmería”³³⁷.

Estos segmentos de la narración de la líder gremial permiten comenzar a develar similitudes y contrastes entre las mujeres que protagonizaban este corte con aquellas que las habían precedido el año anterior en Plaza Huincul y Cutral Co. Aunque ambos grupos de mujeres pertenecían a los sectores trabajadores, para las piqueteras de junio de 1996, que no respondían a una organización gremial ni político-partidaria, la inminente presencia de la gendarmería despertó reacciones adversas en las que, aún cuando el miedo estaba presente, la posibilidad de resistir pasivamente o retirarse quedó prontamente descartada. Para las maestras, en cambio, lo inaceptable era entrar en un combate con los varones uniformados. Por motivos puntuales distintos pero por una razón estructural similar, las consecuencias del modelo neoliberal, ambos grupos de mujeres habían dispuesto sus cuerpos en una ruta, desplegando prácticas políticas que contradecían los mecanismos formales del ejercicio de la democracia y más aún, lo “esperable de su sexo”. Sin embargo, en esas similitudes se abrían paso también las disparidades entre unas y otras ligadas no con su biología sino, más bien, con su experiencia de clase y con decisiones colectivas evaluadas a partir de un determinado contexto. Dicho de otro modo: enfrentarse activamente o no hacerlo no dependió de ese “ser mujeres con hijos”, pues en todo caso, tanto en Cutral Co y en Plaza Huincul como en el puente y en la Ruta Provincial 17, ellas estaban allí con sus niños y niñas aferrados a sus manos. La decisión obedeció a otras cuestiones ligadas al análisis de la situación, el terreno concreto para llevar a cabo el enfrentamiento, la experiencia social tensionada entre la imagen de la trabajadora y la sacrificial educadora del “ciudadano”, en fin, a un conjunto de factores no asibles en una supuesta naturaleza biológica.

De todas formas, la “resistencia pasiva” que las y los maestros exhibían no conmovió la decisión de la jueza Gudiño de Argüelles. Tampoco lo hicieron las presencias del obispo Radrizzani y de los diputados Horacio Forni y Raúl Radonich, opositores al bloque oficialista, que se habían presentado en el puente para intentar

³³⁶ Entrevista de la autora a Luis Tiscornia, Neuquén capital, 15 de diciembre de 2003.

³³⁷ Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004.

disuadir a la magistrada. A las 7 de la mañana del 27 de marzo, la represión se descargó sobre las y los manifestantes. Al frente de las tropas que despejaban el puente a base de golpes, balas de goma y gases lacrimógenos, se hallaba un siniestro personaje: Eduardo Jorge, un represor vinculado a Domingo Bussi, primer alférez de Gendarmería cuando se produjo el golpe militar el 24 de marzo de 1976 y uno de los responsables del campo clandestino de concentración que funcionó en la compañía de arsenales del Ejército “Miguel Azcuénada”, de la provincia de Tucumán.

En pocos minutos, el puente quedó absolutamente despejado. Otro tanto ocurrió en la Ruta Provincial 7, donde el operativo represivo estaba bajo el comando de las fuerzas de la UESPO. Sin embargo, el violento derribo de las barricadas no se llevó consigo la huelga. Por el contrario, la determinación de sostenerla se tornó más rotunda. Así, si las horas de la mañana de ese mismo día encontraron a las y los maestros nuevamente en la calle, liderando una nutrida movilización popular que encabezada por ATEN-Capital manifestaba el repudio a la represión sufrida, las horas de la tarde los hallaron en una asamblea decidiendo el rumbo de la protesta. El masivo consenso otorgado allí a la continuidad de la huelga se repitió en cada una de las seccionales de la provincia, cuestión que se reflejó en los días subsiguientes pues el acatamiento al paro llegó al 100% en todos los establecimientos educativos. En igual compás se movía el apoyo de la comunidad, que se sumaba activamente a las marchas convocadas por el sindicato. Una de ellas, ocurrida el 31 de marzo en la capital neuquina, logró reunir a 15 mil personas, según los diarios – aunque el gremio contabilizó 20 mil– que concluyeron el periplo con un acto frente a la sede del Poder Ejecutivo en el que hablaron las dirigentes Figueroa, Obregón y Marta Maffei en representación de CTERA³³⁸. Más aún, la resonancia del conflicto comenzaba efectivamente a traspasar las fronteras provinciales.

El 31 de marzo, en solidaridad con ATEN, CTERA convocó a una huelga nacional docente que, según la central sindical, obtuvo una adhesión del 90%³³⁹. Ese mismo día, una movilización de 5 mil personas recorría las calles de la Capital Federal en protesta contra el gobierno neuquino, que detenía su paso para expresar el repudio a la represión en las representaciones provinciales de Neuquén, Buenos Aires y Río Negro. La magnitud a la que estaba arribando la medida de fuerza neuquina y, por tanto, su abierto cuestionamiento a la implementación de la Ley Federal de Educación, preocupaba cada vez más al gobierno nacional, presionado también por conflictos docentes en otras

³³⁸ *Río Negro*, 1 de abril de 1997. También estuvo presente el máximo líder de la CTA, Víctor De Gennaro.

³³⁹ *Ibidem*.

provincias³⁴⁰. Sin embargo, el panorama cobró un nuevo giro en su complejidad a partir del 2 de abril. Ese día, las y los docentes de CTERA iniciaron un ayuno instalando la Carpa Blanca en la Plaza de los Dos Congresos. La medida, que tenía por objetivo lograr la sanción de un Fondo de Financiamiento para el sistema educativo, comenzó con un acto multitudinario en el cual las expresiones de solidaridad con las y los maestros de ATEN y de los restantes gremios docentes en conflicto ocuparon nodales pasajes de los discursos de las y los dirigentes sindicales³⁴¹. Ante estos acontecimientos, el gobierno central empezó a presionar decididamente al jefe del Ejecutivo neuquino para que hallara una solución definitiva y rápida, a la par que se esforzaba por presentar la huelga de ATEN como una situación exclusivamente provincial³⁴².

Asimismo, la intransigencia del gobernador Sapag frente al conflicto era acicateada cada vez más en su propio territorio. Los bloques opositores al sector “amarillo” del MPN en la legislatura provincial –es decir, el sector “blanco” del MPN, el FREPASO y la UCR– proponían aprobar un proyecto de ley, contrario al que el gobernador había enviado a fines del año anterior, que contemplaba la restitución del plus salarial del 40% cobrado por zona desfavorable a todos los empleados estatales³⁴³. A este desafío se sumaba el abierto cuestionamiento de otros sectores. Entre ellos se encontraban las iglesias católica, bautista y metodista de Neuquén, cuyos principales referentes habían iniciado un ayuno de dos días en la catedral capitalina en “respuesta al clima de miedo y violencia” desatado por el gobernador³⁴⁴. Esta acción sumaba otra rispidez a la ya deteriorada relación entre el obispado neuquino en particular y el gobierno, que había

³⁴⁰ En efecto, durante esos días se estaban suscitando huelgas docentes en las provincias de San Juan, Jujuy, Formosa y La Rioja.

³⁴¹ La Carpa Blanca y el ayuno de las y los docentes se extendieron durante más de dos años y medio, entre el 2 de abril de 1997 y el 30 de diciembre de 1999, luego de que el Congreso Nacional sancionara la Ley de Presupuesto estableciendo la conformación de un fondo nacional para el financiamiento educativo (especialmente para el salario y el pago del incentivo docente) basado en las rentas nacionales. Esta medida de lucha, original y sumamente visible, concitó la adhesión de diversas organizaciones sociales y sindicales, partidos y agrupaciones políticas, intelectuales, artistas, deportistas, periodistas, organismos de derechos humanos, entre otros grupos, tanto de Argentina como internacionalmente. Para un análisis de este tópico, ver Suárez (2005), Perazza y Legarralde (2007) y Gindin (2008), entre otros.

³⁴² De tal modo y según informara Héctor Mauriño, periodista del diario *Río Negro*, la ministra de Educación Susana Decibe había aparecido en todos los medios de comunicación nacionales sosteniendo que “este es un conflicto provincial y no guarda relación con la Reforma Educativa” (*Río Negro*, 6 de abril de 1997).

³⁴³ *Río Negro*, 4 de abril de 1997. Sapag amenazó, de todos modos, con ejercer su veto ante cualquier iniciativa que se aprobara con tal contenido (ver *Río Negro*, 5 de abril de 1997).

³⁴⁴ *Río Negro*, 4 de abril de 1997.

puesto de manifiesto, a su vez, la pretensión de indagar judicialmente al obispo Radrizzani por su presencia en el puente³⁴⁵.

Con el apremio del gobierno nacional sobre sus espaldas, de los bloques opositores en la Legislatura, de las autoridades de los distintos cultos y, fundamentalmente, de la voluntad beligerante de un sindicato cuyo apoyo comunitario se fortalecía día a día, Sapag accedió a abrir las puertas del diálogo con las dirigentas de ATEN. Sin embargo, en los encuentros que se sucedieron desde el 31 de marzo en adelante no se llegó a ningún acuerdo, pues las intenciones del gobierno eran contrarias a ceder en los puntos principales del reclamo docente. Incluso, en medio de tales “diálogos”, el gobernador intercalaba intentos disuasivos con acciones que, en realidad, contribuían aún más a alejar cualquier posibilidad de entendimiento. Entre esas iniciativas, estuvo la convocatoria a su propia facción del MPN a “romper los candados de las escuelas y poner en marcha los comedores escolares”, aduciendo que “no podemos dejar a los chicos con hambre con los comedores cerrados hace un mes³⁴⁶”. Su apelación al “hambre” volvía a ubicar el conflicto como un acto refractario de los principios esenciales de la “naturaleza femenina” de esas mujeres-maestras, aunque ahora de manera completa, pues ellas ya no sólo se estaban negando a educar a las y los niños sino también a alimentarlas/os. En esa dirección, sostenía, por tanto, que el “operativo” que iniciarían sus partidarios para “asegurar que las escuelas estén abiertas” se haría “a título de padres”³⁴⁷. El intento de evocar una paternidad redentora, dispuesta a subsanar la gravedad de esa ausencia femenina, tuvo magros resultados, ya que, a excepción de unos pocos establecimientos que incluso montaron comedores de apuro para que el gobernador los visitara³⁴⁸, ni siquiera sus propios partidarios se animaron a llevar a cabo tal cometido.

Como ninguna de sus iniciativas daba resultado, el 7 de abril el gobierno neuquino, por medio de la subsecretaría de Gobierno y Trabajo, decidió dictar la conciliación obligatoria por un plazo de 15 días hábiles³⁴⁹. Pero el sindicato, que adujo que la subsecretaría excedía sus facultades puesto que no podía ser juez y parte en el

³⁴⁵ *Río Negro*, 1 de abril de 1997. De hecho, la nota periodística informaba que el obispo Agustín Radrizzani podía ser acusado por el gobierno de “estar al lado de la barricada” cuando la gendarmería procedió a desalojar el puente a las 7 de la mañana del 27 de marzo. Posteriormente, la jueza Argüelles desestimaría la posibilidad de citar al obispo a una declaración indagatoria.

³⁴⁶ *Río Negro*, 2 de abril de 1997.

³⁴⁷ *Ibidem*.

³⁴⁸ En total, fueron cinco las escuelas que recorrió Felipe Sapag y que pusieron en funcionamiento los aparentes comedores (*Río Negro*, 4 de abril de 1997).

³⁴⁹ *Río Negro*, 8 de abril de 1997.

asunto, rechazó la medida mientras anunciaba que continuaría con el paro por tiempo indeterminado y con “el cronograma de movilizaciones”³⁵⁰.

Así, ATEN convocó a marchar por las rutas en toda la provincia para el 9 de abril, las que serían simultáneas con una movilización que recorrería las calles de la ciudad capital. Fue en ese marco que en Cutral Co y Plaza Huincul se realizó una asamblea organizada por la seccional local para planificar la “caminata”. En realidad, las y los docentes de las comarcas petroleras habían participado entusiastamente del conflicto desde sus inicios, momento en el que el nivel de acatamiento a la huelga abarcaba al “85% de los maestros, en especial en los niveles inicial y primario según cifras difundidas por el gremio”³⁵¹. Asimismo, el cronograma de movilizaciones dispuestas desde el 10 de marzo había sido rigurosamente seguido en ambas ciudades, y en todas las ocasiones las y los maestros habían estado acompañados por numerosas madres, padres y estudiantes. Por tanto, no fue sorprendente que, durante el mediodía del 9 de abril, la asamblea organizada por la “coordinadora de padres, maestros y alumnos” que se había constituido a lo largo de las jornadas de protesta, decidiera emprender la marcha desde el museo Carmen Funes, en Plaza Huincul, hacia la Ruta Nacional 22. Instalados allí y cuando la noche comenzaba a despuntar, la coordinadora resolvió cortar la ruta “en defensa de la escuela pública”³⁵². Según una mujer que participó de la asamblea, la resolución contempló justamente “armar todos los piquetes posibles [...], una vez que lleguen los gendarmes, armar un cordón de seguridad [...] y no desintegrar la coordinadora de padres ni los grupos de estudiantes”³⁵³. Mas esta acción conduciría a un cambio sustantivo en la trayectoria del enfrentamiento, trasladando su epicentro al mismo lugar que diez meses antes había puesto en vilo al gobierno provincial.

³⁵⁰ *Ibidem*.

³⁵¹ *Río Negro*, 13 de marzo de 1997. Es preciso señalar que, según las estimaciones de la secretaria general de la seccional local de ATEN, Regina Montes, publicadas por ese mismo periódico en esa fecha, las disposiciones gubernamentales habían implicado la reducción de 30 cargos en el nivel inicial y primario en Cutral Co, y la pérdida de 300 horas cátedra.

³⁵² *Río Negro*, 10 de abril de 1997.

³⁵³ Estas palabras fueron recogidas en filmaciones de los cortes sin editar realizadas por Canal 2 de Cutral Co (Archivo de la autora).

2. “DONDE HUBO FUEGOS...”: EL SEGUNDO CORTE DE RUTAS EN CUTRAL CO Y PLAZA HUINCUL

El jueves 10 de abril de 1997 un grupo de “400 padres, alumnos y maestros”, según informaban los medios de comunicación, amaneció sobre la Ruta Nacional 22 custodiando la barricada montada la noche anterior a la altura de la torre de YPF, en el ingreso a Plaza Huincul³⁵⁴. Algunos jóvenes, además, mantenían bloqueadas varias picadas para evitar que los automóviles pudieran pasar por esos caminos alternativos.

Pese al lugar central que ocupaba el corte en las noticias, esa decisión no había sido exclusivamente asumida en las comarcas petroleras. En Neuquén capital, las y los maestros también habían interrumpido el tránsito sobre la Ruta Nacional 22 durante 4 horas entre la mañana y el mediodía del 9 de abril³⁵⁵. Otro corte se había producido, asimismo, entre Senillosa y Arroyito, una localidad ubicada a 50 km aproximadamente al sur de la capital provincial.

Ante esta situación, el ministro del Interior de la Nación, Carlos Corach, se apresuró a advertir públicamente que “si [las autoridades provinciales] nos requieren por razones de seguridad, vamos a prestarles toda la colaboración”, remarcó que “la ocupación de rutas provinciales y nacionales perjudica las economías regionales, el comercio y el trabajo” e insistió en que el gobierno nacional no permitiría “la nacionalización del conflicto docente”³⁵⁶.

Estas declaraciones ponían de manifiesto la variada gama de problemáticas que la protesta docente neuquina seguía presentando para la dirigencia política nacional así como para la provincial. En principio, la potencial nacionalización y unificación de los reclamos docentes era sólo una de las cuestiones a la que debían hacer frente ambos gobiernos. Otra la constituía el hecho de que, a pesar de la represión desatada el 27 de marzo, el corte de rutas volvía a ser utilizado como herramienta de lucha. Su reedición en abril, a escasas semanas del violento desalojo del puente y de la Ruta Provincial 7, evidenciaba que para las y los maestros esa metodología seguía resultando ventajosa para aumentar la presión sobre el poder político. Pero, además, que en esta ocasión se involucrara particularmente la comunidad educativa de Cutral Co y Plaza Huincul, donde la pueblada del año anterior permanecía en la epidermis de la historia local, hacía del

³⁵⁴ *Río Negro*, 10 de abril de 1997.

³⁵⁵ *Ibidem*.

³⁵⁶ *Ibidem*.

conflicto la punta de un iceberg cuya real extensión podía desbordar ampliamente cualquier intento gubernamental por retomar la iniciativa.

Los potenciales enlaces entre uno y otro conflicto tampoco pasaban desapercibidos para la coordinadora de padres, maestros y estudiantes de las localidades petroleras. Justamente, con la pretensión de desvincular una protesta de la otra, sus voceros informaban a los medios de comunicación que en esa oportunidad no “había piqueteros de la pueblada” del año anterior, y afirmaban además que “no queremos que se metan en esto”³⁵⁷.

La prensa escrita, aún cuando calificó como “extrema” la medida de lucha puesta en práctica en esas localidades, hizo esfuerzos por diferenciar el significado e implicancias de los cortes protagonizados por las y los maestros con lo ocurrido en junio de 1996. Así, por ejemplo, para contrastar el bloqueo del puente capitalino el 24 de marzo de 1997 con aquel, fue publicada una entrevista a Margarita Gudiño de Argüelles, la jueza que había intervenido en ambas ocasiones. En ella, la funcionaria explicaba:

Cuando fui a Cutral Co me encontré con una situación diferente; allí había todo un pueblo en la calle y en Neuquén [en referencia al 27 de marzo de 1997] me encontré con parte de un gremio y algunas personas más. En Neuquén había un delito diferente [al del año anterior donde] los piqueteros no reconocían ni la autoridad del gobernador y por eso había un delito mayor, que es el de sedición (*Río Negro*, 1 de abril de 1997).

Argüelles ponderaba la masividad, las instancias organizativas y el tipo de “delito” cometido como elementos diferenciadores de una y otra acción colectiva de protesta. Empero, tales apreciaciones, aunque pudieran resultar acertadas, no alcanzaban a morigerar la inquietud que en los círculos gubernamentales despertaba el corte del 9 de abril, ya que la protesta podía volverse aún más compleja si a las reivindicaciones docentes se sumaban otros sujetos con demandas propias. Precisamente era en Cutral Co y Plaza Huincul donde un corte de rutas bien podía reavivar exigencias sociales comunitarias difícilmente eludibles para el gobierno local. De hecho, diversos sucesos acaecidos en ambas localidades en enero y febrero de 1997 ponían en evidencia cuán convulsionado permanecía el panorama político y social de la zona.

En efecto, para el verano de 1997, seis meses después de la firma del pacto entre Laura Padilla y Felipe Sapag que había puesto fin a la pueblada, el escenario político era

³⁵⁷ *Ibidem*.

bastante espinoso, fundamentalmente en la ciudad de Cutral Co. La disputa interna entre las facciones del MPN había derivado en amenazas entre sus integrantes, en una serie de atentados con bombas molotov arrojadas contra las casas de diversos funcionarios municipales e, incluso, en la colocación de cartuchos de dinamita en las viviendas de reconocidos dirigentes políticos. “Blancos” y “amarillos” se acusaban mutuamente de cada uno de estos hechos, y si bien la investigación judicial resultó en la incriminación y detención de algunas personas, nunca se determinó ni la autoría intelectual de los mismos ni la presunta existencia de vínculos entre quienes fueron detenidos y los dirigentes políticos locales³⁵⁸. Lo cierto es que esta situación tornaba más frágil la continuidad de Daniel Martinasso al frente del municipio. El intendente había conseguido sortear el pedido de juicio político posterior a la finalización de la pueblada, pero no había logrado desembarazarse de las recriminaciones internas ni de la desconfianza de los “amarillos”, su facción de pertenencia dentro del MPN. Por tanto, concitó escasos apoyos cuando ante la conflictiva situación de ese verano, el Concejo Deliberante de Cutral Co en pleno volvió a la carga en su contra, solicitándole la renuncia el 26 de febrero de 1997. A pesar de que logró sortear el embate y conservar su lugar en el Ejecutivo municipal, la situación de gobernabilidad en Cutral Co estaba tan vulnerada que se hablaba de “un virtual vacío de poder existente”³⁵⁹.

A este tenso panorama político se sumaba el descontento social provocado por el atraso en el envío de los fondos correspondientes a subsidios de desempleo prometidos por el gobierno provincial. Tal demora había perjudicado a más de 2 mil personas beneficiarias, entre las cuales había una gran cantidad de mujeres jefas de hogar y piqueteras del año anterior³⁶⁰.

A su vez, las posibilidades de instalar la planta de fertilizantes en las comarcas petroleras para dar respuesta a una parte de los reclamos que habían motivado la pueblada de junio, se alejaban cada vez más. La firma Pérez Companc, con la cual el gobernador

³⁵⁸ Esta compleja situación había comenzado el 3 de enero de ese año, cuando una bomba molotov fue lanzada al domicilio particular de Mario Vilo, cuñado del intendente de Cutral Co, Daniel Martinasso, y secretario de Gobierno de la comuna. Ante la proliferación de este tipo de hechos, Martinasso, que también había recibido una bomba molotov en su casa, acusaba al sector “blanco” del MPN y en particular a Grittini, como autor intelectual de estas acciones. La situación llegó a su máxima expresión cuando el domingo 16 de febrero tres cartuchos de TNT fueron encontrados en la puerta de la vivienda de Grittini, con un mensaje escrito en donde se conminaba al ex intendente a abandonar su campaña para juntar firmas con el objetivo de exigir la renuncia de Martinasso. El hallazgo de esta dinamita se repitió en la vivienda de un concejal radical, aliado al sector “blanco” del MPN. Sin embargo, las investigaciones que se realizaban, a cargo del fiscal Santiago Terán, apuntaban a la hipótesis de que en realidad Grittini había fraguado el atentado en su casa con la intención de desestabilizar el gobierno de Martinasso.

³⁵⁹ *Río Negro*, 2 de marzo de 1997.

³⁶⁰ *Ibidem*.

Sapag había iniciado gestiones una vez terminado el conflicto ofreciéndole ventajas similares a las concedidas por Sobisch a Agrium-Cominco, había rechazado la propuesta de edificar la fábrica en Neuquén debido a los elevados costos que suponía el traslado de producción al mercado de Buenos Aires. Por tal motivo, la compañía había escogido emplazar la planta en Bahía Blanca, en la provincia de Buenos Aires³⁶¹.

En consecuencia, tanto la inestabilidad política como la acuciante situación económica que seguían atravesando los y las pobladoras de Plaza Huincul y Cutral Co hacían de la región un terreno fértil para la emergencia de una nueva confrontación. Esa probabilidad cobró más consistencia aún durante la segunda jornada del corte de rutas en Cutral Co y Plaza Huincul, cuando al bloqueo se sumaron un grupo de jóvenes que, según los medios de comunicación, habían participado de la pueblada del año anterior y ahora “quieren enfrentar a la Gendarmería” y “no responden a nadie”³⁶². Pero tal presencia no sólo preocupaba al gobierno local. Para el sindicato también había una perspectiva inquietante puesto que esos jóvenes podían asumir demandas y acciones que excedieran los intereses de ATEN o que fueran difícilmente encausables por esa organización.

Frente a las potenciales derivas de la protesta, entonces, el plenario de secretarios/as generales, convocado para el 10 de abril a fin de discutir los pasos a seguir, decidió trasladarse a Plaza Huincul y Cutral Co. Según explicó Liliana Obregón:

Nosotros hicimos el plenario en Cutral Co [...]. Era una forma de demostrar que el plenario estaba en estado de alerta en la propia localidad donde estaba la pueblada, que todavía no era pueblada. Era una manifestación importante (Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004).

El desplazamiento de la reunión a esa zona conllevaba efectivamente una demostración, una suerte de mensaje desafiante para el gobernador Sapag, pues el liderazgo de la huelga se ubicaba a sí mismo, y con ello a la protesta, en un lugar pleno de significados políticos devenidos de las implicancias de la pueblada del año anterior. Si en aquella ocasión la movilización popular había sido capaz de poner en cuestión la autoridad del gobernador y doblegar su negativa a negociar con las y los pobladores, esta vez era uan dirigencia sindical, la de las y los maestros, la que advertía que se encontraba en condiciones de restaurar tal situación. Pero esto era en un plano, el del “fuego cruzado” con el Poder

³⁶¹ *Río Negro*, 21 de diciembre de 1996. Por su parte, Agrium-Cominco había cerrado un acuerdo con el gobernador santafecino Jorge Obeid para instalarse en las localidades de Timbúes y General San Martín, disponiendo una inversión de US\$ 580 millones. Ver *Río Negro*, 14 de diciembre de 1996.

³⁶² *Río Negro*, 11 de abril de 1997.

Ejecutivo. En otro, ligado por cierto también a esos significados políticos, el traslado obedecía al intento de mantener el conflicto dentro del marco del reclamo docente. Ambos registros atravesaron las discusiones del plenario con respecto a dos temas: el acatamiento a la conciliación obligatoria dictada el 7 de abril y el apoyo institucional al corte de rutas.

En cuanto a la primera cuestión, existían dos posiciones. Mientras la secretaria general María Eugenia Figueroa sostenía que debía aceptarse la conciliación, la secretaria de la seccional capital de ATEN, Liliana Obregón, impulsaba lo contrario. Esta última posición fue la que se impuso, esgrimiéndose nuevamente como argumento que el ámbito de la Subsecretaría de Trabajo no era el apropiado para dictaminar una medida semejante³⁶³.

En lo concerniente al apoyo institucional al corte de rutas, Pablo Ferrer, secretario de prensa del gremio a nivel provincial, comunicó que el plenario había resuelto que “si bien ATEN apoya el corte de rutas y sus representantes acompañarán la protesta, no irán a los piquetes como gremio sino en forma particular”³⁶⁴. Los motivos que habían conducido a esa decisión radicaban, según Liliana Obregón, en lo siguiente:

Cutral Co se lanza a una pueblada y nos dicen que se lanzan a una pueblada porque los maestros de Cutral Co salen por el tema de la educación. Pero cuando se produce la pueblada real de Cutral Co no fue por el tema de la educación. Fue por temas concretos que tenían que ver con ellos, específicamente los subsidios y la desocupación [...]. O sea, no había una relación entre los docentes y la pueblada (Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004).

Sin embargo, en el momento en que el gremio determinó negar su apoyo institucional al corte de rutas, la pueblada a la que la dirigente hacía referencia no era tal. Los cálculos más alentadores llegaban a contabilizar unas 450 personas distribuidas en unos cuantos piquetes. Esa magnitud distaba mucho de poder calificarse como una pueblada, si la escala de referencia se basaba en lo que había ocurrido el año anterior o en lo que luego sobrevendría. En todo caso, el problema radicaba, para la dirigencia sindical, en que tras la huelga docente se habían encolumnado jóvenes cuyas voces y acciones no necesariamente se subsumirían a las pautas de aquella o acatarían las estructuras y

³⁶³ *Río Negro*, 11 de abril de 1997. La posición mayoritaria argüía que la Subsecretaría carecía de legitimidad para actuar de esa manera y que la decisión de convocar a la conciliación obligatoria era potestad de la Agencia Territorial Neuquén del Ministerio de Trabajo de la Nación.

³⁶⁴ *Ibidem*.

modalidades organizativas del gremio. En definitiva, la defeción de ATEN se situaba en la extracción de clase, en las reivindicaciones y en la posible autonomía de esos “ellos” a los que Obregón aludía. Al abundar en su explicación, Liliana incluso señalaba:

Hasta los métodos de lucha... Porque si bien los métodos eran idénticos, que eran los cortes de ruta, la composición social era muy distinta. Y la forma y la dureza. Si bien la nuestra para nosotros fue bien dura, [...] era mucho más duro lo de ellos, en tanto que tenían mucho para perder (Entrevista de la autora a Liliana Obregón, Neuquén capital, 11 de mayo de 2004).

Que el sindicato tuviera menos para perder que “ellos” era cuestionable ya que, por ejemplo, el rechazo de la conciliación obligatoria podía traer como consecuencia la declaración de ilegalidad del paro y, también, el retiro de la personería gremial de ATEN, entre otras cosas. Pero, probablemente, ese era un riesgo aceptable, puesto que, aún cuando se abriera una puerta hacia la ilegalidad, el conflicto podía seguir transitando por carriles controlables por el sindicato. A su vez, este último también estaba en condiciones de impugnar en los tribunales judiciales la sanción de su rebeldía ante la conciliación obligatoria, cuestión que de hecho ya había comenzado a dinamizar³⁶⁵. La pregunta es, entonces, hasta qué punto esa dureza que Obregón atribuía a quienes no eran docentes y que devenía de que “tenían mucho para perder”, no le quitaría a ATEN margen de maniobra en el enfrentamiento con el gobierno, sobre todo cuando lo que se avecinaba era nuevamente la violencia estatal.

2.1. DE LAS MAESTRAS A LOS FOGONEROS: LAS TRAMAS DE LA REPRESIÓN

En la madrugada del 11 de abril, alrededor de 300 gendarmes arribaron a Neuquén desde la Capital Federal, transportados en tres aviones Hércules. Su destino estaba localizado en Cutral Co y Plaza Huincul, a donde debían dirigirse para obligar al despeje de las rutas. Al menos esa era la orden impartida por el juez Oscar Temis —que actuaba en reemplazo de Margarita Gudiño de Argüelles, de sorpresivas vacaciones a partir de ese mismo día— quien había intimado el desalojo de las mismas comunicando que el plazo para ello expiraba el 11 de abril a las 23 hs³⁶⁶. La noche anterior, en Neuquén capital, padres,

³⁶⁵ El 9 de abril, con la firma de sus abogados Jorge Cabrera y Gustavo Palmieri, ATEN había presentado un recurso administrativo impugnando la autoridad de la subsecretaría laboral para el dictado de tal medida (*Río Negro*, 10 de abril de 1997).

³⁶⁶ *Río Negro*, 11 de abril de 1997.

madres docentes y estudiantes habían iniciado un corte sobre la Ruta Nacional 22 a la altura de la avenida Olascoaga, con el propósito de evitar que las fuerzas represivas pudieran salir de la ciudad³⁶⁷. Sin embargo, casi ninguno de ellos, salvo las y los jóvenes que pertenecían a partidos políticos de izquierda y que se solidarizaban profundamente con las y los manifestantes de las comarcas petroleras, persistió en esa acción durante la madrugada siguiente, cuando las tropas de gendarmería ya estaban en marcha.

Mientras tanto, en Cutral Co y Plaza Huincul, los jóvenes calificados por los diarios y por Obregón como el grupo “duro” se disponían, según la prensa, a permanecer en los piquetes a como diera lugar. A partir de ello, la estigmatización de este grupo se ahondó en cada nota del cuerpo central de los periódicos de esa jornada. Los jóvenes de “pelo largo”, con “un pañuelo que cubría” sus rostros, tiznados por el “humo de las gomas” encendidas en los piquetes, pasaron a encarnar la “irracionalidad” del conflicto y a conducirlo de esa manera, desplazando a la “flamante coordinadora de padres que cortó la ruta con los chicos en defensa de la educación”³⁶⁸. “Piqueteros veteranos de la pueblada anterior”, como seguía expresando un diario local, desvirtuaban con su presencia una legítima demanda de la cual, por su parte, nada conocían, según esgrimían los mismos medios. Este constructo no quedó a salvo, de todas formas, de la incursión en curiosas contradicciones. En una breve nota titulada “El núcleo más duro está dispuesto a resistir el desalojo como sea”, el diario *Río Negro* transcribía textualmente las palabras de uno de esos jóvenes, quien sostenía que “vamos a hacer el aguante para que le paguen a los maestros”. Sin embargo, renglones más abajo volvía a señalar que esos mismos jóvenes “no saben por dónde pasan los reclamos de padres, docentes y estudiantes”³⁶⁹.

Para reforzar el contraste con la “flamante” coordinadora, se transcribían en la misma nota las observaciones de uno de los gendarmes que había acompañado a la secretaria del juzgado a notificar a las y los manifestantes la orden de desalojo, quien opinó que “esto se les fue de las manos [en alusión a la coordinadora]. Si mañana tenemos que venir, hay pibes a los que no van a poder controlar”. Los ecos de las palabras del gendarme resonaban en un titular de ese mismo día que expresaba que en “Huincul: la protesta perdió racionalidad”³⁷⁰.

Como si con esto no bastara para sumir en la condena a este grupo, el titular principal de la edición del mismo periódico del día siguiente afirmaba: “Fogoneros

³⁶⁷ *Ibíd.*

³⁶⁸ *Ibíd.*

³⁶⁹ *Ibíd.*

³⁷⁰ *Ibíd.*

armados esperaban a los gendarmes”, para luego volver a aclarar que un grupo de 60 jóvenes, cuya edad oscilaba entre los 14 y 20 años, quienes se autoidentificaban como fogoneros para diferenciarse de los piqueteros de la pueblada del año 1996 a los que consideraban traidores, había tomado el control de los piquetes. Curiosamente, además, el escritor de la nota sostuvo que este grupo estaba fuertemente armado con “palos, fierros, gomeras y ondas gallegas”. Aunque no imposible, es difícil imaginar que esta afirmación pudiera atribuirse a la ignorancia de su autor sobre el significado de estar “fuertemente armado”. Lo que seguramente tampoco desconocía era la negativa resonancia social que una descripción de este tipo podía generar. Para completar la descalificación, se reiteraba una y otras vez que la única pretensión de estos jóvenes era enfrentarse con los gendarmes, que “metían miedo” con sus caras tapadas, que ostentaban la “anarquía” en la que acostumbraban vivir y que carecían de estudios y de trabajo³⁷¹. En síntesis, conformaban la antítesis de las y los “respetables ciudadanos” de la comunidad de Cutral Co y Plaza Huinul.

De tal modo, y mediante una sustantiva operación ideológica, los medios de comunicación construyeron una ecuación que dividía al conflicto en dos, a partir de cuestiones de género, edad y clase social. De un lado estaban los marginados del sistema, varones jóvenes a quienes se debía temer, amantes de la violencia en sí misma y cuyas acciones, desprovistas de toda racionalidad, podían volverse absolutamente imposibles de controlar. Del otro, mujeres docentes, estudiantes, padres y madres, con objetivos de lucha fundados y procedentes –la defensa de la escuela pública– pero incapaces de conservar el control sobre aquello que habían echado a rodar.

La estigmatización de los primeros coadyuvaba a los intentos gubernamentales de legitimar la represión en puertas o, al menos, de atemperar reacciones comunitarias masivas ante el uso de la coacción física por parte del Estado. Y ello no era porque sí. Justamente, en días anteriores y en alusión a lo que habían provocado las acciones de la gendarmería el 27 de marzo en la capital neuquina, el periódico *Río Negro* había publicado una síntesis de los conceptos vertidos por una persona no identificada del Ministerio del Interior de la Nación. Vale la pena transcribir *in extenso* su evaluación pues ilustra qué aspectos debían merecer la preocupación de la dirigencia política. Así, el funcionario comenzaba por llamar la atención sobre “la renovada expresión de fuerza concretada por los sindicatos a pocas horas de haber sido desbloqueados puentes y rutas.

³⁷¹ *Río Negro*, 12 de abril de 1997.

En general –seguía explicando– tras un desenlace de esta naturaleza, sobreviene un compás de espera que puede o no retroalimentar el enfrentamiento. Pero acá no hubo compás de espera: a 48 horas de los hechos, había el triple de gente marchando por las calles de Neuquén. Todo esto merece una lectura que, sin ser definitiva, arroja ciertos resultados. Por un lado, toda la política de disuasión implementada por el gobierno provincial como por la justicia fracasó. Hubo que apelar a la fuerza. Y cuando el poder institucional apela a la fuerza para resolver coyunturalmente este tipo de hechos, hay una doble vía en materia de beneficios. Así, se logra poner orden, pero suele cohesionarse a quienes se tiene enfrente”. La conclusión remarcaba que “también llamó la atención que la respuesta que recibió la represión en la mañana del jueves, fundamentalmente piedrazos, no tuvo en grupos marginados a sus componentes más activos. Ahí había clase media venida a menos y sectores bajos pero con trabajo, cascoteando a los gendarmes. [...] En general en este tipo de hechos, en las primeras escaramuzas, suelen estar todos, pero luego la resistencia o los que dan más trabajo son adolescentes de condición marginal”³⁷².

Si este balance contenía una lección para el gobierno local era que para ser exitosa, la apelación al ejercicio de la represión en Cutral Co y Plaza Huincul exigía acreditar el vínculo entre condición social marginal, masculinidad violenta y peligrosidad adolescente contraponiéndola a una pertenencia de clase media, racional y negociadora, portada tanto por esos padres como por esas docentes que, ante la mayor amenaza que implicaban esos “jóvenes violentos” para el encausamiento de la protesta, dejaban de ser la representación negativa significada en la “antinatural” asociación entre maestra, trabajadora y huelguista para transformarse en legítimas defensoras de un bien social apreciado.

La construcción que los medios realizaban sobre los sujetos involucrados en el conflicto no se sustentaba, de todas formas, en caracterizaciones falsificadas ni operaba en el vacío. En efecto, la pertenencia de clase de los jóvenes “fogoneros” era sustancialmente distinta a la de las y los docentes o a los padres y estudiantes que conformaban la coordinadora. Estas diferencias eran percibidas por todas las personas involucradas en el conflicto y se condensaban en diversas apreciaciones. Para las maestras, como advierten Petruccelli (2005) y Bonifacio (2009), los fogoneros eran muchachos que provenían de los barrios más empobrecidos de las comarcas petroleras y

³⁷² *Río Negro*, 1 de abril de 1997.

con los que era difícil arribar a acuerdos. Para estos, cuyas demandas giraban en torno a la obtención de empleo y de subsidios, como había señalado Obregón, las maestras protagonizaban una lucha justa aunque un tanto inconsistente, puesto que lo que más las inquietaba era la inminencia de la llegada de la gendarmería y, en ese sentido, “para qué lado iban a rajarse” (Bonifacio, 2009: 189).

Ciertamente, la disposición a enfrentar a las fuerzas represivas marcaba una bisagra entre ambos sujetos en la que se condensaban, además, esas diferencias de clase. Tales diferencias marcaron asimismo la selectividad de la represión, ya que cuando la misma sobrepasó los límites de las rutas y se descargó sobre la población en general, los barrios más castigados fueron los más empobrecidos³⁷³. Pero también atravesaron algunas de las razones por las cuales otras mujeres, que no eran maestras ni estudiantes, permanecieron indiferentes al conflicto y sólo intervinieron en él cuando las balas de goma y los gases lacrimógenos aparecieron ferozmente en escena.

2.2. MUJERES Y CONTIENDAS: LA SEGUNDA PUEBLADA

Cecilia vivía en Cutral Co desde niña, cuando su madre, separada de su padre, se había mudado allí con ella y sus hermanas/os. Ya adulta, habitaba con sus seis hijos e hijas en el barrio de las “176 Viviendas” y aunque su situación económica no era apremiante, había participado activamente en la pueblada de 1996 yendo de un piquete a otro para distribuir alimentos, frazadas y canciones de Piero. Sin embargo, el corte de 1997 no había despertado en ella la misma actitud. Por el contrario, según narraba:

Yo no participé porque sentí mucha impotencia. La gente se conformó con dos pesos e hicieron de cuenta que nunca pasó nada [en referencia a 1996]. Y ¿para qué iba a ir yo a seguir luchando si un político les iba a decir: mañana tienen tal cosa, y se van contentos a la casa y después sigue lo mismo. Impotencia. Bronca. Por eso dejé [...] porque la gente se conforma con dos cosas, los 150 [pesos] y una caja (Entrevista de la autora a Cecilia, Cutral Co, 17 de diciembre de 2003).

Para Cecilia, la primera pueblada había fracasado no sólo porque no había logrado su propósito de revertir la situación de desempleo, sino también porque ese horizonte de lucha se había disipado con la entrega de un subsidio y una caja de alimentos. En su

³⁷³ Entre ellos, el barrio de las “500 Viviendas” en Cutral Co y Otaño, en Plaza Huincul, donde Teresa Rodríguez fue asesinada.

mirada, además, esa mudanza de metas estaba atravesada por la manipulación política. Pero esta no era significada por ella en términos de clientelismo, esto es, de una instigación externa que articula la movilización popular “desde arriba” y en provecho de intereses ajenos y ocultos para quienes se movilizan. Distintivamente, la manipulación no estaba en los orígenes de la protesta sino en su clausura, en presentar batalla para terminar conformándose “con dos pesos”. Y era allí donde se anclaban su bronca y su impotencia. De tal modo, entonces, su negativa a plegarse en el segundo corte de rutas no se basaba en consideraciones referidas a los sujetos que estaban en los piquetes. No importaba si eran docentes o jóvenes sin trabajo. Lo trascendente para ella es que ese segundo conflicto tampoco iba a cambiar seriamente las cosas.

Otras mujeres compartían con Cecilia el balance de la primera pueblada como una derrota. Mas en ciertos casos, la consistencia que hacía a esa derrota se engarzaba no sólo con la manipulación política o la continuidad del desempleo sino, también, con la traición. Así, las tres cuestiones se volvían una cuando algunas de esas mujeres explicaban por qué habían resuelto no participar del segundo corte, al menos en el comienzo. Magdalena, por ejemplo, sostenía que “no fuimos allá porque no era el pueblo, eran los políticos..., se manejó políticamente y los de antes traicionaron al pueblo”³⁷⁴. Un análisis similar realizaba Stella Maris, que habitaba en Cutral Co y trabajaba como empleada doméstica, para quien luego de la primera pueblada “los primeros piqueteros son políticos. Ellos sacaron su tajada y ahora están en el gobierno, es como que usaban a la gente”³⁷⁵. Incluso Bety León, que durante la protesta de 1996 había protagonizado varios enfrentamientos verbales con los intendentes de Cutral Co y Plaza Huincul, resistido el intento de represión de la gendarmería y, finalmente, increpado a Sapag, insistió varias veces en que “en la segunda pueblada todo se politizó mucho”³⁷⁶.

Estas reflexiones hilvanan varias cuestiones que posibilitan comprender el escaso atractivo que este conflicto generaba en las mujeres que habían protagonizado el corte de rutas de junio de 1996. Uno de los motivos se nutría tanto en la frustración sentida ante el incumplimiento de los puntos del acta acuerdo firmada en ese entonces, como en la acusación de traición dirigida hacia quienes habían sido los y las voceros/as de la pueblada anterior, es decir, los y las piqueteras/os. Dicha traición consistió, según las testimoniadas, en que estos/as habían abandonado la consecución de la lucha iniciada a

³⁷⁴ Entrevista de la autora a Magdalena, Cutral Co, 7 de mayo de 2004.

³⁷⁵ Entrevista de la autora a Stella Maris, Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.

³⁷⁶ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

cambio de prebendas personales, fueran éstas referidas a la ocupación de cargos públicos o a la obtención de beneficios materiales. Tal lectura tenía puntos de encuentro, por cierto, con la de varios de los jóvenes que en la mañana del 11 de abril de 1997 estaban en la ruta dispuestos a resistir la llegada de la gendarmería y que habían escogido denominarse “fogoneros” justamente para diferenciarse de aquellos/as considerados/as traidores/as.

Otra razón estaba atravesada por la caracterización del conflicto como una acción politizada. Empero, ello no remitía al concepto vertido tantas veces por funcionarios del gobierno nacional, así como provincial, en torno a la participación en el mismo de “ideólogos de izquierda” o “subversivos” que pretendían desestabilizar la reproducción del orden social. Como se desarrolló en el capítulo anterior, estas mujeres profesaban una idea de la acción política como aquella tendiente a procurar la ocupación de funciones en la administración pública para el enriquecimiento personal. Por tanto, toda acción política era vista como aquella cuyos objetivos no comulgaban con reclamos legítimos de la comunidad o con el beneficio colectivo. Al ser evaluado como una derrota a la movilización popular el incumplimiento de los puntos acordados con Sapag en junio de 1996, reforzó este sentido asignado a la política de un modo singular. En efecto, si durante la primera pueblada las mujeres habían dinamizado diversas acciones nutridas en el rechazo al ejercicio de la política definida en estos términos y afines, consecuentemente, a contrarrestar el peligro de la manipulación, los efectos de la conclusión de tal protesta operaron en sentido contrario: no valía la pena incorporarse al corte de rutas porque nuevamente la acción serviría a propósitos individuales, mezquinos y alejados de los intereses y perspectivas de esas mujeres³⁷⁷.

³⁷⁷ La idea de la manipulación, por otro lado, se deslizó varias veces en las explicaciones que dieron algunos funcionarios gubernamentales sobre el devenir de este corte de rutas y, fundamentalmente, sobre las acciones de los jóvenes fogoneros. Así, “grupos de ultraizquierda”, “infiltrados” o “subversivos” fueron algunos de los calificativos con los que tanto Felipe Sapag como el presidente Menem refirieron a un supuesto liderazgo dentro de esta confrontación (*Río Negro*, 16 de abril de 1997). Si bien, en otro sentido, también fue analizada en términos de manipulación la presencia de Ramón Rioseco, concejal del FREPASO de Cutral Co, y su cercanía con esos jóvenes. Incluso, algunos estudios han puesto énfasis en ello sosteniendo que los punteros del MPN que se encontraban en los piquetes habían incitado a los fogoneros en contra de los docentes (Bonifacio, 2009: 188). Y aunque se menciona la defección del gremio como una acción que poco contribuía a generar un marco de confianza y fortalecer la organización, se le asigna un lugar subordinado ya que se supone nuevamente que los sectores más marginados socialmente tienen escasa capacidad de hacer evaluaciones políticas o constituyen una suerte de “masa disponible”. En ese mismo registro es analizada la participación de Elda Hermosilla, la “única mujer entre los fogoneros”, una mujer que tenía 4 hijos, 39 años y cobraba un subsidio de \$ 150 según la descripción que de ella hicieron los periódicos (*Río Negro*, 15 de abril de 1997). Bonifacio (2009: 203-204) sostiene con base en algunas entrevistas, que ella era militante del MPN, que justamente era una de las punteras que azuzaba a los fogoneros en contra de las docentes y que posteriormente se desempeñó como secretaria del bloque de concejales del MPN en el concejo Deliberante de Cutral Co.

Por otra parte, tal conceptualización del ejercicio de la política no se restringía sólo a “los políticos”. También iba dirigida a aquellas organizaciones sectoriales que representaban intereses particulares, tales como los sindicatos. En ese sentido, el gremio docente despertaba desconfianzas o críticas que emergían tanto del descrédito en el que habían caído organizaciones como el SUPE, como de ciertos comportamientos asumidos por el gremio docente durante la pueblada de 1996. Como se dijo, el conflicto de 1997 no había provocado el interés de Bety León. Ella no había sido, de todos modos, indiferente a él, pues conocía las causas de la huelga docente. Tampoco dudaba en señalar a Felipe Sapag como el principal responsable. Bety apuntaba, uniendo ambas cuestiones, que “como el río estaba bastante revuelto, el gobernador fue más perro, [...] y le sacaron el 20% a los maestros, y eso fue lo que rebalsó el vaso a los maestros”³⁷⁸. Sin embargo, también aclaraba:

En la primera pueblada, los que siempre tuvieron un roce, una pedantería con nosotros, fueron los docentes. Por ese motivo, cuando en el 97 Sapag les quitó el 20%, ellos nos pidieron colaboración a la comunidad y la comunidad tiene memoria. Ellos no nos apoyaron. Pero un grupo de gente se lo dio y murió una vecina mía [en referencia al asesinato de Teresa Rodríguez] (Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004).

Efectivamente, aunque el gremio docente había participado de la movilización contra la represión en las comarcas petroleras convocada en la ciudad de Neuquén el 26 de junio de 1996, no había secundado en cuanto que tal la primera pueblada. Y aún cuando los y las maestras habían acercado su solidaridad en términos personales, la misma no tenía una entidad en el recuerdo de Bety o, tal como ella expresaba, no era suficiente como para provocar que la comunidad se involucrara masivamente en el conflicto que ahora esas maestras protagonizaban. Sí lo había hecho un grupo de gente que, de alguna forma, había desatendido el saber portado en esa memoria colectiva a la que ella aludía u “olvidado” ese pasado. Ese grupo de gente estaba conformado por los jóvenes fogoneros a quienes Bety, al igual que Cecilia y a diferencia de los medios de comunicación y de las propias docentes, no excluían de la comunidad. Por el contrario, integraban parte de ella e, incluso, algunos de sus gestos eran absolutamente comprensibles para esas mujeres. Así, Clementina, amiga y vecina de Bety y esposa de un ex obrero ypefeano, señalaba que “era lógico que se tapen la cara para no ser reconocidos [...] tienen miedo de la

³⁷⁸ Entrevista de la autora a Bety León, Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.

policía que los repriman después”³⁷⁹. La distancia, más bien, existía con las maestras y se traducía tanto en la “pedantería” a la que aludía Bety como en el hecho de que “ellos tiraron la piedra, y luego escondieron la mano”³⁸⁰, según explicó Clementina. Justamente, esa actitud había constituido el agravante del conflicto de 1997 puesto que en su devenir había muerto una mujer más cercana a Bety y a Clementina, tanto por el lugar donde vivía como por la extracción de clase, que a esas maestras.

Motivos como los esgrimidos por Bety, Cecilia, Magdalena, Stella Maris o Clementina fueron los que impidieron que esas mujeres, al igual que la mayoría de las y los pobladores de Cutral Co y Plaza Huincul, se involucraran activamente en los inicios de los cortes de ruta del otoño de 1997. Sin embargo, la situación cambió radicalmente el 12 de abril. Fue ese día cuando las consecuencias de la ferocidad represiva sellaron una participación que hasta entonces se había mostrado reacia.

A las 5:30 hs de la mañana de esa jornada, las tropas de la gendarmería nacional se encontraban en la entrada de Plaza Huincul con la intención de hacer cumplir la orden de desalojo dictada por el juez federal subrogante de Margarita Gudiño de Argüelles, Oscar Temis³⁸¹. El juez, que estaba presente en la zona custodiado por un grupo de gendarmes, se negaba a abrir cualquier tipo de negociación con algún representante de las personas que se encontraban en las barricadas. El número de estos, por otro lado, era más que exiguo. Según los diarios, en esos momentos, había en los piquetes menos de 100 personas y, en su mayoría, se trataba de chicos y adolescentes que se identificaban como fogoneros. En pocos minutos la gendarmería logró despejar la Ruta Nacional 22 haciendo uso de una topadora, un camión hidrante, perros, balas de plomo y gases lacrimógenos en desmedida cantidad frente a los fogoneros que intentaban resistir su avance con piedras, ondas y bombas molotov. Pero las cosas no concluyeron ahí. Por el contrario, los gendarmes, violando prohibiciones de carácter legal, invadieron los barrios de ambas localidades. Mientras tanto, la jueza penal de Cutral Co, Beatriz Martínez, ordenaba la intervención de la UESPO sobre la Ruta Provincial 17. Una vez que lograron el repliegue de los fogoneros, los integrantes de esa unidad policial especial se sumaron a la gendarmería en la persecución desatada en las calles de ambas localidades. Y fue allí donde policías y gendarmes se encontraron con las mujeres, esas mismas que un año antes los habían enfrentado.

³⁷⁹ Entrevista de la autora a Clementina, Plaza Huincul, 9 de mayo de 2004.

³⁸⁰ *Ibidem*.

³⁸¹ Los gendarmes estaban comandados nuevamente por Eduardo Jorge, el represor vinculado a Domingo Bussi, quien había liderado también el violento desalojo del puente capitalino el 27 de marzo.

Arcelia, que había participado también activamente de la pueblada de 1996, estuvo entre ellas y recordaba detalladamente cómo se habían desarrollado los acontecimientos en su barrio:

Yo estuve, yo fui. Cuando ingresa gendarmería, ellos ingresaron en Plaza Huincul haciendo una pinza. Ingresaron una parte por la ruta, otros tomaron por la orilla del zanjón y otros por el Ferrocarril (Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

Lo que había llamado su atención esa mañana era el ruido de los disparos, pues “estaba parada en la esquina de mi casa, justo una cuadra de allí. Y le digo a mi marido ‘no se te ocurra salir’, porque era una batahola”³⁸². Desde hacía años, el esposo de Arcelia, un ex ypefeano, sufría una enfermedad cardíaca y, por tanto, la inquietaba la forma en que él pudiera reaccionar ante lo que estaba sucediendo. Sin embargo, ni la preocupación por la afección de su marido ni el temor a la represión la inhibieron para abrir las puertas de su casa y socorrer a las personas que venían escapando de las balas y los bastonazos:

¡¡¡No te imaginás lo que fue!!! Senté a mi esposo en un sillón y entraron 35 personas dentro de mi casa, que hasta el día de hoy no sé quiénes son y tampoco me interesa, porque yo abrí mi casa para que ingresaran (Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

La gendarmería no sólo avanzaba por las calles de los barrios golpeando a cuanta persona se pusiera enfrente, sino que arrojaba gases lacrimógenos dentro de las casas en un grado tal que, como continuó narrando Arcelia:

Yo tuve que tener 15 días mi casa ventilándose. Todo, todo, porque tiraron gases lacrimógenos y estábamos en mi casa. Arriba del techo, por una ventana, en el patio. A una chica que iba a llevar a su papá al hospital, en un jeep, la sacaron por el parabrisas (Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003).

Pese a todo, ella “salía a atender gente, después de que ellos pasaron, porque estaban golpeados, estaban tan dañados que no te lo puedo explicar”³⁸³. Lo que sí podía explicar era por qué la represión había llegado a ese nivel de encarnizamiento. En su

³⁸² Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

³⁸³ Entrevista de la autora a Arcelia, Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.

interpretación, la causa de esa fiereza era la venganza por lo ocurrido en el enfrentamiento anterior, en junio de 1996, ya que “ellos querían hacer eso porque no podía ser que se hubieran ido la primera vez con el rabo entre las patas..., entonces, era cuestión de eso”³⁸⁴.

De manera similar actuaron los gendarmes en las “500 Viviendas”, uno de los barrios más populares de Cutral Co. Sólo que allí corrieron peor suerte. Susana García, hija de un obrero metalúrgico del PC y una mujer entrerriana militante de la UMA, a quien se hizo referencia en el primer capítulo de esta tesis a propósito de su vasta experiencia sindical, parecía revivir la jornada cuando daba rienda suelta a su relato colmado de detalles y de anécdotas. Así, su narración cobraba un ritmo vertiginoso y entusiasta al evocar de qué manera ella, sus vecinas y vecinos del barrio de las “500 Viviendas”, habían expulsado a la gendarmería de las inmediaciones.

Cuando empezaron a reprimir, yo estaba en Plaza Huincul, en la biblioteca Carmen Funes. Y me apersono porque estaban reprimiendo en el puente de Plaza [Huincul] muy, muy, pero muy fuerte, y entonces queríamos parar todo esto de alguna forma. [...] Y un compañero mío, teníamos una chatita [camioneta], y Viviana, esta chica que está en Canal 2, andaba con las cámaras y nos dice: “por favor ¿me llevan urgente? porque no tengo con qué ir”. Y vinimos para acá, a mi barrio. Cuando llegamos era un desastre. [...] Y unas mujeres y yo nos fuimos a piedrar y a resistir en el barrio a los gendarmes. Y nos tiraban gases para este lado, entonces salimos para el otro lado, y una vecina le tiró un piedrazo tan bien dado que al tipo le bajó los pantalones. [...] Nos tiraban en los balcones, pero no se la llevaron de arriba. ¡¡¡Nos tienen terror!!! Se les dio con todo, se replegaron ellos porque el pueblo salió todo a la calle. Y ellos pararon la represión de cagones. Ellos con pañuelos blancos la pararon, porque no los dejamos hasta que se fueron. Una vecina de por allí [estaba] calentando aceite. Entonces yo salí por acá y le dije: “¡¡¡calienten aceite!!! Si quieren entrar tirémosle por los balcones el aceite hirviendo”. Ellos nunca creían que nos íbamos a defender (Entrevista de la autora a Susana García, Cutral Co, 7 de mayo de 2004).

Por lo tanto, si el ejercicio de la represión había sobrepasado las rutas para ganar terreno dentro de las propias localidades, la reacción de las y los pobladores modificó sustantivamente su desarrollo al tornar al cazador en presa. Pero lo significativo de la narración de Susana no reside solamente en esa marca sino también en el protagonismo

³⁸⁴ *Ibidem*.

que las mujeres nuevamente pusieron al descubierto, que colapsó una vez más lo que se supone hace a las características de su sexo.

En general, se presume que las mujeres rehúyen el uso de la violencia, los enfrentamientos físicos o las situaciones donde estos puedan producirse, debido a atributos asignados socialmente acorde con sus supuestas capacidades biológicas. En ocasiones, tal presunción emana y se anuda con discursos y acciones protectoras desplegadas por los varones para alejar a las mujeres de la primera línea de “choque” en una acción colectiva de protesta que puede tener estas derivas. En otras, se incentiva su presencia allí a la espera de que la misma mitigue o aquiete la posibilidad de la acción represiva. Ciertamente, las mujeres también apelan al imaginario en torno de su debilidad física o de aquellas cualidades que se adhieren a la maternidad, por ejemplo, para dar continuidad a sus acciones en escenarios en los que el Estado hace uso de su fuerza coactiva (Kaplan, s/f; 2003). Y, de hecho, algunas veces, tal recurso ha sido exitoso para evitar ese desenlace³⁸⁵.

Mas el vínculo entre feminidad y violencia, al ser sometido a la pesquisa histórica, contiene también otros matices que impiden generalizaciones apresuradas. En esa dirección, la indagación de los particulares contextos históricos, los saberes previamente adquiridos, las percepciones y representaciones forjadas y atravesadas por su clase y por su género, constituyen indicios que, puestos en escena, permiten dar cuenta de experiencias mucho más heterogéneas en las conductas de las mujeres ante la violencia³⁸⁶. ¿Cómo explicar, sino, la dispar reacción que tuvieron las mujeres agremiadas en ATEN y las que participaron de la pueblada de 1996 ante la llegada de la gendarmería? Ambos colectivos pertenecían a las clases trabajadoras pero ello no las volvía idénticas o las amalgamaba en los recursos de los que disponían para hacer frente al avance represivo. Por el contrario, fueron sus particulares recorridos organizativos, los significados históricos asociados al trabajo que realizaban, la percepción que tenían de sí mismas y de su rol social, los alcances del apoyo comunitario a las luchas que

³⁸⁵ En ocasión del corte de rutas de mayo de 1997 en General Mosconi, un gendarme sostuvo que la causa por la cual no reprimieron fue que “en el corte había sólo mujeres y niños”. Ver *El Tribuno*, 10 de mayo de 1997.

³⁸⁶ Diversas investigaciones históricas realizadas sobre el desarrollo y composición de las organizaciones guerrilleras en la Argentina durante el periodo 1966-1976, dieron cuenta de cómo las adscripciones políticas emergidas en un particular contexto de conflictividad social resultaron en la integración de mujeres en esos ámbitos de militancia (Diana, 1996; Pasquali, 2005; Martínez, 2008). Asimismo, un trabajo ha demostrado de qué manera, y contrariamente a lo que se creía, las mujeres habían participado como parte del aparato represivo en los centros clandestinos de detención durante la última dictadura militar en la Argentina (D'Antonio, 2003). Por tanto, la asociación entre mujeres y violencias adquiere densidades y complejidades atravesadas por aristas que escapan a tipificaciones simplistas.

dinamizaban, lo que delineó el tipo de respuestas que unas y otras articularon. También influyeron los intereses que esas mujeres sentían que estaban en juego. Así, cuando la represión del 12 de abril de 1997 cobró la vida de Teresa Rodríguez, la brutal evidencia del peligro que se cernía sobre vecinos/as, padres, madres, hijos/as actuó como un resorte para enfrentar a aquellos que amenazaban sin delaciones ni mediaciones simbólicas la reproducción comunitaria. Y la respuesta fue de tal magnitud que el juez Temis, hacia el mediodía, se vio obligado a ordenar el repliegue de la gendarmería para favorecer la tregua que de hecho se impuso³⁸⁷.

Pocas horas después, los habitantes de ambas localidades levantaron nuevas barricadas sobre la Ruta Nacional 22 y organizaron una asamblea en la torre de YPF, en el ingreso de Plaza Huincul. Allí se formó una comisión compuesta por once personas –tres mujeres y ocho varones³⁸⁸– cuya misión era entregar un petitorio elaborado colectivamente “al juez cuando venga a desalojarnos”³⁸⁹. Los seis puntos que lo conformaban, planteaban la libertad de todos los detenidos sin que mediara causa judicial³⁹⁰; garantías de no represión en el futuro; la investigación de la muerte de Teresa Rodríguez y la constitución de una comisión de seguimiento; el cumplimiento de los puntos del acuerdo de 1996; la creación de puestos de trabajo y la inclusión de los solteros como beneficiarios del Decreto 1821³⁹¹; y la derogación de la Ley Federal de Educación –reivindicación que se sostuvo a pesar de la defección del gremio docente–. Asimismo, esta comisión convocaba a una marcha del silencio que se realizaría durante los funerales de Teresa Rodríguez³⁹².

En tanto, ese mismo día por la tarde, una movilización organizada en Neuquén capital, que reunió a 15 mil personas, recorrió las calles en repudio a la represión y la muerte de Teresa Rodríguez y culminó en la Casa de Gobierno “pidiendo la cabeza del gobernador”³⁹³. Simultáneamente, la dirigencia de ATEN era convocada por el gobernador

³⁸⁷ Asimismo, el funcionario declaraba a los medios de comunicación locales que ninguno de los gendarmes y policías había utilizado balas de plomo. Sin embargo, una foto publicada por la prensa escrita mostraba a un policía disparando con una pistola calibre 9 milímetros. Ver *Río Negro*, 13 de abril de 1997.

³⁸⁸ Entre sus integrantes se encontraban representantes de los fogoneros, como Elda Hermsilla. Luego se sumarían 3 integrantes más, elegidos por esos jóvenes, entre los cuales estaba Ramón Rioseco (Bonifacio, 2009).

³⁸⁹ *Río Negro*, 13 de abril de 1997.

³⁹⁰ Según las informaciones periodísticas, la lista de detenidos alcanzaba a 13 personas. Ver *Río Negro*, 13 de abril de 1997.

³⁹¹ Este decreto, dictaminado luego de la pueblada de 1996, había establecido un cupo especial de subsidios por desempleo para la zona, restringido a personas casadas.

³⁹² La marcha tuvo lugar en la noche del 13 de abril, la cual congregó a más de 15 mil personas de ambas localidades (*Río Negro*, 14 de abril de 1997).

³⁹³ *Río Negro*, 13 de abril de 1997.

Sapag para llegar a un acuerdo, cosa que ocurrió el mismo sábado 12 de abril por la noche.

3. DEL EPÍLOGO DEL PARO DOCENTE AL LEVANTAMIENTO DEL CORTE DE RUTAS

El acta firmada por el gobernador y la cúpula sindical docente *ad referendum* de las asambleas que se realizarían al día siguiente, estipulaba el levantamiento del paro a cambio de diversos compromisos por parte del gobierno. Entre ellos, se encontraban descontar sólo el 50% de las jornadas de huelga, que para esas alturas sumaban casi 34 días, mantener las jefaturas de departamentos y el funcionamiento de los talleres en las escuelas así como las horas programáticas de los docentes de educación física, lo cual equivalía a recuperar el puesto de trabajo de 1.000 docentes³⁹⁴. El paro fue levantado el 16 de abril. Sin embargo, el gremio docente había comenzado las tratativas con el gobierno el mismo día de la muerte de Teresa Rodríguez. Dicha decisión provocó duras críticas y ahondó las acusaciones de traición por parte de los y las pobladoras de Cutral Co y Plaza Huinul y de activistas de organizaciones políticas y otras corrientes sindicales, como la CCC. A pesar de esto, la conducción de ATEN, y en particular la figura de Obregón, salieron ampliamente fortalecidas. Así, Liliana Obregón se presentó como candidata a la conducción provincial y ganó las elecciones del año siguiente con el apoyo de una amplia mayoría (Petruccelli, 2005).

No ocurrió lo mismo con el gobernador Sapag, cuya centralidad como figura conductora del MPN y del destino político de la provincia no lograría sobrevivir a este mandato, aunque sí a los cortes en las comarcas petroleras³⁹⁵. Estos perduraron hasta el 18 de abril, fecha en la cual la comisión de representantes de la Asamblea de Cutral Co y Plaza Huinul, conformada días atrás, firmó un pacto con el gobierno provincial. Entre los puntos del mismo figuraban el compromiso de investigar la muerte de Teresa Rodríguez (hecho por el cual 30 policías fueron sumariados meses después aunque nunca inculcados judicialmente) y la entrega de pensiones para sus hijos; 500 puestos de trabajo en YPF; traspaso del yacimiento gasífero El Mangrullo para su administración a las municipalidades; 1.200 subsidios del Plan Trabajar; jubilación anticipada para los ex

³⁹⁴ *Ibidem*. La ATEN consiguió, además, que efectivamente no se pusiera en práctica la Ley Federal de Educación en el territorio provincial.

³⁹⁵ En las elecciones siguientes, la hegemonía de Jorge Sobsich se volvería cada vez mayor. Y aunque la sociedad neuquina mantuvo elevados niveles de movilización y de conflictividad social, en los cuales la toma de Zanón por sus trabajadores constituyó un hito fundamental, el MPN no perdió el lugar de conducción del destino político de la provincia.

y pefeanos; y la no toma de represalias y el cierre de las causas iniciadas a las personas detenidas. A partir de ese momento, las barricadas fueron desmontadas³⁹⁶.

El rumbo que siguió el panorama político de las localidades petroleras tuvo ciertas divergencias. En Plaza Huinul, el MPN continuó al frente del municipio como resultado de las posteriores votaciones. Su intendente, Alberto Pérez, tampoco sufrió los coletazos del reciente conflicto. Distinta fue la situación para Daniel Martinasso, a quien el 30 de mayo de ese año se le inició un juicio político que concluyó con su destitución del cargo y la convocatoria a nuevas elecciones. Estas se realizaron a fines de ese año y en ellas triunfó la Alianza, coalición constituida localmente a partir de un acuerdo entre la UCR y el FREPASO y que luego cobraría forma a escala nacional. Carlos Benítez, un hombre de la UCR y candidato del nuevo acuerdo, obtuvo casi el 60% de los votos emitidos en Cutral Co, imponiéndose cómodamente sobre el MPN, partido que no volvió a recuperar la conducción de la localidad en la que prácticamente se había forjado. Pero ¿qué quedó de las puebladas en la potencialidad organizativa de las y los pobladores de las localidades petroleras? ¿Hubo ecos resonantes en protestas posteriores? La respuesta a estos interrogantes parece sencilla al igual que los argumentos que la sostienen.

Como señalan la mayoría de los estudios, ni en Cutral Co ni en Plaza Huinul estas acciones colectivas de protesta cristalizaron en ninguna organización piquetera ni en ningún otro movimiento comparable que nucleara a esas mujeres y varones desocupados. Tampoco se las/los encontró movilizadas/os durante la crisis de diciembre de 2001, que terminó con el gobierno de esa Alianza nacida en su territorio. Las explicaciones que se ensayaron para explicar esta ausencia han estado vinculadas centralmente con el triunfo de la “paz social” logrado por una gran cantidad de subsidios, la escasa incidencia de una militancia de izquierda que coadyuvara a la emergencia de un movimiento piquetero autónomo o la decisión de seguir la batalla por medios electorales, tal como había puesto en evidencia lo sucedido en Cutral Co.

Esta investigación no pretende refutar estas argumentaciones; empero objeta la pregunta, puesto que considera que la misma parte de un “deber ser” que desatiende a los sujetos para poner en el centro de la escena a los intérpretes. Dicho de otro modo, este trabajo, más que interrogarse en torno de por qué no surgió un movimiento piquetero autónomo o algún tipo de organización que plasmara el nivel de participación social

³⁹⁶ Un grupo de fogoneros volvió a cortar la ruta el 28 de abril. Sin embargo, la protesta fue rápidamente levantada a partir de la promesa del intendente de Cutral Co, Daniel Martinasso, de entregar más planes sociales.

alcanzado durante los días del conflicto, prefiere indagar qué fue lo que de hecho sí surgió. Para ello vuelve su mirada sobre los sujetos que conforman su preocupación, y atisba una interpretación que no puede ni desea ser conclusiva puesto que se trata de una historia que aún merece ser revisitada asiduamente. En principio, se atreve a postular que el involucramiento de esas mujeres en los días de lucha y resistencia reverberó en otras acciones y en otras organizaciones. Sara, Arcelia y Magdalena no abandonaron su asistencia a los Encuentros Nacionales de Mujeres. Por el contrario, se han fortalecido en ellos y han tratado de impulsar cooperativas de trabajo, lugares de debate sobre violencia familiar y espacios de asistencia y protección de las mujeres que padecían esas situaciones. Bety y Clementina también intentaron dar continuidad a su experiencia organizativa articulando reuniones de comisiones barriales para reclamar ante los municipios por la falta de agua potable, los problemas medioambientales provocados por Repsol-YPF o aquello que tales comisiones decidieran. Ciertamente, no todas hicieron ese camino. Cecilia, a pesar de la desconfianza que la política, los políticos y el tipo de democracia existente le despertaban, tal como tantas veces refirió, no desechó del todo las urnas y prefirió demostrar su disconformidad “no votando nunca más al MPN”, como dijo.

Los caminos que estas mujeres escogieron para recorrer fueron distintos y poco rimbombantes si lo que se busca es algo que pueda asemejarse a la UTD en General Mosconi o a otros colectivos de desocupadas/os que surgieron en otras regiones. Pero no por ello algunas de estas huellas se alejaron de la organización colectiva o, al menos, de los intentos por lograrla. Negarlas detrás de lo que “no fue” no las sustrae a ellas de la historia, sino que despoja a la Historia de una ingeniería capaz de examinar los múltiples senderos y formatos que pueden asumir las prácticas confrontativas de esas mujeres en su pretensión de cambiar sus propios destinos y los de su comunidad.

CAPÍTULO 5

“Y ASÍ LOS PILLAMOS AL COMISARIO Y AL CABO”:

MUJERES, LUCHAS Y RESISTENCIAS EN SALTA (1997-2001)

El calor no daba treguas ese mediodía en General Mosconi. Como en todos los diciembres, la temperatura había superado los 40° centígrados y prometía ser más calcinante aún en esas calles sin árboles que María Rosa tenía que recorrer para llegar hasta el lugar donde se había convocado la asamblea. La brisa era tan leve que casi no se sentía. Sin embargo, ella caminaba a paso ligero. Presentía que, con las últimas novedades, los ánimos debían estar tan encendidos como ese sol que rajaba la tierra. El nuevo Presidente de la Nación, Fernando de la Rúa, que había asumido tan sólo tres días atrás, había decidido recortar una buena cantidad de Planes Trabajar asignados para el Departamento de General San Martín. No significaban mucho esos \$ 150 que María Rosa recibía por mes para mantener a sus seis hijas y sus cuatro hijos. Pero, sin dudas, era mejor tenerlos para así poder sumar algo a lo poco que conseguían su marido y sus hijos mayores con las “changas” que salían cada tanto. La disminución de los subsidios dispuesta por el nuevo jefe del Ejecutivo nacional y su equipo complicaba todavía más el panorama de familias como las de María Rosa y evidenciaba, además, que las cosas no iban a cambiar demasiado con la victoria de la Alianza sobre la fórmula Eduardo Duhalde-Ramón Ortega que el PJ había presentado para la contienda electoral de octubre³⁹⁷.

Pero en la asamblea de ese 13 de diciembre de 1999 no iban a estar solamente sus compañeros y compañeras de la UTD. También participarían los empleados municipales de la ciudad de Tartagal nucleados en la seccional local de ATE. El propósito de su presencia era discutir si podían encarar una medida de protesta conjunta para revertir la cesantía de 162 trabajadores dispuesta por el intendente de Tartagal en noviembre.

María Rosa no deseaba perderse nada de esa reunión. Acostumbrada a asumir decisiones difíciles, como cuando siendo aún una niña de 13 años juntó sus pocas

³⁹⁷ La “Alianza por el trabajo, la justicia y la educación” fue una agrupación política nacida en 1997 fruto del acuerdo entre la UCR, el FREPASO, la Democracia Progresista, el Partido Intransigente, el Partido Socialista Democrático, el Partido Socialista Popular, el Partido Demócrata Cristiano, el Movimiento de Integración y Desarrollo, el Partido Autonomista y el Partido Liberal, ambos de la provincia de Corrientes. El objetivo de esta agrupación era disputar la conducción del país al PJ, si bien su programa económico no ponía en cuestión nada de lo realizado bajo el menemismo. En las elecciones del 24 de octubre de 1999, la fórmula de la Alianza, conformada por Fernando de la Rúa y Carlos Álvarez, obtuvo el 48,3% de los votos frente al 33,9% logrado por el justicialismo, aunque este último retuvo la conducción de 11 provincias.

pertenencias y abandonó sola las tierras del Ingenio Ledesma en las que había nacido para buscar mejor suerte en Salta capital, probar luego en Chaco y terminar por instalarse en General Mosconi, no quería llegar tarde a ese debate que seguramente concluiría con una resolución importante. Y así fue. Habían pasado ya 37 años del inicio de la travesía que la había alejado del territorio jujeño. A sus 50 volvería a la ruta pero no para irse sino para quedarse allí hasta que el gobierno nacional y municipal aceptaran las demandas. Así lo expresó su mano en alto cuando en la asamblea se votó cortar la Ruta Nacional 34 ese mismo día a la altura de General Mosconi.

El grupo antimotines de la policía salteña pretendió evitar que se levantaran las barricadas y comenzaron entonces los enfrentamientos. En medio de ellos fue detenido Fermín Hoyos, secretario general de ATE Tartagal, junto con otras personas. Ante esto, la reacción de las mujeres y los varones que estaban intentando montar los piquetes no se hizo esperar. María Rosa recordaba detalladamente el episodio con la policía local. Ella contaba que “estábamos en la ruta y no había forma como sacar” a las personas que habían sido apresadas:

Entonces decidimos hacer un cambio. Lo pillamos al comisario y al cabo. Los desvestimos, los dejamos en calzoncillo y los subimos al tanque de combustible. Y hacía una calor que quemaba el aire y le pedimos que si los mandaban a Salta nosotros los íbamos a quemar. Pero no era tanta la intención, sino para darles miedo. Entonces le pedimos que largue a todos los compañeros y nosotros queríamos ver en la ruta el momento que lo traigan. Así tuvieron todos su libertad [...] Y esa manera hicieron el cambio... a las 6 de la tarde los trajeron (Entrevista de la autora a María Rosa, General Mosconi, 15 de junio de 2004).

Luego de ese suceso, las barricadas pudieron finalmente instalarse y en ellas permanecieron las y los manifestantes hasta el 23 de diciembre. No era esa la primera vez que la Ruta 34 era escenario de una medida de protesta de tal envergadura. Por el contrario, dos años antes, cuando las llamas de los piquetes de Cutral Co y Plaza Huincul aún no habían terminado de apagarse, esas mujeres y esos varones habían retomado la senda abierta por las comunidades neuquinas volviendo a General Mosconi y Tartagal una nueva fuente de preocupación para el gobierno nacional, comandado aún por Carlos Saúl Menem. Tampoco sería esa ocasión la última. Así, entre los años 1997 y 2001, la Ruta Nacional 34, que atraviesa ambas ciudades salteñas y conduce a la frontera con Bolivia, fue cortada –al menos– en cinco oportunidades. La primera de ellas, en mayo de 1997, estuvo primordialmente impulsada por propietarios de comercios y pequeñas

empresas madereras de Tartagal, aunque en pocas horas la medida concitó la adhesión tanto de los y las desocupadas de General Mosconi, localizada 8 km al sur de aquella, como de otras localidades departamentales. El segundo corte, ocurrido en diciembre de 1999, fue dinamizado por desocupados/as de ambas localidades. Los siguientes, en mayo y noviembre del año 2000 y junio de 2001, conllevaron tanto el desplazamiento geográfico como social en la iniciativa de los bloqueos. La ciudad de General Mosconi se tornó la punta de lanza de estos enfrentamientos, mientras que el rol protagónico pasó a las y los desocupados de esa ciudad organizadas/os en la UTD, creada en el año 1996.

Frente a ello, tanto el Poder Ejecutivo nacional como el local articularon respuestas en las que la criminalización de la protesta se convirtió en el común denominador. Y si bien en muchas circunstancias se vieron obligados a emprender el camino de la negociación, casi siempre lo hicieron luego de apelar al uso del aparato represivo. En Salta, el Estado argentino fue responsable de la muerte de cinco manifestantes, ocurridos durante los cortes de los años 2000 y 2001 en General Mosconi; de la creación de decenas de causas penales contra activistas de General Mosconi y Tartagal – entre ellos/as, contra María Rosa–: de persecuciones y detenciones ilegales; del ejercicio de la tortura contra detenidos/as en esas luchas; y de la virtual ocupación de General Mosconi por fuerzas represivas en varias ocasiones.

El estudio de estas contiendas constituye el foco analítico de la primera parte de este capítulo, que procura develar de qué manera mujeres y varones se involucraron en ellas y cómo fueron mutando la territorialidad de las mismas así como los sectores sociales que las protagonizaron. Nuevamente, el centro del debate historiográfico que atraviesa esta sección está situado en la trascendencia de las prácticas desplegadas por esas mujeres – entre las que se encontraban ex trabajadoras de YPF, empleadas domésticas, esposas de ypefeanos, trabajadoras por cuenta propia y desocupadas– y en los sentidos que asignaron a tales experiencias de lucha.

En sus distintas inflexiones teóricas y perspectivas historiográficas, la mayoría de las pesquisas abocadas a examinar estas acciones colectivas de protesta han profesado escaso interés por explorar la participación de esas mujeres y, menos aún, por interrogarse acerca de cómo las relaciones de género afectaron las trayectorias de esos cortes de ruta y de qué manera, a su vez, tales acciones incidieron en esas relaciones. El énfasis interpretativo sobre los orígenes y entramados de esas luchas ha recaído básicamente en relevar la pervivencia de tradiciones de izquierda entre los varones que conformaban la clase obrera petrolera (Oviedo, 2004; Benclowicz, 2009b) y, también, en

las experiencias y prácticas sindicales que portaban sus líderes amalgamadas con una identidad proletaria atravesada por la existencia de YPF (Svampa y Pereyra, 2003; Benclowicz, 2009b). Las mujeres, entonces, han ingresado en tales interpretaciones o bien integradas al marco descriptivo o bien dentro del registro testimonial del ejercicio de una maternidad que excedía los límites de la domesticidad en su interpelación al Estado (Svampa y Pereyra, 2003). Empero, ese registro tampoco ha sido sometido a una indagación que justiprecie la historicidad de ese constructo social – y, con ello, la mudanza de sus significados–, las variadas derivas de la politización del rol materno y los diversos sujetos que durante los cortes de ruta formularon también sus demandas en torno a la defensa de las y los hijos y del hogar. Al des-inscribir el ejercicio de este rol del contexto histórico, pues en esos abordajes el neoliberalismo se vuelve tan sólo un telón de fondo que da lugar a la irrupción politizada de la maternidad, las presencias femeninas terminan encapsuladas en la repetición de experiencias pasadas perdiéndose de vista su integración en itinerarios con tramas y texturas cambiantes.

En efecto, la supervivencia de la prole y del hogar ha sido un estímulo reiterado históricamente para las acciones colectivas e individuales emprendidas por las mujeres. Discursos articulados alrededor de esta preocupación pueden rastrearse ya, por ejemplo, durante el último cuarto de siglo XIX entre las mujeres trabajadoras que demandaban al Estado el otorgamiento de los Premios a la Virtud (Pita, 2009), y observarse en las promotoras de la huelga azucarera tucumana de 1904 (Bravo, 2007), en las activistas de la gran huelga ferroviaria de 1917 (Palermo, 2007), en las fervorosas adherentes a la formación de las unidades básicas del Partido Peronista Femenino o en aquellas mujeres trabajadoras que se integraban a la Agrupación Evita (Grammático, 2009). Por tanto, ¿qué diferencia a las mujeres piqueteras salteñas trabajadoras y/o desocupadas de sus antecesoras? Los años transcurridos y, con ellos, los contextos y las emergencias de otras experiencias políticas que fueron colocando distintivas improntas a prácticas e identidades conocidas. Este apartado se propone consecuentemente rescatar esta historicidad y sus singularidades. A tal fin vuelve sobre algunas de las sendas trazadas en el primer capítulo reintroduciendo el significado de esa tradición subterránea que se alimentó de las Madres de Plaza de Mayo, y su particular publicitación/politización de la maternidad, para fundirse con las mujeres de General Mosconi y Tartagal en la “Plaza del Aguante” en el año 2001.

Pero no es sólo aquí donde esta investigación se distancia de los estudios que hasta ahora han abordado este complejo proceso de luchas. También lo hace al postular

que el universo de las prácticas femeninas rebasó el ejercicio de la maternidad y asumió otros senderos, cuestión que se despliega con mayor detalle en la segunda parte de este capítulo. La misma se enfoca en la exploración de los orígenes y desarrollo de la UTD, principal organización piquetera surgida en General Mosconi durante el año 1996, con el propósito de analizar cómo las relaciones de género y las ideas de sexualidad de sus integrantes permearon la construcción de tal espacio y la emergencia de los liderazgos en su interior.

Estos interrogantes tampoco han llamado la atención de los estudios dedicados a examinar la edificación de la UTD, si bien algunos de ellos han brindado mayor notoriedad a la presencia de las mujeres allí³⁹⁸. Sin embargo, esta entra en escena situada como parte del recuento de los sujetos que integran tal organización y en función de su distribución dentro de los proyectos autogestionados que la UTD ha encarado. En estos relatos, consecuentemente, la participación de las mujeres asume la forma de una parcialidad que se adiciona para completar la interpretación del desarrollo histórico de un colectivo cuyas experiencias organizativas son vertebradas exclusivamente con el pasado ypefeano –ya sea en términos laborales o sindicales– de los dirigentes más visibles. Ese pasado, de todos modos, aún no ha sido revisado a la luz de un estudio acerca de qué ideales de masculinidad terciaron las identidades de los obreros ypefeanos y cómo estos resignificaron no sólo en clave de clase sino también de género las nociones sobre el trabajo y la familia, entre otras cuestiones³⁹⁹. Ciertamente, tal examen trasciende los límites de esta investigación. Pero sus premisas guían la indagación en torno a la UTD en cuanto que el estudio del involucramiento de las mujeres inquiere sobre la manera en que los vínculos entre ellas y los varones, y las formas en que las subjetividades femeninas y masculinas se entrecruzaron con las pertenencias de clase, marcaron el derrotero de esta organización.

1. DÍAS Y NOCHES DE FUEGOS Y PIQUETES: LOS CORTES DE RUTA EN GENERAL MOSCONI Y TARTAGAL

En General Mosconi y Tartagal, localizadas en el Departamento de General San Martín, al norte de la provincia de Salta, la existencia de YPF fue determinante en el entramado de

³⁹⁸ Se hace alusión aquí a los estudios de Schaumberg (2004), Giarracca y Wharen (2005), Petz (2005) y Wharen (2009), particularmente.

³⁹⁹ Iluminadoras revisiones de la historia social de las clases trabajadoras basadas en este tipo de preguntas pueden hallarse en Klubock (1992; 1995), French (2000) y Palermo (2007), entre otros estudios.

las relaciones sociales y del desarrollo económico local, tal como ocurriera en otras comarcas petroleras, aunque en esta región los beneficios de su presencia tuvieron repercusiones comunitarias dispares comparadas con las alcanzadas por las y los pobladores de Cutral Co y Plaza Huincul. De todos modos, la privatización de la compañía petrolera estatal provocó en el norte salteño una crisis social de profunda envergadura, cuyas consecuencias guardaron varias semejanzas con las padecidas por las y los habitantes de las localidades neuquinas. Así, el traspaso de la explotación de gas y el petróleo de la Cuenca Noroeste a manos de las empresas privadas Refinor SA, Pluspetrol SA y Tecpetrol SA en 1992, redundó en el despido de más de 3.500 trabajadores en la zona. Aun cuando algunos de esos ypefeanos lograron articular cooperativas de trabajo, la mayoría de estas terminó sucumbiendo en poco tiempo, pues las nuevas empresas evitaron renovarles los contratos⁴⁰⁰. Asimismo, quienes permanecieron dentro de las compañías, vieron extender su jornada laboral sin ningún tipo de aumento salarial. Por otra parte, un número reducido pasó a trabajar en empresas subcontratistas de las compañías hidrocarburíferas internacionales, pero con un salario muy inferior al alcanzado anteriormente. Otros probaron suerte abriendo pequeños locales comerciales con lo obtenido de sus indemnizaciones. Prácticamente, todos ellos quebraron: poco y nada se le podía vender a una comunidad desgarrada por una desocupación que terminó afectando al 65% de las y los pobladores de General Mosconi y Tartagal.

A su vez, de la mano de la privatización también perecieron los beneficios sociales que la población poseía. Hospitales, centros deportivos, cines y escuelas que florecieron al amparo de la petrolera estatal, se deterioraron o, incluso, desaparecieron. De ese modo, por ejemplo, Campamento Vespucio, conglomerado urbano de 10 mil personas, que pertenece al municipio mosconense y que otrora fuera el asentamiento del personal jerárquico de YPF, vio cerrar las puertas del hospital montado por la empresa estatal y al cual acudía todo el personal de la misma y sus familias. Nada lo reemplazó.

Por otro lado, a la pérdida del trabajo y de beneficios sociales, se sumaron otras carencias. La carestía de las garrafas de gas –puesto que la mayoría de la población de General Mosconi no posee gas natural– y de la prestación del servicio eléctrico se sintió mucho más cuando mermaron los ingresos familiares. Otro tanto ocurrió con la falta de

⁴⁰⁰ *Río Negro*, 9 de mayo de 1997. Schaumberg (2004) sostiene que de las más de 140 cooperativas y pymes creadas en los años posteriores a la privatización y que habían absorbido a alrededor de 800 ex trabajadores de YPF, para el año 2004 apenas sobrevivían 5 y con múltiples dificultades.

agua potable, ya que en ese entonces el tendido de la red de agua y saneamiento tampoco alcanzaba a cubrir a la mayoría de los barrios de esta localidad. Estas cuestiones minaron todavía más las condiciones de vida de la población.

Fue entonces en las derivas sociales provocadas por el desmantelamiento de la petrolera estatal donde anclaron las protestas que surcaron la historia de la zona y que son objeto de este análisis, si bien el inicio de cada una de ellas tuvo causas puntuales distintas. Por lo tanto, las reivindicaciones presentes en el estallido de los conflictos fueron variadas, al igual que los sectores sociales involucrados y el blanco de las luchas, pues en los diferentes cortes, empresas privadas, gobiernos municipales, gobierno provincial y nacional fueron, juntos o por separado, objeto de las demandas de los y las manifestantes.

Ahora bien, a pesar de las variaciones y heterogeneidades que tuvieron lugar, una dimensión que se revela con intensidad en todas estas contiendas y que atravesó directamente la relación entre los varones y las mujeres piqueteras, fue la de la domesticidad. Por cierto, la misma se encuentra presente en las otras experiencias de lucha abordadas en esta tesis, aunque sus ecos se manifestaron con estridencia en el escenario salteño. Ello puede observarse, en primer lugar, en las demandas de las y los desocupados en cada uno de los cortes, ya que las exigencias en torno a los aumentos de los subsidios por desempleo o del incremento presupuestario para los comedores escolares, por ejemplo, fueron recurrentemente inscriptas en la defensa de la familia y, sobre todo, de la provisión de alimentos para los hijos e hijas. Estos reclamos llevaron implícitos ciertos supuestos que, basados en la diferencia sexual, otorgaban a los varones el lugar de proveedores de esa familia y a las mujeres el de cuidadoras y garantes de su reproducción. Pero, y aún cuando en ciertos momentos las mujeres y los varones aparecieron unificados tras estas demandas, en muchos otros esa domesticidad puesta en las rutas estuvo cruzada por tensiones y conflictos que coincidían con aquellos que atravesaron al hogar petrolero, como puede inferirse de las palabras de María Victoria, una mujer tucumana radicada en General Mosconi, esposa de un ex obrero petrolero de una empresa privada, ya citadas en el Capítulo 2.

Allí, y a propósito de explicar el diferencial impacto social que en términos de género la privatización había provocado, se tomaba un pasaje de su testimonio en el que expresaba que cuando su marido volvía a la casa luego de pasar entre 15 y 21 días seguidos en los campos de exploración y perforación, “te altera el sistema porque vos te ponés los horarios, sabés que estás sola, organizás tu vida, y cuando ellos llegan se

interponen con los tiempos. Yo sentía que me ataba”⁴⁰¹. El sentimiento de atadura tenía que ver con la pérdida de la autonomía que poseían esas mujeres para disponer de sus tiempos y organizar su vida y la de sus hijos e hijas durante las extensas ausencias masculinas. En otras ocasiones, ese retorno al hogar del padre o el esposo también traía aparejado el regreso de una autoridad “molesta”, como la definió Estela, una mujer nacida en la Capital Federal que se había mudado con su familia a General Mosconi siendo una niña cuando su padre consiguió trabajo en los campos de YPF localizados en Campo Durán. Los recuerdos de su infancia, también citados en el segundo capítulo, remitían al silencio que debía guardar durante la estadía de su padre para que este pudiera descansar y a las quejas de su madre porque tenía que reacomodar sus ritmos y los de Estela y su hermano en función de las exigencias de esa presencia. Fue en esa domesticidad cargada de tensiones vinculadas con la ausencia y la presencia masculina y atravesada por las contradicciones entre momentos de autonomía mayor y de menor independencia, donde las mujeres hallaron los resquicios para salir a las rutas. Y fue también esa domesticidad marcada por el orgullo de ser el varón proveedor lo que, como se señaló en las páginas precedentes, condujo a algunos de ellos a abandonar a sus familias o a mantenerse renuentes en un principio a participar en los cortes, tal como comentaba Inés, la mujer que había sido parte de la toma del Concejo Deliberante de General Mosconi, cuando incentivó a su marido a ir con ella acicateándolo con “si van las mujeres” entonces no era posible que no fueran los varones⁴⁰².

En segundo lugar, esta domesticidad connotó la exigencia de trabajo “genuino” y al beneficiario de tal demanda. En ese sentido, si bien esta fue una reivindicación que halló una solidaridad compartida entre varones y mujeres, portó también una impronta genérica reforzando la división sexual del trabajo, ya que estaba orientada a satisfacer el desempeño de los varones mayoritariamente. Y ello volvía a remitir a la “nostalgia” por el mundo ypefeano y al lugar que los trabajadores habían ocupado en sus familias durante su existencia.

En tercer lugar, los roles provenientes de la esfera familiar ganaron un singular sentido político con la presencia de un colectivo de mujeres que había hecho de su maternidad el resorte para enfrentar al Estado terrorista. Empero, si la aparición de las Madres de Plaza de Mayo en General Mosconi en junio de 2001 significó para las y los piqueteros el retiro de las fuerzas represivas que habían ocupado el pueblo, para las

⁴⁰¹ Entrevista de la autora a María Victoria, General Mosconi, 14 de junio de 2004.

⁴⁰² Entrevista de la autora a Inés, General Mosconi, 11 de junio de 2004.

mujeres tuvo un plus, puesto que les permitió poner en entredichos la violencia que en esa domesticidad sufrían y pensar en cómo organizarse para revertirla.

Por último, esa domesticidad atravesó justamente a la organización que había emergido en General Mosconi producto de las luchas contra las consecuencias del modelo neoliberal. En efecto, la UTD se cimentó en ciertos valores que supuestamente portan las mujeres a partir de su rol de cuidadoras, en las prácticas que ellas asumieron dentro de la organización para fortalecerla y en la forma en que se construyeron los liderazgos en su interior.

¿Cómo abordar, entonces, el análisis de la convivencia entre esas imágenes públicas de solidaridad entre varones y mujeres que mancomunaban sus luchas y exigencias en las rutas con las tensiones que en ese espacio y en esos reclamos también surgieron? Una clave para delinear la respuesta a esta pregunta se halla en el estudio de Heidi Hartmann, quien postula que la familia, como espacio en el que mujeres y varones connotan sus relaciones conyugales (exista o no contrato formal) y las ligaduras con su descendencia, no es un agente activo con intereses unificados invariablemente. Por el contrario, aunque aparente una unidad creada por el afecto y el parentesco, es también un terreno de lucha configurado por los diferentes intereses de sus miembros a partir de la construcción social de la diferencia sexual-biológica (Hartmann, 2000). Ni los intereses diferenciados ni las luchas que sustentan desaparecen una vez que se echa el cerrojo a las puertas del lugar físico en el que habita la familia. Por el contrario, es ahí donde se constituye una domesticidad tensionada, conflictiva y, llegado el momento, también solidaria que acompaña a sus integrantes a donde ellos/as se muevan. Dicho de otro modo, los conflictos en torno a la domesticidad formaron parte de los vínculos entre esas mujeres y esos varones; fueron con ellos a las rutas y pusieron una vez más en evidencia cuán borrosos son los límites entre lo público y lo privado.

Por lo tanto, es con esta mirada sobre la relevancia del impacto de la domesticidad y con la intención de develar los sentidos asignados a la misma por las y los protagonistas de los cortes de ruta en el norte salteño que las páginas siguientes se adentran en cada uno de ellos.

1.1. EL CORTE DE MAYO DE 1997

En la madrugada del 8 de mayo de 1997, los y las pobladoras de Tartagal y General Mosconi comenzaron a levantar barricadas sobre la Ruta Nacional 34, a la altura de esta

última localidad. Reclamaban la presencia en la zona del gobernador de la provincia, Juan Carlos Romero, la creación de fuentes de trabajo, el pago de salarios adeudados al personal municipal tartagalense y la sanción de una ley de fronteras que creara una zona franca para el intercambio comercial con Bolivia⁴⁰³.

Esta medida fue decidida en una asamblea realizada el día anterior en la plaza San Martín de la ciudad de Tartagal y convocada, básicamente, por la Comisión de Vecinos y el Centro Empresario de esa ciudad y activistas del PO. Asimismo, fue el resultado de una serie de acontecimientos que habían jalonado el ascenso del malestar social. El primero de ellos, obviamente, estaba vinculado con la desocupación imperante en la zona, la cual, a medida que avanzaba, había terminado por afectar la prosperidad de los propietarios de los comercios de Tartagal. Para paliar la situación, este sector requería al gobierno provincial que declarara la región como zona libre de impuestos para el comercio con Bolivia⁴⁰⁴.

A esta merma en las ganancias se sumaba, en segundo término, el mal funcionamiento de la empresa privatizada que prestaba el servicio eléctrico, EDESA SA, cuyos reiterados cortes de suministro habían provocado importantes pérdidas en los comercios y en los hogares particulares. Justamente, el 5 de mayo, dos días antes de la realización de la asamblea, Marcelino Jerez, periodista de una FM de Tartagal e integrante de la Comisión de Vecinos, y Graciela Zriki, concejala local del FREPASO, habían iniciado una huelga de hambre en señal de protesta por esta situación⁴⁰⁵. La misma había estado precedida por diversos apagones llevados a cabo por la población de Tartagal durante el año 1996 y comienzos de 1997⁴⁰⁶. Empero, el gobierno provincial se mantenía indiferente a estas acciones, motivo por el cual surgió justamente la convocatoria a la asamblea del 7 de mayo.

Al descontento causado por la caída de las ventas y los problemas generados por los cortes de luz eléctrica, se adicionaba también el generado por las clausuras de varios locales comerciales como resultado de las numerosas inspecciones que desde hacía semanas venían llevando a cabo los funcionarios de la Dirección General Impositiva (DGI).

⁴⁰³ *El Tribuno*, 9 de mayo de 1997.

⁴⁰⁴ A pesar de las promesas gubernamentales hechas con anterioridad, esto no se había concretado.

⁴⁰⁵ *El Tribuno*, 14 de mayo de 1997.

⁴⁰⁶ Ya durante el año 1996 y comienzos de 1997, la población de Tartagal había realizado varios apagones como medida de protesta contra EDESA SA. Incluso, uno de ellos fue llevado a cabo el 7 de mayo de 1997, fecha de la asamblea que resolvió el corte de rutas.

Por otra parte, desde los meses finales del año 1996, muchos ahorristas, entre los cuales se contaban varios dueños de pequeños negocios, habían perdido sus depósitos como consecuencia del cierre del Banco del Noroeste, que previamente había sido absorbido por el Banco Caseros⁴⁰⁷.

Mientras, en General Mosconi, la situación se volvía cada vez más intolerable. La toma del Concejo Deliberante en 1996 durante 23 días protagonizada por Inés y otras personas que pertenecían a una naciente organización, la UTD, había sido una elocuente evidencia tanto del nivel al que había arribado el descontento social como de la disposición de las y los desocupados a no quedarse de brazos cruzados.

Así, la asamblea popular del 7 de mayo reunida en la plaza San Martín congregó a un amplio abanico de sectores sociales. Comerciantes, desocupados y desocupadas de Tartagal y de la UTD, liderada en ese entonces por Juan Nievas⁴⁰⁸, empresarios madereros, trabajadores y trabajadoras – entre los que se hallaban los y las empleadas municipales que no cobraban su sueldo desde hacía tres meses– decidieron cortar la ruta.

Para Rodolfo Peralta, un ex trabajador de YPF, que reside en General Mosconi y que con una puntillosa dedicación dirigía administrativamente todos los proyectos de trabajo que elaboró la UTD a partir de subsidios de desempleo, existió un factor determinante para la elección de esta metodología como herramienta de protesta. Él, que participó en la asamblea, narra:

Todos íbamos pensando que la dirigencia política no daba las respuestas. En medio de todo eso, sin saber qué hacer, los obreros, los comerciantes, salió el tema de Cutral Co. [...] Cutral Co fue el maestro para tomar una iniciativa de ese tipo. [...] Y así de golpe y porrazo, vamos a cortar la ruta. Y tal [era el] descontento que todo el mundo se fue. Y ante el desamparo dirigencial tanto político como sindical... nos dimos cuenta de que quienes podían luchar por nosotros éramos nosotros mismos y que el corte servía. Creo que damos por descontado que es el único método que nos puede dar resultado. En el corte uno decía, escuchaba a los compañeros, tiene que venir los medios para que nos escuchen. Eso es lo que se buscaba, que vengan los medios nacionales y llevar a las autoridades qué estaba pasando (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

Según su relato, entonces, el inicio de la protesta fue el resultado del descontento general de la población el cual subsumió, en un principio, las diferentes identidades de clase y de

⁴⁰⁷ *Río Negro; Clarín*, 9 de mayo de 1997.

⁴⁰⁸ Juan Nievas fue activista de la ATYP y, posteriormente, militante de la CCC.

género ante los padecimientos provocados por la implementación del modelo neoliberal. En segundo lugar, el corte de ruta, como medida de acción colectiva, había adquirido un nuevo significado a partir de los sucesos de Cutral Co y Plaza Huincul de 1996 y 1997. Ello no implicaba suponer que esta herramienta de confrontación hubiera nacido allí. De hecho, Peralta había estado entre quienes cortaron la ruta en 1991 para intentar revertir la privatización de YPF. Pero los piquetes de las comarcas petroleras neuquinas habían provocado un punto de inflexión en las prácticas políticas y, particularmente, en las formas de lucha y de organización que un colectivo social heterogéneo pero marcado por la desocupación era capaz de poner en escena, delineando de tal modo nuevas identidades y experiencias. Justamente, lo que había marcado ese punto de inflexión era la potencialidad que las personas desligadas del aparato productivo podían desplegar para ejercer una presión directa y concreta sobre el Estado y las empresas de la zona. Y eso era lo que la narrativa de Peralta reflejaba cuando remitía a Cutral Co y Plaza Huincul y cuando evaluaba el impacto de aquellos conflictos enlazando la acción de protesta con la necesidad de hacerse escuchar. Es más, incluso sus palabras retomaban algunas reflexiones vertidas por esas mujeres que vivían a más de 2 mil km de distancia para explicar las razones que las llevaron a dinamizar la pueblada de 1996. Así, la falta de “amparo dirigenal” al que Rodolfo aludía y que había conducido entonces a considerar que los que podían luchar “por nosotros éramos nosotros mismos”, no distaba demasiado de las afirmaciones de Magdalena, la mujer que había esperado a la gendarmería en la Ruta Nacional 22 envuelta en su bandera argentina el 25 de junio de 1996, cuando alegaba que las únicas personas que podían defender a su comunidad eran las que la integraban⁴⁰⁹.

La defensa colocada en primera persona del plural hizo que la protesta se extendiera rápidamente a otras localidades departamentales, atravesadas también por la Ruta Nacional 34. Entre las primeras en adherir se encontraban las comunidades de Aguaray y Salvador Mazza, al norte de Tartagal. Y a los pocos días se incorporó Coronel Cornejo, localidad donde una mujer volvía a liderar la instalación de los piquetes reeditando la experiencia que ella misma había dinamizado seis años antes.

⁴⁰⁹ Estos alegatos fueron citados en el tercer capítulo.

1.1.1. LAS AGUAS BAJAN TURBIAS: EL CORTE DE RUTAS EN CORONEL CORNEJO

Nunca tuve miedo de lo que pueda pasar porque soy una mujer muy convencida de lo que hago [...] porque yo creo que lo último que tiene que hacer el ser humano es vender su dignidad.

Ica, dirigente de la UTD de Coronel Cornejo⁴¹⁰

Ica nació en 1958 en Coronel Cornejo, ubicada a 17 km al sur de General Mosconi y que, según su relato, “hace mucho tiempo era una importante zona de producción maderera y hoy produce soja pero da poco trabajo, la finca San José”, la firma propietaria de la mayor parte de las tierras locales.

Ella siempre vivió ahí, donde la mayoría de las viviendas eran de madera, las calles no estaban asfaltadas y el agua potable era provista por camiones cisternas que llegaban desde General Mosconi, sin alcanzar a cubrir las necesidades de la población.

Recorrer ese pueblo con ella era dejarse llevar por un paisaje en el Ica bosquejaba su biografía entrelazándola con la historia del lugar y sus propias ilusiones. Así, señalaba la estación del ferrocarril Belgrano, cerrada cuando se realizaron las privatizaciones de los ferrocarriles en 1991, y a la cual ella soñaba con “restaurar y poder poner un enorme centro cultural. Porque si la mirás bien es hermosa”⁴¹¹. Y tenía razón.

Sin embargo, no era esa su única ilusión. De niña quería ser periodista “porque lo único que teníamos era una radio..., pero yo a lo único que pude llegar es a primero, o segundo grado de antes”, y a partir de ese momento empezó a trabajar como mucama para familias de Campamento Vespucio y de General Mosconi⁴¹². Criada junto con dos hermanos por su mamá, se casó a los 19 años, y cuando tuvo hijos, una de sus aspiraciones mayores era que ellos sí pudieran estudiar y “llevar una vida en la que no sufran como hemos sufrido nosotros y no tengan que pasar tantas necesidades sin que nadie los escuche o los gobiernos de turno los convenzan dándoles un bolsón”⁴¹³. E Ica no estaba dispuesta a abandonar sus sueños. No, al menos, sin presentar pelea.

Su pequeña contextura física y el bajo tono de su voz, empero, dificultan imaginarla haciendo frente a un soldado de gendarmería que, golpeándola con una moto, intentó sacarla del corte que ella misma había iniciado sobre la Ruta 34, cerca de su casa,

⁴¹⁰ Entrevista realizada por la autora a Ica, General Mosconi, 14 de junio de 2004.

⁴¹¹ Entrevista de la autora a Ica, Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004.

⁴¹² *Ibidem*.

⁴¹³ *Ibidem*.

en mayo de 1997. Ella no sólo permaneció en la ruta, sino que obligó al gendarme a retirarse avergonzado diciéndole: “Ustedes están para cuidar el orden y nuestros niñitos están muriéndose de sed”⁴¹⁴. El orden que Ica quería poco tenía que ver con aquel desde el cual se la acusaba de cometer un delito federal. El orden para Ica era, por ejemplo, obtener el agua potable de la que carecían los 2.700 habitantes de su pueblo y las fuentes de trabajo que hacía rato escaseaban por allí. Cuando las preguntas de la entrevista se orientaron a averiguar si la presencia del gendarme no le había provocado temor, esa mujer, desocupada, esposa de un ex trabajador maderero y abuela de cinco niños, contestó frontalmente: “Como mujer, cuando nos sentimos impotentes, no incapaces sino impotentes, nos llenamos de coraje”⁴¹⁵. En ese sentido, su “nosotros” era una referencia identitaria donde ella diluía su individualidad para fundirse en un sujeto colectivo estrictamente femenino que, anclado en el ejercicio de la maternidad y el cuidado de los otros, era capaz de irrumpir en la escena pública interpelando el sentido de un orden que, como mujeres y desocupadas, las jaqueaba en su vida doméstica a la par que pretendía dejarlas inermes fuera del hogar.

Por ello, la distinción establecida entre impotencia e incapacidad aunada al deseo de llevar una vida digna, la indujeron a volver a la ruta por su cuenta, tal como lo había hecho en 1991 cuando, acompañada por otras dos mujeres, se dispuso a exigir lo mismo que reclamaba en 1997: el tendido de la red de agua potable. Esa vez había retornado a su casa con las manos vacías. Seis años más tarde volvía a intentarlo a sabiendas de que el sentimiento de impotencia y la convicción de merecer una vida mejor no la embargaban solamente a ella. Según narraba:

Ya llevaba varios días el corte en Mosconi y nosotros no podíamos ir y venir a Cornejo todos los días. Entonces hemos decidido entre 2 mujeres apoyar la protesta que se estaba haciendo en Mosconi. Tomé la decisión de ir y contra viento y marea fuimos y cortamos. En eso vienen 10, 15 chicos que andaban por ahí por el barrio, niños menores de 10 años y me preguntan qué vamos a hacer. Y les dije que si sus madres querían que vengan a apoyar (Entrevista de la autora a Ica, Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004).

⁴¹⁴ Ibidem.

⁴¹⁵ Ibidem.

La convocatoria para la acción fue dirigida, básicamente, a las propias mujeres, y horas después de iniciado el corte en Coronel Cornejo, Ica tuvo la oportunidad de demostrar lo que para ella significaba la dignidad:

Mandaron gente de Romero para amedrentar a la gente. Incluso les preguntaban quién es el cabecilla que cortó la ruta. Todos me apuntaban a mí. Entonces, un muchacho que todavía pertenece al gobierno de Romero, José Andrade, él fue con una propuesta del gobierno que si yo levantaba el corte me hacían una casa de material y me daban un buen sueldo y me querían poner una [camioneta] Traffic para en esos momentos llevarme a Salta y firmar el convenio (Entrevista de la autora a Ica, Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004).

Su reacción fue contundente e inesperada para ese “muchacho” que pertenecía al staff gubernamental, pues “vine a contarle a la gente a qué ha venido esa gente del gobierno y entonces la gente fue a correrlos. De ahí no nos molestaron más, ni el gobierno ni las fuerzas de seguridad”⁴¹⁶. Y allí se quedaron ella y el resto de su comunidad, resistiendo hasta que el gobierno se decidiera a cumplir con lo que estaban exigiendo y solidarizándose con quienes, algunos kilómetros más al norte, continuaban con la ruta tomada.

Empero, y a diferencia de la cohesión que mostraban los y las habitantes de esta pequeña localidad, en el corte de General Mosconi y Tartagal las diferencias entre las y los manifestantes comenzaban a tomar cuerpo.

1.1.2. “NOSOTROS NOS QUEDAMOS”: LOS CORTES DEL CORTE DE RUTA

Cuando las mujeres desocupadas entrevistadas en General Mosconi recordaban el corte de 1997, la mayoría se refería a él como el corte de los comerciantes o de los madereros. María, la mujer boliviana que se había radicado en esa localidad siendo muy jovencita y que durante muchos años atendió en su peluquería a las esposas de los ypefeanos, relataba:

La primera lucha la hicieron los de Tartagal que al frente iba Marcelino Jerez y Juan Nievas... Y lo iniciaron los madereros en Tartagal. Resulta que parece que ellos tenían muchas cuentas que pagar en el Banco. La gente estaba apretada y no había plata (Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

⁴¹⁶ *Ibidem*.

Por otro lado, cuando algunas de ellas exponían las causas de la adhesión de la comunidad de General Mosconi, aducían:

Fuimos a Tartagal, hicimos una asamblea grande. De ahí se decide hacer el corte definitivo. Nos veníamos de Tartagal a Mosconi, a pie, caminando. La mayoría de la participación eran mujeres. O sea, de aquí [en referencia a Mosconi]. Más que nada nosotros, cómo lo puedo decir, hicimos hincapié para poderlos llevar a los varones. Mi marido es muy tímido, por ejemplo, entonces “Si van las mujeres, tenemos que estar nosotros”. Porque yo estaba desocupada. Entonces nosotros tenemos que salir a luchar para conseguir algo ¿Qué les damos a los chicos? ¿Qué les damos mañana? (Entrevista de la autora a Inés, General Mosconi, 11 de junio de 2004).

Inés, una mosconense mamá de siete hijos y dueña de estas reflexiones, salía a la ruta, como tantas otras mujeres, impulsada por la necesidad de garantizar el alimento de sus hijos e hijas y haciendo uso, además, de la creencia social respecto de la “debilidad” femenina para animar la participación de su marido.

Sus relatos coincidían, entonces, con la mirada de Peralta en cuanto a la heterogénea pertenencia social de quienes se habían involucrado en la protesta, si bien Inés remarcaba que la presencia de las mujeres de General Mosconi había sido mayor que la de los varones, mientras que María señalaba que el inicio del corte había sido responsabilidad de “los madereros de Tartagal”.

Las diferencias sociales entre sus protagonistas quedaron reflejadas desde un comienzo en la distribución de las barricadas: se armaron dos piquetes. El primero de ellos, el “piquete Norte”, estaba emplazado en la entrada de General Mosconi, viniendo desde Tartagal. Allí se ubicaron principalmente comerciantes, madereros y docentes que fueron adhiriendo a la protesta. El segundo, el “piquete Sur”, estaba localizado a la altura del cementerio local, aproximadamente 600 metros al sur del anterior, y quienes estaban allí eran mayoritariamente personas desocupadas⁴¹⁷.

⁴¹⁷ Esta localización emerge de las entrevistas realizadas y coincide con la descripción hecha por Barbeta y Lapegna (2001). Svampa y Pereyra (2003) asumen la existencia de la misma división aunque argumentan que esta manifestaba la presencia de sectores dirigentes, localizados en el piquete Norte, y de dirigidos, que eran los desocupados y se hallaban en el piquete Sur. Sin embargo, yo no encontré esa división entre dirigentes y dirigidos en ninguna de las fuentes orales ni periodísticas consultadas. De hecho, el transcurrir del corte en asambleas casi permanentes, impidió la emergencia de cualquier sector que pudiera agenciarse la dirigencia del mismo, aunque sí surgieron voceros o cabezas visibles.

Pero se evidenciaron fundamentalmente cuando el gobierno provincial se dispuso a entablar negociaciones. No fue la intención de dialogar, ciertamente, su inicial reacción. Por el contrario, desde el comienzo del emplazamiento de los piquetes, las versiones acerca de que 200 efectivos de la gendarmería nacional con asiento en Santiago del Estero se movilizarían para despejar la ruta circularon rápidamente. La suposición sobre la inmediatez de la represión se basaba en que, durante la mañana del 8 de mayo, el juez federal Abel Cornejo había exhortado a los y las manifestantes a abandonar la ruta⁴¹⁸. Sin embargo, y llamativamente, el jefe de gendarmería de la Agrupación Séptima con sede en la ciudad de Salta, cuya identidad los diarios mantuvieron en reserva, declaró que, a diferencia de lo ocurrido recientemente en Cutral Co y Plaza Huincul, “aquí no se utilizarán gases ni balas porque no hay piqueteros con la cara pintada levantando barricadas, sino mujeres y niños en una actitud pacífica”⁴¹⁹.

Mientras tanto, las posiciones de los funcionarios de las distintas administraciones gubernamentales ante la protesta eran variadas, si bien todos se empeñaban en deslindar cualquier responsabilidad respecto de las causas que la habían originado.

El gobernador provincial Juan Carlos Romero, perteneciente al PJ y aliado del presidente Menem, se negó a viajar a la zona del conflicto. Argüía, entre otras cosas, que el mismo era producto o bien de la instigación del Partido Renovador de Salta (PRS)⁴²⁰ o de una lucha interna de su propio partido en la que el intendente interino de Tartagal, Daniel Benítez, intentaba cubrir, a su vez, la mala administración que venía ejerciendo. En cuanto a la primera razón, su argumento se basaba en que un diputado del PRS, Andrés Zottos, hermano del presidente del Centro Empresario de Tartagal Miguel Zottos, se había presentado en el corte⁴²¹. Por su parte, la suposición respecto a la “deslealtad” de Benítez se basaba en dos razones centralmente. La primera radicaba en que el intendente se había presentado en el corte para expresar su solidaridad con los y las manifestantes. La segunda giraba en torno a la deuda salarial que la intendencia de Tartagal tenía con los empleados municipales. El gobernador Romero aducía que ello era inexcusable, pues,

⁴¹⁸ *El Tribuno*; *Página 12*, 9 de mayo de 1997.

⁴¹⁹ *Río Negro*, 10 de mayo de 1997.

⁴²⁰ El PRS es un partido de alcance provincial que fue gestándose entre los años 1982 y 1983 por impulso de personas que ocuparon puestos clave durante la dictadura militar iniciada el 24 de marzo de 1976. Entre ellas, una de las de mayor renombre fue el capitán de navío Roberto Augusto Ulloa, gobernador de facto de la provincia entre abril de 1977 y 1983. Durante la transición democrática, este partido se consolidó en el territorio salteño y Ulloa volvió a ocupar el Ejecutivo provincial, esta vez por elecciones, entre 1991 y 1995, sucediendo de esa forma a Carlos Romero, del PJ, uno de los principales accionistas del periódico *El Tribuno* y padre de Juan Carlos Romero quien fue gobernador de Salta por tres períodos consecutivos entre 1995 y 2007. Para los inicios del PRS, ver Tejerina et al. (2003).

⁴²¹ *Página 12*, 9 de mayo de 1997.

según afirmara en una carta que le mandó al presidente Menem, él “enviaba los fondos que correspondían a la coparticipación nacional y provincial puntualmente”⁴²².

De ese modo, el gobernador salteño no sólo dejaba entrever que el jefe del Ejecutivo municipal había malgastado el dinero con fines poco claros, sino que también buscaba ponerse a resguardo de las declaraciones públicas del presidente de la Nación en las que sostenía que “el tema de Tartagal es producto de la falta de respuesta de las autoridades provinciales”⁴²³. Menem, a su vez, eximía al gobierno nacional de toda incumbencia en las razones desencadenantes de este suceso, y sentenciaba que, más allá de esta “falta de respuestas”, también habían intervenido “elementos infiltrados”, que habían azuzado la movilización popular, si bien ya no eran los “subversivos” que “anidaban” en las protestas de Cutral Co y Plaza Huinul⁴²⁴. Posiblemente, este descenso en el tenor del calificativo se debiera, por un lado, a que el gobernador Romero, a diferencia del gobernador Sapag, era un socio político importante en el norte del país y, por tanto, sostener que en Salta había “subversivos” podía generar cierta enemistad con aquel, quien era el candidato menemista para las futuras internas del PJ de cara a las elecciones presidenciales de 1999. Por el otro, la presencia aún cercana en la memoria de la población del asesinato de Teresa Rodríguez en el conflicto de Neuquén, invalidaban la reiteración del uso de este calificativo para el preanuncio de una respuesta violenta por parte del Estado. De hecho, hasta un notable medio periodístico defensor de la política neoliberal caracterizaba a los protagonistas del corte como “comerciantes, madereros, docentes y familias realmente pobres”⁴²⁵.

Lo que desde el gobierno nacional se esperaba, entonces, era que el conflicto se solucionara rápidamente y no cobrara las dimensiones a las que había arribado el segundo corte neuquino. Sin embargo, el acierto para hallar una solución en el corto plazo no parecía sencillo. La principal causa de ello radicaba en la dificultad de encontrar con quién negociar en el corte de rutas. Aun cuando Marcelino Jerez se perfilaba como la “cara visible” o el líder de la protesta, el funcionamiento mediante las asambleas directas para tomar todo tipo de decisión impedía la emergencia de cualquier dirigente individual, o la realización de algún acuerdo que se construyera a espaldas del conocimiento y la voluntad mayoritaria.

⁴²² *La Nación*, 11 de mayo de 1997.

⁴²³ Estas declaraciones fueron vertidas en una emisora radial de Rosario y citadas por *Página 12* el 10 de mayo de 1997.

⁴²⁴ *Ibidem*.

⁴²⁵ *La Nación*, 10 de mayo de 1997.

Al igual que lo ocurrido en las experiencias de protesta neuquinas, los distintos sectores sociales presentes en el corte se reunían permanentemente en asambleas, en las cuales ante todo se debatían los puntos o reclamos que se incorporarían a un petitorio general. Además, una comisión general que contaba con todos los representantes de las asambleas particulares, determinaba los lineamientos del rumbo a seguir, aunque lo que fuera a hacerse debía ser refrendado por una asamblea general en la que estaban presentes todos los y las manifestantes. De esa manera, era esa comisión, conformada por 16 piqueteros que representaban a las 16 comisiones de estudio de los reclamos constituidas el 10 de mayo, la que se encargaría de llevar adelante las negociaciones con los representantes del gobierno provincial⁴²⁶.

Pero así como el gobierno provincial no encontraba fácilmente con quién entablar un diálogo que permitiera arribar a algún acuerdo, los y las piqueteras se enfrentaban permanentemente con la negativa del gobernador salteño a trasladarse a la zona del corte. Este, en su lugar, el 9 de mayo envió a Sergio Nazario, un oscuro funcionario que había sido represor durante la última dictadura militar y que desde 1995 ocupaba el cargo de secretario de Seguridad de la gobernación⁴²⁷. Pero el “diálogo” entre los piqueteros designados a tal fin y el enviado no llegó absolutamente a nada. Igual suerte corrieron, en un primer momento, las gestiones del ministro de Gobierno, Miguel Torino, y el de la Producción y Empleo, Gilberto Oviedo⁴²⁸.

La tensión entre los y las manifestantes y el gobierno provincial, que amenazaba con iniciar la represión, fue en aumento. En ese marco, el obispo de Orán, Mario Cargniello, se presentó en el corte, ofreciéndose a actuar como mediador, razón por la cual se reunió con los representantes de las comisiones en las oficinas de Tecpetrol SA el 12 de mayo, luego de 48 hs en las que todo diálogo con el gobierno había quedado suspendido. Ese mismo día volvieron a la zona los ministros de la Producción y de

⁴²⁶ *La Nación*, 11 de mayo de 1997.

⁴²⁷ *El Tribuno*, 10 de mayo de 1997. Nazario fue integrante del grupo de tareas del centro clandestino de detención El Olimpo, que participó, entre otros crímenes, del fusilamiento de Carlos Fassano y el secuestro de su compañera Lucila Révora, embarazada de ocho meses, y del hijo de ella de un año y ocho meses, Eduardo de Pedro, luego devuelto a sus familiares. Esto sucedió en octubre de 1978 en el barrio de Floresta de la Capital Federal. Ante las apariciones en las cámaras de TV con motivo de este corte, Nazario fue reconocido por Julio Aguirre, ex sindicalista y ex senador del PJ, y denunciado públicamente como una de las personas que había ordenado las torturas contra Aguirre. Por el estado público que tomó esta situación, Romero se vio obligado a separarlo de su cargo en junio de 1997, si bien algunas personas han afirmado que continuó en funciones secretamente como asesor del gobernador. Ver <www.lafogata.org>.

⁴²⁸ *Clarín*, 12 de mayo de 1997.

Gobierno, a quienes se sumó el juez federal Abel Cornejo, con intenciones de discutir los puntos del petitorio elaborados por la asamblea⁴²⁹.

Por otro lado, las empresas petroleras privadas intentaban sufrir el menor perjuicio posible ante el desarrollo de los acontecimientos. Pero se enfrentaban con serios inconvenientes. La primera razón y la más obvia era que el corte de rutas impedía la salida de la producción de las compañías, lo que generaba importantes pérdidas. Otro factor de peso era el discurso de reparación histórica lanzado por buena parte de los y las piqueteras contra estas empresas, cuestión a la que podía sumarse el reclamo de la deuda accionaria que estas tenían pendiente con los trabajadores y trabajadoras ypefeanos/as, y que no estaban dispuestas a afrontar. En tercer lugar, la cercanía geográfica de los piquetes respecto de las puertas de entrada de Refinor SA, lo cual ponía en peligro las instalaciones en caso de que se escogiera el camino de la represión o que los y las pobladoras tomaran alguna iniciativa directamente en contra de la empresa. Por tanto, la noche del 12 de mayo, varios empresarios petroleros se apresuraron a reunirse con los ministros de Economía y de Interior de la Nación, Roque Fernández y Carlos Corach respectivamente, en la Capital Federal. Allí expresaron que estaban dispuestos a ofrecer 1.400 puestos de trabajo “si se mantenían las reglas de juego con el sector privado”⁴³⁰.

El 13 de mayo, cinco días después de comenzado el corte y cuando la escasez de combustible afectaba ya al norte salteño⁴³¹, el gobierno provincial propuso un acuerdo basado en la entrega de 1.000 fondos de desempleo de \$ 200 por el lapso de un año; 2.000 Planes Trabajar de \$ 200 por el mismo tiempo; 1.400 empleos de las petroleras privadas; la refacción de escuelas, hospitales, puentes y caminos; la flexibilización de los créditos hipotecarios; beneficios impositivos en aquellos gravámenes que dependían de la provincia; y la no toma de represalias⁴³².

Fue en ese momento cuando los participantes del corte en General Mosconi se dividieron claramente en dos grupos: el primero, constituido por los comerciantes y madereros, querían levantarlo al menos por 48 hs para estudiar/aceptar la propuesta –

⁴²⁹ Entre ellos se contaban: la creación de fuentes de trabajo “genuinas” y reinversión en la región de las regalías obtenidas de la explotación gasífera y petrolera; la tasación a valor real de las casas compradas por medio de créditos del Banco Hipotecario –ya que varias familias estaban en condiciones de ser desalojadas por la imposibilidad del pago de las cuotas crediticias–; y el establecimiento de tarifas eléctricas preferenciales.

⁴³⁰ *La Nación*, 13 de mayo de 1997. Es preciso aclarar que el diario *Página 12* del 14 de mayo de 1997 sostenía que las empresas sólo se habían comprometido con 600 puestos de trabajo.

⁴³¹ Para ese entonces, además, el corte ya se había extendido también a las localidades de Pocitos, Embarcación y Campo Durán.

⁴³² *Página 12*, 14 de mayo de 1997.

posición apoyada por Marcelino Jerez—; y el segundo, conformado por los y las desocupadas, se negaba a suspender la medida de protesta. Finalmente, como sostuvo Inés, quien integraba este último grupo, “el maderero y una gente que [...] también tenían quilombo con los bancos hicieron su pacto y después nos dejaron solos”⁴³³.

Efectivamente, el primer grupo levantó la medida⁴³⁴ y en la ruta sólo quedaron los y las desocupadas que, según el periódico local, secundaban la “posición inflexible que asumió el presidente de la Unión de Trabajadores Desempleados –sic– (UTD), Juan Nieva”⁴³⁵. En apariencias, lo que la UTD objetaba con mayor ahínco era la insuficiencia de la cantidad de puestos laborales estables prometidos por el gobierno y las empresas petroleras ya que los mismos –alrededor de 1.400– no llegaban a cubrir ni siquiera a la mitad de personas que se habían quedado sin trabajo con la privatización de la petrolera estatal⁴³⁶. Pero los y las desocupadas impugnaban también la forma en que el periódico local había abordado el tratamiento de la información sobre el corte y sobre ellos/as mismos. En efecto, el diario *El Tribuno*, propiedad de la familia Romero, solía aludir a los y las piqueteras de la UTD como “irracionales”, “divagantes” o “incoherentes”. Tantos calificativos denigratorios le ganaron cierto desprecio que se expresó con la quema de los ejemplares en dos oportunidades. La primera fue el 11 de mayo, cuando un “grupo de 15 hombres y 3 mujeres ataca” la camioneta que distribuía *El Tribuno* e incendia “alrededor de 6.700 ejemplares”⁴³⁷. La segunda fue del mismo tenor el 13 de mayo, aunque en esa ocasión sólo prendieron fuego a “500 ejemplares”⁴³⁸.

1.1.3. LA CONCLUSIÓN DEL CORTE DE RUTAS

Finalmente, luego de varias negociaciones y bajo la amenaza de la represión inminente con 700 gendarmes agrupados en las cercanías de General Mosconi, el 15 de mayo se llegó a un acuerdo que, firmado con el gobierno provincial en las oficinas de la empresa petrolera privada Tecpetrol SA, permitió el levantamiento del corte. El acta compromiso, además de los puntos propuestos el 13 de mayo, contemplaba el pago de uno de los tres sueldos atrasados a los empleados municipales de Tartagal en los siguientes 10 días y el compromiso de no descontar del salario los días “caídos” a aquellos maestros que

⁴³³ Entrevista de la autora a Inés, General Mosconi, 11 de junio de 2004.

⁴³⁴ *El Tribuno*, 14 de mayo de 1997.

⁴³⁵ *Ibidem*.

⁴³⁶ Por otro lado, de esos 1.400 puestos, 900 eran en calidad de temporarios.

⁴³⁷ *El Tribuno*, 12 de mayo de 1997.

⁴³⁸ *El Tribuno*, 14 de mayo de 1997.

hubieran adherido a la protesta; la duplicación del presupuesto para los comedores escolares y la instalación de los mismos en aquellas escuelas que no los tuvieran; la inversión de \$ 4 millones en la construcción de viviendas; la ampliación del plazo a diez años del pago de los créditos contraídos con el Banco Nación y la extensión del plazo para los deudores hipotecarios del Banco Hipotecario; la creación de un fondo provincial de inversiones de US\$ 5 millones con las regalías de los hidrocarburos; y, por último, la entrega de tierras fiscales a comunidades aborígenes⁴³⁹.

Sin embargo, no todas las personas que se hallaban ese 15 de mayo en la Ruta 34 esperando los resultados de las transacciones con los representantes del gobernador salteño estuvieron de acuerdo con lo obtenido. Entre las voces disidentes se encontraban las de un grupo de mujeres desocupadas que, enteradas de que debían volver a sus casas, sostuvieron:

Hemos estado acá desde el primer día [en alusión al corte en General Mosconi]. Éramos quince mujeres y diez hombres los que levantamos la barricada. Y si ahora los hombres han negociado, será porque no las tienen puestas como debieran (Página 12, 15 de mayo de 1997).

Las mujeres que habían estado en el corte de rutas no habían formado parte de la comisión de delegados de los y las manifestantes que ese día se reunieron con los funcionarios oficiales y el obispo de Orán, Mario Cargniello, actuante de mediador entre las partes. Tampoco habían temido a las amenazas vertidas por el juez federal interviniente, Abel Cornejo, acerca del uso inminente de la represión para lograr el desalojo de la ruta. Y, de igual manera que las mujeres de Cutral Co y Plaza Huincul, sostenían no solamente haber estado entre las primeras personas que comenzaron el corte, sino también haber superado en número a los varones. Por tanto, rechazaban el acuerdo al que esos varones habían llegado no sólo porque sus resultados no las conformaban sino también porque ellas no habían tenido la oportunidad de decidir a pesar de haber jugado un rol protagónico en el inicio y el sostenimiento del corte. Pero, mientras ellas acusaban a esos varones de haber levantado el bloqueo por carecer de un atributo que generalmente

⁴³⁹ *La Nación*; *Página 12*, 16 de mayo de 1997. Asimismo, ese día, por la mañana, el gabinete provincial en pleno, con la presencia del gobernador Romero, se reunió en Tartagal a fin de refrendar el acuerdo, a la par que tomaba la decisión de intervenir las intendencias de Tartagal y General Mosconi. A su vez, el gobernador se comprometió a tender las redes para el agua potable en Coronel Cornejo, obra que comenzó a realizarse 45 días después de finalizado el corte de rutas. Ver *El Tribuno*, 16 de mayo de 1997.

se concibe como masculino y simbolizado mediante un rasgo biológico, ellos “feminizaban” sus argumentos para explicar la resolución asumida.

En efecto, cuando terminó la reunión en la que se llegó al pacto, un periodista entrevistó a Samuel Sánchez, uno de los delegados piqueteros que, exhausto, salía de las oficinas de la empresa Tecpetrol SA. Este joven desocupado de 22 años sostuvo que el gobierno había cedido porque los funcionarios “tuvieron en cuenta la barriga de la gente y el dolor que siente una madre cuando se le muere un hijo”⁴⁴⁰. Sin embargo, como se acaba de ver, no todas esas “madres” consideraban correcto desmontar las barricadas, pues lo acordado distaba de significar una victoria y, menos aún, una demostración de la existencia de algún tipo de sensibilidad gubernamental ante la situación de sus hijos/as. Había una diferencia, entonces, entre las pretensiones de ciertas madres de carne y hueso y aquellas aludidas en las palabras del joven Sánchez. Si se toma en cuenta que los ámbitos públicos suelen conllevar una mayor valoración social que los privados, es interesante preguntarse por qué varones como este joven o el gendarme que sostuvo que no quiso reprimir el corte de Coronel Cornejo porque había mujeres y niños, destacan en la defensa de sus acciones en el espacio público un argumento basado en una tarea asignada exclusivamente a las mujeres en el ámbito privado y que constituye, asimismo, parte de las razones con las que socialmente se justifica la ineptitud femenina para la vida pública.

La primera cuestión que evidencia esta referencia es la fuerza explicativa/justificadora que el discurso armado en torno a la maternidad posee en este tipo de conflictos. Como ya se dijo, la maternidad es un constructo que legitima reclamos sociales colectivos (tanto de varones como de mujeres) y acciones colectivas en pos de la consecución de los objetivos de las demandas. En esas demandas, la dupla mujeres y niños siempre aparece unida, sumándose además la acción de dar de comer. Este acto y la responsabilidad de hacerlo se colocan en primera plana, lo que implica una adherencia entre la presencia de las mujeres y la de la mujer adulta madre. En general, ni en los discursos expresados por quienes lideran estas confrontaciones ni en los relatos de la prensa escrita, radial o televisiva, las mujeres poseen una identidad diferenciada de su rol maternal, excepto cuando se hace mención de aquellas mujeres ligadas a las profesiones feminizadas. Así, en el plano discursivo, no hay niñas, ni jóvenes ni piqueteras, ni desocupadas. Sólo madres, maestras o, tan sólo a veces, estudiantes escolares.

⁴⁴⁰ *La Nación*, 15 de mayo de 1997.

La segunda cuestión que debe tenerse en cuenta es que si bien las responsabilidades maternas se vuelven un resorte legítimo para la acción, este resorte no siempre adquiere las mismas connotaciones en su uso para los varones que para las mujeres; y, por otro lado, tampoco encierra prácticas sociales y consecuencias idénticas para unos y otras. Para ambos, la alusión a la maternidad permite sacar ventajas, por ejemplo, a la hora de intentar evitar la represión estatal de los conflictos. También es posible que la fuerte presencia materna en la crianza de los hijos/as, acorde al modelo de socialización y pefeano explicado antes, cristalice en el discurso masculino y anteponga el sufrimiento por el hambre de los hijos/as a otros motivos para la acción. Mas la defensa de la mujer como madre y responsable de la crianza de los hijos/as ha servido en varias ocasiones para reforzar los lazos de opresión y encierro en lo doméstico. Dicho de otro modo, la ponderación pública de las responsabilidades y preocupaciones asignadas a las mujeres no evidencia por sí misma ninguna práctica que pretenda alterar la división sexual del trabajo ni trastocar necesariamente las relaciones de poder e incumbencia social asignados a varones y mujeres, aún cuando la preocupación manifiesta en el discurso masculino por el alimento de los/as hijos/as sea realmente importante entre los motivos que originaron la presencia de ellos en la ruta.

Distinta es esta cuestión para las mujeres. En su discurso, si bien la maternidad tampoco ha sido negada o resistida como justificadora de estas contiendas, sí fue utilizada políticamente para romper los lazos de la domesticidad y apropiarse de los espacios públicos. Sostener entonces que impulsaban conflictos por “sus hijos” les permitió salvar los obstáculos que los varones, en muchos casos sus esposos, ponían para evitar que fueran de la casa a la ruta. De tal manera, lo que surge de las entrevistas con las mujeres que participaron de esta protesta es que si bien ellas construyeron su inserción en la vida pública-política a partir de los lazos sanguíneos, no retornaron al “hogar” en las mismas condiciones en que estaban antes de su salida. Así, en su acción, ellas desplazaron los lazos afectivos hacia la política, y en la ruta – espacio que dio nuevos bríos y visibilidades a su involucramiento en la lucha colectiva– discutieron desde cómo hacer el corte y resistir las amenazas gubernamentales hasta qué preparar para alimentar a quienes allí estaban. Al defender intereses que tenían exclusivamente que ver con su tradicional rol femenino, se hicieron visibles no sólo para otros sino y, principalmente, para ellas mismas. Los días y las noches pasados en el bloqueo les permitieron intercambiar vivencias y análisis, experimentar nuevas prácticas colectivas y, especialmente, revalorizar su presencia en la confrontación, abriendo las puertas a novedosas preguntas

sobre sus propios roles de género. Pudieron, en consecuencia, comenzar a desnudar lo político existente también en los lazos afectivos. No volvieron a sus casas, entonces, en las mismas condiciones en las que salieron, y con el correr de los días y de las luchas irían desplegando cada vez más esos aprendizajes y mudanzas.

Para los varones, ver allí a las mujeres, peleando codo a codo en la ruta, también impactó en la valoración sobre la importancia y las potencialidades de la participación femenina. Sin embargo, estas últimas no dejaron de ser puestas en entredicho cuando la UTD cristalizó su organización luego del corte de diciembre de 1999, tornándose a su vez interlocutor insoslayable para el gobierno local y provincial.

1.2. DE LOS FUEGOS DE FIN DE AÑO AL DÍA DEL PADRE: LOS OTROS CORTES DE RUTA

El 13 de diciembre de 1999, tres días después de la asunción de Fernando de la Rúa a la presidencia de la Argentina, la población de Tartagal y General Mosconi volvió a protagonizar un corte de ruta que se extendió hasta el 23 de ese mes.

En realidad, el conflicto que derivó en el bloqueo de la Ruta Nacional 34 había comenzado a gestarse durante la primera quincena de noviembre en la ciudad de Tartagal. El día 10 de ese mes, el intendente local Mario Oscar Ángel, bajo el argumento de un fuerte déficit presupuestario, dejó cesantes a 162 trabajadores/as del municipio, la mayoría de los cuales eran de planta permanente⁴⁴¹. Desde ese entonces, los y las despedidas, con apoyo de la dirigencia local de ATE y del Sindicato de Obreros y Empleados Municipales (SOEM) llevaron a cabo diversas medidas de protesta, tales como la instalación de una olla popular en la puerta de la sede del gobierno municipal y movilizaciones por la ciudad, en tanto los asesores legales de ambas organizaciones sindicales presentaron también recursos de amparo a favor de las y los cesanteados⁴⁴². Sin embargo, nada de ello había logrado revertir la decisión del intendente Ángel.

Al descontento provocado por esta situación se sumaba el malestar causado tanto en General Mosconi como en las restantes localidades departamentales por la disminución de Planes Trabajar dispuesta para la zona por la flamante conducción del gobierno nacional (Oviedo, 2004).

Durante el mediodía del 13 de diciembre, en una asamblea en la que estaban presentes las y los desocupados de General Mosconi y las/os municipales despedidas/os,

⁴⁴¹ *El Tribuno*, 14 de diciembre de 1997.

⁴⁴² *Ibidem*.

se resolvió cortar la ruta, pese a la aparente renuencia de la seccional de ATE Tartagal de lanzar una medida de esa envergadura, según comentaron algunas mujeres de General Mosconi entrevistadas. La razón de esa resistencia habría radicado, acorde con el relato de ellas, en la decisión de la organización sindical de acompañar el compás de espera que la conducción de ATE Nacional había abierto ante la asunción del nuevo presidente⁴⁴³.

Cuando los funcionarios gubernamentales locales conocieron la resolución votada en la asamblea, enviaron a la policía de Tartagal a desactivar la medida de protesta. Esta fuerza desató entonces una represión “preventiva” sobre quienes se dirigían desde la asamblea a la ruta. En las escaramuzas con los y las manifestantes fueron detenidos Fermín Hoyos, dirigente máximo de ATE Tartagal, y otras personas. En respuesta, las y los piqueteros tomaron de rehenes al jefe de la Comisaría 36 de Tartagal, Amado René Gaspar, y al agente de la misma repartición David Avilés. El objetivo era intercambiar a los detenidos por los policías, y para aumentar la presión, como relató María Rosa, estos últimos fueron subidos a un tanque cisterna lleno de combustible⁴⁴⁴. Ante esa situación, el juez Miguel Medina, a cargo del juzgado federal N° 2, y el juez de instrucción de Tartagal, Miguel Chehda, tomaron cartas en el asunto acusando a las y los piqueteros de cometer los delitos de interrupción del tránsito, coacción agravada y resistencia a la autoridad, según informaba el ministro de Seguridad de la provincia Juan Mario Ossorio⁴⁴⁵, advirtiéndole que enviarían a la gendarmería para doblegar a las y los manifestantes. Sin embargo, ni a María Rosa ni a sus compañeros y compañeras las inquietaban tales imputaciones y amenazas. Por el contrario, su principal preocupación era lograr liberar a las personas apresadas y montar las barricadas. Ambos propósitos se cumplieron. A partir de las 14 hs de ese día, 4 piquetes se instalaron en la ruta que congregaron a aproximadamente 800 manifestantes, mientras las personas detenidas obtuvieron su libertad en la madrugada del día siguiente⁴⁴⁶.

⁴⁴³Una de las mujeres entrevistadas que sostuvo esta opinión fue María Rosa, la protagonista de las páginas que principiaron este capítulo. El comentario no era necesariamente infundado si se tiene en cuenta que Víctor De Gennaro, máximo dirigente de ATE Nacional, poseía coincidencias políticas con el nuevo gobierno, pues integraba parte de uno de los sectores que comandaba las filas del FREPASO.

⁴⁴⁴ El periódico *El Tribuno* colocó en la tapa de su edición del 14 de noviembre de 1997 la foto que mostraba a uno de los policías subido al tanque y rodeado por varios piqueteros, aunque no en calzoncillos, como recordaba María Rosa.

⁴⁴⁵ *El Tribuno*, 14 de diciembre de 1997.

⁴⁴⁶ Esta versión sobre el horario y fecha de la liberación de Fermín Hoyos y las restantes personas fue obtenida de *El Tribuno*, 15 de diciembre de 1997. Disiente, por tanto, con lo relatado por María Rosa en el comienzo de este capítulo, para quien esto había tenido lugar el mismo día en que se produjeron los choques con la policía local, es decir, el 13 de diciembre.

Ese día, justamente, en una asamblea realizada en la ruta se debatieron y consensuaron las exigencias que serían elevadas a las autoridades municipales y provinciales. Las mismas eran variadas, pues contemplaban la reincorporación de los 162 trabajadores/as despedidos/as; la continuidad de los Planes Trabajar por un mínimo de dos años y con un monto de \$ 400, obra social y aportes previsionales; la sanción de una ley provincial que impidiera la ejecución de despidos en la administración pública; el otorgamiento de obra social a todas las personas desocupadas por medio del Instituto de Previsión Social; el cumplimiento por parte de las empresas petroleras privadas de la promesa contraída en 1997 respecto de la creación de 1.400 puestos de trabajo; la no privatización de organismos de la administración pública, de la salud ni de la educación; el pago inmediato del programa de desocupados y del régimen de jubilaciones anticipadas para los ex agentes del Estado; la no persecución de los luchadores; el retiro inmediato de las fuerzas que habían arribado a la localidad; y, por último, la exigencia de que las petroleras eliminaran los convenios colectivos de trabajo realizados con la UOCRA⁴⁴⁷.

Mientras los y las piqueteras deliberaban, el juez federal Medina intimó al desalojo de la ruta estipulando un plazo de 24 hs como máximo. Los ánimos volvían a tensionarse, pues para hacer cumplir la orden del juez, en la madrugada del 15 de diciembre había llegado a la zona el Escuadrón Segundo de Gendarmería Nacional. Ante tal situación, la dirigencia local de ATE y Aníbal Esquivel, referente máximo de la filial correspondiente de SOEM, lograron imponer entre quienes estaban en la ruta la conformación de una comisión de delegados de los y las piqueteras con el objetivo de que viajaran cuanto antes a la Capital Federal para entrevistarse con funcionarios del PEN. Entre el 18 y el 19 de diciembre, esa comisión integrada por Fermín Hoyos, Aníbal Esquivel, Juan Nievas y “tres representantes de los manifestantes”, junto con los secretarios adjuntos de ATE Nacional y de ATE Salta, mantuvo reuniones con integrantes del staff gubernamental nacional y obtuvo el compromiso de la reincorporación de los municipales despedidos y el “mantenimiento de los Planes Trabajar”⁴⁴⁸, cuestiones que luego fueron refrendadas también por el intendente de Tartagal. A partir de ese momento, tanto ATE como SOEM decidieron escindirse de la protesta, y dejaron solos en la ruta a los y las desocupadas de General Mosconi. Finalmente, el 23 de diciembre, cuando el gobierno provincial anunció que aceptaba el mantenimiento de los 1.963 Planes Trabajar

⁴⁴⁷ *El Tribuno*, 15 de diciembre de 1997.

⁴⁴⁸ *El Tribuno*, 20 de diciembre de 1997.

vigentes, el otorgamiento de 3.000 planes más y la prórroga, aunque sólo por un mes, de 2.653 planes provinciales, el corte fue levantado.

A partir de esta protesta, la UTD comenzó a afianzar su protagonismo en el escenario político local. De los Planes Trabajar otorgados, por primera vez se concedían a esta organización aproximadamente 200. Además, que la UTD hubiera acompañado la protesta de los trabajadores municipales desde un principio, obviando la reticencia de las organizaciones sindicales, que hubiera participado en la liberación de las personas detenidas y también en la recuperación de los puestos laborales de las y los cesanteados por el municipio, otorgó prestigio a sus acciones colectivas y a su forma de funcionamiento. Paralelamente, José “Pepino” Fernández, uno de los integrantes de esta organización, comenzó a ganar renombre entre los y las pobladoras de la zona.

Así, el desarrollo de este corte convirtió a General Mosconi en el epicentro de futuras confrontaciones, y a la UTD en la organización más carismática para encararlas. Este ascendiente y el protagonismo de las mujeres y los varones de este espacio se pusieron claramente de manifiesto en los tres conflictos posteriores, ocurridos entre mayo de 2000 y junio de 2001, y, fundamentalmente, en las reacciones colectivas ante las respuestas que el gobierno nacional y local articuló ante ellos. Tales respuestas recrudecieron a tal punto que aquella localidad petrolera fue ocupada en distintas ocasiones por la policía local y las fuerzas de la gendarmería nacional, en tanto que la represión desatada contra los y las piqueteras provocó, además de una gran cantidad de heridos/as, la muerte de cinco personas.

El primero de estos cortes comenzó el 2 de mayo de 2000 e incluyó a las localidades de General Mosconi, Pocitos, Tartagal y Aguaray. Aun cuando en su inicio estuvieron involucrados los intendentes de Tartagal y Mosconi en un contexto de disputas internas del PJ (Svampa y Pereyra, 2003; Bencolwicz, 2009b), el motivo puntual remitía nuevamente a la discontinuidad y a la falta de pago de los subsidios. Empero, no eran los únicos puntos. Así, entre las exigencias de los y las piqueteras se contaban la libertad de todas las personas detenidas en las anteriores contiendas y el cierre de los procesos judiciales iniciados contra los/as trabajadores/as que habían participado de aquellas; la creación de 15.000 puestos de trabajo “genuino” en el Departamento de General San Martín; el aumento del monto de los subsidios de los Planes Trabajar; la reducción de la jornada laboral en las empresas petroleras de 12 a 8 horas para abrir fuentes de trabajo e incorporar de ese modo a trabajadores desocupados; la triplicación de las regalías pagadas por las empresas petroleras; el aumento del salario para los docentes; la entrega

de subsidios para las pymes locales; la intervención a los municipios de General Mosconi y Tartagal; y la entrega de tierras a las comunidades indígenas.

Sin embargo, a una semana de haberse iniciado el bloqueo de la ruta, la única respuesta de los poderes institucionales a estas demandas fue la proporcionada por el juez federal Miguel Medina, quien decidió hacer intervenir a la Gendarmería en el conflicto. En la madrugada del 12 de mayo de 2000, 1.100 efectivos comenzaron a reprimir a las 300 personas que en ese momento se encontraban distribuidas en dos piquetes sobre la Ruta Nacional 34⁴⁴⁹. Mas el violento despeje de la ruta no fue suficiente para poner término a la represión. Además, se habilitó a la policía para que ocupara el pueblo de General Mosconi, mientras oficiales de Gendarmería ponían bajo sus órdenes las sedes de la iglesia, el hospital y el cuartel de bomberos de la ciudad. Pretendían con ello evitar, por un lado, que las ambulancias pudieran socorrer a las personas heridas en la ruta y, por el otro, que se pudiera activar la sirena de los bomberos y alertar a la población sobre la llegada de las fuerzas represivas, tal como había ocurrido en ocasiones anteriores.

Cuando el resto de la comunidad se despertó, literalmente, y vio lo que estaba sucediendo, abandonó sus casas para enfrentar a gendarmes y policías⁴⁵⁰.

María, la mujer boliviana que se había establecido en General Mosconi siendo muy jovencita, recordaba detalladamente el violento enfrentamiento que se produjo durante ese día:

Vamos a la plaza [de General Mosconi] y estaban los policías de Mosconi. Yo había venido del piquete a mi casa a las dos de la mañana porque lloviznaba. Resulta que yo me acuesto en ese momento. Habré dormido una hora hasta las cinco menos veinte. Y en eso me despiertan porque pasaban los autos tocando bocina y gritando “¡¡represión, represión!!” y salgo yo. Salgo con dos o tres chicos a la plaza. Iba a ir para la ruta, pero... no se podía ir. Y viene un médico y nos dice: “no nos dejan salir”. Porque habían enviado un militar para el hospital, y hacen una nota de que no podía salir. Entonces yo, con un grupo de mujeres, lo *shoteo* al jefe del hospital, y le saco las ambulancias, y salen las ambulancias. Porque yo le digo “si no salen ya, le metemos fuego”. De ese modo salen a ver la gente herida en la ruta. Tomo el hospital y luego tomo los bomberos voluntarios. Yo salgo, iba a tomar el municipio y en ese momento estaba el municipio

⁴⁴⁹ Uno estaba localizado a la altura del cementerio de General Mosconi y era liderado por “Pepino” Fernández. El otro, frente a las instalaciones de la empresa Refinor SA, estaba liderado por Juan Domingo Javier, militante político que respondía el intendente de Tartagal.

⁴⁵⁰ A su vez, otro hecho que había contribuido al profundo malestar de la población había sido la muerte de dos jóvenes: Matías Gómez y Orlando Justiano, producida el 9 de noviembre. Aunque nunca se aclaró el caso, para los y las integrantes de la UTD estos jóvenes fueron asesinados por la policía provincial que los detuvo cuando iban a buscar gomas para quemar en los piquetes.

incendiado. Nos han ganado de mano. Éramos un grupo de 15 mujeres, todas de la UTD [...]. Y resulta que a nosotros nos empieza a reprimir, primero estamos con la policía nuestra, hasta cierto punto que creo que la policía nuestra nos corría, nada más, nos conocemos todos. [...] Pero después ya entra la policía montada de Salta y nos empieza a combatir, y a nosotros nos reprimen frente a la iglesia, acá es la iglesia y enfrente nos empiezan a reprimir. [...] Nos tiraban gases y nos encierran en la iglesia, nos meten en la iglesia que casi nos ahogamos, y yo le juro que salto por ahí por la gente y me salgo por el otro lado. Sigo luchando con la gente, y en eso entra la gendarmería y sale el pueblo íntegro a luchar. Yo voy a los bomberos voluntarios y piso la sirena y no la podía destrabar y la he dejado gritando hasta una hora y media, y de ahí lo llevaron preso al Señor Mercado que era el comandante de los bomberos voluntarios. Acá la represión fue muy fuerte. Después, cuando entró la gendarmería, el pueblo se alzó. Combatimos con la gendarmería desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde. Hemos sacado a la gendarmería corriendo y a la policía también (Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

La narrativa de María es tan clara y vívida en la presentación secuencial de los acontecimientos y de los espacios donde tuvieron lugar, en las iniciativas que fue llevando a cabo, en la introducción de las personas con las que actuaba y de sus sentimientos y pensamientos mientras los hechos se iban sucediendo, que alienta la tentación de dejar a la lectora o al lector a solas con ella para que escoja interpretarla en sus propias claves o, si así lo desea, anudándola con aquellas que se han ido develando hasta ahora en esta tesis. Sin embargo, también es seductor el anhelo de señalar algunas cuestiones que se enlazan con ciertas aristas del enfoque que atraviesa esta pesquisa. Serán sólo unas pocas y colocadas, más bien, en forma de pistas para posibilitar que ambos deseos puedan conjugarse en equilibrio.

En primer lugar, María transitaba sin dificultades una suerte de ida y vuelta entre un “yo” y un “nosotros” al referirse a los sujetos actuantes en esos eventos. Su manera de disponer el relato pone en entredichos, entonces, ciertos considerandos en torno a la forma en que las mujeres construyen su memoria y la sitúan en palabras. En particular, tensiona aquellas observaciones que afirman que, en su hablar, ellas diluyen su protagonismo en un “nosotros” que pondría en evidencia, por un lado, un vigoroso sentimiento de pertenencia colectiva pero, también, una subestimación o cierto

menoscabo de la acción propia, a diferencia de los varones, que recurren en toda oración al “yo”⁴⁵¹.

En segundo lugar, ella integraba cómodamente sus prácticas y experiencias en una multiplicidad de espacios públicos (Fraser, N., 1993) de los que participaba y en los que había construido importantes relaciones que, una vez desatada la represión, dinamizó para hacerle frente. Así, los chicos de la plaza a los que hacía referencia eran algunos de los que trabajaban con ella, como luego se verá, en los proyectos colectivos de la UTD, organización a la cual María pertenecía. Otro tanto sucedía con esas 15 mujeres con las que recorrió el hospital o la sede del cuerpo de bomberos para obligar a los varones que allí estaban a actuar en defensa de la comunidad.

Finalmente, María, en ese enlace de prácticas y experiencias de un sujeto protagónico que también iluminaba la presencia de otros y otras, realizaba la autonomía de sus decisiones gracias a las cuales pudo, en algunas ocasiones, hallar las grietas para insubordinarse a las opresiones de clase y de género que, como nunca quizás, se condensan tan manifiestamente en el uso de la fuerza represiva del Estado.

Mientras María y sus compañeros y compañeras corrían desde el hospital hasta el cuartel de bomberos y de allí hacia el municipio, al que encontraron en llamas, otro grupo de mujeres ocupó la comisaría local, obligando a los policías a llevarlas a inspeccionar las celdas para ver si había personas detenidas. Todas se encontraron en la ruta donde luego de varias horas de enfrentamientos, tal como relataba María, obligaron a policías y gendarmes a buscar refugio. En realidad, sólo pudo “salvarles el pellejo”, como comentaban algunas mujeres entrevistadas, la “bandera blanca” enarbolada por el cura local quien temió certeramente por la vida de los uniformados al observar que se estaba acercando al piquete una nutrida columna de manifestantes que llegaban desde Tartagal para sumarse al ya cuantioso número de pobladoras/es de General Mosconi que se encontraba allí⁴⁵².

Un día después, el 13 de mayo, luego de 12 horas de negociaciones en las oficinas de Tecpetrol SA entre los funcionarios gubernamentales y los delegados elegidos en las asambleas, se llegó a un acuerdo que determinó el levantamiento del corte. En él, el gobierno se comprometió a mantener los planes anteriores pero con un monto de \$ 160, a aumentar de 1.600 a 3.000 los subsidios por desempleo, a otorgar subsidios para las

⁴⁵¹ Así, al menos, lo propone Jelin (2001) cuando sostiene que los varones acceden a colocarse como sujetos protagónicos en tanto las mujeres se ubican como acompañantes.

⁴⁵² Mientras el diario *Clarín* afirmaba que se trataba de una columna de 10.000 manifestantes, *El Tribuno* refería 20.000. Ver *Clarín* y *El Tribuno* del 13 de mayo de 2000.

pequeñas y medianas empresas y a realizar la intervención de ambos municipios. Asimismo, las 43 personas detenidas en la jornada anterior fueron puestas en libertad, obteniéndose también la promesa de que no se abrirían nuevas causas contra las y los piqueteros.

Sin embargo, el incumpliendo de la mayoría de los puntos acordados en esa oportunidad y el acontecimiento de nuevos despidos de trabajadores de empresas de la zona, entre los que se contaban siete choferes de la empresa de ómnibus Atahualpa y ocho trabajadores de EDESA SA⁴⁵³, provocaron un nuevo corte de ruta en noviembre de ese año.

La protesta había comenzado, en realidad, el 30 de octubre en Cuña Muerta, una localidad ubicada a escasos kilómetros al norte de Tartagal, impulsada por desocupados/as de la zona e integrantes de las comunidades indígenas que reclamaban la entrega de tierras y de los títulos de propiedad de las mismas. Días después, el 9 de noviembre, el corte de ruta de Cuña Muerta despertó la solidaridad de la comunidad de General Mosconi. Desocupados/as, médicos/as, estudiantes y docentes, y familias de 18 comunidades aborígenes volvieron a cortar la ruta a la altura de esta localidad, razón por la cual los y las manifestantes de Cuña Muerta se trasladaron hacia allí.

Entre los 21 puntos del petitorio presentado a las autoridades locales se contaban la renuncia del gobernador Juan Carlos Romero, de la secretaria de la Gobernación, Sonia Escudero, del secretario de Seguridad, Daniel Nallar, y de los interventores de Tartagal y General Mosconi. A ello se sumaba la exigencia de 10.000 Planes Trabajar con incremento de su monto a \$ 280⁴⁵⁴; el aumento de la hora de trabajo a \$ 2,50; la reducción de la jornada laboral de 12 a 8 horas; la financiación de un fondo especial de hidrocarburos vía las regalías petroleras; y la reforestación de las áreas explotadas, también por medio del pago de las regalías. A su vez, los dirigentes de la UTD, que lideraban ese corte, convocaban a organizaciones piqueteras de otras regiones de la Argentina a constituir una Coordinadora Nacional de Piqueteros y a reunirse en un “Congreso Nacional de Trabajadores y Desocupados que elabore un programa económico, social y cultural que signifique la salida para el pueblo” (extractado de Oviedo, 2004: 148)⁴⁵⁵.

⁴⁵³ *La Nación*, 1 de noviembre de 2000.

⁴⁵⁴ En el mes de agosto de ese año, justamente, el monto pagado en los Planes Trabajar había descendido de \$ 200 a \$ 120.

⁴⁵⁵ Esta convocatoria fue reiterada una vez concluido el corte y se concretó el 9 de diciembre de ese año en un Congreso de los Trabajadores y Desocupados del Norte de Salta del que participaron, entre otras

El 10 de noviembre, un día después de estos hechos, el juez federal Abel Cornejo, en coordinación con un nuevo comité de crisis constituido en Salta, dio la orden a la policía local de desalojar la ruta. Al atacar a escasos 150 manifestantes que permanecían en las barricadas, los policías dispararon con balas de plomo asesinando a Aníbal Verón, un chofer de 37 años de la empresa de colectivos Atahualpa, que había sido despedido un año antes y a quien la compañía adeudaba aún 8 meses de sueldo. El asesinato de este trabajador provocó la masiva reacción de la comunidad, que nuevamente hizo arder sedes de la administración pública e incendió, asimismo, comisarías, garages de la empresa Atahualpa y galpones de EDESA SA, entre otros espacios, mientras personal policial era tomado de rehén. Frente a tal situación, el juez escaló un nuevo peldaño en las acciones represivas y ordenó la intervención de la Gendarmería que se desplegó por toda la zona y comenzó a realizar allanamientos y detenciones arbitrarias en General Mosconi, particularmente.

Finalmente, el 13 de noviembre, los dirigentes piqueteros fuertemente custodiados fueron trasladados a la sede del Regimiento de Infantería 28 del Monte, localizado en Tartagal, y obligados a firmar un acuerdo con el gobierno provincial que consistió tan sólo en el aumento de 400 Planes Trabajar.

Sin embargo, la “calma” que retornó en ese momento precedería a una tormenta mucho mayor. Pocos meses más tarde, un nuevo corte de ruta sacudiría la zona y convertiría a la plaza de General Mosconi en un espacio de resistencia donde pasado y presente se anudaron para ligar historias de mujeres que, hasta ese entonces, nunca se habían visto frente a frente.

1.2.1. MADRES, LUCHAS Y RESISTENCIAS: LAS HUELLAS DEL PASADO

El 29 de mayo de 2001 se realizó una asamblea comunitaria en la plaza San Martín de Tartagal. En esa ocasión el problema residía en que en las licitaciones para obras públicas realizada por el gobierno nacional y provincial, el monto salarial ofrecido por las empresas era de \$ 1 por hora para el ayudante de albañil. Los trabajadores allí reunidos querían que el mismo se elevara a \$ 2,50 por hora.

organizaciones, la UTD, la CTD y la Comisión de Desocupados de Pocitos. Resultó de esa reunión la formación de la Coordinadora de Trabajadores y Desocupados del Departamento de General San Martín. Durante los meses iniciales del año 2001, protagonizó varios conflictos, aunque para septiembre de ese año ya estaba disuelta, en apariencias por problemas que emergieron entre las organizaciones que la conformaban (Benclowicz, 2009b).

Los trabajadores nucleados en la UOCRA local adhirieron a este reclamo paralizando la obra del hospital de General Mosconi e iniciando un nuevo corte en la Ruta 34. Este comenzó el día 30 de mayo y, solidariamente, la UTD se plegó a la protesta que velozmente se extendió a Cuña Muerta y Salvador Mazza, donde también se levantaron piquetes. Por tanto, a las mejoras salariales exigidas por los trabajadores de la construcción, se añadieron reivindicaciones vinculadas con el aumento de la cantidad de Planes Trabajar y con los incrementos de las regalías petroleras y de la construcción de obras públicas. En ese contexto, el 5 de junio fue detenido José Barraza, dirigente de los desocupados de Tartagal⁴⁵⁶ y activista del PO.

Luego de 14 días de iniciado el corte, el juez Abel Cornejo dio instrucciones a Gendarmería Nacional de “no hacer uso de la fuerza en ninguno de los dispositivos apostados en el Departamento de General San Martín de la provincia, ni de fuerzas especiales de apoyo o disuasión, sin previa autorización del juzgado” (CELS, 2003: 228). Sin embargo, el 17 de junio, domingo que coincidía con el festejo del Día del Padre, y sin que nada hubiera alterado la situación, comenzó la represión bajo el argumento de que el magistrado había ordenado al Escuadrón Tartagal N° 52 de la Gendarmería el despeje de la ruta. Como en los casos anteriores, la reacción de la comunidad fue contundente. Así, un ex obrero ypefeano, nacido en General Mosconi, comentaba: “estaba haciendo el asado y cuando escuché los disparos y que gritaban que la gendarmería invadía el pueblo, dejé todo y me fui”⁴⁵⁷. Se desató, entonces, una batalla campal entre los y las pobladoras de General Mosconi y las fuerzas represivas, que se vieron obligadas a replegarse hacia la ruta, a la altura del cementerio, donde horas atrás se había instalado uno de los piquetes. Como consecuencia de esta represión hubo varios heridos por balas de goma y de plomo y fueron asesinados Carlos Santillán, de 27 años, que se dirigía al cementerio de General Mosconi a visitar la tumba de su hija, y José Oscar Barrios, de 17 años, quien murió en el hospital de Tartagal hacia donde había sido trasladado por un disparo de bala de plomo.

Con la excusa de que había francotiradores dentro del grupo piquetero, “infiltrados que nada tenían que ver con el reclamo legítimo de la gente”, “agitadores” que disparaban contra la gendarmería utilizando armas FAL y carabinas calibre 22

⁴⁵⁶ Las y los desocupados de esta localidad conformaron poco tiempo después del corte de mayo de 2000, una organización que, de manera similar a lo que ocurriría con la UTD en General Mosconi, fue adquiriendo un relevante rol en el escenario político de Tartagal y en las confrontaciones sociales que allí se produjeron. La Coordinadora de Desocupados de Tartagal, nombre que tuvo originalmente esta organización y que luego fue reemplazado por el de Coordinadora de Trabajadores y Desocupados, tuvo en José Barraza, operario y delegado de una empresa de energía local, su principal referente. Una reconstrucción de la historia de este colectivo puede consultarse en Benclowicz (2009b).

⁴⁵⁷ Entrevista de la autora a Mario Saracho, General Mosconi, 14 de junio de 2004.

supuestamente robadas cuando se tomó la comisaría en el último corte, que el objetivo de los piqueteros era instalarse en los depósitos de Refinor SA⁴⁵⁸ y un sinnúmero de acusaciones nunca comprobadas, la gendarmería y la policía local intentaron ocupar la ciudad. Pretendían, según declaraciones de sus respectivos responsables, dar comienzo a un rastillaje para capturar a “32 piqueteros” acusados del ataque a los distintos edificios y locales de la ciudad de Tartagal ocurrido en el conflicto anterior, luego del asesinato de Aníbal Verón⁴⁵⁹.

Fue en ese momento de persecución política y de violencia estatal cuando llegó a General Mosconi un grupo de Madres de Plaza de Mayo liderado por Hebe de Bonafini. Víctor, un joven de la UTD que entrenaba niños en un club de fútbol local, narró lo sucedido aquel 20 de junio:

Nosotros estábamos en la casa de mi primo. Estábamos escondidos, no salíamos a la calle porque permanentemente los periodistas decían que no se podía caminar. Y entonces, para una Traffic y se baja esta señora [en alusión a Hebe de Bonafini]. Había grupitos formados en cada esquina que no se animaban a hacer nada ni salir porque estaba la gendarmería. Pero con esta señora, se le agrupan y a la noche recién salimos todos (Entrevista de la autora a Víctor, General Mosconi, 19 de junio de 2004).

Para las personas entrevistadas, la presencia de las Madres de Plaza de Mayo fue la que determinó el retiro de la gendarmería y de la policía local, luego de tres días de enfrentamientos entre estas fuerzas y la población, y de las persecuciones que se cernieron sobre esta última. Asimismo, el recuerdo sobre la forma en que este retiro se produjo tiñó a las Madres de una suerte de halo todopoderoso, que imponía respeto y temor a gendarmes y policías. Según María Rosa: “Yo las conocí cuando nos sacaron a los milicos del pueblo. Ellas fueron las tutoras de nosotros y cuando las vieron a ellas, iban retrocediendo”⁴⁶⁰. El relato de Víctor le agregaba detalles significativos a este suceso:

La gendarmería estaba de un lado de las vías y nosotros del otro.
Ellas estaban adelante, delante de las vías del tren, agarrándose

⁴⁵⁸ Todas estas acusaciones provenían del juez Abel Cornejo, el ministro del Interior de la Nación, Ramón Mestre, la ministra de Trabajo, Patricia Bullrich, y el comandante general de gendarmería Hugo Miranda, entre otros (*Clarín; La Nación*, 19, 20 y 21 de junio de 2001).

⁴⁵⁹ Estos pedidos de captura fueron realizados por el juez Cornejo, y en estos términos se expresaba el comandante Hugo Miranda (*La Nación*, 21 de junio de 2001).

⁴⁶⁰ Entrevista de la autora a María Rosa, General Mosconi, 15 de junio de 2004.

entre ellas y con nosotros del brazo [...]. Y cuando las vieron, no se les animaron y ahí salimos de abajo de la cama [...] y nos fuimos otra vez a la ruta (Entrevista de la autora a Víctor, General Mosconi, 19 de junio de 2004).

Pero a su vez, la presencia de las Madres de Plaza de Mayo en ese acontecimiento, tal como se analizó en el primer capítulo, las instituyó en la memoria de la población de General Mosconi y, precisamente, en las mujeres que son el sujeto de esta tesis, no sólo hacia el futuro sino también hacia el pasado. En tal sentido, esta presencia y estas acciones posibilitaron hilvanar las tramas de realidades pretéritas y actuales al enlazar con la contemporaneidad una historia que, sólo en apariencias, puede asumirse como disociada. La maternidad, el dolor, la pérdida, fueron los resortes que habían instalado en la escena pública a ambos “grupos” de madres. Eso, sumado a la desconfianza que ambas poseían hacia el sistema político y sus “representantes”, las hermana en la confrontación. Pero el hecho de que las “mujeres de Plaza de Mayo” no hubieran podido ser silenciadas ni con las acciones que el Estado terrorista directamente implementó en su contra, ni con las leyes que preconizaban el olvido y la “reconciliación” entre civiles y militares bajo los sucesivos gobiernos democráticos, eran pruebas de la resistencia que estas mujeres simbolizaban y que las unían con las trayectorias y experiencias colectivas de las otras, las piqueteras.

Asimismo, esta confluencia entre unas y otras también se originó en las propias prácticas desplegadas por las Madres de Plaza de Mayo ya durante el período democrático, al fundir ellas mismas su lucha y exigencia de “Juicio y Castigo” para los responsables del genocidio de la última dictadura militar, con la lucha de aquellos/as que se levantaban contra el hambre, la desocupación y la privatización de las empresas públicas. Así lo afirmaba Nora Cortiñas, Madre de Plaza de Mayo-Línea Fundadora, al decir: “A nosotras nos llamaban y nos llaman de todos lados, somos parte de la gente. Los problemas que tiene la gente son los mismos que los nuestros, muchos de nuestros hijos no tienen trabajo, tenemos problemas de vivienda, de salud, etc. Pero lo importante es que nos llaman. Las *Madres* con su pañuelo son un símbolo. Es como si ese símbolo brindara calma”⁴⁶¹.

⁴⁶¹ Estas palabras fueron recogidas por Débora D’Antonio (2007) en una entrevista que realizó en enero de 2004 con Nora Cortiñas.

No fue casual, entonces, que producto de tales experiencias y objetivos, la Marcha de la Resistencia liderada por Hebe de Bonafini pasara a llamarse en diciembre de 2001 “Marcha de la Resistencia y Piquetera”.

Tampoco lo fue que esta mancomunidad creada afectara otra escena de la realidad de General Mosconi. Así como las Madres habían ocupado la Plaza de Mayo en reclamo de la aparición con vida de sus hijos/as, las mujeres de General Mosconi ocuparon la plaza de la localidad, exigiendo la libertad de todas las personas detenidas y el fin de las persecuciones y la represión. Se inauguró entonces la “Plaza del Aguante” donde durante cinco meses, con carpas instaladas, durmiendo, cocinando y compartiendo los alimentos que proveía la comunidad, mujeres y varones resistieron hasta garantizar que todos aquellos que habían decidido luchar contra el orden imperante recuperaran su libertad⁴⁶².

Pero, además, la presencia de las Madres generó otro debate que puso en el tapete las prácticas políticas de las mujeres de General Mosconi, abonando la idea de comenzar a organizarse como grupo autónomo de la UTD para tratar, por ejemplo, los problemas de violencia familiar. Se abrió entonces otro horizonte para que esas mujeres de la UTD comenzaran a atravesar un nuevo límite.

2. ATRAVESANDO LÍMITES: LAS MUJERES EN LA UTD

Para cuando las mujeres se instalaron en la “Plaza del Aguante” y comenzaron a pensar en edificar un grupo propio, su pertenencia a la UTD las había definido. Este era su ámbito de participación política. Era el espacio que las había unido además a un grupo de ex trabajadores ypefeanos decidido a organizarse para hallar salidas colectivas ante las infaustas consecuencias de la privatización de YPF⁴⁶³. Y aun cuando ellas efectivamente no estuvieron en la informal “acta fundacional”, sus presencias se hicieron ya visibles en el primer acto público de la UTD: la toma del Concejo Deliberante de la ciudad de General Mosconi en 1996. Pero más aún, fueron sus presencias las que con el tiempo volvieron a la UTD una organización de profunda incidencia política en la comunidad.

Si bien desde el momento de su creación esta organización participó en distintas confrontaciones contra el gobierno local y provincial, su trascendencia pública se fortaleció a partir del corte de 1999. También fue en ese momento cuando algunos de sus

⁴⁶² Hebe de Bonafini y las restantes Madres que estaban con ella participaron y cocinaron también durante los primeros días de la “Plaza del Aguante”.

⁴⁶³ En efecto, el impulso para la formación de la UTD provino de un grupo de trabajadores que habían dinamizado las luchas contra la privatización de YPF en 1991 y, también, integrado la ATYP.

integrantes más representativos aceptaron un conjunto de prebendas de parte del gobierno provincial, lo que provocó una escisión interna⁴⁶⁴. Esta situación produjo un recambio en sus referentes⁴⁶⁵ y abonó al surgimiento de un “tipo de liderazgo carismático cuya autoridad se basaba en ‘poner el ejemplo’ y ‘no venderse’” (Schaumberg, 2004: 8). Tales conceptos se condensaron en la figura de José “Pepino” Fernández, quien a partir de que “tomó la iniciativa de decir vamos a luchar de una vez por todas para que los gobiernos de turno no nos vean como un habitante más”, de acuerdo a Ica⁴⁶⁶, fue ganando el apoyo y el respeto de los y las integrantes de la UTD hasta aparecer como su principal dirigente, a partir del año 2000.

Fue entonces la congruencia entre el discurso confrontativo, la disposición a luchar y la negativa a “dejarse tentar por los políticos”, lo que vigorizó y afianzó el liderazgo de Fernández. Esto impulsó, a su vez, una aceitada dinámica de lucha que permitió a la UTD, entre otras cuestiones, aumentar en años posteriores el número de planes de desempleo obtenidos hasta llegar a administrar casi 2.000 subsidios⁴⁶⁷, acrecentar su prestigio en cuanto que organización piquetera e incrementar su atractivo como espacio de resistencia. Pero, también, dio lugar a un fuerte personalismo en el manejo de los destinos de la organización, puesto que la palabra de “Pepino” ha sido determinante a la hora de decidir realizar una movilización, un corte u otras formas de confrontación, elevar ciertas demandas a las empresas privadas o a los gobiernos locales, o tomar contacto con otras organizaciones de desocupados, por ejemplo.

De todos modos, no era él el único dirigente de la UTD, ya que el liderazgo de este colectivo era colegiado. Mas quienes ejercían tales roles eran mayoritariamente ex trabajadores ypefeanos con trayectoria de participación sindical en el SUPE. Sólo unas pocas mujeres, como Ica en Coronel Cornejo, ocupaban lugares de conducción. La mayoría, desocupadas y adultas, constituían junto con jóvenes varones y mujeres sin trabajo estable ni previa experiencia laboral permanente, la base de la UTD y la fuerza principal de las protestas. Asimismo, eran también quienes integraban los proyectos comunitarios articulados a partir de los Planes Trabajar.

⁴⁶⁴ Esto emerge tanto de los testimonios recogidos por mí como por Schaumberg (2004).

⁴⁶⁵ En sus orígenes, uno de los referentes fundamentales fue Juan Nievas, que antaño había integrado la Comisión de Trabajadores Contra la Privatización (Schaumberg: 2004) y luego se incorporó a la CCC, una organización político-sindical que surgió en 1994 respondiendo a la conducción de Carlos “Perro” Santillán, secretario general del SEOM de la provincia de Jujuy, alineado dentro del Partido Comunista Revolucionario.

⁴⁶⁶ Entrevista de la autora a Ica, General Mosconi, 14 de junio de 2004.

⁴⁶⁷ Esta cifra surge de los registros de la UTD correspondientes al año 2003. Cabe aclarar que el municipio de General Mosconi manejaba para esa misma época aproximadamente 6.000 planes.

Esos proyectos de trabajo fueron formulados con el objetivo de sobrepasar los límites asistencialistas de los planes, intentar morigerar los condicionamientos que el Estado ha impuesto a sus receptores y generar mayores recursos para sus integrantes que los estipulados en los mismos planes⁴⁶⁸. Las tareas contempladas en ellos, asimismo, han sido variadas. Por un lado, se encontraban aquellos destinados a la realización de obras públicas, tales como la construcción o refacción de plazas, escuelas, calles o salones de usos múltiples en diversos barrios de General Mosconi. Otros han consistido en la instalación de fábricas de ladrillos con el objetivo de erradicar ranchos o mejorar las viviendas de personas de escasos recursos. También se ha llevado adelante el establecimiento de huertas y costureros comunitarios, y centros de producción de artesanías con las comunidades aborígenes.

Asimismo, la UTD obtuvo, luego de varias negociaciones, que el municipio le cediera algunos de los galpones que pertenecieron a YPF. En ellos establecieron un taller de gomería y arreglo de automóviles (donde se han reparado los tractores obtenidos para el trabajo en las huertas, por ejemplo); un taller de siderurgia y un taller de reciclaje de botellas plásticas. Incluso, se puso en marcha la construcción de una universidad, a partir de la recuperación de un edificio de YPF abandonado y en el que anteriormente funcionaba la Proveeduría de la petrolera estatal⁴⁶⁹.

De tal manera, el desarrollo de estos proyectos posibilitó a la UTD no sólo un veloz crecimiento interno, ya que nuevos integrantes se iban sumando a medida que los planes se mantenían, sino también su visibilización como exitosa organización inserta dentro de la comunidad, demostrando así vastas capacidades de acción. En efecto, para que estos proyectos se pusieran en práctica no bastaba con diseñarlos (para lo cual se recurrió a la colaboración de estudiantes terciarios y universitarios avanzados y profesionales) y asignar la mano de obra —por cierto desvalorizada— de los planes. También era preciso obtener la materia prima y las herramientas necesarias para el desarrollo de las propuestas, así como un lugar estable que funcionara como centro de reunión, administración y articulación de actividades. Esto no fue fácil, ya que la UTD se negó a convertirse en una ONG o adquirir algún tipo de personería jurídica que podría haber

⁴⁶⁸ En sus orígenes —durante 1996—, los Planes Trabajar consistían en un subsidio por desempleo de \$ 220, que contemplaba una contraprestación laboral de 4 horas. Luego se comenzó a disminuir el monto del subsidio hasta alcanzar los \$ 150 a nivel nacional.

⁴⁶⁹ Dificultades económicas para costear el trabajo de los docentes, entre otras cosas, y la falta de apoyo político por parte de los poderes locales impidieron que la universidad pudiera abrir sus puertas, pese a que el edificio fue inaugurado en el año 2002. Sin embargo, las personas que integran la UTD continúan realizando gestiones para hacerla funcionar. Testimonios de la autora y Schaumberg (2004).

facilitado la obtención de planes asistenciales y/o subsidios, por ejemplo, para comprar o alquilar un local o contar con financiación alternativa para los proyectos. Cuando se preguntaba a sus integrantes las causas de esta decisión, las respuestas solían ser rotundas. Según comentó Rodolfo Peralta:

Somos una organización horizontal. Y los que vinieron con las tres o cuatro ONG que llegaron para organizarnos, eran todos tipos que querían salir en política. Y el que te da la plata te dice lo que tenés que hacer. Y nosotros tanta ley no [queremos] (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

Otro tanto sucedió con las invitaciones a alinearse detrás de partidos políticos. Si bien algunos integrantes de la UTD ocuparon en algún momento cargos en el municipio local⁴⁷⁰, la organización se mantuvo renuente a presentarse en elecciones municipales o a adherir a cualquier fuerza política. Prefería, en cambio, obtener lo que precisaba mediante el ejercicio de la presión sobre las empresas privatizadas y las instituciones gubernamentales, o mediante acuerdos suscriptos con organizaciones sociales “amigables”. Fue así como el local en el que comenzó a funcionar la UTD provino de una cesión hecha por el sindicato de transportistas de General Mosconi. En tanto, muchas de las herramientas y materiales necesarios para algunas de las tareas decididas fueron resultado de “donativos” y “colaboraciones” realizadas, por ejemplo, por directivos de empresas transnacionales tales como Tecpetrol SA o Refinor SA, o las propias administraciones municipales cuando, por medio de una política que entremezclaba el diálogo con bloqueos en los ingresos de las empresas o a la sede municipal, la UTD los “convencía” de los beneficios de adoptar una “generosa actitud”, como comentaban entre risas irónicas algunas de las personas entrevistadas.

Por otro parte, y en vistas de que la obtención de fuentes de trabajo “genuino” –y no Planes Trabajar– era el objetivo central de la organización, la UTD no dejó de lado aquellas acciones vinculadas con lograr el acceso a puestos laborales más estables y/o la defensa de los derechos de aquellos/as trabajadores/as que sí los tenían. Así, por ejemplo, actuó varias veces como sindicato con el cual las gerencias de las petroleras o empresas

⁴⁷⁰ Tal fue el caso de Juan Carlos “Gipy” Fernández, hermano de “Pepino” y también ex ypefeano, que en el año 2002 aceptó la oferta del intendente justicialista de ese entonces, Karanicolas, para crear y ocuparse de la Secretaría de Producción y Empleo de la municipalidad de General Mosconi. Si bien esta propuesta dio lugar a fuertes debates dentro de la UTD, una asamblea decidió que “Gipy” aceptara y ocupara el puesto, hasta que diferencias insalvables con el intendente lo llevaron a renunciar al cargo.

de la construcción debían negociar⁴⁷¹. Fue bajo este impresionante paraguas de iniciativas, demandas, experiencias, aprendizajes, idas y contramarchas, tensiones y conflictos, donde ciertas mujeres entroncaron su presencia y su agencia. De esto y de las marcas genéricas que atravesaban la UTD tratará el próximo apartado.

2.1. DE LA COSTURA AL LADRILLO, DE LA PROTESTA A LA ORGANIZACIÓN: MUJERES QUE SE OCUPAN

En la UTD, las mujeres se involucraron llevando a cabo múltiples actividades. Algunas, como Nancy, una joven de 29 años, desempleada y estudiante de una carrera terciaria del profesorado de Tartagal, obtuvieron un subsidio y comenzaron a desempeñarse como trabajadoras administrativas de la propia organización. Otras se integraron en las huertas comunitarias, en trabajo en los costureros o en obras públicas, el desmalezamiento, la reforestación y la refacción de plazas y/o escuelas. Y en la realización de estas tareas, fueron mucho más allá de las actividades comprendidas en ellas, desplegando saberes que recrearon lazos solidarios y afectivos allí donde la miseria y la desocupación los habían quebrantado, lo cual terminó fortaleciendo a la propia organización. Una experiencia cardinal en esta dirección fue la que tuvo lugar con los “boca-seca”, un grupo de jóvenes desocupados del barrio “Libertad”, uno de los más humildes de General Mosconi, y con quienes era sumamente complejo relacionarse. Rodolfo Peralta relataba:

Los “boca-seca” que le dicen eran famosos [...]. Eran changos de 18 a 20 años que estaban en la esquina, que al que pasaba lo insultaba, le pegaban y salían a robarlo para tener qué tomar, se peleaban con patotas de otros dos barrios. ¡¡¡Uh!!! Eran terribles. Y los trajimos obligados acá porque tenían que trabajar [...]. Poco a poco se fueron educando, sin que le digamos mucho. Por eso creemos que el trabajo dignifica (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

Más que el trabajo en sí mismo, quien tuvo que ver mucho con el cambio en la actitud de estos jóvenes fue María, la mujer boliviana a quien ya se hiciera referencia en estas páginas, puesta a cargo del grupo por “Pepino” Fernández.

⁴⁷¹ Un recuento de las acciones emprendidas por la UTD en este terreno puede verse detallado en Schaumberg (2004).

En ese momento yo tenía 40 chicos de 18 a 25 años. ¡Eran de rebeldes! Y cuando los vi el primer día, casi me han hecho llorar. ¡¡¡¡Porque eran de atrevidos!!! Pasaba una chica y le decían “¡qué culo!”, “¡qué tetas!”. Así le decían. Se tiraban piedras entre ellos (Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

Como María debía trabajar con ellos en tareas de desmalezamiento, los veía cotidianamente durante la semana y, en sus propias palabras, lo que más le preocupaba era “cómo le voy a ganar a estos chicos”. Fue así como un día, hacia el final de la jornada, a María se le ocurrió lo siguiente:

Después del fin de semana cada uno traiga un pedacito de algo y vamos a cocinar [...]. Estábamos limpiando la ruta. Cuando nos sentamos a comer a las doce, les empiezo a hablar. Me dice uno, “¿por qué nos discriminan a nosotros?” Porque ustedes son muy atrevidos [...] Porque ustedes no tienen cordura, no tienen respeto. Ustedes van a la UTD, y “Chiqui” [en alusión a Peralta] me salió a decir “téngalos cien metros fuera de acá”, porque hacen lío. Ustedes deben aprender a tener respeto a “Pepino”, por empezar. “Pepino” es nuestro dirigente. Si él no hubiera salido a la ruta, nosotros no tendríamos estos ciento cincuenta [pesos]. Si él no hubiera salido a luchar, si bien nosotros lo seguimos, él pone el pecho y a él lo llevan preso y a él lo detienen. Ustedes tienen que aprender por ese motivo a respetarlo a “Pepe” [en alusión a Fernández]. Y a “Chiqui” lo tienen que respetar porque es el señor que mueve todos los papeles, que si él no lo hace, nadie lo va a hacer, porque no lo saben manejar como lo maneja él, se merece respeto (Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

Durante los momentos de descanso y a través de las comidas que María preparaba para todo el grupo, ella fue ganando la confianza de estos jóvenes. Sus charlas y sus atenciones la convirtieron tanto en la consejera y referente de los “boca-seca” como en el nexo entre ellos y la UTD. Y si bien los argumentos de María revelaban su sentido de jerarquía y autoridad, demostrando que las bases del liderazgo se centraban para ella en “poner el pecho” en la lucha y en el conocimiento (características reconocidas en Fernández y Peralta), sus “conferencias”, como a ella le gustaba decir, no sólo se referían a la forma en que los jóvenes debían comportarse dentro de la UTD o en el desempeño de las labores asignadas. Por el contrario, abarcaban muchísimos más aspectos de sus vidas cotidianas. El trato hacia las mujeres, aprender a compartir lo que se tenía y respetarse mutuamente, aportar dinero a la manutención familiar, eran temas que ocupaban varias veces la escena. Como ella contaba: “Y un día estábamos charlando, y les digo ustedes le

tienen que dar cincuenta pesos a la mamá que les da el té y la comida todos los días. Así que las madres todas contentas”⁴⁷². En otras ocasiones, ante chistes sexistas y denigratorios, María intervenía bastante molesta:

Un día a uno le dijeron “¿por qué llegás tarde?”. “Porque vos te has venido y me he quedado en la cama con tu mujer. Me he tomado la leche y el vino, todo”, le contestó. Entonces yo pensaba cómo los iba a agarrar. Entonces dije: “Bueno, el viernes vamos a hacer un picadito”. Y [cuando nos sentamos a comer] empecé: “No quiero oírlos hablar más así, porque si tienen sus esposas, sus mujeres, sus amantes, sus novias, entonces las tienen que respetar porque son las madres de sus hijos y ustedes las han elegido, y han tenido hijos, porque las tienen que hacer respetar. El hijo es de los dos, no quiero más una broma de esa calidad, nunca más” (Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

María, concedora a su vez de los niveles de violencia doméstica existente en General Mosconi, apuntaba a modificar los vínculos que ellos establecían con sus propias parejas.

Por otro lado, la forma en la que ella coordinaba y llevaba adelante las tareas colectivas, si bien descansaba en cierto modelo jerárquico al que intentaba sustentar por fuera de las relaciones “jefa-subordinados” mediante actitudes ejemplificadoras, también incorporaba elementos de participación activa e igualitaria.

Yo les decía que porque los maneje no es que soy su jefe. Los controlo porque soy una persona mayor. Pero tenemos los mismos sueldos, somos compañeros de trabajo, y nos debemos respeto el uno al otro. [...] Y no es que los obligo a trabajar, yo llego con ellos [...] charlamos un rato y sin decirles nada agarro mis cosas y me voy y cada uno se va a hacer su oficio. [...] Y les pregunto con las tareas: ¿están de acuerdo ustedes? Porque también tienen derecho a opinar, no puedo ir y decir... Así no. No es que vaya y le imponga (Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

Finalmente, todo esto logró modificar las pautas y formas de sociabilidad de los jóvenes “boca-seca”, al igual que sus relaciones con el resto de la UTD. María, de similar manera a lo realizado por Laura Padilla durante las jornadas de enfrentamiento en Cutral Co y Plaza Huincul en junio de 1996⁴⁷³, actuó políticamente amalgamando en su práctica,

⁴⁷² Entrevista de la autora a María, General Mosconi, 13 de junio de 2004.

⁴⁷³ Me refiero a la forma en que Laura logró articular los subpiquetes con los jóvenes y los borrachos y la manera en que ella, mediante abrazos, atenciones y cuidados –según comentara–, hizo que todos se mantuvieran en las barricadas y sin enfrentamientos entre sí durante la pueblada de 1996.

experiencias provenientes de sus atributos de género. En lo que ella les decía o en la forma y el escenario escogido para hacerlo, se entrecruzaban visiones de la realidad, demostraciones de afecto y contención, enseñanzas por medio del ejemplo, que daban cuenta de su pericia para, desde una subjetividad estrictamente femenina y que no necesariamente cuestionaba de raíz la relación entre los géneros, moverse fluidamente entre lo considerado propio de la vida privada y aquello concebido como parte de la vida pública. Esto le permitió, por un lado, impulsar una reflexión política colectiva respecto de lo que estos jóvenes hacían en uno y otro ámbito. Y, por el otro, ganar para sí misma visibilidad en cuanto que referente de la organización y nexo entre ellos y la UTD a la par que fortalecer/cohesionar a esta última.

Otra experiencia de participación femenina fue la que se desarrolló en La Botellera, un proyecto de reciclaje de botellas plásticas⁴⁷⁴. El mismo surgió en vinculación con el cuidado del medio ambiente y como parte también de otras iniciativas orientadas a reforestaciones de ciertas zonas. Fue uno de los primeros proyectos que la UTD puso en práctica, y desde sus inicios, en el año 2000, estuvo encabezado por una mujer que en poco tiempo se convirtió en figura destacada de esta organización. El trabajo consistía en la realización de varias tareas, distribuidas en un principio en tres turnos de 4 horas cada uno –mañana, tarde y noche– en el que trabajaban entre 6 y 8 personas. Las mujeres del primer turno se encargaban de recolectar botellas plásticas en el pueblo para luego descargarlas en La Botellera. Las del segundo las aplastaban con los pies y las compactaban en una máquina donada por una de las empresas petroleras. Las del último turno armaban los fardos con alambre que luego eran guardados en un galpón hasta su venta. Originariamente, la empresa petrolera donante de la compactadora, Refinor SA, se había comprometido a comprar estos fardos e incluso se llevó algunos, pero nunca los pagó. También iba a donar la ropa de trabajo e instrumentos que garantizaran la seguridad e higiene durante el proceso laboral. Sin embargo, tampoco cumplió con esa promesa.

Por otra parte, se esperaba que con el beneficio de las ventas pudieran mejorarse las asignaciones monetarias individuales de los planes asistenciales y obtener cierto capital para ser invertido en otros proyectos. Pero eso tampoco sucedió. Por el contrario, el incumplimiento de las empresas respecto de la compra de los fardos y la falta de alternativas para su comercialización, provocó que disminuyeran los turnos de trabajo de

⁴⁷⁴ La Botellera funcionaba en uno de los galpones que la municipalidad heredó de YPF, ya mencionados anteriormente en este trabajo.

tres a dos, así como la producción en cada turno. Esto generó, a su vez, ciertas fricciones con otros referentes de la UTD, puesto que las mujeres que trabajaban en La Botellera percibían que era escaso el interés y compromiso del resto de la organización con lo que ellas hacían y con las condiciones insalubres en las que trabajaban.

Justamentè, quienes se desempeñaban en esta tarea eran en su mayoría mujeres jóvenes, en muchos casos con hijos pequeños y enteramente bajo su tutela, lo cual conducía a que asiduamente ellas tuvieran que llevar a los y las niñas a La Botellera, con la peligrosidad y perjuicio para la salud que ello implicaba. Sin embargo, esto no había sido problematizado por la UTD hasta que las propias mujeres lo hicieron. Fueron ellas quienes impulsaron el debate sobre la creación de un espacio donde sus hijos e hijas pudieran permanecer mientras ellas trabajaban.

Ahora bien, en términos generales, acorde con los registros de la UTD del año 2000 y los dichos de Rodolfo Peralta, la cantidad de planes asistenciales entregados a mujeres ha superado paulatinamente a aquellos asignados a varones⁴⁷⁵. Esta tendencia a la feminización en la entrega de los subsidios a nivel local ha guardado correspondencia con lo sucedido a nivel nacional. Si se toman en cuenta los totales de los programas de empleo de 1999 dependientes del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de la Nación y que incluían los Planes Trabajar, Servicios Comunitarios, Forestar, Especiales de Empleo, y Proempleo, el 61,3% de los mismos estaban distribuidos entre los varones, en tanto que el 38,7% eran adjudicados a las mujeres. Sólo en ciertos casos, como en el plan Servicios Comunitarios, la presencia de las mujeres era fuertemente superior (92,8%)⁴⁷⁶. Empero, años más tarde y según las estadísticas de este mismo Ministerio, el plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, creado en abril de 2002 por Decreto 565/02 y que aglutinó a los anteriores, revirtió esta situación, aunque la falta de datos oficiales no permite ver para esos momentos el alcance de dicha reversión. Mas para abril de 2004, cuando tales datos sí son de consulta, en Salta las mujeres accedieron al 76,09% de los 67.815 planes adjudicados⁴⁷⁷.

Los/as integrantes de la UTD reflexionaron en torno a por qué mayoritariamente eran las mujeres las beneficiarias de estos planes. Argumentaban que esto se debía a la

⁴⁷⁵ Las mujeres accedían al 60% aproximadamente de los casi 2.000 planes que alcanzó a manejar la UTD.

⁴⁷⁶ Ver Estadísticas Laborales, *Revista de Trabajo*, Año 5, N° 13, noviembre de 1999 (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social).

⁴⁷⁷ Datos contruidos a partir de las estadísticas elaboradas por el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación sobre "El Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados", abril de 2005.

responsabilidad y a la capacidad de lucha y perseverancia que ellas tenían. Nancy puntualizaba las siguientes características cuando las describía:

Las mujeres son las que ponen el hombro a todo, son las que más fuerza tienen. No sé si es porque la mayoría tiene sus hijos y por defender a un hijo uno hace cualquier cosa. [...] Son las mujeres las que ponen las ganas a todo, inclusive en los trabajos, en las huertas (Entrevista de la autora a Nancy, General Mosconi, 13 de junio de 2004).

Por su parte, Rodolfo Peralta afirmaba:

Yo he tenido cierto favoritismo de que ingresen más mujeres que hombres [en los planes]. Yo nunca cobré el plan pero por ahí pasaba y miraba: las mujeres salían del banco al mercado y las veía con las bolsas con mercaderías. Y los veía a los muchachos los primeros tiempos sentados en el bar y gastaban los ciento cincuenta en la timba. A mí me reventaba de odio [...] Los tipos graciosamente van y lo tiran. En cambio, cuando yo veo que una mujer va con su bolsa con leche, con el pañal, con las cosas para los hijos, pero ¡qué bueno! Y ahí me di cuenta. Antes ni lo había pensado, valoré a mi mujer incluso, por el hecho de que piensan primero en el hijo y en su casa. Y, en cambio, los hombres somos muy desaprensivos, muy locos en el manejo de la plata. Después, la otra: [las mujeres] son mucho más responsables, apegadas al trabajo (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

Por tanto, habría sido la disposición puesta en cuidar de los otros el valor preponderante que convirtió a las mujeres en las predilectas receptoras de los planes asistenciales. Del ejercicio de la maternidad (real o potencial) se desprendían las restantes cualidades que reforzaban tal preferencia: la responsabilidad y el apego al trabajo, la capacidad de lucha, la persistencia en las tareas encaradas.

Empero, más allá de las razones argüidas, detrás de la maternidad existen otros “imaginarios” en juego en los que la exaltación de las capacidades femeninas, incluso limitadas al tradicional rol materno, se torna borrosa. Dichos imaginarios se articulan detrás del binomio planes asistenciales/trabajo “genuino”⁴⁷⁸, y la manera en que el género atraviesa tal enlace.

Las interpretaciones en torno al significado del trabajo “genuino” han sido variadas. Por ejemplo, los varones y las mujeres que protagonizaron las experiencias

⁴⁷⁸ El uso de las comillas para referir a este tipo de trabajo tiene por objetivo señalar la polisemia del término acorde con las perspectivas teórico-políticas.

beligerantes en Neuquén y en General Mosconi, o quienes formaron parte de la UTD salteña, lo conceptuaban de acuerdo con experiencias laborales previas y, también, acorde con su cohorte etaria de pertenencia y la influencia ejercida por ciertos partidos políticos. De tal suerte, para aquellos varones y mujeres adultos/as entrevistados/as que durante su juventud habían tenido un trabajo estable, registrado y con salarios que cubrían su reproducción y la de su familia, las tareas realizadas como contraprestación dentro de los planes asistenciales eran absolutamente antagónicas con la definición de trabajo “genuino”. Dina, una de las líderes de la CCC de la localidad de Centenario, en la provincia de Neuquén, trabajó desde muy joven en empresas de fruticultura. A comienzos de la década de 1990, pasó a estar desocupada. Ella sostenía:

Cuando convocamos a todos los vecinos que estaban sin trabajo, empezamos reclamando trabajo genuino, porque estábamos acostumbradas a trabajar en los galpones [de fruta]. En el gobierno no hubo posibilidades, así que tomamos lo de los planes, pero sin aceptarlo, no estamos de acuerdo con el trabajo en negro, siempre lo discutimos y seguimos peleando por trabajo genuino (Entrevista de la autora a Dina, barrio Centenario, Neuquén capital, 16 de diciembre de 2003).

Para ella, entonces, el trabajo en los planes asistenciales era un trabajo en negro, pero trabajó al fin. Para muchos de los jóvenes de la UTD, que nunca habían tenido un trabajo permanente, fue justamente la estabilidad lo que determinó la diferencia entre una y otra categoría de trabajo. Para otros, el tipo de labor que realizaban en los proyectos de la UTD, donde “no hay patrón, no te vigilantean y te vas organizando el trabajo vos y lo conseguís en base a la lucha”⁴⁷⁹, acorde con los dichos de uno de ellos, era también trabajo “genuino”. En cambio, para los ex ypefeanos que integraban la UTD, los planes asistenciales no constituían trabajo “genuino”, pues el mismo se definía dentro de ciertos parámetros que estaban relacionados con “condiciones de trabajo dignas, tener derechos laborales, que la patronal cumpla con todas las normas de seguridad del trabajo y los derechos del trabajador como los aportes para la jubilación, las vacaciones, cubrir los accidentes de trabajo”⁴⁸⁰, según comentaba uno de ellos. Evidentemente, en este caso, el significado del trabajo “genuino” remitía a lo conocido y recordado como parte del

⁴⁷⁹ Entrevista de la autora a María Rosa, General Mosconi, 15 de junio de 2004. Estas palabras pertenecen a uno de su hijo que intervino en este pasaje de la entrevista.

⁴⁸⁰ Entrevista de la autora a Mario Reartes, General Mosconi, 18 de junio de 2004.

“mundo ypefeano”. Y era allí donde se hallaba el vértice en el que se entrecruzaban género, trabajo “genuino” y planes asistenciales.

Mistificado e idealizado a partir de su derrumbe, la nostalgia y el recuerdo de las relaciones laborales, sociales y familiares, o el acceso al bienestar material que ese mundo contenía, no se escindió del rol que mujeres y varones de la clase trabajadora ocupaban en él. En tal sentido, la demanda de los varones en torno al trabajo “genuino” encerraba también un reclamo por el regreso al lugar de proveedores de la vida familiar que habían tenido en el pasado.

Por otra parte, a pesar de las mudanzas producidas en las últimas décadas en la valoración social de la mujer trabajadora asalariada y del significado de su salario, ha persistido la idea de que lo que ella realiza y obtiene es un complemento del trabajo y el salario masculino. Los varones de la UTD, en cuanto que ex obreros de YPF, asimismo, no estaban al margen de este imaginario. Consecuentemente, en la escala de prioridades, el acceso primordial al trabajo “genuino” —o la aspiración a ello— pervivió como un horizonte cuya satisfacción reposaba en y para el sexo masculino. En sentido contrario, los planes, que conllevaban una contraprestación que sobreexplotaba aún más a la fuerza de trabajo, terminaron quedando en manos de las mujeres no porque fueran ellas necesariamente más responsables o criteriosas para gastar el dinero, sino porque su fuerza de trabajo se encontraba históricamente más “desvalorizada”. Todo esto marcó, por lo tanto, el escaso interés de los líderes de la UTD por reivindicar demandas de trabajo “genuino” que contemplaran a las mujeres como beneficiarias.

¿Qué forma específica cobraron estas desigualdades en la trayectoria política de las mujeres dentro de la UTD? Es este el interrogante fundamental que busca responder el próximo apartado. Para ello se detendrá en examinar los criterios en los que se ha sustentado la legitimidad del ejercicio de liderazgo dentro de la organización y de qué manera la participación femenina ha incidido en la ocupación de espacios de conducción política.

2.2. LÍDERES, REFERENTES O RESPONSABLES: LAS AMBIGÜEDADES DE LA DIRIGENCIA

Cuando las y los activistas de la UTD más reconocidos públicamente describieron la estructura política interna de la organización, la horizontalidad fue una de las características que resaltaban con mayor frecuencia. Según Rodolfo Peralta:

La UTD es una organización horizontal. Hasta el 99 el único referente era Juan Nievas. [...] Ahora tiene un referente que es “Pepino” y más o menos yo, que alguna gente me identifica porque llevo adelante el tema administrativo (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

Su relato permite dar cuenta de varias cuestiones. La primera de ellas es el sentido asignado al concepto de horizontalidad. Con él se aludía, fundamentalmente, a dos principios rectores de la organización. Por un lado, a la inexistencia de jerarquías institucionalizadas formalmente. En efecto, la UTD carecía de dirigentes, representantes o comisiones directivas cuyo ascenso proviniera de prácticas electorales regularizadas mediante mecanismos formales y delegativos de participación. Sin embargo, ello no significó la inexistencia de roles políticamente diferenciados, tal como explicaba María a los jóvenes “boca-seca”. Pero estos emanaban de otras premisas.

Por el otro, la horizontalidad hacía referencia a que las decisiones sobre las acciones que se llevaran a cabo eran asumidas en las asambleas en las que voluntariamente intervenían todos sus integrantes⁴⁸¹. Sin embargo, estas prácticas asamblearias, como ya se dijo, fueron más erráticas a la par que se acrecentaba la presencia de “Pepino” Fernández como líder más importante o visible.

Del testimonio de Peralta se desprende una segunda cuestión que remite a la preferencia por la nominación de “referente” en lugar de “líder”. En la mayoría de las entrevistas realizadas a las personas que en distintos niveles ejercían la dirección de la UTD, se producía cierta incomodidad cuando se preguntaba específicamente cómo habían llegado a ser líderes en la organización. En general, corregían el uso de la palabra “líder” reemplazándola justamente por “referente”. Claramente, para esas personas, la palabra “líder” contenía una valoración negativa que remitía a experiencias de participación, organización política y formas de ejercicio del poder que la UTD rechazaba. En efecto, esta palabra, por ejemplo, ha sido reiteradamente utilizada para designar el rol de conducción en organizaciones de corte netamente verticalistas, tales como el SUPE, donde

⁴⁸¹ La participación voluntaria en muchas acciones dinamizadas por la UTD y en sus espacios organizativos internos ha sido en algunos casos producto de la evaluación crítica de prácticas propias y ajenas de la organización. Por ejemplo, cuando comenzaron a obtenerse los Planes Trabajar, una asamblea determinó que quienes fueran beneficiarios de los mismos debían aportar \$ 2 para solventar los gastos básicos de la UTD (pago de servicios, fotocopias, viáticos de algunos de sus integrantes y mantenimiento en general). Sin embargo, como ello generó ciertos cuestionamientos; y, posteriormente, se dejó de implementar. Así, la UTD se ha mantenido mediante los aportes voluntarios de sus integrantes, el capital extra proveniente de la actividad económica resultante de los proyectos o lo que se conquistaba a partir de las luchas. Otro tanto sucedió con la participación en los cortes de ruta o en otras acciones de protesta. La UTD no ha hecho “listas” ni otorgado “puntajes” de acuerdo a la presencia en manifestaciones para determinar quién accedía y quién no a los planes obtenidos –práctica usual, por ejemplo, en la CCC de Jujuy–.

el liderazgo se combinó con un fuerte proceso de burocratización, la consecuente falta de democracia interna y la “traición a los intereses de las bases”. En ese sentido, la escasa transparencia en las decisiones tomadas por este sindicato y, particularmente, el conocimiento de que las connivencias de su secretario general con la dirigencia menemista facilitaron el proceso de la privatización de YPF, fueron mencionadas asiduamente por los ex ypefeanos de la UTD como ejemplo de ello.

Otro tanto ocurría con la alusión al liderazgo de los sectores políticamente dirigentes. Si el mismo se basaba en una práctica de la política plena de corrupción, incumplimiento de las promesas públicas realizadas en las campañas electorales, represiones de las protestas resultantes de las medidas de “ajuste” implementadas, acorde con los dichos de los y las integrantes de la UTD, la pretensión de oponerse a tales prácticas contemplaba también el uso de otras palabras para expresar y definir los roles de conducción.

Esto no quiere decir que estas fueran las únicas connotaciones plausibles de inscribirse en el concepto de “líder” o que serlo necesariamente implicara un ejercicio del poder indiferente o contrario a las decisiones del colectivo social representado. Pero sí que la elección de la palabra realizada por los “referentes” de la UTD no tenía nada de azaroso y daba cuenta de percepciones, valores y prácticas concretas sobre las que se desarrollaba la construcción del liderazgo interno.

Entre las premisas y cualidades que sustentaban la ocupación de un cargo de dirigencia dentro de esta organización, fundamentalmente a partir de las causas que suscitaron la escisión interna de 1999, se encontraban, como se señaló anteriormente, el “no venderse” y la coherencia entre un discurso de confrontación y una práctica beligerante, lo cual exigía ante todo “estar al frente de las luchas”, como explicaba María Rosa, o “poner el pecho”, según sostuvo María. Además, la destreza en el manejo de los asuntos de la organización así como en la administración de los proyectos, el “cómo correr [el sentido de presionar] a las empresas y al gobierno”, según dijera Víctor, eran condiciones también valoradas entre los y las activistas. A su vez, tanto el haber sido trabajador de la petrolera estatal como haber participado en las luchas encaradas contra la privatización de YPF, pesaban a la hora de ocupar espacios de conducción.

Consecuentemente, si bien la dirección informal de la UTD descansaba en varias personas, las mismas eran mayoritariamente varones ex ypefeanos, como Rodolfo Peralta y, sobre todo, “Pepino” Fernández, quien reunía muchas de las características señaladas. Según sus propias palabras:

Tengo muchos conocimientos por [haber trabajado en] YPF, en el sur, y eso me da lugar a mí a pelear puestos de trabajo. Por ejemplo, hacer un gasoducto: dicen que no hace falta tanta gente y yo sé que sí, cuarenta o cincuenta, y yo sé que es mucho más [...] Entonces, yo he conseguido estos puestos que se gana mucha plata [...]. Yo soy referente porque he estado en todos los momentos difíciles, en todos los movimientos y porque en todo momento fui adelante. Hemos enfrentado sin piedra y sin nada a la infantería y desde ese momento ellos piensan que soy la salvación. Soy el último en irse y por eso me han agarrado muchas veces. No me escondo detrás de los otros (Entrevista de la autora a José Fernández, General Mosconi, 18 de junio de 2004).

En efecto, “Pepino” había sido un obrero con amplia experiencia en YPF y su nivel de compromiso con su propia comunidad lo habían llevado a denunciar a la empresa en 1976 por verter fluidos tóxicos. Aparentemente, por esto fue obligado a “trasladarse” a trabajar en Comodoro Rivadavia, y aunque no participó formalmente ni en la organización sindical ni en ningún partido político, siempre mantuvo su empeño puesto en la defensa de sus derechos y los de sus compañeros. Pero, a su vez, estas definiciones de Fernández sobre sí mismo coincidían con las descripciones que otras personas entrevistadas, tanto mujeres como varones, hicieron de él. Y aunque su tipo de liderazgo también contemplaba un fuerte personalismo que incluso dio lugar a la emergencia de ciertas tensiones o, como contrapartida, a la idea de que “cuando ‘Pepe’ no está no se hace mucho”, los cuestionamientos no apuntaron en ningún testimonio a su honestidad o a sus convicciones y sus acciones de oposición a la política neoliberal.

Por otro parte, algunas mujeres ocupaban espacios de dirección intermedia o aún mayor. Sin embargo, y pese a tener un fuerte ascendiente en sus respectivos lugares, no eran visibilizadas en el mismo nivel de “Pepino” ni ocupaban el mismo rol.

En las respuestas de los varones de la UTD para explicar por qué los espacios de liderazgo recaían mayoritariamente en ellos, sus reflexiones reconocían tres dimensiones. Por un lado, la composición de clase. Por el otro, la persistencia de una cultura “machista” vinculada justamente a la pertenencia de clase. Y por último, la aceptación de esta situación por parte de las propias mujeres. En ese sentido, Peralta relataba lo siguiente:

Esto tiene que ver con de qué está nutrido el movimiento piquetero. Clase media no, sino de la clase más deprimida. Y ahí reina el machismo y la preeminencia que tiene el hombre sobre la

mujer. La mujer en sí –no es tanto porque el hombre lo quiera– la mujer misma en las capas más bajas de la sociedad acepta un segundo plano, acostumbrada. No es porque no tenga capacidad, solas ocupan el segundo lugar. El acompañamiento. Se trata de eso (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

Luego agregaba:

O tal vez este movimiento tiene de todo. Acá hay mucha gente pesada y para una mujer es difícil manejar ese grupo: hay que imponerse y hay momentos que hay que pelear. Nosotros somos unos de los que menos peleamos, pero en Tartagal y Pocitos están a las trompadas. En cambio, acá no. Pero aún así hay gente que levanta la voz y que si está una mujer al frente no la van a respetar. Entonces por eso mismo la mujer se retrae. No quiere llegar a ese punto. [...] Sería más factible en Buenos Aires que hay más consenso ideológico que una mujer pueda ocupar ese lugar. Para que haya más respeto. [...] Unos cuantos darían lugar a que una mujer llegue. Otros no. Y hay hombres que directamente sin pensar mucho dirían que no me va a manejar una mujer (Entrevista de la autora a Rodolfo Peralta, General Mosconi, 17 de junio de 2004).

De modo complejo, su reflexión hacía hincapié en la perseverancia de una cultura machista asociándola con la clase trabajadora. Pero también se basaba en la suposición de que en “Buenos Aires” las relaciones entre mujeres y varones eran distintas, debido a que en esta ciudad existían otras experiencias alternativas ligadas a la circulación de mayor información, de debates que cuestionaban los roles de mujeres y varones, de organizaciones feministas decididas a revertir la opresión de aquellas. Su énfasis puesto en lo relacional y contextual para explicar el lugar que ocupaban las mujeres constituyó un intento por desnaturalizar las relaciones de género y, en tal sentido, postular que estas se tallan dentro de un contexto histórico y social y no en una esencialidad puntuada en lo sexual-biológico. La reflexión de Peralta guardaba escasas semejanzas con las explicaciones brindadas por “Pepino” Fernández, cuya mirada se centraba en la “voluntad” de las mujeres. Sostenía entonces:

Las mujeres no tienen el mismo papel que los varones. Pero para mí tanto las mujeres como los varones están esperando que uno haga alguna cosa. Y está mal, porque la participación es de todos. Y las mujeres no hacen las reuniones para manejar ellas. No quieren agarrar el compromiso, hablar (Entrevista de la autora a José Fernández, General Mosconi, 18 de junio de 2004).

De esta forma, según el punto de vista de Fernández, lo que igualaba a mujeres y varones dentro de la UTD era la falta de una participación activa. Empero, él consideraba que para que las mujeres pudieran “dirigir”, necesitaban primero organizarse entre sí. A lo largo de su relato, Fernández dio ejemplos de situaciones en las que esta autoorganización era exitosa, tomando en cuenta su propia experiencia familiar u otras que, bajo su punto de vista, demostraban una marcada capacidad decisoria de las mujeres:

Mi hermana, por ejemplo, sí. Enseguida te hace quilombo en un ratito y te puede cambiar la situación. Muchas mujeres tienen que ser como ella y tener personalidad. Y acá no da. Son muy pocas las mujeres que lo hacen. Tienen que participar más, tienen que decidir por sí solas. Vos tenés que agarrar diferentes grupos de mujeres que se han destacado en distintos lados. Si vos decís lo de Brukman, son poquitas, pero flor de quilombo hicieron (Entrevista de la autora a José Fernández, General Mosconi, 18 de junio de 2004)

Sin perjuicio de qué efectivamente una estrategia probable para que las mujeres revirtieran la situación de “silencio”, subordinación o falta de decisión autónoma, consistía en la creación de una instancia de participación propia, para Fernández la subordinación no era producto de una relación desigual que implicaba tanto a las mujeres como a los varones y, por ende, a sí mismo. Su modelo de mujer “independiente” remitía a las obreras que hacían “quilombo” o a las que se destacaban en la acción pública-política, tal como era el caso de su hermana⁴⁸². Aunque la trascendencia de la experiencia de las mujeres de la fábrica textil Brukman Confecciones está fuera de discusión⁴⁸³, lo llamativo de su testimonio es que en su evaluación fue borrada la experiencia de las propias mujeres de la UTD que protagonizaron los cortes de

⁴⁸² Según me comentara “Pepino”, su hermana Noemí, a quien alude en la entrevista parcialmente transcrita, ha sido una importante militante peronista. Profesora de matemáticas, Noemí ha participado en varios cortes de ruta, motivo por el cual posee –al igual que él– varias causas penales en su contra. También ha encarado varios conflictos contra el gobierno local para exigir la reapertura de aulas para clases de apoyo en la materia que dicta.

⁴⁸³ Esta fábrica textil, que ocupa predominantemente mano de obra femenina, se encuentra en el corazón de la Ciudad de Buenos Aires. Para diciembre de 2001, la patronal debía a las y los trabajadoras/es 5 meses de vacaciones, aguinaldos, aportes patronales, salarios familiares y los últimos tres meses de sueldo, entre otras cosas. A esta situación se había sumado el despido de dos empleados por reclamo de sus haberes. En la mañana del 18 de diciembre de 2001, las/os trabajadoras/es fueron sorprendidas/os con la ausencia de los dueños de la fábrica y del personal jerárquico. A partir de allí comenzó un proceso de ocupación y puesta en funcionamiento de la fábrica por las y los trabajadores, que se negaron a aceptar el pedido de quiebra por parte de la patronal, enfrentándose al propio sindicato –el Sindicato de Obreros de la Industria del Vestido y Afines (SOIVA)–, alineado con los dueños de Brukman. Celia Martínez, delegada de las trabajadoras, ha sido una de las personas más representativas de esta experiencia.

ruta, enfrentaron las represiones, planificaron y organizaron los proyectos y realizaron un sinnúmero de acciones. La pregunta entonces es por qué para Fernández todas esas acciones femeninas carecieron de valor. Responderla exige repensar el anclaje sobre el que Fernández y otros líderes de la UTD inscribieron sus ideas sobre la organización y el liderazgo. En dicho sentido, los antecedentes de participación y lucha sindical de muchos de estos varones que confluyeron en la UTD estuvieron signados por la pertenencia a una empresa cuya mano de obra era mayoritariamente masculina y cuyas luchas sindicales en el pasado también involucraron masivamente a los varones. La pertenencia al SUPE, como en el caso de Rodolfo Peralta, que fue delegado de la “sección patrimonial” de YPF, o como en el caso de “Pepino” que, si bien, como se dijo, nunca tuvo un cargo formal dentro del sindicato, organizó varios conflictos en el sur – incluyendo cortes de ruta en Comodoro Rivadavia–, coadyuvó a que el modelo de referencia organizativa básico haya sido el sindical, el cual estuvo largamente dominado y liderado por varones. Por lo tanto, la experiencia obtenida en este plano habría permitido, por un lado, la rápida cristalización de una organización definida dentro de la UTD. Pero, también, habría posibilitado la reificación de un modelo de participación y dirección basado en viejos parámetros provenientes de la tradición organizativa sindical, de la cual la mayoría de las mujeres de General Mosconi carecieron. Esto permitiría parcialmente explicar porqué para las mujeres fue mucho más complejo no sólo asumir posiciones de liderazgo sino también tornar reconocibles sus condiciones para hacerlo legítimamente.

Sin embargo, ellas se incomodaban también ante la posibilidad de ser referenciadas como dirigentes. Ica, en Coronel Cornejo, no sólo era la responsable de la confección y puesta en práctica de los proyectos de la UTD, sino que también se había convertido en la referente máxima de la organización dentro de la pequeña localidad. Para desarrollar los proyectos, ella contaba con la colaboración de mujeres jóvenes a las que instruyó y formó para que se encargaran de labores administrativas referidas a la asignación y distribución de los 150 planes asistenciales que recibía y de la ejecución de las propuestas de trabajo colectivo planteadas. Entre estas últimas, se hallaban en funcionamiento un costurero comunitario, una peluquería para niños/as en edad escolar, fundamentalmente, una huerta comunitaria, un proyecto de apoyo escolar para estudiantes de primaria y secundaria y uno de cuidado familiar para personas enfermas o ancianas y solas. En todos ellos trabajaban mayoritariamente mujeres. Asimismo, existía una ladrillera y se había puesto en práctica un proyecto de construcción del cementerio,

paralizado luego por falta de materiales, tareas en las que se desempeñaban varones. Por otro lado, en el año 2001, Ica y otras mujeres de Coronel Cornejo habían logrado abrir un jardín de infantes para niños/as de 4 y 5 años que funcionaba por la mañana.

Al caminar las calles de la localidad en su compañía, en junio de 2004, pude ser testigo del reconocimiento que poseía dentro de su comunidad y del ascendiente que sus palabras tenían entre quienes formaban parte de los proyectos, incluidos los varones. En esa ocasión, presencié un diálogo entre ella y Julio, uno de los trabajadores de la ladrillera. En él se abordaron temas que hacían al funcionamiento de esta última, de la cual además Julio era responsable. Pues bien, Ica no sólo proponía cuáles eran las prioridades de trabajo, sino cómo debían llevarse a cabo, cuáles eran las fechas en las que tenían que estar listas ciertas partidas de ladrillos, quiénes y en qué turno tenían la responsabilidad de cumplir con ello. La firmeza del tono de su voz no alteraba la postura relajada que ambos mantenían mientras debatían el tema. Tampoco parecía que Julio se inquietara porque fuera una mujer quien le decía cómo y qué debía hacer. Por el contrario, se pusieron de acuerdo en que ella, hacia el final de la tarde, pasaría por la ladrillera para ver cómo iban las cosas.

Por otro lado, ante la emergencia de cualquier problema, para plantear medidas de protesta o reclamos ante el poder público local, Ica era la persona a la que constantemente se consultaba. Asimismo, la centralidad de su figura en Coronel Cornejo también era reconocida por los referentes de la UTD de General Mosconi, pues aludían a ella como “la dirigente” de esa localidad. Evidentemente, Ica se había ganado esa visibilidad por su trayectoria como luchadora y por la disponibilidad y la voluntad con la que se hacía cargo de la organización, a pesar de que su casa estaba poblada de hijos/as y nietos/as que demandan también sus atenciones. Esta opción de compromiso público-político le implicó dejar de lado esas demandas:

Yo como mujer creo que he descuidado un poco mi familia, pero creo que también es importante que yo haga algo por mis hijos. Entonces, lo poco que yo pueda hacer por el bien de la comunidad lo voy a hacer y también lo estoy haciendo por ellos. [...] Por ejemplo, hoy a la tarde mi hija que tiene 6 años me pidió que la llevara a ver a la abuela. Y surgió esto de la UTD [en referencia a una reunión en General Mosconi] y le tuve que pedir disculpas, que otro día vamos. Es muy importante mi hija (Entrevista de la autora a Ica, Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004).

Sin embargo, Ica, pese al reconocimiento social del cual era objeto, rehusó a identificarse a sí misma como una líder o, al menos, a utilizar esto como definatorio de su rol en la UTD. El siguiente diálogo que mantuvimos ilustra esta postura:

Ica: Yo creo que nunca me puse el rótulo de líder y si hay alguien que me quiere ver así, le pido que trabajemos juntos, que cada uno trate de organizarse, ver que a través de la lucha algo hemos conseguido

Entrevistadora: ¿Por qué cree que usted no es una líder y “Pepino” sí?

Ica: Porque fue el que tomó la iniciativa de decir vamos a luchar de una vez por todas, que los gobiernos de turno no nos vean como un habitante más, y empezar a luchar en sí para no caer, para que la comunidad vaya aprendiendo a conseguir lo que quiere.

Entrevistadora: ¿Y no es lo que usted hace en Coronel Cornejo?

Ica: Yo creo que sí, pero... no sé, tal vez sea por mi perfil bajo. Tengo un perfil bajo, tal vez nunca salí con ese objetivo, yo creo que con la actividad que uno haga para la comunidad le está demostrando el amor que uno le tiene a la gente. Cuando yo pasaba un mal momento de salud y veía el amor de la gente hacia mí, eso me ha fortalecido muchísimo (Entrevista de la autora a Ica, Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004)

Podría pensarse que la oposición de Ica a concebirse como una “líder” respondía a la misma connotación negativa que esta palabra adquirió también para otros dirigentes de la UTD. Pero ella no sólo rechazaba la palabra, cuyo uso por otra parte no objetaba en referencia a “Pepino” Fernández, sino que rehusaba aceptar el rol de dirigente o a ser percibida como tal. Y como sus actitudes y cualidades eran las mismas que la llevaban a reconocer a “Pepino” como conductor de la organización – de allí el titubeo ante la pregunta–, terminó por argumentar que tal negativa se debía, tal vez, a su “perfil bajo” o a su falta de interés en ello. También contrapuso dos “ideas”: la del liderazgo y la del amor de su comunidad. Sostenía entonces que se conformaba con lograr lo segundo, al margen de que tuviera otras miras puestas en la construcción de la organización y en la lucha para mejorar las condiciones de vida de toda la comunidad.

Muchas de las mujeres entrevistadas, y no sólo en General Mosconi, argumentaron exactamente lo mismo: que sus acciones estaban motivadas por el amor, que era la recepción del afecto de las demás personas lo que las fortalecía, o que sus pretensiones políticas estaban lejos de acceder a algún tipo de dirigencia. De hecho, muchos de los análisis de sus propias acciones estaban permanentemente atravesados por los lazos afectivos. No ocurría lo mismo cuando hablaban de los varones. Ninguna de

ellas sostuvo que lo que incentivaba a “Pepino” o a “Chiqui” Peralta a la acción se relacionaba con algo de esto. Al contrario, se remitía a convicciones, coraje para el enfrentamiento, consistencia entre actos y palabras, decisión de modificar el *statu quo*, conocimiento, experiencia política, animarse a hablar o arengar en las asambleas. En esa dirección, una de las mujeres que trabajaba en el costurero en Coronel Cornejo, me decía: “Yo no podría ser dirigente porque no sé leer”. Otra reflexionaba: “Ica hizo las cosas bien. Hizo mucho. Pero por ahí tendría que estar un hombre porque un hombre a veces siempre quiere estar más al frente”⁴⁸⁴.

Para esas mujeres, el ejercicio del liderazgo reenviaba a un espacio exclusivamente “masculino”, puesto que todas las condiciones que lo hacían posible referían a atributos asignados a los varones. Y más aún: cuando ellas portaban visiblemente también coraje, convicción, experiencia política o arrojo, la preeminencia que adquirirían no necesariamente alcanzaba, por un lado, para sentirse en un pie de igualdad respecto de líderes varones (o para que el reconocimiento de las otras mujeres apuntara en esa dirección y no en la preferencia de la presencia masculina); y, por el otro, para reclamar el liderazgo en la organización si se competía por él o sentirse legitimada a pensarse como tal.

Pero, más allá de la forma en que la construcción social de la diferencia sexual atraviesa los lugares de jefatura y, definitivamente, las cualidades en las que esta se sustenta y al sujeto que las encarna, la marginación de las mujeres de estos espacios o las dificultades para acceder a ellos posee un anclaje que reenvía a otro aspecto de las relaciones entre ellas y los varones. Tal aspecto se engarza también con la domesticidad y los sentidos que la traspasan, mas en una lógica en la que intervienen tanto el uso de los tiempos como las tareas desarrolladas. En efecto, limpiar la casa, preparar el alimento para la familia, cuidar de los hijos e hijas, hacer los mandados y alistar la ropa, insume tiempos y esfuerzos que provienen casi de forma exclusiva de las mujeres. Esa división sexual de tareas conspira contra la posibilidad de que ellas puedan abocarse a sostener cotidianamente aquellas actividades que hacen a la organización colectiva y, por tanto, a competir por la dirigencia de las mismas. Convertirse en una “líder” no depende sencillamente de la voluntad de hacerlo sino del despliegue de niveles de activismo y participación social sostenidos en el tiempo y que conducen a la visibilidad propia como al reconocimiento de los otros. Y cuando las mujeres se disponen a ello, como en el caso

⁴⁸⁴ Entrevista realizada por la autora a grupo de cuatro mujeres del Taller de Costura de Coronel Cornejo, Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004.

de Ica, el estar en la casa cuidando de las/os otras/os o en las calles del barrio hablando con los vecinos y vecinas, planificando acciones, convocando a asambleas, discutiendo y negociando con los funcionarios del municipio, entrevistándose con integrantes de otras organizaciones o yendo al local de la UTD, tarde o temprano se torna en una tensa disyuntiva. Y todo esto, como ya se ha dicho en tantas ocasiones, no es parte de la experiencia vital de los varones, por lo cual prácticas y cosmovisiones sociales terminaron favoreciendo su presencia en los espacios jerárquicos.

3. A ROMERO ROGANDO Y CON EL MAZO DANDO

Entre 1997 y 2001, la Ruta Nacional 34 fue cortada en cinco oportunidades por las y los pobladores de General Mosconi y Tartagal con el propósito de poner límites al modelo neoliberal y revertir las duras consecuencias que su profundización había provocado en esas comunidades. En esos enfrentamientos, las exigencias presentadas al gobierno municipal, provincial, nacional y a las empresas públicas privatizadas fueron múltiples, y su heterogeneidad estuvo vinculada con la diversidad no sólo de los problemas que debían enfrentar las comarcas salteñas sino, también, con los sujetos involucrados en tales conflictos. Entre ellos, las mujeres y sus acciones fueron notorias. Estuvieron entre las primeras personas que levantaron las barricadas y, en ocasiones, como en 1997, quisieron ser las últimas en irse reprochándoles a los varones los pactos acordados. También enfrentaron cuerpo a cuerpo a otros varones, los que con la toga del juez, la investidura de la gobernación o los uniformes de las fuerzas de seguridad se empeñaban en silenciar sus protestas y acabar sus luchas. Y en esas luchas ellas hallaron incluso los puentes para vertebrar sus experiencias, sus reclamos y sus propios horizontes con los de las mujeres que cada jueves rondaban la Plaza de Mayo exigiendo “Juicio y Castigo” a los culpables.

Sus estancias en la ruta se plasmaron asimismo en la organización colectiva que surgió de allí: la UTD. Cimentaron sus pilares, su estructura, su presencia en la comunidad, su proyección política y, a veces, estuvieron entre sus dirigentes más encumbrados. Llevaron con ellas los saberes aprendidos en otros tiempos y en otros espacios, aun cuando el de la domesticidad adquirió una particular resonancia. Esa domesticidad que abrigó roles diferenciados, desigualdades legitimadas por medio de diversas prácticas y valoraciones de roles y sujetos, maneras diversas de actuar políticamente, fue aceptada y tensada casi con la misma intensidad. Y aun cuando sirvió

para reforzar divisiones sexuales ya conocidas, también posibilitó agrietar subordinaciones y nominar incomodidades. Traspasar sus límites, en ocasiones de ida y en ocasiones de vuelta, fue parte del despliegue singular que esas mujeres llevaron a cabo.

Ni ellas ni los varones de la UTD, de todos modos, formaron parte de las movilizaciones que, durante el 19 y 20 de diciembre de 2001, llevaron a la renuncia de Fernando de la Rúa. De hecho, las comunidades de General Mosconi y Tartagal prácticamente se mantuvieron pasivas en esas jornadas. Quizás esa ausencia se debió a que diciembre, para ellas y ellos, se había producido en junio, no en una homologación de sus resultados sino por la magnitud del esfuerzo colocado en la acción colectiva de protesta. Empero, las luchas de esas mujeres, como aquellas protagonizadas por las de Cutral Co y Plaza Huinca, contribuyeron a fortalecer y marcar el sendero de las resistencias sociales y políticas que concluyeron con la gestión presidencial de lo que quedaba de la Alianza.

Interpretar a esas mujeres piqueteras salteñas y volver inteligibles sus marchas y contramarchas, las prácticas, formas de lucha y de resistencia y los sentidos a las mismas asignados por ellas fue el objetivo de este análisis.

CONCLUSIONES

*Apesar de você
Amanhã há de ser outro dia
Você vai ter que ver
A manhã renascer
E esbanjar poesia
¿Como vai se explicar
Vendo o céu clarear, de repente,
Impunemente?
Como vai abafar
Nosso coro a cantar,
Na sua frente.
Apesar de você.*

Fragmento de "Apesar de você"
Chico Buarque, 1970

La presente tesis abarcó un complejo período cuyo marco temporal y problemático estuvo delimitado por la profundización del modelo neoliberal en la Argentina. Fue en esa etapa cuando cientos de mujeres y varones desafiaron la continuidad de las políticas gubernamentales y articularon formas de organización y de protesta que, haciendo del piquete o corte de rutas las herramientas preponderantes de confrontación, dieron lugar a la aparición de nuevos sujetos políticos, los movimientos piqueteros.

Construida con las herramientas de la historia social con perspectiva de género, esta pesquisa se propuso comprender cómo las mujeres que participaron en la gestación y el desarrollo de tales sujetos en las provincias de Neuquén y Salta, entre los años 1996 y 2001, socavaron los pilares de la exclusión social al poner en marcha acciones beligerantes que portaron no sólo una tendencia crítica y transformadora de la situación de sus comunidades sino, también, de su rol dentro de ellas. Partió para eso de un diálogo con la historia reciente, los estudios sobre la protesta social y los trabajos en torno a la memoria, buscando reconocer las trayectorias, los cimientos y las experiencias que hicieron posible que esas mujeres se involucraran en la edificación de dichos movimientos e impugnaran de ese modo las leyes y normativas demarcatorias de la ocupación de los espacios públicos así como las fronteras de lo político y de la circulación del poder. En esa dirección, al interrogarse sobre su agencia histórica y los significados de sus prácticas, esta tesis puso en evidencia cómo ellas resignificaron conceptos que atravesaban tales leyes y fronteras, como el de democracia, contrariando con ello los sentidos adjudicados por los grupos dominantes y, también, aquellos que

provenían del campo sindical y que atravesaban a muchos de los varones que, junto con ellas, devinieron piqueteros. Pero, a su vez, el examen de sus intervenciones en los cortes de rutas, en las asambleas y movilizaciones, posibilitó develar los reposicionamientos en la esfera de la domesticidad y cómo, para las mujeres implicadas en este análisis, los roles de género instituidos socialmente, que las signaban a ser garantes de la recolección y distribución de los recursos de sus comunidades, las llevó a trascender en su actuación desde el espacio “doméstico” hacia el “público”, desplazando de esa manera ciertos límites impuestos a su “feminidad” en uno y otro ámbito.

En su recurrencia al uso de la historia oral como soporte metodológico fundamental, esta investigación demostró que el vínculo existente entre género, memoria e Historia es estructurante y que toda memoria está atravesada por la construcción sociocultural de la diferencia sexual y de las relaciones de poder articuladas en torno a ella. Esto le permitió reverberar en otras sendas analíticas al explorar, por un lado, de qué forma las experiencias de lucha y organización se transmitieron entre diversos sectores sociales, historias colectivas e individuales y distantes geografías. Por el otro, logró poner en escena los múltiples anclajes que eslabonaron la construcción de la memoria de las mujeres y varones protagonistas de los conflictos analizados. Así, construyó una genealogía de movilización y participación política femenina en la historia reciente de la Argentina que ponderó las experiencias de organización y acciones confrontativas que las Madres de Plaza de Mayo y los colectivos feministas impulsaron bajo el terrorismo estatal y los primeros gobiernos emergidos durante el período postdictatorial. Por lo tanto, pretendió enlazar prácticas y aprendizajes haciendo evidente de qué manera esas trayectorias pretéritas potenciaron la inscripción colectiva de las mujeres piqueteras en el escenario público-político.

Asimismo, al adentrarse en otras experiencias femeninas de participación, pertenencia y encuentro, desde la cooperativa escolar hasta la de los voceos en los mercados, en la vereda o en las filas para procurar agua, esta pesquisa pudo tejer las otras redes que envolvieron a esas mujeres, y cómo en ellas se tallaron lecturas políticas de la realidad que las circundaba, y se edificaron identidades y tácticas comunes para hallar soluciones ante las graves dificultades que esa realidad les deparaba.

Al vertebrar entonces las experiencias pasadas con las desplegadas por esas mujeres neuquinas y salteñas que habían tejido relaciones entre sí en variados ámbitos “contrapúblicos” y que habían participado individual y colectivamente de diversas acciones colectivas de protesta, esta tesis demostró que, a diferencia de lo sostenido por

la mayoría de la literatura académica y política, la agencia de las mujeres piqueteras estuvo lejos de ser una irrupción inédita, carente de experiencias previas, o un mero acompañamiento o apéndice de la agencia masculina.

Además, al centrar la mirada y el análisis en la presencia de las mujeres en los piquetes, esta indagación problematizó los marcos en que esas protestas se asentaron, las nociones que permearon a muchos de los trabajos académicos sobre los cortes de ruta y el énfasis puesto en ellos en torno a la política y la espontaneidad. La inscripción de los sentidos asignados a ambas palabras en las experiencias de los sujetos que las emitieron, posibilitó dejar a un lado significados unívocos para volverlas tan variantes y polisémicas como esas experiencias lo permitieron. Por consiguiente, esta investigación interpretó que las miradas que daban cuenta de la supuesta ausencia de política o subrayaban la espontaneidad de las acciones de esas mujeres y varones desatendían de qué manera y hasta qué punto el uso de esas palabras y los sentidos asignados formaba parte también de una contienda simbólica que esos sujetos libraban contra quienes los habían condenado a la miseria. En este sentido, no sólo reexaminó cómo las personas construyeron un “nosotros”, aunando heterogéneas pertenencias de clase e intereses frente a un “adversario” que producía enunciaciones sobre la política y la organización que legitimaban y/o deslegitimaban el marco de las confrontaciones, sus acciones y, dentro de ellas, lo que estaba dispuesto a tolerar.

Para entender la dimensión de las protestas piqueteras, esta tesis tuvo que bucear en las singulares formas en que esas comarcas petroleras y sus habitantes se relacionaron, vivieron los procesos de privatización y asignaron sentidos a sus pasados y sus vidas. Por ello, se planteó interpretar las formas en que la privatización de YPF impactó en el devenir de las comunidades neuquinas y salteñas. Así, demostró que dicho proceso fue desigual, pues fueron divergentes los alcances que tuvo la edificación del “mundo ypefeano” en cada espacio regional y, en consecuencia, también lo fueron los niveles de desestructuración social que trajo aparejada su desaparición. Pero fue también desigual desde el punto de vista de la experiencia vital de mujeres y varones pues, así como esta estuvo distintivamente permeada por la presencia de la empresa estatal, el impacto de su desaparición fue genéricamente distinto.

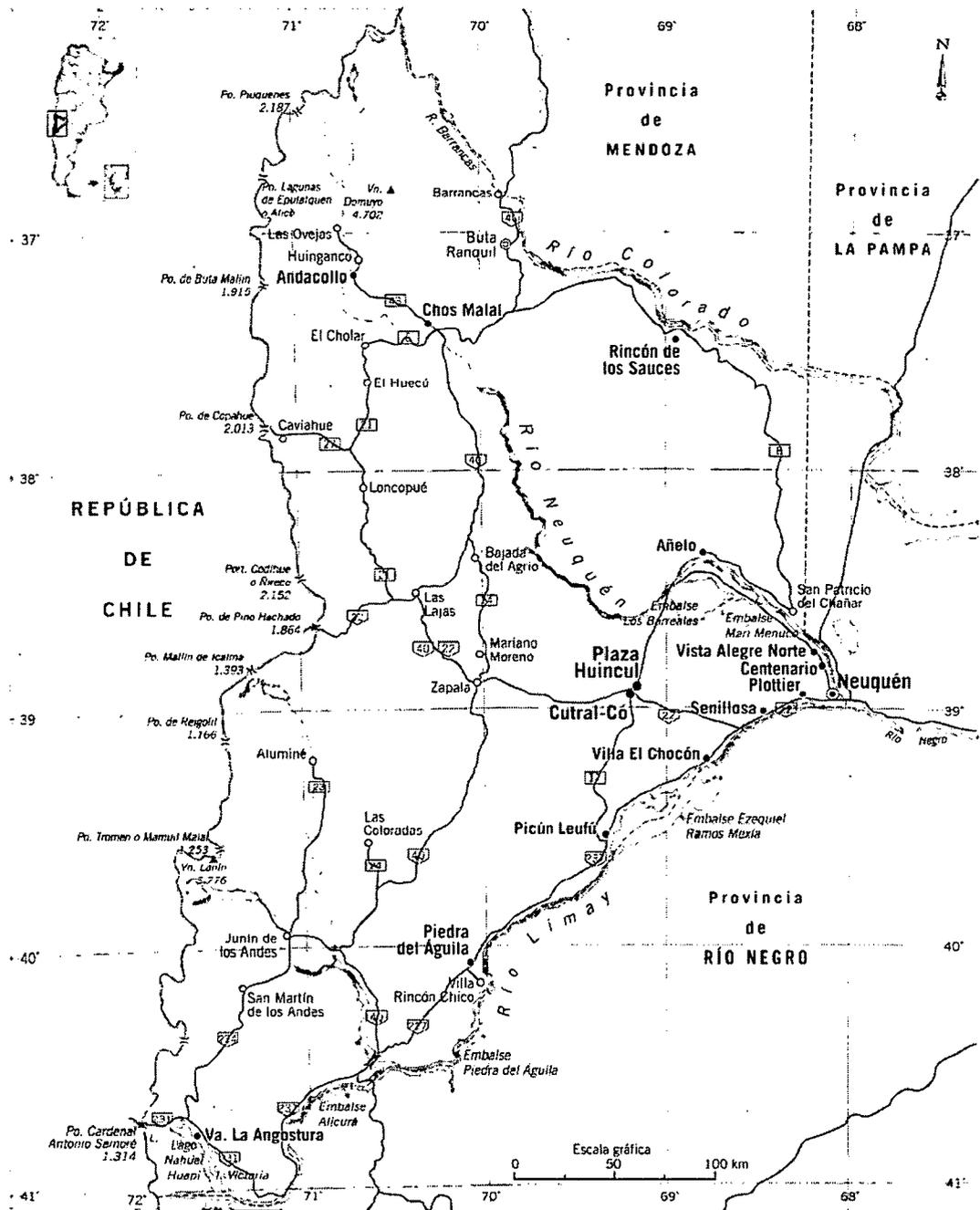
Al dialogar con otros estudios, esta investigación puso de relieve cómo las identidades de género y de clase atravesaron el proceso de organización y movilización colectiva en los movimientos piqueteros. Develó, en tal sentido, las continuidades y rupturas que se produjeron en la participación comunitaria en esas contiendas y,

particularmente, en los sujetos femeninos que las protagonizaron. Procuero también comprender de qué manera el epílogo de ese complejo y denso proceso de lucha impactó en el devenir político posterior de Cutral Co y Plaza Huincol y de General Mosconi y Tartagal. A tal fin, historizó un universo de acciones y significaciones femeninas que, aunque cruzadas por el ejercicio de la maternidad, la excedieron tanto en las organizaciones que cristalizaron a partir de estas experiencias de lucha como en las trayectorias políticas de las mujeres que no hallaron dentro de este tipo de organizaciones una herramienta para dar continuidad a su agencia política y a sus acciones colectivas.

Finalmente, esta tesis puso en evidencia que, a pesar de las proclamas en torno a la irremediabilidad de los destinos colectivos signada por el fin de las utopías, la lucha de clases o la Historia, esas mujeres fueron hacedoras de un mañana donde el cielo volvió a clarear en las rutas en las que colectivamente cantaron, resistieron e hicieron oír sus voces. Ciertamente, se trata de un “mañana” tan cercano en su pasado a nuestro presente que requerirá ser revisitado una y otra vez para reflexionar en otras aristas que contribuyan, como se lo propuso esta investigación, a develar los complejos ribetes que atraviesan a los sujetos históricos, los múltiples clivajes en los que se edifican sus experiencias e identidades, en los caminos nunca lineales que recorren y que los llevan a confluir en una protesta, enlazando tradiciones de lucha con nuevos aprendizajes. Pero también abre preguntas hacia un pasado muy anterior que futuras investigaciones podrán proponerse responder invistiendo su examen desde una perspectiva que genere a los sujetos y sus relaciones. Así, si esta pesquisa ha develado de qué manera los clivajes de género y de clase se conjugaron en las innovadoras formas de protesta y organización que emergieron como consecuencia de la desestructuración del “mundo ypefeano”, se vuelve un horizonte instigador explorar cómo su edificación estuvo atravesada por ideas de género y de sexualidad, de qué manera las relaciones entre géneros afectó las relaciones productivas y de vida en esas comarcas petroleras, qué ideales de masculinidad y feminidad terciaron las identidades de los y las ypefeanas, y cómo estos/as resignificaron no sólo en clave de clase sino también de género las nociones sobre el trabajo, el ocio, la familia y, obviamente, los derechos que fueron formulando en tanto trabajadores/as.

ANEXO

MAPA 1 PROVINCIA DE NEUQUÉN



GLOSARIO DE SIGLAS

ALMA	Asociación para la Liberación de la Mujer Argentina
AND	Acuerdo de Nucleamientos Docentes
AND	Asociación Neuquina de Docentes
APDH	Asamblea Permanente por los Derechos Humanos
ATE	Asociación de Trabajadores del Estado
ATEM	Asociación de Estudio y Trabajo de la Mujer-25 de noviembre
ATEN	Asociación de Trabajadores de la Educación de Neuquén
ATSA	Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina
ATYP	Agrupación de Trabajadores Ypefeanos contra la Privatización
CCC	Corriente Clasista y Combativa
CEDAW	Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer
CEDES	Centro de Estudios Económicos y Sociales
CEIPA	Cámara Empresarial, Industrial y Petrolera, Cutral Co y Plaza Huincul, Neuquén
CELS	Centro de Estudios Legales y Sociales
CEM	Centro de Estudios de la Mujer
CGTRA	Confederación General del Trabajo de la República Argentina
CONADEP	Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas
CONADU	Confederación Nacional de Docentes Universitarios
COPADE	Consejo de Planificación y Acción para el Desarrollo
COPELCO	Cooperativa de Previsión de Servicios Públicos, Crédito y Vivienda de Cutral Co Ltda.
CTA	Central de Trabajadores Argentinos
CTD	Coordinadora de Trabajadores Desocupados
CTERA	Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina
CUTE	Central Unificadora de Trabajadores de la Educación
DGI	Dirección General Impositiva
DINICIE	Dirección Nacional de Información y Evaluación de la Calidad Educativa
EGB	Enseñanza General Básica
ELMA	Empresas Líneas Marítimas Argentinas
ENDE	Empresas Nacionales de Energía
ENTEL	Empresa Nacional de Telecomunicaciones
EPH	Encuesta Permanente de Hogares
FASPYGP	Federación Argentina Sindical del Petróleo y Gas Privados
FREPASO	Frente País Solidario
INDEC	Instituto Nacional de Estadística y Censos
INDESO	Instituto de Estudios Jurídico Sociales de la Mujer
LADH	Liga Argentina por los Derechos del Hombre

MEDH	Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos
MLF	Movimiento de Liberación Femenina
MPN	Movimiento Popular Neuquino
MTA	Movimiento de Trabajadores Argentinos
MTD	Movimiento de Trabajadores Desocupados
NBI	Necesidades básicas insatisfechas
ONG	Organizaciones no gubernamentales
OSPE	Obra Social Petrolera
PC	Partido Comunista
PEN	Poder Ejecutivo Nacional
PIMSA	Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina
PJ	Partido Justicialista
PO	Partido Obrero
PPP	Programa de Propiedad Participada
PRN	Proceso de Reorganización Nacional
PRS	Partido Renovador de Salta
PTP	Partido del Trabajo y del Pueblo
SADOP	Sindicato Argentino de Docentes Privados
SOEM	Sindicato de Obreros y Empleados Municipales
SOIVA	Sindicato de Obreros de la Industria del Vestido y Afines
SUPE	Sindicato Unidos Petroleros de Estado
UBA	Universidad de Buenos Aires
UCR	Unión Cívica Radical
UDA	Unión Docente Argentina
UDPRON	Unión de Docentes de la Provincia de Neuquén
UESPO	Unidad Especial de Policía, Neuquén
UFA	Unión Feminista Argentina
UMA	Unión de Mujeres Argentinas
UNTER	Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro
UOCRA	Unión de Obreros de la Construcción de la República Argentina
UOM	Unión Obrera Metalúrgica
UTA	Unión Tranviarios Automotor
UTD	Unión de Trabajadores Desocupados, General Mosconi, Salta
UTE	Uniones Transitorias de Empresas
YPF	Yacimientos Petrolíferos Fiscales

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

ORALES

ENTREVISTAS REALIZADAS EN NEUQUÉN

- Alejandro Lillo, ex trabajador ypefeano, ex integrante del SUPE local. Entrevista realizada en Neuquén capital, 4 de mayo de 2004.
- Arcelia, esposa de ex obrero ypefeano. Nacida en Buenos Aires. Entrevista realizada en Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003. Segunda entrevista realizada en Cutral Co, en la casa de otra mujer llamada Magdalena, el 7 de mayo de 2004.
- Bety León, esposa de un ex obrero ypefeano. Nacida en Río Negro. Entrevista realizada en Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.
- Cecilia, desocupada, ex trabajadora como asistente odontológica. Nacida en Buenos Aires. Entrevista realizada en Cutral Co, 17 de diciembre de 2003.
- Clementina, desocupada, esposa de ex trabajador ypefeano. Nacida en Las Lajas, Neuquén. Entrevista realizada en Plaza Huincul, 9 de mayo de 2004.
- Dina, trabajadora de la fruta, esposa de ex trabajador petrolero. Nacida en Neuquén capital. Entrevista realizada en el barrio Centenario, Neuquén capital, 16 de diciembre de 2003.
- Ernesto "Jote" Figueroa, trabajador de la construcción. Entrevista realizada en Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.
- Estela "la Negra", trabajadora de la administración pública. Nacida en Buenos Aires. Entrevista realizada en Neuquén capital, 14 de diciembre de 2003.
- Estela, enfermera de un hospital público, delegada de base de las y los trabajadores del sector de salud. Nacida en Neuquén. Entrevista realizada en Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.
- Felipe Sapag, ex gobernador de Neuquén. Entrevista realizada en Neuquén capital, 10 de mayo de 2004.
- Flor María, jubilada, madre de Teresa Rodríguez. Entrevista realizada en Plaza Huincul, 8 de mayo de 2004.
- Graciela y Ruth, militantes feministas de Agrupación "La Revuelta". Entrevista realizada en Neuquén capital, 23 de diciembre de 2003.
- Jorge Muñoz, integrante de la Pastoral Migraciones perteneciente a la iglesia católica neuquina. Entrevista realizada en Neuquén capital, 16 de diciembre 2003.
- Julio, docente de Cutral Co. Entrevista realizada en Cutral Co, 21 de diciembre de 2003.
- Laura Padilla, ex trabajadora docente. Nacida en Río Negro. Entrevista realizada en General Roca, 17 de diciembre de 2003. Segunda entrevista realizada en Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.
- Liliana Obregón, dirigente de ATEN capital. Nacida en Rosario. Entrevista realizada en Neuquén capital, 11 de mayo de 2004.
- Luis Tiscornia, docente en Neuquén capital. Entrevista realizada en Neuquén capital, 15 de diciembre de 2003.
- Magdalena, jubilada. Nacida en Picún Leufú. Entrevista realizada en Cutral Co, 22 de diciembre de 2003. Segunda entrevista realizada el 7 de mayo de 2004.
- María del Carmen, desocupada, militante del MTD del barrio San Lorenzo, Neuquén capital. Entrevista realizada en el barrio San Lorenzo, Neuquén capital, 23 de diciembre de 2003.
- Miguel, desocupado. Nacido en Cutral Co. Entrevista realizada en Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.
- Mónica, desocupada, militante del MTD del barrio San Lorenzo, Neuquén capital. Entrevista realizada en el barrio San Lorenzo, Neuquén capital, 23 de diciembre de 2003.
- Pedro, ex trabajador de YPF. Entrevista realizada en Cutral Co, 7 de mayo de 2004.
- Raúl, desocupado. Nacido en Cutral Co. Entrevista realizada en Cutral Co, 21 de diciembre de 2003.

Rita Santarelli, funcionaria municipal. Entrevista realizada en Cutral Co, 7 de mayo de 2004.
Sara, ex trabajadora ypefeana. Entrevista realizada en Plaza Huincul, 20 de diciembre de 2003.
Stella Maris, empleada doméstica. Nacida en Mendoza. Entrevista realizada en Cutral Co, 20 de diciembre de 2003.
Susana García, enfermera, ex delegada sindical de la UOM Villa Constitución. Nacida en Rosario. Entrevista realizada en Cutral Co, 7 de mayo de 2004.
Viviana, trabajadora de la fruta, esposa de ex trabajador petrolero. Nacida en Chile. Entrevista realizada en el barrio Centenario, Neuquén capital, 16 de diciembre de 2003.
Grupo de cuatro mujeres de obrador del barrio San Lorenzo, Neuquén capital. Entrevista realizada en el barrio San Lorenzo, Neuquén capital, 16 de diciembre de 2003.

ENTREVISTAS REALIZADAS EN SALTA

Cristina, desocupada, activista de la UTD. Nacida en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 22 de junio de 2004.
Estela, desocupada. Entrevista realizada en General Mosconi, 14 de junio de 2004.
Ica, desocupada, dirigente de la UTD en Coronel Cornejo. Nacida en Coronel Cornejo. Entrevista realizada en General Mosconi, 14 de junio de 2004. Segunda entrevista realizada en Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004.
Inés, desocupada, integrante de la UTD. Nacida en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 11 de junio de 2004.
José “Pepino” Fernández, ex obrero ypefeano, dirigente de la UTD. Nacido en Campamento Vespucio. Entrevista realizada en General Mosconi, 18 de junio de 2004.
Liliana, desocupada. Nacida en Orán. Entrevista realizada en General Mosconi, 15 de junio de 2004.
María Rosa, desocupada. Nacida en la provincia de Jujuy. Entrevista realizada en General Mosconi, 15 de junio de 2004.
María Victoria, desocupada. Entrevista realizada en General Mosconi, 14 de junio de 2004.
María, desocupada, ex propietaria de una peluquería, integrante de la UTD. Nacida en Bolivia. Entrevista realizada en General Mosconi, 13 de junio de 2004.
Marina, jubilada, esposa de un trabajador de YPF. Entrevista realizada en General Mosconi, 12 de junio de 2004.
Mario Reartes, ex obrero ypefeano, dirigente de la Coordinadora de Ex Trabajadores Ypefeanos del Departamento de General San Martín. Nacido en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 18 de junio de 2004.
Mario Saracho, ex trabajador ypefeano. Nacido en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 14 de junio de 2004.
Mónica, propietaria de un almacén, esposa de un ex obrero ypefeano. Nacida en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 20 de junio de 2004.
Nancy, empleada administrativa de la UTD. Nacida en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 13 de junio de 2004.
Nené, desocupada, esposa de un ex trabajador de YPF integrante del personal jerárquico. Nacida en Campamento Vespucio. Entrevista realizada en Campamento Vespucio, 23 de junio de 2004.
Raúl González, ex trabajador ypefeano, integrante de la Coordinadora de Ex Trabajadores Ypefeanos del Departamento de General San Martín. Nacido en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 19 de junio de 2004.
Rodolfo Peralta, ex trabajador del sector de seguridad patrimonial de YPF, dirigente de la UTD. Nacido en Tartagal. Entrevista realizada en General Mosconi, 17 de junio de 2004.
Víctor, desocupado. Nacido en General Mosconi. Entrevista realizada en General Mosconi, 19 de junio de 2004.
Yolanda, ex trabajadora de YPF, integrante de la Coordinadora de Ex Trabajadores Ypefeanos del Departamento de General San Martín. Nacida en Tartagal. Entrevista realizada en General Mosconi, 22 de junio de 2004.

Grupo de cinco mujeres de “La Botellera”, proyecto cooperativo de la UTD en General Mosconi.
Entrevista realizada en General Mosconi, 11 de junio de 2004.

Grupo de cuatro mujeres del Taller de Costura de Coronel Cornejo, proyecto cooperativo de la UTD. Entrevista realizada en Coronel Cornejo, 16 de junio de 2004.

ESCRITAS

DIARIOS Y PERIÓDICOS DE TIRADA LOCAL Y NACIONAL

Clarín, Buenos Aires.

El Tribuno, Salta.

La Mañana del Sur, Neuquén.

La Nación, Buenos Aires.

Página 12, Buenos Aires.

Río Negro, Neuquén.

INFORMES, ESTADÍSTICAS Y DOCUMENTOS EMITIDOS POR ORGANISMOS ESTATALES

DINICIE-Dirección Nacional de Información y Evaluación de la Calidad Educativa, Ministerio de Educación de la Nación. Censo Nacional Docente, 1994, 2004.

INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos. Estadísticas e informes, Censo Nacional de Población y Vivienda, 1980, 1991, 2001.

INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos. Estadísticas e informes, Encuesta Permanente de Hogares, 1992-2001.

INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos 1999 *Los Municipios de la Provincia de Neuquén* (Buenos Aires: INDEC).

INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos 2010 *Serie Histórica* (Buenos Aires: INDEC).

INDEC-Instituto Nacional de Estadística y Censos/UNICEF-Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia 2000 *Situación de las mujeres en Argentina. Serie Análisis Social N° 1* (Buenos Aires: INDEC).

Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. El Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, abril de 2005.

Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. Estadísticas Laborales, *Revista de Trabajo*, varios números.

Ministerio del Interior. Fondo Documental, expedientes secretos, reservados y confidenciales, 1939-1982.

YPF, Boletines y circulares.

DIARIOS DE SESIONES

Cámara de Diputados de la Nación.

Cámara de Diputados de la Provincia de Neuquén.

Cámara de Diputados de la Provincia de Salta.

OTRAS

Documentos de organizaciones feministas, 1970-2000.

Documentos de organizaciones sindicales, en particular de SUPE, ATE y ATEN.

Grupo Wayruro 2002 *Desocupados y cortes de ruta en el Noroeste Argentino*, video documental.

Panfletos, volantes y periódicos político-partidarios, en particular de la Corriente Clasista y Combativa, del Partido de los Trabajadores Socialistas y del Partido Obrero.

Piqueteras, video documental.

Revista *Lucha de clases*, Buenos Aires, varias ediciones.

Revista *Norte Andino*, San Salvador de Jujuy, varias ediciones.

Volantes, comunicados y documentación administrativa interna de la UTD de General Mosconi.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV 1990 *También somos ciudadanas* (Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer-Universidad Autónoma de Madrid).
- AAVV 1995 *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto).
- AAVV 2003 *Cortando las rutas del petróleo. La sistematización de la experiencia de lucha de la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi* (Buenos Aires: Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo).
- Agamben, Giorgio 1998 *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Valencia: Pre-Textos).
- Aiziczon, Fernando 2007 “Del “paro” a la “pueblada”. Cultura política y marcos para la acción colectiva: el caso de ATE Neuquén entre 1990-1995”, I Jornadas Nacionales de Historia Social, Universidad Nacional de Córdoba, La Falda, 31 de mayo y 1 de junio.
- Aiziczon, Fernando 2009 “Construyendo tradiciones. Activistas de izquierda en las luchas de los obreros de la construcción de Neuquén a fines de los años 80” en *Revista izQUIERDAS* (Santiago de Chile) Año 3, N° 5.
- Amin, Samir 2001 “Capitalismo, imperialismo y mundialización” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Anderson, Bonnie y Zinsser, Judith 1998 *Historia de las mujeres: una historia propia* (Barcelona: Crítica).
- Andújar, Andrea 1994 “El Villazo: la huelga metalúrgica de Villa Constitución de 1975” en Pozzi, Pablo y Berrotarán, Patricia (comps.) *Estudios inconformistas de la clase obrera argentina, 1955-1989* (Buenos Aires: Letra Buena).
- Andújar, Andrea 2008 “Historia, género y memoria: las mujeres en los cortes de ruta en la Argentina” en Necochea Gracia, Gerardo et al. *Historia oral y militancia política en México y en Argentina* (Buenos Aires: El Colectivo/FFyL-UBA).
- Andújar, Andrea 2009 “El amor en tiempos de revolución: los vínculos de pareja de la militancia de los 70. Batallas, telenovelas y rock and roll” en Andújar, Andrea et al. (comps.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Andújar, Andrea y D’Antonio, Débora 2005 “El dilema de la exclusión y los anclajes de la memoria” en *Periferias* (Buenos Aires) Año 9, N° 12, primer semestre.
- Andújar, Andrea, Eidelman, Ariel y D’Antonio, Débora 2009 “En torno a la interpretación de la historia recientemente pasada. Una discusión con Luis Alberto Romero” en *Lucha Armada en la Argentina* (Buenos Aires) N° 11.
- Ansaldi, Waldo 2005-2006 “Quedarse afuera, ladrando como perros a los muros. Protesta y movimientos sociales en América Latina en la bisagra de los siglos XX y XXI” en *Anuario Movimientos Sociales. Experiencias históricas. Tendencias y conflictos* (Rosario: Escuela de Historia-UNR/Homo Sapiens) N° 21.
- Arias Bucciarelli, Mario 2009 “Representaciones de la democracia en la Norpatagonia argentina. Convergencias y divergencias en tres publicaciones valletanas” en Beatriz Dávila et al. (comps.) *Espacio, memoria e identidad* (Rosario: Ediciones Digitales Nueva Hólade).
- Arrosagaray, Enrique 1997 *Biografía de Azucena Villaflor, creadora del movimiento de Madres de Plaza de Mayo* (Buenos Aires: Edición del Autor).
- Auyero, Javier 2002a “Fuego y barricadas: retrato de la beligerancia popular en la Argentina democrática” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 179.

- Auyero, Javier 2002b "La vida en un piquete" en *Apuntes de Investigación del CECYP* (Fundación del Sur) N° 8. En <www.apuntescecyp.com.ar>.
- Auyero, Javier 2003 "Desde el punto de vista del cliente. Repensando el tropo del clientelismo político" en *Apuntes de Investigación del CECYP* (Fundación del Sur) N° 2/3. En <www.apuntescecyp.com.ar>.
- Auyero, Javier 2004 *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes).
- Badiou, Alain 2000 "Movimiento social y representación política" en *Acontecimiento*, N° 19-20. En <<http://grupoacontecimiento.com.ar>>.
- Baillargeon, Denyse 1993 "Histoire orale et histoire des femmes: itinéraires et points de rencontre" en *Recherches féministes*, Vol. 6, N° 1. En <<http://id.erudit.org/iderudit/057724ar>>.
- Bandieri, Susana; Favaro, Orietta y Morinelli, Marta (comps.) 1993 *Historia de Neuquén* (Buenos Aires: Plus Ultra).
- Barbetta, P. y Lapegna, P. 2001 "Cuando la protesta toma forma: los cortes de ruta en el norte salteño" en Giarracca, Norma et al. *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (Buenos Aires: Alianza).
- Barrancos, Dora 2007 *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Bauducco, Gabriel 1997 *Hebe, la otra mujer* (Buenos Aires: Asociación Madres de Plaza de Mayo).
- Bel, Rolando J. 2005 "Educar y vigilar. Pobrezas y discursos normalistas en la educación territorial neuquina en la primera mitad del siglo XX" en *Diálogos* (DHI/PPH/UEM) Vol. 9, N° 3.
- Bellotti, M. 1989 "El feminismo y el movimiento de mujeres. Argentina. 1984-89" en *Cuadernos Feministas* (Buenos Aires) N° 34.
- Bellotti, M. y Fontenla, M. 1997 "Feminismo y neoliberalismo" en *Brujas* (Buenos Aires) Año XVI, N° 24.
- Bellucci, Mabel 1997 "Sarmiento y los feminismos de su época" en Morgade, G. (comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930* (Buenos Aires: Miño y Dávila).
- Bellucci, Mabel 2000 "El movimiento de Madres de Plaza de Mayo" en Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria Silvina e Ini, María Gabriela (dirs.) *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX* (Buenos Aires: Taurus).
- Benclowicz, José Daniel 2005 "Pobreza y conflicto social: una relación compleja. El caso de Tartagal-Mosconi", III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, IIGG-FCS-UBA, septiembre.
- Benclowicz, José Daniel 2009a "Experiencias de lucha e influencia de la izquierda en la Historia reciente de Tartagal y Mosconi. 1970-1989" en *Revista de la Escuela de Historia* (Universidad Nacional de Salta) Año 8, Vol. 1 y 2, N° 8.
- Benclowicz, José Daniel 2009b "Genealogía del Movimiento Piquetero de Tartagal-Mosconi (Salta, Argentina. 1920-2000)". Tesis doctoral, mimeo.
- Benclowicz, José Daniel 2010 "La lucha contra la privatización de YPF en Tartagal y Mosconi. 1988-1991" en *Trabajo y Sociedad* (Santiago del Estero) Vol. XIV, N° 15, otoño. En <www.unse.edu.ar/trabajosociedad>.

- Benhabib, Seyla 2005 "Feminismo y posmodernidad: una difícil alianza" en Amorós, Celia y De Miguel, Anda (eds.) *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización* (Madrid: Minerva).
- Berger Gluck, Sherna y Patai, Daphne (eds.) 1991 *Women's words: the feminist practice of oral history* (Nueva York: Routledge).
- Bertaux, Daniel 1993a "De la perspectiva de la historia de vida a la práctica de la transformación sociológica" en Marinas, J.M. y Santamarina, C. (comps.) *La historia oral: métodos y experiencias* (Madrid: Debate).
- Bertaux, Daniel 1993b "Los relatos de vida en el análisis social" en Aceves Lozano, Jorge E. (comp.) *Historia oral* (México DF: UNAM/Instituto Mora).
- Bertaux-Wiame, Isabelle 1985 "Mémoire y récits de vie" en *Pénélope* (París) N° 12.
- Bidaseca, Karina 2003 "Piqueteras: identidad, política y resistencia", VII Jornadas de Historia de las Mujeres, II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, Universidad Nacional de Salta, 24-26 de junio.
- Billorou, María José 1995 "Entre el apostolado y el trabajo, las maestras pampeanas" en Di Liscia, M.H.; Di Liscia, M.S.; Rodríguez, A. y Billorou, M.J. (coords.) *Acerca de las mujeres: género y sociedad en La Pampa* (La Pampa: Facultad de Ciencias Humanas/FEP).
- Billorou, María José 2008 "Mujeres que trabajan. Nuevos y viejos mandatos hacia las profesiones femeninas en el Territorio Nacional de La Pampa durante la primera mitad del siglo XX", III Jornadas de Historia de la Patagonia, San Carlos de Bariloche, 6-8 de noviembre.
- Birulés, Fina 1995 "Introducción" en Birulés, Fina (comp.) *El género de la memoria* (Pamplona: Pamiela).
- Bock, Gisela 2001 *La mujer en la historia de Europa* (Barcelona: Crítica).
- Bonder, Gloria 1999 "La equidad de género en las políticas educativas: lecciones de la experiencia" en <www.ministeriodejusticia.cl/pgm/documentos>.
- Bonifacio, José Luis 2009 "Los procesos de protesta y organización de los trabajadores desocupados en la provincia de Neuquén", Tesis doctoral, FLACSO, mimeo.
- Borderías, Cristina 1997 "Subjetividad y cambio social en las historias de vida de mujeres: notas sobre el método biográfico" en *Arenal. Revista de historia de las mujeres* (Granada) Vol. 4, N° 2, julio-diciembre.
- Boron, Atilio y De Vita, Álvaro (comps.) 2002 *Teoría y filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO).
- Bravo, María Celia 2007 "Entre la resistencia y el conflicto social. Imágenes de la mujer trabajadora en el área azucarera de Tucumán (1888-1904)" en Bravo, M.C.; Gil Lozano, F. y Pita, V. (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX* (Tucumán: EDUNT).
- Brown, Josefina 2003 "El impacto de la globalización en la ciudadanía de mujeres en Argentina. El caso de los derechos sexuales y reproductivos" en *Revista Confluencia Sociología* (Mendoza: FCPYS-UNCuyo).
- Calvera, Leonor 1990 *Mujeres y feminismo en la Argentina* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano).
- Camarena Ocampo, M. y Necochea Gracia, G. 2006 "Conversación única e irrepetible: lo singular de la historia oral" en De Garay, Graciela (coord.) *La historia micrófono* (México DF: Instituto Mora).

- Canitrot, Adolfo 1980 "La disciplina como objetivo de la política económica. Un ensayo sobre el programa económico del gobierno argentino desde 1976" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 19, N° 76, enero-marzo.
- Canitrot, Adolfo 1982 "Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 21, N° 82, julio-septiembre.
- Ceceña, Ana Esther (ed.) 2004 *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO).
- CELS-Centro de Estudios Legales y Sociales 2003 *El Estado frente a la protesta social. 1996-2002* (Buenos Aires: CELS/Siglo XXI).
- Ciriza, Alejandra 2002 "Pasado y presente. El dilema Wollstonecraft como herencia teórica y política" en Boron, Atilio y De Vita, Álvaro (comps.) *Teoría y filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO).
- Collado Herrera, María del Carmen 2006 "¿Qué es la historia oral?" en De Garay, Graciela (coord.) *La historia micrófono* (México DF: Instituto Mora).
- Collin, Françoise 1995 "Historia y memoria o la marca y la huella" en Birulés, Fina (comp.) *El género de la memoria* (Pamplona: Pamiela).
- Cosse, Isabella 2007 "Relaciones de pareja a mediados de siglo en las representaciones de la radio porteña: entre sueños románticos y visos de realidad" en *Revista de Estudios Sociológicos* (Buenos Aires) Vol. XXV, N° 73.
- Cosse, Isabella 2008 "Del matrimonio a la pareja: continuidades y rupturas en el modelo conyugal en Buenos Aires (1960-1975)" en *Anuario IEHS* (Buenos Aires) N° 23.
- Costallat, Karina 1997 "Efectos de las privatizaciones y la relación Estado-sociedad en la instancia provincial y local: el caso Cutral C6-Plaza Huinul" en *Cuadernos de Investigación del Centro de Estudios en Política, Administración y Sociedad (CEPAS)* (Buenos Aires) N° 7, octubre.
- Crespi, G. 1997 "La huelga docente de 1919 en Mendoza" en Morgade, G. (comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930* (Buenos Aires: Miño y Dávila).
- Cucuzza, Héctor R. 1997 "¿La Singer o la tiza? Mujeres en el Congreso Pedagógico de 1882" en Morgade, G. (comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930* (Buenos Aires: Miño y Dávila).
- Cuesta Bustillo, Josefina 1998 "Memoria e Historia. Un estado de la cuestión" en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.) *Revista Ayer. Memoria e Historia* (Madrid: Marcial Pons) N° 32.
- Chiarotti, Noemí 1995 "Posición de las ONG Argentinas ante la IV Conferencia Mundial de la Mujer, Beijing" en <<http://indesomujer.org.ar>>.
- D'Antonio, Débora 2000 "Representaciones de género en la huelga de la construcción. Buenos Aires, 1935-1936" en Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria Silvina e Ini, María Gabriela (dirs.) *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX* (Buenos Aires: Taurus).
- D'Antonio, Débora 2003 *Mujeres, complicidad y Estado terrorista* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) Cuaderno de Trabajo N° 33.
- D'Antonio, Débora 2007 "Las Madres de Plaza de Mayo y la maternidad como potencialidad para el ejercicio de la política" en Bravo, M.C.; Gil Lozano, F. y Pita, V. (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX* (Tucumán: EDUNT).

- D'Antonio, Débora 2009 “‘Rejas, gritos, cadenas, ruidos, ollas’. La agencia política en las cárceles del Estado terrorista en Argentina, 1974-1983” en Andújar, Andrea et al. (comps.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- D'Atri, Andrea 2005 “Feminismo latinoamericano. Entre la insolencia de las luchas populares y la medida de la institucionalización” en www.creatividadfeminista.org/articulos/2005/fem_05_atri.htm.
- De Lauretis, Teresa 1992 *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine* (Barcelona: Cátedra).
- De Lauretis, Teresa 2000 *Diferencias. Etapa de un camino a través del feminismo* (Madrid: Editorial oras y HORAS).
- De Martino Bermúdez, Mónica 2003 “Género y clases sociales. Debates feministas en torno a E.P. Thompson” en *Revista Herramienta* (Buenos Aires) N° 23, julio.
- Diana, Marta 1996 *Mujeres guerrilleras* (Buenos Aires: Planeta).
- Díaz, Nora; Fernández, Néstor y Gerez, Leticia 2006 “Cutral Có-Plaza Huincul y Rincón de los Sauces. Dos modelos de crecimiento contrapuestos”, Segundas Jornadas de Historia de la Patagonia, Cipolletti y General Roca, Provincia de Río Negro, 2-4 de noviembre.
- Domínguez, Nora 2004 “Eva Perón y Hebe de Bonafini o la invención del nacimiento” en Amado, A. y Domínguez, N. (comps.) *Lazos de familia* (Buenos Aires: Paidós).
- Donaire, Ricardo 2009 “¿Desaparición o difusión de la ‘identidad de clase trabajadora’? Reflexiones a partir del análisis de elementos de percepción de clase entre docentes” en *Conflicto Social. Revista del Programa de Investigaciones sobre Conflicto Social* (IIGG-FCS-UBA) Año 2, N°1, junio. En www.iigg.fsoc.uba.ar/conflictosocial/revista.
- Doyon, Louise M. 2006 *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Duhalde, Santiago 2009 “La respuesta de los sindicatos estatales al neoliberalismo en Argentina (1989-1995)” en *Trabajo y sociedad. Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas* (Santiago del Estero) Vol. XII, N° 13, primavera. En www.unse.edu.ar/trabajosociedad.
- Eidelman, Ariel 2006 “Las organizaciones de derechos humanos en Argentina: 1966-1973”, IV Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad, UNR, 4-6 octubre.
- Enriquez, Micheline 1990 “La envoltura de memoria y su huecos” en Anzier, Didier (comp.) *Las envolturas psíquicas* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Fahmy-Eid, Nadia 1997 “L’histoire des femmes. Construction et déconstruction d’une mémoire sociale” en *Sociologie et sociétés*, Vol. 29, N° 2. En <http://id.erudit.org/iderudit/001239ar>.
- Farinetti, Marina 1998 “Clientelismo y protesta: cuando los clientes se rebelan” en *Apuntes de Investigación del CECYP* (Fundación del Sur) N° 2/3. En www.apuntescecyp.com.ar.
- Favaro, Orietta 1994 “Efectos de la privatización de YPF: ¿la desagregación del espacio territorial neuquino?” en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 127, octubre-noviembre.
- Favaro, Orietta 1998 “La privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Los efectos en áreas petroleras de provincias. El caso del Neuquén” en *Revista de Historia* (Neuquén: UNCo) N° 7.
- Favaro, Orietta 2005-2006 “Una puesta en cuestión sobre el tema de los movimientos sociales. Problemas, tenencias y desafíos” en *Anuario Movimientos Sociales. Experiencias históricas. Tendencias y conflictos* (Rosario: Escuela de Historia-UNR/Homo Sapiens) N° 21.

- Favaro, Orietta e Iuorno, Graciela 2008 "Nuevas formas organizativas en la Argentina de los últimos años. El caso de las cooperativas Ados y Fricader (Neuquén y Río Negro), 1990-2006" en Pasquali, Laura (comp.) *Historia social e historia oral. Experiencias en la historia reciente de Argentina y de América Latina* (Rosario: Homo Sapiens).
- Favaro, Orietta y Arias Bucciarelli, Mario 1995 "El nuevo escenario político. Elecciones y crisis en un espacio provincial. El Movimiento Popular Neuquino: ¿ruptura o continuidad de una forma de hacer política?" en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 135, octubre-noviembre.
- Favaro, Orietta y Arias Bucciarelli, Mario 1999 "La conformación de una provincia exportadora de energía" en *Neuquén. La construcción de un orden estatal* (Neuquén: Universidad Nacional del Comahue).
- Favaro, Orietta; Arias Bucciarelli, Mario e Iuorno, Graciela 1997 "La conflictividad social en Neuquén. El movimiento cutralquense y los nuevos sujetos sociales" en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 148, mayo-junio.
- Feijoó, María del Carmen y Nari, Marcela M.A. 1994 "Los 60 de las mujeres" en *Todo es historia* (Buenos Aires) Año XXVII, N° 321, abril.
- Felitti, Karina 1999 "Hacia una historia del Movimiento de Mujeres en Lucha. Conciencia de clase, conciencia femenina, conciencia feminista" en *Razón y Revolución* (Buenos Aires) N° 5, otoño.
- Felitti, Karina 2000 "El placer de elegir. Anticoncepción y liberación sexual en la década del sesenta" en Gil Lozano, Fernanda; Pita, Valeria Silvina e Ini, María Gabriela (dirs.) *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX* (Buenos Aires: Taurus).
- Femenías, María Luisa 2002 *Perfiles del feminismo iberoamericano* (Buenos Aires: Catálogos).
- Fernández, Arturo (comp.) 2002 *Sindicatos, crisis y después* (Buenos Aires: Biebel).
- Ferrara, Francisco 2003 *Más allá del corte de rutas. La lucha por una nueva subjetividad* (Buenos Aires: La Rosa Blindada).
- Ferrarotti, Franco 1993 "Las biografías como un instrumento analítico e interpretativo" en Marinas, J.M. y Santamarina, C. (comps.) *La historia oral: métodos y experiencias* (Madrid: Debate).
- Filc, Judith 1997 *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983* (Buenos Aires: Biblos).
- Fischman, Gustavo 2007 "Entre segundas madres y trabajadoras 'ajustadas': cambios, ambivalencias y yuxtaposiciones en las representaciones sociales acerca de las maestras en la Argentina" en *Cadernos de Educação* (Pelotas: AE/PPGE/UFPEL).
- Fontenla, Marta 1990 "Autonomía y financiamiento" en *Brujas* (Buenos Aires) N° 16.
- Fontenla, M. y Bellotti, M. 1999 "ONG, financiamiento y feminismo" en *Hojas de Warmi* (Barcelona) N°10.
- Franco, Marina 2009 "El exilio como espacio de transformaciones de género" en Andújar, Andrea et al. (comps.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Fraser, Nancy 1993 "Repensando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente" en *Debate Feminista* (México DF) N° 4.
- Fraser, Nancy 1997 *Justicia interrumpida. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista* (Bogotá: Siglo del Hombre).
- Fraser, Ronald 1979 *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la Guerra Civil Española* (Barcelona: Grijalbo).

- Fraser, Ronald 1993 "La historia oral como historia desde abajo" en Ruiz Torres, Pedro (ed.) *Revista Ayer. La historiografía* (Madrid: Marcial Pons) N° 12.
- French, William 2000 "Masculinidades y la clase obrera en el distrito de Hidalgo, Chihuahua" en *Nueva Antropología* (México DF: UNAM) N° XVII.
- Gadano, Nicolás 2000 "Determinantes de la inversión en el sector petróleo y gas en la Argentina" en Heymann, D. y Kosacoff, B. (eds.) *La Argentina de los noventa. Desempeño económico en un contexto de reformas* (Buenos Aires: EUDEBA) Tomo II.
- Gadano, Nicolás 2006 *Historia del petróleo en Argentina, 1907-1955: desde los inicios hasta la caída de Perón* (Buenos Aires: Edhasa).
- Galante, Miguel 2007 "En torno a los orígenes de las Madres de Plaza de Mayo" en *Historia, voces y memoria. Boletín del Programa de Historia Oral* (Buenos Aires: FFyL-UBA/Imago Mundi).
- Gambina, J. y Campione, D. 2002 *Los años de Menem. Cirugía mayor* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación).
- Giarracca, Norma y Teubal, Miguel 2001 "El movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha" en Giarracca, Norma et al. *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (Buenos Aires: Alianza).
- Giarracca, Norma y Wahren, Juan 2005 "Territorios en disputa: iniciativas productivas y acción política en Mosconi, Argentina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año 6, N° 16, junio.
- Gil Lozano, Fernanda 2006 "Las experiencias de la "segunda ola" del feminismo en Argentina y Uruguay" en Morant, Isabel (dir.) y Gómez Ferrer, G.; Cano, G.; Barrancos, D. (coords.) *Historia de las Mujeres en España y América latina* (Madrid: Cátedra) Tomo IV.
- Gindin, Julián 2008 "Sindicalismo docente en México, Brasil y Argentina: una hipótesis explicativa de su estructuración diferenciada" en *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (México DF) Vol. 13, N° 37, abril-junio.
- Gómez, Patricia 1995 "Mujeres y política en la Argentina de fin de siglo" en *Feminaria* (Buenos Aires) Año VIII, N° 14, junio.
- Gómez, E. y Kindgard, F. 1998 "Los cortes de ruta en la provincia de Jujuy. Mayo-junio de 1997" en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Gordillo, Mónica 1999 *Córdoba en los 60. La experiencia del sindicalismo combativo* (Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba).
- Gordillo, Mónica 2005-2006 "Acción colectiva y construcción de agendas en el marco de los ajustes provinciales. Córdoba 1991-1997" en *Anuario Movimientos sociales. Experiencias históricas. Tendencias y conflictos* (Rosario: Escuela de Historia-UNR/Homo Sapiens) N° 21.
- Gordillo, Mónica y Natalucci, Ana 2005 "Vulnerabilidades regionales y acción colectiva: el caso de Cruz del Eje, Córdoba" en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 211, abril-mayo.
- Gorini, Ulises 2006 *La rebelión de las Madres. Historia de las Madres de Plaza de Mayo (1976-1983)* (Buenos Aires: Norma) Tomo 1.
- Grammático, Karin 2004 "El Año Internacional de la Mujer y su Conferencia Mundial: México, 1975. Apuntes para pensar las relaciones entre las Naciones Unidas, el movimiento de mujeres y feministas y los Estados latinoamericanos", III Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad, UNR, Rosario, 22-24 de septiembre.
- Grammático, Karin 2005 "Las 'mujeres políticas' y las feministas en los tempranos setenta: ¿un diálogo (im)posible?" en Andújar, Andrea et al. (comps.) *Historia, género y política en los 70* (Buenos Aires: Feminaria).

- Grammático, Karin 2006 “Los organismos internacionales y los movimientos sociales. Una aproximación histórica a las relaciones entre el movimiento feminista y las Naciones Unidas. Del Año Internacional de la Mujer (México, 1975) a la II Conferencia Mundial de la Mujer (Copenhague, 1980)”, IV Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad, UNR, Rosario, 4-6 octubre.
- Grammático, Karin 2009 “La Agrupación Evita. Una historia del frente de mujeres montonero”, mimeo.
- Grüner, Eduardo 2002 “La tragedia, o el fundamento perdido de lo político” en Boron, Atilio y De Vita, Álvaro (comps.) 2002 *Teoría y filosofía política. La recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO).
- Halbwachs, Maurice 1994 *Les cadres sociaux de la mémoire* (París: Albin Michel).
- Hartmann, Heidi 1987 “El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo” en *Cuadernos del Sur* (Buenos Aires: Tierra del Fuego) N° 5, marzo-mayo.
- Hartmann, Heidi 2000 “La familia como lugar de lucha política, de género y de clase: el ejemplo del trabajo doméstico” en Navarro, M. y Stimpson, C. (comps.) *Cambios sociales, económicos y culturales* (Buenos Aires: FCE).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 1997 “Revuelta, motín y huelga en la Argentina actual” en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 1998 “Los llamados corte de ruta. Argentina, 1993-1997” en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2000 “La protesta social en los 90. Aproximación a una periodización” en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2003 “Argentina, diciembre de 2001: hito en el proceso de luchas populares” en Seoane, José (comp.) *Movimientos sociales y conflicto en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Jaitte, Pablo 2008 “Algunos aspectos en el proceso de privatización de YPF”, XXI Jornadas de Historia Económica, Asociación Argentina de Historia Económica, Universidad Nacional de Tres de Febrero, Provincia de Buenos Aires, 23-26 de septiembre.
- James, Daniel 1990 *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Jelin, E. (comp.) 1985 *Los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires: CEAL) Tomos 1 y 2.
- Jelin, E. 2001 *Los trabajos de la memoria* (Madrid: Siglo XXI).
- Jelin, E. (ed.) 2003 *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales* (Buenos Aires: Libros del Zorzal).
- Joutard, Philippe 1986 *Esas voces que nos llegan del pasado* (México DF: FCE).
- Kaplan, Temma 1990 “Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918” en Amelong, J. y Nash, M. (comps.) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (Valencia: Alfonso el Magnánimo).
- Kaplan, Temma 2003 *Ciudad roja, período azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)* (Barcelona: Península).
- Kaplan, Temma s/f “Gender identities and popular protest”, mimeo.
- Klachko, Paula 1999 “Cutral Co y Plaza Huincul. El primer corte de ruta (del 20 al 26 de junio de 1996). Cronología e hipótesis” en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).

- Klachko, Paula 2002 “La conflictividad social en la Argentina de los 90: el caso de las localidades petroleras de Cutral Co y Plaza Huincul (1996-1997)” en Levy, Bettina (comp.) *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano: lecturas políticas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Klachko, Paula 2007 “Las formas de organización emergentes del ciclo de la rebelión popular de los 90 en la Argentina” en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Klachko, Paula y Morelli, Gloria 1999 “Cutral Co y Plaza Huincul. El primer corte de ruta” en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Klubock, Thomas 1992 “Sexualidad y proletarización en la mina del Teniente” en *Proposiciones* (Santiago de Chile) N° 21.
- Klubock, Thomas 1995 “Hombres y mujeres en el Teniente: la construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951” en Godoy, Lorena (ed.) *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX* (Santiago de Chile: CEDEM).
- Le Goff, Jacques 1988 *Histoire et mémoire* (París: Gallimard).
- Lerner, Gerda 1990 *La creación del patriarcado* (Barcelona: Crítica).
- Lipszyc, Cecilia 1996 “Desprivatizando lo privado. Sobre las relaciones entre el trabajo doméstico y la acumulación capitalista” en Lipszyc, Cecilia et al. *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajos* (Buenos Aires: Catálogos).
- Lobato, Mirta Zaida 2007 *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)* (Buenos Aires: Edhasa).
- Lobato, M. y Suriano, J. 2003 *La protesta social en la Argentina* (Buenos Aires: FCE).
- López Echagüe, Hernán 2002 *La política está en otra parte. Viaje al interior de los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires: Norma).
- Lumms, Trevor 1991 “La memoria” en Schwarzstein, Dora (comp.) *La historia oral* (Buenos Aires: CEAL).
- Luna, Lola G. 2003 *Los movimientos de mujeres en América Latina y la renovación de la historia política* (Cali: La Manzana de la Discordia/Universidad del Valle).
- Maffia, Diana 2003 “Ciudadanía y nuevos sujetos”, Jornada 20 Años de Democracia, Buenos Aires, 19 de junio.
- Marx, Jutta 1992 “Mujeres y Política” en *Feminaria* (Buenos Aires) Año V, N° 8, abril.
- Migliavacca, Adriana 2005 “Docentes autoconvocados en la década del 90”, III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, IIGG-FCS-UBA, septiembre.
- Mansueti, Hugo s/f “La flexibilidad laboral” en
<www.eft.com.ar/DOCTRINA/articulos/mansueti_flexibilidad.htm>.
- Marinas, J. y Santamarina, C. (comps.) 1993 *La historia oral: métodos y experiencias* (Madrid: Debate).
- Martínez, Paola 2008 *Género, política y revolución en los años setenta. Las mujeres del PRT-ERP* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Masés, E.; Frapiccini, A.; Rafart, G. y Lvovich, D. 1994 *El mundo del trabajo: Neuquén 1884-1930* (Neuquén: GEHISO).
- Masés, E.; Rafart, G.; Lvovich, D. y Quintar, J. 1998 *El mundo del trabajo: Neuquén 1930-1970* (Neuquén: EDUCO).
- Masseo, Miguel 2004 *Piqueteros. Notas para una tipología* (Buenos Aires: Manuel Suárez Editor/FISyP).

- Massetti, Astor 2004 *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva* (Buenos Aires: Editorial de las Ciencias/FLACSO).
- Masson, Laura 2007 *Feministas en todas partes. Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina* (Buenos Aires: Prometeo Libros).
- McDowell, Linda 2000 *Género, identidad y lugar* (Valencia: Cátedra).
- Melucci, Alberto 1994 "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales" en *Zona Abierta* (Madrid) N° 69.
- Melucci, Alberto 1999 *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (México DF: El Colegio de México).
- Merklen, Denis 2005 *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)* (Buenos Aires: Gorla).
- Migliavacca, Adriana 2005 "Docentes autoconvocados en la década del 90", III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, IIGG-FCS-UBA, septiembre.
- Molyneux, Maxine 1985 "Mobilization without emancipation? Women's interests, the State, and revolution in Nicaragua" en *Feminist Studies*, Vol. 11, N° 2.
- Molyneux, Maxine 2003 *Movimientos de mujeres en América Latina* (Valencia: Cátedra).
- Mombello, Laura y Nicoletti, María Andrea 2005 "La figura del primer obispo de Neuquén y la construcción de la identidad colectiva local" en *Ciências Sociais e Religião* (Porto Alegre) Año 7, N° 7, septiembre. En www.seer.ufrgs.br/index.php/CienciasSociaisReligiao/article/viewArticle/2277.
- Morgade, Graciela 1997 "Docencia para las mujeres" en Morgade, G. (comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930* (Buenos Aires: Miño y Dávila).
- Mosconi, Enrique 1972 *Obras completas* (Buenos Aires: AGEPE) Tomos 1, 2 y 3.
- Mouffe, Chantal 1992 "Feminism, citizenship and radical democratic politics" en Butler, Judith y Scott, Joan (eds.) *Feminists theorize the political* (Nueva York: Routledge).
- Mozo, Sadi H. 1950 *El petróleo argentino en el siglo XIX. Actividades desarrolladas en las provincias de Salta y Jujuy* (Bahía Blanca: Edición del Autor).
- MTD-Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano/Colectivo Situaciones 2000 *Hipótesis 891. Más allá de los piquetes* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Muñiz Terra, Leticia 2006 "La privatización de YPF y sus consecuencias en la vida laboral de sus ex trabajadores" en Neffa, J.C. y Pérez, P. (coords.) *Macroeconomía, mercado de trabajo y grupos vulnerables* (Buenos Aires: CLACSO). En www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-16942008000100006&script=sci_pdf&tlng=es.
- Murillo, María Victoria 1997 "La adaptación del sindicalismo argentino a las reformas de mercado en la primera presidencia de Menem" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 37, N° 147.
- Murillo, María Victoria 2000 "Del populismo al neoliberalismo: sindicatos y reformas de mercado en América Latina" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 40, N° 158.
- Murillo, María Victoria 2001 "Una aproximación al estudio del sindicalismo magisterial en América Latina" en *Revista de Estudios Sociológicos* (México DF) Vol. XIX, N° 1, enero-abril.
- Murillo, Susana 2008 *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América Latina. El caso argentino desde Blumberg a Cromañón* (Buenos Aires: CLACSO).

- Namer, Gerard 1998 "Antifascismo político y la memoria de los músicos" en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.) *Revista Ayer. Memoria e historia* (Madrid: Marcial Pons) N° 32.
- Nardacchione, Gabriel 2005 "La acción colectiva de protesta: del antagonismo al espacio público" en Schuster, F. et al. (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre la protesta social y la acción colectiva en la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: Prometeo Libros).
- Nari, Marcela 1994 "Relaciones peligrosas: universidad y estudios de la mujer" en *Feminaria* (Buenos Aires) Año 7, N° 12, mayo.
- Nari, Marcela 1996 "Abrir los ojos, abrir la cabeza: el feminismo en la Argentina de los años 70" en *Feminaria* (Buenos Aires) Año 9, N° 18-19, noviembre.
- Nari, Marcela 2004 *Políticas de maternidad y maternalismo político* (Buenos Aires: Biblos).
- Nicoletti, María Andrea s/f "La educación en la Patagonia de los territorios. Una mirada sobre el texto 'Sujetos, proyectos y conflictos en la constitución del sistema educativo de Santa Cruz'", mimeo.
- Nigro, Juan Carlos 1984 *La lucha de los maestros* (Buenos Aires: Confederación de Maestros).
- Nora, Pierre (dir.) 1984-1992 *Les lieux de mémoire* (París: Gallimard) Tomo 1.
- Nora, Pierre 1998 "La aventura de *Les lieux de memoire*" en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.) *Revista Ayer. Memoria e historia* (Madrid: Marcial Pons) N° 32.
- Novaro, Marcos 1994 *Piloto de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina* (Buenos Aires: Letra Buena).
- Novaro, Marcos 2009 *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983-2001)* (Buenos Aires: Paidós).
- Novick, Marta 2000 "Reconversión segmentada en la Argentina: empresas, mercado de trabajo y relaciones laborales a fines de los 90" en De la Garza Toledo, Enrique (comp.) *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Novick, Marta 2001 "Nuevas reglas de juego en la Argentina, competitividad y actores sindicales" en De la Garza Toledo, Enrique (comp.) *Los sindicatos frente a los procesos de transición política* (Buenos Aires: CLACSO).
- Novick, Susana 1999 "La posición argentina en las tres conferencias mundiales de población" en <www.iigg.fsoc.uba.ar/pobmigra/archivos>.
- O'Donnell, Guillermo 1977 "Estado y alianzas en la Argentina 1956-1976" en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 16, N° 64, enero-marzo.
- Obregón, Martín 2004 "Vigilar y castigar: crisis y disciplinamiento en la Iglesia argentina en los años setenta" en *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla) enero-junio.
- Oddone, María Elena 2001 *La pasión por la libertad. Memorias de una feminista* (Asunción: Colihue-Mimbipá).
- Orlansky, Dora y Makón, Andrea 2002 "De la sindicalización a la informalidad. El caso de Repsol-YPF", 6° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires.
- Oviedo, Luis 2004 *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras coordinadoras al Argentinazo* (Buenos Aires: Rumbos).
- Palacios, María Susana y Paris, Norma 1993 "Municipio y sectores dirigentes: el caso Cutral Co (1933-1955)" en Bandieri, Susana; Favaro, Orietta y Morinelli, Marta (comps.) *Historia de Neuquén* (Buenos Aires: Plus Ultra).

- Palermo, Silvana 1998 "El sufragio femenino en el Congreso Nacional: ideologías de género y ciudadanía en la Argentina" en *Boletín del Instituto de Historia Argentina Dr. E. Ravignani* (Buenos Aires) Tercera Serie, N° 16 y 17.
- Palermo, Silvana 2007 "¿Trabajo femenino y protesta masculina? La participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria de 1917" en Bravo, M.C.; Gil Lozano, F. y Pita, V. (comps.) *Historia de luchas, resistencias y representaciones. Mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX* (Tucumán: EDUNT).
- Partenio, Florencia 2006 "Género y participación política: los desafíos de la organización de las mujeres dentro del movimiento piquetero en la Argentina", Seminario Internacional Fazendo Género 7: Género e Preconceitos, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis, 28-30 de agosto.
- Pasquali, Laura 2005 "Narrar desde el género: una historia oral de mujeres militantes" en Andújar, Andrea et al. (comps.) *Historia, género y política en los 70* (Buenos Aires: FFyL-UBA/Feminaria). En <www.feminaria.com.ar>.
- Passerini, Luisa (ed.) 1979 *Sobre la utilidad y el daño de la fuente oral para la historia* (México DF: FCE).
- Passerini, Luisa 1991 "Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo" en Schwarzstein, Dora (comp.) *La historia oral* (Buenos Aires: CEAL).
- Passerini, Luisa; Thompson, Paul y Leydesdorff, Selma 1996 *Gender and Memory* (Nueva York: Oxford University Press) Vol. 4.
- Pateman, Carol 1996 "Críticas feministas a la dicotomía público/privado" en Castells, Carme (comp.) *Perspectivas feministas en teoría política* (Buenos Aires: Paidós).
- Peralta Ramos, Mónica 1973 *Acumulación de capital y crisis política en Argentina (1930-1974)* (México DF: Siglo XXI).
- Perazza, Roxana y Legarralde, Martín 2007 "El sindicalismo docente en Argentina" en Iaies, Gustavo (dir.) *Los sindicatos y la educación pública en América Latina* (Fundación Konrad Adenauer). En <www.fundacioncepp.org.ar/publicaciones.php>.
- Perrot, Michelle 2008 *Mi historia de las mujeres* (Buenos Aires: FCE).
- Petrucelli, Ariel 2005 *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Co* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto/El Fracaso).
- Petz, Ivanna 2005 "Acerca de los sentidos políticos del movimiento social en el norte argentino: el caso de la Unión de Trabajadores Desocupados de General Mosconi" en *Cuadernos de Antropología Social* (FFyL-UBA).
- PIMSA-Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina 2007 "Los hechos de la rebelión en Argentina, 2002-2007" en *Documentos y Comunicaciones* (Buenos Aires: PIMSA).
- Piscitelli, Adriana 1993 "Tradição oral, memória y gênero: um comentário metodológico" en *Cadernos Pagu* (IFCH/ UNICAMP) N° 1.
- Pita, Valeria 2002 "Voces en conflicto, espacios en disputa. Experiencias feministas en la Argentina de los 90", Twelfth Berkshire Conference on the History of Women, Universidad de Connecticut, junio.
- Pita, Valeria 2009 "Nos termos de suas benfeitoras: encontros entre trabalhadoras e as senhoras da sociedade de beneficência, Buenos Aires, 1852-1870" en *Revista Mundos do Trabalho* (Campinas: ANPUH) Vol. I, N° 2.
- Pollak, Michael 1989 "Memoria, esquecimento, silencio" en *Estudos Históricas* (Rio de Janeiro) Vol. 2, N° 3.

- Portantiero, J.C. 1973 "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual" en Braun, O. (comp.) *El capitalismo argentino en crisis* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Portantiero, J.C. 1977 "Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973" en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) Vol. 39, N° 2, abril-junio.
- Portelli, Alessandro 1989 "Historia y memoria: la muerte de Luigi Trastulli" en *Historia y Fuente Oral* (Barcelona) N° 1.
- Portelli, Alessandro 1991 "Lo que hace diferente a la historia oral. Recuerdos que llevan a teorías" en Schwarzstein, Dora (comp.) *La historia oral* (Buenos Aires: CEAL).
- Portelli, Alessandro 2003-2004 "El uso de la entrevista en la historia oral" en *Anuario Historia, memoria y pasado reciente* (Rosario: Escuela de Historia-UNR/Homo Sapiens) N° 20.
- Pozzi, Pablo 1988 *Oposición obrera a la dictadura* (Buenos Aires: Contrapunto).
- Pozzi, Pablo s/f "El Rocado de 1972", mimeo.
- Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro 1994 *Combatiendo el capital. Crisis y recomposición de la clase obrera argentina (1985-1993)* (Buenos Aires: El Bloque).
- Ramos Flores, Maria Bernardete 1995 "Entre a casa é a rua... memória feminina das festas açorianas no sul do Brasil" en *Cadernos Pagu* (San Pablo) N° 4.
- Rapoport, Mario 2003 *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)* (Buenos Aires: Machi).
- Reynoso, Nené 1992 "Ley de Cupo" en *Feminaria* (Buenos Aires) Año V, N° 8, abril.
- Ricoeur, Paul 2003 *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta).
- Rodríguez, Laura Graciela 2009 "Los trabajadores del sector público durante la última dictadura militar. El caso de los docentes, las reformas al Estatuto y los sindicatos", II Jornadas Nacionales de Historia Social, Universidad Nacional de Córdoba, 13-15 de mayo.
- Rofman, Alejandro 1999 *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo, del carbón y del azúcar* (Buenos Aires: Ariel).
- Rowbotham, Sheila 1992 *Women in movement. Feminism and social action* (Nueva York: Routledge).
- Sánchez, Pilar 1997 *El Cutralcazo. La pueblada de Cutral Co y Plaza Huincul* (Buenos Aires: Cuadernos de Editorial Ágora).
- Santella, Agustín y Andújar, Andrea 2007 *El Perón de las fábricas éramos nosotros. Las luchas metalúrgicas de Villa Constitución, 1970-1976* (Buenos Aires: ETDUA).
- Sapag, Felipe 1994 *El desafío* (Neuquén: FUNDANEU).
- Schaumberg, Heike 2004 "Imaginaciones generacionales de lucha y trabajo en Gral. E. Mosconi, Salta", II Jornadas de Investigación en Antropología Social, Instituto de Ciencias Antropológicas, UBA, 5 y 6 de agosto.
- Schmuckler, B. y Di Marco, G. 1997 *Madres y democratización de la familia argentina contemporánea* (Buenos Aires: Biblos).
- Schneider, Alejandro (comp.) 2009 *Trabajadores. Un análisis de la clase obrera argentina en la segunda mitad del siglo XX* (Buenos Aires: Herramienta).
- Schuster, Federico et al. 2006 *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003* (Buenos Aires: IIGG-FCS-UBA).
- Schwarzstein, Dora 1995 "La historia oral en América Latina" en *Revista Historia y Fuente Oral. Por una historia sin adjetivos* (Barcelona) N° 14.
- Scott, James 2000 *Los dominados y el arte de la resistencia* (México DF: Era).

- Scott, Joan W. 1990 "El género: una categoría útil para el análisis histórico" en Amelong, J. y Nash, M. (comps.) *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (Valencia: Alfonso el Magnánimo).
- Scott, Joan W. 1996 "Feminismo e historia" en *La correa feminista* (México DF: Centro de Investigación y Capacitación de la Mujer) N° 15, verano-otoño.
- Scott, Joan W. 1999 "La experiencia como prueba" en Carbonell, Neus y Torras, Meri (comps.) *Feminismos literarios* (Madrid: Arco).
- Seminara, Luciana y Viano, Cristina 2009 "Las dos Verónicas y los múltiples senderos de la militancia: de las organizaciones revolucionarias de los años 70 al feminismo" en Andújar, Andrea et al. (comps.) *De minifaldas, militancias y revoluciones. Exploraciones sobre los 70 en la Argentina* (Buenos Aires: Ediciones Luxemburg).
- Senén González, Santiago y Bosoer, Fabián 1999 *El sindicalismo en tiempos de Menem* (Buenos Aires: Corregidor).
- Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) 2001 *Resistencias Mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Sigal, Silvia 2006 *La Plaza de Mayo. Una crónica* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Solberg, Carl 1986 *Petróleo y nacionalismo en la Argentina* (Buenos Aires: Hyspamérica).
- Sondéreguer, M. 1985 "Aparición con vida (el Movimiento de Derechos Humanos en la Argentina)" en Jelin, E. (comp.) *Los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires: CEAL) Tomo 2.
- Suárez, Daniel 2005 *Conflicto social y protesta docente en América Latina. Estudio de caso: el conflicto docente en Argentina 1993-2003* (Buenos Aires: LPP).
- Svampa, Maristella 2004 "'Relaciones peligrosas'. Sobre clases medias, gobierno peronista y movimientos piqueteros" en *El Rodaballo* (Buenos Aires) N° 15, invierno.
- Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián 2003 *Entre la ruta y el barrio* (Buenos Aires: Biblos).
- Tarrow, Sidney 1997 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza).
- Tejerina, María Elina; Bianchetti, Gerardo y Justiniano, María Fernanda 2003 "La recuperación de la democracia: el Partido Renovador de Salta. ¿Herencia del proceso militar?" en *Revista 2 Escuela de Historia*, Año 2, Vol. 1, N° 2.
- Teobaldo, Mirta (dir.) y García, Amelia (codir.) 2000 *Sobre maestros y escuelas. Una mirada a la educación desde la historia. Neuquén, 1884-1957* (Rosario: Arca Sur).
- Thompson, E.P. 1981 *Miseria de la teoría* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, E.P. 1989 *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, E.P. 1995a "La economía moral de la multitud en Inglaterra" en *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, E.P. 1995b "La venta de esposas" en *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, E.P. 1995c "Patricios y plebeyos" en *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica).
- Thompson, Paul 1978 *The voice of the past* (Nueva York: Oxford University Press).
- Thompson, Paul 2003-2004 "Historia oral y contemporaneidad" en *Anuario Historia, memoria y pasado reciente* (Rosario: Escuela de Historia-UNR/Homo Sapiens) N° 20.
- Tilly, Charles 2000 *La desigualdad persistente* (Buenos Aires: Manantial).
- Tilly, Charles 2010 *Los movimientos sociales, 1768-2008* (Barcelona: Crítica).

- Todorov, Tzvetan 2000 *Los abusos de la memoria* (Barcelona: Paidós).
- Torre, Juan C. 1999 "Introducción. Las reformas de mercado y el sindicalismo en la encrucijada" en Senén González, S. y Bosoer, F. *El sindicalismo en tiempos de Menem* (Buenos Aires: Corregidor).
- Touraine, Alain 1987 *El regreso del actor* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Travesías 2002 "Globalización y resistencias. De viva voz" (Buenos Aires) N° 11, noviembre.
- Trebisacce, Catalina 2009 "Olvidos en las memorias de los años 70", Colóquio Internacional Género, Feminismos e Ditaduras no Cone Sul, Universidad Federal de Santa Catarina, 4-7 de mayo.
- Van de Castele, Sylvie y Voleman, Danielle 1992 "Fuentes orales para la historia de las mujeres" en Ramos Escandón, Carmen (comp.) *Género e historia* (México DF: UNAM).
- Vassallo, Alejandra 2005 "'Las mujeres dicen basta': movilización, política y orígenes del feminismo argentino en los 70" en Andújar, Andrea et al. (comps.) *Historia, género y política en los 70* (Buenos Aires: Feminaria).
- Vázquez, S. y Balduzzi, J. 2000 *De apóstoles a trabajadores. Luchas por la unidad sindical docente. 1957-1973* (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Pedagógicas Marina Vilte-CTERA).
- Viano, Cristina 2008 "Mujeres y movimientos sociales: un acercamiento a Madres de Plaza de Mayo desde una historia de vida" en Necochea Gracia, Gerardo et al. *Historia oral y militancia política en México y en Argentina* (Buenos Aires: El Colectivo/FFyL-UBA).
- Wahren, Juan 2009 "Territorialidades en disputa: movimientos sociales, autogestión y recursos naturales. El caso de la UTD de Gral. Mosconi (Salta, Argentina)", Congress of the Latin American Studies Association, Río de Janeiro, 11-14 de junio.
- Wieviorka, Annette 1998 *L'ère du témoin* (París: Plon).
- Wright Mills, Charles 1970 *La imaginación sociológica* (México DF: FCE).
- Yannoulas, Silvia 1993 "Educar: ¿una profesión de mujeres? La feminización del normalismo y la docencia en Brasil y Argentina 1870-1930" en *Revista Brasileira de Estudos Pedagógicos* (Brasilia) Vol. 74, N° 178, septiembre-diciembre.
- Yannoulas, Silvia 1997 "Maestras de antaño: ¿mujeres tradicionales? Brasil y Argentina (1870-1930)" en Morgade, G. (comp.) *Mujeres en la educación. Género y docencia en la Argentina. 1870-1930* (Buenos Aires: Miño y Dávila).
- Yerushalmi, Y. 2006 "Reflexiones sobre el olvido" en Yerushalmi, Y. et al. 2006 *Usos del olvido* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Yerushalmi, Y. et al. 2006 *Usos del olvido* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Zibechi, Raúl 2003 *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento* (Buenos Aires: Letra Libre/Nordan Comunidad).